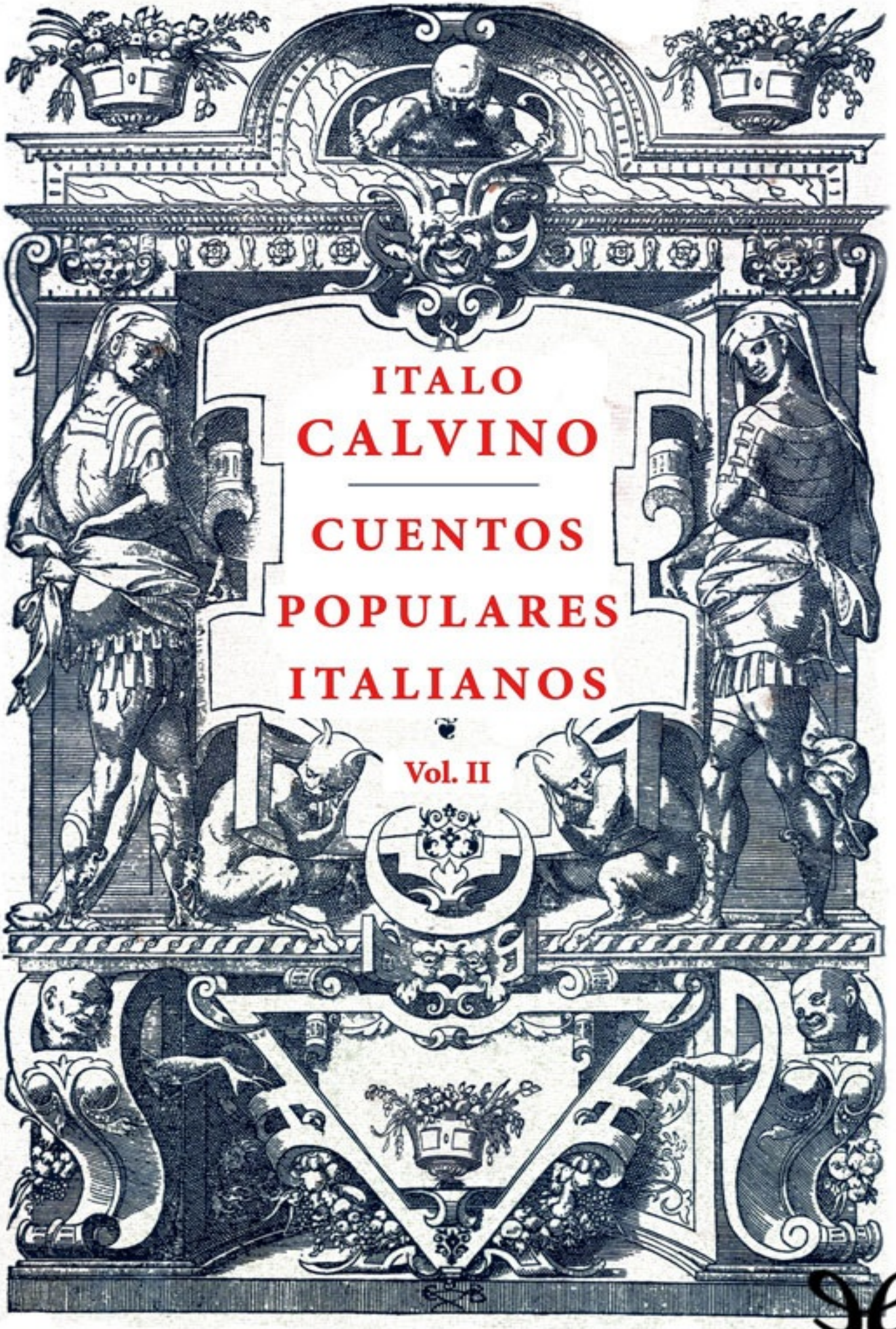


# ITALO CALVINO

# CUENTOS POPULARES ITALIANOS

## Vol. II

«Si en una época de mi actividad literaria me atrajeron los “folk-tales”, los “fairy-tales”, no era por fidelidad a una tradición étnica ni por nostalgia de las lecturas infantiles, sino por interés estilístico y estructural, por la economía, el ritmo, la lógica esencial con que son narrados».

Sólo un escritor tan sabio y versátil como Italo Calvino podía llevar a buen término la tarea de seleccionar los doscientos mejores cuentos de la tradición popular italiana, aquí publicados íntegramente acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino. A lo largo de dos años Calvino escogió, entre un cúmulo de narraciones recopiladas durante casi dos siglos, las versiones más bellas y originales y las tradujo al italiano a partir de los dialectos en que habían sido compiladas y en algún caso, enriqueció la versión con ayuda de sus variantes, enlazando con ligeras invenciones las partes aparentemente eludidas o mutiladas.

«Durante dos años viví en medió de bosques y palacios encantados, con el problema de cómo ver mejor el rostro de la bella desconocida que se tiende cada noche junto al caballero o con la incertidumbre de usar el manto que confiere la invisibilidad o la patita de hormiga, la pluma de águila y la uña del león, que sirven para transformarse en dichos animales. Y durante dos años el mundo que me rodeaba, fue impregnándose de ese clima, de esa lógica, y cada hecho, se prestaba a ser resuelto e interpretado en términos de metamorfosis y encantamiento (…). Poco a poco me pareció que, de la mágica caja que había abierto, la extraviada lógica que gobierna el mundo de los cuentos de hadas se había desencadenado para imperar una vez más sobre la tierra.

»Ahora que el libro está concluido, puedo decir qué no se trataba de una alucinación, de una suerte de enfermedad profesional. Se trataba, más bien, de algo que ya sabía en el instante de la partida, ese algo al que anteriormente aludí, la única convicción propia que me había impulsado a emprender el viaje; y lo que creo es esto: los cuentos de hadas son verdaderos».

Con estas palabras presentaba Italo Calvino la edición italiana (1956) de estos doscientos cuentos, acompañados de un extenso prólogo y anotados por el propio Calvino, que hoy Ediciones Siruela publica íntegramente en la cuidada traducción de Carlos Gardini.

Italo Calvino (1923-1985) inició su trayectoria como escritor en las filas del neorrealismo italiano. Con el paso del tiempo fue abandonando su costumbrismo y su compromiso ideológico para sumergirse cada vez más hondamente en la fantasía y la fabulación, llevando a la práctica en cada una

de sus obras esos principios teóricos que sólo formularía al final de su vida, en ese legado-manifiesto que son sus Seis propuestas para el próximo milenio, publicado por Ediciones Siruela, junto a su celebrada trilogía compuesta por “El vizconde demediado”, “El barón rampante” y “El caballero inexistente” o “El castillo de los destinos cruzados”.

Italo Calvino

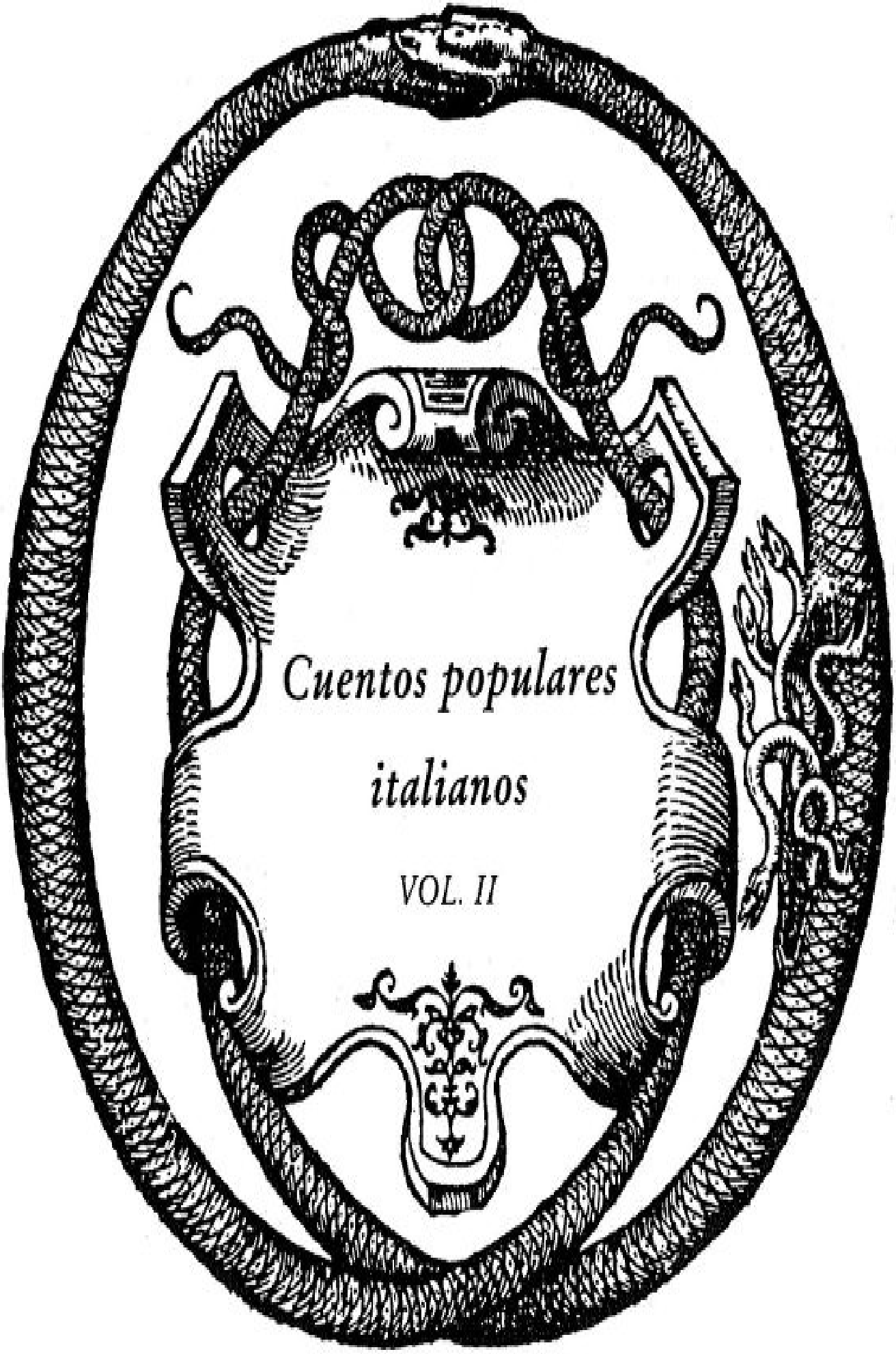
# Cuentos populares italianos (Vol. II)

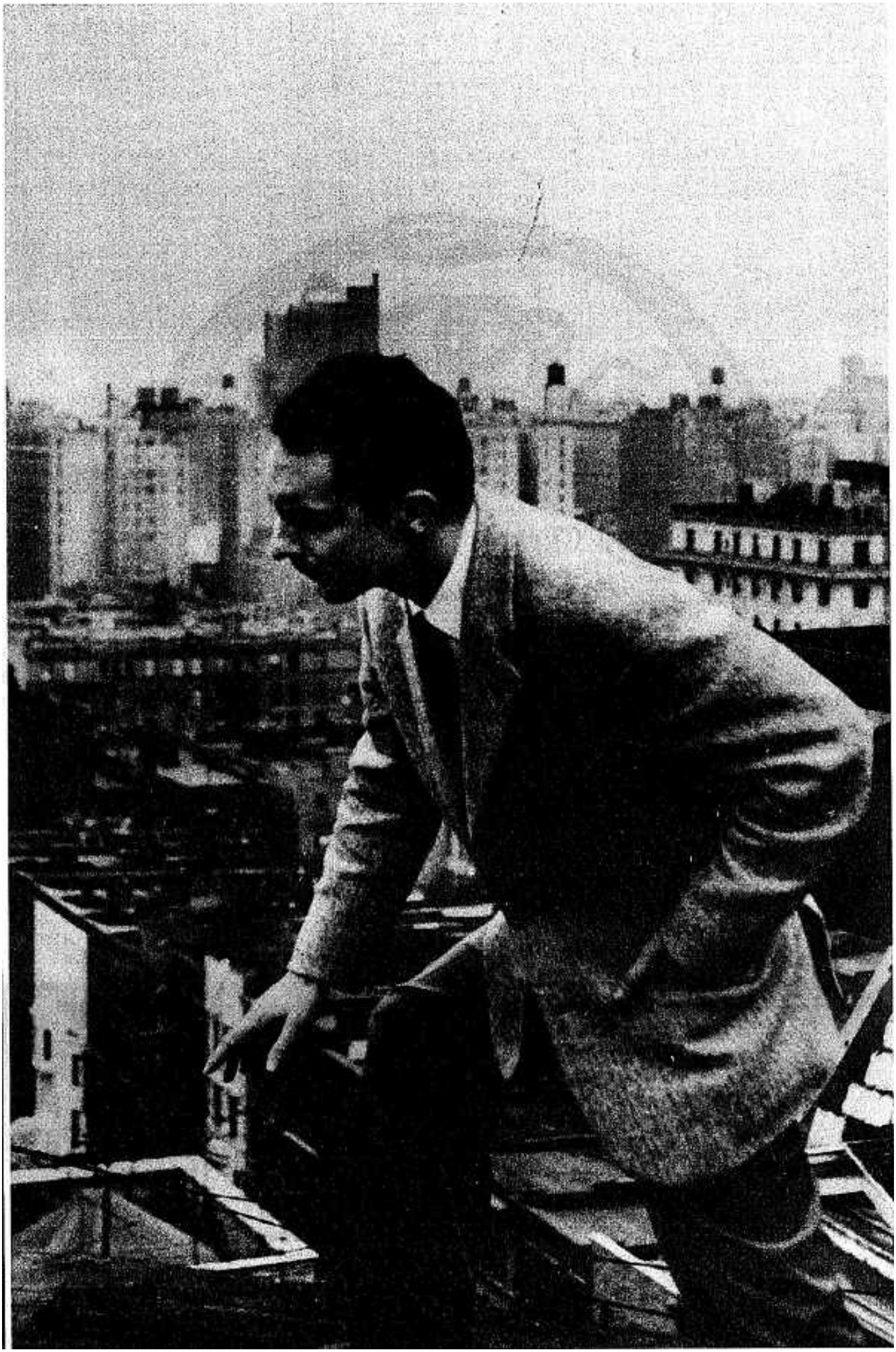
## El ojo sin párpado - 35

**ePub r1.1**
**Titivillus** 07.11.16

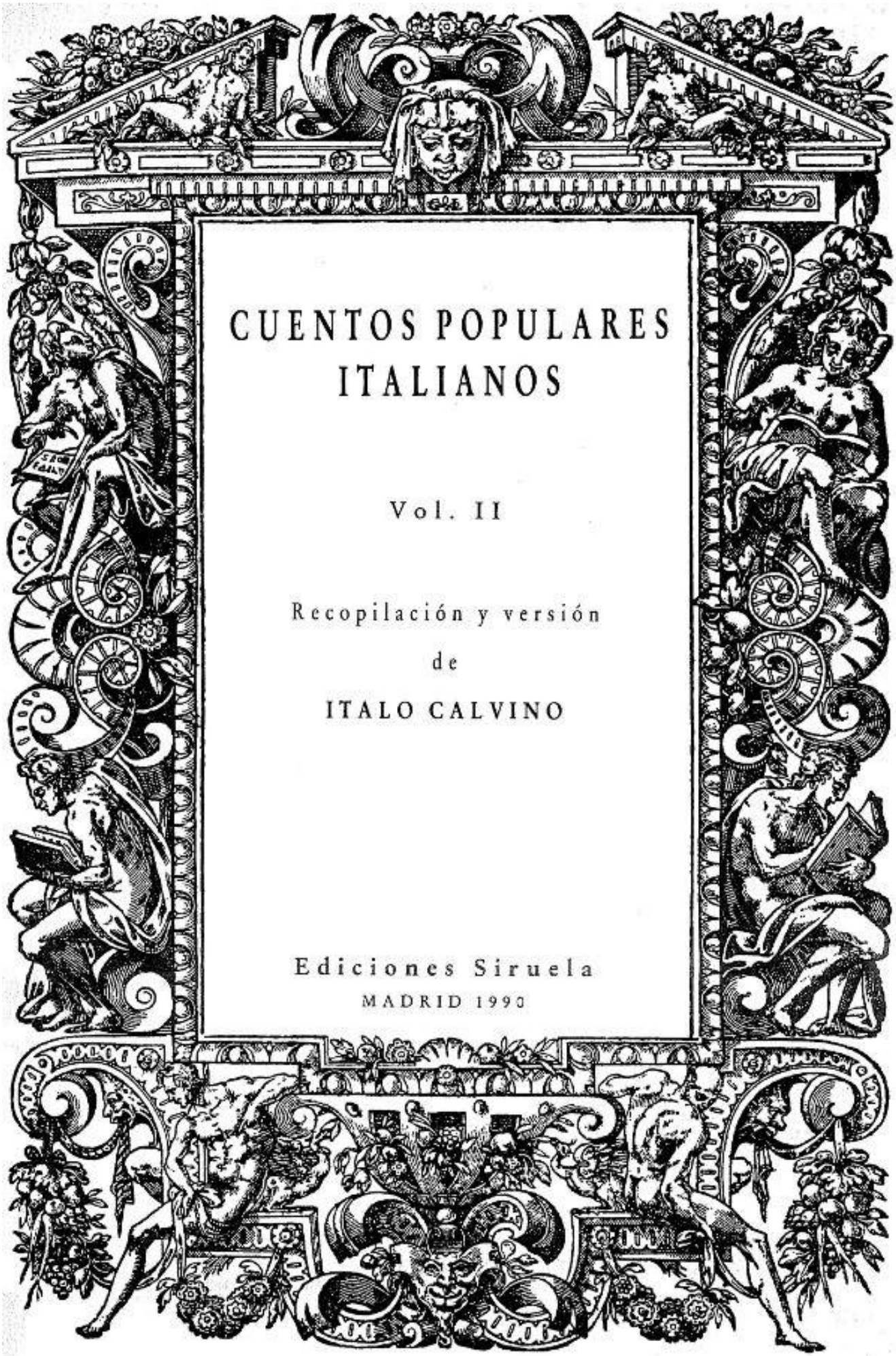
Título original: *Fiabe italiane*
Italo Calvino, 1956
Traducción: Carlos Gardini
Diseño de cubierta: J. Siruela
Retoque de portada: Piolín

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2


Cuentos populares
italianos
VOL. II



ITALO
CALVINO
CUENTOS
POPULARES
ITALIANOS
Vol. II
EDICIONES
SIRUELA
MADRID



# CUENTOS POPULARES ITALIANOS

Vol. II

Recopilación y versión

de

ITALO CALVINO

Ediciones Siruela
MADRID 1990

# CUENTOS POPULARES ITALIANOS (Vol. II)

# 101
# BELMIEL Y BELSOL

Había una vez un hombre padre de dos hijos, un hijo varón y una hija mujer, y eran tan hermosos y rubios que el varón se llamaba Belmiel y la niña Belsol. Este hombre cumplía un cargo de Mayordomo de la Corte del Rey, y como el Rey estaba en otra ciudad, él se encontraba alejado de sus hijos. El Rey, que nunca los había visto y oía tantos elogios a la belleza de los dos, hijo al Mayordomo:

—Ya que tienes un hijo tan hermoso, hazle venir a la Corte. Lo haré paje.

El padre fue a buscar al hijo y dejó a la hija con la nodriza; Belmiel se convirtió en paje del Rey, quien le cobró gran simpatía y lo conservó en su puesto aun después de la muerte del padre. Tanta confianza le tenía que le encomendó la delicada tarea de quitar el polvo a los cuadros de su pinacoteca. Belmiel siempre se quedaba mirando un retrato de mujer, y el Rey lo sorprendía maravillado y con el plumero en la mano.

—¿Por qué miras tanto ese retrato?

—Majestad, este retrato es la fiel imagen de mi hermana Belsol.

—No te creo, Belmiel. Mandé buscar por todo el mundo una mujer similar a la del retrato y no la encontré. Si tu hermana es así, hazla venir porque me casaré con ella.

Belmiel se apresuró a escribir a la nodriza para que trajera de inmediato a Belsol, pues el Rey quería casarse con ella, y esperó. Por si no lo sabéis, esta nodriza tenía una hija más fea que un cuco, y al ver la belleza de Belsol no cabía en sí de envidia. Recibida la orden de Belmiel, se puso en marcha con Belsol y su hija fea; había que viajar por mar y las tres subieron a bordo de una barca.

En la barca, Belsol se adormeció. Y la nodriza empezó:

—¡Las cosas que hay que ver! ¡Ahora ésta se va a casar con el Rey! ¡Justo a ella le va a tocar esa suerte! ¿No sería mejor que se casara con mi hija, el Rey?

—¡Claro! —dijo la hija.

—Déjalo de mi cuenta —dijo la madre—, que a esta melindrosa no se la perdono.

Belsol se despertó y dijo:

—Nodriza, tengo hambre.

—Yo tengo pan y sardinas, pero no bastan ni siquiera para mí.

—Sé buena, dame un poquito.

Entonces aquella infame le dio un trozo de pan con sardinas, casi nada de pan y muchas sardinas, de modo que le vino una sed tremenda. Pobrecita, como no podía más, dijo a la nodriza:

—¡Nodriza, tengo sed!

Y la infame:

—Agua tengo muy poca; si quieres te doy agua de mar.

Cuando sintió que le faltaba el aliento, dijo Belsol:

—Dame agua, aunque sea de mar.

Pero después del primer sorbo sintió más sed que antes.

—¡Nodriza, tengo más sed!

Y aquella caníbal:

—¡Entonces, a beber se ha dicho! —la cogió por la cintura y ¡paf! la arrojó al mar.

Por el mar pasaba una ballena. Vio a Belsol en el agua y se la tragó. La nodriza llegó al puerto del Rey y Belmiel estaba en el muelle, ansioso de abrazar a su hermana. Y en cambio se encontró con ese cuco vestido de novia. Se le cayó el alma a los pies.

—¿Pero cómo? ¿Esta es mi hermana? ¿Mi hermana la de los ojos como estrellas? ¿Mi hermana la de la boca como una flor?

—Ah, hijo mío, si supieras —dijo la nodriza— la enfermedad que sufrió; en pocos días, se puso como la ves.

Se acercó el Rey.

—¿Cómo? ¿Y ésta es la beldad que tanto elogiabas? ¿Y ésta es la joven bella como el sol? Parece un pajarraco. ¡Fui un idiota al creerte y darte mi palabra de que me casaría con ella! Ahora no puedo volverme atrás y debo cumplir con mi palabra de Rey. Pero en cuanto a ti, pedazo de inútil, de hoy en adelante te quito el puesto y te mando a cuidar las gansas.

Y así el Rey se casó con la hija de la nodriza, pero la trataba de una manera que en vez de mujer parecía tener un trapo de cocina.

Entre tanto Belmiel llevaba las gansas a orillas del mar. Se sentaba en la playa, observaba nadar a las gansas y pensaba en sus desdichas, evocando a Belsol como la recordaba y como nunca había vuelto a verla. Sucedió que una vez oyó una voz desde el fondo del mar:

—Oh ballena, mi ballena,
Alarga alarga tu cadena
Hasta llegar a la orilla del mar,
Que mi hermano Belmiel me quiere hablar.

Belmiel no atinaba a imaginar qué podía significar esa voz, cuando del fondo del mar vio surgir una bellísima niña con el pie encadenado, una niña que se asemejaba muchísimo, casi se hubiera dicho que era, no, era ella sin duda alguna, su hermana Belsol, más bella que nunca.

—Hermana mía, ¿qué haces tú aquí?

—Estoy aquí porque la nodriza me traicionó, hermano mío.

Y le contó su historia mientras arrojaba oro y perlas para alimentar a las gansas.

—¿Cómo dices, hermana mía? —gemía pasmado el pobre Belmiel.

—Fue la nodriza quien me arrojó al mar y me reemplazó por su hija —decía Belsol, adornando las gansas con flecos de colores.

Anochecía, y el mar se ponía negro.

—Hasta la vista, hermano —dijo Belsol hundiéndose despacito, arrastrada por la cadena que terminaba en el mar.

Belmiel reunió las gansas adornadas con flecos multicolores y emprendió el regreso por la playa. Y las gansas:

—¡Crocró! Del mar venimos,
Donde oro y perla comimos.
Belsol es bella, bella como el sol
Y enamoraría al Rey nuestro señor.

La gente que pasaba se quedaba escuchándolas boquiabierta: nunca se habían visto gansas que cantaran de ese modo. Esa noche, en el corral del palacio, las gansas en lugar de dormirse continuaron:

—¡Crocró! Del mar venimos,
Donde oro y perla comimos.
Belsol es bella, bella como el sol
Y enamoraría al Rey nuestro señor.

Un marmitón las oyó y al día siguiente fue a contarle al Rey que las gansas habían salido con Belmiel y se habían pasado la noche entonando esa canción. Al principio el Rey no le prestaba mayor atención, luego se interesó cada vez más, y por fin decidió que seguiría a Belmiel sin ser visto cuando él saliera a dar de comer a las gansas.

Se ocultó entre los juncos y oyó la voz del fondo del mar:

—Oh ballena, mi ballena,
Alarga alarga tu cadena
Hasta llegar a la orilla del mar,
Que mi hermano Belmiel me quiere hablar.

Y del mar surgió la muchacha con el pie encadenado y nadó hasta la orilla. Al ver su belleza, el Rey salió del cañaveral, diciendo:

—¡Tú sí que eres mi esposa!

Así se conocieron, y junto con Belmiel estudiaron la manera de liberarla de esa ballena que la tenía encadenada. El Rey y Belmiel cogieron una roca que pesaba más o menos como Belsol, aserraron la cadena, y sujetaron la cadena a la roca. El Rey cogió a Belsol del brazo y la llevó al palacio. Los seguía Belmiel con el cortejo de gansas, que cantaban:

—¡Crocró! Del mar venimos,
Donde oro y perla comimos.
Belsol es bella, bella como el sol
Y es la esposa del Rey nuestro señor.

La nodriza y su hija, en cuanto oyeron esa canción y vieron llegar el cortejo, huyeron del palacio, y desde entonces nadie ha vuelto a verlas nunca más.

*(Roma)*

# 102
# EL REY SOBERBIO

Había una vez un mercader que tenía una hija y de noche la presentaba en sociedad. Una noche la hija, estando en sociedad, vio un señor que sacaba del bolsillo una tabaquera y se servía tabaco, y en la tapa de la tabaquera había un retrato. Era el retrato del hijo del Rey de Persia con siete velos en la cara, y la muchacha se enamoró de él.

Volvió a casa y le dijo a su padre:

—Papá, me he enamorado del hijo del Rey de Persia; ve a pedírmelo por esposo y llévale mi retrato.

El hijo del Rey de Persia era doblemente famoso: por su belleza y por su soberbia. Era tan bello que a causa de su exagerada belleza ninguno podía verlo; más aún, por temor a que alguien lo viese llevaba siete velos sobre la cara, y siempre permanecía encerrado en la sala del trono sin hablar con nadie salvo con su madre.

El mercader, cuando su hija le dio la noticia, respondió:

—Hija mía, es mejor que te olvides del hijo del Rey de Persia.

Pero la muchacha ya estaba tan exaltada que no pensaba en otra cosa. Empezó a acosar a su padre, y tanto hizo y tanto dijo que el mercader, por no verla sufrir, decidió ir en persona en busca del famoso hijo del Rey de Persia con siete velos en la cara para hablarle del amor que su hija sentía por él.

Lo recibió la Reina, quien cogió el retrato de la muchacha y fue a mostrárselo a su hijo.

—¿Quieres ver el retrato, hijo mío?

—Dile que lo tire en el baño.

La Reina fue a comunicarle la respuesta.

—¡Pero mi pobre hija se deshace en lágrimas! —suplicaba su pobre padre.

—Hijo mío —fue a decir la madre al Rey soberbio—, ¡dice qué la muchacha se deshace en lágrimas!

—¡Entonces dale estos siete pañuelos!

—¡Pero mi hija se mata! —dijo el pobre padre cuando la Reina le llevó los pañuelos.

—Ha dicho que se mata —comunicó la Reina al Rey soberbio.

—Entonces entrégale este cuchillo y que se mate de una vez.

El viejo volvió a casa y transmitió a su hija estas crueles respuestas. La hija guardó silencio un instante, luego dijo:

—Padre, hay que ser fuertes. Dame un caballo, una bolsa de monedas, y déjame partir.

—¿Pero estás loca?

—Loca o no, quiero salir a recorrer el mundo.

Salió a recorrer el mundo. La noche la sorprendió en medio del campo. Divisó una luz. Era una casa donde una mujer velaba a su hijo moribundo.

—Vaya a descansar —dijo la muchacha—, yo cuidaré a su hijo.

Mientras velaba, la luz se apagó y quedaron a oscuras. Busca a tientas una cerilla y no la encuentra. «Voy a ver si por aquí cerca encuentro a alguien que me dé una luz». Sale a la carrera, da vueltas y a lo lejos ve una lucecita. Se acerca y encuentra una vieja echando leña debajo de un caldero de aceite.

—Abuela, ¿me prendes la luz?

—Si me ayudas —respondió la vieja.

—¿Si te ayudo a qué?

—A preparar el hechizo para un joven, el hijo de esos campesinos que viven allá. —E indicó la casa donde agonizaba el muchacho—. Cuando se consuma el aceite, el joven morirá.

—Te ayudo —dijo la muchacha—. Yo pongo la leña, tú fíjate en si el caldero hierve.

La vieja se agacha a ver si hierve el caldero y la muchacha la coge de las piernas y la zambulle en el aceite hasta que se queda tiesa. Después prendió la luz, apagó el fuego y corrió a la casa, donde el joven había recobrado la salud y se levantaba de la cama. Fiestas, alegría en esa casa humilde.

—¡Pues yo me caso contigo! —repetía el joven.

—No, no, dejémoslo así —respondió ella, y al día siguiente reanudó el viaje cargada de regalos.

Llegó a una aldea y se puso al servicio de un matrimonio. El marido, pobrecito, hacía años que no se levantaba de la cama, pues sufría una enfermedad desconocida y ningún médico daba en la tecla. La muchacha, mientras servía en la casa, empezó a sospechar de la mujer. Comenzó a vigilarla, y una noche se ocultó detrás de una cortina para ver qué hacía. En eso llega la mujer, despierta al marido, le hace beber una taza de opio y en cuanto él vuelve a dormirse abre un cofrecito y dice:

—Arriba, hijas mías, que ya es hora.

Del cofrecito salieron unas víboras que se tendieron junto al durmiente y empezaron a chuparle la sangre. Cuando las víboras se saciaron, la mujer las despegó

del cuerpo de su marido, sacó una pequeña marmita que tenía oculta detrás de un cuadro y les hizo escupir toda la sangre que habían sorbido. Se untó cuidadosamente el pelo, devolvió las víboras al cofrecito y dijo:

—Sobre el agua y sobre el viento,
Hasta el nogal de Benevento.

Y desapareció.

¿Y la muchacha qué hace? Se unta cuidadosamente el pelo con la sangre de la marmita, repite las palabras de la mujer, y de pronto se encontró dentro de un tonel lleno de brujas que bailaban y obraban sortilegios y encantamientos. En cuanto amaneció, la muchacha, ansiosa de llegar a casa antes que su ama, pensó: «Hay que encontrar la fórmula mágica inversa». Y probó diciendo:

—Bajo el agua y bajo el viento,
Lejos del nogal de Benevento.

Y de golpe se encontró de vuelta en casa. Cuando volvió la patrona, la encontró durmiendo como si nada hubiera sucedido.

Pero a la mañana siguiente la muchacha le dijo al marido:

—Esta noche finja beber de la taza que le trae su señora, pero no trague ni una gota.

El marido siguió sus instrucciones y permaneció despierto. Cuando la mujer se dispuso a mandarle las víboras, él se levantó y la mató. Apenas hubo expirado, el marido recobró la salud.

—¿Cómo puedo agradecértelo? —le dijo a la muchacha—. No te vayas de aquí. Quiero tenerte siempre conmigo.

Pero ella no quiso saber nada. Aceptó todo el dinero que le dio el patrón y reanudó el viaje.

Caminó y caminó hasta llegar a otra ciudad, donde se alojó en una posada. El dueño de la posada tenía un hijo jovencito que desde hacía mucho yacía en cama sin comer ni beber, durmiendo noche y día.

—Déjelo de mi cuenta —dijo la muchacha—, yo lo curaré.

Por la noche se puso a cuidarlo. Dan las diez: nada. Dan las once: nada. Dan las doce y ¡zas!, en el techo se abren dos orificios y por allí caen dos bultos, uno blanco y otro negro. Llegan al suelo, y el bulto blanco se transforma en una hermosa señora y el bulto negro en una criada que llevaba una bandeja con la cena. La señora abofeteó al durmiente y lo despertó; después le pusieron la mesa y empezaron a cenar con él como si tal cosa. Cuando se oyó el canto del gallo, la hermosa señora volvió a abofetear al jovencito, que se durmió de inmediato. Las dos mujeres se encogieron hasta transformarse en dos bultos, uno blanco y otro negro, y salieron volando por los orificios del techo.

Al día siguiente, la muchacha dijo a los padres del enfermo:

—Si quieren que este pobre muchacho se cure, préstenme atención. Hay que hacer cinco cosas: primero, que maten todos los gallos del pueblo; segundo, que sujeten todas las campanas; tercero, que preparen una manta negra bordada de estrellas y la cuelguen fuera de la ventana; cuarto, que debajo de la ventana enciendan una fogata; quinto, que se ponga un albañil en el techo, listo para tapar dos agujeros.

A la noche siguiente las dos mujeres-bulto descendieron al cuarto y se pusieron a cenar con el joven. De vez en cuando miraban por la ventana para ver si aclaraba, pero siempre veían el cielo estrellado. Espera que te espera, afuera estaba oscuro, no se oían los gallos y ni siquiera las gallinas; las dos mujeres-bulto van a la ventana para ver qué pasa que la noche no termina nunca. Sacan la mano y comprueban que eso no era el cielo sino una manta, y la manta cayó de repente mostrando el sol en lo alto del cielo. Se apresuraron a convertirse en bultos y saltaron hacia el techo. Pero entre tanto el albañil había asegurado las tejas, las vigas y el revoque, y encontraron un obstáculo en su camino. Corren a tirarse por la ventana, pero ven la fogata ahí abajo. De todos modos, no les quedaba otra posibilidad. Se tiraron, se chamuscaron un poco y huyeron. Con las prisas, sin embargo, habían olvidado propinar al jovencito la bofetada de costumbre, de modo que él permaneció despierto y quedó liberado del hechizo.

Los padres corrieron a abrazarlo locos de contento.

—¡Esa muchacha! ¡Me quiero casar con esa muchacha! —fue lo primero que dijo el joven. Pero ella, ¡cucú!, tenía otras ideas en la cabeza. También los posaderos la colmaron de regalos, y ella reanudó la marcha. Encontró una viejecita.

—¿Adónde vas?

—En busca del Rey soberbio —dijo la muchacha.

—Oye —dijo la vieja—, sé que has sufrido bastante. Toma esta varita de las órdenes. Pídele lo que quieras y ella lo hará. Has de saber que el Rey soberbio se encuentra en esta región.

Y la viejecita desapareció.

La hija del mercader se dirigió entonces al palacio del Rey soberbio, dio un golpe con la varita de las órdenes en el suelo y dijo:

—¡Ordeno! Ordeno que surja de inmediato un palacio grande como el del Rey soberbio, y con ventanas en número de siete al igual que las suyas, pero que el palacio esté hecho de tal forma que en un extremo las ventanas toquen las del palacio del Rey y las del otro extremo estén alejadas.

Y de pronto surgió otro palacio frente al del Rey, tal como ella lo había pedido. Era por la mañana y el Rey soberbio se levantó y vio que frente al suyo había crecido ese hermoso palacio jamás visto anteriormente. Se asomó y frente a su ventana se encontraba la ventana más alejada del otro palacio, a la cual se asomaba una muchacha tan bella que el Rey soberbio, para verla mejor, se quitó el primer velo.

—Tomad los dos mejores brazaletes del tesoro —ordenó a sus lacayos— y llevádselos en seguida a esa muchacha, pidiéndole su mano en mi nombre.

Los lacayos fueron a llevarle el mensaje con los brazaletes en cojines de terciopelo.

—Estos brazaletes —replicó la muchacha apenas los vio— colgadlos como aldabas en el portón, que justamente no tiene.

Y los despidió.

A la mañana siguiente la muchacha se asomó por la segunda ventana y el Rey soberbio se quitó otro velo y se asomó también a la segunda ventana. Después ordenó a los lacayos que le llevaran un collar de brillantes.

—Este collar —repuso ella—, ponédselo al perro como cadena, que está sujeto con una cuerda.

Al tercer día la muchacha se asomó por la tercera ventana, y el Rey soberbio, tras quitarse el tercer velo y asomarse también por la tercera ventana, envió a sus lacayos con dos colgantes de perlas.

—Estos colgantes —dijo ella—, usadlos de badajos para la campanilla del perro.

Al cuarto día, desde la cuarta ventana, respondió a los lacayos que el hermoso chal recamado que le traían lo usaran de felpudo, y el quinto día, después de que el Rey, despojado también del quinto velo, le mandó un anillo de compromiso con un diamante grande como una nuez, dijo que se lo regalaran a los hijos del portero para que jugaran con él.

El sexto día le llevaron la corona de Reina.

—Usadla para poner encima la olla.

Pero entre tanto habían llegado a la séptima ventana y estaban cara a cara, y el Rey soberbio se había quitado el último velo, y tanto le gustó a la hija del mercader que al fin le dijo:

—De acuerdo, me caso contigo.

*Lo festejaron con pan duro*
*Y gallina agusanada.*
*¡Viva la recién casada!*

*(Roma)*

# 103
# MARÍA DE MADERA

Había una vez un Rey y una Reina, y la hija de este Rey y esta Reina, que era una verdadera belleza. Cuando esta hija, que se llamaba María, tenía quince años, su madre cayó enferma y estaba a punto de morir. Su marido, a la cabecera del lecho, decía llorando que jamás volvería a casarse, y ella replicó:

—Esposo mío, aún eres joven y tienes una hija para criar. Te dejo este anillo; deberás casarte con la mujer que pueda ceñirlo en su dedo.

Terminado el período de luto, el Rey buscó una nueva esposa, pero todas las que se presentaron se marcharon después de probarse el anillo: a unas les venía muy ancho, a otras les apretaba en exceso.

—Esto quiere decir que el destino nada ha resuelto —dijo el Rey—. Por ahora dejémoslo así.

Y conservó el anillo.

Un día la hija, mientras hacía las tareas domésticas, encontró el anillo en el cajón de una cómoda. Se lo puso y no se lo pudo quitar del dedo. «¡Quién sabe lo que me dirá mi padre ahora!», pensó. Cogió un lienzo negro y se vendó el dedo. El padre, al verla con el dedo vendado, le preguntó:

—¿Qué te pasa, hija mía?

—Nada, padre. Me he hecho un pequeño rasguño.

Pero al cabo de unos días el padre quiso ver qué tenía en el dedo, le quitó la venda y vio el anillo.

—Ah, hija mía —dijo—, ¡tú debes ser mi mujer!

Ante esa impertinente exclamación, María salió corriendo y fue a confiarse a la nodriza.

—Si vuelve a decírtelo, respóndele que sí —aconsejó la nodriza—, pero dile que quieres un vestido de novia del color de los prados, que luzca todas las flores que hay en el mundo. No hay en toda la tierra un vestido así, y de ese modo tendrás una buena razón para no corresponder a sus deseos.

El Rey, cuando recibió esa respuesta, llamó de inmediato a un criado de confianza, le dio un saco de monedas de oro y un buen caballo y lo envió a recorrer el mundo en busca de un vestido del color de los prados que luciera todas las flores. Viajó durante seis meses, pero no hubo manera de encontrarlo: por fin llegó a una ciudad llena de judíos y buscó en la tienda de un mercader de paños.

—¿Tendría una tela de seda así y asá?

Y el judío:

—¡Cómo que si la tengo! Tengo otras más bellas, además.

Y así el Rey consiguió el vestido de novia de la hija. María corrió sollozando a ver a la nodriza.

—No te desanimes, hija mía. Pídele otro para la proclama: un vestido del color del agua del mar, que luzca todos los peces recamados en oro.

Al cabo de unos meses el criado encontró también ese vestido, allá en la ciudad de los judíos. La nodriza sugirió entonces que María pidiese un vestido para el día de la boda cuya belleza superara a la de los anteriores: del color del aire, con el Sol, los planetas y todas las estrellas. El criado emprendió un nuevo viaje y a los seis meses el vestido estuvo listo.

—Ahora —dijo el Rey—, hija mía, no hay tiempo que perder. Nos casaremos dentro de ocho días.

Se fijó la fecha para la ceremonia, pero entre tanto la nodriza había confeccionado para la muchacha un vestido de madera que la cubría de pies a cabeza y flotaba sobre las aguas.

El día de la boda María dijo a su padre que quería darse un baño y metió una paloma en la tinaja del agua, sujeta por las patas a otra paloma que estaba fuera de la tinaja. La paloma de fuera quería alejarse volando pero estaba sujeta a la de dentro, y cada una tiraba por su lado. La paloma que estaba en la tinaja revoloteaba en el agua, agitándola como una persona que se lava. Entre tanto María se puso el vestido de madera y debajo el vestido del color de los prados, el del color del agua y el del color del aire y escapó. El padre seguía oyendo el bullicio que producían las palomas y no se dio cuenta de nada.

María se dirigió al mar y empezó a caminar sobre las aguas con el vestido que flotaba. Caminando sobre las olas llegó a un lugar donde un hijo de Rey pescaba en compañía de varios pescadores. Vio aquella mujer de madera que caminaba por el mar y dijo:

—Nunca he visto un pez así; pesquémoslo y veamos de qué se trata.

Echaron las redes y la arrastraron a la orilla.

—¿Quién eres? ¿Y de dónde vienes? —le preguntaron.

Y María respondió:

—Soy María de Madera,
Hecha con maestría verdadera,
Hecha con verdadero arte,

Y viajo a todas partes.

—¿Y qué sabes hacer?

—Todo y nada.

Entonces el hijo del Rey la llevó a Palacio y la puso a cuidar las ocas. En la Corte la noticia de que había una cuidadora de ocas hecha de madera causó gran revuelo, y de todas partes venían a verla mientras seguía a las ocas por los prados y los estanques, caminando o flotando a voluntad.

Pero el domingo, cuando nadie la veía, María de Madera se quitaba el vestido flotante, derramaba sus bellas trenzas negras sobre los hombros desnudos y se subía a un árbol. Allí empezaba a peinarse mientras las ocas rodeaban el árbol y cantaban:

—Pi-pipiripí
Bella mujer, la que está aquí,
Parece la Luna, parece el Sol,
Hija de Rey o Emperador.

Todas las tardes María de Madera volvía a Palacio con un cesto de huevos, y una tarde se encontró con el hijo del Rey, quien se disponía a asistir a una fiesta, y empezó a bromear:

—¿Adónde vas, hijo de Rey?
—A ti no te lo diré.
—¿Por qué no me has invitado?
—¡Te pegaré con mi calzado!

Y le arrojó una bota. María se fue al corral, se puso el vestido del color de los prados, que lucía todas las flores del mundo, y también ella asistió al baile.

En el baile esta dama desconocida era la más bella de todas, con ese vestido como jamás se había visto otro igual. El hijo del Rey la invitó a bailar y le preguntó de dónde venía y cómo se llamaba.

—Soy la Condesa de Pegabota —respondió María.

El hijo del Rey no podía creerla porque jamás había oído ese nombre, pero nadie conocía a esa dama y ella sólo respondía Pegabota. El hijo del Rey se había enamorado de ella y le regaló un alfiler de oro que ella se clavó entre las trenzas. Luego se esfumó riendo de la fiesta. El hijo del Rey dio orden de que la persiguieran y vieran adonde se dirigía, pero ella arrojó al suelo un puñado de monedas de oro y los criados se pusieron a recoger las monedas y a pelear entre ellos.

A la tarde siguiente, el hijo del Rey se preparaba para asistir a la fiesta, entre melancólico y esperanzado. Llegó María de Madera con sus huevos.

—Majestad, ¿esta noche también vas al baile?

—No me fastidies; ¡tengo otras cosas en que pensar!

—¿Y a mí no me invitas?

Entonces el hijo del Rey perdió la paciencia, cogió un palito de leña y le pegó con

él.

María de Madera se fue al corral, se puso el vestido del color del agua, que lucía todos los peces del mar, y se fue a la fiesta. El hijo del Rey estaba muy contento de bailar con ella.

—Dime quién eres, esta vez.

—Soy la Marquesa de Pegapalo —dijo esta vez María, y no hubo modo de sonsacarle otra palabra.

El hijo del Rey le dio un anillo de brillantes y ella se esfumó como la noche anterior, confundiendo a los criados a fuerza de arrojarles puñados de monedas. El Rey estaba más enamorado que nunca.

La tarde siguiente no tenía la menor gana de soportar las salidas de María de Madera. En cuanto ella le pidió que la invitara al baile, le dio con las riendas por la espalda, pues estaba preparando los arreos del caballo. En el baile encontró a la dama con un vestido aún más bello que los anteriores, del color del aire y con el sol, los planetas y las estrellas, quien se presentó como la Princesa de Pegarrienda. El hijo del Rey le regaló un medallón con su retrato.

Y tampoco esa noche los criados pudieron alcanzarla.

El hijo del Rey enfermó de mal de amores, y los médicos no sabían qué hacer, y él no quería probar ni una cucharada de sopa. Un día le dijo a su madre, que siempre le insistía para que comiera algo:

—Sí, me han entrado ganas de comer *pizza*. Prepárala tú, mamá, con tus propias manos.

La Reina fue a la cocina y allí estaba María de Madera.

—Permitid que os eche una mano, Majestad —dijo, y se puso a amasar y hornear la *pizza*.

El hijo del Rey empezó a comérsela y la encontró muy sabrosa y felicitó a su madre. De pronto sintió algo duro entre los dientes; el alfiler que había regalado a la bella desconocida.

—Mamá, ¿quién ha preparado esta *pizza*?

—Yo, ¿por qué?

—No puede ser, dime de veras quién la ha hecho.

Y la Reina tuvo que admitir que la había ayudado María de Madera. El hijo inmediatamente pidió que le hiciera otra.

Llegó la segunda *pizza* de María de Madera y dentro el hijo encontró el anillo de brillantes. «María de Madera debe de saber algo acerca de la bella desconocida», se decía el joven, y encargó una tercera *pizza*. Y cuando encontró el medallón con su retrato, se levantó con el mejor de los ánimos y corrió al corral. Encontró a las ocas cantando alrededor del árbol:

—Pi-pipiripí,
Bella mujer, la que está aquí,
Parece la Luna, parece el Sol.

Hija de Rey o Emperador.

Y cuando alzó los ojos hacia la enramada vio a la bella desconocida que salía del caparazón de madera y se peinaba las trenzas. María le contó su historia y en menos de lo que tardó en decirlo se casaron y fueron felices.

*(Roma)*

# 104
# LA PIEL DE PIOJO

Había una vez un Rey que un día, mientras salía tranquilamente a pasear, notó que llevaba encima un piojo. «Piojo de Rey», pensó, «merece respeto». Y en vez de despiojarse y quitárselo de encima, lo conservó y lo llevó a Palacio, donde lo puso a engordar. El piojo se puso gordo como un gato y se pasaba el día en una silla. Después se puso gordo como un cerdo y tuvieron que sentarlo en una poltrona. Después se puso gordo como un ternero y tuvieron que alojarlo en un establo. Pero continuaba engordando y ya no cabía ni en el establo, de modo que el Rey lo hizo degollar. Una vez degollado, lo mandó desollar y ordenó colgar la piel en la puerta del palacio. Luego hizo publicar un bando anunciando que al que adivinara a qué animal pertenecía la piel le daría a su hija por esposa, pero que quien no lo adivinara sería condenado a muerte.

En cuanto se publicó el bando, por el Palacio empezaron a desfilar gentes que iban a dar una explicación y se dejaban el pescuezo. El verdugo trabajaba sin descanso. La hija del Rey, sin que lo supiera su padre, tenía un enamorado, y no estuvo tranquila hasta que logró enterarse, mediante unas criadas que estaban al tanto de todo, de que esa piel era una piel de piojo. Por la noche, cuando su enamorado acudió bajo su ventana como de costumbre, le susurró:

—Mañana ve a ver a mi padre y dile que la piel es de piojo.

El otro no entendía:

—¿De rastrojo?

—¡No, de piojo! —dijo la hija del Rey elevando la voz.

—¿De hinojo?

—¡De piojo! ¡Piojo! —gritó ella.

—¡Ah, comprendido! Nos vemos mañana.

Y se fue.

Pero debajo de la ventana de la hija del Rey tenía su tienda un zapatero jorobado que había oído toda la conversación. «Ahora veremos quién se casa contigo», se dijo,

«si ése o yo». Y dicho y hecho, sin perder un minuto se levanta y va a ver al Rey.

—Sacra Majestad, tengo el honor de haber venido a adivinar de qué es esa famosa piel.

—Trata de adivinar bien —dijo el Rey—, porque ya son muchos los que han dejado el cuello.

—Veamos si lo dejo yo también —dijo el jorobado.

El Rey hizo traer la piel. El jorobado la observó con atención, la olisqueó, hizo como si se esforzara en pensar, y dijo:

—Sacra Majestad, tengo el honor de deciros que no es tan difícil adivinar a qué animal pertenece esta piel para alguien que entiende del asunto: es de piojo.

El Rey se quedó pasmado ante la sagacidad del jorobado; y sin decir jesús, porque palabra de Rey es palabra de Rey, llamó a su hija y allí mismo la declaró esposa legítima del jorobado. La pobre muchacha, que ya estaba segura de que al día siguiente se iba a casar con su enamorado, se desesperó a más no poder.

El jorobado se convirtió en Rey y ella en Reina. Pero la sola idea de convivir con él le provocaba un abatimiento mortal. Tenía consigo una vieja camarera que habría dado un ojo de la cara con tal de verla reír. Una mañana le dijo:

—Sacra Majestad, he visto que por esta región andan tres bufones jorobados, que bailan, tocan, cantan y le hacen a uno desternillarse de risa. ¿Queréis que los traiga a Palacio, así os divertís también un poco?

—¿Pero te has vuelto loca? —dijo la Reina—. Si llega a venir el Rey jorobado y los encuentra aquí pensará que los hemos traído para tomarle el pelo.

—No temáis —dijo la camarera—. Si llega a venir el Rey jorobado, los esconderemos en el aparador.

Así que los tres jorobaditos se presentaron ante la Reina y empezaron a hacer de las suyas. Y la Reina no podía parar de reír. En lo mejor del asunto, suena la campanilla: el Rey jorobado.

La camarera agarra a los tres jorobados del pescuezo, los mete en el aparador y cierra con llave.

—¡Ya voy, ya voy! —exclama, y va a abrir al Rey.

Cenaron y después de la cena salieron a pasear.

Al día siguiente esperaban visitas, y nadie se acordó de los jorobaditos. Al tercer día la Reina le preguntó a la camarera:

—Pero dime, ¿qué ha sido de esos tres jorobados?

La camarera se da una palmada en la frente.

—¡Uy, Majestad! ¡Ni me acordaba! ¡Siguen todavía en el aparador!

Van a abrir, ¿y qué encuentran? Los tres jorobados con el ceño fruncido, muertos de hambre y sofocación.

—¿Y ahora? —exclamó la Reina, muy asustada.

—No tenga miedo, yo me hago cargo.

La camarera cogió a uno de los jorobados y lo metió en una bolsa. Llamó a un

faquín:

—Oye, en esta bolsa hay un ladrón a quien maté de un golpe cuando lo sorprendí robando las joyas de la Corona.

Abrió la bolsa y le mostró la joroba.

—Ahora échatelo al hombro y arrójalo al río sin que nadie te vea. Cuando vuelvas tendrás tu recompensa.

El faquín carga con la bolsa y se va al río. Entre tanto, esa camarera de mente retorcida mete al segundo jorobado en otra bolsa y lo deja junto a la puerta. Vuelve el faquín para que le paguen y la camarera le dice:

—¿Cómo quieres que te pague si el jorobado sigue aquí?

—¿Pero a qué estamos jugando? —replica el otro—. Si acabo de tirarlo al río.

—Señal de que no lo has tirado bien —insiste la camarera—. De lo contrario no estaría aquí.

El faquín sacude la cabeza y refunfuña, carga con la bolsa y se va. Cuando regresa una vez más al palacio, vuelve a encontrarse la bolsa con el jorobado y con la camarera hecha una furia.

—¿Te das cuenta de que tengo razón cuando digo que no lo sabes tirar al río? —le dice—. ¿No ves que ha vuelto otra vez?

—¡Pero si esta vez hasta le até una piedra!

—¡Atale dos! Mira que si la bolsa viene otra vez, no sólo no te pago sino que te doy una tunda para que aprendas.

El faquín vuelve a cargar la bolsa, va al río, le ata dos pedruscos y tira el tercer jorobado al agua. Se cerciora de que no salga a flote y vuelve a palacio.

Cuando el faquín subía las escaleras, el Rey Jorobado salió de su casa. El faquín lo ve y piensa: «¡Maldición! ¡El jorobado se ha vuelto a escapar! ¡Si esa bruja lo ve, encima me da una paliza». Se puso tan furioso que se le saltaban las lágrimas. Ciego de cólera, agarró al jorobado del pescuezo y gritó:

—¡Ah, jorobado del diablo! ¿No te basta que te haya tirado tres veces al río? Te tiré con una piedra y volviste a la superficie, te tiré con dos y vuelves a aparecer. ¿Pero qué tienes, el alma mal puesta? Ahora te la arreglo yo.

Y empezó a apretarle la garganta hasta que lo dejó con un palmo de lengua fuera. Luego se lo echó al hombro y fue derechito al río, donde lo arrojó con cuatro piedras sujetas a los pies.

Cuando la Reina se enteró de que también su marido había corrido la suerte de los tres jorobados, cubrió al faquín de regalos: dinero, piedras preciosas, quesos, vino. No tardó mucho en pensarlo: se casó con su antiguo enamorado y a partir de aquel día vivió feliz y contenta.

*Ancha la hoja, angosto el camino,*
*Contad el vuestro que yo he contado el mío.*

*(Roma)*

# 105
# CICCO PETRILLO

Había una vez un matrimonio que tenía una hija y le habían encontrado marido. El día de la boda estaban invitados todos los parientes, y después de la ceremonia se sentaron a la mesa. En medio del banquete se quedaron sin vino. El padre dijo a la hija recién casada:

—Baja a la bodega a buscar más vino.

La recién casada baja a la bodega, pone la botella debajo del tonel, abre la espita y espera a que la botella se llene. Mientras esperaba, se puso a pensar: «Hoy me he casado, dentro de nueve meses me nacerá un hijo, lo llamaré Cicco Petrillo, lo vestiré, lo calzaré, crecerá… ¿y si Cicco Petrillo después se me muere? ¡Ay, pobre hijo mío!». Y rompió a llorar desconsolada.

La espita había quedado abierta y el vino se derramaba por la bodega. Los que estaban en el banquete, espera que te espera; pero la novia no aparecía. El padre dijo a su mujer:

—Baja a la bodega a ver si a aquélla le ha dado por dormirse.

La madre fue a la bodega y encontró a su hija llorando a cántaros. —¿Qué has hecho, hija? ¿Qué te ha pasado?

—Ah, madre mía, estaba pensando que hoy me he casado, en nueve meses tendré un hijo y le pondré Cicco Petrillo; ¿y si Cicco Petrillo después se me muere?

—¡Ay, mi pobre nieto!

—¡Ay, mi pobre hijo!

Y las dos mujeres rompieron a llorar.

La bodega, entre tanto, se inundaba de vino. Los que se habían quedado a la mesa, espera que te espera; pero el vino no llegaba.

—Les habrá pasado algo a las dos —dijo el padre—. Mejor voy a echar una ojeada.

Fue a la bodega y encontró a las dos mujeres llorando como criaturas.

—¿Pero qué diablos os pasa? —preguntó.

—¡Ah, hombre, si supieras! Estamos pensando que ahora esta hija nuestra se casó, y muy prontito nos dará un nieto, y a este nieto le vamos a poner Cicco Petrillo; ¿y si Cicco Petrillo se nos muere?

—¡Ah! —gritó el padre—. ¡Pobre Cicco Petrillo!

Y los tres se pusieron a llorar en medio del vino.

El novio, al ver que nadie volvía, dijo:

—¿Pero qué diablos estarán haciendo ahí abajo? Vamos a ver qué pasa.

Y bajó.

—¿Pero qué os ha pasado que estáis llorando? —preguntó al oír ese gimoteo.

Y la novia:

—¡Ay, si supieras! Estábamos pensando que ahora acabamos de casarnos, y tendremos un hijo y le pondremos Cicco Petrillo. ¿Y si Cicco Petrillo se nos muere?

El novio al principio se quedó mirándolos por si se trataba de una broma, pero cuando entendió que le hablaban en serio perdió los estribos y empezó a dar gritos:

—Que erais un poco tontos —dice—, eso me lo imaginaba, pero hasta tal punto —dice—, la verdad, no me lo suponía. Y ahora —dice—, ¿tengo que perder mi tiempo con estos imbéciles? ¡Pero qué esperanza! —dice—. Me voy y se acabó. ¡Sí, señor! —dice—. Y en cuanto a ti, querida mía, quédate tranquila que no me verás nunca más. ¡A menos que llegara a encontrarme con tres locos peores que vosotros! —dice, y se va. Salió de la casa y ni siquiera se volvió para saludar.

Caminó hasta un río, donde había un hombre que quería descargar avellanas de una barca con ayuda de una horquilla.

—¿Qué haces con esa horquilla, buen hombre?

—Hace rato que lo intento, pero no logro levantar ni una.

—Pero hombre, ¿por qué no pruebas con la pala?

—¿Con la pala? Claro, ni se me había ocurrido.

«¡Vaya otro!, piensa el novio. «Este es todavía más bestia que toda la familia de mi mujer».

Caminó hasta llegar a otro río. Había un campesino que se afanaba por dar de beber a dos bueyes con una cuchara.

—¿Pero qué estás haciendo?

—¡Ya llevo tres horas y todavía no logro calmar la sed a estas bestias!

—¿Y por qué no les dejas meter el hocico en el agua?

—¿El hocico? Ah, es cierto. No se me había ocurrido.

«¡Y van dos!», se dijo el novio, y siguió su camino.

Caminó hasta que en la copa de una morera vio una mujer que sostenía con las manos un par de calzoncillos.

—¿Qué haces ahí, buena mujer?

—¡Oh, si supieras! —le respondió—. Mi marido murió y el cura me dijo que subió al Paraíso. Yo estoy esperando que vuelva a bajar y se meta de nuevo en sus pantalones.

«¡Y con ésta tres!», pensó el novio. «Me parece que no encuentro sino gente más tonta que mi mujer. ¡Mejor que me vuelva a casa!».

Así lo hizo y se sintió contento, pues bien se dice que en el país de los ciegos el tuerto es el rey.

*(Roma)*

# 106
# NERÓN Y BERTA

Berta era una pobre mujer que se pasaba el día hilando, porque era una hilandera muy habilidosa. Una vez, en la calle, se encontró con Nerón, emperador romano, y le dijo:

—¡Dios te dé salud para que vivas mil años!

Nerón, que era tan déspota que nadie lo podía ver, se quedó tieso al oír que alguien le deseaba que viviera mil años y repuso:

—¿Y por qué me dices eso, buena mujer?

—Porque después de uno malo siempre viene uno peor.

Nerón le dijo entonces:

—Bien, todo lo que hiles desde ahora hasta mañana por la mañana, llévamelo a mi palacio.

Y se marchó.

Berta, hilando, pensaba: «¿Qué querrá hacer con el lino que estoy hilando? ¡Mientras que mañana, cuando se lo lleve, no lo use como cuerda para colgarme! De ese tirano se puede esperar cualquier cosa».

Por la mañana se presenta puntualmente en el palacio de Nerón. El la hace entrar, recibe todo el lino que había hilado, y le dice:

—Sujeta un extremo del ovillo en la puerta del palacio y camina hasta que se termine el hilo —luego llamó al Mayordomo de Palacio y le dijo—: en toda la longitud del hilo, el espacio de uno y otro lado del camino pertenece a esta mujer.

Berta le dio las gracias y se fue muy contenta. A partir de entonces ya no tuvo necesidad de hilar, pues se había convertido en una señora.

Cuando la noticia se difundió en Roma, todas las mujeres que comían una vez al día se presentaron a Nerón con la esperanza de recibir un regalo como el que había recibido Berta.

Pero Nerón respondía:

—Ya pasaron los tiempos en que Berta hilaba[1].

*(Roma)*

# 107
# EL AMOR DE LAS TRES GRANADAS
# (Blanca-como-la-leche-roja-como-la-sangre)

Un hijo de Rey estaba comiendo. Al cortar un queso, se cortó un dedo y una gota de sangre cayó en el queso. Dijo a su madre:

—Mamá, quiero una mujer blanca como la leche y roja como la sangre.

—¡Cómo!, hijo mío, si es blanca no es roja y si es roja no es blanca. Pero busca a ver si la encuentras.

El hijo se puso en marcha. Tras mucho caminar, encontró una mujer: —Jovencito, ¿adónde vas?

—¡Cómo te lo voy a decir justo a ti, que eres mujer!

Tras mucho caminar, encontró un viejecito:

—Jovencito, ¿adónde vas?

—A ti sí te lo digo, abuelito, pues sin duda sabes más que yo. Busco una mujer blanca como la leche y roja como la sangre.

—Hijo mío —repuso el viejecito—, si es blanca no es roja y si es roja no es blanca. Sin embargo, toma estas tres granadas. Ábrelas a ver qué sale. Pero hazlo sólo cerca de la fuente.

El joven abrió una granada y salió una bellísima muchacha blanca como la leche y roja como la sangre, que al instante gritó:

> —Oh jovencito de los labios frescos
> Dame de beber que desfallezco.

El hijo del Rey ahuecó la mano, la llenó de agua y se la ofreció, pero no llegó a tiempo. La muchacha murió.

Abrió otra granada y de un brinco surgió otra hermosa muchacha, diciendo:

> —Oh jovencito de los labios frescos
> Dame de beber que desfallezco.

Le ofreció el agua pero ya había muerto.

Abrió la tercera granada y salió una muchacha aún más bella que las otras dos. El joven le arrojó el agua a la cara y sobrevivió.

Estaba desnuda como su madre la trajo al mundo, y el joven la arropó con su abrigo y le dijo:

—Súbete a este árbol que yo iré a buscar vestidos para cubrirte y una carroza para llevarte a Palacio.

La muchacha se encaramó al árbol, junto a la fuente. A esa fuente iba todos los días la Sarracena Fea a buscar agua. Mientras recogía agua en el cántaro, vio reflejada en la superficie la cara de la muchacha que estaba en el árbol.

—¿Y debo yo, siendo tan bonita
Acarrear el agua con la vasijita?

Y sin titubear un instante, arrojó el cántaro al suelo y lo hizo añicos. Volvió a casa, donde la patrona la recibió con gritos:

—¡Sarracena Fea! ¿Cómo te atreves a volver sin agua y sin vasija?

Cogió otro cántaro y regresó a la fuente. En la fuente volvió a ver la imagen reflejada en el agua. «¡Ah, realmente soy muy bella!», se dijo.

—¿Y debo yo, siendo tan bonita
Acarrear el agua con la vasijita?

Y tiró el cántaro al suelo. La patrona volvió a gritarle, ella regresó a la fuente, rompió otro cántaro, y la muchacha que siempre la miraba desde el árbol, esta vez no pudo contener una risotada.

La Sarracena Fea alzó los ojos y la vio.

—Ah, ¿eres tú? ¿Y me has hecho romper tres cántaros? ¡Aunque sin duda eres muy bonita! Espera, que quiero peinarte.

La muchacha no quería bajar del árbol, pero la Sarracena Fea insistió:

—Deja que te peine y quedarás aún más hermosa.

La hizo bajar, le soltó el pelo, vio que llevaba un alfiler en la cabeza. Cogió el alfiler y se lo clavó en una oreja. La muchacha derramó una gota/ de sangre y murió. Pero la gota de sangre no bien tocó el suelo se transformó en una palomita y la palomita se alejó volando.

La Sarracena Fea fue a encaramarse al árbol. Volvió el hijo del Rey con la carroza, y al verla exclamó:

—¡Eras blanca como la leche y roja como la sangre! ¿Cómo te has vuelto tan negra?

Y la Sarracena Fea respondió:
—En el cielo salió el sol

Y me mudó de color.

Y el hijo del Rey:

—¿Pero cómo tienes la voz tan cambiada?

Y ella:

—En el cielo sopló el viento
Y me mudó el parlamento.

Y el hijo del Rey:

—¡Pero eras tan guapa y ahora eres tan fea!

Y ella:

—La brisa y sus impurezas
Me mudaron la belleza.

En fin, él la llevó a la carroza y se fueron a casa.

Desde que la Sarracena Fea se instaló en el Palacio como mujer del hijo del Rey, la palomita se posaba todas las mañanas en la ventana de la cocina y preguntaba al cocinero:

—Oh, cocinero, señor de la alacena,
¿Qué hace el Rey con esa Sarracena?

—Come, bebe y duerme —respondía el cocinero.

Y la palomita:

—Sopita para mí,
Plumas de oro para ti.

El cocinero le daba un plato de sopa y la palomita se sacudía y le caían plumas de oro. Después se alejaba volando.

A la mañana siguiente volvía:
—Oh, cocinero, señor de la alacena,

¿Qué hace el Rey con esa Sarracena?

—Come, bebe y duerme.

—Sopita para mí,
Plumas de oro para ti.

Ella se tomaba la sopa y el cocinero se guardaba las plumas de oro.

Al cabo de un tiempo el cocinero pensó en ir a ver al hijo del Rey para contarle lo que ocurría. El hijo del Rey lo escuchó y dijo:

—Mañana cuando vuelva la palomita, no la dejes escapar y tráetela, que quiero tenerla conmigo.

La Sarracena Fea, que lo había escuchado todo a hurtadillas, pensó que esa palomita no auguraba nada bueno; y cuando al día siguiente volvió a posarse en la ventana de la cocina, la Sarracena Fea fue más rápida que el cocinero: la traspasó con un espetón y la mató.

La palomita murió. Pero una gota de sangre cayó en el jardín, y en ese lugar creció al instante un granado.

Este árbol tenía una virtud: a quien estaba a punto de morir le bastaba comer una granada para reponerse. Y siempre había una gran cola de gente que iba a pedir a la Sarracena Fea que por favor le diera una granada.

Por fin en el árbol sólo quedó una granada, la más grande de todas, y la Sarracena Fea dijo:

—Esta me la guardo para mí.

Vino una vieja y le pidió:

—¿Me darías esa granada? Tengo a mi marido agonizando.

—Me queda una sola, y la quiero conservar de adorno —dijo la Sarracena Fea, pero el hijo del Rey intervino:

—Pobrecita —dijo—, se está muriendo su marido, tienes que dársela.

Y así la vieja volvió a casa con la granada. Volvió a casa y se encontró con que su marido ya había muerto. «Entonces me guardaré la granada de adorno», se dijo.

Todas las mañanas la vieja iba a misa. Y mientras ella estaba en misa, la muchacha salía de la granada. Encendía el fuego, limpiaba la casa, cocinaba y ponía la mesa; y después se metía dentro de la granada. Cuando la vieja volvía lo encontraba todo dispuesto y no entendía cómo.

A la mañana siguiente la vieja fingió cerrar la casa, pero en cambio se escondió detrás de la puerta. La muchacha salió de la granada y empezó a limpiar y cocinar. La vieja entró y la muchacha no tuvo tiempo de esconderse en la granada.

—¿De dónde vienes? —le preguntó la vieja.

—Sea buena, abuelita —rogó la muchacha—, no me mate, no me mate.

—No te mato, pero quiero saber de dónde vienes.

—Yo vivo dentro de la granada…

Y le contó su historia.

La vieja la vistió de aldeana, tal como estaba vestida ella (pues la muchacha siempre seguía desnuda como su madre la había traído al mundo) y el domingo se la llevó a misa. El hijo del Rey también estaba en misa y la vio. «¡Jesús! ¡Me parece que ésta es la joven que encontré en la fuente!», pensó, y el hijo del Rey siguió a la vieja por la calle.

—¡Dime de dónde ha salido esa joven!

—¡No me mates! —lloriqueó la vieja.

—No tengas miedo. Sólo quiero saber de dónde viene.

—Viene de la granada que me diste.

—¡También ella de una granada! —exclamó el hijo del Rey, y preguntó a la joven

—: ¿por qué estabas dentro de una granada?

Y ella le contó todo.

Él volvió a Palacio con la muchacha y le hizo repetir toda su historia delante de la Sarracena Fea.

—¿Lo has oído bien? —dijo el hijo del Rey a la Sarracena Fea cuando la muchacha concluyó con su relato—. No quiero ser yo quien te condene a muerte. Condénate tú misma.

Y la Sarracena Fea, viendo que no quedaba otro remedio, dijo:

—Manda que hagan una camisa de pez y quémame en medio de la plaza.

Así se hizo. Y el hijo del Rey se casó con la joven.

*(Abruzos)*

# 108
# JOSÉ PAJARITO QUE SI NO ARABA TOCABA EL PITO

Había un joven que se llamaba José Pajarito, que cuando no araba tocaba el pito. Tocaba el pito y bailaba por los campos para descansar de su trabajo cuando de pronto, en el linde de un terreno, vio un muerto tendido bajo un enjambre de moscas. Se quitó el pito de la boca, se acercó al cadáver, ahuyentó las moscas y lo cubrió con ramas verdes. Volvió al sitio donde había dejado el arado y vio que el arado se había puesto a arar solo y había removido la tierra de medio campo. A partir de ese día José Pajarito fue el labrador más feliz del mundo: araba hasta que estaba cansado, después sacaba el pito del bolsillo y el arado seguía arando solo.

Pero José Pajarito trabajaba para un padrastro, y este padrastro no lo quería y quería echarlo de su casa. Antes siempre decía que araba bien pero araba poco, ahora se puso a decir que araba mucho pero araba mal. Entonces José Pajarito cogió su pito y se fue.

Fue a ver a muchos granjeros, pero ninguno le daba trabajo. Finalmente encontró un viejo mendigo y también a él le pidió trabajo, por caridad, que si no se moría de hambre.

—Ven conmigo —le dijo el viejo—, que nos dividiremos las limosnas.

Así José Pajarito se fue con el mendigo, y cantaban:

—¡Madre de Dios, madre de Dios!
Un panecillo para los dos.

Pero todos daban limosna al viejo y a José Pajarito le decían:

—¿Tan joven y pidiendo limosna? ¿Por qué no te pones a trabajar?

—Porque no encuentro trabajo —respondía José.

—Eso dices tú. El Rey tiene muchas tierras sin cultivar y paga bien a quien las trabaja.

José Pajarito fue a las tierras del Rey llevando consigo al viejo, que siempre había

compartido las limosnas con él. Las tierras del Rey nunca habían sido roturadas: José Pajarito las aró, las sembró de trigo, las desbrozó y las segó. Cuando se cansaba de segar tocaba el pito, y cuando se cansaba de tocar, cantaba:

—Viva la tierra que me cobija,
Porque el patrón me dará a su hija.

La Princesa, oyéndolo cantar, se asomó a la ventana: vio a José Pajarito y se enamoró de él. Pero ella era Princesa y él labrador; era imposible que el Rey accediera a esa boda. De manera que decidieron fugarse. Se fugaron en una barca, de noche. Ya estaban en alta mar cuando José Pajarito se acordó del mendigo. Dijo a su amada:

—Hay que esperar al viejo: repartía conmigo todas las limosnas. No puedo dejarlo así.

Y en ese momento vieron que el viejo venía siguiéndolos. Caminaba sobre las aguas del mar como se camina sobre la tierra, y cuando llegó a la barca dijo:

—Habíamos quedado en compartir todo lo que ganábamos, y yo siempre dividí mis ganancias contigo. Ahora tienes a la hija del Rey: debes darme la mitad a mí.

Y le entregó un cuchillo para que José cortara a su mujer en dos.

José Pajarito cogió el cuchillo con mano temblorosa.

—Tienes razón —dijo—, tienes razón.

Y estaba a punto de cortar a la mujer en dos cuando el viejo le detuvo la mano.

—Detente: te he conocido como hombre justo. Debes saber que yo soy ese muerto que tú cubriste con ramas verdes. Sigue tu camino, y vivid siempre felices y contentos.

El viejo se fue caminando sobre las olas. La barca llegó a una isla colmada de riquezas, donde un palacio principesco esperaba a los dos enamorados.

*(Abruzos)*

# 109
# LA BELLA VENECIA

Había una vez una madre y una hija que tenían una posada donde solían alojarse el Rey y los Príncipes que iban de paso. La posadera se llamaba la Bella Venecia, y cuando los viajeros se sentaban a la mesa ella les daba charla:

—¿De dónde viene?

—De Milán.

—¿Y has visto alguna más bella que yo, en Milán?

—No, más bella que usted no he visto ninguna.

Después arreglaban cuentas.

—Serían diez escudos, pero usted déme cinco —decía la Bella Venecia, porque a todos los que le decían que no habían visto una más bella les cobraba la mitad.

—¿De dónde viene?

—De Turín.

—¿Y ha visto alguna más bella que yo, en Turín?

—No, no he visto ninguna más bella que usted.

Y en el momento de arreglar cuentas:

—Serían seis escudos, pero usted déme tres.

Un día la posadera formulaba a un viajero la pregunta de costumbre: —¿Y ha visto alguna más bella que yo?

En este momento pasó su hija por la sala, y el viajero repuso:

—Sí que la he visto.

—¿Y quién es?

—Su hija.

Esa vez, la Bella Venecia, al arreglar las cuentas, le dijo:

—Serían ocho escudos, pero usted págueme dieciséis.

Por la noche la posadera llamó al marmitón:

—Ve a la orilla del mar, construye una cabaña que tenga una sola ventana, pequeña pequeña, y encierra allí dentro a mi hija.

De modo que la hija de la Bella Venecia estaba noche y día encerrada en esta cabaña junto al mar, y oía el rumor de las olas pero no podía ver a nadie salvo al marmitón, que todos los días venía a traerle pan y agua. Pero pese al encierro la muchacha era cada día más bella.

Un forastero que cabalgaba a orillas del mar vio esa cabaña toda cerrada y se acercó. Pegó el ojo al ventanuco y en la oscuridad vio la cara de la muchacha, la más hermosa que jamás hubiese visto. Un poco asustado, espoleó el caballo y partió a la carrera.

Al caer la noche se detuvo en la posada de la Bella Venecia.

—¿De dónde viene? —le preguntó la posadera.

—De Roma.

—¿Ha visto a una más bella que yo?

—Sí que la he visto —dijo el forastero.

—¿Y dónde?

—Encerrada en una cabaña a orillas del mar.

—Aquí tiene la cuenta: son diez escudos pero págueme treinta.

Por la noche la Bella Venecia preguntó al marmitón:

—Oye, ¿quieres casarte conmigo?

El marmitón no podía creer lo que oía.

—Si quieres casarte conmigo, tendrás que llevar a mi hija al bosque y matarla. Si me traes sus ojos y una botella llena de su sangre, me casaré contigo.

El marmitón quería casarse con la patrona, pero no le hacía ninguna gracia asesinar a esa muchacha dulce y hermosa. Entonces llevó a la muchacha al bosque y la abandonó, y para mostrar los ojos y la sangre a la Bella Venecia mató a un cordero, que es sangre inocente. Y la patrona se casó con él.

La muchacha, sola en el bosque, lloró, gritó, pero nadie la oía. Al caer la noche vio una lucecita en la distancia: se acercó, oyó a mucha gente de charla y llena de miedo se escondió detrás de un árbol. Era un lugar rocoso y desierto, y doce ladrones se habían detenido frente a una piedra blanca.

—¡Ábrete, desierto! —dijo uno de ellos, y la piedra blanca se abrió como una puerta. Tras ella todo estaba iluminado como un gran palacio. Los doce ladrones entraron y el último dijo:

—¡Ciérrate, desierto!

Y la piedra se cerró a sus espaldas. La muchacha se quedó esperando oculta detrás del árbol. Al cabo de un rato una voz dijo desde adentro:

—¡Ábrete, desierto!

La puerta se abrió y los doce ladrones salieron en fila, y el último dijo:

—¡Ciérrate, desierto!

Cuando los ladrones se hubieron alejado, la muchacha se acercó a la piedra blanca y dijo:

—¡Ábrete, desierto!

Y el portal iluminado se abrió. Entró y dijo:

—¡Ciérrate, desierto!

Allí dentro había una mesa servida para doce, con doce platos, doce panes y doce botellas de vino. Y en la cocina había un espetón con doce pollos para asar. La muchacha hizo una limpieza general, preparó las doce camas, asó los doce pollos. Y como tenía hambre comió un ala de cada pollo, mordisqueó una corteza de cada pan y bebió un dedo de vino de cada botella. Cuando oyó que regresaban los ladrones, se escondió debajo de la cama. Los doce ladrones, al encontrar todo limpio, las camas hechas, los pollos asados, no supieron qué pensar. Luego advirtieron que a cada pollo le faltaba un ala, a cada pan una corteza, a cada botella un dedo de vino, y dijeron:

—Aquí debe de haber entrado alguien.

Y decidieron que al día siguiente uno de ellos se quedaría de guardia. Se quedó el ladrón más pequeño, pero se puso de guardia fuera, y entre tanto la muchacha salió de debajo de la cama, lo arregló todo, se comió las doce alas de pollo, las doce cortezas de pan y se bebió los doce dedos de vino.

—¡Eres un inútil! —dijo el jefe cuando comprobó que habían vuelto a visitar la casa, y puso de guardia a otro. Pero éste también se quedó fuera, mientras que la muchacha estaba dentro, y así, tratándose cada vez de estúpidos, todos los ladrones hicieron guardia durante once días consecutivos sin descubrir a la muchacha.

El duodécimo día quiso montar guardia el jefe; y en lugar de quedarse fuera se quedó dentro y vio que la muchacha salía de debajo de la cama. La agarró del brazo.

—No tengas miedo —le dijo—. Ya que estás aquí, quédate. Te trataremos como a una hermana.

De modo que la muchacha se quedó con los ladrones. Hacía las tareas de la casa, y ellos cada noche le traían joyas, monedas de oro, anillos y pendientes.

Al ladrón más pequeño le gustaba vestirse como gran señor para sus depredaciones y parar en las mejores posadas. Así una noche fue a comer a la posada de la Bella Venecia.

—¿De dónde viene? —le preguntó la posadera.

—Del linde del bosque —dijo el ladrón.

—¿Y ha visto alguna más bella que yo?

—Sí que la he visto —dijo el ladrón.

—¿Y quién es?

—Una muchacha que vive con nosotros.

Así la Bella Venecia comprendió que su hija seguía con vida.

A la posada iba todos los días una vieja que pedía limosna, y esta vieja era una bruja. La Bella Venecia le prometió la mitad de sus riquezas si lograba encontrar a su hija y matarla.

Un día la muchacha, cuando los ladrones habían salido, estaba cantando en la ventana. Pasó una vieja y le dijo:

—¡Vendo alfileres! ¡Vendo alfileres! ¿Me dejas pasar, niña? Te enseñaré un alfiler

para el pelo que es una maravilla.

La hizo pasar, y la vieja, simulando que le probaba un alfiler para el pelo, se lo clavó en el cráneo. La muchacha murió.

Cuando los ladrones volvieron y la encontraron muerta, pese al corazón de piedra que tenían se echaron a llorar. Eligieron un gran árbol de tronco hueco y la sepultaron en el tronco.

El hijo del Rey estaba de caza. Oyó el ladrido de los perros y los siguió; todos asaltaban el tronco de un árbol con las uñas. El hijo del Rey miró en su interior y encontró una bellísima muchacha muerta.

—Si estuvieras viva me casaría contigo —le dijo el hijo del Rey—, pero aunque estés muerta no quiero separarme de ti.

Hizo sonar el cuerno, reunió a sus cazadores y la hizo llevar al Palacio Real. Mandó que la encerraran en un cuarto sin que la Reina, su madre, se enterara de nada, y se pasaba los días en ese cuarto admirando la belleza de la muerta.

La madre empezó a sospechar y un día apareció en el cuarto por sorpresa.

—¡Ah, por eso no querías salir! ¡Pero está muerta! ¿Para qué la quieres?

—¡Muerta o no, no puedo vivir sin ella!

—¡Por lo menos que la peinen! —dijo la Reina, y mandó llamar al Peluquero Real. El Peluquero Real empezó a peinarla y el peine se le rompió. Cogió otro peine y también se le rompió. Así rompió siete peines uno tras otro.

—¿Pero qué tiene esta muchacha en la cabeza? —preguntó el Peluquero Real—. Voy a echar un vistazo.

Y palpó una cabeza de alfiler. Tiró muy despacito, y a medida que extraía el alfiler la joven recobraba el color. Al fin abrió los ojos, suspiró, respiró, dijo: «¡Oh!» y se puso de pie.

Se celebraron las bodas. Se daba de comer hasta en la calle. El que quiso comer comió y el que no quiso no comió.

*¡Ah Señor!*
*¡Una gallina a cada pecador!*
*¡Y a mí que cometí muchos pecados*
*Una gallina y además un pavo!*

*(Abruzos)*

# 110
# EL TIÑOSO

Un Rey no tenía hijos y eso lo entristecía. Víctima de esta tristeza, cabalgaba por un bosque cuando encontró un señor montado en un caballo blanco.

—¿Por qué tanta tristeza, Majestad? —preguntó el caballero.

—No tengo hijos —dijo el Rey—, y mi Reino se perderá.

—Si queréis tener un hijo —dijo el caballero—, firmad un contrato conmigo: cuando vuestro hijo tenga quince años, lo traeréis al bosque y me lo entregaréis.

—Con tal de tenerlo —dijo el Rey— me atrevería a cualquier pacto. Y así se firmó el pacto, y el Rey tuvo un hijo.

Era un niño de cabellos de oro y una cruz de oro en el pecho. Crecía día a día, tanto en estatura como en conocimientos. Antes de los quince años ya había completado todos sus estudios, y era experto en el arte de las armas. Cuando faltaban tres días para que se cumplieran los quince años, el Rey se encerró en su cuarto y se puso a llorar. La Reina no atinaba a explicarse el motivo de ese llanto, pero cuando el Rey habló del contrato que estaba a punto de vencer ella también lloró sin poder contenerse. El hijo veía a sus padres afligidos, sin comprender, y el padre dijo:

—Hijo, ahora te llevaré al bosque y te entregaré a tu padrino, que decretó tu nacimiento con un pacto.

Y así padre e hijo se internaron en el bosque con ánimo taciturno. Se oyó el repiqueteo de otros cascos; era el señor montado en su caballo blanco. El joven se fue con él y su padre, sin decir una palabra, se dio la vuelta llorando y emprendió el regreso. El joven continuó cabalgando junto al señor desconocido, atravesando lugares inexplorados del bosque. Al cabo llegaron a un inmenso palacio, y el señor le dijo:

—Ahijado, aquí vivirás y serás el amo. Sólo tres cosas te prohíbo: abrir este ventanuco, abrir este armario y bajar a las cuadras.

A medianoche el padrino partía en su caballo blanco, y no regresaba hasta el alba. Después de tres noches, el ahijado, cuando estuvo solo, sintió curiosidad por abrir el

ventanuco prohibido. Lo abrió: por esa ventana se veía fuego y llamas, porque era la ventana del Infierno. El joven miró en el Infierno a ver si encontraba algún conocido; y reconoció a su abuela. También la abuela lo reconoció y gritó desde adentro:

—¡Mi nieto! Hijo mío, ¿quién te ha traído aquí?

Y el joven respondió:

—¡Mi padrino!

—No, hijo —dijo la abuela—. Ese no es tu padrino, es el Demonio. Huye, hijo. Debes abrir el armario y llevarte un cedazo, un jabón y un peine. Luego baja a la cuadra y encontrarás tu caballo. Huye, y cuando el Demonio te siga arroja esos tres objetos. Atravesarás el río Jordán y entonces ya no podrá alcanzarte.

Un minuto más tarde el joven huía en su caballo, llamado Rabanito. Cuando el padrino regresó y no lo encontró ni a él ni al caballo, ni los objetos del armario, la emprendió con las almas condenadas y armó un infierno en el Infierno. Luego empezó a perseguir al fugitivo. El caballo blanco del padrino corría cien veces más ligero que Rabanito y sin duda lo habría alcanzado, pero el ahijado arrojó el peine y el peine se transformó en un bosque tan intrincado que el padrino pasó las de Caín para atravesarlo. En cuanto lo atravesó y reanudó la persecución, el ahijado casi dejó que lo alcanzara antes de arrojar el cedazo: el cedazo se transformó en un pantano, y el padrino sólo pudo vadearlo con mucha dificultad, después de chapotear un buen rato. Casi lo había alcanzado por tercera vez cuando el ahijado tiró el jabón: y el jabón se transformó en una montaña resbaladiza, y dondequiera que el caballo hincaba los cascos retrocedía más de lo que avanzaba. Entre tanto el ahijado había llegado a la ribera del Jordán y espoleó a Rabanito para que se arrojara a la corriente. Rabanito lo llevó a nado hasta la otra orilla, y el padrino, que mientras tanto había atravesado la montaña pero no podía alcanzarlo porque ya cruzaba las aguas del Jordán, se desahogaba provocando un estallido de truenos, rayos, viento, lluvia y granizo. Pero el joven ya subía a la ribera opuesta y cabalgaba rumbo a la noble ciudad de Portugal. En Portugal, para que no lo reconocieran, el joven pensó en ocultar sus cabellos de oro, y en una carnicería compró una vejiga de buey. Se la encasquetó en la cabeza, y así parecía un tiñoso. Dejó a Rabanito atado en un prado, y nadie podía acercarse a robarlo porque el caballo, después de estar en las caballerizas del Demonio, se había cebado con carne de cristianos.

Con la vejiga en la cabeza, el joven paseaba delante del palacio del Rey. Lo vio el jardinero y en cuanto supo que buscaba trabajo lo tomó como ayudante. La mujer del jardinero, cuando el marido lo trajo a casa, empezó a protestar porque en su vivienda no quería a un tiñoso. El marido, para contentarla, lo envió a una choza de madera que había allí cerca, diciéndole que nunca debía pisar su casa.

Por la noche el joven salió sigilosamente de la choza y fue a soltar a Rabanito. Se vistió con un atuendo rojo y de Rey, se quitó la vejiga de la cabeza y su cabellera de oro resplandeció bajo la luna. A caballo de Rabanito, se puso a hacer ejercicios en el jardín del palacio, saltando sobre setos y estanques, y hacía pruebas de destreza como

la de arrojar al aire tres brillantes anillos que llevaba en el dedo corazón, el anular y el meñique, obsequio de su madre, y recogerlos con la punta de la espada.

Mientras tanto, la hija del Rey de Portugal estaba asomada a la ventana mirando el jardín bañado por la luna; y vio a ese joven caballero de cabellos de oro, vestido de rojo, haciendo todos esos ejercicios. «¿Quién podrá ser? ¿Cómo ha podido entrar en el jardín?», se dijo. «Me fijaré de dónde sale». Y así, antes del alba, vio que salía por una puerta que daba al prado donde el joven dejaba el caballo. Ella se mantuvo al acecho, pero poco después vio entrar por la misma puerta al tiñoso, ayudante del jardinero, y cerró la ventana para no ser vista.

A la noche siguiente se puso a esperar desde la ventana.

Y vio que el tiñoso salía de la choza, se metía por la puerta, y poco después entraba el caballero de los cabellos de oro, esta vez totalmente vestido de blanco, y reanudaba sus ejercicios. Antes del alba se fue y poco después regresó el tiñoso. La Princesa empezó a sospechar que el tiñoso tenía algo que ver con el caballero.

La tercera noche se repitieron los hechos de las noches anteriores; sólo que el caballero iba vestido de negro. La Princesa se dijo: «El tiñoso y el caballero son la misma persona».

Al día siguiente bajó al jardín y solicitó al tiñoso que le trajera flores. El tiñoso hizo tres ramilletes: uno grande, uno más o menos y uno pequeño; los puso en un cestito y se los llevó. El ramillete más grande estaba inserto en el anillo del dedo corazón, el ramillete más o menos estaba inserto en el anillo del anular, y el ramillete pequeño en el anillo del meñique. La Princesa reconoció los anillos y le devolvió el cestito lleno de doblones de oro.

El tiñoso devolvió el cestito al jardinero, con las monedas y todo. El jardinero empezó a discutir con su mujer.

—¿Ves? —le decía—. Tú no quieres que pise nuestra casa y la Princesa lo llama a su cuarto y le llena el cestito con doblones de oro.

Al día siguiente, la Princesa quiso que el tiñoso le trajese naranjas. El tiñoso le llevó tres: una madura, una más o menos y una verde, y la Princesa las puso en la mesa.

—¿Por qué traes a la mesa las naranjas verdes? —dijo el Rey.

—Las ha traído el tiñoso —dijo la Princesa.

—Traedme a ese tiñoso, a ver qué dice —ordenó el Rey, y cuando condujeron al tiñoso a su presencia le preguntó por qué había recogido tres naranjas en ese estado.

—Majestad —respondió el tiñoso—, usted tiene tres hijas: una casadera, la otra más o menos, y la última todavía puede esperar.

—Es justo —dijo el Rey, y proclamó un bando:

«Todos cuantos pretendan la mano de mi hija mayor que pasen desfilando, y el que sea favorecido con su pañuelo será el elegido».

Hubo un gran desfile debajo de las ventanas de Palacio. En primer lugar pasaron todos los hijos de familias reinantes, después todos los barones, después todos los

caballeros, después la artillería y después los infantes. Ultimo entre los últimos, venía el tiñoso. Y la Princesa le dio el pañuelo a él.

Cuando supo que la hija había elegido al tiñoso, el Rey la echó de casa. Ella se fue a vivir a la choza del tiñoso. El tiñoso le cedió su cama y él se instaló en un catre junto al fuego, pues —explicó— un tiñoso no puede acercarse a la hija del Rey. «Entonces es un tiñoso de verdad», pensó la Princesa. «¡Madre mía, en qué lío me he metido!». Y ya estaba arrepentida.

Se declaró una guerra entre el Rey de Portugal y el Rey de España y todos fueron a combatir.

—¿Todos van a la guerra y tú que has cazado a la hija del Rey no vas? —le dijeron al tiñoso. Y ya habían maquinado darle un caballo cojo para que muriera en la batalla. El tiñoso aceptó el caballo cojo, fue al prado donde estaba Rabanito, y se vistió por completo de rojo, se colocó una coraza que le había regalado su padre y se fue a la guerra montado en Rabanito. El Rey de Portugal se encontraba cercado por sus enemigos: llegó el caballero vestido de rojo, dispersó a los enemigos y le salvó la vida. En cambio, a él ningún enemigo podía acercársele: daba estocadas a diestro y siniestro y su caballo espantaba a las otras bestias. De modo que ese día ganaron la batalla.

La hija del Rey iba todos los días al palacio para tener noticias de la guerra. Y le hablaron del caballero vestido de rojo, de cabellos de oro, que había salvado la vida al Rey y les había hecho ganar la batalla. «Es mi caballero», pensó ella, «el que veía de noche en el jardín. ¡Y yo fui a liarme con el tiñoso!». Volvió apesadumbrada a la choza y encontró al tiñoso dormido junto al fuego, acurrucado en su manto raído. La Princesa no pudo contener las lágrimas.

De madrugada el tiñoso se levantó, cogió el caballo cojo y se fue a la guerra. Pero antes, como de costumbre, pasó por el prado para reemplazar el caballo cojo por Rabanito y sus harapos por un vestido blanco y la coraza y para quitarse la vejiga de buey de los cabellos de oro.

También ese día, la batalla se ganó gracias a la intervención del caballero vestido de blanco.

La hija del Rey, cuando por la noche se enteró de esta nueva noticia y al volver encontró al tiñoso dormido junto al fuego, lloró con desconsuelo su mala suerte.

Al tercer día, el caballero de los cabellos de oro se presentó en el campo vestido totalmente de negro. Esta vez se encontraba en el campo el Rey de España en persona, con sus siete hijos varones. Y el caballero de los cabellos de oro se enfrentó a los siete sin ayuda de nadie. Mató a uno, mató a dos, finalmente los venció a todos, pero el séptimo le abrió un tajo en el brazo derecho antes de morir. Al concluir la batalla el Rey de Portugal quiso que lo atendieran, pero el caballero ya había desaparecido como las otras noches.

La hija del Rey sintió un gran dolor cuando supo que el caballero de los cabellos de oro había sido herido, pues siempre seguía amando a ese extraño. Y volvió a casa

más resentida que nunca contra el tiñoso, que estaba acurrucado junto al fuego, y empezó a mirarlo con desprecio. Al mirarlo, se dio cuenta de que el manto desabotonado dejaba entrever un brazo con una venda, que debajo del manto había un precioso vestido de terciopelo negro, y que debajo de la vejiga de buey despuntaba un mechón de cabellos de oro.

El joven, a causa de la herida, no había podido cambiarse como las otras noches y se había tumbado en el catre medio muerto de cansancio.

La hija del Rey ahogó un grito de sorpresa, alegría y aprensión, todo al mismo tiempo, y salió sigilosamente de la choza para no despertarlo. Corrió a ver a su padre.

—¡Venid a ver quién ha sido el que ganó las batallas! ¡Venid a ver!

El Rey se dirigió a la choza de madera seguido por toda la Corte.

—¡Sí, es él! —dijo el Rey al reconocer en el presunto tiñoso al caballero. Lo despertaron y quisieron sacarlo en andas, pero la hija del Rey había llamado al cirujano para que le curara la herida. El Rey quería celebrar las bodas al instante, pero el joven dijo:

—Antes debo anunciárselo a mi padre y a mi madre, porque yo también soy hijo de Rey.

El padre y la madre vinieron y reencontraron al hijo que suponían muerto, y todos se sentaron juntos en el banquete nupcial.

*(Abruzos)*

# 111
# EL REY SELVÁTICO

Un Rey tenía tres hijas: dos ni guapas ni feas, la menor realmente hermosa. Cuando alguien iba a pedir la mano de la mayor se enamoraba de la menor: así que no se casaba con ninguna. Las dos mayores decidieron conspirar contra la menor; dijeron a su padre que las dos habían tenido un sueño: que su hermana se escaparía con un simple soldado. El Rey empezó a temer que ese sueño fuera profético y que la hija menor terminara deshonrando su casa. Llamó a un general y le ordenó que llevara a la muchacha a pasear al bosque del Rey Selvático y luego la matara de un sablazo.

Así que salieron a pasear por el bosque del Rey Selvático, la muchacha y el general.

—Bien —dijo en cierto momento la muchacha—, ahora volvamos a casa.

—No, Alteza —dijo el general—. Lo lamento, pero tengo órdenes de mataros aquí.

—¿Y por qué habrían de querer matar a una inocente?

—Orden del Rey —dijo el general, y desenvainó la espada. Pero al verse delante de esa pobre niña espantada sintió piedad y se llevó su vestido para empaparlo con la sangre de un cordero y mostrárselo al Rey como prueba.

La muchacha se quedó sola, llorando en el bosque, temerosa de ese Rey Selvático que vivía en el bosque y devoraba a cuantos encontraba. Después de llorar un rato, se secó las lágrimas y se adormeció en el hueco de un árbol.

Por la mañana, el viejo Rey Selvático había salido de caza y perseguía un ciervo herido. En vez de encontrar el ciervo, encontró a la joven dormida. Al ver su belleza la despertó.

—¿Quieres venir conmigo? No tengas miedo —le dijo. La muchacha accedió y siguió al Rey Selvático a su casa en medio del bosque, donde él vivía triste y solitario, cazando y sin ver nunca un alma. La muchacha empezó a hacer las tareas de la casa y el viejo salvaje le cobró afecto como a una hija.

Por la mañana, en cuanto se levantaba, ella se peinaba las trenzas frente a la

ventana, y en el alféizar venía a posarse un papagayo y le decía:

—En vano peinas tus lindas trenzas,
El Rey salvaje te comerá.

Al oír esas palabras la muchacha rompió a llorar. El Rey Selvático, al volver de su cacería, la vio triste y le preguntó:

—¿Qué te pasa?

Y la muchacha le contó lo que había dicho el papagayo.

—¿Sabes qué debes responderle? —dijo el Rey Selvático—:

Papagayo, cierra el pico,
Haré con tus plumas un abanico
Y con tu carne un rico manjar,
Pues con tu dueño me he de casar.

Cuando por la mañana ella repitió estas palabras, el papagayo dio tal respingo que después se echó a volar medio desplumado. El papagayo pertenecía a un Rey de esa comarca, quien al verlo regresar desplumado preguntó a sus servidores:

—¿Quién me está desplumando el papagayo?

Los servidores respondieron:

—Todas las mañanas vuela a la casa del Rey Selvático, y vuelve desplumado.

El Rey afirmó:

—Mañana lo seguiré para ver qué sucede.

En efecto, a la mañana siguiente siguió el vuelo del papagayo cabalgando por el bosque y llegó bajo la ventana donde se estaba peinando una muchacha tan bella como no había visto jamás. El papagayo se posó en el alféizar y cantó:

—En vano peinas tus lindas trenzas,
El Rey salvaje te comerá.

Y la muchacha respondía:

—Papagayo, cierra el pico,
Haré con tus plumas un abanico
Y con tu carne un rico manjar,
Pues con tu dueño me he de casar.

Y el papagayo se sacudía y perdía las plumas.

Entonces ese Rey se presentó al Rey Selvático y le pidió la mano de la muchacha. El Rey Selvático se la otorgó con mucho placer, si bien le dolía no poder conservarla a su lado. Ella le dio las gracias, le dijo adiós y lo dejó solo en medio del bosque.

Al banquete de bodas asistió también el Rey padre de la novia, y pidió perdón a su hija por el mal que había infligido instigado por sus pérfidas hermanas.

¿Y el papagayo? Se fue volando y nadie volvió a saber de él.

*(Abruzos)*

# 112
# ALMENDROENFLOR

Había una mujer y su marido, y estaban a punto de tener un hijo. El padre fue a la puerta a ver quién pasaba por la calle, porque el hijo iba a ser como el primero que pasara.

Pasaron unas mujeres malévolas, y el padre le gritó a su mujer:

—¡No, no dejes que nazca ahora; no, no dejes que nazca ahora!

Pasaron ladrones y el padre volvió a gritar:

—¡No, no dejes que nazca ahora; no, no dejes que nazca ahora!

Luego pasó el Rey y en ese momento nació el niño; y era varón. Entonces padre, madre, abuela y tías se pusieron a gritar:

—¡Ha nacido el Rey, ha nacido el Rey!

El Rey lo oyó y quiso entrar en la casa. Preguntó y se lo explicaron todo. Entonces el Rey dijo que quería llevarse el niño y criarlo él. El padre y la madre lo bendijeron y se lo entregaron.

Por la calle el Rey reflexionó sobre el asunto. «¿Por qué debo criar a una criatura que no me deseará otra cosa que la muerte?». Extrajo un cuchillo, trapasó la garganta del niño y lo dejó en medio de un campo de almendros en flor.

Al día siguiente pasaron por allí dos mercaderes. Encontraron al niño todavía con vida, le vendaron la herida y uno de ellos se lo llevó a su casa. El y su mujer eran muy ricos y no tenían hijos y le cobraron gran afecto. Lo llamaron Almendroenflor.

Almendroenflor creció, apuesto y desenvuelto. Pasado un tiempo, inesperadamente, el mercader tuvo su propio hijo. Un día, cuando este hijo ya era un muchachito, riñó con Almendroenflor mientras jugaban y lo tildó de bastardo. Almendroenflor fue a quejarse a la madre, y así se enteró de la verdad. Entonces quiso marcharse de casa y fue en vano la insistencia del mercader y su esposa. Caminó hasta llegar a la ciudad del Rey que lo había herido y abandonado. El Rey no lo reconoció, y al ver a un joven tan instruido lo eligió como secretario.

El Rey tenía una hija bella como el sol que se llamaba Lindaflor, y el joven se

enamoró de ella. Cuando el padre se dio cuenta de que la hija estaba enamorada del secretario, como le fastidiaba quedarse sin secretario prefirió mandar a su hija como huésped de un Rey hermano suyo.

Almendroenflor se puso enfermo del disgusto, y cuando el Rey fue a visitarlo a su alcoba vio la cicatriz que tenía en el cuello. Se acordó del niño que él había acuchillado y preguntó al secretario dónde había nacido.

—Me encontraron en un campo de almendros en flor —dijo el joven.

Entonces el Rey pensó en darle muerte. Le dijo que debía llevar una carta a ese Rey hermano suyo, y Almendroenflor partió. La carta decía que el joven debía ser colgado en el acto. Pero Lindaflor, advertida de la llegada de su amado, estaba esperándolo y lo hizo entrar a hurtadillas por una portezuela secreta. Cuando estuvieron a solas, Lindaflor quiso leer la carta que su padre mandaba a su tío, pero Almendroenflor no quería porque había prometido entregársela directamente al destinatario. Sin embargo, cuando el joven se durmió Lindaflor le quitó la carta y la leyó. Así descubrió la artimaña urdida por su padre, y juntos pensaron cómo burlarlo. Sustituyeron la carta por otra que decía que el joven debía casarse de inmediato con Lindaflor, y Almendroenflor volvió a salir por la portezuela secreta, fue a comprar ropas principescas y una carroza dorada y así regresó con la carta. El tío llamó a su sobrina y le anunció que por orden de su padre debía casarla; Lindaflor puso cara de caída de las nubes. Se celebraron las bodas, y cuando el Rey se enteró se murió de la rabia.

*(Abruzos)*

# 113
# LAS TRES REINAS CIEGAS

Había tres hijos de Rey, pero el Rey había muerto y la Reina también. Era la nodriza quien cuidaba de la casa. Los tres hijos del Rey querían casarse y tenían el retrato de tres mujeres que les gustaban.

Dijeron a sus embajadores:

—Recorred el mundo. En caso de encontrar tres que se parezcan a los retratos, traedlas para que nos casemos con ellas.

Los embajadores recorrieron el mundo sin encontrar nada. Al fin vieron a las tres hijas de un pescador, y sólo ellas se parecían a los retratos. Las hicieron vestir de Reinas para que se presentaran a los tres hijos de Rey. Todos quedaron satisfechos y se casaron.

Estalló una guerra. Los tres hijos de Rey partieron y dejaron a la nodriza a cargo de la casa. Pero la nodriza, con esas tres Reinas en la casa, ya no podía actuar a su antojo como antes. De manera que ordenó a un Ministro que las matara y le trajera los tres pares de ojos como prueba. El Ministro dijo a las Reinas:

—Hoy hace un día muy bonito, vamos a pasear.

Subieron a una carroza y la carroza no se detuvo hasta llegar al pie de una montaña. Bajaron las tres Reinas y detrás el Ministro. El Ministro desenvainó una espada y dijo suspirando:

—Tengo el honor de comunicaros que os voy a matar y que llevaré los tres pares de ojos a la nodriza.

—No, no nos matéis —respondieron las tres Reinas—. Mejor dejadnos aquí en la montaña. Si es por los ojos, nosotros os los daremos.

Se arrancaron los ojos y se los entregaron al Ministro, que estaba llorando. Cuando los tres hijos del Rey volvieron y preguntaron por las tres Reinas, la nodriza dijo que habían muerto accidentalmente. Los tres viudos juraron que no volverían a casarse.

Las tres Reinas ciegas comían hierbas y raíces en una cueva. Las tres iban a ser

madres, y una noche las tres dieron a luz sendos hijos varones. Hierbas y raíces eran su alimento, y hierbas y raíces el de los niños. Cuando no quedaron más hierbas ni raíces, echaron suertes para no morir de hambre: la que perdía entregaba el niño para que se lo comieran.

Le tocó a la mayor y se comieron a su hijo. Después le tocó al hijo de la hermana de en medio. La menor, al ver que ya le llegaba el turno, lo cogió en brazos y escapó corriendo a tientas.

Encontró otra gruta, y un sitio con abundantes hierbas. En cuanto el niño creció, empezó a cazar con una escopeta de caña y le traía comida a su madre. Luego encontró a las otras dos ciegas y las llevó a la gruta con su madre.

Un día, un hijo de Rey que era su padre lo encontró en un bosque cuando iba de cacería. Dijo el hijo de Rey:

—Ven conmigo.

Y el muchacho:

—Tengo que pedir permiso a mi madre.

La madre dijo que sí y el muchacho fue.

Cuando la nodriza lo vio le hizo fiestas, pero para sus adentros frunció el ceño. El muchacho era el más valeroso y diestro con las armas en todo el Reino. La nodriza pensó en proponerle una prueba para que no volviera nunca. Hacía mucho tiempo que las Hadas habían secuestrado a una pariente suya, Reginella.

La nodriza dijo a los tres hijos de Rey:

—Este joven podría ir en busca de Reginella.

Y los tres hijos de Rey se lo ordenaron.

En primer lugar el joven fue a la gruta de las ciegas en busca de consejo, luego partió. En un desierto había un palacio blanco y negro. Se acercó, y una voz quejumbrosa lo llamaba:

—¿Ves dónde estoy? ¿Ves? ¡Pues vuélvete!

—No —respondió el joven—. Si me vuelvo, me transformo en árbol.

Y entró en el palacio blanco y negro. En una sala había tres velas amarillas encendidas. El joven las apagó de un soplo: se rompió el hechizo y al instante volvió a estar en el palacio de los tres hijos de Rey en compañía de la bellísima Reginella, con su madre y con sus tías, que habían recobrado los ojos. El joven se casó con Reginella. En la mesa cada cual contaba una historia. Las tres Reinas contaron la suya y la nodriza temblaba, temblaba tanto que para entrar en calor le hicieron una camisa de pez y la asaron.

*(Abruzos)*

# 114
# GIBA, COJERA Y TORTÍCOLIS

Había un Rey que salía de paseo. Miraba la gente, las golondrinas, las casas, y se quedaba contento. Pasó una viejecita que había salido para atender sus asuntos, una viejecita muy guapa, sólo que renqueaba un poco de una pierna, y además era un poco jorobada, y para colmo tenía el cuello torcido. El Rey la miró y dijo:

—¡Giba, cojera y tortícolis! ¡Ja, ja, ja!

Y se echó a reír en su cara.

La viejecita era un Hada. Fijó los ojos en el Rey y dijo:

—Ríe, ríe, ya hablaremos mañana.

Y el Rey le lanzó otra carcajada:

—¡Ja, ja ja!

Este Rey tenía tres hijas, tres lindas muchachas. Al día siguiente las llamó para salir de paseo. Se presentó la hija mayor. Y tenía una giba.

—¿Y esa giba? —preguntó el Rey—. ¿Cómo te ha salido?

—Pues… —dijo la hija—, la camarera no me hizo bien la cama, así que esta noche me he quedado jorobada.

El Rey empezó a recorrer la sala de un extremo a otro; estaba nervioso. Hizo llamar a la segunda hija, que se presentó con el cuello torcido.

—¿Qué significa esta historia? —exclamó el Rey—. ¿Qué te pasa que andas con tortícolis?

—¿Sabes? —respondió la hija—, la camarera me estaba peinando y me tiró de un pelo… Y me quedé con el cuello torcido.

—¿Y ésta? —preguntó el Rey al ver que la tercera hija entraba cojeando—. ¿Y ésta por qué renquea, ahora?

—Había ido al jardín —dijo la tercera hija— y la camarera cortó una flor de jazmín y me la tiró. Me cayó en un pie y me quedé coja.

—¡Pero quién es esa camarera! —gritó el Rey—. ¡Qué se presente de inmediato!

Llamaron a la camarera; compareció ante el Rey presa y arrastrada por los

guardias, porque —según decía— le daba vergüenza que la vieran: era gibosa, coja y tenía el cuello torcido. ¡Era la viejecita del día anterior! El Rey la reconoció en seguida, y gritó:

—¡Que le hagan una camisa de pez!

La viejecita se volvió chiquita chiquita, su cabeza se hizo afilada como un clavo. Había un orificio en la pared y la viejecita se metió dentro, pasó al otro lado y desapareció, dejando sólo la giba, el cuello torcido y el pie rengo.

*(Abruzos)*

# 115
# OJO-EN-LA-FRENTE

Había dos frailes que ejercían el cargo de custodios. En las montañas los sorprendió la oscuridad. De una caverna salía un poco de luz.

—Dueño de la casa —llamaron—, ¿nos das albergue por esta noche?

—Entrad —dijo una voz, e hizo temblar la montaña.

Los frailes entraron; junto al fuego había un gigante con un ojo en la frente, quien les dijo:

—Servios, aquí no nos falta nada.

Arrancó una piedra que ni cien personas habrían podido levantar y cerró la entrada detrás de los frailes, que temblaban como una hoja.

—Yo tengo cien ovejas —dijo Ojo-en-la-frente—, pero el año es largo y tengo que reservarlas. Así que ¿a quién me como primero? ¿A Frailín o a Frailón? Echadlo a suertes.

Los dos frailes abrieron los dedos para echar suertes, y le tocó a Frailón. Ojo-en-la-frente lo ensartó con el espetón y lo puso a asar sobre las brasas. Y mientras hacía girar el espetón, canturreaba:

—¡Esta noche Frailó y mañana Frailí! ¡Esta noche Frailó, y mañana Frailí!

Frailín se veía atormentado tanto por el dolor que le causaba el fin de su compañero como por la ansiedad de escapar a esa misma suerte. Cuando Frailón estuvo asado, Ojo-en-la-frente empezó a comérselo, e incluso le ofreció un muslo a Frailín para que lo probara. Frailín fingió que comía, pero tiraba la carne por encima del hombro.

Una vez limpios los huesos de Frailón, Ojo-en-la-frente se tumbó en la paja. Frailín se acurrucó junto al fuego y fingió que también dormía. Cuando oyó que Ojo-en-la-frente roncaba como un puerco, cogió el espetón, calentó la punta al rojo y ¡zisss!, le traspasó el único ojo que tenía.

El gigante cegado se incorporó de un salto, aullando y agitando las manos para capturar a Frailín. Pero Frailín se ocultó entre las cien ovejas. Ojo-en-la-frente no

llegaba a tocarlo.

—¡Ya veremos cuando llegue el día! —rugió el gigante.

Entonces Frailín, sin hacer ruido, cogió el carnero, lo despellejó y se cubrió con su piel. En cuanto amaneció, Ojo-en-la-frente levantó la piedra de la boca de la caverna e hincó una pierna aquí y otra allá para palpar todo lo que salía y dejar pasar las ovejas pero no a Frailín. Llamó en primer lugar al carnero, y Frailín avanzó caminando a cuatro patas y haciendo tintinear el cencerro. Ojo-en-la-frente le acarició el lomo y dijo:

—Puedes pasar.

Siguió palpando a las ovejas, que salían de una en una. Así Frailín quedó libre y salió a la carrera, feliz y contento.

Pero no bien salieron todas las ovejas, Ojo-en-la-frente se puso a hurgar en la caverna y sus manos tocaron el carnero desollado. Comprendió que el que se había hecho pasar por el carnero era Frailín disfrazado y salió de la caverna para perseguirlo. Avanzó a ciegas, olisqueando el aire, y cuando se dio cuenta de que estaba cerca gritó:

—¡Frailín, me has ganado! ¡Eres más astuto que yo! ¡Toma este anillo como prueba de tu victoria!

Y le tiró el anillo. Frailín lo recogió y se lo puso en el dedo. Pero era un anillo hechizado: en cuanto se lo ciñó en el dedo, Frailín quiso alejarse de Ojo-en-la-frente pero en vez de escapar se le acercaba. Cuanto más se esforzaba por escapar, más cerca lo tenía. Trató de quitarse el anillo del dedo, pero el anillo no salía. Ya casi estaba en manos de Ojo-en-la-frente; entonces se cortó el dedo con el anillo y se lo arrojó a la cara: al instante quedó libre y pudo escapar.

Ojo-en-la-frente abrió la boca y se tragó el dedo de Frailín.

—¡Al menos probé un poquito! —dijo.

*(Abruzos)*

# 116
# LA FALSA ABUELA

Una madre tenía que cerner la harina. Mandó a su hija a casa de la abuela para que le prestara el cedazo. La niña preparó la canastita con la merienda: rosquillas y pan con aceite; y se puso en camino.

Llegó al río Jordán.

—Río Jordán, ¿me dejarás pasar?

—Sí, si me das tus rosquillas.

Al río Jordán le gustaban las rosquillas y se divertía haciéndolas girar en sus remolinos.

La niña arrojó las rosquillas al río y el río abrió sus aguas y la dejó pasar.

La niña llegó a la Puerta Rastrillo.

—Puerta Rastrillo, ¿me dejarás pasar?

—Sí, si me das tu pan con aceite.

A la Puerta Rastrillo le gustaba el pan con aceite, porque tenía los goznes herrumbrados y el pan con aceite se los lubricaba.

La niña le dio el pan con aceite y la puerta se abrió y la dejó pasar.

Llegó a casa de la abuela, pero la puerta estaba cerrada.

—Abuela, abuela, ven a abrirme.

—Estoy en cama, enferma. Entra por la ventana.

—Está muy alta.

—Entra por la gatera.

—Es muy angosta.

—Entonces espera.

Cogió una cuerda y la tiró por la ventana. El cuarto estaba a oscuras. En la cama estaba la Ogresa, no la abuela, porque a la abuela se la había comido la Ogresa, enterita de la cabeza a los pies, salvo los dientes, que había puesto a cocer en una ollita, y las orejas, que había puesto a freír en una sartén.

—Abuela, mamá quiere el cedazo.

—Ahora es tarde. Mañana te lo doy. Ven a acostarte.

—Abuela, tengo hambre. Primero quiero cenar.

—Come las habichuelas que hay en la olla.

En la olla estaban los dientes. La niña revolvió con la cuchara y dijo: —Abuela, están muy duras.

—Entonces cómete los buñuelos que hay en la sartén.

En la sartén estaban las orejas. La niña las tocó con el tenedor y dijo: —Abuela, no están crujientes.

—Entonces ven a acostarte. Comerás mañana.

La niña se acostó junto a la abuela. Le tocó una mano y dijo:

—¿Por qué tienes las manos tan peludas, abuela?

—Porque llevaba muchos anillos en los dedos.

Le tocó el pecho.

—¿Por qué tienes el pecho tan peludo, abuela?

—Porque llevaba muchos collares en el cuello.

Le tocó las caderas.

—¿Por qué tienes las caderas tan peludas, abuela?

—Porque llevaba un corsé muy apretado.

Le tocó la cola y pensó que la abuela no había tenido nunca cola ni peluda ni sin pelos. Esa debía de ser la Ogresa, no la abuela. Entonces dijo:

—Abuela no puedo dormirme si primero no voy a hacer una necesidad.

—Ve al establo —dijo la abuela—. Yo te bajo por la claraboya y después te subo.

La ató con la cuerda y la bajó al establo. En cuanto llegó abajo la niña se desató y sujetó la cuerda a una cabra.

—¿Has terminado? —dijo la abuela.

—Un momentito. —Terminó de atar la cabra—. Sí, terminé. Álzame. La Ogresa tira y tira y la niña se pone a gritar:

—¡Ogresa peluda! ¡Ogresa peluda!

Abre el establo y sale corriendo. La Ogresa tira y sube la cabra. Salta de la cama y corre detrás de la niña.

A la Puerta Rastrillo la Ogresa le gritó de lejos:

—¡Puerta Rastrillo, no la dejes pasar!

Pero la Puerta Rastrillo dijo:

—Porque me dio pan con aceite, la dejo pasar.

Al río Jordán la Ogresa le gritó:

—¡Río Jordán, no la dejes pasar!

Pero el río Jordán dijo:

—Porque me dio rosquillas, la dejo pasar.

Cuando la Ogresa quiso pasar, el río Jordán no abrió las aguas y la corriente la arrastró. Desde la orilla la niña le hacía muecas de burla.

*(Abruzos)*

# 117
# EL OFICIO DE FRANCESCHIELLO

Una madre tenía un solo hijo, Franceschiello, y quería que aprendiera algún oficio. Y el hijo respondía:

—Encuéntrame un maestro y yo aprenderé un oficio.

La madre por maestro le consiguió un herrero.

Franceschiello fue a trabajar con el herrero y un día se dio un martillazo en la mano. Volvió a casa de su madre.

—Madre, encuéntrame otro maestro que este oficio no es para mí.

La madre buscó otro maestro y encontró un remendón. Franceschiello trabajó con el remendón y un día se pinchó la mano con la lezna. Volvió a casa de su madre.

—Madre, encuéntrame otro maestro, que este oficio tampoco es para mí.

La madre le respondió:

—Hijo mío, sólo me quedan diez ducados. Si aprendes este oficio, bien; si no, ya no sabré qué hacer contigo.

—En ese caso, madre —dijo Franceschiello—, es mejor que me des los diez ducados y que yo me vaya por el mundo a ver si encuentro un oficio por mi cuenta.

La madre le dio los diez ducados y Franceschiello se puso en camino. Cruzaba un bosque cuando cuatro hombres armados saltan de la espesura y gritan:

—¡Al suelo!

—¿Al suelo cómo? —pregunta Franceschiello.

—¡Al suelo! —insisten los otros.

—Decidme vosotros cómo tengo que ponerme.

El jefe de los bandidos pensó: «Este es más duro que nosotros. ¿Y si lo incluyéramos en la banda?». Y le preguntó:

—Jovencito, ¿querrías venir con nosotros?

—¿Y qué oficio me enseñaríais? —dijo Franceschiello.

—Nuestro oficio —dijo el jefe de los bandidos— es el *oficio honorable*. Salimos al encuentro de la gente, y si no nos dan su dinero los dejamos secos. Después

comemos, bebemos y vamos de juerga.

Y Franceschiello se puso a recorrer los caminos con la banda. Al cabo de un año murió el jefe y nombraron jefe a Franceschiello. Un día ordenó a toda la banda que saliera a dar un paseo y se quedó cuidando el botín. Se le ocurrió una idea: «Con todo el dinero que hay aquí podría cargar un mulo, irme y no dejarme ver más el pelo». Y así lo hizo.

Llegó a casa de su madre y llamó.

—¡Madre, ábreme!

La madre abrió y se encontró con su hijo, que traía un mulo por el cabestro y sin perder tiempo se puso a descargar sacos de monedas.

—¿Pero qué oficio aprendiste? —le preguntó de pronto la madre.

—El *oficio honorable*, madre, un buen oficio. Se come, se bebe y se va de juerga.

La madre, que no entendía mucho del asunto, pensó que se trataba de un buen oficio y no le hizo otras preguntas. Es necesario saber que tenía por compadre al Arcipreste. Al día siguiente fue a ver al Arcipreste y le dijo:

—¿Sabes, compadre?, ha vuelto tu pequeño compadre.

—Entonces —dijo el compadre—, ¿ha aprendido algún oficio?

—Sí —respondió la madre—, aprendió el *oficio honorable*: se come, se bebe y se sale de juerga. Y se ganó un mulo cargado de monedas.

—¿Ah, sí? —dijo el Arcipreste, que se las sabía todas—. Bueno, dile que venga a verme que quiero hablar un rato con él…

Franceschiello fue a verlo.

—¿Qué tal, compadre? ¿Así que aprendiste un buen oficio?

—Así es.

—Bueno, si es cierto que lo aprendiste bien, tenemos que hacer una apuesta.

—¿Y qué apuesta?

—Yo tengo doce pastores y veinte perros. Si logras llevarte un capón del rebaño, te doy cien ducados.

—Compadre —dijo Franceschiello—, si tienes doce pastores y los perros, ¿cómo quieres que lo haga? En fin, qué quieres que te diga. Voy a probar suerte.

Se vistió de monje y fue al encuentro de los pastores.

—Eh, pastores, atad los perros, soy un pobre sacerdote.

Los pastores ataron los perros.

—Ven, ven con nosotros. Ven a calentarte un poco.

Franceschiello se sentó junto al fuego con los pastores; sacó un pedazo de pan del bolsillo y se puso a comer. Luego sacó una botella de la bandolera y fingió que bebía (lo fingió solamente, porque era vino con opio).

—¿Cómo es eso, amigo monje? —dijo un pastor—. ¿Comes y bebes y no invitas a nadie?

—¡Patroncito! —dijo Franceschiello—. A mí con un sorbo me basta.

Y le ofreció la botella. El pastor bebió, los otros también bebieron, y cuando

todos terminaron de beber empezaron a sentir sueño.

—¡Justo ahora que queríamos hablar un poco con el amigo monje, a vosotros os da por dormir! —dijo el único que había quedado despierto; no había terminado de decirlo cuando también él cayó vencido por el sueño.

Cuando Franceschiello vio que los doce dormían a pierna suelta, los desnudó uno por uno y los vistió de monjes. Tomó el capón más grande y se fue. En casa mató el capón y lo asó; y le mandó un muslo al Arcipreste.

Cuando los pastores despertaron y se vieron vestidos de monjes no tardaron en comprender que les habían robado.

—Y ahora —dijeron—, ¿quién se lo cuenta al patrón?

—Ve tú —dijo uno.

—Ve tú —dijo el otro.

Pero ninguno quería ir. Entonces decidieron ir los doce. Llamaron a la puerta. Se asomó la criada y dijo:

—¡Señor patrón, está lleno de monjes que quieren entrar!

Y el Arcipreste:

—Esta mañana digo misa, diles que se vayan.

—¡Abrid, abrid! —gritaron los pastores. Y al fin entraron todos.

Cuando el Arcipreste vio a sus pastores vestidos de monjes comprendió que debía tratarse de una argucia de Franceschiello y se dijo: «¡Entonces es verdad que ha aprendido el oficio!». Lo mandó llamar y le dio los cien ducados.

—Pero ahora, compadre —le dijo—, dame la revancha. Apostemos doscientos ducados. En el campo hay una iglesia de nuestra parroquia. Si logras llevarte cualquier cosa de la iglesia, ganas. Te doy ocho días de plazo.

—De acuerdo —dijo Franceschiello.

El Arcipreste mandó llamar al ermitaño que vivía en esa iglesia y le dijo:

—Mira, estate atento. Vendrá alguien a robar algo de la iglesia. Monta guardia de día y de noche.

—¡Confíe en mí, patrón! —respondió el ermitaño—. Déme un arma y yo me encargo del resto.

Franceschiello dejó pasar siete días y siete noches. La última noche empezó a acercarse a la iglesia y se escondió a la vuelta de una esquina. El ermitaño, pobrecito, hacía siete días y siete noches que no dormía. Se asomó a la puerta y comentó:

—No ha venido en siete noches. Esta es la última. Ya dieron las seis y no apareció. Señal de que no se atreve a venir. En fin, yo voy a hacer mis necesidades y me acuesto.

Salió a hacer sus necesidades, y Franceschiello, que lo había oído todo, se introdujo en la iglesia con la agilidad de un gato. El ermitaño volvió, atrancó las puertas y después, muerto de sueño como estaba, se tumbó en medio de la iglesia y se durmió. Franceschiello cogió entonces todas las estatuas de la iglesia y las colocó alrededor del ermitaño; junto a los pies le puso una bolsa; después se vistió de

sacerdote, subió al altar y empezó a predicar:

—¡Ermitaño que habitas esta iglesia, es hora de que te salves!

El ermitaño no se despertaba.

—¡Ermitaño que habitas esta iglesia, ya es hora de que te salves!

El ermitaño se despertó y se vio rodeado por todos esos santos.

—¡Su Santidad, Su Santidad! —dijo—. ¡Dejadme dirigirles una plegaria! ¿Qué tengo que hacer?

Y Franceschiello:

—Entra en la bolsa, que ya es hora de que te salves.

El pobre ermitaño se metió en la bolsa. Franceschiello bajó del altar, cargó la bolsa al hombro y se fue. Llegó a la casa del Arcipreste y arrojó la bolsa en medio de su cuarto.

—¡Uy! —gimió desde dentro el ermitaño.

—¡Ahí tienes, compadre! Mira lo que te he traído de la iglesia.

El Arcipreste abrió la bolsa y se encontró cara a cara con el ermitaño.

—Compadre Franceschiello —dijo el Arcipreste—, aquí tienes doscientos ducados. Veo que has sabido aprender tu oficio. Mejor seamos amigos; si no, incluso yo voy a ir a parar dentro de la bolsa.

*(Abruzos)*

# 118
# EL PEZ LUMINOSO

Había un buen viejo a quien se le habían muerto los hijos y ni él ni su mujer sabían cómo arreglárselas, pues ella también era vieja y estaba enferma. Iba todos los días a juntar leña al bosque y después la vendía para comprar pan, de lo contrario no comían.

Un día iba lamentándose por el bosque cuando se le apareció un señor de larga barba y le dijo:

—Conozco tus penurias y quiero ayudarte. Aquí tienes una bolsa con cien ducados.

El viejo cogió la bolsa y se desvaneció. Cuando recobró el conocimiento, el señor había desaparecido. El viejo volvió a casa y ocultó los cien ducados debajo de un montículo de estiércol, sin decir nada a su mujer.

—Si se los doy a ella, se nos van en seguida… —decía.

Y al día siguiente fue al bosque como de costumbre. Por la noche encontró la mesa bien servida.

—¿Cómo lo has hecho para comprar todo eso? —preguntó alarmado.

—He vendido el estiércol —respondió la mujer.

—¡Desgraciada! ¡Había cien ducados escondidos!

Al día siguiente el viejo iba por el bosque suspirando más que nunca. Y se encontró de nuevo con el señor de la barba larga.

—Conozco tu infortunio —dijo el señor—. Paciencia; aquí tienes cien ducados más.

Esta vez el viejo los escondió bajo un montículo de ceniza. Al día siguiente la mujer vendió las cenizas y sirvió la mesa. El viejo, cuando volvió y lo supo, no pudo probar bocado; se fue a acostar tirándose de los pelos.

En el bosque, al día siguiente, estaba llorando cuando volvió aquel señor.

—Esta vez no te daré dinero. Toma estas veinticuatro ranas, véndelas, y con lo que ganes cómprate un pez, el más grande que puedas conseguir. El viejo vendió las

ranas y compró un pez. Por la noche se dio cuenta de que brillaba en la oscuridad: irradiaba una gran luz que se expandía en torno a sí. Si uno lo sostenía con la mano, era como empuñar una linterna. Por la noche lo colgó fuera de la ventana para que estuviera a la intemperie. Era una noche oscura, de borrasca. Los pescadores que bogaban en alta mar no encontraban el camino de regreso entre las olas. Vieron la luz en la ventana, remaron hacia la luz y se salvaron. Al viejo le dieron la mitad de la pesca y pactaron que si el viejo todas las noches colgaba el pez de la ventana siempre dividirían con él la pesca nocturna. Así lo hicieron, y el buen viejo se olvidó de la miseria.

*(Abruzos)*

# 119
# DOÑA BÓREAS Y DON FAVONIO

Una vez doña Bóreas andaba con ganas de casarse. Fue a casa de don Favonio y le dijo:

—Don Favonio, ¿quieres ser mi marido?

Favonio era un tipo apegado a su dinero y las mujeres no le caían bien. De manera que sin muchas vueltas le contestó:

—No, doña Bóreas, porque no tienes ni un céntimo para la dote.

Doña Bóreas, tocada en su punto flaco, se puso a soplar con todas sus fuerzas sin detenerse un minuto, aun a riesgo de que le estallaran los pulmones. Sopló tres días y tres noches consecutivas, y durante tres días y tres noches cayó una intensa nevada: campos, montes y aldeas se cubrieron de blanco.

Cuando doña Bóreas terminó de extender su dinero por todas partes, le dijo a Favonio:

—Ahí tienes mi dote, tú que decías que no tengo nada. ¿Te basta?

Y se fue a descansar de la fatiga producida por tres días de soplar sin interrupción.

Favonio no dijo ni que sí ni que no; se encogió de hombros y se puso a soplar. Sopló tres días y tres noches, y durante tres días y tres noches, los campos, montes y aldeas sufrieron una vaharada de calor que derritió hasta el último copo de nieve.

Doña Bóreas, después de un sueño reparador, se despertó y vio que no quedaba nada de su dote. Corrió a ver a Favonio.

—¿Adónde ha ido a parar tu dote, doña Bóreas? —se mofó Favonio—. ¿Todavía quieres que me case contigo?

Doña Bóreas le dio la espalda.

—No, don Favonio, nunca querría ser tu mujer, porque en un día eres capaz de convertir en humo mi dote.

*(Molise)*

# 120
# EL RATÓN DE PALACIO Y EL RATÓN DE HUERTO

Un ratón, mientras roía una horma de queso en la despensa, se llevó un susto tan grande con el gato de la casa que sin saber cómo se encontró de pronto en medio del huerto.

Se escondió bajo una lechuga y se puso a pensar. Pensando pensando, recordó que el bueno de su papá una vez le había hablado de un compadre campesino que vivía en el huerto debajo de una higuera. Dio vueltas y vueltas hasta que encontró la cueva y entró.

El compadre de su papá también había muerto, pero estaba el hijo. Se presentaron, y el ratón campesino lo recibió con tantas ceremonias que el ratón de palacio durante dos días se olvidó de la despensa, del queso y del gato.

Pero al tercer día ya no aguanta ni el olor de los nabos, y dice:

—Compadre, es hora de que deje de incomodarte.

—¿Pero por qué, compadre? Quédate al menos un día más.

—No, compadre, me esperan en casa.

—¿Y quién te espera?

—Un tío… Vamos, te hago una propuesta: ven y acompáñame. Desayunamos juntos y te vuelves.

El ratón campesino, que habría dado un ojo por ver cómo vivía un congénere de palacio, aceptó. Y se pusieron en camino.

Al salir del huerto, treparon por un emparrado y entraron por el ventanuco de la despensa.

—¡Qué maravilla de casa! —exclamó el ratón campesino—. ¡Y qué buen olor!

—Baja, compadre, sin cumplidos; haz cuenta de estar en tu propia casa.

—Gracias compadre. Sabes, yo no tengo práctica y podría perderme en el camino de regreso. Mejor me quedo aquí en el antepecho…

—Entonces espera —dijo el ratón de palacio, y bajó solo.

Mientras se acercaba a una loncha de tocino, el gato, que estaba al acecho, le saltó

encima y lo atrapó.

—Titi… Titi… —gimoteaba el pobrecito.

Al ratón campesino se le estrujó el corazón y pensó: «¿Pero qué está diciendo? Tí… tí… ¡Ah, entonces ése es el tío! ¡Bonito recibimiento le ha dado! Si a él que es su sobrino lo saluda así, figúrate lo que me haría a mí que ni siquiera me conoce, si llego a pasar primero».

Y de un brinco regresó al huerto.

*(Molise)*

# 121
# LOS HUESOS DEL MORO

Un Rey viudo con un hijo se volvió a casar y después murió. El hijo se quedó con la madrastra, que no se ocupaba de él porque estaba enamorada de un moro y sólo veía por los ojos del moro. El hijo del Rey, fiel a la memoria de su padre, cobró un odio feroz hacia el moro. Fue de cacería con él, lo mató y lo sepultó en medio del bosque.

La Reina, desesperada al no ver más al moro, fue a buscarlo con su perro. Cuando el perro pasó por esa parte del bosque, percibió el olor del moro enterrado y se puso a ladrar y a escarbar. Escarbó hasta que apareció el cadáver del moro. La Reina terminó de desenterrar el cadáver y le arrancó el cráneo, los huesos de las piernas y los huesos de los brazos. Con el cráneo mandó hacer una taza revestida de oro y piedras preciosas, con los huesos de las piernas una silla y con los huesos de los brazos el marco de un espejo.

Luego, para vengarse de su hijo, le anunció:

—Mataste al moro y te condeno a muerte. Te perdonaré sólo si en un plazo de tres meses puedes explicarme qué significa esta adivinanza:

*Bebo en moro,*
*Alzo los ojos y moro veo.*

El joven se fue a recorrer el mundo en busca de la respuesta; preguntaba a cuantos encontraba, pero nadie sabía explicarle la adivinanza. Faltaba un día para que culminara el plazo y el hijo del Rey se detuvo en un pajar. En ese pajar vivía una familia: el padre, la madre y una hija. Pidió algo de comer y el padre y la madre respondieron:

—No tenemos nada, somos tan pobres que vivimos en un pajar.

—Tenemos sólo una gallina —dijo la hija—. Retorzámosle el pescuezo y démosla de comer al huésped.

Al padre y a la madre les disgustaba matar a esa única gallina, pero la hija insistió:

—Retorzámosle el pescuezo; ¡éste es sin duda el hijo de un Rey!

Cocinó la gallina, la sirvió e invitó al hijo del Rey a dividirla en partes. El hijo del Rey dio los muslos al padre, la pechuga a la madre, las alas a la hija y para él se dejó la cabeza.

Por la noche le dejaron dormir en la paja del pajar. De un lado dormían él y el padre, del otro la madre y la hija. De noche se despertó y oyó que la hija le decía a su madre:

—¿Has visto cómo dividió la gallina ese hijo de Rey? Le dio las patas a papá porque él va de un lado al otro para darnos de comer. A ti te dio la pechuga porque eres mi madre y de niña me diste el pecho. A mí me dio las alas porque soy hermosa como un ángel del paraíso. Y él se comió la cabeza porque le corresponde encabezar a todos sus súbditos.

Al oír esas palabras, el hijo del Rey pensó: «Esta sí que puede entender la adivinanza de mi madre». Y en cuanto despuntó la mañana se lo preguntó.

—Es simple —respondió la joven—: *Bebo en moro* es la taza donde bebe la Reina. *Me siento en moro* es su silla, *Alzo los ojos y moro veo* es el espejo.

El joven le dejó un saco de monedas de oro y prometió que volvería para casarse con ella. Llegó al palacio de la madrastra y en lugar de darle la respuesta dijo:

—No encontré la solución, estoy dispuesto a morir.

La madrastra mandó preparar la horca en el acto.

Todo el pueblo se congregó en la plaza alrededor del joven, quien ya tenía el lazo alrededor del cuello, y gritaban:

—¡Gracia! ¡Gracia!

—Para obtener la gracia —respondió la Reina— debe explicar la adivinanza.

—Entonces, por última vez —dijo el juez al hijo del Rey—, ¿puedes explicar qué significa *Bebo en moro*?

Sólo entonces el joven respondió:

—Sí, quiere decir que la Reina se hizo una taza con el cráneo del moro.

El juez hizo traer la taza y, en efecto, bajo el oro y las gemas estaba el cráneo del moro.

—¿Y *Me siento en moro*, qué significa? —preguntó el juez.

—Significa que la silla donde se sienta la Reina está hecha con los huesos del moro.

A la Reina le quitaron la silla y comprobaron que se sustentaba sobre los huesos de las piernas del moro.

—¿Y *Alzo los ojos y veo moro*?

—Significa que el espejo de la Reina está circundado por los huesos del moro.

Y el juez también examinó el marco del espejo.

—Y la adivinanza completa —dijo entonces el hijo del Rey— significa que en esta horca debe morir la Reina, traidora a la memoria de mi padre con el moro vivo y con el moro muerto.

Y el juez sentenció a muerte a la Reina.
El hijo del Rey volvió al pajar y se casó con aquella sabia muchacha.

*(Benevento)*

# 122
# LA GALLINA LAVANDERA

Había una vez una lavandera que no tenía hijos. Un día, mientras colgaba la ropa vio una gallina clueca seguida por sus pollitos * y dijo:

—Virgencita, me sentiría contenta si por hija me dieras una gallina. Y así fue, en efecto; tuvo por hija una gallina. La lavandera estaba contenta y la quería mucho, y no pasó mucho tiempo sin que su hija se transformara en una gallina de tamaño descomunal.

Un día la gallina se puso a caminar por la casa y a cacarear:

—¡Co-co-có, dame la ropa que la voy a lavar!

Y siguió todo el día con esa cantinela.

La lavandera al principio se hacía la sorda. Después perdió la paciencia, cogió un trapo viejo y se lo arrojó. La gallina lo apresó con el pico y empezó a revolotear y revolotear, hasta que llegó a un lugar desierto. Dejó el trapo en el suelo, y donde estaba el trapo surgió un palacio. La gallina subió las escaleras del palacio, entró por el portón y en ese momento se transformó en una hermosa señorita.

Del palacio salieron varias hadas, la vistieron como a una reina y le prepararon un buen almuerzo. Después de comer se asomó al balcón; el hijo del Rey, que estaba cazando en esa región, se enamoró de ella apenas la vio. Se escondió en las cercanías y se mantuvo al acecho para verla salir. Y a las puertas del palacio vio que se transformaba en gallina.

La gallina le dio un picotazo al palacio, el palacio volvió a convertirse en trapo, y la gallina se alejó volando con el trapo en el pico. El hijo del Rey la siguió corriendo.

—¿Cuánto quieres por esta gallina? —preguntó a la lavandera.

—¡No la vendo ni por todo el oro del mundo! —dijo la pobre mujer. Pero el hijo del Rey insistió tanto que la lavandera no pudo decirle que no y se separó de su hija gallina.

El hijo del Rey la llevó a Palacio y le preparó un nido en una cesta junto a su cama. Y por la noche se fue a bailar. La gallina esperó a que hubiera salido, luego se

sacudió las plumas, se convirtió en una señorita y también ella corrió al baile.

Cuando entró en el salón de baile, el hijo del Rey la reconoció de inmediato y salió corriendo. Llegó a casa, fue a mirar en la cesta, encontró las plumas de la gallina y las tiró al fuego. Luego volvió a la fiesta y bailó con la señorita fingiendo que no la reconocía.

Volvió a casa tarde, y la gallina no estaba. El hijo del Rey se acostó y fingió dormir. Entonces vio que la señorita entraba de puntillas muy despacito, y creyendo que nadie la veía iba en busca de sus plumas. Se acercó a la cesta y las plumas no estaban. Miró a su alrededor espantada, y en eso el hijo del Rey se levantó y la abrazó diciendo:

—¡Ahora te casarás conmigo!

*(Irpinia)*

# 123
# CRIQUE, CROQUE Y MANGO DE GARFIO

Una vez había tres rateros: Crique, Croque y Mango de Garfio.

Hicieron una apuesta a ver quién era el ratero más hábil. Se pusieron en marcha; Crique iba delante y vio una garza empollando en su nido en la copa de un árbol.

—¿Queréis ver —dijo— cómo le quito los huevos a esa garza sin que se dé cuenta?

—A ver, hazlo.

Crique subió al árbol para robar los huevos, y mientras los estaba robando, Croque le cortaba las suelas de los zapatos y se las escondía en el sombrero. Pero antes de que volviera a calarse el sombrero Mango de Garfio ya se las había robado a él. Crique bajó del árbol y dijo:

—El ratero más hábil soy yo, porque le robé los huevos a la garza. Y Croque:

—El más hábil soy yo, porque te corté las suelas de los zapatos sin que te dieras cuenta.

Y se quitó el sombrero para mostrarle las suelas, pero no las encontró.

—El más hábil soy yo —dijo entonces Mango de Garfio— porque te robé las suelas del sombrero. Y como soy el más hábil me abro, porque con vosotros salgo perdiendo.

Se fue por su cuenta y le fue tan bien que se hizo rico. Se mudó de ciudad, se casó y abrió una chacinería. En sus correrías los otros dos llegaron a esa ciudad y vieron la tienda de Mango de Garfio.

—Entremos —se dijeron—, a lo mejor podemos hacernos con algo. Entraron y sólo estaba la mujer.

—Señora, ¿nos daría algo de comer?

—¿Qué deseáis?

—Una loncha de queso provolone.

Mientras ella cortaba el queso, los dos echaban una ojeada para ver qué podían pillar. Vieron un cerdo descuartizado colgando y se hicieron señas de que por la

noche volverían a buscarlo. La mujer de Mango de Garfio notó que se hacían señas, pero no dijo una palabra y cuando llegó su marido se lo contó todo. El marido, como el gran ratero que era, no tardó en comprender.

—¡Éstos deben de ser Crique y Croque! ¡Muy bien! ¡Ya me encargaré de ellos!

Descolgó el cerdo y lo puso en el horno. En cuanto oscureció se fue a acostar. Bien entrada la noche, Crique y Croque vinieron a robar el cerdo, buscaron por todas partes y no lo encontraron. Entonces, ¿qué se le ocurre a Croque? Se acerca sigilosamente a la cama por el lado donde estaba acurrucada la mujer de Mango de Garfio.

—Oye —le dijo—, no encuentro el cerdo. ¿Dónde lo has puesto?

La mujer creyó que se trataba de su marido, y le respondió:

—¡Déjame dormir! ¿No te acuerdas de que lo guardaste en el horno?

Y volvió a dormirse.

Los dos rateros fueron al horno, se llevaron el cerdo y salieron. Primero salió Croque, y lo siguió Crique con el cerdo al hombro. Cuando atravesaban el huerto de la chacinería, Crique vio que había verduras para la sopa; alcanzó a Croque y le dijo:

—Vuelve al huerto de Mango de Garfio y recoge un poco de verdura, así la cocinamos con un muslo de cerdo cuando volvamos a casa.

Croque volvió a casa y Crique siguió su camino.

Entre tanto Mango de Garfio se despertó, fue a examinar el horno y no encontró el cerdo. Miró el huerto y vio a Croque recogiendo verdura. «¡Ahora verás!», pensó. Cogió un buen manojo de verduras que tenía en casa y salió a la carrera sin que Croque se diera cuenta.

Alcanzó a Crique, que caminaba encorvado bajo el peso del cerdo, se le acercó y le hizo señas de que quería el cerdo. Crique pensó que era Croque que volvía con la verdura, tomó el manojo que le ofrecía el otro y le pasó el cerdo. Mango de Garfio se lo echó al hombro, se volvió y regresó a la carrera.

Al cabo, Croque alcanzó a Crique con la verdura en la mano.

—¿Y el cerdo, dónde lo has dejado? —le preguntó.

—¡Lo tienes tú!

—¿Yo? ¡Yo no tengo nada!

—¡Pero si hace un rato me has pedido que te lo diera!

—¿Cuándo? ¡Si me mandaste a buscar verdura!

Al fin comprendieron que había sido Mango de Garfio, y que era él el ratero más hábil de todos.

*(Irpinia)*

# 124
# LA PRIMERA ESPADA Y LA ÚLTIMA ESCOBA

Había una vez dos mercaderes que vivían uno enfrente del otro.

Uno tenía siete hijos y el otro siete hijas mujeres. El de los siete hijos varones, cuando cada mañana abría el balcón y saludaba al de las siete hijas mujeres, le decía:

—Buenos días, mercader de las siete escobas.

Y el otro siempre se enfurecía; se encerraba en la casa y lloraba de rabia. Su mujer sentía pena al verlo en ese estado y cada vez le preguntaba qué le ocurría; pero el marido seguía llorando sin decir una palabra.

La menor de las siete hijas tenía diecisiete años y era bella como el sol, y el padre no veía sino por sus ojos.

—Si me quieres tanto como dices, padre mío —le dijo ella un día—, confíame tu pena.

—Hija mía —dijo el padre—, el mercader que vive enfrente todas las mañanas me saluda así: «Buenos días, mercader de las siete escobas», y yo todas las mañanas me quedo mirándolo y no sé qué responderle.

—¿Y eso es todo, papá? —dijo la hija—. Escucha lo que voy a decirte. Cuando él te diga eso, respóndele: «Buenos días, mercader de las siete espadas. Hagamos una apuesta: tomemos mi última escoba y tu primera espada y veamos quién es el primero en conseguir la corona y el cetro del Rey de Francia y en traerlos aquí. Si lo logra mi hija, me darás todas tus mercancías y si lo logra tu hijo, seré yo el que pierda sus mercancías». Eso debes decirle. Y si acepta, ¡a los papeles!, hazle firmar un contrato en seguida.

El padre escuchó este discurso con la boca abierta.

—Pero hija —dijo en cuanto concluyó—, ¿qué estás diciendo? ¿Quieres que pierda todo lo que tengo?

—Papá, no tengas miedo y déjalo de mi cuenta. Tú ocúpate de la apuesta, que del resto me encargo yo.

Por la noche el padre no pudo pegar ojo y no veía la hora de que amaneciese. Se

asomó al balcón antes que de costumbre y la ventana de enfrente aún estaba cerrada. De pronto se abrió, salió el padre de los siete varones y le espetó, como todas las mañanas:

—Buenos días, mercader de las siete escobas.

Y él, sin perder tiempo:

—Buenos días, mercader de las siete espadas. Hagamos una apuesta: yo elijo mi última escoba y tú eliges tu primera espada, les damos un caballo y un saco de monedas a cada uno, y veamos quién logra traernos la corona y el cetro del Rey de Francia. Apostemos la totalidad de nuestra mercancía: si gana mi hija, yo me quedo con todo, si gana tu hijo, te lo quedas tú.

El otro mercader lo miró un poco a la cara, luego se echó a reír y por señas le preguntó si estaba loco.

—¿Qué? ¿Tienes miedo? ¿No confías en tus hijos? —exclamó el padre de las siete hijas. Y el otro, tocado en su orgullo, dijo:

—Por mí, acepto. Firmamos ahora mismo el contrato y que se pongan en marcha.

Y se apresuró a contárselo todo al hijo mayor. El hijo mayor, pensando que haría un viaje con aquella hermosa muchacha, se puso muy contento. Pero cuando en el instante de la partida la vio llegar vestida de hombre y montada en una yegua blanca, comprendió que no todo era diversión. De hecho, cuando los padres, una vez firmado el contrato, les dieron la señal de partida, la yegua partió a gran velocidad y su robustísimo caballo sólo podía seguirla a marchas forzadas.

Para llegar a Francia había que atravesar un bosque intrincado, oscuro, sin caminos ni senderos. La yegua se internó en él como si fuera su casa: doblaba a la derecha ante una encina, giraba a la izquierda ante un pino, saltaba sobre un seto de agrifolios y siempre precedía la marcha. El hijo del mercader, en cambio, no sabía por dónde ir con su enorme caballo: ya se daba con el mentón contra una rama baja y se caía de la silla, ya los cascos resbalaban en un pantano oculto por las hojas secas y la bestia terminaba en el suelo, ya se enredaban en un zarzal y no atinaban a liberarse. La muchacha ya había atravesado el bosque montada en su yegua y galopaba lejos de allí.

Para llegar a Francia había que cruzar una montaña sembrada de barrancos y precipicios. Había llegado a sus laderas cuando oyó que el hijo del mercader se acercaba al galope y estaba a punto de alcanzarla. La yegua subió la cuesta y, como si estuviera en su casa, da la vuelta y salta en medio de esos pedrejones y siempre encuentra el modo de llegar al desfiladero, y de allí desciende por los prados. El joven, en cambio, impulsaba a su caballo tirando de las riendas y cada tres pasos un desmoronamiento lo obligaba a retroceder. Terminó por dejar cojo al caballo.

La muchacha ya galopaba a lo lejos rumbo a Francia. Pero para llegar a Francia había que atravesar un río. La yegua, como si estuviera en su casa, sabía dónde había un vado y se arrojó al agua sin interrumpir su galope. Cuando llegaron a la ribera opuesta se volvieron y vieron que el joven venía con su pesado caballo y lo espoleaba

para meterse en el agua. Pero no conocía los vados, y, en cuanto dejó de hacer pie, la corriente arrastró caballo y caballero.

En París, la muchacha vestida de hombre se presentó a un mercader que la tomó como asistente. Era el mercader que aprovisionaba el Palacio Real, y para llevar las mercancías al Rey decidió enviar a ese joven tan apuesto. Apenas lo vio, el Rey le dijo:

—¿Quién eres? Me pareces forastero. ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Majestad —respondió el asistente—, me llamo Cortaplumas y era trinchador del Rey de Nápoles. Una secuela de infortunios me ha traído hasta aquí.

—¿Y si te consiguiera un puesto de trinchador en la Real Casa de Francia —dijo el Rey—, te gustaría?

—¡Dios lo quisiera, Majestad!

—Muy bien, hablaré con tu patrón.

El caso es que el mercader, aunque no de muy buena gana, cedió su asistente al Rey, que lo nombró trinchador. Pero cuanto más lo miraba, más crecía una sospecha que le había venido a la mente. Hasta que un día se confió a su madre.

—Madre, en este Cortaplumas hay algo que no me convence. Es de mano gentil y cintura grácil, sabe cantar, leer y escribir. ¡Es mujer, y me hace morir!

—Hijo mío, estás loco —respondía la Reina madre.

—Madre, te digo que es mujer. ¿Qué puedo hacer para saberlo con certeza?

—Hay una forma —dijo la Reina madre—. Ve a cazar con él; si persigue a las codornices es una mujer que sólo piensa en el asado; si persigue a los jilgueros es un hombre que sólo pone la cabeza en el placer de la caza.

Así que el Rey dio una escopeta a Cortaplumas y lo llevó a cazar con él. Cortaplumas montaba su yegua, que siempre había conservado. El Rey, para que cayera en la trampa, se puso a disparar sólo a las codornices. Pero cada vez que aparecía una codorniz la yegua se apartaba y Cortaplumas comprendió que no quería que disparase a las codornices.

—Majestad —dijo entonces Cortaplumas—, disculpadme el atrevimiento, ¿pero os parece una hazaña disparar a las codornices? Para el asado ya tenéis. Disparad a los jilgueros, que es más difícil.

Cuando el Rey volvió a casa, le dijo a su madre:

—Sí, disparaba a los jilgueros y no a las codornices, pero a mí no me convence. Es de mano gentil y cintura sutil, sabe cantar, leer y escribir. ¡Es mujer y me hace morir!

—Hijo mío, haz otra prueba —dijo la Reina—. Llévalo al huerto a recoger lechugas. Si las corta por las hojas es mujer, porque las mujeres somos más pacientes; si las arranca con raíz y todo, es hombre.

El Rey fue al huerto con Cortaplumas y se puso a recoger lechugas cortándolas por las hojas. El trinchador estaba a punto de hacer lo mismo cuando la yegua, que los había seguido, se puso a morder y arrancar plantas de lechuga enteras, y

Cortaplumas comprendió que debía imitarla. Se apresuró a llenar un canasto de lechugas arrancándolas de raíz, con tierra y todo.

El Rey condujo al trinchador a los bancales del jardín.

—Mira qué hermosas rosas, Cortaplumas —le dijo. Pero la yegua señalaba otro bancal con los belfos.

—Las rosas pinchan —dijo Cortaplumas—. Recoged claveles y jazmines, no rosas.

El Rey estaba desesperado, pero no se daba por vencido.

—Es de mano gentil y cintura sutil, sabe cantar, leer y escribir. ¡Es mujer y me hace morir! —repetía a su madre.

—A estas alturas, hijo mío, sólo te queda llevarlo contigo a darse un baño.

Así fue que el Rey le dijo a Cortaplumas:

—Ven, vamos a bañarnos al río.

Una vez que llegaron al río, Cortaplumas dijo:

—Majestad, desnudaos vos primero.

Y el Rey se desnudó y se metió en el agua.

—¡Ven tú también! —le dijo a Cortaplumas. En eso se oyó un relincho brutal y apareció la yegua corriendo como enloquecida, con espumarajos en la boca.

—¡Mi yegua! —gritó Cortaplumas—. ¡Un momento, Majestad, que debo alcanzar a mi yegua desbocada!

Y salió corriendo.

Llegó al Palacio Real y fue a ver a la Reina.

—Majestad —le dijo—, el Rey acaba de desnudarse en el río y unos guardias quieren arrestarlo porque no lo reconocen. Me mandó a buscar su cetro y su corona para que le puedan reconocer.

La Reina cogió el cetro y la corona y se los entregó a Cortaplumas. No bien tuvo el cetro y la corona, Cortaplumas montó su yegua y se alejó al galope, cantando:

—Niña vine y niña me he marchado,
El cetro y la corona he conquistado.

Atravesó el río, atravesó el monte, atravesó el bosque y regresó a casa, y su padre ganó la apuesta.

*(Nápoles)*

# 125
# COMADRE ZORRA Y COMPADRE LOBO

Había una vez un lobo y una zorra que se trataban de compadre y comadre, y acordaron dividir todo aquello a lo que echaran mano.

El lobo, husmeando el aire, percibió una ráfaga con olor a oveja y le dijo a la zorra:

—Comadre, voy a echar una ojeada por estos campos, a ver si encuentro algún rebaño.

Fue, y se abalanzó en medio de un rebaño. Apenas hubo apresado un cordero cuando tuvo que huir con él entre los dientes, pero no actuó con suficiente rapidez: lo aporrearon tanto que lo dejaron para el arrastre.

«Ya que recibí semejante paliza», se dijo el lobo, «este cordero me lo guardaré para mí». Lo colgó en la campana de la chimenea y a la zorra no le dio nada.

—Y bien, ¿has atrapado alguna oveja? —le preguntaba la zorra.

—Comadre, no me animo a ir. Sigue mi consejo, dejémoslo estar.

La zorra, que no le creía, se dijo: «¡Ahora verás!».

Había descubierto un escondite lleno de miel que pertenecía a los contrabandistas.

—Compadre —le dijo al lobo—, he descubierto un lugar lleno de miel, algo digno de verse, compadre. ¡Lino de estos días vamos a echar un vistazo!

Y en cambio, sin decir nada al lobo, partió, encontró la miel, la probó y se relamió los labios, pensando: «¡Ah, qué sabrosa!».

Y el lobo, que había quedado medio maltrecho a causa de la zurra, cada vez que la veía le preguntaba:

—Y bien, comadre, ¿cuándo vamos a ver esa miel?

—¡Un momento, compadre mío! ¿Qué pretendes? ¡Está tan lejos!

—Pero, comadre, ¿tú por dónde anduviste, que hace tanto que no te veo?

—Estuve en un país que se llama *Saboréadolo*.

Al día siguiente, el lobo había terminado de comerse el cordero y le preguntó a la zorra:

—Y bien, comadre, ¿vamos o no?

Y la zorra:

—¡Uf, compadre mío! ¡Queda tan lejos!

—Pero tú has estado tanto tiempo ausente… ¿Adónde has ido?

—Compadre, estoy muerta de cansancio. Figúrate que llegué a un país llamado *Comídola*.

El pobre lobo volvió a insistir al día siguiente.

—¿Vamos a echar una ojeada, comadre?

Y la zorra al fin dijo:

—Está bien, iremos mañana.

Pero en cuanto se separó del lobo partió por su cuenta, fue al escondite y se comió toda la miel que quedaba. Estaba lamiendo el fondo del recipiente cuando llegaron los contrabandistas; pero la zorra fue rápida y ¡piernas para qué os quiero!

Al día siguiente se pusieron en camino, ella y el lobo.

—Compadre, tenemos que llegar a un país muy lejano. Si quieres venir, sígueme. Es un país que se llama *Molídolo*.

Y el lobo, que todavía renqueaba a causa de la tunda recibida, la siguió como pudo.

Cuando llegaron a la cima de un monte, la zorra dijo:

—Ya hemos llegado a *Molídolo*. Tú ve delante que yo me quedo vigilando, no sea que los contrabandistas nos vengan a dar palos.

El pobre lobo fue, pero los contrabandistas, que habían advertido la falta de miel, estaban al acecho. Llega el lobo y sólo encuentra los cacharros sucios de miel. Con el hambre que tenía, se puso a lametear los cacharros, y en ese momento aparecen los contrabandistas y le dan tantos palos que lo dejan molido.

La zorra, desde lejos, lo veía brincar bajo esa lluvia de golpes. Y cuando el lobo por fin logró escapar y se le acercó, lamentándose a cada paso que daba, le preguntó:

—Y bien, compadre, ¿qué tal te ha ido?

—¡Comadre! —lloraba el otro—. ¿No ves que me han molido a palos? ¡Huyamos rápido antes de que nos den más!

—¿Huir? ¿Y cómo lo hago, si tengo una pata torcida? ¡No puedo!

Y así, con el lobo maltrecho que no veía el momento de escapar y ella que fingía renquear, iniciaron el regreso.

—Ay, ay, compadre mío —gemía la zorra—, ¿y ahora qué hago con esta pata? Llévame un poco en el lomo.

Y el lobo tuvo que llevarla a cuestas. Y así siguieron su camino, la zorra sana a caballo del lobo medio muerto. Y cantaba, la comadre:

—Mirad qué caso raro,

El muerto lleva al sano.

—¿Por qué cantas así, comadre? —preguntaba el lobo.

—Bueno, compadre, la letra de la canción dice así. Canto para alegrarte el viaje.

Llegaron a casa. El lobo, con la zurra que había recibido y los esfuerzos que había hecho para llevar a la zorra a cuestas, cayó muerto y muerto se quedó. Y así la zorra se vengó por ese cordero que él se había comido sin convidar.

*Laralalá,*
*Y el lobo ya no está.*

*(Nápoles)*

# 126
# LOS CINCO BRIBONES

En Maglie había una madre y un padre que tenían un hijo, y este hijo llevaba el diablo en el cuerpo: ya vendía una cosa, ya empeñaba la otra, pasaba la noche fuera de casa; en fin, era una cruz para esos pobres viejos. Y una noche la madre dijo:

—Marido mío, éste sin duda nos va a arruinar la salud. Hagamos cualquier sacrificio con tal de que se vaya por el mundo.

Al día siguiente el padre le compró un caballo y pidió cien ducados en préstamo. Cuando el hijo llegó a casa al mediodía, le dijo:

—Hijo mío, no puedes seguir llevando una vida como ésta. Aquí tienes cien ducados y un caballo. Ve a ganarte el pan.

—Bueno —dijo el hijo—, me voy a Nápoles.

Se despidió y se puso en camino. Trota por aquí, trota por allá, en medio de un campo vio a un hombre a gatas en el suelo.

—Joven —le dijo—, ¿qué haces ahí? ¿Cómo te llamas?

—Rayo —le dijo el otro.

—¿Y tu apellido?

—Saeta.

—¿Y por qué ese nombre?

—Porque mi habilidad consiste en perseguir a las liebres.

No acababa de decirlo cuando pasó una. Dio cuatro brincos y la atrapó.

—Bien, te propongo una cosa. Ven conmigo a Nápoles. Tengo cien ducados.

Rayo no se lo hizo repetir y partieron, uno a caballo y otro a pie. Encontraron a otro.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Ciegaojo.

—¿Qué nombre es ése? —No había terminado de decirlo cuando pasó una bandada de cornejas seguidas por un halcón—. Bien, veamos qué sabes hacer.

—Traspaso el ojo izquierdo del halcón y lo derribo.

Tiró con su arco y el halcón cayó derribado con una flecha en el ojo izquierdo.

—¿Qué dices, amigo? —preguntó el mallés—. ¿Te vendrías con nosotros?

—Claro que sí. En marcha.

Llegaron a Brindisi. En el puerto había centenares de hombres trabajando, pero entre los demás había uno al que le cargaban más que a un mulo y ni parecía sentirlo.

—¡Qué maravilla! —dijeron los tres—. ¿Le preguntamos?

—¿Cómo te llamas? —preguntó el mallés.

—Lomofuerte.

—Bueno, ¿quieres que te dé una buena noticia? Ven con nosotros, que yo tengo cien ducados y os daré de comer a todos. Cuando se me acabe el dinero, vosotros me dais de comer a mí.

¡Imaginaos a los demás peones cuando vieron que se escapaba Lomofuerte, que los ayudaba a todos!

—¡Te damos otro carlín! —se pusieron a gritar—, te damos otro carlín si te quedas con nosotros!

—¡No, no! —dijo Lomofuerte—. Prefiero el arte de Caifás: comer, pimplar, ir de juerga y nada más.

Los cuatro se fueron, entraron en una cantina, comieron como cerdos y empinaron el codo de lo lindo. Luego reanudaron la marcha. No habían hecho más de cinco o seis millas cuando se encontraron con uno que apoyaba la oreja en el suelo.

—¿Qué haces ahí agachado? ¿Cómo te llamas?

—Orejaliebre —respondió—. Oigo todos los discursos que se pronuncian en el mundo: de Reyes, de ministros, de enamorados.

—A ver si dices la verdad —repuso el mallés—. Aguza un poco el oído y escucha qué dicen en Maglie, en esa casa delante de la columna.

—Espera —dijo el otro. Apoyó la oreja en el suelo—. Oigo, oigo hablar a dos viejos debajo de la campana de la chimenea, y la vieja le dice al viejo: «Gracias a Dios que nos metimos en esa deuda, marido mío, con tal de que ese diablo desatado se haya ido de casa y nos haya dejado por fin en paz».

—Sí, es cierto —dijo el mallés—. Sólo pueden ser mi padre y mi madre. Se pusieron nuevamente en marcha y llegaron a un lugar donde trabajaban muchos albañiles, todos empapados en sudor, bajo el sol que caía a plomo.

—¿Y cómo podéis, pobres diablos, trabajar a esta hora?

—¿Cómo podemos? Porque hay uno que nos da fresco.

Y se vio a uno que soplaba: ¡Pfuh!, ¡pfuuuh!

—¿Cómo te llamas? —le preguntaron.

—Soplatina —respondió—. Yo soy capaz de imitar a todos los vientos. ¡Pfuuu! Éste es el tramontano. ¡Pfuu! Éste es el siroco. ¡Pfuu! Éste es el viento del este. —E hinchaba los carrillos y seguía soplando—. Y si queréis un huracán, también os hago un huracán.

Sopló y empezaron a caer árboles y a volar piedras; una catástrofe descomunal.

—¡Basta, basta! —le dijeron, y se calmó.

—Amigo —dijo el mallés—. Yo tengo cien ducados. ¿Vienes conmigo?

—Bueno.

Formaban un grupo muy alegre: éste contaba una historia, el de más allá contaba otra, y así llegaron a Nápoles. Ante todo fueron a comer, se acicalaron y salieron a pasear, a buscar pendencia. Pasó un día, pasaron dos, pasaron tres, y los cien ducados ya empezaban a esfumarse. Dijo el mallés:

—Amigos, el aire de Nápoles no me sienta bien. Vamos a París que es mejor.

Y caminaron hasta llegar a París. A las puertas de la ciudad vieron esta inscripción:

«Quien logre ganar una carrera a la hija del Rey se casa con ella. Si pierde, pena de muerte».

—Rayo, es tu turno —dijo el mallés. Y subió al Palacio Real. Interpeló a un mayordomo—: Excelencia, yo viajo para pasar el tiempo, pero esta mañana al entrar en la ciudad leí el desafío de la hija del Rey. Quiero hacer la prueba.

—Hijo mío —repuso el mayordomo—, te lo digo con confianza, esa mujer está loca. No quiere casarse y arma todos estos embrollos mandando a la muerte a muchos jovencitos. Me estruja el corazón pensar que vas a terminar como los demás.

—No, no —dijo el mallés—. Díselo y concierta el día, que yo estoy dispuesto.

Fijaron la fecha para el domingo. El mallés fue a anunciarlo a sus compañeros.

—Eh, ¿no lo sabéis? ¡El espectáculo es el domingo!

Y fueron a la posada para comer algo y maquinar un plan. Dijo Rayo Saeta:

—¿Sabes qué tienes que hacer? El sábado por la noche me mandas con un recado, anunciando que te ha dado fiebre y no puedes correr, y yo te reemplazo; si gano la hija del Rey se casa contigo, y si pierdo eres tú quien se arriesga a morir.

Así lo hicieron, y el domingo por la mañana el pueblo se agolpó a lo largo de la calle, tan bien barrida que no se veía ni una mota de polvo. Llegada la hora, la hija del Rey bajó vestida de bailarina y se colocó junto a Rayo Saeta. Todos miraban con los ojos fuera de sus órbitas. Dieron la señal: ¡prrr! La hija del Rey salió disparada como una liebre. Pero

Rayo Saeta con cuatro brincos le pasó por encima de la cabeza y la dejó cien pasos atrás. ¡Imaginaos los aplausos, los hurras!

—¡Viva el italiano! —gritaban todos—. ¡Al fin encontró la horma de su zapato, esa loca!

Ella volvió con una cara así de larga. Dijo el Rey:

—Hija mía, la idea de la carrera fue tuya y ahora tienes que aguantar las consecuencias, te guste o no.

Pero dejémosla a ella y volvamos a Rayo Saeta. Regresó a la posada y allí se dedicó a comer y beber, con sus compañeros. Pero en eso:

—¡Sshh! —chistó Orejaliebre, echándose al suelo como era su costumbre—. Esto nos interesa. La hija del Rey dice que no se quiere casar contigo por nada del mundo,

que la carrera no vale y que hay que hacer otra. Y está interrogando a una hechicera para que encuentre algo que te impida ganar. Y la hechicera le dice que ella le hará una brujería a una piedra, la engarzará en un anillo, y la hija del Rey te regalará el anillo antes de la carrera, y cuando lo tengas en el dedo no te lo podrás quitar y no te obedecerán las piernas.

—¿Y yo para qué estoy? —dijo Ciegaojo—. Antes de echarte a correr tiendes la mano, yo lanzo una flecha y te arranco la piedra del anillo. ¡Después veremos cómo se las arregla la hija del Rey!

—¡Bravo, bravo! —exclamaron todos, y se olvidaron del asunto.

Al otro día el enfermo recibió un recado de la hija del Rey, diciéndole que lo felicitaba por la agilidad de su amigo pero que si no le parecía mal le agradaría que el espectáculo se repitiera el domingo siguiente.

El domingo había aún más gente a lo largo de la calle. Llegó la hora y ella descendió haciendo piruetas como una saltimbanqui y se acercó al italiano ofreciéndole un anillo:

—Toma, apuesto joven, ya que has sido el único capaz de vencerme en una carrera te regalo este anillo como recuerdo de la futura esposa de tu amigo.

Le ciñó el anillo y Rayo Saeta ya sentía que se le aflojaban las piernas y no podía mantenerse en pie. Ciegaojo, que le estaba apuntando, gritó:

—¡Estira la mano!

Él levantó la mano lenta y fatigosamente, y justo en ese momento tocaron la trompeta. La hija del Rey ya se había echado a correr. Ciegaojo disparó la flecha, hizo volar el anillo, y Rayo Saeta dio cuatro brincos, se puso a la zaga de la hija del Rey, le saltó por encima, la obligó a correr de cara al suelo y la pasó.

¡Pero el mayor espectáculo era el pueblo! ¡Hurra, y los sombreros por el aire! Lo levantaron en andas y lo pasearon triunfalmente por la ciudad, tan alegres estaban de ver humillada la soberbia de la hija del Rey.

Y cuando los cinco bribones se encontraron a solas, se abrazaron, se daban palmadas en la espalda.

—¡Somos ricos! —decía el mallés—. Mañana seré Rey, ¡y vamos a ver quién será capaz de echaros a vosotros del Palacio Real! Decidme qué cargo preferís.

—¡Chambelán! —decía uno.

—¡Ministro! —exclamaba el otro.

—¡General! —gritaba un tercero.

Pero Orejaliebre les indicó que se callaran.

—¡La tierra me llama!

Y se agachó para escuchar. Oyó que en el Palacio Real estaban hablando de ofrecerle una gruesa suma de dinero para dejarlo conforme y evitar que se casara con la hija del Rey.

—Ahora es mi turno —dijo Lomofuerte—. Le exprimiré hasta el alma.

A la mañana siguiente el mallés se puso muy guapo y se presentó en Palacio.

Fuera de la sala encontró un consejero.

—Hijo mío, ¿quieres escuchar el consejo de uno que es más viejo que tú? No te cases con esa insensata, te llevas el diablo a casa. En cambio, si quieres dinero, pide la suma que sea y vete con Dios.

—Agradezco tus palabras —dijo el mallés—. Pero no sé decir cuántos torneses me hacen falta. Quedemos en que yo mando a un amigo mío y le echáis a cuestas todo lo que él pueda cargar.

Así que se presentó Lomofuerte, con cincuenta sacos de diez tómolos[2] cada uno.

—Me manda mi amigo para que me echéis la carga.

Todos se miraron, tomándolo por loco.

—Hablo en serio —dijo él—. Vamos, rápido.

Entraron en el tesoro y empezaron a llenar uno de los sacos. Para echárselo a las espaldas tuvieron que levantarlo entre veinte personas. Cuando se lo pusieron encima, le preguntaron:

—¿Puedes aguantarlo?

—¡Uh! —dijo él—. Es como llevar una pajita.

Siguieron llenando sacos, y terminaron con el oro. Empezaron con el montículo de plata y también la plata fue a parar toda a espaldas de Lomofuerte. Siguieron con el cobre, y el cobre tampoco bastaba. En los sacos metieron candeleros, cacharros, y él lo aguantaba todo.

—¿Cómo te sientes? —le preguntaban.

—¿Apostamos a que me llevo el Palacio también?

Llegaron sus amigos y vieron una montaña que caminaba sola, con dos piececitos abajo. Y se pusieron en camino para irse, con gran alegría. Habían hecho cinco o seis millas cuando Orejaliebre, que de vez en cuando se agachaba para escuchar, les dijo:

—Amigos, en el Palacio Real están de asamblea. ¿Y sabéis qué dice el consejero?: «¿Es posible, Majestad, que cuatro sinvergüenzas nos hayan dejado desnudos como gusanos, que ni siquiera podamos comprar un poco de pan? ¡Se han llevado todo lo que teníamos! ¡Rápido! ¡Mandemos un regimiento de caballería y que los hagan pedazos!».

—Muy bien, se acabó —dijo el mallés—. Hasta ahora hemos podido arreglarnos, ¿pero quién se atreve con los fusiles?

—¿Cómo? —dijo Soplatina—. ¿Eres tan tonto como para olvidar que yo levanto un huracán y los dejo a todos patas arriba? Id delante, que ya veréis.

Ya se oía el repicar de los cascos. En cuanto los caballos estuvieron a tiro Soplatina empezó a soplar; al principio despacito: pf, pf, después con más fuerza: ¡pfff!, y todos quedaron cegados por el polvo, después con todas sus energías: ¡pfuuu!, y se vio a los jinetes rodando debajo de los caballos, los árboles arrancados de cuajo, los muros que se desmoronaban, los cañones que volaban por el aire.

Cuando estuvo seguro de haberlos hecho papilla, alcanzó a sus compañeros y comentó:

—¡Esta sí que no se la esperaba el Rey de Francia! Que lo recuerde bien, para contárselo a sus hijos.

Así volvieron a Maglie en gracia de Dios, se repartieron cuatro millones cada uno, y cada vez que volvían a encontrarse decían:

—¡Por el Rey de Francia y la loca de su hija!

*(Tierra de Otranto)*

# 127
# ¡ARRE, ARRE, BURRO MÍO, HAZ DINERO!

Había una vez una madre y su hijo. La madre mandó al hijo a estudiar con un monje para que le enseñara las cosas de Dios, pero el hijo no tenía ganas de aprender nada. Las vecinas le aconsejaban que lo mandara al colegio, que ahí estaba Maestro Ráfaga, que te lo instruirá en doctrina y todas esas memeces. Maestro Ráfaga hizo todo lo posible pero no pudo meterle en la cabeza ni siquiera el abecé. Terminó por echarlo del colegio; y él se fue a casa saltando de alegría. Cuando su madre lo volvió a ver en casa, cogió la escoba y lo molió a palos.

—¡Fuera de aquí, granuja! ¡No vuelvas a aparecer por esta casa!

Se fue y se puso en camino. Caminó hasta encontrar un jardín sin paredes. Como tenía hambre, se encaramó a un peral y se puso a comer peras.

En lo mejor de la cosa, oyó:

—¡Um, um! ¡Aquí huele a carne humana!

Y debajo del peral empezó a husmear el Ogro Naní, que era el dueño del jardín.

—Claro que soy carne humana —dijo el niño desde el peral—. Soy un pobre chico a quien echaron de la casa de su madre.

—Bueno, baja —dijo el Ogro Naní—, que te llevo a mi casa.

Lo llevó a casa, le dio ropas nuevas y lo tuvo consigo.

—Ahora te quedarás conmigo y así nadie volverá a aporrearte.

Todas las mañanas Naní se iba a trabajar y el niño le iba a la zaga. Durante dos años hizo esa vida. Pero un día vio que el niño estaba abatido.

—¿Qué te pasa que estás tan triste? —le preguntó Naní.

—Quiero ver a mi mamá, que quién sabe lo triste que estará por no haberme vuelto a ver.

—¿De veras estás afligido por tu mamá? —dijo Naní—. Entonces te dejaré ir a verla. Te daré un burro para que se lo lleves de regalo. Cuando hayas llegado a casa, hazlo entrar y dile: «¡Arre, arre, burro mío, haz dinero!». Y el burro largará dinero por atrás. ¡Pero ten cuidado de que no te lo quiten por la calle!

El muchacho se fue con el burro. A la media legua se dijo: «Vamos a ver si es cierto que este burro larga dinero». Miró a su alrededor para asegurarse de que no hubiera nadie, bajó de la montura y dijo:

—¡Arre, arre, burro mío, haz dinero!

Y el burro, ¡trrr!, levantó la cola y soltó una buena cantidad de monedas.

El Ogro Naní, que había subido a la torre de su casa para espiar los movimientos del muchacho, se dijo: «¡Ay! ¡Lo hizo!».

El muchacho se llenó los bolsillos de monedas y volvió a montar el burro. Llegó a una posada y pidió el mejor cuarto para meter dentro el burro. El posadero le preguntó por qué.

—Porque mi burro hace dinero.

—¿Y cómo hace dinero?

—Basta decirle: «Arre, arre, burro mío, haz dinero».

—Pero no, hijo —dijo el posadero—, pongámoslo en la cuadra. Lo cubriremos con una bolsa para que no sude y no te preocupes, que nadie lo va a tocar.

El muchacho, con todo el dinero que tenía, pidió comida y bebida hasta que no pudo más, y luego se fue a dormir. El posadero bajó a la cuadra, reemplazó el burro por otro parecido y se llevó el del muchacho, quien por la mañana se levantó y preguntó:

—¿Seguro que no le ha dicho nada a mi burro?

—Pues no. ¿Qué le iba a decir?

—Bien, bien —dijo él, montó el burro y se fue a casa de su madre—. ¡Abre, mamá, soy Antonio!

—¡Ah tesoro mío! ¡Al fin volviste! ¡Creí que ya nunca iba a volver a verte!

El hijo entró.

—¿Cómo estás, mamá?

—Muerta de fatiga estoy. Acabo de lavar un montón de ropa y me he ganado un par de algarrobas.

—¡Vamos, vamos! ¿Eso vas a comer?

Cogió un puñado de algarrobas y lo arrojó por la puerta. ¡Imaginaos a esa pobre mujer, sus llantos y sus gritos al ver que le tiraban las algarrobas!

—¡Mamá, no grites, que te hago rica! —Cogió la colcha de la cama y la extendió en el suelo: hizo entrar al burro y dijo—: ¡Arre, arre, burro mío, haz dinero!

¡Sí, podía esperar sentado a que el burro hiciese dinero!

—¡Arre, arre, burro mío, haz dinero! —seguía repitiendo. Entonces empuñó una vara y, paf, pif, puf, le dio tantos palos que el burro terminó por expulsar todo lo que tenía en el vientre. La madre, cuando vio que le habían llenado la colcha de estiércol, le arrebató la vara y empezó a molerle los huesos a su hijo.

El hijo, muy afligido, retomó su camino y se volvió a casa del Ogro Naní.

—¡Ah, has vuelto! —dijo Naní cuando lo vio—. Bueno, ahora te quedarás conmigo y que no se te ocurra volver con tu madre.

Pasó un tiempo y el muchacho empezó de nuevo con que quería volver con su madre. Naní le dio un mantel.

—Cuídate de no hacer tonterías —le dijo—. Cuando estés en casa de tu madre, di: «¡Mantelito, sirve la mesa!».

El muchacho se fue. Llegó al mismo lugar de la vez anterior, sacó el mantel y dijo:

—¡Mantelito, sirve la mesa! —Y la mesa quedó generosamente servida: macarrones, albóndigas, longaniza, morcilla, vino bueno—. ¡Ah! —suspiró—. ¡Qué atracón me voy a dar! ¡Ahora mi madre no tendrá que llorar por las algarrobas!

Se llenó bien, y después dijo:

—¡Mantelito, levanta la mesa!

Se puso en marcha y llegó a la posada. En cuanto lo vieron:

—¡Eh, Antonio! ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Qué hay de comer?

—Nabos y alubias, hijo mío. Esta es posada de carreteros.

—¡Bah, esas porquerías yo no las como! Ahora vais a ver lo que es una cena. —Sacó el mantel y dijo—: ¡Mantelito, sirve la mesa! —Y salió un guiso de pescado, pescado asado, chuleta a la milanesa, vino, toda clase de manjares. Cuando se hubo llenado bien, se guardó el mantel en el bolsillo del pecho y dijo—: Ahora veremos si esto me lo quitan como al burro. ¡Miren dónde lo tengo!

Pero justo en ese momento, después de tanto comer y beber, se adormiló y tuvieron que arrastrarlo por el cuello para llevarlo a acostar. El mantel se lo sacaron del pecho y se lo cambiaron por otro parecido.

Al día siguiente se levantó y dijo:

—¡Ah, éste no me lo han podido robar!

Reanudó el viaje y llegó a casa de su madre. Llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, mamá.

—Maldición, ¿de nuevo aquí? Sigue tu camino, lejos de esta casa.

—No, mamá, ábreme. Esta vez te daré de comer para toda la vida.

En cuanto la madre le abrió, le preguntó:

—¿Qué comes esta noche, mamá?

—¿Qué como? Unas legumbres que recogí detrás de la Virgen del Dolor, en el jardín del señorito.

El hijo cogió la sartén y la arrojó por la ventana con legumbres y todo.

—¡Ah, desgraciado! ¡Infame! ¡Otra vez me dejas sin comer! ¡Sabe Dios los gritos que me pegó Vito Borgia cuando me sorprendió mientras las recogía, y tú, desgraciado, las tiras por la ventana!

—No, no, mamá —dijo él—. Toma este mantel y ya verás lo que sale. ¡Mantelito, sirve la mesa! ¡Mantelito, sirve la mesa!

Pero por mucho que repetía: «¡Mantelito, sirve la mesa!», del mantelito no salía

nada. Tira de aquí, tira de allá, el mantel se quedó tan deshilachado que ni para trapo servía. La madre le dio una zurra y lo volvió a echar de casa.

Fue otra vez a casa de Naní.

—¿Qué te ha pasado, imbécil? ¿No te dije que ibas a cobrar otra vez?

Y reiniciaron la vida de antes, e iban juntos a arar al campo. Al poco tiempo, el muchacho quiso volver de nuevo a casa de la madre.

—Bueno, hijo, ésta es la última vez —dijo Naní—. Toma esta maza, y cuando llegues a casa de tu madre di: «¡Maza mía, dame dame!».

El muchacho se despidió llorando de Naní y se alejó. Curioso como era, cuando llegó al sitio de costumbre quiso probar si no le había mentido. Dijo:

—¡Maza mía, dame dame!

¿Quién habría podido parar a esa maza? Se puso a darle mazazos a diestro y siniestro y daba vueltas como un torno, mientras el Ogro Naní se desternillaba de risa en la cima de la torre.

—¡Ahora sí que sentará la cabeza!

—¡Maza mía, quédate quieta! —gritaba el muchacho—. ¡Maza mía, me estás matando!

—¡Dale, dale! —gritaba Naní desde la torre; y cuando vio que el muchacho no podía más, dijo—: Está bien, quédate quieta.

Y la maza dejó de pegarle.

Muy maltrecho se fue a la posada.

—¿De nuevo por aquí, Antonio? ¿Y cómo estás, hijo mío? ¿Qué te han hecho que tienes esa cara tan larga?

—Nada, ahora mismo me voy a dormir. Guárdame este bastón, pero cuídate de no decir: «¡Maza mía, dame dame!».

Por la noche el posadero cogió la maza y dijo: «¡Maza mía, dame dame!» para ver qué pasaba. La maza empezó a aporrearlo sin descanso, a él y a toda la familia, girando como el aspa de un molino.

—¡Socorro, socorro! ¡Socorro que nos mata!

Acudió el muchacho.

—Devolvedme el burro y el mantel o no me llevo la maza.

Le devolvieron el burro y el mantel. Cuando se aseguró de que eran realmente los suyos, recobró la maza y se marchó. Llegó a casa de su madre con la maza, el burro y el mantel.

Cuando oyó que llamaban, su madre abrió un postigo y vio que era su hijo con otro burro.

—¡Ah granuja! ¡Ah malandrín! ¡Fuera de aquí, que te arranquen el pellejo!

—Bueno, maza —dijo él—, dale dos golpes, pero flojitos.

La maza entró por el postigo y ¡pum, pum! le propinó dos golpes.

—¡Ah infame! ¡Ah Judas! ¿Le pegas a tu madre?

—Si no quieres que la maza te pegue, ábreme por las buenas.

La madre abrió y él entró con el burro.

—¡No, el burro no! ¿Qué quieres, arruinarme toda la casa otra vez? —empezó a protestar la madre.

—Bueno —dijo él—, maza mía, dale otros dos golpes.

Así la madre en seguida dejó de gritar. El hijo cogió la colcha de la cama y al burro le hizo soltar una pila de monedas. Después sacó el mantel y le hizo servir la mesa: se sentaron, comieron, bebieron y anduvieron de jarana, mientras que nosotros nos quedamos con las ganas.

*(Tierra de Otranto)*

# 128
# LA ESCUELA DE SALAMANCA

Había una vez un padre que tenía un solo hijo. A este hijo, que parecía ser muy inteligente, el padre le dijo:

—Hijo mío, a fuerza de privaciones logré ahorrar cien ducados uno sobre otro y quisiera duplicarlos. Pero a hacer negocios no me atrevo porque tengo miedo de perderlos, pues los hombres, por una razón u otra, son todos unos malandrines, de manera que día y noche paso pensando qué debo hacer, devanándome los sesos. Dime, ¿cuál es tu opinión? ¿Qué te dice ese cerebro que tienes?

El hijo guardó silencio un rato, como si reflexionara, y después de pensar concienzudamente respondió así:

—Padre, he oído hablar de la escuela de Salamanca, donde se aprenden muchísimas cosas. Si con nuestros cien ducados yo pudiera ingresar en ella, puedes estar seguro de que al salir sabré cómo arreglármelas y me bastará poner manos a la obra para que el dinero nos llueva a paladas.

Esta idea fue del agrado del padre, y al día siguiente se pusieron inmediatamente en camino y partieron rumbo a la montaña. Caminaron hasta llegar a una ermita.

—¡Eh, el de la ermita!

—¿Quién es?

—¡Un alma bautizada como tú!

—Aquí no canta el gallo ni brilla la luna, ¿cómo vienes tú, alma solitaria? ¿Traes tijeretas para mis pestañas? ¿Traes tijerones para mis mechones?

—Traigo tijeretas, traigo tijerones, para tus pestañas y para tus mechones.

No bien pronunciada esta respuesta, la puerta de la ermita se abrió de golpe y el padre entró con su hijo. Con las tijeras cortaron las largas pestañas del viejo, y cuando él pudo alzar los párpados y verlos le pidieron consejo.

El ermitaño aprobó la decisión de ambos, hizo al muchacho una serie de recomendaciones y finalmente dijo:

—Cuando hayáis llegado a la cima de esa montaña que se ve a lo lejos, dad un

golpe en el suelo con esta varita y de bajo tierra veréis salir un viejo más viejo que yo. Ese es el Maestro de Salamanca.

Dicho esto, estuvieron charlando un rato más y luego se despidieron. Padre e hijo siguieron caminando durante dos días y dos noches, y una vez que llegaron a la cima de la montaña procedieron como había dicho el ermitaño: el monte se abrió y apareció el Maestro.

Entonces ese pobre padre cayó de rodillas y con lágrimas en los ojos explicó al Maestro por qué había ido hasta allí. El Maestro, de corazón duro como todos los maestros, lo escuchó inconmovible y luego invitó a padre e hijo a entrar en su casa. Les hizo recorrer cuartos y cuartos y cuartos, y estos cuartos estaban atestados de animales de todas las especies; él pasaba y silbaba, y a su silbido los animales se convertían en apuestos jóvenes, hermosos como el sol.

—Ahora —dijo el Maestro al padre— ya no tienes por qué preocuparte por tu hijo. Aquí estará más cómodo que en ninguna parte; yo le enseñaré los secretos de la ciencia y a fin de año, si logras reconocerlo en medio de todos estos animales, te lo llevarás a casa con los cien ducados que me diste; pero si no logras reconocerlo, se quedará conmigo para siempre.

El padre se puso a llorar ante estas tristes palabras; pero luego se armó de coraje, abrazó a su hijo, lo besó una y otra vez y emprendió solo el camino de regreso.

El Maestro le daba lecciones de mañana y de tarde y el joven pescaba las cosas al vuelo y progresaba a pasos agigantados: al cabo de un tiempo sabía tanto que era uno de los que ya podían arreglárselas solos. En una palabra, cuando expiró el plazo de un año el discípulo había aprendido del Maestro todo el bien y todo el mal.

Entre tanto el padre se había puesto en camino para irlo a buscar y el pobre estaba desesperado porque no sabía cómo salir airoso de la prueba en medio de tantos animales. Subía por la montaña cuando notó que lo rodeaba un viento, y en el viento oyó una voz que decía:

—Viento soy y hombre me vuelvo.

Y de pronto se vio delante de su hijo.

—Padre —dijo el joven—, escúchame con atención: el Maestro te llevará a un cuarto lleno de palomos. Oirás el arrullo de un palomo: ese palomo seré yo. —Luego dijo—: Hombre soy y viento me vuelvo. —Volvió a convertirse en viento y se alejó volando.

El padre reanudó la marcha de buen humor. Al llegar a la cima de la montaña dio un golpe en el suelo con la varita y ¡paf! se le apareció el Maestro.

—He venido en busca de mi hijo —dijo el padre—, y ojalá Dios me conceda la gracia de no confundirme y me permita reconocerlo.

—¡Muy bien, muy bien! —repuso el Maestro—. Pero ten la seguridad de que no sacarás nada en limpio. Acompáñame.

Lo condujo de un lado a otro, subiendo y bajando, todo para confundirlo, y una vez que llegaron al cuarto de los palomos:

—Ahora es tu turno: dime si aquí dentro se encuentra tu hijo, porque de lo contrario seguiremos adelante.

En medio de esos palomos, uno blanco y negro que era una belleza empezó a dar vueltas y a arrullar: «Cururú, cururú», y el padre exclamó sin perder tiempo:

—Mi hijo es éste, siento que es éste, me lo dice la sangre…

El Maestro puso cara larga. ¿Pero qué hacer? Tenía que atenerse a las condiciones y restituirle a su hijo, y junto con el hijo los cien ducados, cosa que le disgustaba aún más.

Padre e hijo se volvieron felices y contentos a su aldea, y no bien llegaron invitaron a sus parientes y amigos a un banquete y comieron y bebieron alegremente. Después de un mes de jolgorio, el hijo le habló al padre de este modo:

—Padre, los cien ducados siguen siempre ahí, aún no los hemos duplicado, y si tuviéramos que hacernos una casita no alcanzarían ni para los ladrillos. ¿Entonces para qué he ido a la escuela? ¿No he ido para aprender a ganar el dinero a paladas? Escúchame: mañana es la feria de San Vito en Spongano, yo me convertiré en un caballo con una estrella en la frente, y tú me llevarás a vender. Ten presente que el Maestro sin duda irá a la feria y me reconocerá, pero tú no me vendas por menos de cien ducados y *libre de cabestro*. No lo olvides, porque en el cabestro residen todas mis esperanzas.

Llegó el día siguiente y el hijo, ante la mirada del padre, se convirtió en un hermoso caballo con una estrella en la frente; y se fueron a la feria. Toda la gente contemplaba boquiabierta ese hermoso animal, todos lo querían, pero en cuanto se enteraban de que el dueño pedía cien ducados se echaban atrás. Faltaba poco para cerrar la feria cuando un viejo se acercó muy despacito, examinó el caballo y preguntó:

—¿Cuánto pides por él?

—Cien ducados, sin cabestro.

Al oír ese precio el viejo refunfuñó, empezó a regatear, a decir que era demasiado, pero al ver que no se lo vendían por menos se puso a contar el dinero. El padre estaba guardando el dinero en el bolsillo y todavía no le había quitado el cabestro al caballo cuando aquel viejo maldito, rápido como un jilguero, montó el animal y se alejó de la feria con la velocidad del viento.

—¡Detente, detente! ¡Devuélveme el cabestro! ¡Sin el cabestro! —gritaba el padre desesperado, pero ya no se veía ni el polvo.

Con el Maestro a cuestas, el caballo corría a fuerza de azotes, una granizada de azotes tan brutal que el animal tenía todo el cuerpo ensangrentado y no habría tardado en caer al suelo si por fortuna no hubiesen llegado a una taberna. El Maestro se apeó de la silla, guió al extenuado animal a la cuadra, lo sujetó al comedero vacío, y lo dejó allí sin cebada ni agua y con el cabestro puesto.

En esta taberna servía una muchacha tan hermosa que era digna de verse, y mientras el Maestro estaba comiendo pasó casualmente por la cuadra.

—¡Ah, pobre caballo! —exclamó—. ¡Tu amo debe de ser un perro! ¡Dejarte así, sin comer ni beber, y cubierto de sangre! Yo te cuidaré.

En primer lugar lo llevó a beber a la fuente, y para que bebiera más cómodo le quitó el cabestro.

—¡Caballo soy y anguila me vuelvo! —dijo el caballo no bien se vio libre del cabestro, y transformado en anguila se zambulló en la fuente. El Maestro lo oyó, dejó el plato de macarrones que estaba comiendo y salió a la carrera, amarillo de furia.

—¡Hombre soy y mújol me vuelvo! —gritó arrojándose al agua, y transformado en mújol persiguió a la anguila.

El discípulo no se desanimó.

—¡Anguila soy y paloma me vuelvo! —dijo, y ¡chas! salió volando del agua convertido en una hermosa paloma.

Y el mago:

—¡Mújol soy y halcón me vuelvo!

Y lo persiguió transformado en halcón. Volando sin cesar y separados por muy poca distancia, llegaron a Nápoles. En el jardín del Rey, sentada a la sombra de un árbol, se encontraba la Princesa. Estaba mirando el cielo cuando de pronto vio a la pobre paloma perseguida por el halcón y sintió lástima por ella.

—Paloma soy y anillo me vuelvo —dijo el discípulo apenas la vio. Se convirtió en anillo de oro y cayó del cielo sobre el pecho de la Princesa. El halcón trazó un amplio círculo y fue a posarse en las tejas de la casa de enfrente.

Por la noche, cuando la Princesa se desvistió, al quitarse el corsé se encontró con el anillo. Se acercó al candelera para verlo mejor y oyó estas palabras:

—Princesa mía, discúlpame si entré en tu cuarto sin tu permiso, pero mi vida está en juego. Permíteme mostrarme con mi verdadero aspecto y te contaré mi historia.

Al oír esa voz la Princesa casi se muere del susto, pero la curiosidad fue más fuerte y le dio permiso para mostrarse.

—¡Anillo soy y hombre me vuelvo!

El anillo resplandeció con más fuerza y apareció un joven bello como el sol. La Princesa quedó deslumbrada y no le quitaba los ojos de encima; cuando luego se enteró de sus virtudes y de los infortunios que padecía se enamoró y quiso que se quedara con ella. De día el joven volvía a ser anillo y ella se lo ponía en el dedo; de noche, cuando estaban solos, recobraba su aspecto humano.

Pero el Maestro no permanecía ocioso. Una mañana el Rey se despertó temblando de dolor. Llamaron a todos los médicos, le suministraron todo tipo de drogas y medicamentos, pero los dolores no se aplacaban. La Princesa estaba afligida y el joven más que ella, pues sabía que todo eso era obra del Maestro. De hecho, he aquí que se presentó un médico procedente de un país muy remoto y declaró que si lo dejaban entrar en la cámara del Rey él podría curarlo. Lo hicieron pasar sin demora, pero la Princesa vio que el anillo resplandecía con más intensidad y comprendió que el joven quería decirle algo. Se encerró en su cuarto, y el joven le dijo:

—¡Qué han hecho! ¡Ese médico es el Maestro! ¡Curará a tu padre pero querrá el anillo como pago! Di que no quieres entregarlo, pero si el Rey te obliga arrójalo al suelo con fuerza.

Y así ocurrió, en efecto: el Rey se curó, y le dijo al médico:

—Pídeme lo que desees y yo te lo daré.

Al principio el médico fingió no querer nada, pero ya que el Rey insistía tanto pidió el anillo que la Princesa llevaba en el dedo. Ella se puso a llorar y gritar; estuvo a punto de desvanecerse, pero cuando notó que el Rey le cogía la mano por la fuerza para quitarle el anillo, se levantó bruscamente, se lo quitó del dedo y lo arrojó al suelo. En cuanto lo arrojó, se oyó una voz:

—¡Anillo soy y granada me vuelvo!

La granada se partió al caer y los granos se esparcieron por toda la sala.

—¡Médico soy y gallo me vuelvo! —dijo el Maestro. Se convirtió en gallo y se puso a picotear los granos uno por uno. Pero un grano había ido a parar bajo las faldas de la Princesa, que lo mantuvo oculto.

—¡Granada soy y zorra me vuelvo! —dijo el grano, y de las faldas de la Princesa brincó una zorra que se engulló al gallo de un bocado.

¡El discípulo había superado al Maestro! La zorra volvió a convertirse en joven, explicó su historia al Rey y al día siguiente los cañones festejaron con salvas las bodas de la Princesa.

*(Tierra de Otranto)*

# 129
# EL CUENTO DE LOS GATOS

Una mujer tenía una hija y una hijastra, y a la hijastra la trataba como a un burro de carga, y un día la mandó a recoger achicoria. La muchacha busca y busca, y en vez de achicoria encuentra una coliflor: una coliflor de buen aspecto y de gran tamaño. Tira de la coliflor hasta que la saca de raíz, y en la tierra quedó un pozo. Había una escalera y la muchacha bajó.

Encontró una casa llena de gatos muy atareados. Había un gato que hacía la colada, un gato que sacaba agua de un pozo, un gato que cosía, un gato que limpiaba, un gato que horneaba el pan. La muchacha le pidió la escoba a un gato y lo ayudó a barrer, a otro unas prendas sucias y lo ayudó a lavar, a otro le tiró de la cuerda del pozo, y a otro le metió las hogazas en el horno.

A mediodía apareció una gata enorme, la mamá de todos los gatos, y tocó la campanilla:

—¡Dalín, dalón! ¡Dalín, dalón! ¡El que haya trabajado que venga a almorzar, el que no, que se quede a mirar!

—Mamá —dijeron los gatos—, todos hemos trabajado, pero esta muchacha trabajó más que nosotros.

—Muy bien —dijo la gata—, ven a comer con nosotros.

Se sentaron a la mesa y la muchacha se colocó en medio de todos los gatos y Mamá Gata le dio carne, macarrones y un pollo asado; a sus hijos, en cambio, sólo les dio albóndigas. Pero a la muchacha no le gustaba comer sola y al ver que los gatos tenían hambre compartió con ellos todo lo que le daba Mamá Gata. Cuando terminaron, la muchacha fregó la mesa, fregó los platos de los gatos, barrió la habitación y lo puso todo en orden. Después dijo a Mamá Gata:

—Gata mía, ahora debo irme, si no mi mamá me castigará.

—Espera, hija mía —dijo la gata—, que quiero darte una cosa.

Ahí abajo había una gran leonera, de un lado atiborrada de objetos de seda, desde vestidos hasta zapatillas, del otro colmada de objetos caseros, zagalejos, blusones,

delantales, pañuelitos de algodón, zapatos de vaqueta. Dijo la gata:

—Elige lo que quieras.

La pobre muchacha, que andaba descalza y harapienta, dijo:

—Dame un vestido hecho en casa, un par de zapatos de vaqueta y un pañuelo para el cuello.

—No —dijo la gata—, has sido buena con mis gatitos y yo quiero hacerte un buen regalo. —Tomó el mejor vestido de seda, un pañuelo de gran tamaño, un par de zapatillas de raso, la vistió y dijo—: Cuando salgas verás unos agujeros en la pared; introduce los dedos y mira hacia arriba.

Cuando salió, la muchacha introdujo los dedos en los orificios y sacó la mano cubierta de anillos, un anillo más hermoso que el otro en cada dedo. Miró hacia arriba y le cayó una estrella en la frente. Volvió a casa adornada como una novia.

—¿Y quién te ha dado todas esas cosas? —dijo la madrastra.

—Mamá, encontré unos gatitos y los ayudé a trabajar y me hicieron estos regalos.

Y le contó lo que había sucedido. La madre, al otro día, no veía la hora de mandar a la holgazana de su hija.

—Ve, hija mía —le dijo—, así también conseguirás todo lo que consiguió tu hermana.

—No tengo ganas —decía ella, malcriada como era—. No tengo ganas de caminar, hace frío, quiero quedarme junto a la estufa.

Pero la madre la hizo salir a golpes. Caminó perezosamente hasta encontrar la coliflor, tiró de la planta y bajó a casa de los gatos. Al primero que vio le tiró de la cola, al segundo de las orejas, al tercero le arrancó los bigotes, al que cosía le desenhebró la aguja, al que sacaba agua le tiró el balde al pozo. En una palabra, se pasó la mañana maltratándolos, y los gatitos maullaban y maullaban.

A mediodía llegó Mamá Gata con la campanilla:

—¡Dalín, dalón! ¡Dalín, dalón! ¡El que haya trabajado que venga a almorzar, el que no, que se quede a mirar!

—Mamá —dijeron los gatos—, nosotros queríamos trabajar pero esta muchacha nos tiró de la cola, nos trató muy mal y no nos ha dejado hacer nada.

—Bien —dijo Mamá Gata—, vamos a la mesa.

A la muchacha le dio una galleta de cebada empapada en vinagre, y a sus gatitos carne y macarrones. Pero la muchacha todo lo que hacía era robar la comida a los gatos. Cuando terminaron de comer, sin recoger la mesa ni nada, le dijo a Mamá Gata:

—Bueno, ahora dame todo lo que le diste a mi hermana.

Entonces Mamá Gata la condujo a la leonera y le preguntó qué deseaba.

—¡Ese vestido que es el más bonito! ¡Esos zapatos que tienen los tacones tan altos!

—Entonces —dijo la gata—, desvístete y ponte ese vestido de lana roñosa y estos zapatos de suela de vaqueta que tienen los tacones hechos una miseria. —Le anudó al

cuello un pañuelo hecho jirones y la despidió diciendo—: Ahora vete, y al salir mete los dedos en los agujeros y mira para arriba.

La muchacha salió, metió los dedos en los agujeros y se le enroscaron un montón de lombrices, y cuanto más se afanaba por quitárselas de encima más se le enroscaban. Miró hacia arriba y le cayó una morcilla que siempre le colgaba en la boca y ella tenía que morderla para que no la ahogara. Cuando llegó a casa tan maltrecha, más fea que una bruja, a la madre le dio tanta rabia que se murió. Y la muchacha, de tanto comer morcilla, también murió. Mientras que la hermanastra buena e industriosa se casó con un joven buen mozo.

Y viven todavía contentos y felices,
Si pones la orejita oirás lo que dicen.

*(Tierra de Otranto)*

# 130
# PULGARCITO

Había un matrimonio con siete hijos. El padre era campesino y como reinaba una gran miseria se morían de hambre. De noche, mientras los niños dormían, el padre y la madre no podían conciliar el sueño.

—Esto no es vida —le dijo el padre a su mujer—: se me encoge el corazón al ver que nuestros pobres niños se mueren de hambre.

—Lo mismo me pasa a mí —dijo la mujer—. ¿Qué podemos hacer?

—Mañana —dijo el hombre— iré al bosque, me los llevaré conmigo y los abandonaré. Mejor perderlos a todos de golpe que verlos consumirse como velas.

—¡Ssshh! —chistó la mujer—. Que no te oigan.

—No tengas miedo, están todos durmiendo.

Pero el menor de los siete hijos, que era jorobado y lo llamaban Pulgarcito, no dormía y lo había oído todo.

Cuando por la mañana se levantaron, la madre los llamó, los acicaló, los besó llorando y dijo:

—Sed buenos, acompañad a vuestro padre.

Emprendieron la marcha, y Pulgarcito cada guijarro blanco que veía por el camino se lo guardaba en el bolsillo. Cuando se apartaron del camino y se internaron en el bosque, Pulgarcito, que conocía las intenciones del padre, a cada paso dejaba un guijarro blanco para guiarse cuando volviera. En el corazón del bosque el padre se alejó y los dejó solos. Llegó la noche y los niños lloraban y gemían.

—¿De qué tenéis miedo, tontos? —dijo Pulgarcito—. Ahora encuentro el camino y volveremos a casa.

—Sí, sí, hermanito —dijeron los otros—. ¿Cómo lo haremos?

—Venid conmigo.

Y empezó a seguir los guijarros blancos. Despuntaba el día cuando llegaron a casa, más muertos que vivos.

—¡Hijos míos! —exclamó la madre, quien al ver de nuevo a sus hijos sintió que

se le ensanchaba el corazón—. ¿Cómo lo habéis hecho para encontrar el camino?

—Pulgarcito nos ha guiado —dijeron los hermanos mayores.

Los niños permanecieron en casa, pero al poco tiempo, como la miseria continuaba, el padre decidió llevárselos al bosque una vez más. La madre vendió todo lo que les quedaba en casa para comprar siete hogazas de pan, y por la mañana les dio una hogaza de pan y un beso a cada uno y los envió al bosque con el padre.

El padre esta vez caminó detrás de Pulgarcito para cerciorarse de que no recogía guijarros blancos. Pero Pulgarcito, en vez de comerse el pan, lo redujo a migajas en el bolsillo y en el bosque iba arrojando migas a cada paso. Cuando de nuevo se quedaron solos y cayó la noche, los hermanos lloraban, pero Pulgarcito dijo:

—No tengáis miedo, que también esta vez volveremos a casa. —Y empezó a buscar las migas de pan. Pero tanto las hormigas como los pájaros habían dado cuenta de las migajas y Pulgarcito no pudo encontrar el camino. Los hermanos se pusieron a llorar otra vez.

—Esperad —dijo Pulgarcito encaramándose como un ratón al árbol más alto. Vio una lucecita a lo lejos—. Ahí está, vamos hacia allá.

Caminaron hasta llegar a una casa. Llamaron a la puerta y salió Ogresa Naná, con los pelos como trozos de cuerda, los dientes como tirabuzones, un par de ojos como linternas, con más cara de Ogresa de lo que era.

—Eh, chicos —dijo—, ¿adónde vais a estas horas?

—Señora —dijo Pulgarcito—, nos hemos perdido, hemos visto la luz y vinimos hacia aquí.

—Bueno, chicos —dijo Ogresa Naná—, ahora tengo que esconderos, porque cuando venga Ogro Naní os tragará de un bocado. Claro que ya le he asado una oveja, así que al menos tendrá algo para calmar el apetito. Si os quedáis calladitos os meteré en la cama con mis hijos, que tengo justo siete como vosotros.

Ogro Naní volvió a casa y empezó:

—¡Um, um! Aquí huele a carne humana.

—¡Quita, siempre la misma historia! —dijo su mujer—. Siéntate a comer que te he asado una linda oveja. Ocúpate de tus asuntos y no te metas con las pobres criaturas: vinieron siete hermanitos que se habían perdido y los he recibido en casa porque nosotros también tenemos siete hijos y no nos gustaría que les hicieran daño.

—Bueno, dame esa oveja —dijo el Ogro Naní— que estoy cansado y me quiero acostar en seguida.

Los siete hijos de Ogro Naní dormían con una corona de flores en la cabeza. Dormían en una cama grande y Ogresa Naná acomodó a Pulgarcito y a sus seis hermanos en la parte de los pies. En cuanto se fue, Pulgarcito se preguntó: «¿Por qué llevarán esa corona en la cabeza? Aquí hay gato encerrado». Y quitó las coronas de las cabezas de los hijos de Ogro Naní, que estaban dormidos, y las puso en las cabezas de sus hermanos y en la suya.

Acababa de terminar de hacerlo cuando Ogro Naní entró de puntillas, se acercó a

la cama y, como estaba oscuro, empezó a buscar a tientas. Tentó la cabeza de Pulgarcito y sus hermanos y cuando palpó las coronas de flores los dejó tranquilos; empezó a tentar a sus hijos uno a uno, y una vez que se aseguró de que no llevaban las coronas en la cabeza los devoró. Pulgarcito temblaba en medio de la oscuridad. Ogro Naní engulló al último hijo, se relamió los bigotes y dijo:

—Ahora que venga mi mujer con sus lecciones de caridad. Yo ya me los comí.

Y se marchó. Pulgarcito despertó a sus hermanos:

—Rápido, escapemos de aquí.

Abrieron la ventana con mucho sigilo y bajaron. Corrieron por el bosque hasta encontrar una gruta y se ocultaron dentro.

Cuando por la mañana Ogresa Naná se levantó, no encontró a sus siete hijos ni a los siete niños extraviados y por las marcas que había en la cama se dio cuenta de lo que había sucedido. Empezó a tirarse de los pelos y a gritar:

—¡Monstruo! ¡Asesino! ¡Ven a ver lo que has hecho!

—¿Cómo? —dijo el Ogro Naní cuando acudió atolondradamente—. ¿Los nuestros no llevaban las coronas en la cabeza? ¿Cómo ha podido pasar? Dame mis botas que caminan cien leguas por hora, que quiero encontrar a esos granujas y comérmelos sin pan ni sal.

Se calzó las botas y recorrió todo el mundo al derecho y al revés. Pero no había modo de encontrarlos porque estaban escondidos en la gruta.

Muerto de cansancio de tanto caminar con las botas, Ogro Naní cayó tumbado cuan largo era y se durmió, justo a un paso de la gruta donde estaban escondidos los siete hermanos. Y roncaba tanto que hacía temblar la gruta. Pulgarcito, que siempre salía a buscar algo de comer, se lo encontró tendido en el suelo. Llamó a sus hermanos.

—¡Rápido! Hay que aprovechar esta oportunidad. ¡Matémoslo!

Cada uno empuñó el cuchillo que tenía para cortar el pan, y siete cuchillazos por aquí, siete cuchillazos por allá, lo dejaron como un colador. Cuando estuvieron seguros de que estaba bien muerto, le quitaron las botas de los pies y los siete se metieron dentro, y así fueron a la casa de Ogresa Naná.

—Naná —le dijeron—, nos manda Naní a decirte que ha caído preso de los ladrones y que si no les das todo tu dinero lo matarán. Como contraseña nos ha dado sus botas.

Ogresa Naná reunió todas sus monedas, joyas y brillantes y se las entregó a los hermanos.

—Tomad, chicos, liberadlo.

Los siete hermanos llegaron a casa de sus padres con un solo paso de aquellas botas y los hicieron ricos. Pulgarcito se fue a Nápoles y con esas botas que corrían cien leguas por hora se puso a trabajar de mensajero, porque en esos tiempos no existía el vapor. Así el jorobadito trajo la fortuna a su casa y vivió feliz y contento.

*(Tierra de Otranto)*

# 131
# LA MADRE ESCLAVA

Había una vez un marido y una mujer granjeros que tenían a su cargo el establecimiento del señor más importante de la provincia, en la zona de Otranto. Eran padres de cinco hijos, y la granjera, después de haber realizado todas las tareas domésticas y puesto la olla al fuego para los hombres que volvían de trabajar, todos los atardeceres se sentaba en el umbral de la casa y rezaba el rosario.

Una noche, cuando estaba persignándose, oyó el canto de la lechuza, y la lechuza decía:

—¡Granjera, granjera! ¿Cuándo quieres la riqueza, ahora o cuando seas vieja?

—¡Jesús y María! —dijo la granjera, persignándose apresuradamente. Era la hora en que los hombres volvían de sus faenas. Se sentaron a la mesa y comieron en gracia de Dios. Aquella pobre cristiana estaba un poco trastornada.

—¿Qué te pasa? —le preguntaron su marido y sus hijos. Respondió que no se sentía bien.

Al siguiente atardecer, cuando de nuevo rezaba el rosario, volvió a oír a la lechuza:

—¿Cuándo quieres la riqueza, ahora o cuando seas vieja?

—¡Virgen santa! —dijo la granjera—. ¡Esto no es nada bueno! —Y fue a contárselo a su marido.

—Mujer —dijo el granjero—, si te vuelve a ocurrir dile que quieres la riqueza cuando seas vieja, porque la juventud bien o mal uno la pasa, pero es en la vejez cuando se necesita más tranquilidad.

Y en efecto, cuando la granjera oyó por tercera vez a la lechuza, le respondió:

—Eh, ¿todavía estás ahí? La quiero cuando sea vieja, ¿has entendido? Transcurrió el tiempo. Una noche el marido y los hijos, hartos de comer legumbres, le dijeron:

—Madre, mañana, si Dios quiere, prepáranos una ensalada de verduras.

Por la mañana la granjera cogió delantal y cuchillo y fue a recoger verduras. La granja estaba situada en las cercanías del mar, y cuanto más avanzaba la mujer,

mejores verduras encontraba. «¡Qué maravilla!», se decía. «¡Qué verduras tan frescas! Esta noche mis hijos y mi marido podrán comer a gusto». Coge de aquí, coge de allá, había llegado a la playa. Y mientras estaba agachada recogiendo unas «colas de cerdo» unos turcos vienen por detrás, la apresan, la arrastran hasta una barca y se la llevan al mar. Gritó y suplicó que la dejaran libre, pidió por piedad y por misericordia, todo fue inútil.

Pero dejemos a esta mujer muerta de aflicción y volvamos al pobre marido y sus hijos, cuando volvieron al anochecer. En lugar de la casa abierta como de costumbre, la encontraron cerrada. Llamaron, golpearon, terminaron por derribar la puerta. Cuando vieron que la madre no estaba en casa, preguntaron a los vecinos si alguno la había visto.

—Sí —dijeron los granjeros vecinos—, la vimos salir con el delantal, pero después no la vimos volver.

¡Figuraos lo apenados que estaban! Oscurecía. Encendieron las linternas y salieron a campo abierto gritando:

—¡Madre, madre!

Buscaron hasta en los pozos, pero cuando perdieron toda esperanza de encontrarla volvieron a casa y rompieron a llorar.

Después se vistieron de negro y durante tres días recibieron visitas[3]. Pero como en este mundo todas las cosas tienen un fin, después reiniciaron sus faenas como de costumbre.

Dos años más tarde sucedió que tuvieron que arar un campo para sembrar trigo. Los hijos y el viejo tomaron un par de bueyes cada uno y se pusieron a arar. Mientras araba, al viejo se le atascó la cuchilla del arado. Como no podía sacarla solo, llamó al hijo mayor, y tirando, tirando, vieron que se había insertado en una argolla de hierro. Tiraron de la argolla y se levantó una gran piedra chata. Allí abajo había una cueva.

—¡Ah, padre mío! —dijo el hijo—, si vieras lo que estoy viendo… ¿Quieres que baje?

—No —dijo el viejo—. Dejémoslo como está. Esta noche volveremos y veremos de qué se trata.

Y así se separaron.

Al anochecer, cuando volvieron a la granja con los peones, los embriagaron. Cuando vieron que los peones estaban roncando, el viejo y los cinco hijos se dirigieron al sitio donde estaba la piedra guiándose con la luz de la linterna. La levantaron, bajaron y encontraron siete vasijas llenas de monedas de oro. Se miraron a la cara, sin saber qué decir ni qué hacer.

—Hijos míos —dijo el viejo—, no es el momento de quedarnos aquí como imbéciles. Id a buscar una carretilla y traedla.

Los hijos corrieron en busca de la carretilla, cargaron todo el tesoro y lo escondieron.

Al día siguiente —se cumplían justo dos años y un mes desde la desaparición de

la madre— fueron a ver al patrón y le dijeron que no querían trabajar más en la granja, que no tenían ánimo de quedarse. Devolvieron lo que correspondía devolver, ofrecieron una comilona a los peones, se pusieron en marcha y se dirigieron a Nápoles. Allá se quitaron sus ropas de campesinos y se vistieron con elegancia; compraron un palacio; llamaron a maestros de escuela y a profesores de lenguas para que les dieran una educación de señores; y se dedicaron a ir al teatro y otras diversiones. El viejo se dejó la coleta, según se estilaba entonces; se acostumbraron a hablar a la napolitana: *isci cea, isci la* —«quita de aquí, quita de allá»— y hasta se cambiaron el nombre: ya no eran Renzo o Cola, sino don Pietrino, don Saveruccio. Cada vez que oían un nombre que les sonaba bien, se lo ponían. Nadie los habría reconocido al verlos.

Un día se encontraron los cinco hermanos en la plaza de la Inmaculada; había venta de esclavas, moras y blancas, y entre las blancas algunas eran muy hermosas.

—¡Papá, papá! —dijeron al llegar a casa.

—¿Qué pasa, hijos?

—Hemos visto unas esclavas hermosas. ¿Compramos una?

—Pero bueno —dijo el padre—, ¡queréis traerme una ramera a casa! ¡No, no! Sólo compraremos si hay una vieja.

Los acompañó a la plaza, examinó las esclavas y vio una vieja que más bien parecía avejentada prematuramente por las privaciones y las desgracias, pobre cristiana.

—¿Cuánto pedís por ésta? —preguntó el mercader.

—Cien ducados.

Pagó y se la llevaron a casa. Aquella pobre cristiana iba tan andrajosa que daba lástima verla; entonces le compraron vestidos nuevos y la pusieron al frente de la casa.

De noche, los hijos solían ir al teatro. El viejo, en cambio, nunca salía. Aquella cristiana, cuando veía salir a los cinco hermanos, empezaba a suspirar y a llorar. Una noche, después de acompañar a los señoritos por las escaleras para iluminarles el camino, se disponía a retirarse llorando cuando el viejo cerró el libro que estaba leyendo y la llamó.

—¿Por qué suspiras y lloras cuando ves a mis hijos?

—Señor —dijo la esclava—, si supierais la pena que me acongoja, no me lo preguntaríais.

—Acerca una silla y cuéntamelo —dijo el viejo.

—Sucede que yo no fui siempre esclava como cuando me comprasteis, sino que trabajaba una granja, tenía marido y cinco hijos como los de su señoría —y así siguió contando su historia. Cuando llegó al día en que tuvo que ir a recoger las verduras y habían desembarcado los turcos para capturarla, el viejo se levanta, la abraza y la cubre de besos.

—Mujer, mujer, yo soy tu marido y esos cinco son tus hijos, que después de años

de llorarte creyéndote muerta, un día encontramos un tesoro mientras arábamos. Y como ves, se ha cumplido lo que te decía la lechuza.

Imaginaos la alegría de esa mujer al reencontrar milagrosamente al marido y los hijos después de diecisiete años de esclavitud. Mientras ella le contaba sus penurias, y él le hablaba del dolor de creerla muerta, y los dos se abrazaban calurosamente, volvieron los hijos del teatro. Al ver que los dos viejos se hacían tantas caricias, dijeron:

—¡Y no quería que comprásemos una joven!

—No, hijos míos —dijo el padre—, esta mujer es vuestra madre, a quien lloramos durante tantos años creyéndola muerta.

¡Imaginaos a los hijos!

—Madre mía —le decían mientras la abrazaban y la besaban—, basta de sufrimientos y privaciones. De ahora en adelante serás una señora y gozarás de todas las riquezas.

Vinieron camareras y criadas y la vistieron como una gran señora, con manguito y bolsas de agua caliente para el invierno, y con abanico para el verano.

Así que fueron felices y contentos, y la mujer de vieja tuvo la riqueza.

*(Tierra de Otranto)*

# 132
# LA ESPOSA SIRENA

Había una vez una hermosa mujer cuyo marido era marinero. El marinero navegaba y pasaba años y años lejos de su hogar, y mientras se encontraba lejos, un Rey de esa comarca se enamoró de la esposa y tanto hizo y tanto dijo que la mujer huyó con él. El marinero al desembarcar encontró la casa vacía. Pasó un tiempo y el Rey se cansó de la mujer y la abandonó. Ella, arrepentida, volvió con su marido, se hincó de rodillas y le pidió perdón.

El marinero, pese a todo el amor que había sentido y aún sentía por ella, estaba tan disgustado por su traición que le volvió la espalda.

—No te perdono ni te perdonaré nunca —le dijo—. Tendrás el castigo que mereces. Prepárate a morir.

La mujer rogó y suplicó arrancándose los cabellos, pero todo fue inútil; el marinero cargó a la mujer infiel a bordo de su nave, como si fuera una bolsa, desplegó las velas y zarpó.

—Te ha llegado la hora —dijo a la mujer cuando estuvieron en alta mar. La agarró del pelo, la levantó y la arrojó a las olas—. Ahora estoy vengado —dijo, girando el timón y volvió a puerto.

La esposa descendió a las profundidades y se encontró en medio del mar, en el lugar donde se daban cita las Sirenas.

—Mira esa hermosa joven que han arrojado al mar —dijeron las Sirenas—. ¡Lina mujer tan bella, morir devorada por los peces! ¡Salvémosla, llevémosla con nosotras!

De modo que tomaron a la mujer de la mano y la condujeron a su palacio submarino, todo luces y esplendor. Y una Sirena le peinó la cabellera negra, otra le perfumó los brazos y el pecho, una tercera le ciñó un collar de coral, y por último otra le puso anillos de esmeraldas en los dedos. La mujer estaba tan maravillada que no atinaba a comprender.

—¡Espuma! ¡Ven con nosotras, Espuma! —oyó que la llamaban, y comprendió que ése era su nombre entre las Sirenas. Entró en la sala del palacio: estaba atestada

de mujeres y jóvenes que bailaban, y también ella se puso a bailar.

Entre tantas riquezas y tantas fiestas los días de la mujer transcurrieron en medio del regocijo, pero a menudo el recuerdo de su marido la atormentaba y proyectaba una sombra sobre su rostro.

—¿No eres feliz con nosotras, Espuma? —le decían las Sirenas—. ¿Por qué tienes esa cara tan triste? ¿Por qué se te ve taciturna?

—No es nada, no tengo nada —respondía ella, pero no lograba esbozar una sonrisa.

—Ven, te enseñaremos a cantar.

Y le enseñaron sus canciones, esas que incitan a los marineros a zambullirse en las aguas cuando las escuchan. Así Espuma pasó a formar parte del coro de Sirenas que suben a cantar a la superficie las noches de luna llena.

Una noche las Sirenas vieron acercarse un buque con las velas desplegadas.

—¡Ven con nosotras, Espuma, ven a cantar con nosotras! —dijeron las Sirenas, y empezaron su canción—:

Éste es el canto de la luna llena,
El canto de la luna circular,
Si quieres conocer a las Sirenas,
Oh marinero, arrójate al mar.

Entonces, en la borda del buque se vio un hombre que se asomaba fascinado por la música, y luego se arrojaba al mar. A la luz de la luna Espuma lo había reconocido: era su esposo.

—¡A éste lo transformaremos en coral! —decían ya las Sirenas.

—¡O en cristal blanco! ¡O en conchita!

—¡Esperad! ¡Esperad, por favor! —exclamó Espuma—. ¡No lo matéis! ¡No lo hagáis víctima de ningún hechizo, todavía!

—¿Pero por qué te interesas tanto por él? —replicaron sus compañeras.

—No sé… Quisiera tratar de obrar un encantamiento… a mi manera… Por favor, dejadlo con vida veinticuatro horas más…

Las Sirenas, que siempre la veían triste, no osaron decirle que no y encerraron al marinero en un palacio blanco en el fondo del mar. Era de día y las Sirenas se fueron a dormir. Espuma se acercó al palacio blanco y se puso a entonar una canción que decía:

—Éste es el canto de la luna llena,
En vida fui una esposa desleal,
Hoy no soy mujer sino Sirena
Y he de salvarte aunque sea por mi mal.

El marinero prestó atención y comprendió que sólo podía tratarse de su mujer. Sus esperanzas se renovaron, y en su corazón sintió que ya la había perdonado y estaba arrepentido de haberla arrojado al mar.

Las Sirenas dormían de día y de noche iban al mar para tender sus redes a los navegantes. Espuma esperó la llegada de la noche, abrió el palacio blanco y encontró a su esposo.

—Cállate —le dijo—, las Sirenas se fueron hace poco y podrían oírnos. Abrázate a mí y déjate llevar.

Y así nadó durante horas y horas, hasta que avistaron una nave de gran tamaño.

—¡Pide ayuda a los marineros! —le dijo Espuma.

—¡Eh! ¡Socorro, aquí! ¡Socorro!

Se vio que de la nave bajaban una chalupa. Remaron hacia el náufrago y lo subieron a bordo.

—La Sirena… —gemía el náufrago—. La Sirena… mi mujer…

—El mar lo ha trastornado —decían sus salvadores—. Quédate tranquilo, compañero, estás a salvo. Por aquí no hay ninguna sirena.

El marinero pudo regresar a su país, pero no hacía más que pensar en su esposa sirena, y era infeliz. «Yo la arrojé al mar y ella me salvó la vida», pensaba. «¡Quiero navegar hasta encontrarla otra vez! Quiero salvarla o morir ahogado también yo».

Y con ese pensamiento se internó en un bosque y llegó a un árbol donde se decía que se congregaban las Hadas.

—¿Por qué estás tan melancólico, joven? —dijo una voz a sus espaldas. Se volvió y se encontró con una vieja.

—Estoy triste porque mi mujer es Sirena y no sé qué hacer para que vuelva junto a mí.

—Me caes bien —dijo la vieja—, y me gustaría que recobraras a tu mujer. Pero con una condición, ¿de acuerdo?

—Haré lo que me digas.

—Hay una flor que sólo crece en los palacios de las Sirenas y que se llama «la más bella». Debes coger esa flor, traerla aquí durante la noche y dejarla debajo de este nogal. Entonces recuperarás a tu mujer.

—¿Pero cómo haré para recoger una flor en el fondo del mar?

—Si quieres a tu mujer, debes encontrar el modo.

—Lo intentaré —dijo el marinero.

Sin demora fue al puerto, se embarcó en su nave y desplegó las velas. Cuando estuvo en alta mar se puso a gritar el nombre de la esposa. Oyó que se agitaban las aguas y la vio nadar en la estela de la nave.

—Esposa mía —dijo el marinero—, quiero salvarte, pero para salvarte debo apoderarme de una flor que sólo crece en los palacios de las Sirenas y que se llama «la más bella».

—Es imposible —respondió la mujer—. La flor existe y exhala un perfume paradisíaco, pero es una flor que las Sirenas robaron a las Hadas. El día que las Hadas la recuperen todas las Sirenas morirán. Yo también soy Sirena y moriría con ellas.

—No morirás —aseguró el marinero—, porque las Hadas van a salvarte.

—Vuelve aquí mañana y te daré la respuesta.

Al día siguiente el marinero volvió. La esposa salió nuevamente a la superficie.

—¿Y bien? —le preguntó.

—Para que pueda traerte la flor que se llama «la más bella» —repuso su mujer—, debes vender todo lo que posees y con las ganancias comprar las joyas más hermosas que haya en las cajas de caudales de los orfebres de todas las ciudades del Reino. En cuanto las Sirenas divisen las joyas, se alejarán del palacio y yo podré recoger la flor.

El marinero vendió en pocos días todas sus pertenencias y compró las joyas más deslumbrantes del Reino. Cargó la nave de joyas que colgaban en racimos de todos los mástiles, refulgiendo al sol, y así navegó por el mar.

Las Sirenas, ávidas de joyas más que de ninguna otra cosa, empezaron a aflorar entre las olas y a seguir la nave, cantando:

—Éste es el canto del sol fulgurante,
Tu nave está colmada de tesoros.
Oh marinero, no sigas adelante,
Danos anillos y brazaletes de oro.

Pero el marinero continuaba su camino y las Sirenas, por seguirlo, se alejaban de su palacio.

De pronto se oyó un gran estruendo debajo del mar, las aguas se encresparon con un furor nunca visto y todas las Sirenas murieron devoradas por las profundidades. Del oleaje surgió un águila; a caballo del águila iba la vieja Hada acompañada por la mujer del marinero, y juntas surcaron el cielo.

Y cuando el marinero volvió a su casa, su mujer ya lo estaba esperando.

*(Taranto)*

# 133
# LA BELLA FLORIDA

Había una vez un Rey con cuatro hijos: tres mujeres y un varón que era el Príncipe heredero. El Rey, en trance de muerte, * llamó al Príncipe y le dijo:

—Hijo, yo agonizo, tendrás que hacer lo que te ordeno. Cuando tus hermanas estén en edad de casarse, las haces asomar al balcón y les das por marido al primero que pase por la calle, sea villano, maestro o gentilhombre.

Cuando la mayor estuvo en edad de casarse se asomó al balcón. Pasó un hombre con los pies descalzos.

—Amigo, detente un momento.

—¿Qué queréis de mí, Majestad? —dijo el hombre—. Dejadme ir, que tengo los cerdos encerrados en la pocilga y debo sacarlos a comer algo.

—Siéntate, tenemos que hablar de un par de cosas en confianza. Debo ofrecerte la mano de mi hermana mayor.

—Su Majestad bromea: yo no soy sino un pobre porquerizo.

—Pues te casarás con mi hermana, para que se cumpla la voluntad de mi padre.

Y la Princesa y el porquerizo se casaron y se marcharon del palacio. Llegó el momento de casar a la segunda hermana. Se asomó al balcón y llamó al primero que pasaba.

—Dejadme, Majestad. Tendí las trampas y debo ir a ver si ha caído algún pájaro.

—No importa, sube un momento que te quiero hablar.

Y le propuso que se casara con su hermana.

—Majestad —dijo el hombre—, ¿cómo es posible? Soy un pobre cazador, no puedo ser pariente de un Rey.

—Así lo decretó mi padre —replicó el joven Rey, y la segunda hermana se casó con el cazador y se marchó.

Cuando la tercera hermana se asomó al balcón pasó un sepulturero, y el hermano, si bien a regañadientes, pues le tenía mucho afecto a la hermana menor, la hizo casarse con el sepulturero.

Una vez solo en el palacio, sin la compañía de sus hermanas, el joven Rey pensó: «Veamos, si hiciera lo mismo que mis hermanas, ¿con quién me tocaría casarme?». Y se asomó al balcón. Pasó una vieja lavandera caminando apresuradamente, y él la llamó:

—Comadre, comadre, espera un momento…

—¿Qué quieres?

—Sube un momento, que tengo que hablarte con urgencia.

—¡Pero qué urgencia ni qué demonios! Urgencia tengo yo, que tengo que ir al río a lavar esta ropa.

—¡Basta, sube de una vez! ¡Te lo ordeno!

Pero vaya uno a darles órdenes a las viejas. La mujer lo miró a la cara y le lanzó una imprecación:

—¿Por qué no te vas a buscar a la bella Florida?

Se dio la vuelta y siguió su camino.

Al Rey le empezaron a temblar las piernas y tuvo que apoyarse en el balcón. Sintió una gran melancolía y pensó que tal vez era por nostalgia de las hermanas que había perdido, pero no, era ese nombre de la bella Florida que se le había clavado en el corazón. «Tengo que irme de esta casa», se dijo, «y recorrer el mundo hasta encontrar a la bella Florida».

Caminó por medio mundo pero nadie sabía darle noticias de la bella Florida. Hacía tres años que viajaba cuando un día se encontró en un campo y se topó con una piara de cerdos, después con otra, y más tarde con otra, y así avanzaba en medio de un mar de cerdos, y abriéndose paso entre los cerdos llegó frente a un gran palacio. Llamó a la puerta y dijo:

—¡Ah de la casa! ¡Denme alojamiento por esta noche!

La puerta del palacio se abrió y apareció una gran dama, vio al Rey y le echó los brazos al cuello.

—¡Hermano!

Y el Rey reconoció a su hermana mayor, que se había casado con un porquerizo.

—¡Hermana!

Y también vio a su cuñado el porquerizo, vestido de gran señor, y le mostraron el gran palacio donde vivían diciéndole que también las otras hermanas tenían palacios similares.

—Yo estoy buscando a la bella Florida —dijo el Rey.

—De la bella Florida no sabemos nada —dijo la hermana—, pero ve a ver a nuestras hermanas que quizá puedan ayudarte.

—Y si te ves en peligro —dijo el cuñado que había sido porquerizo—, usa estos tres pelos de cerdo; te bastará tirar uno al suelo para librarte de tus dificultades.

El rey reemprendió la marcha y tras mucho caminar se encontró en un bosque. En cada rama del bosque había pájaros posados y de un árbol a otro los pájaros cruzaban volando; había tantos pájaros de todas las especies revoloteando que el cielo no se

veía; y todos trinaban al mismo tiempo, formando un coro ensordecedor. En medio del bosque se alzaba el palacio de la segunda hermana, que vivía aún mejor que la primera, con aquel marido que de pobre cazador de pájaros había pasado a ser un gran señor. Ellos tampoco tenían noticias de la bella Florida y aconsejaron al Rey que fuera a ver a la tercera hermana, pero antes de despedirse el cuñado le dio tres plumas de pájaro: si se veía en peligro, le bastaría tirar una al suelo para ponerse a salvo.

El Rey continuó la marcha y en cierto punto empezó a ver tumbas a ambos lados del camino, y la cantidad de tumbas era cada vez mayor, hasta que en el campo no se veían sino tumbas. Así llegó al palacio de la tercera hermana, a quien quería aún más que a las otras dos, y el cuñado que había sido sepulturero le dio un hueso de muerto y le dijo que si se veía en peligro le bastaba tirar el hueso. Y la hermana le dijo que sí, que sabía en qué ciudad vivía la bella Florida, que incluso podía indicarle la casa de una vieja a quien ella había protegido y que sin duda lo iba a ayudar.

El joven llegó a la ciudad de la bella Florida, que era la hija del Rey. Y justo frente al palacio del Rey se encontraba la casa de esa vieja, que recibió con gratitud al hermano de su benefactora. Por la ventana de la casa de la vieja el joven Rey pudo ver a la bella Florida, que al amanecer se asomaba cubierta por un velo. Era tan hermosa que cuando el joven Rey la vio, si la vieja no lo sostiene se cae por la ventana.

—Pero no intentes pedir su mano, Majestad —dijo la vieja—. El Rey de esta ciudad es cruel y a los pretendientes les propone pruebas imposibles, y a los que no tienen éxito les hace cortar la cabeza.

Pero el joven no se intimidó y se presentó ante el padre de la bella Florida para pedirla en matrimonio. El Rey lo hizo encerrar en un cobertizo inmenso, lleno de estanterías atiborradas de manzanas y peras, y le dijo que si en un día no se las comía todas le haría cortar la cabeza. El joven se acordó de los pelos de cerdo del cuñado porquerizo, y los tiró al suelo. De pronto se oyó un coro de gruñidos y por todas partes entraron cerdos, cerdos, cerdos, un mar de cerdos que gruñían y husmeaban con voracidad, que derribaron las estanterías y dieron cuenta de todas las manzanas y las peras sin dejar siquiera una caspia.

—Te felicito —dijo el Rey—, te casarás con mi hija. Pero hay una segunda prueba. La primera noche que pases con ella debes lograr adormecerla con el canto de los pájaros, los pájaros más bellos y armoniosos que se hayan visto jamás. Si no, mañana te hago cortar la cabeza.

El joven se acordó de las tres plumas de su cuñado el cazador de pájaros y las tiró al suelo. Y entonces una nube de pájaros oscureció el cielo, con alas y colas de todos los colores, posándose en los árboles, los campanarios y los tejados. Entonaron una canción tan suave que la Princesa se adormeció con una dulce sonrisa en los labios.

—Sí —dijo el suegro—, te has ganado a mi hija. Pero ya que sois marido y mujer, para mañana por la mañana quiero un niño que sepa decir papá y mamá. Si no, os haré cortar la cabeza a los dos.

—Hasta mañana hay tiempo —respondió el joven. Se despidió del Rey y durmió con la bella Florida.

Por la mañana se acordó del hueso del cuñado sepulturero. Lo arrojó al suelo y el hueso se transformó en un hermoso niño con una manzana de oro en la mano, que decía papá y mamá.

Entró el Rey suegro y el niño le salió al encuentro y le quiso poner la manzana de oro encima de la corona. El Rey entonces besó al niño, bendijo a los esposos, se quitó la corona y la depositó en la cabeza de su yerno, que así quedó doblemente coronado.

Hicieron una gran fiesta a la que invitaron también al cuñado porquerizo, al cuñado cazador de pájaros y al cuñado sepulturero con sus respectivas mujeres.

*(Basilicata)*

# 134
# LIOMBRUNO

Había una vez un pescador desdichado: en tres años no había pescado ni una anchoa. Para ganarse el sustento para él, su mujer y sus cuatro hijos, había tenido que venderlo todo y ahora vivía de limosnas. Pero todos los días se hacía a la mar con su barca y echaba las redes. Las levantaba sin haber pescado ni siquiera un cangrejo o una almeja, y lanzaba feroces imprecaciones.

Una vez, precisamente, estaba imprecando después de levantar la red cuando en medio del mar se le apareció el Enemigo.

—¿Qué te pasa que estás furioso, marinero?

—¡Qué me va a pasar! ¡Estoy cansado de mi suerte! De este mar no saco ni un pedazo de cuerda para ahorcarme.

—Escucha, marinero —dijo el Enemigo—, si haces un pacto conmigo tendrás pesca todos los días y te harás rico.

—¿Qué pacto? —preguntó el pescador.

—Quiero a tu hijo —dijo el Enemigo.

El pescador se puso a temblar.

—¿A cuál?

—Al que todavía no nació y nacerá dentro de poco.

El pescador pensó que hacía muchos años que no tenía hijos y que no volvería a tenerlos. Por eso respondió:

—Bien, acepto tus condiciones.

—Entonces —dijo el Enemigo—, cuando tu hijo tenga trece años me lo entregarás. Y a partir de hoy pescarás en abundancia.

—¿Y si ese hijo no naciera?

—Igual tendrás las redes llenas de pescado, no te preocupes, y a mí no me darás nada.

—Eso quería saber. Entonces firmo el contrato.

Una vez sellado el pacto, el Enemigo desapareció en el mar y el pescador arrojó

las redes, que salieron colmadas de doradas, atunes, mújoles y pulpos. Y así el día siguiente, y así el otro. El pescador se hacía rico, y ya decía: «¡He burlado al Enemigo!». Pero entonces le nació un hijo, que de tan hermoso parecía una flor y sin duda iba a ser el más apuesto y el más fuerte de todos sus hijos. Lo llamó Liombruno.

Estaba en alta mar cuando volvió a aparecérsele el Enemigo.

—¡Eh marinero!

—¿En qué puedo servirte?

—Lo prometido es deuda, no lo olvides. Liombruno me pertenece.

—Sí, de acuerdo, pero dentro de trece años.

—Nos veremos a los trece años.

Y desapareció.

Liombruno crecía y el pobre padre se apenaba al verlo cada vez más apuesto y más fuerte, porque el día se avecinaba.

Los trece años ya se habían cumplido y el pescador empezaba a tener esperanzas de que el Enemigo hubiera olvidado el pacto, cuando, remando en medio del mar, lo vio salir a su encuentro.

—¡Eh marinero! —le dijo.

—Pobre de mí —dijo el marinero—. Sí, ya sé. Es la hora. Dime qué debo hacer.

—Tráemelo. Mañana —dijo el Enemigo.

—Mañana —dijo el padre llorando.

Y le dijo a Liombruno que al día siguiente le llevara un cesto con el almuerzo a un sitio desierto en la playa, adonde él se acercaría con la barca para poder volver al mar sin entretenerse en la casa. El muchacho fue pero no vio a nadie; el padre se había internado en alta mar para no dejarse ver y dejar a Liombruno en manos del Enemigo. Al ver que su padre no estaba, el muchacho se sentó en la orilla a esperarlo y para pasar el rato se puso a hacer pequeñas cruces con trozos de madera y corcho que el mar había dejado en la playa, y canturreando las dispuso en círculo a su alrededor. Canturreaba en medio del círculo de cruces, con una de ellas en la mano, cuando el Enemigo llegó del mar.

—¿Qué haces, muchacho? —le dijo.

—Espero a mi padre.

—Tú debes venir conmigo —dijo el Enemigo, pero no avanzaba porque el muchacho estaba rodeado de cruces—. ¡Desarma esas cruces, rápido! —le dijo.

—¡No desarmo nada!

Pero el Enemigo empezó a echar fuego por los ojos, por la boca, por la nariz, asustándolo tanto que Liombruno se apresuró a desarmar las cruces, aunque todavía le quedaba la que tenía en la mano.

—¡Desarma esa también, rápido!

—¡No, no quiero! —decía el muchacho llorando, frente al Enemigo que seguía vomitando fuego. En eso apareció un águila en medio del cielo. Voló en círculos batiendo las alas por encima de Liombruno, se precipitó sobre él, lo asió por los

hombros con sus garras y lo elevó en el cielo en las narices del Enemigo enfurecido.

El águila llevó a Liombruno a la cima de una montaña y allí se transformó en un Hada bellísima.

—Yo soy el Hada Aquilina —dijo—, y tú vivirás conmigo y serás mi esposo.

Se inició para Liombruno una vida principesca, alimentado y criado por las Hadas, que lo instruyeron en las artes y en el manejo de las armas. Después de vivir así durante varios años, añoró su hogar y pidió al Hada Aquilina que le permitiera volver con su padre y su madre.

—Puedes ir, Liombruno, y llevar la riqueza a casa de tus padres —dijo el Hada—, pero a fin de año debes volver conmigo. Toma este rubí: tendrás todo lo que le pidas. Pero debes cuidarte de revelar que yo soy tu esposa.

Cuando los habitantes de la aldea de Liombruno vieron llegar un caballero tan ricamente armado y vestido lo siguieron en procesión. Y lo vieron apearse de la silla frente a la casa del viejo pescador.

—¿Qué quieres de esa pobre gente? —le preguntaron, pero Liombruno no les prestó atención.

Salió a abrir la madre, y Liombruno, sin darse a conocer, pidió alojamiento. Grande fue la turbación de esos dos pobres viejos al tener que alojar a un señor de apariencia tan noble y tan rica.

—Desde que perdimos a nuestro adorado hijo mejor —le decían—, nada nos importa en el mundo, y hemos dejado que la casa cayera en la ruina.

Pero Liombruno daba a entender que estaba satisfecho y por la noche se durmió en un catre, realmente como si estuviera en su casa.

Todos dormían cuando Liombruno le dijo al rubí:

—Mi rubí, transforma esta humilde cabaña en un palacio con muebles señoriales, y que también nuestras camas sean las más blandas y cómodas que existan.

Y el rubí transformó estos deseos en realidad.

Por la mañana el pescador y su mujer se despertaron en una cama tan blanda que se hundían en ella.

—¿Dónde estamos, dónde estamos? —exclamó la madre espantada.

—¡Qué sé yo, mujer! —dijo el pescador—. ¡Lo cierto es que estoy realmente cómodo!

Y se maravillaron aún más cuando al abrir la ventana se encontraron en un cuarto principesco, y en lugar de los harapos que habían dejado sobre la silla, vestidos recamados de oro y plata.

—¿Pero dónde estamos?

—En vuestra casa —dijo el caballero, entrando—, y también en mi casa, porque yo soy vuestro hijo Liombruno, a quien creíais perdido para siempre.

Así se inició para el viejo pescador y su mujer una vida feliz y sin privaciones junto al hijo reencontrado. Pero un día éste dijo que debía marcharse y tras dejarles cofres con joyas y piedras preciosas se despidió prometiendo que todos los años

regresaría para verlos.

Mientras cabalgaba rumbo al castillo del Hada Aquilina, pasó por una ciudad donde los bandos anunciaban un torneo. Quien triunfara en el torneo tres días consecutivos se casaría con la hija del Rey. Liombruno, que tenía ganas de alardear un poco con el rubí encantado que llevaba en el dedo, se presentó en el torneo del primer día, venció a todos los caballeros y huyó sin revelar su nombre. El segundo día volvió a presentarse, venció una vez más y desapareció nuevamente. El tercer día el Rey había reforzado la guardia alrededor del campo, y el vencedor fue detenido y conducido frente a la tribuna real.

—Caballero desconocido —dijo el Rey—, te has presentado al torneo y has triunfado. ¿Entonces por qué te niegas a descubrirte?

—Perdón, Majestad, no osaba presentarme ante vos.

—Has triunfado, caballero, y ahora debes casarte con mi hija.

—Lo siento pero es imposible, Majestad.

—¿Y por qué?

—Majestad, vuestra hija es una joven bellísima, pero yo ya tengo una esposa que es mil veces más bella.

Estas palabras provocaron gran alboroto en la Corte; la Princesa se puso roja como una brasa y los nobles empezaron a murmurar. El Rey dijo, grave e impasible:

—Caballero, para que podamos admitir esa jactancia, al menos es necesario que nos muestres a tu consorte.

—Sí, sí —dijeron a coro los nobles—, nosotros también queremos ver a esa belleza.

Liombruno se dirigió al rubí:

—Rubí, rubí, que aparezca el Hada Aquilina.

Sin embargo, el rubí podía ejercer dominio sobre cualquier cosa menos sobre el Hada Aquilina, de quien provenía su virtud mágica. Y el Hada henchida de desprecio al ver que Liombruno se vanagloriaba de ella, respondió al llamado del rubí mandando a la última de sus criadas. Pero la última criada del hada Aquilina era tan bella y tan suntuosos sus vestidos, que el Rey y toda la Corte se quedaron con la boca abierta.

—¡Sin duda tu esposa es bella, caballero! —comentaron.

—¡Pero ésta no es mi esposa! —protestó Liombruno—. No es más que la última de sus criadas.

—¿Y entonces a qué esperas para mostrarnos a tu esposa? —dijo el Rey.

Y Liombruno repitió al rubí:

—Rubí, quiero que comparezca el Hada Aquilina.

Esta vez el Hada Aquilina envió a la primera de sus criadas.

—¡Ah ésta sí que es una belleza! —dijeron todos—. ¡Esta sin duda es tu esposa!

—No —dijo Liombruno—. Es sólo su primera criada.

—¡Basta! —dijo el Rey—. Te ordeno que hagas aparecer a tu verdadera esposa.

Liombruno no acababa de dirigirse al rubí por tercera vez cuando, resplandeciente como un sol, apareció el Hada Aquilina. Los nobles de la Corte se quedaron pasmados, quietos como estatuas, el Rey inclinó la cabeza, y la Princesa rompió a llorar y se fue. Pero el Hada Aquilina se acercó a Liombruno y simulando que iba a cogerle la mano le arrebató el rubí, diciendo:

—¡Traidor! Acabas de perderme, y no me recobrarás a menos que hayas gastado siete pares de zapatos de hierro.

Y desapareció.

El Rey señaló a Liombruno con un índice acusador:

—Ya entiendo: venciste no por tus virtudes, sino por las del rubí. ¡Siervos, apaleadlo!

Y el caballero fue apresado y apaleado y abandonado en medio de la calle vestido con harapos.

En cuanto tuvo fuerzas para ponerse en pie, se dirigió tristemente a la puerta de la ciudad. Entonces oyó unos martillazos y comprendió que estaba cerca de una herrería. Entró y pidió siete pares de zapatos de hierro.

—¿Qué, el Padre Eterno te prometió cien años de vida, para que puedas gastar esos zapatos? Aunque por mí, te puedo hacer diez, o los que pidas.

—¡Qué te importa si los gasto o no! Basta con que te los pague, ¿no? Dame los zapatos y cállate.

En cuanto le dieron los zapatos y los pagó, se calzó un par, guardó tres en el bolsillo de delante y tres en el bolsillo de atrás en una alforja, y se fue. La noche lo sorprendió mientras caminaba por un bosque. Oyó voces enfurecidas; eran tres ladrones que disputaban para dividirse el botín.

—¡Eh, hombre, ven aquí! Oficia de juez. Nos someteremos a tu criterio para saber qué nos corresponde.

—¿Qué os tenéis que repartir?

—Una bolsa que cada vez que se abre suelta cien ducados. Un par de botas que corren más rápidas que el viento. Y un manto que vuelve invisible a quien lo viste.

—Primero déjame probar, ya que tengo que hacer de juez. La bolsa, sí, es como decís. Las botas, en fin, son bastante cómodas. Y el manto, esperad que lo abotone. ¿Me veis?

—Sí.

—¿Y ahora me veis?

—Sí, todavía.

—¿Y ahora?

—No, ahora no te vemos.

—Ni me veréis más —dijo Liombruno, y vuelto invisible gracias al manto, corriendo más que el viento con las botas mágicas y llevándose la bolsa de los cien ducados, atravesaba selvas y valles.

Vio humo y llegó a una casita rodeada de zarzales, en una garganta tenebrosa y

llena de precipicios. Llamó a la puerta.

—¿Quién llama? —preguntó la voz de una vieja.

—Un pobre cristiano que busca albergue.

La puerta de la casita se abrió y una vieja decrépita dijo:

—¡Oh, pobre muchacho! ¿Pero cómo has venido a perderte por estos lugares?

—Abuela —dijo Liombruno—, voy en busca de mi esposa, el Hada Aquilina, y no tendré paz hasta encontrarla.

—¿Y qué haremos cuando vuelvan mis hijos? Te querrán comer.

—¿Por qué? ¿Quiénes son tus hijos?

—¿No lo sabes? Esta es la casa de los Vientos y yo soy Voría, madre de los Vientos, y dentro de poco mis hijos estarán de vuelta.

La vieja escondió a Liombruno en un arcón. Se oyó un rumor lejano como de árboles que se doblaban y ramas que se quebraban y un aullido en los barrancos de la montaña. Eran los Vientos que regresaban. El primero fue Aquilón, gélido y con las ropas cubiertas de carámbanos, luego Mistral, Gregal, Garbino, y ya se habían sentado a la mesa cuando llegó el último hijo de Voría, Siroco, que siempre era el que más se hacía esperar y en cuanto entraba calentaba en seguida la casa.

Apenas entraban los Vientos, lo primero que decían a la madre era:

—¡Oh, qué olor a carne humana! En esta casa hay algún cristiano.

—Vosotros soñáis —replicaba Voría—, ¿qué cristiano? A estos lugares sólo vienen las cabras.

Los Vientos sin embargo seguían olisqueando el aire y diciendo que olían a cristiano. Voría, entre tanto, sirvió una polenta humeante y todos los hijos se pusieron a comer a dos carrillos. Cuando estuvieron ahítos, Voría dijo:

—El hambre os hacía oler a cristiano, ¿no es cierto?

—Ahora que estamos llenos —dijo Mistral—, aunque tuviéramos un cristiano cerca no le haríamos nada.

¿De veras que no le haríais nada?

—De veras, claro que sí. Ni lo tocaríamos.

—Entonces, si me juráis por San Juan que no le haréis nada, os presento un cristiano en carne y hueso.

—¿Qué dices, madre? ¿Un hombre aquí arriba? ¿Pero cómo ha podido? Sí, te juramos por San Juan que si nos lo muestras no le hacemos nada.

Así, entre los resuellos de los Vientos, que casi no le permitían tenerse en pie, Liombruno salió de su escondite y al ser interrogado contó su historia.

Cuando se enteraron de que buscaba al Hada Aquilina, cada uno pensó si sabía algo de ella, y todos dijeron que no la habían visto nunca mientras recorrían el mundo. Sólo Siroco guardaba silencio.

—¿Y tú, Siroco, sabes algo? —dijo Voría.

—Claro que sí —dijo Siroco—. No soy un dormido como mis hermanos, que no saben encontrar nada. El Hada Aquilina está enferma de amor. Se pasa el día

llorando, dice que su esposo la ha traicionado y parece muerta en vida a causa de su dolor. Y yo, granuja que soy, me divierto haciendo barullo alrededor de su palacio, abriendo de par en par ventanas y balcones y haciéndole que vuelen hasta las sábanas.

—¡Oh, Siroco, amigo mío! ¡Tienes que ayudarme! —dijo Liombruno—. Enséñame cómo llegar a ese palacio. Yo soy el esposo del Hada Aquilina y no es cierto que sea un traidor. También yo moriré de dolor si no la encuentro.

—No sé cómo hacerlo —dijo Siroco—, porque el camino es muy complicado para indicártelo. Deberías venir conmigo, pero yo voy tan rápido que nadie puede seguirme. Tendría que sujetarte al cuello, ¿pero cómo podría? Yo soy de aire y resbalarías.

—No te preocupes —dijo Liombruno—, tú vas por tu camino y yo te seguiré.

—¡Ah, pero tú no sabes cómo corro! En fin, si quieres intentarlo salimos mañana al amanecer.

Por la mañana Liombruno, con bolsa, botas y manto, parte con Siroco. Siroco cada tanto se volvía y llamaba:

—¡Liombruno, Liombruno!

Y Liombruno:

—¿Qué quieres?

Lo tenía delante. Y Siroco cada vez fruncía el ceño.

—Hemos llegado —dijo en cierto punto Siroco—. Este es el balcón de tu amada.

Y lo abrió de un soplo. Liombruno saltó ágilmente adentro, envuelto en su manto.

El Hada Aquilina estaba en cama, y una de sus criadas le decía:

—Ama, ¿cómo te sientes? ¿Estás mejor?

—¿Mejor? Ahora vuelve a soplar ese maldito viento. Estoy medio muerta.

—¿No quieres nada? ¿Un poco de café, de chocolate, una taza de caldo?

—Nada, no quiero nada.

Pero la criada insistió tanto que la persuadió para que tomara un poco de café. Le trajo la tacita y se la dejó junto a la cama. Liombruno, invisible, cogió la tacita y bebió el café. La criada, pensando que el Hada se había bebido el café muy rápidamente, le llevó también una taza de chocolate, y Liombruno también se la bebió. La criada volvió con una taza de caldo y una pechuga de palomo:

—Señora, si te has tomado el café y el chocolate es señal de que has recuperado un poco el apetito. Prueba este caldo y esta pechuga, así recobrarás las fuerzas.

—¿Pero qué café? ¿Qué chocolate? —dijo el Hada—. Yo no he tomado nada.

Las criadas se miraron como si dijeran: «Está perdiendo el juicio».

Pero no bien estuvieron a solas, Liombruno se quitó el manto:

—Esposa mía, ¿me reconoces?

El Hada le echó los brazos al cuello y lo perdonó. Se declararon su amor, se contaron los sufrimientos ocasionados por la ausencia. Y ofrecieron un gran banquete en el palacio y todos los Vientos fueron invitados para arremolinarse a su alrededor en señal de fiesta.

*(Basilicata)*

# 135
# CANNELORA

Una vez un Rey cuya mujer no le daba hijos mandó promulgar un bando que decía:

«Quienquiera que sepa aconsejar al Rey y a la Reina un modo de tener hijos se convertirá en el más rico del Reino después del Rey. Pero quien dé consejos inservibles, perderá la cabeza en el acto».

Este bando incitó a muchos a hacer la prueba, y dieron consejos de todo tipo pero todos dejaron la cabeza en el intento.

Finalmente se presentó un pobre viejo, andrajoso y barbudo, y dijo al Rey:

—Majestad, haced pescar un dragón marino, haced cocinar el corazón por una muchacha joven, y ella, con sólo sentir el olor del dragón al freírse quedará encinta de un niño. Una vez que la joven haya cocinado el dragón, que la Reina se lo coma y ella también empezará a esperar un niño, y los dos niños nacerán al mismo tiempo.

El Rey, aunque no muy convencido, hizo todo lo que le había dicho el viejo: mandó pescar el dragón y se lo dio a cocinar a una hermosa muchacha campesina que apenas respiró el humo sintió que iba a ser madre. Los hijos de la Reina y de la cocinera nacieron el mismo día y parecían gemelos. Y ese mismo día la cama tuvo una camita, el armario un armarito, el arcón un cofrecito, la mesa una mesita…

El hijo de la Reina se llamaba Emilio y el de la cocinera Cannelora. Crecieron como hermanos, queriéndose mucho, y al principio la Reina también los quería mucho a los dos. Pero a medida que crecían empezó a disgustarle que entre su hijo y ese otro no hubiera diferencias e incluso llegó a sentir envidia del otro, que tal vez fuera más inteligente y afortunado que el verdadero Príncipe. Entonces explicó a Emilio que Cannelora no era su hermano sino el hijo de una cocinera y que no debían tratarse como iguales. Pero los dos niños se querían tanto que ni siquiera se preocuparon. Entonces la Reina empezó a maltratar a Cannelora; pero Emilio lo protegía y le cobraba cada vez más afecto. Y la Reina se roía las uñas de rabia.

Un día en que los dos se divertían fundiendo balas para cazar, Emilio sale un momento y la Reina se acerca al fogón. Al encontrar solo a Cannelora le arroja una

bala incandescente, pensando que lo mataría. Pero le dio de refilón, sobre las cejas, y le produjo una profunda quemadura en la frente. La Reina estaba a punto de coger otra bala con la tenaza, cuando Emilio regresó y ella se fue como si nada hubiera pasado.

Cannelora se caló el sombrero sobre la frente y pese a que la herida le quemaba no dio a entender a Emilio nada de lo que había sucedido. Apretó los dientes y siguió fundiendo balas. Pero después dijo:

—Querido hermano, he resuelto irme para siempre de esta casa en busca de fortuna.

Emilio no comprendía el motivo.

—¿Pero por qué, hermano, no estás bien aquí?

Cannelora, con lágrimas en los ojos y el sombrero calado en la frente, dijo:

—Hermano, la fortuna no quiere que vivamos juntos. Debo dejarte.

Fueron inútiles todas las protestas de Emilio. Cannelora cogió su escopeta de dos cañones que había nacido de otra escopeta el día que cocinaban el corazón del dragón, y salió con Emilio al jardín.

—Querido hermano, aunque me duela hoy debo separarme de ti, pero te dejaré este recuerdo. —Hincó la espada en tierra e hizo brotar una fuente de agua límpida. Volvió a clavar la espada y junto al agua nació un mirto—. Cuando veas que el agua se enturbia y el mirto se marchita —dijo Cannelora—, será señal de que me sucede una desgracia. Después de estas palabras se abrazaron llorando, Cannelora montó a caballo, cogió a su perro de la correa y partió. Al cabo de un tiempo llegó a una encrucijada. Un camino conducía a un bosque sin salida, el segundo a otras partes del mundo. Donde se separaban los dos caminos había un huerto, y en el huerto dos hortelanos que reñían y estaban a punto de llegar a las manos. Cannelora entró en el huerto y preguntó cuál era el motivo de la riña.

—Encontré dos piastras —dijo uno—, y éste quiere una porque estaba conmigo cuando la encontré.

—Yo la vi primero —dijo el otro—, o por lo menos la vimos al mismo tiempo.

Cannelora sacó cuatro piastras de su bolsillo y le dio dos al que había encontrado las dos primeras y dos a su compañero. Los hortelanos no sabían cómo agradecérselo, y le besaron la mano. Cannelora se fue tomando por el camino que conducía al bosque. Entonces el hortelano que había juntado las cuatro piastras le gritó:

—Señorito, no vaya por ahí que se meterá en un bosque de donde es imposible salir. Mejor tome por el otro camino.

Cannelora le dio las gracias y tomó por el otro camino. Avanzó un trecho y se encontró con unos muchachones que atormentaban a golpes a una serpiente. Ya le habían cortado la punta de la cola para ver cómo se movía sola.

—¡Dejadla en paz, pobre animal! —gritó Cannelora, y la serpiente con la cola tronchada escapó.

Cannelora llegó a un gran bosque y se hizo de noche. Hacía tanto frío que uno se

quedaba helado; por todas partes se oían los aullidos de las fieras. Cannelora ya se daba por muerto. Y de pronto aparece una hermosa muchacha en la espesura, con una luz en la mano, y toma la mano de Cannelora.

—¡Estás muerto de frío! —le dice—. Ven a calentarte y a descansar en mi casa. —Cannelora creía estar soñando. Siguió a la muchacha sin poder pronunciar palabra, y cuando llegaron a la casa ella dijo—: ¿Te acuerdas de la serpiente que salvaste de esos muchachones que la golpeaban? La serpiente soy yo. Mira: como señal de la punta de la cola que me troncharon, me falta la punta del meñique de la mano izquierda. Y ahora te salvo como tú me salvaste a mí.

Cannelora estaba muy contento. Esa Hada encendió el fuego, puso la mesa y cenaron juntos. Luego se fueron a dormir, cada uno a su cuarto. Por la mañana el Hada lo abrazó, lo besó y le dijo:

—Sigue tu camino. Todavía sufrirás, pero llegará el día en que estaremos juntos y felices.

Cannelora no entendió lo que quería decir, pero volvió a abrazarla y besarla y partió con lágrimas en los ojos. Llegó a un bosque y entre los árboles vio una cierva con cuernos de oro. La apuntó con la escopeta pero la cierva no se quedaba quieta ni un instante y tuvo que perseguirla. Así llegó a una gruta en lo más profundo del bosque. En ese momento estalló un gran temporal; caían unos copos de granizo grandes como huevos, y Cannelora se refugió en la gruta. Mientras estaba en la gruta oyó una vocecita fuera, en medio de la lluvia:

—¿Me dejas entrar, joven, que quiero guarecerme?

Cannelora miro hacia fuera y vio una serpiente. Sabía que ayudar a las serpientes le traía buena suerte y dijo:

—Entra, ponte cómoda.

—Sabes —dijo la serpiente—, tengo miedo de que el perro me muerda. ¿No podrías atarlo?

Cannelora lo ató.

—Mira —dijo la serpiente—, el caballo podría pisotearme con los cascos.

Cannelora sujetó el caballo.

—Escucha —dijo la serpiente—, me da miedo que tengas la escopeta cargada. ¿Y si, por una razón u otra, se escapa un tiro y me mata? A mí me asusta.

Cannelora tuvo la bondad de descargar la escopeta y dijo:

—Bueno, ahora puedes entrar sin temor.

La serpiente entró y de pronto se convirtió en un Gigante. Cannelora, con el perro y el caballo atados y la escopeta descargada, no podía defenderse. El Gigante con una mano lo agarró del pelo y con la otra puso al descubierto una tumba que había en la gruta y lo sepultó vivo.

En casa del Rey, entre tanto, el joven Emilio no tenía paz. Cada día iba al jardín para mirar la fuente y el mirto y un día vio el agua turbia y el mirto marchito.

—¡Pobre de mí! —dijo—. A mi hermano Cannelora le ha sucedido una gran

desgracia. Tengo que recorrer el mundo hasta encontrarlo para ver si puedo ayudarlo.

Ni el Rey ni la Reina lograron detenerlo. Empuñó su escopeta, mandó el perro delante, montó a caballo y partió. En la encrucijada vio el huerto de esos dos hortelanos, y por casualidad encontró al que había juntado las cuatro piastras.

—¡Me alegro de verlo otra vez, señorito! —dijo el hortelano inclinándose y quitándose el sombrero—. ¿Se acuerda de las cuatro piastras que me dio la vez pasada? ¿Y que yo le advertí que ese camino era peligroso y que tomara por el otro?

—Sí que me acuerdo —dijo Emilio, dándole otras cuatro piastras y contento de saber que Cannelora había pasado por allí y había tomado ese camino. Al cabo también él llegó al bosque donde Cannelora había encontrado a la hermosa Hada a quien le faltaba la punta del meñique.

—¡Bienvenido, amigo de mi prometido! —dijo el Hada, presentándose a Emilio.

—¿Pero quién eres tú, Señora? —dijo Emilio maravillado.

—Soy el Hada que debe casarse con tu Cannelora.

—Entonces dime, ¿Cannelora vive? Si vive dime por favor dónde se encuentra, que quiero correr en su ayuda.

Al Hada se le cubrieron los ojos de lágrimas.

—Apresúrate, pues ahora sufre sepulto bajo tierra. Pero cuidado, no te dejes engañar por la falsa serpiente.

Y dicho esto, desapareció.

Emilio se armó de valor y siguió adelante. Llegó al bosque, siguió también a una cierva con los cuernos de oro, fue sorprendido por una tormenta y se guareció en la gruta. Vino la serpiente a solicitar refugio y él le dijo que sí. Y cuando le pidió que atara el perro ató el perro, y cuando le pidió que sujetara el caballo sujetó el caballo, pero cuando le pidió que descargara la escopeta Emilio se acordó del consejo del Hada y dijo:

—¿Conque quieres que la descargue?

Apuntó la escopeta y le disparó un par de veces. ¿Qué vio? En vez de la serpiente, yacía a sus pies un Gigante muerto, con dos agujeros en la cabeza que manaban sangre a chorros, y se oyeron varias voces que gritaban desde bajo tierra:

—¡Socorro, socorro, alma bendita! ¡Al fin has venido a salvarnos!

Emilio abre la tumba y de ella sale Cannelora, y detrás de él una hilera de Príncipes, Barones y Caballeros, sepultados en ese lugar hacía años y alimentados a pan y agua. Emilio y Cannelora se arrojaron el uno en brazos del otro. Luego cabalgaron con todos esos señores por el camino que conducía fuera del bosque.

Se dirigieron hacia la comarca del Hada sin la punta del meñique y la vieron salir a su encuentro seguida por un cortejo de Hadas bellísimas, aunque ella era la más bella de todas. Tomó a Cannelora de la mano y lo ayudó a apearse del caballo, lo abrazó y le dijo:

—Querido mío, han terminado nuestras aflicciones. Tú me salvaste de la muerte y yo te haré el hombre más feliz del mundo. Tú serás mi esposo.

Luego llamó a otra Hada, la que le seguía en belleza, y le dijo:

—Hermosa Hada, ve a dar un beso a Emilio, que es el amigo dilecto de mi esposo y además es Príncipe. Dale un beso y sé su esposa.

Y así hubo grandes festejos nupciales entre las Hadas. ¡Afortunado el que estuvo! Y todos volvieron a sus casas con sus mujeres, entre ellos Emilio y Cannelora, y en todo el Reino se celebró y a las muchachas pobres se les dieron medios para concertar matrimonios. ¡Pero yo no estaba, desgraciada de mí, y me quedé con las manos vacías!

*(Basilicata)*

# 136
# HEBRA DE ORO Y FILOMENA

Había una vez una hija de zapateros cuyos padres eran muy viejos, y se llamaba Filomena. Un día su madre le dijo:

—Filomena, ve a casa del hortelano y compra una col para la sopa. Si no está el hortelano, recoge la col por tu cuenta y déjale el dinero en el suelo. Pero presta atención: no busques brezos en vez de coles.

La muchacha fue al huerto y el hortelano no estaba. Fue a recoger la col, pero se equivocó y arrancó un brezo. En el sitio donde estaba plantado dejó una tarja. La moneda desapareció en cuanto tocó el suelo, y se abrió un ventanuco de cristal. Por el ventanuco se asomó un hermoso joven que le dijo:

—¡Ven conmigo, linda muchacha, que me muero de amor por ti!

Como si un imán la hubiese atraído, Filomena se encontró con él bajo tierra, en un recinto que parecía el recinto de una reina. El joven le dio un beso y dijo:

—Yo soy Hebra de Oro y tú serás mi mujer. —Luego le regaló un saco de monedas y le dijo—: Regresa a casa de tus padres, pero todos los días vuelve a verme. El brezo que arrancaste esta mañana lo encontrarás plantado siempre en el mismo lugar. Vuelve a arrancarlo y arroja una moneda donde estaba la raíz: así volverás a verme. Pero cuidado: sólo podrás verme tú y nadie más.

Filomena regresó muy contenta a casa y contó a sus padres lo que le había ocurrido. Los dos viejos se maravillaron sobremanera y comenzaron para ellos los días de abundancia. La hija iba todos los días al huerto y volvía con un saco de monedas. Pero la madre se moría de curiosidad por conocer al novio de su hija.

—Al menos una vez —le suplicaba—, ¡déjamelo ver! ¡Soy tu madre!

—No, madre, si tú lo ves yo perderé mi fortuna —le respondía Filomena.

—Pero aunque sólo sea el lugar donde se asoma, eso sí me lo podrías mostrar.

Y la hija terminó por llevarla.

—Éste es el huerto y éste es el brezo. Ahora adiós, madre, tienes que irte.

La vieja fingió que se iba pero se escondió detrás de un nogal. Filomena arrancó

el brezo, arrojó la moneda, apareció el ventanuco pero esta vez Hebra de Oro no estaba asomado detrás de los cristales. La vieja, que se moría de ganas de ver cómo era su yerno, lanzó una nuez contra el ventanuco. Los cristales se hicieron añicos y se vio aparecer la cara del joven con una expresión airada. Después desapareció súbitamente, con ventanuco y todo, y reapareció el brezo plantado como antes y resultaba imposible arrancarlo.

Es necesario saber que Hebra de Oro era hijo de una Ogresa. Esta Ogresa quería que él se casara con una Princesa pero las Hadas habían decretado que se casara con la hija de un zapatero. Entonces la Ogresa había dicho: «¡Que puedas ver a una sola mujer en el mundo, y si ves otra, que mueras al instante!». Y lo había mandado a vivir a ese recinto subterráneo para que no viera a ninguna mujer salvo a la que debía ser su esposa.

Las Hadas, en su afán por salvarlo de la maldición de su madre, habían actuado de tal forma que la primera mujer que vio Hebra de Oro fue Filomena, de quien se enamoró. Pero no bien vio a la madre de su amada, la maldición se abatió sobre él y al instante se encontró muerto en brazos de la Ogresa.

La Ogresa, al encontrar al hijo muerto en sus brazos por culpa de su propia maldición, se arrancaba los pelos. Como Hebra de Oro estaba hechizado, su cuerpo no se corrompía: la madre lo sepultó hasta el busto y todos los días iba a contemplar su hermoso rostro y se echaba a llorar.

Entre tanto Filomena, desesperada por la desaparición de su esposo, había dejado a sus padres para recorrer el mundo en busca de Hebra de Oro. Lina noche se detuvo a dormir debajo de una encina. En esa encina se habían posado un palomo y una paloma, y Filomena oyó que cantaban:

—Ha muerto Hebra de Oro
Y cucurucú,
Pero vive Filomena
Y cucurucú,
Que si nos matara
Y cucurucú,
Y después nos quemara
Y cucurucú,
Y con las cenizas frotara
Y cucurucú,
A Hebra de Oro
Y cucurucú,
Su amado estaría salvado
Y al poco tiempo resucitado,
Cucurú, cucurú, cucurú,

Filomena, una vez hubo oído la canción, aguardó a que las palomas se adormecieran, luego se encaramó sigilosamente a la encina, las atrapó y las mató. Desde lo alto de la encina vio una lucecita en el bosque. Filomena bajó y se encaminó hacia la lucecita. Era una cabaña y la muchacha entró a pedir fuego para quemar las palomas. En la

casa vivía un Hada panadera que quemó las palomas y, una vez enterada de la historia de Filomena, le dijo:

—Hija mía, conserva en esta vasija las cenizas de las palomas y llévate también este canasto de higos. Luego acércate a las ventanas de la Ogresa. La encontrarás hilando junto a la ventana; para que el hilo sea más largo, ella arroja el uso al suelo desde la ventana. Apodérate del huso y clávale un higo. La Ogresa se comerá el higo y te dará las gracias y te invitará a entrar. Pero ten cuidado, porque es capaz de comerte a ti. No entres hasta que no haya prometido no comerte por el alma de su Hebra de Oro. Luego le enseñarás que tienes las cenizas para resucitar al hijo, y en cuanto a lo demás, dejémoslo en las manos de la fortuna.

La muchacha, muy contenta, dio las gracias al Hada y fue a casa de la Ogresa, que estaba hilando junto a la ventana. Ensartó el higo en el uso, la Ogresa acercó el huso, vio el higo y se lo comió.

—¡Qué rico! —dijo—. ¿Quién fue el alma bondadosa que ha clavado un higo en mi huso? Que venga, que quiero darle un beso.

—¡No, que me comes! —dijo Filomena.

La Ogresa volvió a tirar el uso y Filomena le clavó otro higo.

—¡Ven, que te doy un beso! ¡Te prometo que no te voy a comer! —dijo la Ogresa después de comerse el higo.

—No me fío de tus promesas —dijo Filomena, y clavó otro higo en el huso.

—Ven aquí, te prometo por el alma de mi Hebra de Oro que no te comeré.

Entonces Filomena entró en casa de la Ogresa; pero cuando ésta descubrió que era la esposa de Hebra de Oro y que tenía las cenizas para resucitarlo, se apresuró a quitarle la vasija, hizo revivir al hijo, volvió a encerrarlo bajo tierra para que no viera de nuevo a Filomena, y sin pérdida de tiempo concertó el matrimonio con aquella Princesa.

—¿Ah sí? —dijeron las Hadas, que habían decretado que la hija del zapatero se casara con Hebra de Oro—. Pues nosotras lanzamos una maldición sobre la Princesa: que dentro de un mes la tierra se abra bajo sus pies y se la trague el Infierno.

Mientras tanto, la Ogresa tenía a Filomena como criada y andaba buscando un pretexto para comérsela.

—Hay que preparar cinco colchones de pluma de pájaro para Hebra de Oro que se tiene que casar —le dijo—. Aquí tienes las bolsas: dentro de veinticuatro horas debes llenar las cinco con plumas de pájaros, de lo contrario te como.

Filomena lloró y se desesperó. Pero es necesario saber que Hebra de Oro, hechizado como estaba, podía transformarse y así transformado salir del palacio subterráneo. Se transformó en un señor con barba y se presentó a Filomena.

—Bella joven —le dijo—, si me das un beso te hago recoger al instante todas las plumas que quieras.

—Si fueras Hebra de Oro —respondió Filomena—, no te daría un beso sino mil. Pero a ti, ni aunque me maten.

El hombre barbado sonrió y desapareció. Y he aquí que por las ventanas del cuarto irrumpen millares de pájaros de todas las especies, y van y vienen, baten las alas, y a cada batir de alas caen plumas de todos los colores, formando una alfombra cada vez más alta en el cuarto. Así Filomena pudo llenar los cinco colchones en veinticuatro horas, tal como había ordenado la Ogresa.

«Aquí se nota la mano de mi hijo», se dijo la Ogresa. «Pero veremos quién gana». Y le dijo a Filomena:

—Para las bodas de Hebra de Oro nos hace falta música. Debes ir a casa de mi hermana la Ogresa, que vive en la Montaña del Esparcimiento, y pedirle la cajita de la música y el canto.

Ahora bien, para llegar a la Montaña del Esparcimiento hay que atravesar el Río de las Serpientes, el Río de la Sangre, el Río de la Bilis, y después se corre el riesgo de ser devorado por la Ogresa. La pobre muchacha se deshacía en llanto.

Pero entonces se apareció un hombre con bigotes, y era Hebra de Oro transformado.

—Si me das un beso —le dice—, te enseño cómo apoderarte de la cajita y regresar sana y salva.

—Si fueras Hebra de Oro —respondió Filomena—, te daría mil besos, pero antes que darte un beso a ti prefiero ser devorada por las dos Ogresas.

Hebra de Oro, conmovido por su fidelidad, dijo:

—Bueno, te ayudaré igual, aunque no quieras darme un beso. Cuando llegues al Río de las Serpientes di: «¡Oh, qué macarrones! ¡Con qué gusto me comería tres platos!». Y cuando llegues al Río de Sangre di: «¡Oh, qué vino! ¡Con qué ganas me bebería tres vasos!». Y en el Río de la Bilis: «¡Oh, qué leche! ¡Con qué placer me tomaría tres tazas!». Así llegarás a la casa de la Ogresa. Toma esta pala, que también te será útil. Adiós.

Y el hombre de los bigotes desapareció.

Filomena fue y siguió a pies juntillas las instrucciones del hombre de los bigotes. Y cuando las Serpientes oyeron que las llamaban macarrones se separaron para dejarla pasar; y también la Sangre cuando oyó que la llamaban vino; y también la Bilis cuando oyó que la llamaban leche.

Subió a la cima de la Montaña del Esparcimiento y encontró la casa de la Ogresa. Entró temblando de miedo. Llegó a la sala del horno, donde la criada horneaba el pan. Esta criada era una pobre muchacha como Filomena, que había tenido la desgracia de caer en las garras de la Ogresa. Tres veces por semana tenía que sacar las brasas del horno e introducir el pan, todo con las manos. Y la pobre se moría de dolor por las escaldaduras; pero en cuanto el pan quedaba cocido y era sacado del horno, la Ogresa le curaba las escaldaduras con sus encantamientos y la salvaba de morir; pero después sus males empezaban nuevamente.

Cuando esta desdichada vio entrar a Filomena le gritó:

—¡Márchate, por caridad! ¿Qué haces aquí? ¿No sabes que la Ogresa te comerá?

—Si no me come esta Ogresa me come su hermana —dijo Filomena—. Así que más vale que me lleve lo que vine a buscar.

—¿Y qué viniste a buscar?

—La cajita de la música y el canto.

—Escúchame, entre nosotras debemos ayudarnos. Veo que traes una pala. Dame la pala, así podré trabajar en el horno sin escaldarme, y yo te voy a buscar la cajita de la música y el canto, pues sólo yo sé dónde está.

Filomena con mucho gusto le dio la pala, tomó la cajita y escapó. En eso la Ogresa volvió a la casa y no encontró la cajita.

—¡Traición! —gritó—. ¡Serpientes, devoradla!

—No —dijeron las Serpientes—. Nos llamó «macarrones».

Y la dejaron pasar.

—¡Sangre! ¡Ahógala!

—No —dijo la Sangre—. Me llamó «vino».

Y la dejó pasar.

—¡Bilis! ¡Engúllela!

—No —dijo la Bilis—. Me llamó «leche».

Y la dejó pasar.

Pero una vez atravesados los tres ríos, Filomena sintió curiosidad por saber cómo tocaba y cantaba la cajita. La abrió, oyó */zzziin!* y un *¡oooh!* y nada más. La cajita estaba vacía: la música y el canto habían escapado. Filomena rompió a llorar.

Y entonces se presentó ante ella un hombre de patillas que era siempre Hebra de Oro.

—¿Me das un beso? ¡Haré que la música y el canto vuelvan a la cajita!

—Si fueras Hebra de Oro, no un beso sino mil, pero a ti ni uno.

—¡Pero yo soy Hebra de Oro!

Y el hombre de patillas desapareció y en su lugar Filomena vio aparecer a su esposo. Se arrojó temblando en sus brazos y le dio mil besos, mientras la música y el canto volvían a la cajita y sus melodías se esparcían por toda la campiña.

—Animo, Filomena —dijo Hebra de Oro—. Vuelve a casa que en tres días seremos marido y mujer.

La joven volvió muy contenta a casa de la Ogresa, quien, segura de que la habían engullido los ríos o la había devorado su hermana, había fijado para dentro de tres días las bodas de su hijo con aquella Princesa maldecida por las Hadas. Cuando vio que Filomena regresaba con la cajita, se puso verde de rabia. Y le dijo:

—En tres días se casará mi hijo. Durante la ceremonia tú sostendrás el candelero.

Hebra de Oro parecía estar de acuerdo con esa boda. Lo único que pidió fue que se celebrara a medianoche. Todos los invitados estaban esperando, y el cortejo nupcial no llegaba. Filomena sostenía el candelero y su ansiedad crecía a medida que transcurrían los minutos. De pronto se vio avanzar el cortejo, con Hebra de Oro del brazo de la Princesa. En ese momento, desde el campanario de la iglesia, *tan, tan, tan*

y doce tañidos. La tierra se abrió bajo los pies de la Princesa y se la vio desaparecer entre las llamas.

Hebra de Oro cogió la mano de Filomena:

—Esta es mi mujer —dijo. Y la cajita de la música y el canto tocaba melodías paradisiacas.

Hebra de Oro y Filomena se casaron. La Ogresa lanzó un grito, se llevó las manos a la frente y pronunció esta maldición:

—Tú que has encantado a mi hijo no podrás dar a luz sin morir, a menos que yo vuelva a tocarme la frente de este modo.

Filomena se estremeció ante la amenaza, pero Hebra de Oro le apretó la mano con fuerza y la alentó.

Al cabo de un tiempo, Filomena esperaba un hijo.

—Cuando sientas que está a punto de nacer —dijo Hebra de Oro—, vístete de luto y ve a casa de mi madre. Ella te preguntará por qué estás de luto. Respóndele: «Porque ha muerto Hebra de Oro».

Filomena hizo como le decían. Cuando la Ogresa oyó que Hebra de Oro había muerto, se llevó las manos a la frente y gritó:

—¡Ay, hijo mío!

Y de inmediato Filomena dio a luz un bellísimo niño sin peligro alguno.

Llegó Hebra de Oro, y la Ogresa, al ver vivo a su hijo, los perdonó a él y a su esposa y bendijo al niño. Así vivieron en paz todos sus días.

*(Basilicata)*

# 137
# LOS TRECE BANDIDOS

Se cuenta que había dos hermanos. Uno trabajaba de remendón y era rico; el otro trabajaba la tierra y no tenía un céntimo. Un día el labrador estaba en el campo y vio trece hombres bajo una encina, armados con unos machetes que hacían temblar la tierra. «¡Los bandidos!», pensó el labrador, y se escondió; los vio acercarse a la encina y oyó que el jefe decía:

—¡Abretencina!

El tronco se abrió y los trece bandidos entraron uno tras otro. El labrador se quedó esperando sin ser visto. Al poco tiempo los bandidos salieron uno a uno, y el jefe salió el último.

—¡Ciérratencina! —dijo, y la encina volvió a cerrarse.

Cuando los bandidos se marcharon, el labrador quiso probar suerte. Se acercó al árbol y dijo:

—¡Abretencina!

La encina se abrió y él entró. Había una escalera que descendía a una caverna subterránea. Esa caverna, del suelo al techo, estaba atiborrada de tesoros: un montículo de oro, otro de brillantes, otro de monedas, nuevamente uno de oro, uno de brillantes y uno de monedas, y así hasta sumar trece en total. El labrador miraba, llenándose los ojos con ese centelleo; una vez que se llenó los ojos empezó a llenarse los bolsillos de la chaqueta, después los bolsillos de los pantalones, después se ajustó bien los pantalones y los colmó de monedas de oro y de torneses, y volvió a casa con pasos lentos y tintineantes.

—¿Qué te ha pasado? —dijo la mujer al verlo llegar así. El empezó a vaciar los bolsillos y se lo contó todo. Para contar el dinero necesitaba una jarra especial[4], pero él no la tenía, así que se la pidió prestada a su hermano. «¿Qué tendrá que medir mi hermano», pensó el remendón, «que nunca tuvo nada en el mundo? Vamos a ver». Y pegó un espinazo de pescado en el fondo de la jarra.

Cuando le devolvieron la jarra fue a ver en seguida qué se había atascado en el

espinazo: ¡figuraos su asombro cuando vio una moneda de oro!

Fue de inmediato a ver a su hermano.

—¡Dime quién te dio esas monedas! —Y el labrador se lo contó todo. El remendón dijo entonces—: Bien, hermano, también debes llevarme a mí. Yo tengo hijos, y necesito el dinero más que tú.

Entonces los hermanos cogieron dos mulas y cuatro sacos, se encaminaron al árbol, dijeron: «¡Abretencina!», llenaron los sacos y se fueron. En casa se dividieron el oro, los brillantes y las monedas, y ya tenían riquezas para vivir de rentas. Por eso se dijeron:

—Ahora ya estamos satisfechos. No nos dejemos ver por allá, si no dejamos el pellejo.

El remendón había dicho: «De acuerdo», pero sólo para engañar a su hermano y volver solo a llenarse los bolsillos, porque era uno de esos que nunca tienen bastante. Fue, esperó a que los bandidos salieran de la encina, pero no los contó cuando salían. Grave error, porque en vez de trece eran doce: uno se había quedado de guardia, pues los bandidos se habían dado cuenta de que alguien iba a la caverna para robarles. El bandido salió de su escondite, sorprendió al remendón, lo descuartizó como a un cerdo y así descuartizado lo colgó de dos ramas.

La mujer, como no volvía, fue a ver al labrador.

—¡Cuñado, qué desgracia! ¡Tu hermano fue de nuevo a la encina y no ha regresado!

El labrador esperó la oscuridad y fue a la encina. Vio, colgado de las ramas, el cuerpo mutilado del hermano, lo desató, lo cargó en un asno y se lo llevó a casa, donde la mujer y los hijos lo recibieron con grandes llantos. Para no sepultarlo descuartizado llamaron a otro remendón y lo hicieron coser.

La viuda del remendón, con todo el dinero que le había quedado, compró una taberna y trabajó de tabernera.

Mientras tanto los bandidos recorrían la comarca buscando al que les había robado el dinero. Uno fue a ver al remendón que había cosido al muerto y le dijo:

—Compadre, ¿puedes darle dos puntadas a este zapato?

—¡Cómo! —dijo el otro—. ¿Yo que cosí a un remendón no voy a poder coser un zapato?

—¿Y quién era ese remendón?

—Un colega mío a quien descuartizaron. Era el marido de la tabernera.

Así los bandidos supieron que era la tabernera quien se aprovechaba de las riquezas robadas. Buscaron un gran tonel y once de ellos se ocultaron dentro; pusieron el tonel en un carro y los otros dos tiraban del carro. Se detuvieron en la taberna y dijeron:

—Buena mujer, ¿podemos dejar el tonel aquí? ¿Y nos darías de comer?

—Poneos cómodos —dijo la tabernera, y empezó a cocinar macarrones para los dos carreteros. Mientras tanto la hija, que estaba jugando por ahí cerca, oyó ruidos

dentro del tonel. Prestó atención y escuchó:

—¡Ahora a ésta la despachamos!

La hija fue de inmediato a avisar a su madre. Su madre no se quedó mirando las musarañas: tomó un caldero de agua hirviendo y lo vertió en el tonel. Los bandidos murieron despellejados. Luego fue a servir los macarrones a los otros dos. Les dio a beber vino con opio y cuando se durmieron los decapitó.

—Ahora ve a llamar al juez —dijo a su hija.

Llegó el juez, comprendió que eran trece bandidos y dio un premio a la tabernera por haber segado esa mala hierba.

*(Basilicata)*

# 138
# LOS TRES HUÉRFANOS

Un hombre con tres hijos murió a causa de una enfermedad. Los tres hijos quedaron huérfanos. El mayor dijo un día:

—Hermanos, me voy. Parto en busca de fortuna.

Llegó a una ciudad y empezó a pregonar por las calles:

—¡Quién quiere un servidor,
Que lo quiero por patrón!

Un gran señor se asomó a un balcón.

—Si nos ponemos de acuerdo, te contrato.

—Sí, déme lo que quiera.

—Pero yo exijo obediencia.

—Y yo obedezco en todo.

Por la mañana lo llamó y le dijo:

—Toma esta carta, monta este caballo y parte. Pero nunca toques las riendas, porque si las tocas el caballo se da la vuelta. No tienes más que dejarlo correr, pues él sabrá llevarte al destinatario de la carta.

Montó a caballo y partió. Galopó hasta llegar al borde de un precipicio. «¡Me caigo!», pensó el huérfano, y tiró de las riendas. El caballo se volvió y regresó al palacio en un santiamén.

—¿Ves? —dijo el patrón al verlo regresar—. ¡No fuiste adónde te mandé! Estás despedido. ¿Ves esa pila de monedas? Sírvete las que quieras y largo de aquí.

El huérfano se llenó los bolsillos y se fue. Cuando salió, fue derecho al Infierno.

Cuando los otros dos huérfanos vieron que el hermano no regresaba, el segundo también decidió partir. Tomó el mismo camino, llegó a la misma ciudad, y también él se puso a pregonar:

—¡Quién quiere un servidor,
Que lo quiero por patrón!

El señor se asomó y lo llamó. Llegaron a un acuerdo, y por la mañana le dio las mismas instrucciones que al hermano y lo mandó con la carta.

También él tiró de las riendas en cuanto llegó al borde del precipicio, y el caballo regresó.

—¡Ahora —dijo el patrón— toma las monedas que quieras y largo de aquí!

Se llenó los bolsillos y se marchó. Se marchó y fue derechito al Infierno.

Al ver que ninguno de sus dos hermanos regresaba, el menor también decidió partir. Tomó el mismo camino, llegó a la misma ciudad, gritó quién quiere un servidor que lo quiero por patrón, el señor se asomó, le mandó subir y le dijo:

—Yo te pago, te alimento y todo lo que quieras, pero a condición de que me obedezcas.

El huérfano aceptó y por la mañana el patrón le dio la carta con todas las instrucciones. En cuanto llegó al borde del precipicio, el muchacho miró el despeñadero y se le puso la piel de gallina, pero pensó: «Que Dios me ayude», cerró los ojos y cuando los abrió ya estaba en el otro lado.

Siguió galopando hasta llegar a un río ancho como un mar. Pensó: «¡Me ahogo, qué le vamos a hacer! Que Dios me ayude». Las aguas se dividieron y atravesó el río.

Siguió galopando y vio un riachuelo de agua enrojecida de sangre. Pensó: «Esta vez sí que me ahogo. Que Dios me ayude». Y siguió adelante. Las aguas se abrían para dar paso al caballo.

Siguió galopando hasta llegar a un bosque tan espeso que no pasaba ni un pajarito. «Aquí me pierdo», pensó el huérfano. «Claro que si me pierdo yo, también se pierde el caballo. ¡Que Dios me ayude!». Y se internó en la espesura.

En el bosque encontró un viejo que cortaba un árbol con un tallo de avena.

—¿Pero qué haces? —le preguntó—. ¿Con un tallo de avena quieres cortar un árbol?

—Una palabra más y también te corto la cabeza —dijo el viejo.

El huérfano se alejó al galope.

Siguió galopando hasta que vio un arco de fuego, con un león en cada extremo. «Si paso por ahí me quemo, pero si me quemo yo, también se quema el caballo. Adelante, que Dios me ayude».

Siguió galopando hasta que vio una mujer hincada de rodillas sobre una piedra, rezando. No bien llegaron allí el caballo se detuvo bruscamente. El huérfano comprendió que esa mujer era la destinataria de la carta, y se la dio. La mujer abrió la carta, leyó, luego cogió un puñado de arena y lo lanzó al aire. El huérfano volvió a montar a caballo y emprendió el regreso.

Cuando volvió a casa del patrón, éste, que era el Señor, le dijo:

—Debes saber que el precipicio era el barranco del Infierno, el agua las lágrimas de mi Madre, la sangre la sangre de mis cinco llagas, el bosque las espinas de mi corona, el hombre que cortaba el árbol con el tallo de avena era la Muerte, el arco de fuego es el Infierno, los dos leones son tus hermanos, y la Mujer arrodillada es mi

Madre. Tú me has obedecido: sírvete las monedas de oro que desees.

El huérfano no quería nada, pero terminó por coger una sola moneda de oro y así se despidió del Señor.

Al día siguiente, cuando fue a hacer las compras, la gastaba y la moneda siempre seguía en su bolsillo. Así vivió feliz y contento.

*(Calabria)*

# 139
# LA BELLA DURMIENTE Y SUS HIJOS

Una vez había un Rey una Reina, y no tenían hijos; y por eso en la Corte todos estaban como de luto, desesperados. La Reina rezaba noche y día, pero ya no sabía a qué santo encomendarse porque todos los santos se hacían los sordos, y finalmente un día rezó de este modo:

—¡Virgencita, dame una hija aunque se me muera a los quince años pinchada por un huso!

Y entonces se puso a esperar un hijo y le nació una niña que era una belleza. Hicieron una gran fiesta de bautismo y la llamaron Carola: no había en el mundo nadie más contento que ese Rey y esa Reina por la gracia que habían recibido.

La criatura crecía a ojos vista y cada vez era más grácil. Cuando estaba en vísperas de cumplir los quince años, la Reina recordó el voto que había hecho. Fue a contárselo al Rey y no se puede describir el dolor que sintió. De inmediato hizo pregonar un bando ordenando la destrucción de todos los husos del Reino. Al que conservara uno le costaría la cabeza, y quien se ganase el sustento trabajando con el huso debía presentarse al Rey, que él le daría algo para vivir. No conforme con el bando, el Rey, para mayor seguridad, hizo encerrar a la hija en su cuarto, bajo llave, para que no viera a nadie.

Sola en su cuarto, Carola se entretenía asomándose a la ventana. Ahora bien, enfrente vivía una vieja (hay viejos que uno no los entiende: se ocupan de sus asuntos y no piensan en otra cosa aunque el mundo se venga abajo) que había conservado un huso y un copo de algodón, y cuando le venían ganas hilaba un poco, calladita calladita.

Mientras hilaba junto a la ventana para tomar un poco el sol, la vieja fue vista por la hija del Rey. Carola, que por primera vez veía ese artefacto, sintió curiosidad y le preguntó:

—¡Abuela, abuela! ¿Qué estás haciendo?

—Hilo este copo de algodón —respondió la vieja—, ¡pero no se lo digas a nadie!

—¿Y me dejarías probar un poco a mí?

—¡Claro, hijita! ¡Pero que nadie te vea!

—Entonces, abuela, yo bajaré un cestito a la calle y tú ponme en él todos los chirimbolos. En el cestito encontrarás un regalo para ti.

Así lo hizo: bajó una bolsa de monedas para la vieja y subió el huso y el algodón. Muy contenta, se puso a hilar. Hace un hilo, hace dos, pero al tercero el huso se le escapa de las manos y la punta se le clava debajo de la uña del pulgar derecho. La muchacha cayó al suelo y murió.

Cuando el Rey llamó a la puerta de su hija y no obtuvo respuesta, tras comprobar que tenía el pestillo puesto por dentro (ella había cerrado para que no la sorprendieran hilando), la hizo derribar y encontró a Carola inerte en el suelo, junto al huso.

Imposible describir la desesperación del Rey y la Reina. La hija, pobrecita, bella como siempre, parecía dormida y su cara ni siquiera se enfriaba: simplemente no respiraba ni le latía el corazón, como si fuera víctima de un hechizo.

El pobre padre y la pobre madre velaron junto a ella durante semanas enteras con la esperanza de que resucitara.

Se negaban a creerla muerta y se negaron a sepultarla: hicieron construir un castillo en la cima de una montaña, sin puertas, con una sola ventana que llegaba hasta el suelo. Y allí dentro dejaron a su hija, en un gran lecho con dosel recamado de oro y lleno de flores, y le pusieron su vestido de novia, que tenía siete faldas con campanillas de plata. Tras besar por última vez esa cara lozana como una rosa, abandonaron el castillo por una puerta que inmediatamente se cerró.

Un día, mucho tiempo después, otro Rey que era joven y había quedado huérfano de padre y vivía con su madre la Reina, fue a cazar a esa región y llegó casualmente a las cercanías de ese castillo. «¿Qué podrá ser?», se preguntó. «¿Un castillo sin puertas y con una sola ventana? ¿Qué será?». Los perros daban vueltas en torno al castillo y no se cansaban de ladrar, y el joven se moría de curiosidad por saber qué había allí dentro. ¿Pero cómo hacerlo? Al día siguiente regresó con una escala de seda: la arrojó a la ventana y así logró subir a la cima del monte.

Cuando encontró a esa joven bella como el sol tendida en medio de las flores, con esa cara lozana como una rosa y con esas mejillas que parecían leche y sangre, poco le faltó para caer desvanecido. Se armó de coraje, se acercó lentamente, le apoyó una mano sobre la frente y comprobó que no estaba fría. «¡Entonces no está muerta!», pensó, y nunca se cansaba de mirarla. Se quedó hasta el anochecer, esperando a que despertara, pero ella no se despertaba. Volvió también al día siguiente, y al otro: ya no podía alejarse de ella, y la besaba y parecía devorarla con los ojos. En una palabra, estaba enamorado, y la Reina madre no acertaba a comprender qué tormento padecía su hijo que lo obligaba a estar siempre fuera de casa.

Tanto fue el amor de este joven Rey que la durmiente dio a luz dos gemelos, un varoncito y una niña de hermosura incomparable. Nacieron y tenían hambre, ¿pero quién les daba el pecho, si su madre yacía como muerta? Lloraban y lloraban, pero la

madre no los oía. Con la boquita buscaban algo para succionar, y así fue como el varoncito encontró la mano de la madre y se puso a chuparle el pulgar, y de tanto chupar aflojó la punta del huso que estaba clavada debajo de la uña y la durmiente se despertó.

—¡Ah, qué bien he dormido! —dijo restregándose los ojos—. Pero… ¿dónde estoy? ¿En una torre? ¿Y quiénes son estos niños?

Y se repetía desesperada esas preguntas cuando el joven Rey, trepando como de costumbre por su escala de seda, irrumpió en el cuarto.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—¡Oh, estás viva! ¡Hablas! ¡Qué feliz soy! ¡Amor mío!

Pasado el asombro inicial, trabaron conversación, se enteraron de que ambos eran de familia real, se hicieron fiestas y se abrazaron como esposos. Y a los niños los llamaron Sol y Luna.

El Rey regresó a la Corte prometiendo que volvería a buscarla con magníficos regalos y que concertaría las bodas. Pero esa pobre niña sin duda había nacido con mala estrella: no bien llegó a Palacio el Rey enfermó, y de una enfermedad tan grave que estaba casi inconsciente y rechazaba todo alimento, y sólo repetía:

> —¡Oh Carola, oh Sol, oh Luna,
> Si los tuviera en mi mesa!

Su madre, al oír estas palabras, sospechó que su hijo estaba embrujado y ordenó batir los bosques hasta encontrar el sitio adonde él se dirigía un día tras otro. Cuando supo que en un castillo perdido vivía una joven desconocida de quien su hijo estaba locamente enamorado y de quien había tenido dos criaturas, esta mujer, despiadada que era, fue presa de un odio feroz. Y envió dos soldados al castillo para que le pidieran a esa joven su hijo Sol, porque el Rey, enfermo, lo quería ver. Carola no quería, pero al fin accedió llorando y se lo entregó a los soldados.

Los soldados regresaron a Palacio y la Reina los esperaba en la escalinata. Cogió al niño y se lo llevó al cocinero.

—Ásalo y sírveselo al Rey —ordenó.

Pero el cocinero era hombre de buen corazón y no tuvo valor para matarlo. Se lo entregó a su mujer para que lo mantuviera oculto y lo amamantara, y en su lugar asó un cordero y se lo llevó al Rey enfermo. El Rey, como de costumbre, al ver la comida suspiró y dijo:

> —¡Oh Carola, oh Sol, oh Luna,
> Si los tuviera en mi mesa!

Y su madre le tendió el plato y le dijo:

—Come, querido, que comes de lo tuyo.

El joven oyó estas palabras y alzó los ojos para mirarla, pero no entendía qué quería decirle.

A la mañana siguiente esa mujer cruel envió al castillo a los mismos soldados, para que trajeran a la niña. También ella fue salvada por el cocinero y confiada al cuidado de su mujer, y otro cordero pasó a reemplazarla. Y también ahora la madre le dijo al Rey:

—Come, que comes de lo tuyo.

El, con un hilo de voz, le pidió que le explicara que quería decir, pero la madre no respondió.

Al tercer día los soldados fueron con órdenes de traer a la joven. La pobre, intimidada, siguió a los dos hombres vestida con su traje de novia, el de las siete faldas con las campanillas de plata.

La Reina la esperaba en la escalinata y en cuanto la tuvo delante la recibió a bofetadas.

—¿Por qué me pegas? —preguntó la infeliz.

—¿Por qué? ¡Has embrujado a mi hijo, bruja maligna, y ahora está agonizando. ¿Pero ves dónde acabarán tus días?

El Rey, mientras tanto, no oía nada, porque en su cuarto había una banda de músicos que la Reina había hecho venir diciendo que los médicos lo habían aconsejado para su distracción.

Imposible describir el espanto de aquella infortunada cuando vio el caldero que la esperaba y supo que debía morir.

—¡Quítate esas faldas —dijo la Reina— y te arrojaré a la pez!

La joven obedeció temblando. Se quitó la primera falda y sonaron las campanillas de plata. El Príncipe confusamente advirtió el sonido de las campanillas y le pareció un sonido familiar; abrió los ojos, pero los músicos estaban tocando el bombo y supuso que los oídos lo engañaban.

La joven se quitó la segunda falda y las campanillas sonaron con más fuerza; el Príncipe irguió la cabeza y le pareció el tintineo de las faldas de Carola, pero los músicos tocaban los platillos y no se podía oír con claridad. Luego creyó oír un campanilleo más nítido y prestó atención. La joven se iba quitando las siete faldas una por una y las campanillas cada vez sonaban con más fuerza, hasta que con la última vibraron de tal modo que retumbaron en todo el palacio.

—¡Carola! —gritó el Rey, y saltó de la cama.

Débil y tembloroso como estaba, bajó y vio que su amada estaba a punto de ser arrojada al caldero.

—¡Alto! —gritó. Desenvainó la espada, amenazó a la Reina y le dijo—: ¡Confiesa tus pecados!

Cuando supo que le habían servido a sus hijos como alimento corrió para matar al cocinero, pero en la cocina se apresuraron a decirle que los niños se encontraban a salvo y sintió tanta alegría que reía y bailaba como loco.

Entre tanto, en el caldero habían tirado a la Reina y bien merecido se lo tenía. El cocinero recibió un hermosísimo regalo. Y el Rey, Carola, Sol y Luna fueron felices

toda la vida.

*Cuentos largos, cuentos abreviados,*
*Cuenta el tuyo, el mío ha terminado.*

*(Calabria)*

# 140
# EL REYECITO HECHO A MANO

Una vez había un Rey. Su mujer había muerto dejándole una hija.

Esta hija estaba en edad de casarse y pedían su mano hijos de Reyes, Marqueses y Condes, pero ella los rechazaba a todos. El padre la llamó y le dijo:

—Hija mía, ¿por qué no quieres casarte?

—Papá —respondió ella—, si quieres que me case, dame una medida[5] de harina y una medida de azúcar, que el novio me lo haré yo con mis propias manos.

El Rey se encogió de hombros y dijo:

—Pues bien, tendrás lo que pides.

Le dio el azúcar y la harina; la hija se encerró en su cuarto con una artesa y un cernidor y se puso a cerner. Seis meses para cerner, y seis meses para amasarlo; cuando terminó de amasarlo, no le gustó y lo deshizo. La segunda vez por fin le salió como ella quería; y por nariz le puso un pimiento. Lo puso de pie en una hornacina, llamó a su padre y le dijo:

—¡Papá, papá! ¡Aquí está mi novio! Se llama Rey Pipi[6].

El padre lo vio, lo examinó en detalle y le gustó.

—¡Es buen mozo, pero no habla!

Y ella respondió:

—Espera, hablará a su debido tiempo.

Todos los días la hija del Rey se acercaba a la hornacina de Rey Pipi y le decía:

—Rey Pipi hecho a mano,
Sin tinta ni cálamo,
Seis meses para cernerte,
Seis meses para amasarte,
Seis para deshacerte,
Seis para rehacerte.
Seis meses más de esperar
¡Y me empezarás a hablar!

Y durante seis meses la muchacha siguió entonando esta cancioncilla. Al cabo del

sexto mes, Rey Pipi empezó a hablar.

—No puedo hablar contigo —dijo—. Primero debo hablar con tu padre.

La muchacha fue corriendo a ver a su padre.

—Ven, papá, ¡ven, que mi novio habla!

Vino el Rey y se puso a hablar de bueyes perdidos con Rey Pipi, y finalmente Rey Pipi le pidió la mano de su hija. El Rey, muy contento, ordenó un gran banquete e invitó a Rey Pipi a almorzar. Comenzaron los preparativos para las bodas, que se celebraron un par de días más tarde en presencia de todos los Reyes vecinos y lejanos.

Entre estos invitados se encontraba una Reina que se llamaba Turca-Can. La Turca-Can quedó cautivada por Rey Pipi apenas verlo, y decidió quitarle a la novia el Reyecito hecho a mano.

Después de las bodas, los recién casados vivían felices, pero Rey Pipi nunca salía de casa. El Rey terminó por decirle a su hija:

—Hija mía, ¿por qué no sales con tu marido? Un paseo de vez en cuando no viene mal a nadie, aunque sea para cuidar la salud.

—Sí, sí, papá, tienes razón. Y justo hoy tengo ganas de salir en carroza.

Mandaron uncir los caballos y la Princesa salió a pasear en carroza con Rey Pipi. La Turca-Can, que siempre esperaba la ocasión para secuestrar a Rey Pipi, los siguió con su carroza. Cuando llegaron a campo abierto, Rey Pipi quiso bajar para hacer un trecho a pie. De pronto se levantó una ráfaga de viento y Rey Pipi se fue volando. Volando volando pasó junto a la carroza de la Turca-Can, quien tendió su manto en el aire y lo atrapó al vuelo. Mientras tanto su mujer y el cochero lo buscaban por todas partes y no lo podían encontrar. La Princesa volvió a Palacio muy afligida.

—¿Y tu marido? —le preguntó su padre.

—¡Una ráfaga de viento se lo llevó! Me encerraré a llorar en mi cuarto y no quiero saber nada de nada.

Pero no estuvo mucho tiempo encerrada en su cuarto. Como no podía más de la melancolía, tomó un caballo, un saco de monedas, pidió la santa bendición de su padre y partió en busca de Rey Pipi.

Una noche oía los chillidos de los animales en un bosque cuando vio una luz y llamó a la puerta:

—¿Quién es?

—Un alma cristiana: alójame esta noche o los animales me comerán.

—Aquí no vienen almas cristianas, sino fieras y serpientes. Si eres cristiana, persígnate.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

La puerta se abrió y apareció un viejo de larga barba que dijo:

—Hija de Rey, ¿qué haces en estas comarcas plagadas de bestias feroces?

—Voy en busca de mi fortuna. Amasé un marido con mis manos… —y le contó su historia.

—Hija de Rey —dijo el viejo—, ante todo debes encontrar a tu marido. Mientras tanto, toma esta castaña. No la pierdas. Mañana por la mañana reanudarás el viaje hasta encontrar otra casa: allí vive mi hermano, pregúntale a él.

Al día siguiente la Princesa encontró al otro ermitaño, quien le dio una nuez para que la conservara junto con la castaña y le indicó el camino para llegar a la casa del tercer hermano. El tercer ermitaño, que era todavía más viejo que los otros dos juntos, le dio una avellana y le dijo: —Sigue por este camino, encontrarás un gran palacio. Pegado a este palacio, que es el de la Turca-Can, hay un edificio más feo que es la cárcel. Cuando estés frente al palacio, parte la castaña. Lo que salga, pregónalo como si lo vendieras. Al oírte, se asomará la camarera de la Turca-Can y te hará subir. La Turca-Can te preguntará cuánto quieres por lo que vendes. No pidas dinero: di sólo que esa noche quieres estar sola con el marido de la Turca-Can. ¿Sabes quién es el marido de la Turca-Can? Es Rey Pipi. Si esa noche no logras hablar con Rey Pipi, parte la nuez y ponte a vender lo que tenga dentro. Si tampoco tienes éxito la segunda noche, parte la almendra.

La Princesa llegó a palacio y partió la castaña; salió un telar de oro con una joven sentada que tejía, toda de oro. Empezó a pregonar:

—¡Oooh! ¡Quién me compra un hermoso telar de oro con una joven tejedora toda de orooo!

Se asomó la camarera y le dijo a la Turca-Can:

—¡Majestad, Majestad, si vierais las cosas que están vendiendo! Compradlas, porque sólo en vuestra galería pueden estar, por lo bonitas que son.

Llamaron a la Princesa.

—¿Cuánto quieres? —preguntó la Turca-Can.

—No quiero dinero. Sólo quiero pasar una noche encerrada en un cuarto con el marido de su Majestad.

La Turca-Can no quería, pero la camarera la persuadió y la Turca-Can dio de beber a Rey Pipi un vino narcotizado, lo acostó, y luego dijo a la mujer que vendía el telar:

—Puedes entrar.

La Princesa no sabía cómo despertar a Rey Pipi. Le cantó:

—Rey Pipi hecho a mano
Sin tinta ni cálamo,
Seis meses para cernerte,
Seis meses para amasarte,
Seis para deshacerte,
Seis para rehacerte,
Y ahora te tiene la Turca-Can.
¡Despierta, Rey Pipi, vámonos ya!

Pero Rey Pipi no oía. Y entre cantos y cantos llegó la mañana.

Ya se había marchado, desesperada, cuando recordó el consejo del ermitaño y

partió la nuez. Salió un pequeño telar de oro con una joven que recamaba, toda de oro. Empezó a pregonar:

—¡Oooh! ¡Quién me compra un hermoso telar de oro con una joven que recama toda de orooo!

Se asomó la camarera y la llamó.

—¿Cuánto quieres? —preguntó la Turca-Can.

—No quiero dinero, quiero pasar también esta noche con vuestro marido.

Pero esa noche la Turca-Can también dio a Rey Pipi vino narcotizado. Y también esa noche la Princesa se la pasó llorando y cantando pero inútilmente.

Los prisioneros que había en el edificio de al lado hacía dos noches que no dormían por culpa de los cantos y los llantos, y un poco por sueño y otro poco por compasión, decidieron que si al día siguiente veían salir al Rey Pipi lo llamarían desde las rejas y le hablarían de esos lamentos.

En efecto, cuando durante el día Rey Pipi salió del palacio los prisioneros tendieron los brazos desde las rejas para indicarle que se acercara.

—Majestad —le dijeron—, ¿tan pesado es vuestro sueño? Nosotros oímos llorar y llamar: «Rey Pipi», y gritar: «¡Soy tu mujer!», y cuenta que lo hizo con sus propias manos, que se pasó seis meses para amasarlo, que se pasó seis meses para deshacerlo. ¿Es posible que no oigáis nada?

Rey Pipi pensó: «Si no oigo, quiere decir que la Turca-Can me pone opio en el vino. Esta noche no beberé nada».

Mientras tanto, la joven estaba más desesperada que nunca, porque sólo le quedaba la almendra. La partió: salió un hermoso canasto de oro con una joven que cosía, toda de oro. Pregonó:

—¡Oooh! ¡Quién me compra un hermoso canasto de oro con una joven que cose toda de orooo!

La llamaron y llegó al mismo acuerdo de las noches anteriores.

Una vez a solas con el Rey dormido, estaba a punto de empezar con su canción cuando Rey Pipi, que había fingido beber y ahora fingía dormir, abrió los ojos y le dijo:

—Guarda silencio, amor mío, que esta noche escaparemos. ¿Cómo lo has hecho para encontrarme?

—¡Rey Pipi, he caminado tanto!

Y le contó sus penurias.

El le explicó que nunca había podido escapar porque siempre se hallaba bajo los encantamientos de la Turca-Can, pero ahora, creyéndolo narcotizado, la Turca-Can lo había desencantado un poco.

Abrieron la puerta, se cercioraron de que la Turca-Can dormía como un tronco, subieron los dos al caballo de la Princesa y huyeron.

Cuando al día siguiente la Turca-Can se dio cuenta, se arrancó los pelos uno por uno. Cuando vio que no le quedaban más pelos, se arrancó la cabeza y murió.

Los esposos llegaron a caballo al palacio del padre de la Princesa. El padre estaba asomado al balcón, los vio en el caballo y exclamó:

—¡Hija mía! ¡Hija mía!

*Y hubo fiestas, y gran algarabía,*
*Y nosotros siempre con las manos vacías.*

*(Calabria)*

# 141
# LA PAVA

Una vez había un Rey y una Reina. La Reina murió al dar a luz un niño. El niño sobrevivió, y quedaron él y una hermana un poco mayor. El pobre padre se tomó tan a pecho esta desgracia que se pasaba los días llorando: un año estuvo así, y al cabo también él murió.

Tenía un hermano, y antes de morir le encomendó a los dos pobres huerfanitos. El tío prometió y juró, pero no bien murió el Rey sólo pensó en apropiarse de la corona y dominar el Reino. Era un Rey déspota: a sus dos sobrinitos los tenía encerrados en un sótano, y cuando el varón cumplió los diez años empezó a mandarlo todos los días al campo para que vigilara a los hombres que trabajaban la tierra.

Haciendo diariamente esta vida, el muchacho creció y llegó a los diecisiete sin saber que él y su hermana eran hijos de Rey. Ni siquiera sabían que el Rey era su tío, y pensaban que los hospedaba sólo por caridad.

Así, al acercarse las Navidades, una buena ancianita que vivía de la cría de gansas y pavas y sabía de qué condición eran los huérfanos, les tuvo conmiseración. Se decía: «Mañana es Nochebuena y esos pobres niños están solos y abandonados. ¡Si hubiera vivido el bueno de su padre habrían tenido una mesa bien servida y toda clase de diversiones! ¡Qué no hubiera hecho el bueno del Rey! ¡Todos festejan la Navidad, incluso yo, que vivo de mis gansas! Y ellos, pobrecitos, no tienen nada. Así que llevaré una de mis pavas y se la regalaré a la muchacha, de este modo ellos también celebrarán Navidad. ¿Pero qué puedo hacer para dársela? Por el portón no puedo pasar porque está el guardia… Llamaré a la niña por la ventana».

Dicho y hecho, la mañana de vísperas de Navidad la vieja se levanta, coge la pava más gorda y empieza a llamar por la ventana:

—¡Señorita, eh, señorita! Hoy es Nochebuena y yo quiero regalarle esta pava. ¡Compártala con su hermano, a mi salud!

Se asomó la muchacha.

—Gracias, gracias, buena mujer. ¿Pero yo qué puedo darte? No tengo nada…

Y se negaba a aceptarla. Pero la ancianita tanto suplicó e insistió que la obligó a hacerlo.

Esa mañana, por ser día de fiesta, el hermano no iba al campo y rendía cuentas al Rey. La hermana, mientras lo esperaba, encerró la pava en una habitación oscura para que nadie la viera. La pava en cuanto estuvo sola, se puso a raspar con las patas, a remover la tierra, a escarbar; y escarba que te escarba llegó a encontrar un escotillón. Al caer la noche llegó el hermano y trajo de comer. Se sentaron a la mesa, los dos hermanos, y mientras comían ella dijo:

—¿Sabes una cosa, hermano? Esta mañana una anciana me ha regalado una pava, qué buena.

—¿Y dónde la has puesto? —preguntó el hermano.

—La he escondido en esa habitación oscura y ahora voy a darle de comer.

Una vez que el hermano, cansado, se acostó, la muchacha cogió una vela y fue a ver a la pava. Vio el foso que había cavado, vio el escotillón, y dijo:

—¡Mira lo que ha encontrado la pava!

Abrió el escotillón y había una escalenta.

—Ahora bajo —dijo la muchacha. Bajó y vio un vestido de Rey: yelmo, espada, coraza; sólo faltaba la corona. «¿De quién será todo esto?», se preguntó la muchacha. «Bueno, sea de quien fuere, yo me lo llevo». Y se lo llevó todo a su cuarto.

Por la mañana, al despertarse, el hermano vio yelmo, espada y coraza junto a la cama.

—¿Y esto de dónde ha salido?

—¿Sabes una cosa? —responde la hermana—. La pava se puso a escarbar y en el fondo había una escalera. Bajé a un subterráneo y encontré todo esto.

—¡Pero son vestiduras de Rey! —dice el hermano.

—¿Ah sí? ¡Qué bien! Pruébatelas, hermano, que quiero ver cómo te quedan. ¡Venga, venga!

Y ayudó al hermano a enfundarse en esas ropas, y batía las palmas con gran alegría.

En ese momento se oyeron trompas y tambores: como era Nochebuena, los músicos iban a tocar debajo de las ventanas del Palacio Real.

La muchacha abrió la ventana y ante toda la gente que estaba en la plaza apareció el muchacho vestido de Rey, con yelmo, espada y coraza.

—¡Este es nuestro Rey! —gritaron todos—. ¡Este es nuestro Rey!

Los guardias del palacio, al oír esos gritos, dieron la alarma. La multitud armaba un gran alboroto. Toda la Corte se puso a gritar:

—¿Qué ocurre? ¿Qué ocurre?

La gente de afuera, al advertir el tumulto en el palacio, empezó a gritar: «¡Abajo!» y «¡Viva!». Entre tanto gentes de toda la ciudad afluían a la plaza, y cuanto más crecía el bullicio más gente acudía.

El Rey se presentó en la escalinata, pálido, y avanzó para hablar con el pueblo,

pero aquella gente, que lo odiaba a muerte por su carácter tiránico, ahora que había empezado quería terminar de una vez, y lo agredieron con pedradas y puñetazos, tirándole a matar. Recibió tantas y tantas que al fin murió como merecía. El pueblo mismo cogió la corona de Rey y la colocó en la cabeza del sobrino, entre hurras y salvas.

El joven Rey empezó a gobernar con justicia, y todos estaban contentos y lo querían. El, por su parte, estaba tan contento que hizo un voto: todos los viernes los pobres acudirían a Palacio, y él en persona les daría una limosna. Llegaban pobres de todas partes y recibían la limosna de sus propias manos. Y así todos los viernes, hasta que una vez en que estaba extenuado y a punto de retirarse vio acercarse una vieja ciega con una muchachita de unos doce años. Decía, con una voz que despertaba compasión:

—Real Majestad, ten caridad de esta pobre ciega, Dios te lo pague.

El Rey dio una limosna a la vieja, pero entre tanto no dejaba de mirar a la muchacha, que era muy bella, y dijo:

—Buena mujer, regresa todos los viernes, pero mantente apartada de los demás sin mezclarte con los otros pobres para que pueda verte.

Las dos mujeres se alejaron colmándolo de bendiciones y el Rey quedó sumido en la melancolía. Le parecía que faltaba un siglo para el próximo viernes; se sentía ansioso por saber si la vieja y la niña regresarían. Por fin llegó el viernes, y el Rey miraba a todos uno por uno, hasta que un poco más lejos, como él había indicado, vio a las dos mujeres. Les hizo señas con la mano, les dio más dinero de lo habitual, y luego dijo a la jovencita:

—Tira esos harapos y cómprate un vestido nuevo. Póntelo el viernes, cuando vengas.

Al viernes siguiente la joven se presentó con un vestido de algodón y zapatos nuevos, y el Rey le dio más dinero. Y cada semana venía mejor vestida, hasta que trajo un vestido de organdí que la hacía parecer una rosa.

—El viernes —le dijo el Rey— avanza tú en primer lugar.

El Rey estaba enamorado y en casa siempre se le veía melancólico. Su hermana se había dado cuenta y le preguntaba:

—¿Qué te pasa, hermano mío?

—Nada… me duele la cabeza… —Hasta que no pudo ocultar su amor por más tiempo y dijo—: Hay una pobre de quien me he enamorado y la quisiera por esposa.

Pensaba que su hermana jamás habría visto con buenos ojos que se casara con una pobre; pero la hermana, que era bondadosa y amaba a su hermano y también había padecido la pobreza, se limitó a decirle que la quería ver.

Ese viernes la hermana fue con el Rey a dar las limosnas, y la bella mendiga fue la primera. Era tan bella que la hermana le dijo al Rey:

—Obedece los deseos de tu corazón.

Y el Rey se casó con la mendiga.

El día de la boda el Rey le dijo a su hermana:

—Yo me caso, pero nosotros seguimos igual que antes y la que manda en esta casa eres tú.

Pero la esposa, que de pobre había pasado a rica, se ensoberbeció. Empezó a envidiar a su cuñada, que estaba al frente de la casa y poseía todas las llaves y así, poco a poco, instigó a su marido contra la hermana. Le hizo quitar las llaves, lo obligó a reñirla sin razón alguna: y la pobrecita era cada vez más buena. Pero la esposa sembró tanta cizaña que el Rey al fin exclamó:

—Pero mujer, ¿qué quieres que haga?

Y ella:

—Por la noche, ordena que la lleven al bosque y que la maten; y para asegurarnos de que la han matado que te traigan el corazón, las manos cortadas y la camisa ensangrentada.

El marido no supo negarse. Ordenó al verdugo que a medianoche condujera a la hermana al corazón de un bosque y la ejecutara, y que le trajera el corazón, las manos y la camisa como evidencia.

Así se hizo; a medianoche la pobre joven fue despertada y apresada por dos esbirros.

—¿Qué queréis de mí?

—¡Orden de tu hermano el Rey! ¡Acompáñanos!

La subieron a una carroza y partieron. Cuando llegaron al bosque los dos esbirros se dijeron:

—Y tenemos que matarla así, sin ningún motivo… ¡a nosotros esta pobrecita no nos ha hecho nada!

—Yo seguro que no la mato —dijo el otro—. Mátala tú.

—¿Y ahora qué hacemos? Tenemos que presentar al Rey el corazón, las manos y la camisa ensangrentada. Forzosamente hay que matarla.

En ese momento se oyó un balido: era un corderito que se había extraviado y por la noche se había quedado en el bosque. Lo cogieron y dijeron a la Reina:

—Quítate la camisa, que ahora degollamos al cordero y le arrancamos el corazón. Pero las manos hay que cortarlas, por mucho que nos disguste: ésa es la orden. ¡Paciencia!

Así lo hicieron y se llevaron el corazón del cordero y las manos sangrantes envueltos en la camisa.

La Reina se quedó en el bosque, desangrándose por las muñecas. Cuando el Rey vio aquellos míseros restos no pudo contener las lágrimas.

—¡Hermana mía, tan contenta que estabas por mis bodas y ahora has muerto por culpa de mi mujer! —decía. Así, evocando el pasado, se arrepintió de todo lo que había hecho, y clamaba llorando—: ¡Hermana mía, hermana mía!

Mientras él se desesperaba, su hermana se desangraba en el bosque. Quiso la casualidad que justo en ese momento pasara por el bosque, con su calesa, un Lord

inglés. Al oír los lamentos, se acercó, la vio y le preguntó quién la había herido. La Reina le respondió que las fieras le habían devorado las manos, y el inglés, recordando que en su calesa tenía algodón, se lo ofreció para contener la sangre. Luego la invitó a subir a la calesa y se la llevó consigo. El Lord inglés estaba casado y sin hijos; podéis imaginaros la vida feliz que la muchacha llevaba en esa casa. Para que no anduviera así, sin manos, el Lord le hizo poner un par de manos de cera.

Pese a todos sus sufrimientos, la Reina, que andaba por los veinte años, era bella y lozana como una rosa. Estaba asomada al balcón cuando pasó por la calle un Rey forastero y la miró. Le cayó en gracia y fue a pedir su mano al inglés. El Lord aceptó la petición, pero con toda honestidad le advirtió que las manos de la muchacha eran de cera. El Rey respondió que no le importaba: y se casó con ella y la llevó a su palacio.

Al cabo de unos meses, mientras la Reina esperaba un niño, se declaró una guerra y su marido marchó contra el enemigo a la cabeza de su ejército.

Mientras él se encontraba ausente, la Reina tuvo dos hermosos hijos, un varón y una niña. Pero los ministros, que no soportaban ser gobernados por una mujer cuyo origen ni siquiera conocían, resolvieron aprovechar las circunstancias para librarse de ella.

En efecto, escribieron al Rey una carta donde le explicaban que su mujer había parido dos perritos y aguardaban sus órdenes para saber qué hacer con la Reina.

El Rey, medio muerto del disgusto, respondió que esperaran su regreso, que él se encargaría de tomar una decisión. Pero los ministros, que querían quitársela de encima a toda costa, la despertaron por la noche, le colgaron una alforja en bandolera, metieron dentro a los niños, uno a cada lado, y la abandonaron en una playa desierta.

La pobre rompió a llorar; sola, muerta de hambre y de sed, con esos muñones en los brazos, no sabía qué hacer. Encontró un pozo de agua y se agachó para beber. Mientras se agachaba, de la alforja se le cayó un niño, que desapareció bajo el agua. Imaginaos su desesperación: no tenía manos y no podía rescatarlo.

En ese momento apareció un anciano y le dijo:

—Hunde tu brazo cortado:
Tendrás el niño y la mano.

La Reina hundió el muñón en el agua y sintió que volvía a crecerle la mano; en seguida alcanzó al niño y lo cogió en brazos. Al hacer ese movimiento su otro hijo se le deslizó de la alforja y se hundió en el agua. El anciano repitió:

—Hunde tu brazo cortado:
Tendrás el niño y la mano.

Y ella recuperó la otra mano, salvó al niño y pudo amamantar a los dos hijos. Luego el anciano la condujo a la cima de un monte donde se erguía una hermosa casa. La hizo entrar y le dijo:

—Quédate aquí, que no te faltará nada. Yo no te he de abandonar.

Dejemos a la Reina y volvamos a su marido el Rey. Concluida la guerra, volvió a casa, y cuál no fue su dolor al no encontrar a su mujer. Pidió explicaciones y le dijeron que no sabían nada: se había marchado de noche con los dos cachorros que había parido. El Rey no iba a tener paz hasta encontrarla y se puso a batir los campos.

El hermano de la Reina, mientras tanto, a causa de su arrepentimiento no había vuelto a salir de casa y se dejó crecer la barba hasta las rodillas, dolido por haber asesinado a una hermana inocente. Y a la mujer, que lo había incitado a cometer esa injusticia, la confinó a una mazmorra. Tanto insistieron sus ministros que un día lo convencieron de que saliera de cacería, al menos para estirar un poco las piernas. Una vez en campo abierto, sumido como estaba en sus pensamientos, se alejó de sus ministros y se extravió. De pronto empezó a llover y el Rey buscó refugio debajo de una encina.

Quiso la casualidad que el otro Rey, el marido que buscaba a su esposa, estuviera atravesando aquel bosque y buscara refugio bajo la encina, y así los dos se encontraron por primera vez, pues si bien ambos eran reyes nunca se habían conocido personalmente. Vieron una luz y se encaminaron hacia ella bajo la lluvia. Esa luz era nada menos que la casa del anciano, donde vivía la que era hermana de uno y mujer del otro.

Llamaron; el viejo abrió y no vaciló en ofrecerles alojamiento. Entraron y estaba la Reina: ella los reconoció, pero ellos no.

—Como llueve —dijo el viejo—, aquí han venido dos señores que necesitan guarecerse y piden tu hospitalidad.

—Con gusto —dijo ella—, en este momento estaba preparando la comida para mis hijos.

—Entonces comeremos todos juntos —dijo el viejo.

Cuando estaban a punto de terminar la cena, el viejo dijo a los dos niños:

—Niños, ahora contad una historia, así también os oiremos a vosotros. Entonces la hija, que era la más lista, empezó a hablar y contó la historia de su madre, desde el momento en que los esbirros la habían arrastrado al bosque hasta su casamiento. El hermano, a medida que escuchaba el relato, pensaba: «Pero entonces, ¡ésta es mi hermana!».

Cuando terminó la niña, empezó el varón, y contó el resto de la historia, desde el casamiento de su madre con el Rey hasta que el anciano los había llevado al monte, a la casa donde ahora vivían. El Rey al escucharlo pensaba: «Entonces esta mujer es mi esposa, estos hermosos niños son mis hijos. ¿Y por qué me escribieron que había parido dos cachorros?».

Y cuando el viejo, una vez que los dos niños terminaron de hablar, les dijo: «Esta historia, señores, es la vuestra», los dos abrazaron a la mujer, y uno pedía perdón y el otro besaba a sus hijos con lágrimas en los ojos. El viejo, que era San José, presenciaba la escena con gran alegría, y como señal de la buena acción su cayado se

cubrió de flores.

—Ahora que ya hice mi parte —dijo—, os doy mi santa bendición.

Y con estas palabras desapareció.

*(Calabria)*

# 142
# LAS TRES RECOLECTORAS DE ACHICORIA

Había una madre pobre con tres hijas mujeres. Cuando era la temporada de la achicoria, las tres muchachas iban a juntar achicoria con la madre. Un día, la madre y dos hijas marchaban delante y la hija mayor se había rezagado. Había visto una planta de achicoria de gran tamaño y se puso a tirar de ella para arrancarla. Por más que tiraba, la planta no se desprendía. Empeñó todas sus fuerzas y por fin la arrancó con tanta tierra pegada a las raíces que se abrió una fosa, y en el fondo de la fosa había un escotillón. La muchacha lo abrió. Había un cuarto subterráneo. En el cuarto, sentado en una silla, había un Dragón que decía:

—¡Mmm! ¡Huelo a carne humana! ¡Mmm!

—Por caridad —le dijo Teresa—, no me coma, somos gente pobre. Soy hija de una recolectora de achicoria y vine aquí a recoger achicoria. La miseria nos obliga a hacerlo.

—Entonces —dijo el Dragón—, quédate aquí y cuídame la casa mientras yo voy a cazar. Te dejo el almuerzo. Es una mano de hombre. Si te la comes, cuando vuelva te tomaré por esposa. Pero si veo que no te la has comido te cortaré la cabeza.

Teresa, muerta de miedo, le respondió:

—¡Sí, señor Dragón, me la comeré!

El Dragón salió a cazar y la pobre muchacha de vez en cuando iba a echarle un vistazo a esa mano que había en la olla y se retiraba espantada. «¿Y ahora qué hago?», pensaba. «¿Cómo hago yo para comerme una mano?». Al fin, como se acercaba la hora de regreso del Dragón, tiró la mano a la letrina y le echó encima una palangana de agua. «Ya desapareció», se dijo, «y el Dragón creerá que me la comí».

Volvió el Dragón.

—¿Te has comido la mano?

—Sí que me la he comido… estaba tan rica.

—Veamos —dijo el Dragón. Y gritó—: Mano, ¿dónde estás? Entonces se oyó la voz de la mano que decía:

—Estoy en la letrina.

—¡Ah, sinvergüenza! ¡La tiraste a la letrina!

Y agarró a la muchacha del brazo, la llevó a una habitación llena de cadáveres decapitados y le cortó la cabeza.

Cuando por la noche la madre volvió de recoger achicoria y no vio a Teresa, preguntó a las otras hijas:

—¿Y Teresa dónde está?

—Estuvo siempre con nosotras —dijeron las hermanas— hasta determinado momento. Después se perdió.

Y las tres recorrieron el campo, gritando: «¡Teresa! ¡Teresa!», pero nadie respondía. Volvieron a casa llorando, y aunque habían recolectado mucha achicoria para venderla y comprarse algo de comer, cada bocado de comida comprada con esa partida de achicoria les parecía veneno, pues había costado la pérdida de Teresa.

Como Teresa no volvía, su hermana Concetta dijo:

—Mamá, yo volveré a recoger achicoria a aquel mismo terreno. Así veremos si encontramos algún rastro de Teresa.

Así lo hizo, y justo en el lugar donde había dejado a Teresa vio una gran cabeza de achicoria. Se puso a tirar de ella hasta que la arrancó. Debajo de las raíces había un escotillón: Concetta bajó y encontró al Dragón sentado en una silla.

—¡Mmm! ¡Huelo a carne humana!

—¡Por caridad, no me coma! ¡Soy una pobre infeliz, y ya he perdido a mi hermana!

—Tu hermana está aquí, con la cabeza cortada porque no quiso comerse una mano de hombre. Ahora quédate tú a cuidarme la casa. Y como cena te comes este brazo de hombre. Si te lo comes, me casaré contigo; si no, te mataré como a tu hermana.

—¡Sí, señor Dragón! ¡Todo lo que diga!

El Dragón salió a cazar y Concetta, muerta de espanto, no sabía qué hacer con ese brazo, servido en un plato y aderezado con rabanitos. Pensó y pensó, y al fin cavó un hoyo para enterrarlo.

Volvió el Dragón.

—¿Te has comido el brazo?

—Claro, señor Dragón, la verdad es que estaba delicioso.

—Veamos. Brazo, ¿dónde estás?

—¡Bajo tierra! —gritó el brazo.

Y el Dragón también le cortó la cabeza a Concetta.

En casa no vieron regresar a Concetta y se desesperaron.

—Ya hemos perdido dos —decían llorando.

La tercera hija, que se llamaba Mariuzza, dijo:

—Mamá, no podemos perder así a dos hermanas: voy a buscarlas.

También ella encontró la planta de achicoria y la arrancó. También ella se

encontró con el Dragón, que le dijo:

—Tus hermanas están encerradas en esa habitación y sin cabeza. Tendrás el mismo fin si no te comes ese pie humano que te dejo en la sopera.

Y Mariuzza, muy compungida:

—Claro, señor Dragón, a sus órdenes.

El Dragón salió de cacería. Mariuzza se devanaba los sesos para encontrar una solución. Y se le ocurrió una idea: cogió el mortero de bronce y aplastó el pie con el pistadero. Lo trituró con mucho cuidado, después lo guardó en una media y se escondió la media bajo el vestido, a la altura del vientre.

Vino el Dragón.

—¿Te has comido el pie?

Mariuzza chasqueó la lengua.

—¡Si supiera lo rico que estaba! ¡Todavía me relamo los labios!

—Veamos. Pie, ¿dónde estás?

Y el pie:

—En la panza de Mariuzza.

—¡Muy bien! ¡Muy bien! —exclamó el Dragón—. ¡Me casaré contigo!

Y le entregó todas las llaves, salvo la del cuarto de los decapitados.

Para celebrar el compromiso, Mariuzza le dio de beber. Una botella primero, otra después, Mariuzza le hizo empinar media bodega, y el Dragón seguía bebiendo. Cuando lo vio bien borracho, empezó:

—¿Entonces no me das esa llave?

—Ah no, eso sí que no.

—¿Y por qué? ¿Por qué no me das esa llave?

—Porque ahí están… los muertos.

—Y si están muertos, no querrás que resuciten, ¿no?

—Yo sí que puedo hacerlos resucitar…

—¡Anda! ¡Tú!

—Sí… Yo tengo un ungüento…

—Qué vas a tener, charlatán…

—Sí, en la cómoda…

—¿Así que tú no te morirás nunca?

—Yo sí… La paloma de la jaula…

—¿Y qué tiene que ver la paloma?

—Si se le corta la cabeza a la paloma se encuentra un huevo en el cerebro… Si me parten ese huevo en la frente… yo no cuento el cuento…

Y con esas palabras apoyó la cabeza en la mesa, borracho como una cuba.

Mariuzza buscó por toda la casa hasta encontrar la paloma. Le cortó la cabeza, encontró el huevo y ¡plaf! lo partió en la frente del Dragón dormido. El Dragón se estremeció, se agitó un poco y estiró la pata.

La muchacha encontró el ungüento, abrió la habitación y se puso a untar a los

muertos. El primero era un Rey que se sacudió como si despertara de un sueño.

—¡Cómo he dormido! ¿Dónde estoy? ¿Quién viene a despertarme?

Pero Mariuzza no le prestó atención y siguió frotando a los demás con el ungüento, en primer lugar a sus hermanas, y después Reyes, Príncipes, Condes y Caballeros, algo de nunca acabar.

Y había muchos Reyes y Señores que querían casarse con las tres hermanas.

—¿Sabéis lo que tenéis que hacer? —dijo Mariuzza—. Jugad a pares y nones, y el que gane que elija a la que quiera.

Jugaron a pares y nones y ganó un Rey y eligió a la mayor, después ganó un Príncipe y eligió a la segunda, después otro Rey y se quedó con Mariuzza.

Entre tanto un Barón, muy nervioso, no se cansaba de repetir:

—¡Rápido! ¡Rápido! ¿Por qué perdéis tanto el tiempo? ¡Ahora vendrá el Dragón y nos volverá a matar!

—No tengáis miedo —dijo Mariuzza—. El Dragón ya lo he despachado yo.

—¡Viva! ¡Viva! —la aclamaron todos—. ¡Entonces no hay nada que temer!

Tomaron un caballo cada uno, se dividieron las riquezas del Dragón y llegaron a la ciudad con las novias montadas en la silla. Hicieron un gran banquete y todos fueron felices, sobre todo la mamá de las muchachas que ya no tuvo que ir a recoger achicoria.

*(Calabria)*

# 143
# LA BELLA DE LOS SIETE VESTIDOS

Había una vez un padre con dos hijos. Advirtiendo que su hora se avecinaba, llamó al hijo mayor y le dijo:

—Hijo, estoy a punto de morir, para mí no hay esperanzas; dime qué prefieres, ¿la santa bendición o una suma de dinero?

Y el hijo, sin mucha ceremonia:

—Dame el dinero, que con la bendición no como.

Después el padre llamó al hijo menor y le formuló la misma pregunta.

—Para mí el dinero no tiene mucha importancia —dijo el menor—. Prefiero tu santa bendición.

El padre murió y lo llevaron al camposanto; el menor, que sólo había recibido la santa bendición, lloraba muy compungido, mientras que el mayor, que había heredado todos los bienes, pensaba en el mejor modo de sacarles provecho. Decidió abrir un café y atender el mostrador; y el hermano menor, que se llamaba Francesco y no tenía un céntimo, se fue por el mundo en busca de fortuna.

Una noche, tras mucho caminar, vio una lucecita muy a lo lejos y dijo:

—Si Dios quiere, allá tengo que llegar.

Así llegó a una casa y llamó. Acompañada por siete damas, bajó la Bella de los Siete Vestidos y lo invitó a comer y dormir. Por la mañana la Bella trabó conversación con el joven y se prendó tanto de su apostura y sus modales que terminó por decirle que deseaba casarse con él. Era una joven muy grácil y hermosa, y se casaron pocos días más tarde.

Un día, mientras se asomaban por la ventana del jardín, la Bella le dijo a su marido:

—Francesco, ¿ves ese Sietevestidos? —Lo llamaba así porque eran siete vestidos uno dentro del otro—. ¿Ves ese Sietevestidos en el árbol?

—¡Sí que lo veo! —respondió él—. ¿Por qué me lo preguntas?

—Ahora te lo explico. Si un pájaro se posa en ese vestido y tú llegas a atraparlo, a

mí dejarás de verme. Si después, pongamos por caso, tú le disparas, el vestido saldrá volando y yo sufriré una desgracia. En ese caso, ponte un atuendo rojo que ya está preparado y recorre el mundo en mi busca. Ya pensaré después cómo podrás reencontrarme.

Sucedió un día que mientras el marido estaba cazando y disparaba a los pájaros, uno se posó justo sobre el Sietevestidos. Y él, apasionado como era por la caza, le disparó sin pensar. El Sietevestidos voló por los aires y desapareció de la vista. Francesco recordó entonces la advertencia de su mujer. Volvió de inmediato al palacio, consternado y temiendo una desgracia. La Bella al verlo le preguntó:

—¿Qué te pasa? —Y él no osaba responderle. Pero ella elevó los ojos hacia el árbol y no vio el Sietevestidos. Entonces empezó a tirarse del pelo y a exclamar—: ¡Traición! ¡Traición! Ahora vendrán a llevarme de aquí. Recuerda: si eso ocurre, vístete de rojo, no me abandones.

Dejemos a los esposos y sigamos al Sietevestidos que se había echado a volar con el disparo. Vuela que te vuela llegó a un palacio, entró por la ventana y se posó frente al escritorio de un Rey que estaba escribiendo. El Rey miró atentamente el Sietevestidos y se preguntó a qué mujer podía pertenecer. Pidió informaciones, preguntó a unos y a otros: nadie tenía noticias. Entonces una vieja, enterada de que el Rey quería saber quién era la dueña del Sietevestidos, se presentó en Palacio diciendo:

—Señores y Majestad, yo puedo encontrar a la dueña de este vestido.

—¿Qué te hace falta? —dijo el Rey.

—Esto es lo que me hace falta: prepárenme una botella de rosoli con opio y un kilo de dulces, también con opio. El resto dejadlo de mi cuenta. Además necesito una carroza con un buen cochero, y yo viajaré en ella con un puñal en el pecho.

El Rey le dio cuanto pedía y la vieja partió en carroza como una Reina.

Al llegar a cierto punto le dijo al cochero:

—Espérame aquí y ven cuando yo te llame.

Llovía, pero la vieja se dirigió derecho al palacio de la Bella de los Siete Vestidos. Golpeó el portón y bajó a abrirle el marido acompañado por las siete damas. La vieja solicitó alojamiento por una noche, porque llovía: y él la recibió cordialmente y la invitó a compartir la mesa con ellos. En la mesa la vieja sacó el rosoli y los dulces opiados y dijo:

—No son cosas dignas de personajes grandes como ustedes, pero cómanselas por amor a mí. Se casó mi hija y traje estos dulces para que también ustedes lo celebren.

No bien comieron los dulces, los esposos y los demás invitados cayeron al suelo como peras. Entonces la vieja extrae el puñal y asesta al marido una puñalada que lo traspasa de un lado al otro; después llamó al cochero, que esperaba fuera, y entre los dos, uno por la cabeza y el otro por los pies, tomaron a la Bella dormida y la subieron a la carroza. Una vez arriba, a correr, caballos, que el Rey nos espera.

El Rey, en efecto, esperaba con gran impaciencia, y cuando la vieja llegó mandó

conducir a la Bella de los Siete Vestidos a un cuarto, dejándola sola hasta que despertase. Por la mañana fue a verla y la encontró despierta y llorando su desventura. Trató de consolarla un poco y de pronto le preguntó:

—¿Cuándo quieres que nos casemos?

Ante esa salida la Bella empezó a gritar desaforadamente, y el Rey, dadas las circunstancias, optó por poner los pies en polvorosa. Al cabo de un mes volvió y repitió la misma pregunta. La Bella respondió:

—Cuando encuentres a un hombre totalmente vestido de rojo.

El Rey lanzó un suspiro de alivio y telegrafió de inmediato a todo el mundo. Pero Francesco había muerto apuñalado por la vieja y al hombre vestido de rojo no lo encontraban por ninguna parte.

Un día el hermano mayor, el que había instalado el café, cayó en la ruina y, reducido a la miseria, pensó en mudarse de ciudad para probar suerte. Sucedió que tomó el mismo camino que su hermano Francesco, y cuando las siete damas le abrieron la puerta lo tomaron por el muerto, hasta tal punto se parecían.

—¿Has resucitado? —le preguntaron.

—¿Por qué? —preguntó él, perplejo.

—¿O tal vez tenías un hermano parecido a ti?

—Sí, así es —dijo él—. ¿Pero por qué me lo preguntáis?

—Ven con nosotras y verás —dijeron las damas, y lo condujeron a un cuarto donde había un muerto. El muerto era su hermano, y apenas lo vio se echó a llorar, gritando:

—¡Hermano mío! ¡Hermano!

Las damas lo consolaron, le contaron cómo lo habían matado a traición, y le pidieron que se quedara con ellas.

Una mañana el joven estaba en la puerta y vio dos lagartos, uno grande y uno pequeño. El grande mató al pequeño; luego arrancó una hierba y con esa hierba frotó al lagarto pequeño hasta que logró resucitarlo. Al ver esto el joven pensó: «Quién sabe si untando a mi hermano con la misma hierba no conseguiría resucitarlo. Con probar no se pierde nada». Arrancó la hierba, frotó el cuerpo del hermano, y él también resucitó. En seguida preguntó por su esposa, y recordando su consejo se vistió de rojo y emprendió viaje por el mundo.

Justo ese día la Bella debía casarse con el Rey: al hombre de rojo no habían podido encontrarlo, y ella ya lo daba por muerto. Cuando Francesco llegó a la ciudad donde había de celebrarse el matrimonio, los habitantes, viendo a un joven que vestía de rojo después de tanta búsqueda inútil, lo apresaron y lo llevaron al Rey. El Rey se apresuró a decir a la Bella que habían encontrado al hombre de rojo y que por lo tanto se había cumplido la condición impuesta por ella y ningún obstáculo impedía la celebración de las bodas. La Bella respondió que necesitaba hablar con el hombre de rojo, a solas y encerrados en su habitación.

El hombre de rojo fue conducido a la cámara de la Bella, donde pasaron la noche

contándose sus desgracias y haciendo proyectos para el futuro. La Bella tenía todas las llaves del palacio, y cuando el Rey dormía su sueño más profundo ellos se levantaron, cargaron dos asnos con sacos de monedas y huyeron.

No se detuvieron hasta que la oscuridad los sorprendió y vieron un establo. Se tendieron en medio de la paja, lo mejor que pudieron, bajo un sotabanco. En el sotabanco había un borracho que roncaba como un cerdo y se revolcaba en sueños; de tanto revolcarse se cayó del sotabanco y terminó entre el marido y la mujer, hundiéndose en la paja sin despertarse ni dejar de roncar. Por la mañana, la primera en despertarse fue la Bella, quien llamó a su marido.

—Francesco, levántate, que es tarde: montemos nuestros asnos y vámonos con el dinero.

Pero en vez de despertar al marido, que dormía profundamente, había despertado al borracho, que cuando oyó hablar de dinero respondió en seguida:

—¡Sí, sí, vamos!

Aún estaba oscuro, y los dos buscaron a tientas los asnos cargados de dinero y se marcharon. Cuando llegó el día, la Bella advirtió que su acompañante no era el marido y empezó a protestar. El borracho, por toda respuesta, le dio un revés y la dejó llorando, alejándose con los asnos. La Bella no sabía cómo volver con su marido, porque en compañía del borracho había marchado un buen trecho. Desanduvo el camino hasta que llegó a un pajar y encontró un aldeano. Lloró y suplicó hasta que el otro le entregó sus ropas, y vestida de hombre pudo proseguir el viaje con menos peligro.

Del marido no encontró ningún rastro. Entonces decidió ganarse la vida como ayudante de un molinero, que era el molinero del notario del Rey. Le hacía las cuentas y escribía con bella caligrafía. El notario, al ver esa escritura elegante como no había visto jamás ninguna, preguntó al molinero quién le hacía las cuentas, y cuando supo que era un aldeano lo llevó consigo. Así la Bella empezó a hacer las cuentas para el notario, que las presentaba al Rey. También el Rey observó maravillado esas cuentas tan bien escritas y terminó por desear que ese aldeanito tan sabio estuviera a su cargo.

Mientras tanto ese Rey que quería casarse con la Bella de los Siete Vestidos había muerto: se había matado golpeándose la cabeza contra la pared cuando la mañana de la boda no había encontrado a la novia. Su Reino pasaba por sucesión a manos del Rey que había empleado al aldeanito. Este Rey llamó al aldeanito y le dio órdenes de ir a la ciudad del Rey muerto y de hacer pública en toda la comarca la noticia de que, muerto el Rey, él le sucedería como gobernador del Reino. El aldeanito respondió que si quería que él gobernase debía otorgarle derecho de vida y muerte sobre todos los ciudadanos, y el Rey se lo dio.

Cuando llegó a la ciudad del Rey muerto, hizo propagar la noticia en toda la comarca y añadió que invitaba a todos los que hubieran protagonizado un hecho interesante a presentarse al nuevo Gobernador, pues él les daría una bolsa de dinero.

Se corrió la voz y la primera en presentarse para contar su historia fue la vieja que la había secuestrado y había apuñalado a su marido.

—¡Ah, vieja degenerada! —exclamó el Gobernador—. ¿Y tienes el descaro de venir a contármelo?

La hizo arrestar, ordenó que hirvieran un caldero de agua y la arrojaran dentro.

Después de la vieja, vino el borracho y contó su historia.

—¡Ah, ladrón! —exclamó el Gobernador—. ¿Despojas a una mujer y todavía tienes el coraje de contarlo?

Lo hizo encarcelar y condenar a la horca, como ladrón peligroso. Una vez que los dos fueron condenados, también vino el marido a contar su historia.

Se reconocieron, se abrazaron con entusiasmo, y el Gobernador, quitándose las ropas de hombre, apareció vestida con el Sietevestidos, tan bella que parecía un capullo de rosa. Hicieron un gran banquete y todos permanecieron juntos, con el hermano mayor y las siete damas. A Francesco lo nombraron Rey y así concluyeron sus desventuras.

*(Calabria)*

# 144
# EL REY SERPIENTE

Un Rey y una Reina no tenían hijos. La Reina hacía votos y penitencias, pero todo era inútil. Iba por el campo y veía toda clase de animales: lagartos, pájaros, serpientes, todos con sus hijos, y decía:

—Todos los animales tienen hijos: unos tienen lagartos, otros viboritas, otros pajaritos, ¡y yo no tengo nada!

Pasó una serpiente con su nidada, que la seguía a rastras.

—¡Hasta con un hijo de serpiente me contentaría! —dijo la Reina. Sucedió entonces que la Reina se puso a esperar un hijo y toda la Corte estaba de fiesta. Llegó el día del nacimiento y le nació una serpiente. La Corte estaba consternada, pero la Reina recordó el deseo que había manifestado y comprendió que había sido satisfecho, de modo que quiso a su hijo serpiente como si fuera un niño. Lo puso en una jaula de hierro y le hacía dar de comer lo que comían ellos: sopa y un plato, a mediodía y por la noche.

La serpiente comía y crecía a ojos vistas. Cuando fue mayorcita, la camarera, una vez que bajó a la jaula para hacerle la cama, la oyó hablar. Decía:

—¡A mi padre di
Que una mujer quiero aquí,
Bella y rica!

La camarera se asustó y no quería volver a la jaula. Pero la Reina la obligó a ir para llevarle la comida y la serpiente volvió a decir:

—¡A mi padre di
Que una mujer quiero aquí,
Bella y rica!

Cuando la camarera le contó el hecho, la Reina se preguntó: «¿Qué podemos hacer?».

Llamó a un aldeano que le labraba la tierra y le dijo:

—Te doy lo que quieras con tal de que me des a tu hija.

Se celebraron las bodas. Durante el festín la serpiente se sentó en la mesa. Por la noche los recién casados fueron a dormir. A determinada hora la serpiente se despierta y pregunta a la novia:

—¿Qué hora es?

Eran alrededor de las cuatro, y la novia respondió:

—Es la hora en que mi padre se levanta, coge el arado y se va al campo.

—¡Ah, eres hija de labrador! —exclamó la serpiente, y la mató de un mordisco en la garganta.

Cuando por la mañana entró la camarera con la sopa, encontró a la novia muerta. Y la serpiente dijo:

> —¡A mi padre di
> Que una mujer quiero aquí,
> Bella y rica, bella y rica!

La Reina llamó entonces a un remendón que vivía allí enfrente y que tenía una hija. Se pusieron de acuerdo sobre la recompensa y se celebraron las bodas.

A eso de las cinco la serpiente se despertó y preguntó a la novia qué hora era.

—Es la hora —dijo ella— en que mi padre se levanta y se pone a martillear en su mesita.

—¡Ah, eres hija de remendón! —exclamó la serpiente, y la mató de un mordisco en la garganta.

Entonces la madre pidió la mano de la hija de un Emperador. El Emperador no quería que su hija se casara con una serpiente, y lo consultó con su mujer. Esta mujer era la madrastra de la muchacha y no veía la hora de quitársela de encima; así que convenció al marido de que entregara su hija al Rey Serpiente. La hija del Emperador fue a la tumba de la madre y le preguntó:

—Mamá, ¿qué puedo hacer?

Y su madre respondió desde la tumba:

—Cásate con la serpiente si no hay más remedio, hija mía. Pero el día de la boda ponte siete vestidos, uno encima de otro. Y cuando llegue la hora de acostarte, di que no quieres camareras, que te desvestirás sola. Cuando estés a solas con la serpiente dile: «Lin vestido me quito yo, un vestido te quitas tú». Y te despojarás del primer vestido y la serpiente de la primera piel. Y luego dirás otra vez: «Un vestido me quito yo, un vestido te quitas tú», y la serpiente se despojará de la segunda piel, y así sucesivamente.

Todo sucedió tal como había dicho la muerta: a cada vestido que ella se quitaba la serpiente se despojaba de una piel, hasta que al deshacerse de la séptima apareció un joven de belleza nunca vista. Se acostaron. A eso de las dos el joven preguntó:

—¿Qué hora es?

Y la novia:

—La hora en que mi padre vuelve del teatro.

Y al rato:

—¿Qué hora es?

—La hora en que mi padre empieza a cenar.

Y cuando despuntó el día:

—¿Qué hora es?

—La hora en que mi padre pide el café.

Entonces el Reyecito la abrazó y dijo:

—Tú eres mi esposa, pero no digas a nadie que de noche me convierto en cristiano, si no, me perderás.

Y se transformó en serpiente.

Una noche la serpiente dijo:

—Si quieres que también de día me vuelva cristiano, debes hacer lo que te diga.

—Lo que quieras, esposo mío.

—Todas las noches, en la Corte, tocan y bailan. Tienes que ir. Todos te invitarán a bailar, pero no bailes con nadie. Cuando veas entrar un caballero vestido de rojo, ése seré yo. Levántate de tu silla y ponte a bailar conmigo.

Llegó la hora en que se hacía vida social en la Corte. La Princesa fue a sentarse en la sala. Pronto se le acercaron Príncipes y Marqueses para invitarla a bailar, pero ella dijo que estaba muy cómoda sentada y que no quería levantarse. Al Rey y a la Reina les pareció que tal vez era un poco ofensivo para quienes la habían invitado, pero pensando que lo hacía por consideración a su esposo, que no podía ir a bailar, no le dijeron nada.

De pronto irrumpió en la sala el caballero vestido de rojo. La Princesa se incorporó, se puso a bailar con él, y con él bailó toda la noche. Concluida la fiesta, el Rey y la Reina, no bien estuvieron a solas con la nuera, le tiraron de los pelos.

—¿Pero qué has hecho? ¡Rechazar las invitaciones de todos y luego ponerte a bailar con ese desconocido! ¿A nosotros nos haces esa afrenta?

Cuando se fue a acostar, la esposa contó a la serpiente que los padres la habían maltratado.

—No importa —dijo el esposo—. Durante tres noches debes soportarlo, y al cabo de la tercera noche seré hombre para siempre. Mañana por la noche vendré vestido de negro. Baila sólo conmigo, y si recibes una tunda, recíbela por amor a mí.

Por la noche la Princesa volvió a rechazar todas las invitaciones. Pero en cuanto entró el caballero vestido de negro se puso a bailar con él.

—¿Todas las noches tendremos que soportar este escándalo? —le dijeron los suegros—. ¿Así nos obedeces?

Empuñaron un bastón y «¿De dónde vengo? ¡Vengo del molino!»[7].

El marido, cuando ella le contó todo llorando y gimiendo de dolor, dijo:

—Querida mía, ten paciencia, que mañana es la última noche. Yo vendré vestido de monje.

Y la tercera noche, tras haber rechazado a todos los notables de la Corte, la Princesa se puso a bailar con el monje. El Rey y la Reina no podían más de vergüenza. Empuñaron dos bastones y delante de todos los invitados ¡tiritún! ¡tiritán! empezaron a aporrearla a ella y al monje.

Bajo esa granizada de palos, el monje primero trató de resguardarse, pero como no pudo de pronto se convirtió en pájaro, un pajarraco grande que destrozó los cristales de las ventanas y se alejó volando.

—¿Qué habéis hecho? —dijo la esposa—. ¡Era vuestro hijo!

Cuando supieron que con sus golpes habían impedido que el hijo se librara del encantamiento y se transformara en hombre para toda la vida, el Rey y la Reina empezaron a tirarse de los pelos, a abrazar a la nuera y a pedirle perdón.

Pero la Princesa dijo:

—No hay tiempo que perder.

Cogió dos sacos de monedas y se fue en persecución del pájaro. Encontró un cristalero que lloraba ante una pila de cristales rotos.

—¿Qué te pasa buen hombre?

—Pasó un pájaro enfurecido y me rompió la cristalería.

—¿Y cuánto podría costar toda la cristalería? Porque el pájaro es mío.

—Según mi patrón costaba cincuenta liras.

La Princesa abrió un saco y le pagó.

—Ahora dime hacia dónde fue.

—¡Voló derecho hacia ese lado!

Caminó hasta llegar a la tienda de un orfebre. El patrón no estaba; estaba el empleado, y lloraba. La Princesa le dijo:

—¿Qué te pasa buen hombre?

—Pasó un pájaro enfurecido y me causó todo este destrozo. Cuando vuelva el patrón me mata.

—¿Y cuánto vale todo este oro?

—¡Déjame tranquilo, que ya tengo bastantes problemas!

—No, quiero pagarte, porque el pájaro era mío.

El empleado contó todos los precios, hizo una suma que no terminaba nunca.

—Los destrozos suman seis mil liras.

—Toma. ¿Y hacia dónde fue el pájaro?

—Siempre derecho.

La Princesa se puso en camino y el empleado con tres mil liras le pagó al patrón y el resto se lo guardó y compró una tienda por cuenta propia.

La Princesa reemprendió la marcha hasta llegar a un árbol, y en ese árbol, entre multitud de pájaros, reconoció a su esposo.

—¡Esposo mío! —le dijo—. ¡Vuelve a casa conmigo! —Pero el pájaro no se movía. La Princesa se encaramó al árbol—. ¡Vuelve a casa conmigo, esposo mío! —Y se puso a llorar y a suplicarle de tal forma que hubiera conmovido hasta a las

piedras.

Todos los otros pájaros que estaban posados en el árbol sintieron piedad, y le decían:

—Pero hombre, ¿por qué no vas con tu mujer?

Pero el pájaro por toda respuesta le dio un picotazo a su mujer y le vació un ojo. Ella continuaba suplicando y llorando con el otro ojo, y el pájaro le dio un picotazo en el otro ojo y se lo arrancó.

—No puedo ver —decía la pobre—. ¡Esposo mío, acompáñame!

Y el pájaro le cortó las manos con dos picotazos más.

Luego se alejó volando, se posó en el tejado del palacio de su padre y su madre y volvió a ser cristiano. En la Corte se hicieron grandes celebraciones, y la madre le decía:

—¡Hiciste bien en matar a esa mala mujer!

Mientras tanto la Princesa caminaba a tientas, diciendo:

—¡Qué será de mí, manca de los dos brazos y ciega de los dos ojos!

Encontró una viejecita que le preguntó:

—¿Qué te pasa, linda muchacha?

La Princesa le contó su historia y la viejecita, que era la Virgen, dijo:

—Hunde los brazos en este manantial. —Ella sumergió los muñones y le volvieron a crecer las manos—. Ahora lávate la cara —dijo la Virgen. Se lavó la cara y le crecieron los ojos—. Y toma esta varita. Tendrás todo cuanto desees.

La Princesa pidió un hermoso palacio frente al del Rey, y al momento tuvo un palacio revestido de brillantes por dentro y por fuera, con una gallina de oro y sus pollitos paseándose por todas las habitaciones, con pájaros también de oro que revoloteaban bajo el techo, con camareros y porteros vestidos de oro; y ella estaba sentada en una poltrona con baldaquín con velos por delante.

Por la mañana el hijo del Rey se asomó y vio el palacio.

—Papá, papá —dijo—, ¡qué maravilla de palacio! —Y dondequiera que miraba veía animales de oro que caminaban y volaban—. ¡Qué grandes señores han de ser para haber edificado semejante palacio en una noche!

En ese momento la Princesa se levantó y se asomó entre los velos, y el hijo del Rey la vio.

—¡Papá, papá, qué joven maravillosa! ¡Me quiero casar con ella!

—¡Vamos, quién sabe quién será! ¡Justo contigo se va a casar! Ni siquiera lo intentes, no vale la pena.

Pero el hijo del Rey se había encaprichado y le envió un retazo de cañamazo recamado en oro. Su hermosa vecina lo cogió y se lo tiró a la gallina y a sus pollitos. La camarera fue a contárselo al Príncipe.

—¡No te quiere, te lo decimos nosotros! —insistían el Rey y la Reina.

—¡Pero yo sí!

Y le mandó un anillo. Ella se lo dio a los pájaros para que lo picotearan. La

camarera dijo que no quería volver a ese palacio porque le daba vergüenza.

Entonces el Príncipe, piensa que te piensa, mandó fabricar un ataúd, se tendió dentro y ordenó que lo condujeran bajo las ventanas de su vecina. Ella al verlo en el ataúd bajó; cuando se inclinó sobre el ataúd, él se incorporó y la reconoció.

—¡Esposa mía! ¡Qué feliz soy de haberte reencontrado! ¿Por qué no vuelves a nuestro palacio?

La mujer lo miraba con dureza.

—¿No te acuerdas de lo que me hiciste?

—Era víctima de un encantamiento, esposa mía.

—Pero para salvarte yo bailé tres noches contigo, y tus padres me apalearon.

—Si no lo hubieras hecho, yo seguiría siendo una serpiente.

—¿Y cuando eras pájaro, eras serpiente todavía? ¡Me arrancaste los ojos y me cortaste las manos a picotazos!

—Si no lo hubiera hecho seguiría siendo pájaro, esposa mía.

Ella lo pensó un poco, y al fin dijo:

—En ese caso tienes razón. Volvamos a ser marido y mujer.

El Rey y la Reina, cuando se enteraron de toda la historia, le pidieron perdón, invitaron también a su padre el Emperador y durante un mes entero tocaron música y bailaron.

*(Calabria)*

# 145
# LA VIUDA Y EL BANDIDO

Una vez había una pobre viuda que tenía un hijo varón, e iban buscando trabajo. Por la calle, el hijo arrojaba piedras a los pájaros y los cazaba. De noche la oscuridad los sorprendió cerca de una montaña. El hijo encendió el fuego y dijo a la madre:

—Quédate aquí y guisa estos pájaros que yo voy a ver si atrapo algún otro.

Se alejó por el campo y llegó a un lugar donde había una estatua. Esta estatua tenía una cuerda en la mano, y debajo de los pies una inscripción rezaba: «Quien tome esta cuerda y se la ciña en la cintura tendrá tanta fuerza que nadie podrá vencerlo».

El muchacho cogió la cuerda y se la ciñó en la cintura. De pronto sintió que le venía una fuerza, una fuerza, que tiró de un árbol y lo arrancó con raíces y todo.

Pero dejemos al hijo y volvamos con la madre. Cerca de la fogata pasó un bandido a caballo. Vio a la viuda, se le acercó y empezó a decirle si quería subirse a su caballo.

—Déjame en paz —dijo la viuda—, que ahora viene mi hijo y te matará.

Pero esa mujer, que todavía era joven y hermosa, al bandido le gustaba y no quería dejarla.

—¡Vamos, mujer! —le decía—. ¿Qué puede hacerme tu hijo?

Justo en ese momento llegó el muchacho, con la cuerda en la cintura. Y el bandido:

—¿Ese es tu hijo, o falta una parte?

—¿Quién eres? —preguntó el hijo—. ¿Qué andas buscando?

—Ando buscando que te quiero reventar —dijo el bandido.

—Entonces ten cuidado —dice el muchacho, y le propina un puñetazo que le hace caer del caballo. Después le corta la cabeza, cava una fosa y entierra la cabeza y el cuerpo. Ese fue el fin del bandido. El caballo se lo quedó para él y lo montó—. Ahora me vuelvo a ir —le dijo a su madre—. Espera mi regreso.

Y se alejó al galope.

Galopó hasta llegar a un campo donde había un palacio muy alto.

Dio una vuelta a su alrededor, y no tenía puertas. Dio otra vuelta y esta vez encontró una puerta abierta de par en par. Ató el caballo, entró y subió. Había una mesa servida con siete platos y siete panes; los platos estaban llenos de comida y las botellas estaban llenas de vino. Comió un poco de cada plato, mordisqueó un poco de cada pan y bebió un poco de vino de cada botella. Luego fue a buscar un sitio para esconderse y ver quién venía, y encontró un cuarto donde había cadáveres de cristianos cubiertos de sal.

Mientras estaba allí subieron seis bandidos, se sentaron a la mesa y uno dijo:

—¡A mí me falta un poco de comida del plato!

—¡A mí también! —dijo otro.

—¡A mí también! —dijeron todos.

Pero no sabían qué pensar y se pusieron a comer como de costumbre. Después de comer se dieron cuenta de que una silla estaba desocupada. Se contaron y comprobaron que eran seis.

—¿Pero no teníamos que ser siete? —dijeron—. Uno de nosotros no ha regresado.

—Aquí hay algo que no funciona —dijo uno de ellos—. Debe de estar muerto.

Y otro:

—Voy a ver si hay novedades en la sala de la abundancia.

La sala de la abundancia era ese cuarto donde guardaban en sal a los cristianos asesinados. El muchacho se había escondido detrás de la puerta; tan pronto como entró el bandido, lo sujetó por el cuello y le cortó el pescuezo; después lo tiró abajo, a la caballeriza.

Los otros cinco, al ver que su compañero no volvía, se preocuparon y mandaron a otro a buscarlo. El muchacho también le cortó el pescuezo. Así, uno por uno, los despachó a los seis.

El muchacho fue a llamar a su madre, la llevó al palacio y se alojaron allí. El hijo iba todos los días a cazar y la madre se quedaba en casa; nunca le faltaba de comer y beber.

Un día, mientras el hijo estaba cazando, pasó un bandido, entró en la casa, vio a la viuda y le dijo:

—¿Qué haces aquí sola?

—¿Sola? —dijo la mujer—. Espero a mi hijo, que se fue de cacería.

Entablaron conversación y, palabra va, palabra viene, se enamoraron.

A partir de ese día, cuando el hijo salía a cazar, el bandido entraba para verse con la viuda. Pero la viuda siempre le decía:

—Anda con cuidado, porque si mi hijo nos descubre nos matará a los dos.

Y el bandido empezó a decir:

—¿Por qué no lo quitamos de en medio?

—Pero es mi hijo —dijo la viuda—. ¡Fui yo quien lo trajo al mundo!

—¿Y qué? Así como lo trajiste, ¿no serías capaz de llevártelo?

Y la miserable respondió:

—Aconséjame lo que hay que hacer.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —dijo entonces el bandido—. Finge que estás enferma y dile que te hace falta un poco de leche de leona. El irá a buscar la leche de la leona, el león se lo comerá, y nosotros nos quedaremos solos y podremos vivir tranquilos.

La viuda siguió sus indicaciones; se fingió enferma y dijo:

—Si no tomo un poco de leche de leona me moriré.

—Sí, mamá —respondió el hijo—. Voy a buscarla y te la traigo.

Fue al bosque y se encontró con el león.

—Compadre —le dijo el león—, ¿qué andas buscando por estos lugares?

—Compadre león —repuso él—, he venido a buscar un poco de leche de la comadre leona, que la necesito para mi madre enferma.

—Sí, compadre —le dijo el león. Le llenó una botella de leche y añadió—: Compadre, también te doy este leoncito. Guárdalo bien, porque te será de gran ayuda.

El muchacho volvió con su madre llevándole una botella de leche de leona y un leoncito. La madre se asustó mucho; después se bebió la leche y dijo que estaba curada. Al día siguiente el hijo se fue a cazar con el leoncito y el bandido entró en la casa.

—¿Sabes una cosa? —dijo la madre—. Mi hijo ha vuelto con la leche de leona y un leoncito.

—Finge que estás enferma de nuevo —dijo el bandido— y dile que quieres leche de osa. El irá, el oso se lo comerá y nosotros podremos vivir tranquilos.

El hijo fue a buscar la leche de osa. Cuando llegó donde vivía el oso, el oso le dijo:

—Compadre, ¿qué has venido a hacer aquí?

—Compadre oso —respondió él—, he venido a verte porque mi madre está enferma y quiere un poco de leche de comadre osa para curarse.

—Sí, compadre —dijo el oso; le llenó una botella de leche y le dio un osezno—. Llévate este osezno y verás qué gran ayuda te prestará.

La madre, al verlo volver con la leche de osa y el osezno, creyó que le faltaba el aliento.

Cuando se lo contó al bandido, éste dijo:

—Este hijo tuyo debe de ser una especie de diablo. ¿Sabes lo que tienes que hacer? Finge que te has vuelto a poner enferma y dile que quieres leche de la tigresa. Esta vez no podrá salir con vida.

El hijo, que no sospechaba que lo estaban traicionando, partió en busca de la leche de tigresa. Cuando la tigresa lo vio llegar le dijo:

—Compadre, ¿qué haces por aquí?

—Comadre tigresa, vine porque tengo a mi madre enferma y quiere un poco de tu

leche.

—Sí, compadre —dijo la tigresa, y le llenó una botella—. Llévate también este tigrecito, que un día te ayudará.

Cuando la madre lo vio llegar con la leche de tigresa y un tigrecito también se dijo: «¡Este hijo mío debe de ser un diablo!».

El bandido ya no sabía qué pensar.

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —dijo a la mujer—. Dile que te lleve a ver el establo. En el establo hay una cadena gruesa. Ponte a juguetear con la cadena y empieza a sujetarlo como si fuera una broma. El te dejará hacer. Lo atarás bien fuerte. Yo estaré ahí escondido y en cuanto lo hayas atado saldré para matarlo.

En el establo, la madre logró sujetar al hijo con la cadena. El bandido irrumpió con su cuchillo, pero el muchacho en cuanto lo vio se puso a gritar:

—¡Leoncito! ¡Osezno! ¡Tigrecito! ¡Comeos a este bandido!

El leoncito, el osezno y el tigrecito se abalanzaron sobre el bandido y lo devoraron. El muchacho tensó los brazos y logró romper la cadena y liberarse. La madre ya había huido y se había escondido debajo de la cama.

—¡Leoncito! ¡Osezno! ¡Tigrecito! —dijo el muchacho—. ¡Comeos a esa traidora en tres bocados!

Y ése fue el fin de la madre traidora.

El muchacho montó a caballo y con el leoncito, el osezno y el tigrecito partió en busca de fortuna.

*(Griegos de Calabria)*

# 146
# EL CANGREJO DE LOS HUEVOS DE ORO

Una vez había un albañil, casado y con dos hijos varones. Cayó enfermo y tuvo que dejar de trabajar. Gastó todos sus ahorros, empezó a vender todo lo que tenía, hasta las tejas del tejado. Un día en que la familia se había quedado sin nada para comer, dijo:

—Voy a cazar, a ver si doy con algún pajarito.

Pájaros no vio ninguno, pero cuando regresaba vio un cangrejo tendido sobre una piedra. Lo atrapó con vida y lo guardó en el morral. «Se lo llevaré a mis hijos para que jueguen», se dijo.

Los hijos lo encerraron en una jaulita. Por la mañana vieron que había puesto un huevo. Se lo llevaron a su padre, y el padre dijo:

—¡Es de oro!

Lo llevó a vender y ganó seis ducados. El cangrejo ponía un huevo cada noche y el albañil, con seis ducados al día, en poco tiempo amasó una fortuna.

Cerca del albañil vivía un sastre. Empezó a decirse: «¿Qué habrá hecho este albañil para juntar tanto dinero?». Y empezó a espiarlo. Espía hoy, espía mañana, comprendió que el cangrejo era el origen de esas riquezas. El sastre tenía tres hijos, dos varones y una mujer. «Podría hacer que mi hija se casara con el hijo del albañil», pensó.

Se concertaron las bodas.

—Yo a mi hija le doy una dote —dijo el sastre—, pero a tu hijo por dote tienes que darle el cangrejo.

—Sí —respondió el albañil—, siempre que se lo quede mi hijo. Cuando el sastre echó mano al cangrejo lo miró por todas partes y vio que en el vientre tenía una inscripción. El sastre sabía leer, y leyó la inscripción:

«Quien se coma el cangrejo y coma el caparazón, un día será Rey; quien se coma el cangrejo y coma las patas, cada mañana encontrará un saco de monedas debajo de la almohada».

Cuando vio lo que decía el vientre del cangrejo, el sastre pensó: «¡Tengo que dar de comer este cangrejo a mis dos hijos!».

Lo mató y lo puso a asar en la parrilla, luego fue a llamar a sus hijos. En cuanto salió entraron los hijos del albañil: vieron el cangrejo en la parrilla y se les hizo la boca agua.

—Comámoslo —dijeron—, tú el caparazón y yo las patas.

Así lo hicieron. Volvió el sastre y no encontró el cangrejo. Se armó un gran alboroto y no se habló más de matrimonio. Los dos hijos del albañil, impresionados por la gresca que habían provocado, dijeron:

—Vámonos por el mundo.

Y partieron.

En la primera aldea se alojaron en un mesón. Por la mañana el hermano menor se despertó y encontró un saco de monedas debajo de la almohada.

—Hermano —dijo—, aquí se han creído que somos unos ladrones. La mesonera, para tentarnos, nos ha puesto aquí esta bolsa de monedas. —Y fue a devolvérselo a la mesonera, diciendo—: No somos ladrones que merezcamos esta prueba.

La mesonera no sabía de qué le hablaban, pero como era rápida y astuta se calló la boca y aceptó la bolsa.

—Ya, ya —dijo—, tengo la costumbre de dejarme el dinero en cualquier parte.

Al día siguiente, el hermano menor vuelve a encontrar una bolsa igual debajo de la almohada.

—Aquí siguen sospechando de nosotros —dijo él—. Mejor nos vamos.

Y también le llevó la bolsa a la mesonera.

—No la dejé por malicia —dijo la mujer cogiendo la bolsa—, soy tan distraída.

Pero los hermanos pidieron la cuenta, pagaron y partieron. La noche los sorprendió en un bosque y durmieron con la cabeza sobre una piedra. Por la mañana, junto a la piedra, otro saco de monedas.

—¡Hasta aquí ha llegado esa maldita mesonera! —exclamó el hermano menor—. ¡Esta noche no le devolvemos nada, así aprenderá!

Pero como todas las mañanas, dondequiera que durmiera, aparecía la bolsa, comprendió que no era la mesonera sino su fortuna.

Al llegar a una encrucijada los dos hermanos decidieron tomar cada cual por su lado.

—Toma este cuchillo —le dijo el menor al mayor—. Mientras tenga brillo, quiere decir que estoy bien; si se empaña, llórame porque habré muerto.

—Toma esta botella de agua —dijo el mayor—. Mientras siga límpida, quiere decir que estoy bien; si se enturbia, llórame porque habré muerto.

Se repartieron las monedas y se despidieron.

El mayor llegó a una ciudad donde había muerto el Rey. Dijo el Consejo de los Ministros:

—Hagamos lo siguiente: echemos a volar un palomo; aquel a quien se le pose en

la cabeza lo nombraremos Rey.

Se posó en la cabeza del hermano mayor. Se vio rodeado de carrozas, soldados, músicos. Lo condujeron a Palacio, lo vistieron de Rey, le pusieron la corona. Y empezó a gobernar.

El menor llegó a otra ciudad y se alojó en una posada frente al palacio de una Princesa. Esta Princesa estaba sola, sin marido, y se pasaba los días asomada al balcón. Desde el balcón vio al hermano menor asomado al balcón de la posada, entablaron conversación. Charla va charla viene, la Princesa le dijo:

—Si me concedes el honor, te espero en casa para que nos divirtamos un poco.

—El honor es mío —respondió el joven.

Fue a casa de la Princesa y ella le dijo:

—Juguemos a las cartas, para pasar el tiempo.

Empezaron a jugar, pero la Princesa ganaba todas las partidas. El joven perdía una moneda tras otra pero nunca se le terminaban porque todas las mañanas encontraba el saco de monedas debajo de la almohada. Y la Princesa no acertaba a entender cómo podía ser tan rico. Le preguntó a una maga, y la maga le explicó:

—Este forastero tiene una virtud y por eso su fortuna nunca se agota. Tiene en el cuerpo medio cangrejo gracias al cual todas las mañanas encuentra un saco de monedas debajo de la almohada.

—¿Y qué podría hacer yo para conseguir esa virtud? —preguntó la Princesa.

—Sigue mis indicaciones —dijo la maga—, sírvele un vaso de vino con esta medicina dentro. Esta medicina le hará vomitar todo lo que tiene en el cuerpo, y también vomitará el medio cangrejo. Lavarás con cuidado el medio cangrejo y te lo comerás. Por la mañana el saco de monedas aparecerá debajo de tu almohada y no de la suya.

La Princesa siguió las indicaciones y ahora la bolsa la encontraba ella. El joven se quedó en la ruina; vendió todas sus pertenencias y siguió recorriendo el mundo. De tanto viajar, no podía más de hambre. Se tendió en un prado y por masticar algo extendió la mano, arrancó una hierba y se la comió. Era una especie de achicoria: no bien hincó el diente en ella se transformó en asno. «Si me he convertido en asno», pensó, «al menos no tendré más hambre, pues me alimentaré de hierba». Y se puso a mordisquear una hierba parecida a una especie de col. Apenas le hubo hincado el diente, volvió a convertirse en hombre. «Estas hierbas pueden ser mi fortuna», pensó; recogió un poco de la que hacía transformar a la gente en asno y un poco de la que le devolvía la forma humana, se vistió de hortelano y fue a pregonar bajo la ventana de la Princesa:

—¿Quién quiere achicoria?

La Princesa lo llamó, vio las achicorias blancas y tiernas, se las llevó en seguida a la boca y se transformó en burra. El joven se apresuró a ponerle un cabestro y a bajarla por las escaleras de palacio sin que nadie se diera cuenta de que era la Princesa.

Montado en la grupa de la burra llegó a un sitio donde había muchos hombres que trabajaban para el Rey. Fue contratado con su burra y le hacía llevar doble carga de piedras, obligándola a avanzar a golpes.

—¿Por qué tratas así a esa pobre burra? —le decían los demás.

—Porque se me antoja —respondía. Los otros fueron a contárselo al Rey.

El Rey lo llamó.

—¿Por qué quieres arruinar así a esa bestia?

—Porque se lo merece —dijo el joven, pero mientras tanto había visto que el Rey llevaba un cuchillo en la cintura, y era el cuchillo que él había dado a su hermano mayor.

—Dame el dinero que te di en la encrucijada —le dijo.

Y el Rey:

—¿Cómo te atreves a hablarle así a un monarca?

—¿Y cómo te voy a hablar? Te he reconocido: ¡eres mi hermano! ¡Esta es la botella que tú me diste!

Y los hermanos se reconocieron y se arrojaron uno en brazos del otro. El menor le contó la historia de la burra que era una Princesa.

—Si te devuelve el medio cangrejo —dijo el hermano Rey—, devuélvele su forma de mujer.

Le dieron a la burra la medicina que hacía vomitar todo lo que se tenía en el vientre y ella vomitó el medio cangrejo. Después le dieron la hierba parecida a la col y volvió a ser mujer.

El Rey a su hermano lo nombró general, y yo seguí viviendo tal cual.

*(Griegos de Calabria)*

# 147
# COLA PEZ

Una vez había en Mesina una madre que tenía un hijo llamado Cola[8] que se pasaba el día bañándose en el mar. La madre lo llamaba desde la orilla:

—¡Cola! ¡Cola! Ven a tierra, ¿qué haces? ¿Te crees que eres un pez?

Y él nadaba cada vez más lejos. A la pobre madre le daban retortijones de tanto gritar. Un día la hizo gritar tanto que la pobrecita, cuando ya no pudo más, le mandó una maldición:

—¡Cola! ¡Ojalá te conviertas en pez!

Se ve que ese día las puertas del Cielo estaban abiertas, y la maldición de la madre fue escuchada: en un instante Cola fue medio hombre y medio pez, con los dedos palmeados como un pato y la garganta de una rana. Cola nunca volvió a tierra y la madre se desesperó tanto que al poco tiempo murió.

El rumor de que en Mesina había alguien medio hombre y medio pez llegó a oídos del Rey; y el Rey ordenó a todos los marineros que si veían a Cola Pez le dijeran que el Rey quería hablar con él.

Un día, un marinero que navegaba en alta mar lo vio pasar nadando a su lado.

—¡Cola! —le dijo—. ¡El Rey de Mesina te quiere hablar!

Y Cola Pez nadó al Palacio del Rey sin pérdida de tiempo.

El Rey, al verlo, lo recibió con mucha amabilidad.

—Cola Pez —le dijo—, tú que eres tan buen nadador deberías dar una vuelta alrededor de toda Sicilia para decirme dónde el mar es más hondo y qué es lo que se ve ahí abajo.

Cola Pez obedeció y se puso a nadar alrededor de Sicilia. Al cabo de un tiempo regresó. Contó que en el fondo del mar había visto montañas, valles, cavernas y peces de todas clases, y que sólo había tenido miedo al pasar junto al Faro, pues allí no había podido encontrar el fondo.

—¿Y entonces Mesina sobre qué se levanta? —preguntó el Rey—. Debes bajar a ver sobre qué se sostiene.

Cola se zambulló y estuvo un día entero debajo del agua. Después subió a la superficie y dijo al Rey:

—Mesina se levanta sobre un peñasco, y ese peñasco está sostenido por tres columnas: una sana, una resquebrajada y una rota.

*¡Ay, Mesina, Mesina,*
*Te derrumbarás un dial*

El Rey se quedó pasmado, y quiso llevarse a Cola Pez a Nápoles para ver el fondo de los volcanes. Cola bajó y luego contó que primero había encontrado agua fría, después agua caliente y que en algunos lugares también había manantiales de agua dulce. El Rey no quería creerle y entonces Cola pidió que le dieran dos botellas y fue a llenar una con agua caliente y otra con agua dulce.

Pero el Rey se había quedado con ese pensamiento que no le dejaba en paz, que en el Cabo del Faro el mar no tenía fondo. Llevó a Cola Pez de vuelta a Mesina y le dijo:

—Cola, debes decirme qué profundidad tiene el mar aquí en el Faro, más o menos.

Cola descendió y permaneció dos días abajo, y cuando volvió a la superficie dijo que no había visto el fondo, porque había una columna de humo que surgía de debajo de un peñasco y enturbiaba las aguas.

El Rey, que no podía más de la curiosidad, dijo:

—Arrójate de la cúspide de la Torre del Faro.

La Torre estaba justo en el extremo del promontorio y en aquellos tiempos siempre había alguien de guardia, y cuando había mucha corriente tocaba una trompeta e izaba una bandera para avisar a las naves que se internaran en mar abierto. Cola Pez se lanzó desde arriba. El Rey esperó un día, dos, esperó tres, pero Cola Pez no aparecía. Finalmente emergió, pero estaba pálido como un muerto.

—¿Qué pasa, Cola? —preguntó el Rey.

—Pasa que estoy muerto de susto —dijo Cola—. ¡Vi un pez tan grande que sólo en la boca le cabía un barco entero! Para que no me engullera tuve que esconderme detrás de una de las tres columnas que sostienen Mesina.

El Rey lo escuchó con la boca abierta; pero aquella maldita curiosidad de saber a qué profundidad llegaba el Faro no se le había pasado. Y Cola:

—No, Majestad, no me vuelvo a tirar, me da miedo.

Al ver que no lograba convencerlo, el Rey se quitó la corona de la cabeza, tan llena de piedras preciosas que encandilaba los ojos, y la arrojó al mar.

—¡Ve a buscarla, Cola!

—¿Qué habéis hecho, Majestad? ¡La corona del Reino!

—Una corona como no hay otra en el mundo —dijo el Rey—. ¡Cola, tienes que ir a buscarla!

—Si ése es vuestro deseo, Majestad —dijo Cola—, bajaré. Pero el corazón me

dice que no volveré nunca. Servidme un plato de lentejas. Si sobrevivo, subiré a la superficie; pero si veis subir las lentejas es señal de que no volveré nunca más.

Le dieron las lentejas y Cola se zambulló en el mar.

Espera que te espera; después de tanto esperar, las lentejas subieron a la superficie. A Cola Pez todavía lo están esperando.

*(Palermo)*

# 148
# GRÀTTULA-BEDDÀTTULA

Una vez había un mercader con tres hijas ya mayorcitas: la primera Rosa, la segunda Giovanna, y la tercera Ninetta, la más bonita de las tres.

Un día al mercader se le presentó un buen negocio y volvió a casa pensativo.

—¿Qué pasa, papá? —preguntaron las muchachas.

—Nada, hijas mías: se me ha presentado un gran negocio, y no puedo ir por no dejaros solas a vosotras.

—¿Y su señoría se preocupa? —le dijo la mayor—. Su señoría encárguese de dejarnos provisiones para todo el tiempo que vaya a estar ausente, haga tapiar las puertas con nosotras dentro y cuando Dios quiera nos volveremos a ver.

Y eso fue lo que hizo el mercader: compró provisiones en cantidad, y dio órdenes a uno de sus sirvientes para que todas las mañanas llamara a la hija mayor desde la calle y le hiciera los recados. Al despedirse preguntó:

—Rosa, ¿qué quieres que te traiga?

Y ella:

—Un vestido color cielo.

—¿Y tú, Giovanna?

—Un vestido color diamante.

—¿Y tú, Ninetta?

—Yo quiero que su señoría me traiga un racimo de dátiles en un tiesto de plata. Y si no me lo trae, que la nave no pueda andar ni para adelante ni para atrás.

—¡Ah, desgraciada! —le dijeron las hermanas—. ¿Pero no te das cuenta de que puedes hacer que caiga un hechizo sobre tu padre?

—Pero no —dijo el mercader—, dejadla en paz, que esto son cosas de niña.

El mercader zarpó y desembarcó en el sitio indicado. Hizo ese gran negocio, y luego fue a comprar el vestido para Rosa y el vestido para Giovanna, pero el racimo de dátiles para Ninetta se le olvidó. Cuando se embarca y se encuentra en medio del mar, lo sorprende una terrible borrasca: rayos, relámpagos, truenos, agua, olas, y el

barco no podía andar ni para adelante ni para atrás.

El capitán se desesperaba.

—¿Pero de dónde ha salido este temporal?

Entonces el mercader, que se había acordado del hechizo de su hija, dijo:

—Capitán, me olvidé de cumplir un encargo. Si queremos salvarnos, giremos el timón.

Que sí que no, en cuanto giraron el timón el tiempo cambió y volvieron a puerto viento en popa. El mercader desembarcó, compró el racimo de dátiles, lo plantó en un tiesto de plata y regresó a bordo. Los marineros izan las velas, y en tres días de plácido viaje la nave llegó a destino.

Entre tanto, mientras el mercader estaba de viaje, las tres muchachas se encontraban en la casa con las puertas tapiadas. No les faltaba nada, e incluso había un pozo en el patio y siempre podían ir a sacar agua. Ocurrió que un día a la mayor se le cayó el dedal en el pozo.

—No os angustiéis, hermanas —dijo Ninetta—. Bajadme al pozo y os traeré el dedal.

—¿Bajar al pozo? ¿Estás bromeando? —le dijo la mayor.

—Sí, voy a bajar a buscarlo.

Y las hermanas la bajaron.

El dedal se balanceaba a flor de agua y Ninetta lo alcanzó, pero al alzar la cabeza vio un resquicio en la pared del pozo, por donde se veía una luz. Quitó un ladrillo y en el otro lado vio un hermoso jardín con toda clase de flores, árboles y frutos. Desprendiendo los ladrillos abrió una entrada y se introdujo en el jardín, y allí tenía las mejores flores y las mejores frutas a su disposición. Se llenó el delantal, salió otra vez al fondo del pozo, volvió a colocar los ladrillos, gritó a las hermanas:

—¡Subidme! —Y volvió arriba de lo más campante.

Las hermanas la vieron salir de la boca del pozo con el delantal lleno de jazmines y cerezas.

—¿De dónde has sacado tantas cosas buenas?

—¿Qué os importa? Mañana me bajáis de nuevo y cogemos el resto.

Ese jardín era el jardín del Príncipe de Portugal. Cuando vio que le habían saqueado las eras, el Príncipe empezó a lanzar rayos y centellas contra el pobre jardinero.

—Yo no lo entiendo. ¿Cómo es posible? —atinó a decir el pobre jardinero, pero el Príncipe le ordenó que de ahí en adelante tuviese más cuidado, si no, pobre de él.

Al día siguiente Ninetta ya estaba lista para bajar al jardín.

—Muchachas, ¡bajadme! —dijo a sus hermanas.

—¿Pero estás chiflada o has bebido de más?

—No estoy ni loca ni borracha. Bajadme.

Y tuvieron que bajarla.

Desprendió los ladrillos y entró al jardín: flores, frutas, todas al delantal, y

después «¡Arriba!». Pero mientras se iba, el Príncipe se había asomado a la ventana y la vio salir dando brincos como una liebre; corrió al jardín pero ya se había escapado. Llamó al jardinero:

—Esa muchacha ¿por dónde entró?

—¿Qué muchacha, Majestad?

—La que recoge las flores y las frutas de mi jardín.

—Yo no he visto nada, Majestad, se lo juro.

—Bueno, mañana me quedaré de guardia yo.

En efecto, al día siguiente, escondido detrás de un seto, vio que la muchacha se asomaba entre los ladrillos, entraba, se llenaba el delantal de flores y de frutas hasta el pecho. Sale de su escondite e intenta detenerla, pero ella, ágil como un gato, se mete por el agujero de la pared, lo cierra con los ladrillos y desaparece. El Príncipe mira la pared por todas partes pero no logra encontrar el sitio en donde los ladrillos están sueltos. Espera un día, espera dos, pero Ninetta, asustada por lo sucedido, no volvió a bajar al pozo. Al Príncipe aquella muchacha le había parecido bella como un Hada: perdió el sueño, cayó enfermo y ningún médico del Reino entendía nada. El Rey concertó una entrevista con todos los médicos, los sabios y los filósofos. Habla uno y habla el otro, finalmente tomó la palabra un tal Barbasabio.

—Majestad —dijo Barbasabio—, preguntad a vuestro hijo si le ha caído en gracia alguna jovencita. Porque entonces se explicaría todo.

El Rey hace llamar a su hijo y le pregunta: el hijo le cuenta todo: que si no se casa con esa muchacha no podrá conciliar el sueño.

—Majestad —dice Barbasabio—, ordenad tres días de fiesta en Palacio, y promulgad un bando para que los padres y las madres de toda condición os traigan a sus hijas so pena de muerte. —El Rey aprobó y proclamó el bando.

Mientras tanto el mercader había regresado del viaje, había hecho abrir las puertas, y había entregado los vestidos a Rosa y a Giovanna, y a Ninetta el racimo de dátiles en el tiesto de plata. Rosa y Giovanna no veían la hora de asistir a un baile y se pusieron a coser sus vestidos. Ninetta en cambio permanecía encerrada con su racimo de dátiles y no pensaba en fiestas ni en bailes. El padre y las hermanas decían que estaba loca.

Una vez promulgado el bando, el mercader llega a casa y se lo cuenta a sus hijas.

—¡Viva! ¡Viva! —dijeron Rosa y Giovanna. Pero Ninetta se encogió de hombros y dijo:

—Id vosotras, que yo no tengo ganas.

—Pero no, hija mía —dijo el padre—. Está de por medio la pena de muerte y con la pena de muerte no se juega.

—¿Y yo qué tengo que ver? ¿Quién sabe que tiene tres hijas? Diga que tiene dos.

Y «Sí que vienes» y «No, que no voy», la noche del primer baile Ninetta se quedó en casa.

No bien las hermanas salieron, Ninetta se volvió a su racimo de dátiles y le dijo:

—Gràttula-Beddàttula,
Sal fuera y viste a Nina
Y haz de ella la más bonita.

Ante esas palabras, del racimo de dátiles salió un Hada, después otra Hada, y muchas más Hadas todavía. Y todas llevaban vestidos y joyas incomparables. Rodearon a Nina, y una la lavaba, otra la peinaba, otra la vestía: en un instante la vistieron toda de pies a cabeza, con collares, brillantes y piedras preciosas. Cuando fue de oro de la cabeza a los pies subió a la carroza, fue al Palacio, subió las escaleras y dejó a todos boquiabiertos.

El Príncipe apenas la vio la reconoció; se apresuró a ir a ver al Rey y a contárselo. Luego se acercó a ella, le hizo una reverencia, y le preguntó:

—¿Cómo estás, señora?

—En verano igual que en invierno.

—¿Cómo te llamas?

—Por mi nombre.

—¿Y dónde vives?

—En una casa con puerta.

—¿En qué calle?

—En el callejón del polvo.

—¡Señora, que estoy muriendo!

—¡Si eso es lo que prefieres!

Y así, hablando gentilmente, bailaron toda la noche, hasta que el Príncipe se quedó sin aliento mientras que ella seguía fresca como una rosa. Terminado el baile, el Rey, preocupado por su hijo, sin que nadie se diera cuenta dio órdenes de que los sirvientes siguieran a esa señora para ver dónde vivía. Ella subió a la carroza, pero cuando se dio cuenta de que la perseguían se sacudió las trenzas, y perlas y piedras preciosas cayeron en los adoquines. Los sirvientes se arrojaron sobre las perlas como gallinas a la hora de comer y ¡si te he visto no me acuerdo! La señora mandó fustigar a los caballos y se perdió de vista.

Llegó a casa antes que las hermanas; dijo:

—Gràttula-Beddàttula,
Ven aquí y desviste a Nina
Y déjala igual que antes.

Y se encontró desnuda y luego vestida con la ropa de costumbre.

Volvieron las hermanas.

—Ninetta, Ninetta, si supieras qué fiesta más bonita. Había una hermosa señora que se te parecía un poco. Si no hubiéramos sabido que estabas aquí, la habríamos confundido contigo…

—Sí, yo estaba aquí con mis dátiles…

—Pero mañana por la noche tienes que venir, sabes…

Mientras tanto, los sirvientes del Rey volvieron al Palacio con las manos vacías. Y el Rey:

—¡Traidores! ¡Por unos cuantos céntimos desobedecéis mis órdenes! ¡Ay de vosotros si mañana por la noche no la seguís hasta su casa!

La noche siguiente Ninetta tampoco quiso acudir al baile con sus hermanas.

—¡Con este racimo de dátiles ésta se va a volver loca! ¡Vámonos!

—Y se fueron. Ninetta se volvió a los dátiles:

—Gràttula-Beddàttula,
Sal fuera y viste a Nina
Y haz de ella la más bonita.

Y las hadas la peinaron, la vistieron con ropas de gala, la cubrieron de joyas.

En el Palacio todos la miraban y miraban, especialmente las hermanas y su padre. El Príncipe se le acercó de inmediato:

—Señora, ¿cómo estás?

—En verano igual que en invierno.

—¿Cómo te llamas?

—Por mi nombre —y así como la noche anterior.

El Príncipe, sin enojarse, la invitó a bailar. Bailaron toda la noche.

—¡Caramba! —le decía una hermana a la otra—. ¡Cómo se parece a Ninetta esa señora!

Mientras el Príncipe la acompañaba a la carroza, el Rey hizo una seña a los sirvientes. Cuando notó que la perseguían, Ninetta arrojó un puñado de monedas de oro: pero esta vez las arrojó a la cara de los sirvientes, y a uno le magulló la nariz, a otro le tapó un ojo, en fin, les hizo perder el rastro de la carroza y los obligó a volver a Palacio como perros apaleados, hasta tal punto que el Rey les tuvo piedad. Pero dijo:

—Mañana por la noche es el último baile: de una manera u otra hay que averiguar algo.

Mientras tanto Ninetta decía a los dátiles:

—Gràttula-Beddàttula,
Ven aquí y desviste a Nina
Y déjala igual que antes.

En un abrir y cerrar de ojos estuvo lista, y las hermanas cuando llegaron volvieron a decirle que se parecía mucho a esa señora tan bien vestida y enjoyada.

La tercera noche, igual que las anteriores. Nina fue al Palacio hermosa y deslumbrante como nunca. El Príncipe bailó con ella aún más tiempo, y se consumía de amor como una vela.

A cierta hora Ninetta quiso marcharse, pero fue llamada a comparecer ante el Rey. Toda temblorosa, se le acerca y le hace una reverencia.

—Muchacha —dice el Rey—, ya van dos veces que te burlas de mí. Una tercera no.

—¿Pero yo qué he hecho, Majestad?

—Has hecho que mi hijo se consuma por ti. No creas que escaparás.

—¿Y qué sentencia me espera?

—Te sentencio a ser la mujer del Príncipe.

—Majestad, yo no soy dueña de mi libertad: tengo padre y dos hermanas mayores.

—Que llamen al padre.

El pobre mercader, cuando oyó que el Rey lo llamaba, pensó: «Si te llama el Rey, por nada bueno ha de ser»[9] y se le puso la carne de gallina porque no tenía la conciencia del todo limpia. Pero el Rey le perdonó todas sus faltas y le pidió la mano de Ninetta para su hijo. Al día siguiente abrieron la Capilla Real para las bodas del Príncipe y de Ninetta.

*Ellos se quedaron felices y sonrientes,*
*Y nosotros seguimos frotándonos los dientes.*

*(Palermo)*

# 149
# INFORTUNIO

Se cuenta que una vez había siete hijas mujeres, hijas de un Rey y una Reina. Al padre le declararon la guerra; perdió, le quitaron el trono y lo hicieron prisionero. Con el Rey en prisión, empezaron los tiempos de miseria para la familia. Para no gastar tanto, la Reina dejó el Palacio y se mudaron a una casucha. Todo les iba mal, encontraban de comer por puro milagro. Un buen día pasa un vendedor de frutas; la Reina lo llama para comprarle unos higos; mientras está comprando los higos pasa una vieja y le pide limosna.

—¡Ah, Virgen mía! —dice la Reina—. Si por mí fuera, cómo no te daría una limosna. Pero yo también soy pobre, no puedo.

—¿Y cómo has caído en la pobreza? —le pregunta la vieja.

—¿No lo sabes? Soy la Reina de España, caída en desgracia por culpa de la guerra que le hicieron a mi marido.

—Pobrecita, tienes razón. ¿Pero sabes por qué te sale todo al revés? En casa tienes una hija que es muy infortunada, y mientras la tengas en casa nunca te podrá ir bien.

—¿Y ahora qué? ¿Tengo que echar de casa a una hija mía?

—Pues sí, señora.

—¿Y quién es esa hija infortunada?

—La que duerme con las manos en cruz. Esta noche ve a verlas con una vela mientras duermen: a la que encuentres con las manos en cruz, tienes que echarla. Sólo así recuperarás los reinos perdidos.

A medianoche la Reina coge la vela y pasa frente a las camas de sus siete hijas. Todas duermen, una con las manos unidas, otra con las manos debajo de la mejilla, otra con las manos debajo de la almohada. Llegó a la última, que era la más pequeña: y vio que dormía con las manos en cruz.

—¡Ah, hija mía! ¡Justo a ti tengo que echarte de casa!

Mientras decía esto, la hija menor se despierta y ve a la madre con la vela en la

mano y los ojos inundados de lágrimas.

—Mamá, ¿qué te pasa?

—Nada, hija mía. Ha venido una vieja así y asá, y me ha dicho que sólo me irá bien cuando eche de casa a la hija infortunada que duerme con las manos en cruz. ¡Y esa infortunada eres tú!

—¿Y por eso lloras? —dijo la hija—. En seguidita me visto y me voy. —Se vistió, hizo un bulto con sus cosas y se marchó de la casa.

Tras mucho caminar llegó a una planicie solitaria donde sólo se alzaba una casa. Se acercó, oyó el ruido de un telar y vio mujeres que tejían.

—¿Quieres entrar? —dijo una de las tejedoras.

—Sí, señora.

—¿Cómo te llamas?

—Infortunio.

—¿Quieres servirnos?

—Sí, señora.

Y se puso a barrer y a hacer las tareas de la casa. Por la noche las mujeres le dijeron:

—Oye, Infortunio, nosotras de noche nos vamos. Cerraremos por fuera y tú cerrarás por dentro. Cuando volvamos abriremos por fuera y tú abrirás por dentro. Y debes cuidar que no nos roben la seda, los galones y la tela que hemos tejido.

Y se marcharon.

Llegó medianoche, Infortunio oyó un ruido de tijeras, fue al telar con una vela y vio una mujer con tijeras que cortaba del telar toda la tela de oro: y comprendió que era su Mala Suerte que la había seguido hasta allí. Por la mañana volvieron sus amas: ellas abrieron por fuera, ella por dentro. Y no bien entraron vieron aquel desastre.

—¡Ah, desvergonzada! ¡Esta es la recompensa por nuestra hospitalidad! ¡Fuera! ¡Largo de aquí! —Y la echaron a puntapiés.

Infortunio siguió caminando por el campo. Antes de entrar en una aldea, se detuvo frente a una tienda de pan, legumbres, vino y otras cosas. Pidió una limosna y la dueña de la tienda le dio comida en abundancia y un vaso de vino. Volvió el marido, tuvo compasión de la muchacha y sugirió que pasara la noche con ellos y durmiera en la tienda, entre las bolsas. Los dueños dormían arriba, y por la noche oyeron un ruido y se levantaron: los toneles estaban destapados y el vino se escurría por la casa. El marido, ante ese desastre, buscó a la muchacha y la encontró tirada sobre las bolsas, lamentándose como en sueños.

—¡Desvergonzada! ¡Sólo tú puedes ser la culpable de esto! —Y empezó a apalearla con una tranca; después la echó.

Sin saber qué hacer de su alma, Infortunio se alejó llorando. Al amanecer encontró en el campo una mujer que lavaba.

—¿Qué miras?

—Estoy perdida.

—¿Y sabes lavar?

—Sí, señora.

—Entonces quédate a lavar conmigo. Yo enjabono y tú enjuagas.

Infortunio empezó a enjuagar la ropa y luego a extenderla. A medida que se secaba la iba recogiendo. Luego se puso a zurcir, luego a almidonar, y por último a planchar.

Resulta que estas ropas eran del Rey. Cuando el Rey las vio, le pareció que eran realmente una maravilla.

—¡Ña Francisca! —dijo—. ¡Nunca me ha lavado la ropa tan bien! ¡Esta vez se merece una propina! —y le dio diez onzas.

Con esas diez onzas Ña Francisca vistió a Infortunio de punta en blanco, compró una bolsa de harina, amasó el pan, y junto con el pan amasó roscas llenas de anís y de sésamo que decían cómeme, cómeme.

—Con estas dos roscas —le dijo a Infortunio— ve a la orilla del mar y llama a mi Suerte así: *¡Aaah! ¡Suerte de Ña Francisca!*, tres veces. La tercera vez aparecerá mi Suerte, tú le darás una rosca y la saludarás de mi parte. Después pídele que te muestre dónde está tu Suerte, y haz lo mismo con ella.

Infortunio, paso a paso, llegó a la orilla del mar.

—¡Aaah! ¡Suerte de Ña Franciscaaa! ¡Aaah! ¡Suerte de Na Franciscaaa! ¡Aaah! ¡Suerte de Ña Franciscaaa! —Y la Suerte de Ña Francisca acudió. Infortunio le comunicó el mensaje y le dio la rosca. Después le dijo—: Suerte de Ña Francisca, ¿Su Señoría me haría el favor de enseñarme dónde se encuentra mi Suerte?

—Escúchame bien: toma por este sendero, avanza un trecho, encontrarás un horno; al lado del escobón hay una vieja bruja. Trata de caerle en gracia, dale la rosca: es tu Suerte. Ya verás cómo no la quiere y la desprecia: tú déjasela y ven para aquí.

Infortunio fue al horno, encontró a la vieja y casi le dio asco al verla tan sucia, legañosa y hedionda.

—Suertecita mía, sírvete por favor —le dijo, ofreciéndole la rosca.

Y la vieja:

—¡Fuera de aquí, fuera de aquí! ¡Quién te ha pedido roscas! —Y le dio la espalda. Infortunio dejó la rosca y volvió a casa de Ña Francisca. El día siguiente era lunes, y había que hacer la colada: Ña Francisca metía las ropas en remojo y después las enjabonaba: Infortunio las exprimía y enjuagaba, y después, cuando estaban secas, las zurcía y planchaba. Una vez planchadas, Ña Francisca las puso en un canasto y las llevó a Palacio.

—Ña Francisca —dijo el Rey en cuanto las vio—, a mí no me engañas: tú nunca has lavado así. —Y le dio otras diez onzas de propina.

Ña Francisca compró más harina, hizo otras dos roscas y mandó a Infortunio para que se las ofreciera a las Suertes.

Para la siguiente colada, el Rey, que tenía que casarse y quería que la ropa

estuviera bien limpia, le dio a Ña Francisca una propina de veinte onzas. Y esta vez Ña Francisca no sólo compró la harina para dos roscas, sino que para la Suerte de Infortunio compró un hermoso vestido con miriñaque, enagua, pañuelos finos y un peine, pomada para el pelo y otras chucherías.

Infortunio fue al horno.

—Suertecita mía, aquí tienes la rosca.

La Suerte, que estaba amasando, vino refunfuñando a buscar el pan; entonces Infortunio se le echó encima, la sujetó bien fuerte y se puso a lavarla con esponja y jabón, a peinarla, a cambiarle la ropa de la cabeza a los pies. La Suerte, que se había contorsionado como una serpiente, cuando se vio así de punta en blanco cambió de la noche a la mañana.

—Oye, Infortunio —dijo—, por el bien que me has hecho te regalo este estuche. —Y le dio una cajita como las de cerillas.

Infortunio voló a casa de Ña Francisca y abrió la cajita. Dentro había un palmo de galón. Se quedaron un poco decepcionadas.

—¡Oh! ¡Se ha gastado toda! —dijeron, y tiraron el galón al fondo de una cómoda.

La semana siguiente, cuando Ña Francisca llevó la colada a Palacio, encontró al Rey con cara larga. La lavandera tenía confianza con el Rey y le dijo:

—¿Qué te pasa, Rey?

—¡Qué me pasa! Pasa que me tengo que casar y ahora se descubre que al vestido de novia de mi prometida le falta un palmo de galón, y en todo el Reino no se encuentra un galón igual.

—Espera, Majestad —exclamó Ña Francisca. Corrió a casa, hurgó en la cómoda y le llevó el pedazo de galón al Rey. Lo compararon con el vestido de la novia: era igual.

—Por haberme librado de un lío semejante —dijo el Rey— te quiero pagar por este galón su peso en oro.

Toma una balanza: en un platillo pone el galón, en el otro el oro. Pero el oro no era nunca suficiente. Vuelve a probar con una romana: lo mismo.

—Ña Francisca —le dijo a la lavandera—, dime la verdad. ¿Cómo es posible que un pedacito de galón pese tanto? ¿De qué es?

Ña Francisca se vio obligada a contárselo todo y el Rey quiso conocer a Infortunio. La lavandera hizo que la muchacha se vistiera con elegancia (poquito a poco habían ahorrado un poco de ropa) y la llevó a Palacio. Infortunio entró en la sala real e hizo una graciosa reverencia; era hija de Reyes y por cierto que no le faltaba educación. El Rey la saludó, la hizo sentar y le preguntó:

—¿Pero quién eres?

—Soy la hija menor del Rey de España —respondió entonces Infortunio—, el que fue echado del trono y hecho prisionero. Mi mala ventura me arrojó por el mundo, donde soporté agravios, desaires y zurras. —Y le contó su historia.

El Rey ante todo hizo llamar a las costureras a quienes la Mala Suerte les había

cortado seda y galones.

—¿Cuánto os costaron esos daños?

—Doscientas onzas.

—Aquí tenéis doscientas onzas. Sabed que esta pobre muchacha a quien echaron de casa es hija de Reyes. Tenedlo en cuenta. ¡Fuera!

Hizo llamar a los dueños de la tienda a quienes la Mala Suerte había volcado los toneles.

—¿Cuánto sumaban los daños?

—Trescientas onzas…

—Aquí tenéis trescientas onzas. Pero otra vez, antes de apalear a una hija de Rey, pensáoslo dos veces. ¡Largo de aquí!

Despidió a su anterior prometida y se casó con Infortunio. Por Dama de Corte le dio a Ña Francisca.

Dejemos a los novios contentos y felices y volvamos a la madre de Infortunio. Después de la marcha de su hija, la rueda empezó a girar a su favor: y un día llegaron su hermano y sus primos a la cabeza de una poderosa armada y reconquistaron su Reino. La Reina y sus hijas volvieron a instalarse en su viejo Palacio y a gozar de todas las comodidades; pero seguían pensando en esa hija menor de quien no sabían nada de nada. Pero entre tanto el Rey, enterado de que la madre de Infortunio había recuperado el Reino, mandó sus Embajadores para informarle de que la hija se había casado con él. La madre, muy contenta, emprendió el viaje con Caballeros y Damas de Corte. A su vez, la hija también fue a su encuentro con Caballeros y Damas de Corte. Se encontraron en la frontera y se abrazaron durante horas y horas. Las seis hermanas las rodeaban muy conmovidas y hubo una gran fiesta en uno y otro Reino.

*(Palermo)*

# 150
# LA SERPIENTE PIPPINA

Había una vez un mercader con cinco hijos: cuatro jóvenes mujeres y un varón. El varón era el mayor, un joven apuesto llamado Baldellone. La suerte cambió para el mercader, y de rico que era cayó en la miseria. Ya vivía de limosnas, y justo entonces ¿qué le sucede? Que su mujer se puso a esperar otro hijo. Al ver tanta miseria, Baldellone besó la mano de su padre y su madre y se embarcó para Francia. Era un joven instruido, y no bien llegó a París de Francia se instaló en el Palacio Real y allí hizo carrera hasta llegar a Capitán General.

Mientras tanto, en casa, la mujer del mercader dijo a su marido:

—El niño está a punto de nacer y no tenemos el ajuar. Vendamos la mesa del comedor, que es lo único que nos queda, y hagámosle el ajuar.

Pasan los ropavejeros por la calle, los llaman y les venden la mesa. Así el mercader pudo comprar lo necesario. Nació el hijo, una niña de belleza sin par, tan bella que el padre y la madre en cuanto la vieron empezaron a lamentarse:

—¡Hija, haber nacido en medio de tanta miseria!

La niña creció y creció, y a los quince o dieciséis meses empezaba a caminar sola y jugaba en la paja donde dormían el padre y la madre. Jugando en la paja, un día se puso a decir:

—¡Mami, mami, lindo, lindo! —Tenía las manos llenas de monedas de oro.

A la madre le parecía estar soñando. Se las quitó de la mano, las guardó en el busto, pidió prestado un miriñaque y corrió a Vucciria[10]. Compra una cosa, compra la otra, se dio el gusto de gastar cuanto quiso, y a mediodía finalmente pudieron comer en abundancia.

—Pero dime una cosa, Pippina, ¿de dónde han salido estas cositas brillantes? —le preguntó el padre a la niña.

—¡De aquí, papá! —Y le muestra un agujero debajo de la paja: había una tinaja llena de monedas. Bastaba meter las manos para sacarlas llenas.

Así la familia empezó a mejorar su situación y pudo volver a su condición de

antes. Cuando la niña tuvo cuatro años, el padre dijo a la madre:

—Mujer, me parece que ha llegado el momento de que las Hadas hechicen a Pippina. Es guapa, el dinero no nos falta. ¿Por qué no vamos a hacerlo?

En ese tiempo para hechizar a las niñas se iba a Mezzo Monreale[11], donde vivían cuatro Hadas hermanas. Llevaron a Pippina en carroza y la presentaron a las cuatro hermanas. Las Hadas explicaron todo lo que hacía falta y quedaron para el domingo. Ese día pasarían por la casa del mercader y allí se encargarían de todo.

El domingo, puntuales, las cuatro hermanas bajaron a Palermo y encontraron todo listo: se lavaron las manos, amasaron un poco de harina de Mallorca, prepararon cuatro buenos pasteles y los metieron en el horno.

La mujer del panadero, al cabo de un rato, advirtió que del horno salía un perfume que era una delicia. No supo resistir la gula, sacó uno de los pasteles y se lo comió. Luego amasó uno así como pudo, con harina ordinaria y agua del hoyo donde lavaba el escobón. Más o menos le dio forma y lo metió en medio de los otros tres.

Cuando los pasteles fueron a casa del mercader, la primera Hada corta uno:

—Yo te concedo, hermosa niña, que cada vez que te sacudas el pelo caigan perlas y piedras preciosas.

—Y yo —dijo la segunda cortando otro pastel— te concedo que te vuelvas más hermosa aún de lo que eres.

Se levanta la tercera.

—Y yo te concedo que todos los frutos fuera de estación que desees aparezcan ante ti al instante.

Se levanta la cuarta, y no bien dijo «Yo te concedo…» al tiempo que hundía el cuchillo en el pastel, que era el amasado con la ceniza del escobón, la ceniza saltó y le salpicó un ojo.

—¡Ay, maldita sea! —exclamó el Hada—. ¡Pues éste es el don que te hago: que cuando veas el sol te conviertas en serpiente negra! —Y las cuatro hermanas desaparecieron.

El padre y la madre rompieron a llorar: ¡su hija nunca más podría ver el sol!

Dejémoslos a ellos y volvamos a Baldellone, que en Francia se ufanaba de las grandes riquezas de su casa, aun sabiendo que en su casa no les quedaba ni un céntimo. Pero a fuerza de contar patrañas se había ganado el respeto de todos, pues se sabe que, como dice el proverbio:

*Quien se aleja de su aldea*
*De títulos alardea.*

El Rey de Francia tuvo curiosidad de comprobar si todas las riquezas de Baldellone existían de veras: y mandó a Palermo un caballero, explicándole bien qué debía observar para contárselo. El caballero fue a Palermo, preguntó por el padre de Baldellone y le indicaron un magnífico palacio con guardias y todo. Entró: había estancias de oro puro, camareros y criados a más no poder. El mercader recibió al

caballero con grandes ceremonias, lo invitó a su mesa y después de la caída del sol le presentó a Pippina. Al verla, el caballero quedó encantado: nunca había visto una muchacha tan bella. Regresó a Francia y se lo contó al Rey.

El Rey llamó a Baldellone:

—Baldellone, vuelve a Palermo, corre a tu casa y tráeme a tu hermana Pippina, que la quiero por esposa.

Baldellone, que ni siquiera sabía que tenía una hermana, no entendió muy bien todo ese discurso, pero obedeció al Rey y se puso en marcha. Ahora bien, es necesario saber que en París de Francia Baldellone había trabado relación con una muchacha. Y esta muchacha quiso que la llevara con él a Palermo.

Una vez en Palermo, Baldellone encontró a su familia llena de dinero, se hizo reconocer, conoció a su hermana y le anunció que el Rey de Francia quería casarse con ella. Estaban muy contentos, pero la muchacha que había venido con Baldellone de Francia, al ver a Pippina sintió una gran envidia y se le metió en la cabeza hacerla caer en desgracia y casarse ella con el Rey.

A los pocos días, Baldellone debía embarcarse con Pippina.

—Beso tu mano, papá.

—Adiós, hijo mío.

—Adiós, Pippina.

—Adiós, mamá. Adiós, hermanita.

Y se fueron.

Para ir a París de Francia se viaja primero por mar y luego por tierra. Baldellone encerró a Pippina dentro de la nave, y nunca le dejó ver siquiera un rayo de sol. Y la amiga de Baldellone le hacía compañía. Cuando la nave llegó a puerto, mandó desembarcar a la hermana en una litera bien cerrada junto con la amiga. Y esta envidiosa se consumía de rabia, pensando que se acercaban a París y que cuando llegaran Pippina se convertiría en Reina y ella seguiría siendo la mujer de un General.

—Pippina —empezó a decirle—, aquí no se puede respirar. Abramos.

—Por caridad, hermana mía, que me pierdes.

Dejó pasar un poco de tiempo, y luego:

—¡Pippina, yo no puedo más!

—Aguanta, mujer, ten paciencia…

Y la otra seguía:

—Pippina, me muero…

—¡Aunque te murieras, sabes que no puedo abrir!

—¿Ah, sí? —Y la amiga sacó una navaja y cortó el cuero de la litera: pasó un rayo de sol, le dio a Pippina y se transformó en serpiente, una serpiente negra que se escabulló en la polvareda del camino y desapareció en el seto del jardín del Rey, que estaba en las cercanías.

Al ver llegar la litera vacía, Baldellone lanzó un grito:

—¡Pobre hermana mía! ¡Y pobre de mí! ¿Ahora qué hago, con el Rey que quiere

a mi hermana?

—¿De qué te asustas? —dijo la amiga—. Dile que tu hermana soy yo y asunto arreglado. —Y Baldellone terminó por hacer lo que le decían.

El Rey, cuando la vio, arrugó un poco el ceño.

—¿Y ésta era la beldad incomparable? En fin: palabra de Rey es palabra de Rey. Tengo que casarme con ella.

Y se casó con ella, y vivían juntos. Pero Baldellone no tenía paz: aquella traidora le había hecho perder a su hermana y para colmo lo había dejado por el Rey. Que Baldellone no iba a perdonarla nunca, la nueva Reina no lo ignoraba, y empezó a hacer maquinaciones para quitárselo de en medio también a él.

—Majestad —le dijo al Rey—, estoy enferma y quiero brevas.

No era época de brevas y el Rey dijo:

—¿Y dónde te las encuentro?

—¡Cómo dónde! —exclamó ella—. Dile a Baldellone que te las traiga.

—¡Baldellone!

—Majestad.

—Ve a recoger unas brevas para la Reina.

—¿Brevas en esta época, Majestad?

—Yo no sé si es época o no es época. Dije brevas y brevas han de ser. Si no, te va la cabeza.

Afligido y desconsolado, Baldellone bajó al jardín y rompió a llorar. Y he aquí que de la hierba de la era salió una serpiente negra y le dijo:

—¿Qué tienes?

—¡Hermana mía! —dijo Baldellone—. ¡Yo también sufro una gran desgracia! —Y le explicó la orden del Rey.

—Si es por eso nada más —respondió la serpiente—, yo tengo el don de que aparezca la fruta fuera de estación. ¿Quieres brevas? ¡Aquí las tienes! —Y apareció una linda cesta de brevas maduras.

Baldellone va a ver al Rey sin pérdida de tiempo y se las lleva. ¡La Reina se las comió todas, así reviente! A los tres días, le vino antojo de albaricoques. La serpiente Pippina hizo aparecer los albaricoques.

Después tuvo antojo de cerezas, y Pippina: cerezas. Después le tocó el turno a las peras. Pero nos habíamos olvidado de decir que el don valía para las brevas, valía para los albaricoques, valía para las cerezas, pero para las peras no valía.

Baldellone fue condenado a muerte. Pidió una gracia: que le cavaran la fosa en el jardín real.

—Te sea concedido —dijo el Rey. Y Baldellone fue ahorcado y enterrado. La Reina por fin respiró tranquila.

Lina noche la mujer del jardinero se despertó y en el jardín oyó una voz que decía:

—Ay Baldellone, ay mi pobre hermano,
Sigues sepulto entre negras verduras
Mientras la autora de tus desventuras
Sigue reinando al lado de tu amo.

La mujer despertó a su marido. Se asomaron en silencio y vieron una sombra negra que serpenteaba alejándose de la tumba del General ahorcado.

Por la mañana, cuando el jardinero fue como de costumbre a recoger un ramillete de flores para el Rey, encontró los macizos sembrados de perlas y piedras preciosas y se las llevó al Rey, quien se quedó admirado.

A la noche siguiente, el jardinero se puso a montar guardia con la escopeta. Y a medianoche vio una sombra que aparecía junto a la tumba y decía:

—Ay Baldellone, ay mi pobre hermano,
Sigues sepulto entre negras verduras
Mientras la autora de tus desventuras
Sigue reinando al lado de tu amo.

El jardinero apuntó y estaba a punto de hacer fuego cuando la sombra dijo:

—¡Baja esa escopeta! Soy carne bautizada y confirmada como tú. Acércate y mírame. —Y así diciendo levantó el velo y apareció un rostro de belleza sin par. Después empezó a sacudirse las trenzas y de sus cabellos caían perlas y piedras preciosas—. Cuéntaselo al Rey —dijo la muchacha— y dile que mañana por la noche le espero aquí. —Clareaba. La muchacha se convirtió en serpiente y huyó.

A la noche siguiente, a la hora de costumbre, no bien la sombra apareció y dijo:

Ay Baldellone, ay mi pobre hermano…,

el Rey se le acercó. La muchacha se levantó el velo y mientras el Rey la miraba estupefacto le contó su historia.

—Dime, ¿qué puedo hacer para liberarte? —le preguntó el Rey.

—He aquí lo que puedes hacer: puedes partir mañana con un caballo que corra como el viento, llegar al río Jordán, bajar hasta la orilla, encontrar las cuatro Hadas que están lavándose allí, una con una cinta verde en el pelo, otra con una cinta roja, otra con una cinta celeste y otra con una cinta blanca. Toma sus vestidos, que están en la orilla, y ellas querrán que se los devuelvas, pero no lo hagas. Entonces la primera arrojará la cinta verde, la segunda la cinta roja, la tercera la cinta celeste, pero sólo cuando la cuarta te haya arrojado la cinta blanca y luego su trenza, dales los vestidos, para que se rompa mi encantamiento.

El Rey no vaciló. Al alba del día siguiente partió y se alejó del Reino. Tras un largo viaje de treinta días y treinta noches llegó al río Jordán, encontró a las Hadas y cumplió al pie de la letra las instrucciones de la verdadera hermana de Baldellone. En cuanto tuvo en la mano la cinta blanca y la trenza, dijo:

—Ahora os dejo y me voy, pero no os quepa duda de que sabré saldar esta deuda.

Una vez de regreso corrió al jardín, llamó a la serpiente y la tocó con la trenza. Y Pippina en el acto se transformó en la muchacha más hermosa que jamás se haya visto. Se sujetó la trenza a la cabeza y de allí en adelante perdió todos sus temores.

El Rey llamó al jardinero y le dijo:

—Ahora escucha lo que debes hacer. Toma un gran bajel, embárcate con la hermana de Baldellone y zarpa de noche. Cuando hayan pasado unos días vuelve a puerto con una bandera extranjera. Yo me encargo del resto.

El jardinero siguió las instrucciones a pie juntillas, y al cabo de tres días giró el timón e izó la bandera inglesa. Desde el Palacio Real se veía el mar; el Rey se asoma y le dice a la Reina:

—¿Y ese bajel? ¡Mira! Es uno de mis parientes. Vamos a su encuentro. La Reina, siempre dispuesta a mostrarse, se vistió en menos que canta un gallo. Cuando subió a bordo se encontró con Pippina. «Si no supiera que la hermana de Baldellone se convirtió en una serpiente negra —pensó—, diría que es ésta…».

Al cabo de muchas ceremonias bajaron a tierra con la recién llegada, elogiando su belleza.

—Dime —dijo el Rey a la Reina—, quien dañara a una criatura como ésta, ¿qué castigo merecería?

—Oh —respondió la Reina—, ¿y quién va a ser tan depravado como para causar daño a una joya así?

—Pero en ese caso, ¿qué merecería?

—¡Merecería que lo arrojaran por esta ventana y luego lo quemaran!

—¡Y así se hará! —respondió el Rey de inmediato—. Esta mujer es la hermana de Baldellone, que debía casarse conmigo y que tú, envidiosa, hiciste convertir en serpiente negra para reemplazarla. El engaño que me hiciste y las penurias que por tu culpa sufrió esta pobre desdichada, ahora las pagarás todas juntas: tú misma has dictado tu sentencia. ¡Aquí, soldados de Palacio! ¡Detened a esta depravada, arrojadla por la ventana y quemadla en el acto!

Dicho y hecho, la mentirosa fue defenestrada y quemada a pie del Palacio. El Rey pidió perdón a la hermana de Baldellone por haber mandado colgar a su hermano inocente.

—No pensemos en el pasado —dijo ella—. Mejor vayamos al jardín a ver qué puede hacerse.

Fueron a la tumba y levantaron la lápida. El cuerpo de Baldellone estaba casi intacto. Con un penacho, Pippina le pasó un ungüento por el cuello, y Baldellone empezó a suspirar, luego a moverse, después a frotarse los ojos como si despertara y por fin se levantó. No hay palabras para describir la escena. Se abrazaron, se besaron, el Rey ordenó grandes fiestas, mandó llamar al mercader y a su esposa y desposó a Pippina con gran pompa.

*(Palermo)*

# 151
# CATALINA LA SABIA

Aquí se cuenta, señores, que en Palermo había una vez un gran comerciante. Y este gran comerciante tenía una hija a quien, una vez destetada, le vino una sabiduría tan grande que sobre todo lo que ocurría en la casa tenía algo que decir. El padre, viendo el talento de la hija, la llamaba «Catalina la Sabia». Y Catalina no tenía par en el estudio de cualquier tipo de lengua, en la lectura de cualquier tipo de libros.

A los dieciséis años se le murió la madre; la muchacha se sintió tan apenada que se encerró en su cuarto y no quiso salir más. Comía ahí dentro, dormía ahí dentro; para ella ya no existían paseos, teatros ni diversiones.

El padre, que sólo veía por los ojos de esa única hija, pensó que convenía celebrar Consejo. Llamó a todas las gentes de bien (porque aunque era comerciante, tenía amistad con las personas más escogidas) y dijo:

—Señores, vosotros sabéis que tengo una hija que es la niña de mis ojos. Pero desde que murió su madre está encerrada en casa como un gato y no quiere asomar ni la punta de la nariz.

—Tu hija es famosa en todo el universo mundo por su gran sabiduría. Ábrele un gran colegio, que haciendo estudiar a los demás quizá se quite ese pensamiento de la cabeza.

—La idea me gusta —dijo el padre. Llamó a la hija—: Oye, hija mía, ya que no te interesa ninguna distracción, pensé en abrir un colegio para ti, y que tú lo dirijas. ¿Te gusta?

Catalina accedió de inmediato. Ella misma se puso a dirigir a los maestros y prepararon el colegio. Afuera colgaron un cartel: «Para quien quiera ir a estudiar con Catalina la Sabia, hay escuela franca».

Pronto vinieron muchos niños, varones y mujeres, y ella los sentaba en los bancos uno junto al otro sin hacer distinciones.

—¡Pero ése es un carbonero! —decía uno. Y no importa: el carbonero debe sentarse al lado de la hija del Príncipe. El que llega primero, muele el grano. Y

empezó la escuela. Catalina la Sabia tenía un látigo con clavos en la punta. A todos les enseñaba igual, pero al que no se sabía la lección, ¡leña! El renombre de esta escuela se difundió hasta llegar a Palacio, y el mismo Príncipe quiso ir a verla. Se viste con elegancia, entra, encuentra un sitio y Catalina le manda sentarse. Cuando le tocó el turno, Catalina le hizo una pregunta. El Príncipe no sabía responder. ¡Pum! Le dio un golpe que todavía le está ardiendo la mejilla.

El Príncipe se levanta rojo de rabia, sale corriendo, llega al Palacio y va a ver a su padre.

—¡Gracia, Majestad! ¡Me quiero casar! Quiero por mujer a Catalina la Sabia.

El Rey manda llamar al padre de Catalina. El padre va.

—¡A sus órdenes, Majestad!

—¡Levántate! Mi hijo se ha encaprichado con tu hija. ¿Qué debemos hacer? Casémoslos.

—Como queráis, Majestad. Pero yo soy mercader y vuestro hijo tiene sangre real.

—No importa: es mi hijo el que la quiere…

El mercader volvió a casa.

—Catalina, el Príncipe te quiere por mujer. ¿Qué dices?

—Yo acepto.

La lana para los colchones no les faltaba, las cómodas tampoco: a los ocho días todo lo necesario estuvo listo. El Príncipe añadió un séquito de doce doncellas. Abrieron la Capilla Real y se casaron.

Después de la boda, la Reina dijo a las doncellas que fueran a desnudar a la Princesa y la acostaran. Pero el Príncipe dijo:

—No necesitamos a nadie que la desvista ni que la vista, ni queremos guardias detrás de la puerta.

Así, una vez que estuvo a solas con la recién casada, le dijo:

—Catalina, ¿te acuerdas del golpe que me diste? ¿Te has arrepentido?

—¿Arrepentirme? ¡Si quieres te doy otro!

—¿Cómo? ¿No te arrepentiste?

—Ni soñando.

—¿Y no te quieres arrepentir?

—¿Quién piensa en arrepentirse?

—¿Ah sí? Ahora verás.

Y empieza a preparar una cuerda para bajarla por el escotillón. Cuando la cuerda estuvo lista:

—Catalina, ¡o te arrepientes o te bajo!

—¡Así estaré más fresca! —responde Catalina.

Y el Príncipe la sujeta y la baja por el escotillón, donde no tiene más compañía que una mesita, una silla, un cántaro de agua con una rebanada de pan encima.

Al día siguiente, el padre y la madre, siguiendo la costumbre, vinieron a dar los buenos días a la novia.

—No se puede entrar —dijo el Príncipe—. Catalina no se siente bien. Después fue a abrir el escotillón.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Bien fresquita —respondió Catalina.

—¿Has pensado en el golpe que me diste?

—Pienso en el golpe que te voy a dar.

Pasaron dos días, y el hambre ya empezaba a hacerla sufrir. Sin saber qué hacer, se sacó una varilla del corsé y empezó a abrir un orificio en el muro. Cavando, cavando, a las veinticuatro horas vio un hilo de luz y se sintió revivir. Ensanchó la abertura y pegó el ojo. Vio pasar al escribano de su padre.

—¡Don Tomás! ¡Don Tomás! —don Tomás no entendía qué podía ser esa voz que venía de la pared—. Soy yo, Catalina la Sabia. Dígale a mi padre que quiero hablar con él en seguida.

Don Tomás volvió con el padre de Catalina y le mostró el agujero en la pared.

—Padre mío, he aquí mi suerte, estoy en el fondo de una mazmorra. Tienes que hacer cavar un pasaje desde el subterráneo de nuestro palacio hasta aquí, con un arquitrabe y un farol cada veinte pasos, y después déjalo todo de mi cuenta.

El comerciante dijo que sí y mientras tanto le hizo pasara través del agujero gallinas, pollos, manjares sustanciosos.

Tres veces al día el Príncipe se asomaba por el escotillón:

—Catalina, ¿te has arrepentido de la bofetada que me diste?

—¿Arrepentirme? Puedes ir pensando en la bofetada que te voy a dar.

Entre tanto los albañiles trabajaban para cavar el pasaje subterráneo con un arquitrabe y un farol cada veinte pasos. Tan pronto estuvo listo, Catalina, cada vez que el Príncipe cerraba el escotillón después de haberse asomado, se iba a casa de su padre.

Al cabo de unos días el Príncipe empezó a aburrirse de esta historia. Abrió el escotillón:

—Catalina, me voy a Nápoles. ¿Tienes algo que decirme?

—Me alegro, que te diviertas, escríbeme al llegar.

—¿Entonces me voy?

—¿Cómo? ¿Todavía no te has ido?

Y el Príncipe partió.

Apenas cerró el escotillón, Catalina corrió a casa de su padre.

—Papá, ahora sí que tienes que ayudarme. Prepárame un bergantín listo para zarpar, un ama de llaves, camareras, ropas de gala, todo para enviarlo a Nápoles. Que allí alquilen un palacio frente al Palacio Real y me esperen.

El comerciante hizo partir el bergantín. Mientras tanto el Príncipe hizo preparar una fragata de guerra y también partió. Cuando ella, desde el balcón del padre, vio que el Príncipe zarpaba, se embarcó en otro bergantín y llegó a Nápoles antes que él: las naves pequeñas, se sabe, van más rápido que las grandes.

En Nápoles, Catalina se asomaba al balcón de su palacio, exhibiendo cada día un vestido más hermoso. El Príncipe la vio y exclamó:

—¡Cómo se parece a Catalina la Sabia! —y se enamoró.

Mandó un embajador.

—Señora, el Príncipe quisiera hacerle una visita, siempre que no le moleste.

—¡Por favor! —respondió ella.

El Príncipe vino con uniforme de gala. Se hicieron muchas reverencias y se sentaron a conversar.

—¿Y usted, señora —dijo el Príncipe—, está casada?

—Yo no. ¿Y usted?

—Yo tampoco. ¿Se lo digo? Usted, señora, se parece a una muchacha de Palermo que me gustaba. La querría por mujer.

—Con mucho gusto, Príncipe —y a los ocho días se casaron.

Nueve meses más tarde Catalina dio a luz un hijo varón que era una belleza.

—Princesa —dijo el Príncipe—, ¿qué nombre le ponemos?

—Nápoles —dijo Catalina. Y le pusieron Nápoles.

Pasaron dos años. El Príncipe quería partir. A la Princesa no le hacía ninguna gracia pero él quiso partir a toda costa. Le escribió una carta que decía que el niño era su primogénito y a su debido tiempo sería Rey. Y zarpó para Génova.

Tan pronto como partió el Príncipe, Catalina le escribió a su padre que le enviara inmediatamente a Génova un bergantín con muebles, un ama de llaves, camareras y todo lo demás, que alquilaran un palacio frente al Palacio Real de Génova y la esperaran. El comerciante cargó un bergantín y lo mandó a Génova.

También Catalina fletó un bergantín y llegó a Génova antes que el Príncipe. Se instaló en el palacio de Génova y cuando el Príncipe vio a aquella hermosa joven peinada como una Reina, con joyas y riquezas, exclamó:

—¡Cómo se parece a Catalina la Sabia y también a mi mujer de Nápoles! —y le mandó un embajador. Ella se declaró contenta de recibirlo.

Entablaron conversación.

—¿Pero usted está casada? —preguntó el Príncipe.

—Viuda —respondió Catalina—. ¿Y usted?

—Yo también, viudo. Con un hijo. ¿Pero sabe que usted parece la viva estampa de una señora que conocí en Palermo y de una señora que conocí en Nápoles?

—¿No lo sabía? ¡En el mundo somos siete que nos parecemos!

Y así, para abreviar la historia, a los ocho días fueron marido y mujer. A los nueve meses Catalina dio a luz otro varoncito, más hermoso que el anterior. El Príncipe era feliz.

—Princesa, ¿qué nombre le ponemos?

—¡Génova! —y Génova lo llamaron.

Pasaron dos años y el Príncipe volvió a sentir deseos de partir.

—¿Te vas y me dejas con un hijo entre los brazos? —le dijo la Princesa.

—Te doy una carta —la tranquilizó el Príncipe— diciendo que éste es hijo mío y es el Principito —mientras él hacía los preparativos para partir a Venecia, Catalina escribió a Palermo pidiendo a su padre otro bergantín con camareras, ama de llaves, muebles, vestidos nuevos y todo lo necesario. El bergantín fue a Venecia. El Príncipe partió en la fragata; la Princesa partió en el bergantín y llegó antes que él.

—¡Santo cielo! —exclamó el Príncipe en cuanto vio a la hermosa señora asomada al ventanal—. ¡También ésta se parece a mi mujer de Génova que se parecía a mi mujer de Nápoles que se parecía a Catalina la Sabia! ¿Pero cómo es posible? Catalina está en Palermo encerrada en la mazmorra; la de Nápoles está en Nápoles, la de Génova en Génova, y ésta está en Venecia… —le mandó el embajador y después fue a verla.

—¿Sabe, señora?, usted se parece a varias señoras que conozco: una en Palermo, otra en Nápoles, una en Génova…

—¡Ya! Somos siete las que debemos parecemos en este mundo…

Y así prosiguieron con la conversación de costumbre:

—¿Y usted está libre para casarse?…

—Soy viuda, ¿y usted?…

—También viudo… Con dos hijos…

Y a los ocho días se casaron.

Esta vez Catalina tuvo una niña, hermosa como el sol y la luna.

—¿Qué nombre le ponemos? —preguntó el Príncipe.

—Venecia —y Venecia la bautizaron.

Pasaron dos años más.

—Sabes, Princesa, yo tengo que volver a Palermo. Pero antes de partir te dejaré una carta así y asá: que ésta es hija mía y es Princesa real.

Partió, pero Catalina llegó a Palermo antes que él. Fue a casa de su padre, atravesó el pasaje subterráneo y volvió a la mazmorra. El Príncipe, en cuanto llegó, corrió a abrir el escotillón.

—¿Catalina, cómo estás?

—¿Yo? ¡Bien!

—¿Te has arrepentido de esa bofetada que me diste?

—¿Y tú has pensado en la bofetada que te voy a dar?

—¡Arrepiéntete, Catalina, te conviene! ¡Si no, vuelvo a casarme!

—¡Pues vuelve a casarte! ¿Quién te lo impide?

—En cambio, si te arrepientes, volverás a ser mi mujer.

—No.

El Príncipe entonces declaró que su mujer había muerto y que deseaba volver a casarse. Escribió a los Reyes para que le enviaran los retratos de sus respectivas hijas. Llegaron los retratos; el mejor era el de la hija del Rey de Inglaterra. El Príncipe mandó comunicar a la madre y la hija que vinieran para celebrar el matrimonio.

Llegó a Palermo toda la familia real de Inglaterra, y al día siguiente eran las

bodas. Catalina, mientras tanto, ¿qué hace? Manda preparar tres hermosos vestidos de gala para sus hijos Nápoles, Génova y Venecia. Ella se viste de Princesa, que lo era, tomó de la mano a Nápoles vestido de Príncipe y a Génova y Venecia vestidos de Príncipe y Princesa y se dirigió a Palacio en un suntuoso carruaje.

Venía el cortejo nupcial con el Príncipe y la hija del Rey de Inglaterra, y Catalina dijo a sus hijitos:

—¡Nápoles, Génova, Venecia, id a besar la mano de vuestro padre! —y los niños corrieron a besar la mano del Príncipe.

Al Príncipe, en cuanto los vio, sólo le quedaba darse por vencido.

—¡Esta sí que es la bofetada que ibas a darme! —exclamó, y abrazó a sus hijos. La Princesa de Inglaterra se quedó de una pieza: abrió la puerta y se fue.

Catalina explicó a su marido todo el misterio de las señoras parecidas, y al Príncipe no le quedó más remedio que pedirle perdón.

*Ellos viven contentos y felices,*
*Y nosotros nos rascamos las narices.*

*(Palermo)*

# 152
# EL MERCADER ISMAELITA

Un Rey iba de caza con sus criados. Se nubló y empezó a llover a cántaros. Los criados se desbandaron, y el Rey, extraviado, buscó refugio en una cabaña solitaria.

En la cabaña había un viejo.

—¿Me das albergue? —le preguntó el Rey.

—Venid y secaos al fuego, Majestad —dijo el viejo.

El Rey, después de tender la ropa, se echó a dormir en un catre. Se despertó por la noche al oír que el viejo hablaba en voz alta. Al no verlo en la casa, se acercó al umbral. El cielo se había despejado y se veían las estrellas. El viejo estaba allí, sentado en el escalón.

—¿Con quién hablas, buen hombre? —preguntó el Rey.

—Hablo con los planetas, Majestad —respondió el viejo.

—¿Y qué les dices a los planetas?

—Les agradezco la fortuna que me han dado.

—¿Qué fortuna, viejo?

—Me concedieron la gracia de que mi mujer diera a luz esta noche, y nació un varón; y a vos la gracia de que vuestra mujer diera a luz también esta noche, y le nació una niña; y cuando llegue el momento mi hijo será el marido de vuestra hija.

—¡Ah, viejo descarado! ¿Cómo te atreves a hablarme de ese modo? ¡Me las vas a pagar! —Se volvió a vestir y con las primeras luces tomó el camino de regreso a su Palacio.

En el camino se encontró con caballeros y mayordomos que venían en su busca.

—¡Felices nuevas, Majestad! ¡Anoche la Reina dio a luz una hermosa niña!

El Rey cabalgó al Palacio Real, y no bien desmontó de la silla, rodeado por los cortesanos que lo felicitaban y las nodrizas que le mostraban la niña, dio una orden de inmediato: que buscaran a todos los hijos varones nacidos esa noche en la ciudad y les quitaran la vida. Los soldados se dispersaron por la ciudad y en una hora la registraron de arriba abajo: esa noche había nacido un solo hijo varón; se lo

arrebataron a la madre, por orden del Rey, y lo llevaron al bosque.

Eran dos soldados, y cuando levantaron la espada sobre el niño, sintieron piedad.

—¿Pero de veras tenemos que matar a este inocente? Allí hay un perro: matémoslo y con su sangre empapemos los pañales del niño y llevémoselos al Rey. Al niño dejémoslo aquí, que Dios lo ayude. —Así lo hicieron; y el niño se quedó llorando en el bosque.

Pasó por allí un mercader ismaelita llamado Jumento, en viaje de negocios. Oyó el llanto del niño, lo buscó entre los arbustos, trató de calmarlo y finalmente se lo llevó consigo.

—Mujer —dijo cuando estuvo de vuelta en casa—, la mercancía que traigo esta vez no la he comprado. Es un niño que estaba en medio del bosque. Nosotros no tenemos hijos: éste es un regalo del Señor.

Lo criaron y educaron hasta que cumplió veinte años, y él siempre creía que realmente era hijo del mercader. Cuando cumplió veinte años el mercader le dijo:

—Hijo mío, yo estoy envejeciendo, tú te haces hombre: encárgate de mis cuentas, mis registros, mis cajas de caudales. Tú seguirás con mis negocios.

El joven preparó baúles y partió con sus criados a recorrer el mundo con la bendición del mercader y su esposa. Llegó a España. La fama de un mercader tan rico llegó al Palacio Real, y el Rey lo hizo llamar para ver sus piedras preciosas. El Rey de España era ese Rey que había dado orden de matarlo cuando niño. Llamó a la Princesa, que ya se había convertido en una bella muchacha de veinte años, y le dijo:

—Ven a ver si hay alguna joya que te guste.

La Princesa, apenas vio al joven mercader, se enamoró.

—¿Qué tienes, hija mía?

—Nada, papá.

—¿Quieres algo? Habla.

—No, papá, no quiero joyas ni piedras preciosas: yo quiero casarme con este hermoso joven.

El Rey examinó al mercader.

—¿Y tú quién eres? Dime.

—Soy el hijo de Jumento —dijo el joven—, mercader ismaelita, y recorro el mundo para ejercitarme en los negocios, y ocupar después el puesto de mi viejo padre.

El Rey, considerando las riquezas del mercader, decidió conceder al joven la mano de su hija, y él partió para invitar a su padre y su madre a las bodas. Se presentó ante ellos y les contó su encuentro con el Rey y la promesa de matrimonio. Entonces la madre palideció de golpe y empezó a injuriarlo:

—Ah, ingrato, quieres dejarme, te enamoraste de esa Princesa y ya no ves la hora de irte. ¡Puedes irte ahora mismo! ¡Que no te vuelva a ver en esta casa!

—Pero, madre mía, ¿qué he hecho de malo?

—¡Qué madre ni qué narices! ¡Yo no soy tu madre!

—¿Cómo? ¿Y entonces quién es mi madre, si no tú?

—Pues vete a saber quién es. ¡A ti te encontraron en medio del bosque! —y le contó toda la historia al pobre joven, que casi pierde el conocimiento.

El mercader Jumento, ante esa cólera de la mujer, no tuvo el valor de oponerse. Y muy afligido, proveyó al joven de dinero y mercancías y le dejó partir.

El joven, desesperado, al anochecer llegó a un bosque. Se tiró al pie del árbol, y dando puñetazos en el suelo suspiraba:

—¡Ay, madre mía! ¿Qué voy a hacer ahora, tan solo y desconsolado! ¡Alma de mi madre, ayúdame!

Así se lamentaba, cuando junto a él apareció un viejo mal vestido, de barba larga y blanca.

—¿Qué te pasa, hijo? —le preguntó.

Y el joven le confió sus pesares, contándole que no podía volver con su prometida tras descubrir que no era hijo del mercader ismaelita.

—¿Y de qué tienes miedo? —le dijo el viejo—. Vamos a España. Tu padre soy yo y voy a ayudarte.

El joven miró al viejo harapiento y exclamó:

—¿Tú mi padre? ¡Lo habrás soñado!

—Sí, hijo mío: soy tu padre. Si vienes conmigo, te traeré suerte. Si no, estás perdido.

El joven lo miró a los ojos y se dijo: «Perder por perder, mejor me voy con él. Después de todo no me queda mucho donde elegir». Hizo montar al viejo en la grupa del caballo y llegaron a España.

Se presentó ante el Rey.

—¿Dónde está tu padre? —preguntó el Rey.

—Este es —dijo el joven, señalando al pordiosero.

—¿Este? ¿Y tienes el coraje de venir a pedir a mi hija?

—Majestad —intervino el viejo—, yo soy aquel viejo que hablaba con los planetas y os anunció el nacimiento de vuestra hija y el de mi hijo, que debía casarse con ella. Y éste, como yo os había dicho, es ese hijo mío.

El Rey dio un brinco.

—¡Fuera de aquí, viejo descarado! ¡Guardias, a él!

Los guardias se adelantaron, y entonces el viejo se abrió la raída vestimenta a la altura del pecho y apareció el Toisón de oro del Emperador.

—¡El Emperador! —gritaron al unísono el Rey y los guardias.

—¡Perdón, Sacra Majestad! —y el Rey se arrodilló a sus pies—. No sabía con quién hablaba. Esta es mi hija: cúmplase tu voluntad.

Era un Emperador que, cansado de la Corte, recorría el mundo disfrazado de pordiosero, solo, hablando con las estrellas y los planetas.

Se abrazaron, se besaron y concertaron las bodas. Mandaron llamar al mercader ismaelita y su mujer, y el joven los recibió con un abrazo y les dijo:

—¡Padre y madre mía, porque para mí vosotros sois mi padre y mi madre! ¡Debo mi fortuna a que me hayáis echado de casa! Yo me caso con la Princesa, pero vosotros siempre os quedaréis conmigo.

Y los dos viejos, enternecidos, rompieron a llorar. El hijo del Emperador se casó con la hija del Rey e hicieron un gran festín en toda la ciudad.

*Ellos vivieron contentos y felices,*
*Nosotros nos tocamos las narices.*

*(Palermo)*

# 153
# LA PALOMA LADRONA

Había una hija de Rey y de Reina, con una trenza tan bella que no quería peluquero y siempre se la peinaba sola. Un * día, mientras se peinaba, dejó el peine en el alféizar. En el alféizar se posó una paloma, cogió el peine con el pico y se alejó volando.

—¡Alto! ¡Alto! ¡La paloma me ha robado el peine! —gritó la Princesa, pero la paloma ya estaba muy lejos.

Al día siguiente, la Princesa de nuevo se estaba peinando frente a la ventana cuando la paloma volvió, apresó el cintillo con el pico y escapó. El tercer día, cuando terminaba de peinarse y todavía tenía la toalla sobre los hombros, bajó la paloma, le quitó la toalla y se alejó volando. Esta vez la muchacha, enfurecida, tomó una escala de seda, bajó al suelo y corrió tras la paloma. La paloma, en vez de huir como todas las palomas, esperaba a que ella se acercase, luego se echaba a volar y se posaba un poco más lejos. La muchacha se enfurecía cada vez más: volando a trechos, la paloma se adentró en el bosque, y la Princesa siempre atrás. En medio del bosque había una cabaña solitaria, y hacia allí se dirigió la paloma. La puerta estaba abierta y dentro la Princesa vio a un hermoso joven. Le preguntó:

—¿Has visto entrar una paloma con una toalla en el pico?

—Sí —respondió el joven—, esa paloma soy yo.

—¿Tú?

—Sí.

—¿Y cómo?

—Me hechizaron las Hadas, y no puedo salir de aquí con forma de hombre hasta que tú no hayas pasado un año, un mes y un día bajo el sol y bajo las estrellas sentada a la ventana de esta cabaña, con los ojos fijos en esa montaña de enfrente, adonde yo volaré con forma de paloma.

La Princesa, sin pensárselo un segundo, se sentó en la ventana. La paloma se echó a volar y se fue a posar en la montaña. Pasó un día, otro día, un tercer día, y la Princesa seguía siempre allí con los ojos fijos; pasaron semanas, y la Princesa bajo el

sol, la luna y las estrellas, siempre tiesa como si fuera de madera. Y poquito a poco se volvía oscura, cada vez más oscura, hasta que fue negra como la pez. Así pasó un año, un mes y un día, y la paloma volvió a ser hombre y bajó de la montaña. Al ver que la Princesa se había vuelto tan negra exclamó:

—¡Puaj! ¡Qué fea eres! ¿No te da vergüenza tener esa facha por culpa de un hombre? ¡Fuera de aquí! —y le escupió.

La pobre muchacha creyó que se moría. Se echó a caminar, y mientras estaba en una campiña y lloraba a moco tendido la encontraron tres Hadas.

—¿Qué te pasa? —Y ella, llorando, se lo contó todo.

—No te aflijas —le dijeron las Hadas—. No te quedarás siempre así —y la mayor de las Hadas le pasó una mano por la cara: la muchacha volvió a ser bella, pero más bella que antes, bella como el sol. La segunda Hada le dio un vestido de Emperatriz. Y el Hada más pequeña un cesto de joyas—. Ahora —dijeron las Hadas— nosotras estaremos siempre contigo y fingiremos ser tus criadas.

Así que se pusieron en camino y llegaron a la ciudad donde reinaba ese joven. Las Hadas, en un abrir y cerrar de ojos, frente al Palacio del Rey construyeron uno cien veces más bonito. El Rey se asoma, ve esa maravilla, y le parecía estar soñando. En una ventana se había asomado esta muchacha que parecía una Emperatriz y el Rey empezó a mirarla.

—Si empieza a hacerte la corte, déjale que siga —le dijeron las Hadas. El Rey mira hoy, guiña el ojo mañana, finalmente le pidió que le hiciese una visita. La Princesa respondió que no una vez, dos veces; luego terminó por decirle:

—Bueno, Majestad, si queréis que os visite, debéis hacer un puentecito desde mi balcón al vuestro, con una alfombra de pétalos de rosa que tenga dos palmos de altura.

El Rey ni la dejó terminar: ya había dado la orden de construir el puentecito. Centenares de mujeres se pusieron a recoger rosas, a recoger rosas, a arrancar pétalos, a arrancar pétalos, a hacer pilas, montañas, algo nunca visto.

Cuando el puentecito de rosas estuvo Esto, las Hadas dijeron a la Princesa:

—Vístete de gran Emperatriz, y nosotras te seguiremos como damas de la Corte. Cuando estés en la mitad del puentecito, finge que te has pinchado con una espina y deja el resto en nuestras manos.

La Princesa empezó a caminar sobre los pétalos de rosa vestida con un atuendo rosa de Emperatriz. El Rey la esperaba en el otro lado muy impaciente, pero la Emperatriz le había ordenado no pisar el puentecito. Cuando estuvo en la mitad del puentecito la muchacha gritó:

—¡Me muero! ¡Me he pinchado con una espina!

Y fingió desvanecerse. Las Hadas la levantaron y la llevaron de vuelta a su palacio. El Rey quería correr a ayudarla pero estaba esa orden de por medio y tuvo que quedarse mordiéndose las manos.

Desde su Palacio, veía que allí enfrente entraban y salían médicos y

farmacéuticos; terminó por entrar hasta un cura con el viático. Sólo que él no podía ir. Se decía que la espina le había hinchado la pierna, que empeoraba a ojos vistas; a los cuarenta días se supo que la enfermedad menguaba y que la Emperatriz estaba mejorando. Cuando supo que estaba curada, el Rey volvió a insistir en que lo recibieran. Entonces las Hadas dijeron a la muchacha:

—Respóndele que irás tú a visitarlo, pero que quieres un puentecito con tres palmos de jazmín. Y cuando estés en la mitad del puente, fingirás que te has pinchado con otra espina.

El Rey, sin pérdida de tiempo, hizo recoger todos los jazmines del Reino y ordenó preparar una gran alfombra. Y cuando todo estuvo listo, ella avanzó vestida de Emperatriz. En el otro extremo del puentecito, el Rey la miraba con el corazón en la boca, temiendo otra espina. A medio camino:

—¡Ay! ¡Me muero! ¡Una espina me ha traspasado el pie! —las damas la cogieron en brazos, desvanecida, y la llevaron de vuelta al palacio. El Rey se arrancaba los cabellos.

Empezó a mandar a sus criados una y otra vez, pero verla no podía y atravesar el puentecito tampoco, y se golpeaba la cabeza contra la pared de la desesperación que tenía. Terminó por caer en cama, enfermo, y seguía mandando embajadas para enterarse de cómo estaba la Emperatriz, y terminó por mandarle mensaje de que le permitiera visitarla, enfermo como estaba, porque quería pedir su mano.

—Decidle —respondió la Princesa— que sólo me acercaría a él si lo viera tendido en el ataúd.

Cuando le comunicaron la respuesta, el Rey, que ya había perdido la cabeza, mandó preparar un ataúd, ordenó que lo rodearan de palmatorias y, fingiéndose muerto, ordenó que lo llevaran bajo las ventanas de la Emperatriz.

—Asomaos, Majestad —le dijeron—, aquí abajo está nuestro Rey muerto.

—¡Puaj! ¡Te lo mereces! ¿Y por una mujer lo has hecho? —y le escupió.

El Rey, al oír esa frase, se acordó de lo que le había hecho a aquella buena muchacha negra como la pez y en ese momento le pareció que tal vez se parecía a la bellísima Emperatriz de quien se había enamorado, y de golpe comprendió que eran la misma persona. ¡Imaginaos su desesperación! De muerto fingido casi casi se muere de veras.

Pero llegaron las tres damas de compañía y le dijeron que su ama esperaba al Rey. El Rey entró y le pidió perdón. De inmediato se abrió la Capilla Real y se casaron. El Rey quería que las tres Hadas se quedaran con ellos, pero las Hadas pidieron la venia de Su Majestad y se marcharon.

*(Palermo)*

# 154
# DUEÑO DE HABAS Y GUISANTES

Había una vez en Palermo un tal Don Giovanni Misiranti, que a mediodía soñaba con el almuerzo y por la noche con la cena, y a la hora de dormir soñaba con las dos cosas. Un día, con las tripas cedidas por el hambre, salió a la calle. «¡Oh Suerte mía!», pensaba, «¡cómo me has abandonado!». Caminando, vio un haba en el suelo. Se agachó a recogerla. Se sentó en el borde del camino y empezó a razonar mirando el haba. «¡Qué haba más bonita! Ahora la planto en una maceta y brotará una planta de habas, cargada de vainas. Dejaré que las vainas se sequen; luego planto las habas en una palangana y crecerán más todavía… Dentro de tres años alquilo un huerto, planto las habas y ya veréis cuántas crecen. Al cuarto año alquilo una tienda y me convierto en un gran comerciante…».

Mientras tanto había reanudado la marcha y había pasado frente a la Porta Sant'Antonino. Había una hilera de tiendas y a la entrada de una había una mujer sentada.

—Buena mujer, ¿estas tiendas se alquilan?

—Así es, señor —le respondió la mujer—. ¿Quién es el interesado?

—Mi patrón —dijo él—. ¿Con quién hay que tratar?

—Con la Señora que está aquí.

Don Giovanni Misiranti se puso a pensar y luego fue en busca de un amigo.

—Por San Juan te lo pido —le dijo al amigo—, no me puedes decir que no. Préstame un traje veinticuatro horas.

—Cómo no, compadre. —Y Don Giovanni Misiranti se vistió con mucha elegancia, hasta con guantes y reloj. Después fue a una barbería a que le afeitaran, y así, de punta en blanco, salió por la Porta Sant'Antonino. Había guardado el haba en el bolsillo del chaleco, y de vez en cuando le echaba una mirada de reojo. Vio a la mujer que seguía sentada en el mismo lugar y le dijo:

—Buena mujer, ¿es a usted a quien mi criado preguntó si estas tiendas se alquilaban?

—Sí, señor. ¿Ha venido a verlas? Venga conmigo, que lo llevo con la mujer de mi patrón.

Don Giovanni Misiranti, muy rígido, sigue a la mujer y se presenta a la dueña de las tiendas. La Señora, al ver un caballero con sombrero, guantes y cadena de oro, lo recibió con mucha ceremonia y empezaron a conversar. En lo mejor de la conversación entró una hermosa muchachita. Don Giovanni Misiranti abrió unos ojos así de grandes.

—¿Pariente suya? —preguntó a la Señora.

—Es mi hija.

—¿Casada?

—No, todavía no.

—Me alegra: yo tampoco estoy casado. —Al rato dice—: A mí me parece que, arreglado el contrato de las tiendas, debemos pasar al de la hija. ¿Qué opina la Señora?

—Todo puede ser… —respondió la Señora.

Vino el marido. Don Giovanni se levantó e hizo una reverencia.

—Yo soy terrateniente —dijo— y quisiera alquilar sus trece tiendas para llenarlas de habas, guisantes y todo el resto de la cosecha. Y si le parece bien, también quisiera la mano de su hija.

—Ah. ¿Y cuál es su nombre?

—Yo me llamo Don Giovanni Misiranti, dueño de habas y guisantes. —Entonces, Don Giovanni, déme veinticuatro horas de tiempo y le daré una respuesta.

Por la noche la madre habló con la hija y le dijo que la quería Don Giovanni Misiranti, dueño de habas y guisantes. La hija dijo que sí, muy contenta.

Al día siguiente Don Giovanni volvió a ver a su amigo y le pidió prestado otro traje, y ante todo puso el haba en el bolsillo del nuevo chaleco. Fue a casa de los dueños de las tiendas y cuando le dieron la respuesta tocó el cielo con las manos.

—En ese caso —dijo—, quisiera apresurarme, porque mis múltiples ocupaciones no me permiten perder tiempo.

—Desde luego, don Giovanni —dijeron los padres de la muchacha—. ¿Le parece que firmemos el contrato dentro de una semana?

Don Giovanni todos los días pedía prestado un traje diferente y los suegros lo creían muy rico. Firmaron el contrato y la dote se fijó en dos mil onzas de oro contantes y sonantes, además de la ropa blanca. Cuando vio tanto dinero junto, Don Giovanni se sintió otro hombre. Empezó a gastar: regalos para la novia, y para él trajes y todo lo necesario para causar buena impresión.

A los ocho días del contrato, asistió a la boda con un impecable traje de novio y el haba en el bolsillo del chaleco. Dieron fiestas y banquetes y Don Giovanni hacía una vida de barón. La suegra empezó a preocuparse al ver que ese despilfarro no terminaba nunca.

—Don Giovanni, ¿cuándo llevará a mi hija a visitar sus tierras? Es época de

cosecha.

Don Giovanni empezó a contradecirse: ya no sabía qué excusa poner. Se devanaba los sesos.

—Suerte mía —dijo sacando su amuleto del bolsillo—, tienes que echarme otra mano.

Mandó preparar una suntuosa litera para su mujer y su suegra y dijo:

—Es hora de partir. Vayamos hacia Mesina. Yo voy delante a caballo, vosotras seguidme.

Don Giovanni partió a caballo. Cuando vio un lugar que le pareció apropiado, llamó a un campesino.

—Toma doce tarjas: en cuanto veas venir una litera con dos señoras, si te preguntan de quién son estas tierras debes decir: «De Don Giovanni Misiranti, dueño de habas y guisantes».

Pasó la litera.

—Buen hombre, ¿de quién son estas hermosas tierras?

—De Don Giovanni Misiranti, dueño de habas y guisantes.

La madre y la hija sonrieron complacidas y siguieron su camino.

En otro feudo sucedió lo mismo; Don Giovanni cabalgaba delante despejando el camino con puñados de doce tarjas, llevando en el bolsillo el haba que era toda su fortuna.

Cuando llegó a un sitio donde ya no había nada más que ver, Don Giovanni se dijo: «Ahora busco una posada y las espero». Mira alrededor y ve un gran palacio, con una Damisela vestida de verde asomada a la ventana.

—¡Psss, psss! —lo llamó la Damisela, y le indicó que entrara.

Don Giovanni subió las escaleras y casi tenía miedo de ensuciarlas, tan limpias y resplandecientes estaban. Le salió al encuentro la Damisela, e indicando con un gesto todas las lámparas, los tapices, las paredes de oro puro, le dijo:

—¿Te gusta el palacio?

—¡Pero cómo no va a gustarme! —dijo Don Giovanni—. Aquí yo estaría cómodo hasta estando muerto…

—Pasa, pasa —y le hizo recorrer todos los cuartos: por todas partes había joyas, piedras preciosas, paños finos, cosas que Don Giovanni ni siquiera había imaginado.

—¿Ves todo esto? Te pertenece. Cuídalo bien. Aquí tienes los documentos. Es un regalo que te hago. Yo soy el haba que recogiste y conservaste en el bolsillo. Ahora me voy.

Don Giovanni estaba a punto de arrojarse a sus pies y expresarle toda su gratitud, pero la Damisela vestida de verde ya no estaba: había desaparecido delante de sus ojos. En cambio el palacio seguía allí y era todo suyo, todo de Don Giovanni Misiranti:

Apenas la suegra vio el palacio:

—¡Ah, hija mía, qué suerte que tienes! Don Giovanni, hijo querido, tenías

semejante palacio y no me habías dicho nada…

—Es que… quería daros una sorpresa… —Y así las llevó a visitar el palacio, y también para él era la primera vez que lo veía, y les mostró las joyas, y los documentos de los feudos, y después un recinto subterráneo colmado de oro y plata con una pala plantada en el centro, después las cocheras con todas las carrozas, y finalmente pasaron revista a los lacayos y a toda la servidumbre.

Escribieron al suegro que lo vendiera todo y se viniera al palacio, y Don Giovanni también le envió una recompensa a aquella buena mujer que había encontrado sentada frente a las tiendas.

*(Palermo)*

# 155
# EL SULTÁN CON SARNA

Un pescador tenía un hijo pequeño que cuando lo veía subir a la barca le decía:

—Padre, llévame contigo.

Y el pescador:

—No, que puede venir una tempestad.

Y si había bonanza:

—No, que puede venir el tiburón.

Y si no era época de tiburones:

—No, que la barca puede hacer agua.

Así lo entretuvo hasta los nueve años, pero a esa edad no hubo manera de disuadirlo. Tuvo que llevarlo consigo a pescar.

En medio del mar el pescador arrojó las redes y el niño el sedal. El pescador sacó la red y no había ni siquiera un pescadito, el niño sacó el sedal y había pescado un pez enorme.

—Este, padre, quiero llevárselo al Rey, yo en persona. —Volvieron a la orilla y el niño se vistió de punta en blanco, puso el pez en una cesta sobre un fondo de algas verdes y fue a ver al Rey.

El Rey vio el pez y chasqueó la lengua.

—¡A ver! —llamó a un camarero—. ¡A ver! ¡Que le den cincuenta onzas a este jovencito! —Y a él le preguntó—: ¿Cómo te llamas?

—Yo me llamo Pidduzzu, Majestad —dijo el pequeño pescador.

—Muy bien, Pidduzzu, ¿quieres quedarte en el Palacio Real?

—¡Con mucho gusto! —exclamó el niño.

Así, con el consentimiento de su padre, Pidduzzu fue criado en Palacio, vestido de seda fina y educado por maestros y profesores. Se instruyó, creció, y ya no lo llamaban Pidduzzu sino «el caballero Don Pidduzzu».

En Palacio también vivía la hija del Rey, que se llamaba Pippina y a Pidduzzu lo quería como a sus ojos. Cuando cumplió diecisiete años se presentó un hijo de Rey

para pedir su mano. Al padre le pareció un buen partido y trató de convencer a la hija de que se casara con él. Pero

Pippina tenía a Pidduzzu en el corazón y dijo a su padre que o se casaba con Pidduzzu o no se casaba con nadie. El Rey se enfureció y llamó a Pidduzzu.

—Mi hija ha perdido la cabeza por ti y eso no puede ser: tienes que irte de Palacio.

—Majestad —dijo Don Pidduzzu—, ¿y de esta forma me echáis?

—Lo lamento —dijo el Rey—, te quería como a un hijo. Pero no tengas miedo, no voy a dejarte sin mi protección. —Así Don Pidduzzu salió a recorrer el mundo y la Princesa fue encerrada en un monasterio, pongamos el de Santa Catalina.

Don Pidduzzu fue a alojarse en una posada. Su ventana daba a un pozo de luz y a ese pozo de luz también daba una ventanita del monasterio. A la ventanita se asomó Pippina. Apenas se vieron, se consolaron con gestos y con frases. Pippina, en su celda del monasterio, encontró un libro de encantamientos escondido por una monja que se había hecho bruja, y se lo bajó a Don Pidduzzu desde la ventana.

Al día siguiente el Rey fue a ver a su hija y pidió a la Madre Superiora permiso para hablar con ella, y como era el Rey se lo concedieron.

—Oye, papá —dijo la Princesa—, resolvamos este asunto. Este Príncipe tiene un bergantín; dale un bergantín a Don Pidduzzu. Que cada cual vaya por su lado, en direcciones contrarias. El que vuelva con los mejores regalos será mi marido.

—Me parece buena idea —dijo el Rey—. Así se hará. —Y llamando a Palacio a los dos pretendientes les explicó el plan de su hija. Los dos se quedaron muy contentos: el Príncipe porque sabía que Don Pidduzzu no tenía un céntimo; Don Pidduzzu porque con el libro de los encantamientos estaba seguro de su éxito.

Así pues, levaron anclas y zarparon. En alta mar Don Pidduzzu abrió el libro, y estaba escrito: «Mañana, atraca en cuanto veas tierra; baja con toda la tripulación y con una estaca». Al día siguiente avistaron una isla. Don Pidduzzu y la tripulación desembarcaron llevando una estaca. En tierra, abrió el libro. Estaba escrito: «Justo en el centro, encontrarás un escotillón, luego otro, después otro más; levántalos con la estaca y desciende». Así lo hizo: encontró el escotillón en el centro de la isla, lo levantó haciendo palanca con la estaca; debajo del escotillón había otro, y debajo otro más. Cuando levantó el último, vio una escalera. Don Pidduzzu bajó y se encontró en una galería de oro puro: muros, puertas, baldosas, cielo raso, todo de oro, y una mesa preparada para veinticuatro, con cuchillos, salero, candelabros de oro. Don Pidduzzu miró el libro. Estaba escrito: «Llévatelo». Llamó a la tripulación y dio órdenes de cargar todo a bordo. Tardaron doce días en hacerlo. Había veinticuatro estatuas de oro tan pesadas que sólo podían cargar un par por día. En el libro estaba escrito: «Deja los escotillones tal como los encontraste». Así lo hizo, y el bergantín levó anclas.

«Iza las velas y prosigue el viaje», decía el libro. Navegaron así durante un mes, pero los marineros empezaban a cansarse.

—Capitán, ¿adonde nos llevas?

—Sigamos adelante, muchachos, que pronto llegamos a Palermo.

Todos los días abría el libro, pero en el libro no decía nada. Finalmente encontró: «Mañana verás una isla: desembarca». En tierra, el libro decía de nuevo: «En el centro de la isla hay un escotillón; levántalo; después otros dos, después una escalera; baja y todo lo que encuentres es tuyo». Esta vez Don Pidduzzu encontró una gruta con jamones y quesos colgados y varias vasijas alrededor. Don Pidduzzu leyó el libro: «No comas nada, llévate la tercera vasija de la izquierda, contiene un bálsamo que cura cualquier enfermedad». Y Don Pidduzzu se llevó la vasija a bordo. A bordo abrió el libro: «Regresa», estaba escrito.

—¡Al fin! —gritaron todos.

Pero en el viaje de retorno, mientras navegaban sin ver más que cielo y mar, cielo y mar, de pronto divisan en el horizonte las naves de los corsarios turcos. Hubo una batalla y toda la tripulación fue capturada y llevada a Turquía. Don Pidduzzu y el piloto fueron conducidos al Sultán. El Sultán preguntó al Intérprete:

—¿Estos de dónde son?

—Sicilianos, Majestad —dijo el Intérprete.

—¡Sicilianos! ¡Dios me libre! —dijo el Sultán—. ¡Que los encadenen! ¡Que los tengan a pan y agua y los hagan trabajar cargando piedras!

Así Don Pidduzzu y el piloto empezaron esa dura vida, y Don Pidduzzu no hacía más que pensar en su Princesa, que estaba esperando los regalos.

Ahora bien, resulta que ese Sultán había cogido la sarna. Lo cubría de la cabeza a los pies y no encontraba remedio que lo curase. Cuando Don Pidduzzu se enteró a través de los comentarios de los demás prisioneros, declaró a los guardias que él, a cambio de la libertad, podría curar al Sultán:

El Sultán lo supo y llamó al siciliano.

—Todo lo que quieras, con tal de que me cures la sarna.

Don Pidduzzu no se contentó con su palabra: pidió que se asentara por escrito, y el permiso para regresar a su barco. El barco estaba atracado en la orilla; de a bordo no se habían llevado nada, porque eran corsarios de honor. Don Pidduzzu tomó una botella del bálsamo de esa vasija, volvió a ver al Sultán, lo hizo recostar y con una plumita empezó a untarle la cabeza, la cara y el cuello. Antes del anochecer el Sultán empezó a cambiar de piel como una serpiente, y debajo de la piel sarnosa tenía otra, muy tersa y rosada. Al día siguiente Don Pidduzzu le untó el pecho, el vientre y la espalda, y al anochecer el Sultán cambió la piel. El tercer día le untó las piernas y los brazos, y el Sultán sanó del todo. Y Don Pidduzzu zarpó con su tripulación.

Desembarcó en Palermo, y en seguida fue en carroza al encuentro de Pippina, que no cabía en sí de la alegría. El Rey le preguntó cómo le había ido.

—Dios sabe cómo me ha ido, Majestad —dijo Don Pidduzzu—. Ahora querría que me preparase una galería donde guardar mis regalos. No porque sea nada importante, pero ya que estamos…

Y empezó a hacer descargar todos los objetos de oro que tenía. Durante un mes

no hicieron más que descargar. Una vez que dejaron la mercancía en su sitio, dijo al Rey:

—Majestad, yo mañana estaré listo; si queréis, id a ver primero qué ha traído el Príncipe, y después mis cosas.

Al día siguiente el Rey fue a ver los regalos del Príncipe: utensilios, objetos de tocador, cosas bonitas, sí, no había nada que objetar. El Rey lo felicitó. Luego fueron juntos a ver qué había traído Don Pidduzzu: apenas se encontró frente a todo ese esplendor, el Príncipe exclamó: «¡Ah!», se volvió, echó a correr, bajó los escalones de cuatro en cuatro, se embarcó en su nave y no lo volvieron a ver nunca más.

—¡Viva Don Pidduzzu! —gritó la multitud, y el Rey lo abrazó. Fueron juntos a Santa Catalina a buscar a Pippina, y tres días más tarde los prometidos se casaron.

Don Pidduzzu mandó buscar a su padre y su madre, de quienes no tenía noticias. ¡Pobrecitos! Todavía andaban con los pies descalzos. Los atavió con las ropas que correspondían al padre y la madre de un Príncipe, y los llevó consigo a Palacio.

*Vivieron felices con toda su fortuna*
*Y nosotros seguimos sin pegar ni una.*

*(Palermo)*

# 156
# LA ESPOSA QUE VIVÍA DEL AIRE

Vivía en Mesina un Príncipe tan rico como avaro, que dos veces al día hacía servir la mesa con una rebanada de pan, una loncha de longaniza finita como una hostia y un vaso de agua. Tenía un solo camarero y le daba dos tarjas por día, un huevo y un pan que apenas alcanzaba para mojarlo en el huevo. Así ocurría que ningún camarero lo aguantaba más de una semana; a los pocos días todos se le iban. Una vez contrató a un camarero que era un pícaro rematado, que si el patrón se las sabía todas, él era capaz hasta de robarle los zapatos y las medias mientras corría.

Este camarero, llamado Sor Giuseppe, cuando vio de qué iban las cosas, fue a ver a una carbonera que tenía su tienda al lado del palacio, una mujer adinerada madre de una hermosa muchacha, y le dijo:

—Señora, ¿queréis que vuestra hija se case?

—Dios quisiera que encontrara un muchacho normal, Sor Giuseppe —respondió la mujer.

—¿Y el Príncipe qué os parece?

—¿El Príncipe? ¿No sabes que es un piojoso? Con tal de no gastar dinero se dejaría arrancar un ojo.

—Señora, si me hacéis caso, os arreglaré el matrimonio. Sólo tenéis que decir que vuestra hija *vive del aire*.

Sor Giuseppe se presentó al Príncipe:

—Señor amo, ¿por qué Su Señoría no se casa? Ya tiene sus añitos y el tiempo pasa y no ha de volver…

—¡Ah! ¡Me quieres matar! —exclamó el Príncipe—. ¿No sabes que para mantener una mujer el dinero se te escurre como el agua? Sombreros, vestidos de seda, plumas, mantas, carrozas, teatros… No, Giuseppe, déjame en paz.

—¿Pero no sabe Su Señoría que la hija de la carbonera, una linda muchacha, vive del aire? Y ella ya tiene dinero, y no ama el lujo ni las fiestas ni los teatros.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo puede vivir del aire?

—Tres veces al día coge un abanico, se da aire, y así se quita el hambre. Y se le pone una cara mofletuda que parece que se estuviera comiendo un bistec.

—Bueno, tráela para que la vea.

Sor Giuseppe lo arregló todo y a los ocho días se celebraron las bodas y la carbonera se convirtió en Princesa.

Todos los días se sentaba a la mesa, se abanicaba, y el marido la observaba con mucho placer. Después la madre, a hurtadillas, le mandaba pollo asado y costillitas y la Princesa y el camarero se daban un atracón. Pasó un mes, y a la carbonera empezó a molestarle eso de tener que poner dinero siempre de su bolsillo, así que se quejó al camarero:

—Pero bueno, hombre, ¿hasta cuándo tendré que pagarlo todo yo? ¡Ese cretino del Príncipe también podría poner algo!

Sor Giuseppe dijo a la Princesa:

—¿Sabes lo que tienes que hacer? —(porque delante de los otros él la llamaba «Princesa» y «Su Señoría» de aquí y «Su Señoría» de allá; pero cuando estaban solos la tuteaba)—. Dile al Príncipe que te agradaría ver sus riquezas, aunque sólo fuese para quitarte la curiosidad. Si él dice que tiene miedo de que alguna moneda se te pegue a los zapatos, di que estás dispuesta a ir descalza.

La Princesa empezó a rogar al Príncipe, pero él torcía la boca y no había forma de convencerlo. Y ella insistía, diciendo que estaba dispuesta a ir descalza, aunque así fuera, y al fin obtuvo su consentimiento.

—Rápido —le dijo entonces Sor Giuseppe—, úntate de cola todo el borde de la falda. —Y la Princesa así lo hizo.

El Príncipe levantó una mesa del suelo, abrió un escotillón y la hizo descender. La joven se quedó boquiabierta, había pilas de doblones de doce onzas, una suma tan grande que los primeros Reyes del mundo no hubieran llegado ni a la mitad. Y mientras miraba con grandes «¡Oh!» de sorpresa, como quien no quiere la cosa agitaba la falda y las monedas se le pegaban en el borde. Cuando se retiró a su cuarto, se las despegó y juntó un buen montón que Sor Giuseppe se llevó a la carbonera. Así continuaron con sus atracones, mientras el Príncipe la veía agitar el abanico y se felicitaba de tener una mujer que vivía del aire.

Una vez que el Príncipe estaba paseando con la Princesa, se encontró con un sobrino a quien nunca veía.

—Pippinu —le dijo—, ¿conoces a esta señora? Es la Princesa.

—Oh, tío, no sabía que te hubieses casado.

—¿No lo sabías? Ahora ya lo sabes. Y quedas invitado a venir a casa dentro de ocho días.

Después de hacerle esta invitación, el Príncipe se lo pensó dos veces y se arrepintió. «¡Ahora quién sabe cuánto tendremos que gastar! ¡Qué mala idea he tenido!». Pero ahora no había nada que hacer: tenía que servirle un buen almuerzo. Al Príncipe se le ocurrió una idea.

—¿Sabes una cosa, Princesa? La carne es muy cara y comprarla cuesta un disparate. Pero en vez de comprarla la puedo conseguir yendo a cazar. Tomo el fusil, salgo cinco o seis días, y te traigo un montón de salvajina sin gastar un céntimo.

—Sí, sí, pero hazlo rápido —respondió ella.

No bien el Príncipe hubo salido a cazar, la Princesa mandó a Giuseppe en busca de un herrero.

—Maestro —le dijo al herrero—, hazme rápido una llave para este escotillón, que la perdí y ahora no puedo abrirlo.

En menos de lo que se tarda en decirlo tuvo una llave que abría a la perfección, bajó al recinto subterráneo y sacó unas bolsas de doblones. Con todo ese dinero hizo alfombrar los cuartos, hizo instalar muebles, lámparas, portales, espejos, tapices, todas las cosas que se usan en los palacios de los príncipes: hasta un portero con la librea hasta los pies y el bastón con la pelota en la punta.

Vuelve el Príncipe.

—¿Qué ha pasado? ¿No era ésta mi casa? —Se frota los ojos, se vuelve, camina para atrás—. ¿Pero qué le ha ocurrido? —Y continúa dando vueltas por todas partes.

—Excelencia —le dice el portero—, ¿qué busca Su Excelencia? ¿Por qué no entra?

—¿Esta es mi casa?

—¿Y de quién va a ser? Póngase cómodo, Excelencia.

—¡Ay! —exclamó el Príncipe dándose un manotazo en la frente—. ¡Jesús! ¡Mi mujer se ha gastado todo el dinero!

Entró a la carrera: vio las escaleras de mármol blanco, los tapices en las paredes.

—¡Ay! ¡Todo, todo, mi mujer!

Vio espejos, mesitas, sofás, divanes, poltronas.

—¡Ay! ¡Todo, todo, mi mujer!

Llegó a su cuarto y se tendió cuan largo era.

—¿Qué te pasa? —le dijo su mujer.

—Ay… —decía él con un hilo de voz—, todo, mi mujer…

La mujer, sin perder el tiempo, mandó llamar un notario y cuatro testigos. Vino el notario:

—Príncipe, ¿qué le ocurre? ¿Quiere hacer testamento? Diga…

—Todo… mi mujer…

—¿Cómo? ¿Cómo dice?

—Todo… mi mujer…

—¿Quiere dejárselo todo a su mujer? Sí, comprendo. ¿Así está bien?

—Todo… mi mujer…

Y mientras el notario escribía, el Príncipe murmuró un par de veces más y después murió.

La Princesa se quedó con todo, y cuando se quitó el luto se casó con el Sor Giuseppe, y así fue como el dinero del avaro terminó tragándoselo un pícaro.

*(Palermo)*

# 157
# HIERBA BLANCA

Se cuenta y se recuenta a los señores presentes que había una vez, y había un Rey y una Reina. A la Reina cada vez que tenía un hijo le nacía una niña. El Rey, que deseaba un varón, se enojó y dijo:

—Si tienes otra mujer, te la mato.

La pobre Reina, angustiada, terminó por dar a luz otra niña, pero tan hermosa como no se había visto jamás. Por temor a que el marido se la matara, le dijo a la comadrona:

—Llévesela su señoría, a esta criatura, y haga lo que le parezca más conveniente.

La comadrona la aceptó y se dijo: «¿Y yo qué hago con una niña?», y saliendo a campo abierto la dejó sobre un arbusto de hierba blanca.

En ese campo vivía un ermitaño. En su gruta el ermitaño tenía una cierva que estaba alimentando a sus cervatillos recién nacidos. Todos los días la cierva salía en busca de comida. Aquella tarde, cuando la cierva regresó a la gruta, los cervatillos trataron de succionar la leche, pero las ubres de la cierva estaban vacías y los cervatillos se quedaron con la boca seca. Lo mismo se repitió el día siguiente, y también el otro: los cervatillos se estaban muriendo de hambre. El ermitaño, que les tenía compasión, decidió seguir a la cierva y vio que le daba su leche a una niña que estaba en un arbusto de hierba blanca. El ermitaño cogió a la niña en brazos y se la llevó a la gruta.

—Aliméntala aquí —le dijo a la cierva— y reparte su leche entre ella y tus cervatillos. —Poco a poco la niña se destetó, y crecía, y cuanto más crecía más grácil era. Le hacía las tareas al ermitaño, y el ermitaño le había tomado cariño como a una hija.

Una vez otro Rey iba de cacería y en lo mejor lo sorprende una tempestad: agua, truenos, viento; el Rey no encuentra otro refugio que la gruta del ermitaño. Al ver entrar al Rey todo empapado, exclamó:

—¡Hierbablanca! ¡Hierbablanca! ¡Trae una silla, enciende el fuego, ayudemos a

Su Majestad!

—¿Hierbablanca? —dijo el Rey—. ¿Qué nombre es ése, buen eremita?

Y el ermitaño le contó cómo había encontrado a la niña en un arbusto de hierba blanca, y le había puesto ese nombre.

Apenas vio a la muchacha, el Rey dijo:

—Ermitaño, ¿quieres dármela, que me la llevo a Palacio? Tú eres viejo, cómo esta muchacha se va a quedar sola en el campo. Yo le daré maestros para que la instruyan…

—Majestad —dijo el ermitaño—, yo a la muchacha le tengo cariño y por su bien me complace que vaya a Palacio, porque la educación que puede darle Su Majestad sin duda no es la que puede darle un pobre ermitaño.

El Rey saludó al ermitaño, montó a Hierbablanca en su caballo y se la llevó consigo. En Palacio la puso en manos de dos damas de la Corte para que la educaran. Cuando pudo comprobar los méritos de la muchacha, dijo:

—Lo mejor que puedo hacer es casarme con ella y hacerla Reina.

Se casó con ella, y Hierbablanca fue Reina del Reino. Tanto era el amor del Rey por su mujer que estaba como loco por ella. Y un día le dijo:

—Hierbablanca, me veo obligado a partir: pero tener que dejarte, aunque sea por poco tiempo, me causa tanto dolor que ni puedo describírtelo.

El Rey partió. Una noche, fuera de su Reino, se encontraba en compañía de Príncipes y de Caballeros, y cada cual se puso a elogiar a su propia mujer.

—Todos se enorgullecen de sus esposas —dijo el Rey—, pero una mujer como la mía no la tiene nadie.

—Majestad —le dijo uno de esos Caballeros—, si queréis hacer una apuesta, voy a Palermo y le demuestro que mientras vos estáis ausente yo trabo conversación con vuestra mujer.

—No puede ser —respondió el Rey—, ¡no puede ser!

—¿Apostamos? —insistió el Caballero.

—Pues apostemos —dijo el Rey.

Convinieron la apuesta: un feudo. Convinieron el plazo: un mes. Y el Caballero partió. En Palermo se dedicó noche y día a pasear bajo las ventanas del Palacio Real. Los días pasaban y ni siquiera había logrado ver a la Reina asomada una vez: las ventanas estaban siempre cerradas.

Un día se paseaba por allí con la cara triste, cuando se acercó una vieja a pedirle limosna.

—¡Fuera de aquí! —dijo él—. ¡No me fastidies!

—¿Qué os pasa, señor, que estáis tan triste? —le preguntó la vieja.

—Fuera, déjame en paz.

—Decidme, señor, tal vez os pueda ayudar…

Entonces el Caballero le habló de la apuesta, y le dijo que quería entrar en el Palacio o al menos saber qué aspecto tenía la Reina.

—Tranquilícese Su Señoría: ya pensaré yo en todo.

La vieja preparó una canasta con huevos y fruta, fue a Palacio y pidió hablar con la Reina. Cuando estuvo sola con la Reina, la abrazó y le dijo al oído:

—Hija mía, tú no me conoces pero soy pariente tuya: tengo el placer de traerte estas cositas.

La Reina no conocía a su parentela, de modo que era muy posible que la vieja fuera pariente suya. Así que la trató con confianza, la alojó en Palacio y dio orden de que se la respetara. La vieja podía entrar en el cuarto de la Reina a cualquier hora y hacer lo que se le antojara.

Un día, mientras la Reina estaba durmiendo, la vieja entró en el cuarto. Se acercó a la cama, levantó un poco la colcha y vio que en el hombro desnudo de la Reina había un bellísimo lunar. La vieja tomó entonces una tijera y cortó el vello que despuntaba del lunar y se lo guardó: y muy satisfecha se alejó del Palacio. Cuando el Caballero tuvo ese vello en las manos y obtuvo de la vieja una descripción de la Reina, no cabía en sí de la alegría. Recompensó a la vieja con una buena suma de dinero y se puso en marcha. El día acordado se presentó al Rey y a los otros caballeros, también ellos impacientes por saber quién era el ganador.

—Majestad —dijo el Caballero—, disculpad lo que debo deciros. ¿Es verdad o no es verdad que vuestra mujer es así y así?… —Y describió minuciosamente la figura de la Reina.

—Sí, así es —repuso el Rey—, pero eso no significa nada. Habrás conseguido informarte de esos detalles, pero no tratar con ella en persona.

—Entonces, Majestad, escuchadme: ¿es verdad o no es verdad que vuestra esposa tiene un lunar en el hombro izquierdo?

El Rey palideció.

—Bueno, sí.

El Caballero le dio un medallón al Rey.

—Majestad, lamento deciros que ésta es la prueba de que gané la apuesta. —Y el Rey, temblando, vio en el medallón el vello del lunar de la Reina. Sin decir palabra, hundió la barbilla en el pecho.

Sin pérdida de tiempo el Rey regresó a su Palacio. La Reina, feliz de volver a verlo después de una ausencia tan prolongada, le salió al encuentro riendo. El Rey no la abrazó ni le devolvió el saludo. Dio órdenes de uncir los caballos a una carroza y dijo a su mujer:

—Sube. —Y también él subió a su lado empuñando las riendas.

La Reina lo miraba sin comprender y lo interrogaba con aprensión, pero el Rey no respondía. Cuando llegaron a la ladera del Monte Peregrino, el Rey detuvo los caballos y dijo:

—Desciende. —La Reina se apeó de la carroza y el Rey, sin desmontar, le dio tal ramalazo con la fusta que la tiró al suelo. Luego azuzó a los caballos y partió al galope.

Ese día, un médico y su mujer que iban a cumplir un voto que habían hecho por el nacimiento de un hijo subían al santuario de Santa Rosalía. Los seguía un esclavo moro llamado Alí. Al llegar a la ladera del Monte Peregrino oyeron un lamento.

—¿Quién será? —dijo el médico, y acercándose al lugar encontraron una joven tirada en el suelo, herida, más muerta que viva. El médico la vendó como pudo y dijo a su mujer—: Por hoy posterguemos el viaje y tratemos de ayudar a esta joven; llevémosla a casa y veamos si la podemos curar.

Así lo hicieron. Gracias a la hospitalidad y el buen trato del médico y su esposa, la joven recobró la salud; pero por mucho que la interrogaban nunca quiso contarles cómo había ocurrido esa desgracia, ni cuál había sido su pasado. No obstante, la mujer del médico, feliz de haber encontrado una joven tan buena y virtuosa, le tomó mucho cariño y se la quedó como camarera.

Un día el médico dijo a su mujer:

—Querida, es hora de que cumplamos nuestra promesa a Santa Rosalía; dejemos la niña con la camarera, y partamos con Alí.

A la mañana siguiente partieron temprano, mientras la camarera y la niña aún dormían. Al cabo de un trecho, Alí se dio una palmada en la frente:

—Amo, Alí olvidarse. ¡No traer canasto desayuno!

—¡Corre en seguida a buscarlo! —dijo el amo—. Te esperamos aquí.

Resulta que este esclavo, viendo que sus amos se habían encariñado con la camarera, había concebido un odio mortal hacia la pobre muchacha. Y ahora, el olvido del canasto del desayuno no era sino un pretexto. Volvió corriendo a la casa, encontró a la joven y a la niña dormidas. Se acercó con una cuchilla y degolló a la niña. Luego corrió al encuentro de sus amos.

La joven, cuando se despertó, se encontró bañada en sangre y vio a la niña degollada junto a ella.

—¡Ay, qué desgracia! —gritó—. ¡Ay, esos pobres padres! ¡Y yo, desdichada de mí! ¿Qué voy a decirles? —Y presa del miedo, abrió una ventanita y se escapó de la casa corriendo a campo través. Era una planicie desierta. Y en medio de la planicie encontró un antiguo palacio semiderruido. La joven entró: no había un alma. Vio un viejo diván desfondado y se desplomó encima y cayó dormida, agotada por el susto y por lo que había caminado.

Dejemos a la muchacha durmiendo, y volvamos a ese Rey que no quería hijas mujeres. Con el tiempo la mujer le había contado que esa hija no había muerto de veras, sino que se la había entregado a la comadrona y no había vuelto a tener noticias de ella. El Rey sentía remordimientos y un día había dicho:

—Mujer, yo me voy y no regresaré hasta saber algo de mi hija. —Después de mucho viajar, la noche lo sorprendió en una planicie desierta. Vio un antiguo palacio semiderruido y entró.

Dejemos a este padre en busca de su hija, y volvamos a ese Rey que había abandonado a la mujer en la ladera del Monte Peregrino. Cuanto más pensaba más lo

acuciaban los remordimientos. «¿Y si ese Caballero me hubiese mentido? ¿Y si mi mujer fuera inocente?… ¿Estará viva? ¿Estará muerta? En este palacio yo no tengo paz sin ella; recorreré el mundo y no volveré hasta no tener noticias suyas».

Después de mucho viajar, la noche lo sorprendió en una llanura desierta. Vio un antiguo palacio semiderruido y entró. Ya había otro Rey echado en una poltrona, descansando. El se sentó a su lado.

Dejemos a ese Rey y sigamos al médico. Al regresar del viaje, entra en casa esperando encontrar a su hija y se encuentra con la casa desierta y la niña asesinada. Lo primero que pensó, antes que nada, fue en decirle al esclavo:

—Alí, la encontraremos aunque sea en el fin del mundo y a esa miserable la mataremos como ella nos mató a nuestra niña.

Y se puso en camino. En una planicie desierta la noche lo sorprendió cerca de un viejo palacio semiderruido. Entra, y había dos Reyes sentados en dos poltronas cercanas. El médico y Alí se sentaron en otras dos poltronas, frente a ellos. Así se quedaron los cuatro, en silencio, cada cual sumido en sus pensamientos.

En medio del cuarto había un farol. Y el farol dijo:

—Quiero aceite.

Entonces entró en el cuarto una aceitera. Y la aceitera dijo al farol:

—Vamos, agáchate.

El farol se agachó y la aceitera le vertió aceite. Luego la aceitera le dijo al farol:

—¿No me cuentas nada?

—¿Qué quieres que te cuente? —dijo el farol—. Bueno, algo te podría contar.

—Pues cuéntame.

—Oye —dijo el farol—, había un Rey que como no quería más hijas mujeres le dijo a su esposa que si le nacía otra mujer la mataba. La esposa, para salvar a la niña, la hizo desaparecer. Escucha bien: esta niña, cuando fue mayor, se casó con un Rey; este Rey, por culpa del engaño de un caballero, la llevó al Monte Peregrino, le dio un fustazo y la abandonó en el suelo. Por casualidad pasó un médico, y el médico oyó un lamento…

A medida que el farol proseguía con la historia los hombres sentados en las poltronas alzaron la cabeza uno por uno, abrieron los ojos y escuchaban entre continuos sobresaltos, y mientras tanto Alí temblaba como un mirlo.

—Escucha bien —continuaba el farol—: ese médico se acercó con su mujer al lugar de donde venía el lamento, ¿y qué vio? Una bellísima muchacha tendida en el suelo, herida. Se la llevó a casa y le confió a su hija. Había un esclavo que sentía odio por la joven, ¿y qué hizo? Asesinó a la niña, para que la culpa recayera en la muchacha…

—¡Pobre muchacha! —dijo la aceitera—. ¿Y ahora dónde está? ¿Está viva o muerta?

—Sssh… —dijo el farol—, está allá arriba, durmiendo en un diván. Están el Rey su padre y el Rey su marido, que la están buscando, arrepentidos del mal que le han

hecho. Y está el médico, que la busca para matarla pensando que ella es la asesina de su criatura.

El Rey padre, el Rey marido y el médico se habían levantado. El médico se apresuró a capturar a Alí, que ya estaba a punto de fugarse. Los tres se le arrojaron encima y lo descuartizaron.

Luego corrieron arriba y se hincaron de rodillas frente al diván donde dormía Hierbablanca.

—¡Es mía! —dijo el Rey padre—. ¡Es mi hija!

—¡Es mía! —dijo el Rey marido—. ¡Es mi mujer!

—¡Es mía! —dijo el médico—. ¡Le salvé la vida!

Terminó por ganarla el Rey marido, quien invitó al Rey padre y al médico a Palacio, donde celebró con una gran fiesta el reencuentro de su mujer, y allí los trató como parientes.

*(Palermo)*

# 157
# EL REY DE ESPAÑA Y EL MILORD INGLÉS

Un Rey, cuando su hijo cumplió dieciocho años, le dijo:

—El tiempo pasa, la vejez apremia. ¿Por qué no te casas? Si morimos nosotros, ¿a quién le dejaremos el Reino?

Al hijo este discurso no lo convencía. Y siempre le repetía a su padre:

—¡Hay tiempo, padre mío!

Y el Rey siempre susurrándole al oído: «¡Cásate!». Hasta que el hijo, para quitárselo de encima, le dijo al fin:

—Padre mío, métete en la cabeza que sólo me casaré cuando encuentre una muchacha blanca como un queso y rosa como una rosa.

El Rey tocó entonces la campana del Consejo.

—Señores del Consejo, tengo el honor de anunciaros que el Príncipe tomará mujer cuando encuentre una muchacha blanca como un queso y rosa como una rosa. Ahora decidme qué hacer.

Y los sabios del Consejo respondieron:

—Majestad, elegid a algunos de los Grandes de la Corte, cada cual con un pintor, y además camareros, cocheros y lacayos, y que vayan por el universo mundo en busca de esta mujer. Al cabo de un año, que el Príncipe se case con la mejor muchacha que hayan encontrado.

Así pues, partieron los Grandes de la Corte, cada cual con un pintor de los mejores, y un ejército de camareros, cocheros y lacayos. Uno fue a un Reino, otro a otro, y visitaron todos los Reinos de la Tierra.

Uno de los Grandes fue a España; no bien llegó se puso a conversar con un boticario. Palabra va, palabra viene, se hicieron amigos.

—¿Pero a qué viene la visita de Su Señoría? —le preguntó el boticario.

—Venimos —dijo el Grande— en busca de una mujer blanca como un queso y rosa como una rosa. ¿Hay alguna por aquí?

—Oh, si es sólo eso —dijo el boticario—, aquí hay una belleza rara, una joven

que es de veras blanca como una horma de queso y rosa como un capullo de rosa. Pero verla es difícil: nunca se asoma y yo mismo nunca la he visto y lo que le digo se lo digo de oídas. Es hija de gente venida a menos y nunca sale a la calle.

—¿Y qué podemos hacer para verla?

—Ya pensaré en algo. —Y el boticario fue a casa de la madre de la joven—. Señora —le dijo—, a mi botica ha venido un pintor que está haciendo el retrato de los rostros más bellos del mundo. Le falta el retrato de la hija de usted. Si accede, son cuarenta onzas de recompensa.

La madre, que vivía en la estrechez, habló con su hija y la persuadió. El pintor entró acompañado por el Grande y el boticario. Cuando vieron a la hija los tres exclamaron:

—¡Oh, qué bella!

El pintor le hizo el retrato, lo retocó en casa del boticario y el Grande le hizo poner un marco de oro. Y así, con el cuadro colgado del cuello, se presentó ante el Rey.

Era el momento acordado para el regreso de todos los Grandes que habían salido a recorrer el mundo y todos se reunieron en la sala de audiencias, cada cual con un retrato colgado del cuello. El Príncipe los miró todos y deteniéndose frente al de la muchacha de España dijo:

—¡Si la cara se parece al retrato, es una gran cara!

—Majestad —dijo el Grande—, si no le gusta esta cara, no le va a gustar ninguna.

El Grande de la Corte fue enviado a España en busca de la muchacha. Primero la tuvieron cuatro meses en un palacio para que aprendiera a comportarse como una Reina y cuando, inteligente como era, aprendió, celebró el matrimonio con el Grande de la Corte como padrino, y partió en carroza hacia el Reino del Príncipe. La madre fue muy elogiada por la educación religiosa que le había dado y el boticario tuvo una buena recompensa. El Príncipe fue a buscarlos a caballo, y cuando los encontró se apeó y entró en la carroza. ¡Imaginaos qué alegría!

Hasta le cayó simpática a la Reina suegra. Al hijo le dijo al oído:

—Has sabido elegir. De esta muchacha me gusta la castidad de su mirada.

Y la Princesa de veras hacía vida de santa: siempre encerrada en sus aposentos, sin asomar siquiera la nariz, y con la suegra se llevaba a las mil maravillas, como un palomo y una paloma, cosa rara porque las suegras y las nueras cayeron del cielo y ya se peleaban. Pero se sabe que el diablo siempre trata de meter la cola, y un día la suegra le dijo a la muchacha:

—Hija mía, ¿por qué estás siempre encerrada? Asómate al balcón a tomar un poco el aire.

Y la joven, obediente, se asomó.

En ese momento pasaba por la calle un Milord inglés. El Milord inglés alzó los ojos y ya no los bajó más. La joven se dio cuenta, entró y cerró el balcón. Pero al Milord ya no lo contenía nadie y empezó a dar vueltas para tratar de verla otra vez.

Un día una viejecita le pidió limosna.

—¡Déjame en paz, vieja bruja! —le dijo él.

—¿Pero qué le pasa a Su Señoría? —preguntó la vieja.

—Lárgate, que no tengo por qué decírtelo a ti.

—Quién sabe. ¿Por qué no hace la prueba?

—¿Qué me pasa? Me pasa que quiero ver a la Princesa y no la veo.

—¿Y tanto escándalo por eso? Déme un anillo con un diamante solitario y déjelo todo de mi cuenta.

El Milord le creyó y le compró el anillo. Ella se apresuró a ir a Palacio.

—¿Adónde vas? —le preguntó el centinela.

—A ver a la Princesa: tengo un anillo tan valioso que sólo ella puede comprarlo.

Transmitieron el mensaje y la Princesa la hizo pasar. Cuando vio el anillo le preguntó:

—¿En cuánto me lo dejas?

—Trescientas onzas, Majestad.

—Pagadle trescientas onzas a esta viejecita, más diez onzas de propina.

La vieja, restregándose las manos, fue a ver al Milord.

—¿Qué te ha dicho la Princesa? —le preguntó él.

—Dice que dentro de diez días me da una respuesta. —Y calladita se guardó las trescientas onzas.

A los diez días vio de nuevo al Milord.

—Tengo que volver a ver a la Princesa, pero no voy a ir con las manos vacías. Haga una cosa: mándele un collar precioso.

Los Milores, se sabe, son Reyes sin corona. Y la vieja recibió un collar muy valioso y fue a vendérselo a la Princesa.

—Es hermoso —dijo la Princesa—. ¿Cuánto te debo?

—Por ser vos mil onzas, Majestad.

—¡Pagad de inmediato mil onzas, más cuarenta de propina!

La vieja coge el dinero y corre a ver al Milord.

—¿Qué te ha dicho la Princesa?

—¿Sabe?, no he podido hablar con ella porque estaba la suegra. Pero el regalo lo ha aceptado, y la semana que viene estará todo arreglado.

—¿Y la semana que viene qué regalo le vas a llevar?

—Escuche: le dimos un anillo, le dimos un collar. Esta vez llevémosle un lindo vestido.

Para la semana siguiente el Milord hizo preparar el vestido más bello que se hubiera visto y se lo entregó a la vieja.

—Majestad —le dijo la vieja a la Princesa—, este vestido está en venta. ¿Os interesa?

—¡Qué hermoso! ¿Cuánto vale?

—Quinientas onzas.

—Pagadle quinientas onzas y veinte de propina.

Cuando salió, el Milord le preguntó:

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha dicho —respondió la vieja, que se las sabía todas—, que usted debe organizar un gran baile en su Palacio e invitar al Príncipe y la Princesa y asunto concluido.

El Milord, contento como unas pascuas, mandó hacer grandes preparativos y luego envió una invitación al Príncipe.

—¡Qué bien! ¡Un gran baile! —dijo la Princesa—. Me pondré el vestido que le compré a la vieja. —También se puso el anillo y el collar y fueron a la fiesta.

Al primer baile, el Milord fue a invitar a la Princesa, y convencido de que ya todo estaba arreglado le guiñó el ojo. La Princesa, al ver que le guiñan el ojo, se vuelve, lo deja plantado y va a sentarse al lado del Príncipe. El Milord pensó que quería hacerse de rogar un poco; va a invitarla de nuevo y de nuevo le guiña el ojo. Ella lo vuelve a dejar plantado y se sienta al lado del Príncipe. El Milord la invita por tercera vez, siempre guiñándole el ojo; la Princesa le da la espalda. Al terminar la fiesta, Príncipe y Princesa saludan y se van y el Milord se queda tirándose de los pelos.

—El anillo se lo puso, el collar se lo puso, el vestido se lo puso, pero conmigo no quiso bailar. ¿Qué significa esta historia?

En aquellos tiempos los gobernantes tenían la costumbre de disfrazarse de paisanos y salir de inspección por las tabernas para enterarse de lo que decía el pueblo. En una de estas tabernas sucedió que se encontraron el Príncipe y el Milord. Y el Milord, que no reconoció al Príncipe disfrazado, palabra va palabra viene terminó comentándole:

—Fíjese si será cretina, esta Princesa. Le mandé un anillo y lo aceptó, le mandé un collar y lo aceptó, le mandé un vestido y también lo aceptó, y sólo yo sé lo que tuve que pagar por todo eso. Me prometió el oro y el moro, me hizo organizar un baile a propósito, y después no me dio ni la hora.

Cuando el Príncipe supo esta historia se puso hecho una furia. Corre a Palacio, desenvaina la espada y se arroja sobre su mujer. La madre actuó con rapidez: se interpuso y salvó a la nuera. No contento con esto, el Príncipe llama al capitán de un barco:

—Capitán, sube a bordo a esa cretina —(a partir de entonces, ése fue el nombre de la Princesa)— y llévala a alta mar. Una vez allí, mátala y córtale la lengua: la sumerges en sal y al volver me la traes. El resto lo echas al agua.

El capitán se llevó a la desventurada y zarpó. La suegra, con el corazón despedazado, no supo qué decir; se separaron… Y todos no hacían más que llorar.

A bordo el capitán tenía un perro. Mató el perro y sumergió la lengua en sal. Cuando el barco, al cabo de un largo viaje, llegó a tierra firme, el capitán dejó a la pobre Princesa en la playa, con una abundante provisión de alimentos y vestidos. La nave se fue y la Princesa se quedó sola.

Se refugió en una gruta y allí día a día fue consumiendo sus provisiones. Ya estaban a punto de terminársele cuando por el mar pasó una fragata. La Princesa le hizo señas, el capitán de la fragata la vio.

—¡Arrimaos a la costa! —Y se arrimaron.

—¿Tú aquí, señora? —dijo el capitán, inclinándose.

—Yo aquí, señor capitán. Viajaba en un barco; naufragó; me salvé yo sola.

—¿Dónde quieres que te lleve?

—Al Brasil —se apresuró a responder la Princesa, recordando que el Príncipe tenía un hermano mayor que era Emperador del Brasil y que la Reina madre siempre hablaba de él con afecto—. Sí, al Brasil, donde tengo parientes.

El capitán la embarcó y navegó hacia el Brasil. Antes de llegar al Brasil, ella le dijo:

—Capitán, quisiera pedirle otro favor: me gustaría ir vestida de hombre para que mis parientes no me reconozcan en seguida.

El capitán le dio un disfraz y mandó que le cortaran la cabellera. Hermosa como era, parecía un joven y apuesto caballero.

No bien desembarcó, recorrió las calles para dar un vistazo. Vio la oficina de un notario.

—Señor notario, ¿me aceptaría como escribiente?

—Claro que sí —y la contrató como escribiente. Le encomendó un trabajo y ella lo hizo en un abrir y cerrar de ojos. El notario la miró asombrado; le encomendó un trabajo más engorroso y ella, plin plan, lo terminó; en una palabra, el notario no podía menos que admirar a este escribiente capaz de pintar pájaros en el aire y le pagó doce tarjas por día, eso para empezar.

El notario tenía una hija. Pensó: «Se la doy al escribiente». Habló con él.

—Mire, señor notario —le dijo el joven—, por ahora mejor que no. Déjeme progresar en mi carrera, y después seré yo quien se la pida.

El renombre del escribiente del notario se difundió: lo mandaron llamar de la Secretaría Real. El joven se presenta y el Secretario le da a copiar una carta: se la copió en un momento. La fama de este joven que copiaba tan bien cualquier documento llegó a oídos del Emperador (el cual no era otro que su cuñado) y el Emperador dijo:

—¡Que ese joven me venga a ver!

Lo vio, le cayó en gracia, lo trajo a Palacio y lo nombró Bracero. Dejémoslos a ellos y volvamos al Príncipe. Después del primer arranque de furia, se había arrepentido. «¿Y si era inocente? ¡Ah, esposa mía, cómo te perdí! ¿Qué será de ti ahora? ¡Ah, esposa mía, soy un asesino!». Y enloquecía con estos pensamientos.

Entonces la Reina madre se sentó ante el escritorio y escribió a su hijo el Emperador del Brasil, diciéndole que su hermano estaba como loco y el pueblo estaba a punto de rebelarse. «Ven por unos días», terminaba la carta. El Emperador la leyó y rompió a llorar.

—Bracero —dijo—, ¿quieres ir tú al Reino de mi hermano? Te nombro Virrey y te doy carta blanca.

El Bracero dijo que sí: reunió un gran séquito, eligió dos hermosos buques y zarpó. La distancia era mucha, pero a su debido tiempo llegó.

—¡Llega el Virrey! —gritaban todos—. ¡Llega el Virrey!

Los cañones disparaban salvas y el Virrey desembarcó. La Reina fue a recibirlo con muchos honores, como si fuera su hijo en persona.

—¡Bienvenido, Virrey!

—¡A los pies de Vuestra Majestad! Permitidme que antes de poner orden en otros asuntos, Majestad, pongamos orden en los asuntos del pueblo. —Y puso al día todas las resoluciones que estaban en suspenso, y el pueblo no podía creer que este Virrey lo estuviera gobernando.

Un día, finalmente, el Virrey dijo a la Reina:

—Ahora, Majestad, contadme un poco cómo es esa historia de la nuera que habéis perdido.

La Reina le contó la historia de cabo a rabo: el Milord, la conversación en la taberna, la partida de la nuera, todo, y al contarlo se le llenaban los ojos de lágrimas.

—Bien. Ahora veremos lo que hay que hacer —dijo el Virrey—. Llamemos a ese Milord que fue la causa de toda esta desgracia.

Vino el Milord. Se le concedió audiencia.

—Milord, esto es muy importante. ¿Qué os pasó con la Princesa? —preguntó el Virrey.

El Milord contó todo lo que sabía, sin quitar ni añadir nada.

—Pero vos, Milord, ¿hablasteis con ella?

—Nunca.

—¿Y los regalos se los entregasteis personalmente?

—No, fue la vieja. —La Reina madre, entre tanto, escuchaba atentamente, y al lado tenía al Príncipe, todavía un poco atontado.

—Y la vieja que os hizo tantos favores, ¿vive o ha muerto? —preguntó el Virrey.

—Es posible que viva.

—Muy bien, encerrad a este Milord en un cuarto —ordenó el Virrey—, y traedme a la vieja.

Orden de Virrey, encontraron a la vieja.

—Dime, buena mujer: ¿cómo fue que le vendiste cosas a la Princesa?

Y la vieja contó la verdad.

—Y dime, viejecita, ¿alguna vez le transmitiste algún mensaje a la Princesa?

—Nunca, Virrey.

Al Príncipe, cuando supo todo, le volvió el arrepentimiento.

—¡Ay, esposa mía, que moriste inocente! —se puso a gritar—. ¡Ay, esposa mía, qué injusto fui contigo!

—Callaos un momento, Majestad —dijo el Virrey—, que a lo mejor aún podemos

solucionarlo.

—¡Y qué vamos a solucionar, ahora que está muerta! ¡Esposa mía, esposa mía, te he perdido!

El Virrey se va detrás de un cortinaje, se viste de Princesa, se pone la cabellera que se había cortado y se presenta a la suegra, al Príncipe y a la Corte.

—¿Y tú quién eres? —gritó la Reina.

—¡Vuestra nuera! ¿no me reconocéis? —Pero el Príncipe ya estaba abrazándola con fuerza, apretándola y besándola.

La sentencia ya la había dado cuando todavía estaba vestida de Virrey: la vieja a la hoguera y el Milord inglés a la guillotina; la cumplieron sin pérdida de tiempo.

La Reina madre escribió a su hijo el Emperador del Brasil contándole todo lo ocurrido, y el Emperador todavía sigue diciendo:

—¡Hijos míos, hijos míos! ¡Mi secretario era mi cuñada y yo no me daba cuenta!

Los dos capitanes, el que en vez de matarla mató al perro y el que la salvó y la llevó al Brasil, fueron ascendidos a Grandes de la Corte. Y a todos los marineros les pusieron un pompón rojo en el birrete.

*(Palermo)*

# 159
# LA BOTA ENJOYADA

El hijo de un mercader perdió a sus padres a temprana edad y se quedó solo con su hermana, a quien quería como a la niña de sus ojos. Había estudiado y entró en la Corte del Rey de Portugal; tenía una letra tan elegante que el Rey lo tomó a su cargo como Secretario. Sucedió que el Rey de España leyó algunas de las cartas escritas por él.

—¡Oh, qué letra tan elegante! —exclamó—. Este me vendría bien como Secretario.

Y le escribió al Rey de Portugal:

«Leí vuestra carta y quedé admirado de la letra de vuestro Secretario; os ruego, por la amistad que nos une, que me lo cedáis como Secretario, pues en España no hay nadie que escriba tan bien».

A estos Reyes no les gustaba ser descorteses entre ellos, de manera que el Rey de Portugal, pese a que la idea le disgustaba, le dijo al Secretario que partiera.

—Majestad —preguntó el joven—, ¿y qué haré con mi hermana, que no sé a quién dejársela?

—Don Giuseppe —dijo el Rey—, no sé qué hacer, tú debes irte. Tu hermana es una buena muchacha y vive retirada. Basta con que se la encomiendes a su camarera y podrás dormir en paz.

Al joven no le quedó más remedio que hablar con su hermana.

—Hermanita mía —le dijo—, pasa esto y lo otro. Debo partir, pues el Rey de España me pide como Secretario. Te quedarás con la camarera. Cuando tenga mis cosas en orden te mandaré a buscar y vendrás a España conmigo. —La hermana rompió a llorar. El añadió—: Para no echarnos tanto de menos, haremos que nos pinten un retrato. Yo me llevo el tuyo, tú te quedas con el mío. —Y así lo hicieron.

El Rey de España recibió a Don Giuseppe con gran ceremonia y de inmediato lo puso a escribir y se quedaba admirado observando lo que escribía. Y cobró tanto afecto al nuevo Secretario que cada vez que se presentaba un problema le decía:

—Encárguese usted, Don Giuseppe… ¿Para qué lo tengo, si no? Tiene toda mi confianza: lo que haga usted está bien hecho.

Los principales de la Corte empezaron a tenerle envidia: el Bracero, el Secretario anterior, el Caballero; y buscaron pretextos para calumniarlo. El Bracero fue a decirle al Rey:

—¡Qué bien, Majestad! ¡Habéis ido a buscar al hombre indicado! ¡Así que éste es el Don Giuseppe de quién Su Majestad habla tanto! Quién sabe en qué anda él, mientras vos tan sólo veis por los ojos del Secretario.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? Todos los días, en su cuarto, saca un retrato, lo mira, lo besa y llora. ¡Y después lo esconde!

El Rey entró por sorpresa mientras Don Giuseppe besaba el retrato.

—¿Se puede saber a quién está besando, Don Giuseppe?

—A mi hermana, Majestad.

El Rey miró el retrato y vio una joven tan hermosa que no pudo serle indiferente. Y el hermano empezó a enumerar todas las virtudes de la muchacha.

Pero también estaba allí el Bracero, que a Don Giuseppe siempre le caía como un dedo en el ojo. Echó un vistazo al retrato por encima del hombro del Rey y comentó:

—¿Quién, ésa? Pero yo a ésa la conozco y anduve enredado con ella.

—¿Con mi hermana? —exclamó el joven—. ¡Pero si nunca ha salido de casa! ¡Si ni los grillos le conocen la cara!

—Sí, con tu hermana.

—¡Mentira!

Así, después de muchos «¡Sí, es cierto!» y «¡No, mentiroso!» y «¡Sí, es cierto!», habló el Rey.

—Lo resolveremos de este modo: si es cierto que tú —le dijo al Bracero— tuviste un enredo con la hermana de Don Giuseppe, tienes un mes para traer una prueba. Si la traes, Don Giuseppe será decapitado; si no la traes, serás decapitado tú.

Orden de Rey, no había nada que discutir. El Bracero partió. Una vez en Palermo empezó a escuchar lo que se decía acerca de la muchacha, y todos decían que era una belleza rara pero que nadie la había visto nunca porque siempre estaba encerrada en la casa. Pasaban los días y cada día el Bracero sentía la cabeza menos pegada al cuello. Así paseaba una noche, tirándose de los pelos y exclamando «¿Qué puedo hacer?», cuando se le acercó una vieja.

—¡Por caridad, señor caballero, me muero de hambre!

—¡Fuera de aquí, vieja del diablo!

—Hacedme una caridad, y veréis cómo os ayudo.

—¿Quién puede ayudarme?

—Yo, señor. Decidme lo que necesitáis y yo os ayudo.

Y el Bracero se lo contó.

—¿Qué, eso es todo? Haced cuenta de que ya tenéis la prueba en el bolsillo.

Por la noche llovió a cántaros: rayos, truenos y centellas. La vieja, *¡ba-ba-ba!*, se apoyó contra el portal temblando de frío, y lloraba tanto que a cualquiera le partía el corazón. Al oír los lamentos la dueña de la casa, que era la hermana de Don Giuseppe, dijo:

—¡Pobrecita! ¡Dejadla entrar!

Abrieron la puerta y la vieja entró.

—*¡Ba-ba-ba!* ¡Me muero de frío!

Y la Señora de inmediato ordenó que la acercaran a la estufa y le prepararan la mesa. La vieja, rápida como era, al pasar de un cuarto al otro vio dónde dormía la Señora. Cuando la Señora se fue a acostar y se durmió, cansada de esa noche de mal tiempo, la vieja entró sigilosamente en su cuarto, levantó las sábanas, y examinó a la muchacha de cabeza a los pies. En el hombro derecho la Señora tenía tres pelitos que parecían hebras de oro; la vieja se los cortó con una tijera; los sujetó al extremo de un pañuelo, volvió a tapar a la joven y se escabulló hasta el cuarto que le habían asignado.

Volvió a acurrucarse y empezó a lamentarse de nuevo, castañeteando los dientes:

—*¡Ba-ba-ba!* ¡Ay, me falta la respiración! ¡Ay, que no puedo más, abridme!

La Señora se despertó.

—Haz salir a esa vieja —le ordenó a la camarera—, que no duerme ni deja dormir.

Frente al palacio esperaba el Bracero, paseándose de un lado al otro. La vieja le dio los tres pelitos y recibió una generosa propina. Al día siguiente el Bracero zarpó rumbo a España.

—Majestad —dijo, presentándose al Rey—, traigo la prueba prometida. ¡Tres pelos dorados del hombro derecho de la hermana de Don Giuseppe!

—¡Ay de mí! —dijo Don Giuseppe, y se cubrió el rostro con las manos.

—Ahora te doy un mes: o te defiendes o se cumplirá la sentencia. ¡Guardias!

Vinieron los guardias, prendieron al Secretario y lo llevaron a la cárcel; allí le daban una rebanada de pan y un vaso de agua por día. El carcelero, al ver la bondad de ánimo del preso, empezó a pasarle a escondidas la comida de los carceleros. Pero lo que más hacía sufrir a Don Giuseppe era no poder enviar siquiera una línea a su hermana. Y terminó por arrojar los brazos al cuello del carcelero y decirle:

—¿No me harías un gran favor? ¿No me dejarías escribir dos palabras a mi hermana y luego tú mismo las llevarías al correo?

—Sea —dijo el carcelero, un hombre de buen corazón.

Y Don Giuseppe escribió a su hermana contándole todo lo sucedido, diciéndole que por su causa estaba a punto de morir decapitado. El carcelero cogió la carta y la envió.

La hermana, que al no recibir noticias del hermano no sabía qué pensar, leyó la carta con ansiedad.

—¡Ay, hermano mío! —gritó—. ¿Y cómo cayó esta vergüenza en mi casa?

Y se puso a pensar cómo podía ayudarlo.

Vendió todos sus bienes y con el dinero que obtuvo compró todas las joyas que pudo. Fue a ver a un habilidoso orfebre y le dijo:

—Hazme una linda bota y engárzale todas mis joyas.

Después mandó preparar un vestido de luto, totalmente negro; se embarcó y viajó a España.

Llegada a España, oyó las trompetas ¿y qué vio? Los soldados que llevaban un hombre con los ojos vendados al patíbulo. Vestida con ese amplio vestido negro, con un pie sólo calzado con la media y el otro con esa bota que era una maravilla, echó a correr y se arrojó en medio de la multitud, gritando:

—¡Gracia, Majestad! ¡Gracia, Majestad!

Viendo a esta hermosa señora vestida de negro con un pie tan bien calzado y el otro descalzo, todos le abrían paso. La oyó el Rey.

—¡Alto! —ordenó a los soldados—. ¿Qué sucede?

—¡Gracia, Majestad, y justicia! ¡Gracia, Majestad, y justicia!

El Rey, al ver a esta mujer tan bella, le dijo:

—Te sea concedida la gracia. ¡Habla!

—Majestad, vuestro Bracero, después de haber gozado de mi persona, me robó la bota compañera de ésta. —Y mostró la bota engarzada con diamantes y piedras preciosas.

El Rey se quedó estupefacto.

—¡Y has sido capaz de algo semejante! —le dijo al Bracero—. ¡Después de complacerte con esta hermosa muchacha le robaste la bota! ¡Y tienes el coraje de presentarte delante de mí!

El Bracero cayó en la trampa.

—Pero, Majestad —dijo—, yo a esta mujer no la he visto nunca.

—¡Cómo que no me viste nunca! —dijo la joven—. ¡Cuidado con lo que dices!

—¡Te juro que nunca te he visto!

—¿Entonces por qué has dicho que tuviste un enredo conmigo?

—¿Y cuándo lo dije?

—¡Cuando dijiste que habías conocido a la hermana de Don Giuseppe, para enviarlo a la muerte! —Y así se presentó al Rey.

El Bracero se vio obligado a confesar su engaño. El Rey, al comprobar la inocencia de la hermana, ordenó que soltaran a Don Giuseppe y lo llamó a su lado. Al Bracero ordenó que le vendasen los ojos para subirlo al patíbulo. Los dos hermanos se abrazaron llorando.

—¡Decapitadlo! —dijo el Rey, y el Bracero fue decapitado al instante. El Rey volvió con el hermano y la hermana, y viéndola tan bella y virtuosa la tomó por mujer.

*Ellos vivieron contentos y felices,*
*Nosotros nos seguimos tocando las narices.*

*(Palermo)*

# 160
# EL BRACERO DE LA MANO IZQUIERDA

Se cuenta que una vez había un Rey de España y este Rey de España tenía un Bracero de la mano izquierda y un Bracero de la mano derecha. El Bracero de la mano izquierda tenía una mujer que parecía una Virgen de tan bella, grácil y discreta. El Bracero de la mano derecha, con todo el tiempo que hacía que estaba en la Corte, nunca había podido conocer ese hermoso rostro y casi se sentía ofendido.

—Majestad —empezó a decirle al Rey—, si supierais qué hermosa es la mujer del Bracero de la mano izquierda. ¡Qué hermosa señora, Majestad!

Y otro día:

—Majestad, esta mañana vi a la mujer del Bracero y me dejó boquiabierto. ¡Qué hermosa es!

Y en otra oportunidad:

—¿Sabéis Majestad, que la mujer del Bracero de la mano izquierda está cada día más guapa?

Una palabra hoy, otra palabra mañana, el Rey se moría de ganas de conocer a esa belleza. Salió a caballo con sus Caballeros y pasó debajo del palacio del Bracero izquierdo. En ese preciso instante la Señora estaba asomada a la ventana. El Rey sintió que se le encogía el corazón; la miró al pasar, pero era un Rey y no podía quedarse allí con los ojos clavados en la ventana, pues si no le dirían algo. Al volver pasó por el mismo camino, pero la Señora, que no era de las que gustan mostrarse, ya se había retirado de la ventana. El Rey perdió la tranquilidad: volvió a Palacio y ordenó que nadie saliese hasta que él regresara: se le había ocurrido la idea de ir a visitar a la señora mientras el marido no podía dejar el Palacio.

Se vistió de soldado y fue al palacio del Bracero izquierdo. Tocó la campanilla y acudió la camarera.

—¿Qué deseas?

—Tengo que hablar con la Señora.

—¿Y qué quieres de la Señora?

—Tengo que hablarle.

—Mi Señora está descansando y no te puede recibir.

—Y yo quiero entrar.

—Pero no puedes —dijo la camarera interponiéndose con brusquedad. Y estaba a punto de cerrarle la puerta en las narices cuando el Rey se quitó el jubón de soldado y le mostró el Toisón Real.

La camarera se hincó de rodillas.

—¡Gracia, Majestad! ¡No os había reconocido!

—No tiene importancia —dijo el Rey—. Veo que eres una mujer fiel. Ahora sólo quiero que me permitas ver personalmente a la Princesa y después me voy.

—Sí, Majestad. —Y dócilmente lo condujo al cuarto de la Señora, que dormía profundamente, y como durante el sueño la cara se pone más colorada, cuando el Rey la vio casi se desmaya. Se quitó el guante, lo apoyó en el baldaquín, y acercó la mano como para acariciarla, pero se contuvo a tiempo.

Se quedó mirándola, mirándola hasta que se llenó los ojos, luego se volvió bruscamente y se marchó.

En cuanto el Rey volvió a Palacio, los Caballeros y toda la Corte quedaron en libertad de salir. El Bracero de la mano izquierda volvió a casa y fue al dormitorio de su mujer. ¿Y qué ve al entrar? En el baldaquín estaba el guante que había olvidado el Rey. Fue como si hubiera visto al Diablo. Desde ese día no miró más a su mujer.

La pobre Señora, inocente como el agua, no sabía a cuento de qué venía esa actitud, y estaba siempre sola, cada vez más pálida y demacrada, sin quejarse jamás.

—Señora Princesa —le decía la camarera—, ¿pero qué es eso de andar siempre melancólica mientras las otras damas se divierten en los teatros y las fiestas?

Un día, el muy cretino del Bracero derecho pasó por casualidad frente a la casa del Bracero izquierdo, ¿y qué vio en el balcón? La pobre Princesa se había consumido tanto que parecía una vela. Hasta ese cretino le tuvo piedad.

—¿Sabéis, Majestad? —le dijo al Rey—. A la Princesa, la mujer del Bracero izquierdo, ni se la reconoce de tan flaca y amarilla que está.

El Rey se puso a pensar, y pensando pensando, se dio una palmada en la frente. «¡Qué hice!».

A los dos días celebró un festín en la Corte. Todos los Caballeros debían llevar a sus esposas, y si no la tenían, a la hermana o cualquier otra dama de la casa. El Bracero izquierdo no podía menos que llevar a su mujer, porque no tenía hermanas ni a nadie. Llamó a la camarera y le ordenó que le dijera a la Señora que mandara preparar las ropas más bellas sin fijarse en gastos, porque estaba invitada a comer en la Corte.

Durante el festín, la Señora se sentó al lado de su marido, que estaba a la izquierda del Rey. El Rey se puso a hacer preguntas acerca de la vida de los invitados, y les preguntaba a todos menos al Bracero de la mano izquierda y a su mujer. Finalmente se volvió hacia ella.

—¿Cómo anda todo, Princesa?

La pobre Señora, dulcemente, le respondió:

—Viña era y viña soy;
Era podada y ya no lo soy;
Y no sé por qué razón
No me poda mi patrón.

El Bracero entonces le respondió:

—Viña eras viña eres;
Eras podada y ya no lo eres;
Por la zarpa del león
No te poda tu patrón.

El Rey comprendió que la viña era la Señora, a quien el marido despreciaba porque había encontrado el guante en el baldaquín. Entendió el mal que había causado con su curiosidad y dijo:

—De la viña que decís,
Vi los pámpanos, miré la vid,
Mas no la tomé ni la he tocado,
¡Por la Corona que me ha coronado!

Se sabe que los Reyes, cuando juran por la Corona, hacen el juramento más grande, y el Bracero, al oír que su mujer era inocente, quedó como atontado.

Concluido el festín, el Rey se sentó aparte con los dos esposos y confidencialmente les contó lo que había ocurrido con el guante.

—He admirado —concluyó— la fidelidad de la camarera para con su ama y aun más la honestidad de esta mujer que jamás miró a otro hombre que a su marido. Y debéis perdonarme a mí, que fui la causa de vuestros dolores.

*(Palermo)*

# 161
# ROSMARINA

Una vez había un Rey y una Reina que no tenían hijos. Paseando por el huerto la Reina vio una planta de rosmarino rodeaba de sus vástagos.

—¡Hay que ver! —dijo—: ¡ésa que es una planta de rosmarino tiene tantos hijitos, y yo que soy Reina no tengo ni uno!

Al poco tiempo, la Reina también fue madre. Pero no tuvo un niño, sino una planta de rosmarino. La puso en una maceta y la regaba con leche. Vino de visita un sobrino, que era Rey de España, y preguntó:

—Majestad tía, ¿qué es esta planta?

—Majestad sobrino —le respondió la tía—, es mi hija, y la riego con leche cuatro veces al día.

Al sobrino la planta le gustaba tanto que decidió robarla. La tomó con maceta y todo y la llevó a su barco, compró una cabra para la leche, y ordenó levar anclas. Navegando, ordeñaba la cabra y daba la leche a la planta de rosmarino, cuatro veces por día. No bien desembarcó en su ciudad, la hizo plantar en su jardín.

A este joven Rey de España le gustaba muchísimo tocar el pito, y todos los días daba vueltas por el jardín, bailando. Tocaba y bailaba cuando entre las hojas del rosmarino apareció una hermosa niña de larga cabellera, y se puso a bailar con él.

—¿De dónde vienes? —le preguntó él.

—Del rosmarino —dijo ella.

Y cuando terminaron de bailar ella volvió al rosmarino y no se la vio más. Desde ese día, el Rey se apresuraba a terminar con los asuntos de Estado y se iba al jardín con el pito. Tocaba y la hermosa niña salía de entre las hojas, y juntos bailaban y discurrían cogidos de la mano.

De pronto al Rey le declararon la guerra y tuvo que partir.

—Rosmarina mía —dijo a la muchacha—, no salgas de la planta hasta que yo vuelva. Cuando vuelva tocaré tres notas con el pito, y entonces podrás salir.

Llamó al jardinero y le dijo que la planta de rosmarino había que regarla con

leche cuatro veces al día; y que si al regresar la encontraba marchita lo haría decapitar. Y se fue.

Ahora bien, resulta que el Rey tenía tres hermanas, muchachas curiosas, que hacía tiempo ya que se preguntaban qué hacía su hermano tantas horas tocando el pito en el jardín. No bien él se marchó, fueron a registrar su dormitorio y encontraron el pito. Lo cogieron y fueron al jardín. La mayor quiso ver cómo sonaba y le salió una nota, la segunda se lo quitó de la mano, sopló y tocó otra nota, y la menor tocó otra a su vez. Al oír las tres notas, Rosmarina pensó que había vuelto el Rey y salió de la planta.

—¡Ah! —exclamaron las hermanas—. Ahora entendemos por qué nuestro hermano nunca salía del jardín.

Y malignas como eran, la cogieron por los pelos y le dieron una buena tunda. La pobre, más muerta que viva, escapó dentro del rosmarino y desapareció.

Cuando llegó el jardinero, encontró la planta medio marchita, con las hojas amarillas y caídas.

—¡Ay, pobre de mí! ¿Qué haré yo cuando venga el Rey? —Corrió a casa y le dijo a su mujer—: Adiós, debo huir. Encárgate tú de regar el rosmarino con leche. —Y huyó.

El jardinero caminó y caminó por el campo. Estaba en un bosque cuando cayó la noche. Por miedo a las fieras se subió a un árbol. A medianoche, debajo de ese árbol se habían citado una Mamá-dragona y un Mamo-dragón. Y el jardinero, encaramado en la copa del árbol, temblaba al oír sus resoplidos.

—¿Qué hay de nuevo? —le preguntó la Mamá-dragona al Mamo-dragón.

—¿Y qué quieres que haya?

—¡No tienes nada nuevo que contarme!

—Ah sí, la planta de rosmarino del Rey se marchitó.

—¿Y cómo?

—Pues ahora que el Rey está en la guerra las hermanas se pusieron a tocar el pito, y la muchacha encantada salió del rosmarino y las hermanas le dieron tantos golpes que la dejaron más muerta que viva. Así que la planta se está muriendo.

—¿Y no hay manera de salvarla?

—Una habría…

—¿Y por qué no me la dices?

—No es cosa de andar diciendo: los árboles tienen ojos y oídos.

—¡Pero qué dices! ¿Quién te va a oír en medio del bosque?

—Entonces te diré el secreto: habría que unir la sangre de mi garganta y la grasa de tu cogote, hervirlas juntas en una olla y untar con eso la planta de rosmarino. La planta se secaría del todo pero la muchacha saldrá sana y salva.

El jardinero había oído toda la conversación con el corazón en la boca. Apenas el Mamo-dragón y la Mamá-dragón se durmieron y los oyó roncar, arrancó del árbol una rama nudosa, bajó de un salto y con un par de golpes bien dados los mandó al

otro mundo. Luego sacó la sangre de la garganta del Mamo-dragón, la grasa del cogote de la Mamá-dragona, y corrió a casa. Despertó a su mujer.

—¡Rápido! —le dijo a su mujer—. ¡Pon esto a hervir!

Luego untó el rosmarino ramita por ramita. Salió la muchacha y el rosmarino se secó. El jardinero cogió a la muchacha de la mano y se la llevó a casa, la mandó acostar y le sirvió un caldo bien caliente.

El Rey vuelve de la guerra y lo primero que hace es ir al jardín con el pito. Toca tres notas, toca otras tres. ¡Sí, podía seguir tocando hasta mañana! Se acerca al rosmarino y lo encuentra reseco, sin una hoja siquiera.

Corrió a casa del jardinero hecho una furia.

—¡Hoy mismo te hago decapitar, miserable!

—Majestad, calmaos. Entrad un momento en casa y os muestro una cosa muy bonita.

—¡Cosa muy bonita un cuerno! ¡Te haré decapitar!

—Entrad, por favor. Después haréis de mí lo que queráis.

El Rey entró y encontró a Rosmarina acostada, porque todavía estaba convaleciente. Irguió la cabeza y le dijo con lágrimas en los ojos:

—Tus hermanas me pegaron, y el pobre jardinero me salvó la vida.

El Rey no cabía en sí de felicidad por haber encontrado nuevamente a Rosmarina, no cabía en sí de odio hacia sus hermanas y no cabía en sí de gratitud hacia el jardinero. En cuanto la muchacha se recuperó, quiso casarse con ella y escribió al Rey, su tío, que el rosmarino que le había robado se había convertido en una joven hermosísima y lo invitaba a él y a la Reina para las bodas. El Rey y la Reina, que estaban desesperados al no tener noticias de la planta, cuando el embajador les entregó la carta y supieron que la planta era en realidad una muchacha se pusieron locos de contento. Zarparon de inmediato y «¡Bum! ¡Bum!» dispararon salvas de cañón al llegar a puerto, y Rosmarina ya estaba allí esperando a sus padres. Se celebraron las bodas y se organizó un banquete con una mesa tan larga que atravesaba toda España.

*(Palermo)*

# 162
# DIABLOCOJO

Diablocojo estaba en Casacalda[12]. Los hombres morían, iban derechito a Casacalda y se encontraban con Diablocojo, que les preguntaba.

—Eh, amigos, ¿qué está pasando? ¿Por qué venís todos aquí?

Y los muertos:

—Por culpa de las mujeres.

Diablocojo, a fuerza de oír esta respuesta, sintió una gran curiosidad y quiso satisfacerla: la curiosidad de saber cómo era este asunto de las mujeres.

Se vistió de caballero y se fue a Palermo. Había una muchacha asomada a un balcón; le gustó y se puso a pasear por allí debajo. Pasea que te pasea, cuanto más paseaba más le gustaba; y la pidió por esposa. No quería dote, la aceptaba con lo que tenía puesto y basta, pero con esta condición: que todo lo que quisiera debía pedírselo mientras fueran novios porque una vez casada, ojo, no quería que le pidiese nada más.

La muchacha aceptó el pacto y el caballero le hizo el ajuar tan grande que tenía para vestirse toda la vida. Se casaron, y una noche salieron juntos por primera vez. Fueron al teatro, y ya se sabe cómo son las mujeres en el teatro: se puso a mirar el vestido de la Marquesa, las joyas de la Condesa, vio a la Baronesa con un sombrero diferente de los trescientos sombreros que tenía ella, y las ganas de tener uno igual le hicieron cosquillas en la garganta.

Pero el pacto le impedía pedirle nada a su marido; y empezó a ponerle cara larga. El marido se dio cuenta.

—Rosina, ¿qué te pasa? ¿Hay algún problema?

—No, no, nada…

—Pero no tienes buena cara.

—De veras, no tengo nada.

—Si te pasa algo, es mejor que me lo digas.

—Entonces, si quieres saberlo, es una injusticia que la Baronesa tenga un

sombrero que yo no tengo y no te lo pueda pedir, ¡eso es lo que me pasa!

Diablocojo saltó como un morterete.

—¡Aaah! Entonces es verdad que los hombres se van todos al Infierno por culpa de vosotras, las mujeres. Ahora lo entiendo.

La dejó plantada en el teatro y se marchó.

Fue a Casacalda y allí habló con un tocayo, contándole todo lo que había pasado por tomar mujer. Y el tocayo dijo que a él también le gustaría tomar mujer, pero quería una hija de Rey para ver si con los Reyes también pasaba lo mismo.

—¡Pues haz la prueba, compadre! —dijo Diablocojo—. ¿Sabes lo que podemos hacer? Yo me meto en el cuerpo de la hija del Rey de España. La hija del Rey de España, con un diablo en el cuerpo, cae enferma, el Rey emite un bando: «Quien cure a mi real hija tendrá como premio su real mano». Tú apareces vestido de médico y en cuanto yo oiga tu voz me salgo de su cuerpo, ella se cura, te casas y eres Rey. ¿Qué te parece la idea, compadre?

Así lo hicieron, y así fueron las cosas hasta que el diablo compadre fue llevado en presencia de la Princesa enferma. Lina vez a solas, se puso a decir en voz baja:

—¡Compadre Diablocojo! ¡Eh, tocayo! Soy yo, puedes salir y dejar libre a la Princesa. ¡Eh, Diablocojo! ¿Me oyes?

Pero de las promesas de los diablos es mejor no fiarse. Pronto se oyó la voz de Diablocojo:

—¿Qué? ¿Qué pasa? Ah, sí, sí, estaba tan cómodo… ¿Entonces por qué voy a irme? Quien está cómodo, quédese donde está…

—Compadre, ¿pues en qué habíamos quedado? ¿Estás de guasa? A quien fracasa el Rey le hace cortar la cabeza. ¡Compadre! ¡Eh, tocayo!

—Sí, yo estoy cómodo y tú quieres que me vaya.

—¿Pero cómo? ¡Y yo dejo el pellejo!

—¡No me digas! ¿Y a mí qué? Yo de aquí no me voy ni a escopetazos. El pobre compadre le rogó y suplicó: pero no había modo. Ya estaba a punto de cumplirse el plazo establecido. El presunto médico fue a ver al Rey y le dijo:

—Majestad, para curar a vuestra hija sólo necesito una cosa: que los cañones de vuestras fragatas se pongan a disparar.

El Rey se asomó por la ventana.

—¡Fragatas, fuego!

Y los cañones de las fragatas:

—¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

Diablocojo, que dentro del cuerpo de la Princesa no veía nada, preguntó:

—Compadre, ¿qué son esos cañonazos?

—Una nave entra al puerto, y la reciben con salvas.

—¿Y quién llega?

El compadre se acercó a la ventana.

—¡Oh! ¡Llega tu mujer!

—¡Mi mujer! —exclamó Diablocojo—. ¡Mi mujer! ¡Pues yo me escapo! ¡Yo me escapo inmediatamente! ¡No quiero ni olería!

De la boca de la Princesa salió una flecha de fuego y montado en la flecha huía Diablocojo. La princesa se curó al instante.

—¡Majestad! —llamó el compadre—. ¡Está curada, Majestad!

—¡Bravo! —dijo el Rey—. La mano y la corona te pertenecen.

Y así empezaron los problemas del diablo compadre.

*Y quien la dijo y la hizo repetir*
*De mala muerte nunca debe morir.*

*(Palermo)*

# 163
# LAS TRES HISTORIAS DE LOS TRES HIJOS DE LOS TRES MERCADERES

Había una vez tres hijos de mercader que decidieron salir de cacería. Se acostaron temprano y a medianoche uno de ellos se despertó, vio la luz de la luna y pensó que era la luz del sol; se puso ropa de cazador, cogió los perros y fue a llamar a sus amigos. Los tres se pusieron en marcha y seguía siendo de noche. El cielo se nubló, empezó a llover a cántaros, los tres cazadores no encontraban ningún árbol lo bastante frondoso para resguardarse. Divisaron una luz: encontraron un palacio.

—Es de noche —dijo una camarera—. ¿Estas son horas de llamar?

—¿No puede darnos refugio? —dijeron los cazadores.

—Voy a decírselo a la Señora —repuso la camarera—. Señora, aquí hay tres hombres que parecen pollos mojados, ¿los hago entrar?

—Sí.

Así entraron, se sentaron delante de la Señora, que era una hermosa viuda, y ella les dijo:

—Poneos estas ropas de mi pobre marido, mientras las vuestras se secan, y comed algo. Después cada uno tendrá que contarme algo que le haya sucedido. El que me cuente la historia más terrible será mi esposo. Empezó el mayor:

—Pues bien, Señora, yo soy hijo de mercader. Una vez mi padre me envió a un viaje de negocios. Por la calle me acompañaba un hombre encapuchado que yo nunca había visto y que parecía conocer la región. Al anochecer me dijo: «Ven conmigo, sé dónde llevarte a dormir». Entramos en una casa solitaria y la puerta se cerró a mis espaldas. Estaba en una habitación grande, y en el centro había una jaula de hierro llena de cristianos. «¿Quiénes sois vosotros?», les preguntaba yo, y ellos me daban a entender por señas que también a mí me encerrarían. Pero hablar no podían, porque había un Gigante de guardia, y era este Gigante el que secuestraba a los cristianos y los tenía encerrados. También a mí el Gigante me agarró y me puso dentro de la jaula. «¿Y ahora?», pregunté a mis compañeros. «Cállate —me dijeron—. Todas las

mañanas el Gigante elige a uno de nosotros y se lo come». Así vivíamos, callados y llenos de miedo, y cuando el Gigante metía la mano nos apretujábamos el uno contra el otro. El Gigante de vez en cuando se aburría. Entonces cogía una guitarra y tocaba una canción. Una vez, mientras tocaba, se le partieron las cuerdas. «Si entre vosotros hay alguno que sepa arreglarme la guitarra —dijo—, le doy la libertad». Entonces yo, sin pérdida de tiempo, dije a voz en grito: «Señor Gigante, yo arreglo guitarras, mi padre arregla guitarras, mi abuelo arregla guitarras, y todos mis parientes arreglan guitarras». «Veamos», dijo el Gigante, y me sacó de la jaula. Tomé la guitarra, y corta de aquí, tira de allá, terminé por arreglársela. Entonces el Gigante me acarició la cabeza y me dio un anillo. «Ponte este anillo en el dedo y quedarás libre», me dijo. Yo me puse el anillo y pronto salí de la casa. Eché a correr a campo través hasta que me encontré de nuevo frente a la casa del Gigante. «¿Cómo es posible? ¿De nuevo aquí?». Eché a correr en dirección contraria y tras mucho correr me encontré de nuevo frente a la casa. «¡Pero estoy siempre aquí!», grité. En ese momento oí *¡Psss! ¡Psss!*, miré hacia arriba y vi una muchacha en una ventana. «Quítate el anillo si quieres escapar», me dijo en voz baja. Lo intenté pero fue inútil. «¡No puedo quitármelo!». «¡Córtate el dedo! ¡Rápido!». «¡No tengo cuchillo!». «¡Aquí tienes uno!», dijo la muchacha, y me lo tiró. Cerca de la puerta estaba la base de una columna: apoyé la mano en ella y me corté el dedo del anillo. Entonces pude salir corriendo, encontrar el camino de regreso y volver a casa de mi padre.

La Señora había escuchado la historia exclamando: «¡Ay, pobrecito! ¡Ay, pobrecito!». Ahora lanzó un suspiro de alivio y pasó al segundo. El segundo contó:

—Pues bien, Señora, una vez mi padre, mercader, me dio una suma de dinero para un negocio. Me embarqué y estaba en alta mar cuando se desató una gran borrasca y tuvimos que arrojar a las aguas toda la mercancía. Después renació la calma y nos quedamos quietos en medio del mar. Las provisiones pronto se acabaron, y no teníamos nada que comer. «Señores míos —dijo el capitán—, pasamos hambre: que cada cual anote su nombre en un papel y cada mañana echaremos suertes. Quien sea elegido, morirá y será comido por los demás». Piense, Señora, en el espanto que nos invadió al oír esta noticia. Pero si no queríamos morir todos de hambre, no quedaba otro recurso. Cada mañana, pues, se echaban suertes; y al que le tocaba, lo descuartizábamos y nos comíamos una parte cada uno. Finalmente quedamos dos: yo y el capitán. Al día siguiente echamos suertes nosotros dos. Yo me había metido en la cabeza que si le tocaba al capitán lo mataba, pero que si me tocaba a mí no me dejaba matar. Le tocó al capitán, quien, pobrecito, tendió los brazos y me dijo: «Aquí me tienes, hermano». A mí se me encogía el corazón, pero me armé de valor y lo maté. Lo corté en cuatro partes: y uno de los cuartos lo colgué de las cuerdas. Vino un águila y se llevó ese cuarto de cristiano. Colgué otro; volvió el águila y se lo llevó. Yo estaba desesperado. El tercer cuarto también se lo comió el águila. Cuando sólo me quedaba el último y el águila descendió para apoderarse de él, yo me colgué de sus garras. El águila voló al cielo conmigo colgado. Pasó cerca de una montaña y yo

me dejé caer. Bajé cautelosamente por las laderas y así salvé el pellejo y volví a casa.

—¡Pobrecito! ¡Pobrecito! —decía la señora—. También la tuya es una historia muy terrible. Ahora te toca a ti —le dijo al tercero.

—Señora mía, mi historia pone los pelos de punta. También a mí mi padre me envió a un viaje de negocios. Por la noche me alojé en una posada. Después de la cena me fui a acostar, y como al acostarme siempre rezo mis oraciones, me arrodillé junto al lecho. Mientras rezaba y me inclinaba para besar el suelo, vi un hombre debajo de la cama. Miré mejor: estaba muerto. Pensé: «A este hombre lo mataron ayer por la noche, y en este lugar tienen la costumbre de matar a los que duermen». ¿Qué hice entonces? Cogí al muerto y lo tendí en la cama, yo me acosté debajo, conteniendo el aliento. Pasaron una o dos horas y oí que se abría la puerta. Eran el posadero, con un formón en la mano, y el marmitón con un martillo; detrás venía la mujer con una vela. «Este duerme a pierna suelta —dijeron—. ¡Vamos!». El posadero apoyó el formón en la cabeza del muerto, el marmitón le asestó un golpe de martillo, y la mujer dijo: «Ahora cogedlo y metedlo debajo de la cama y al de anoche tirémoslo por la ventana». Debajo de la ventana había una profunda barranca, y yo ya me veía destrozado. Pero el posadero dijo: «Por esta noche dejemos todo como está. Mañana, con la luz, veremos». Se fueron y yo volví a respirar. Esperé el día. No bien despuntó el sol me asomé por la ventana, haciendo señas a las aldeas que había más allá del barranco. Llamaron a la Justicia, vinieron a la posada, me liberaron y el posadero y los suyos fueron arrestados.

La señora se puso a pensar qué historia era la más terrible. Y piensa que te piensa, todavía no se ha decidido.

*(Palermo)*

# 164
# LA MUCHACHA PALOMA

Una vez había un muchachito desesperado como un perro. Un día el pobre, sin nada que comer, fue a sentarse a orillas del mar a ver si se le ocurría algo para no morirse de hambre. Hacía un buen rato que estaba sentado cuando vio acercarse a un griego de Levante[13], que le preguntó:

—¿Qué te pasa, muchacho, que estás tan pensativo?

—¿Qué quiere que me pase? —respondió el jovencito—. Estoy muerto de hambre; no tengo comida ni dinero.

—Oh, hijo mío, alégrate: ven conmigo que te daré de comer, y todo el dinero que quieras.

—¿Y qué debo hacer? —dijo el muchacho.

—Nada. Conmigo se trabaja sólo una vez al año.

Al desdichado se le puso el corazón así de grande, pobrecito. Hicieron el contrato, y el tiempo pasaba y el jovencito no tenía nada que hacer. Una vez el griego de Levante lo llamó y le dijo:

—Ensilla dos caballos que tenemos que partir.

El jovencito los preparó y partieron. Tras un largo trecho llegaron al pie de una alta montaña.

—Ahora debes subir a la cima —dijo el griego.

—¿Y cómo lo hago? —dijo el jovencito.

—Eso lo sé yo.

—¿Y si no se me antoja subir?

—Hemos quedado en que debías trabajar una vez al año. Te guste o no te guste, te toca hoy. Debes subir a la cima y arrojarme todas las piedras que haya.

Dicho esto, cogió un caballo, lo mató, lo despellejó e hizo entrar al jovencito en la piel. En eso un águila que volaba en el cielo vio la piel de caballo, descendió, la agarró con sus garras y la elevó en el aire con el jovencito dentro. El águila se posó en la cima de la montaña y el jovencito salió de la piel.

—¡Arrójame las piedras! —gritó desde abajo el griego. El jovencito miró a su alrededor: ¡vaya piedras! Eran brillantes, diamantes y lingotes de oro gruesos como árboles. Miró hacia abajo y vio al griego de Levante, que parecía una hormiga y gritaba—: ¡Vamos, tira las piedras!

El jovencito pensó: «Ahora, si le tiro las piedras, él me deja aquí arriba y ya no podré volver. Es mejor que las piedras me las quede yo y vea cómo salir de este embrollo».

Exploró bien la cima y vio una especie de brocal de pozo. Levantó la tapa, bajó, y se encontró en un bellísimo palacio. Era el palacio del Mago Savino.

—¿Qué buscas en mi montaña? —dijo el Mago en cuanto lo vio—. ¡Yo te hago asado y te como! Has venido a robarme las piedras como ese bribón del griego de Levante. Todos los años me hace lo mismo, y todos los años me como un criado suyo.

El pobre jovencito se arrojó temblando a sus pies y le juró que no tenía ninguna piedra.

—Si es verdad —dijo el Mago Savino—, quedarás a salvo. —Subió, contó las piedras y vio que no faltaba ninguna—. Bien —dijo el Mago—, has dicho la verdad. Te tomo a mi servicio. Yo tengo doce caballos. Todas las mañanas le darás noventa y nueve azotes a cada caballo: pero ojo, los golpes se tienen que oír desde aquí. ¿Comprendido?

Por la mañana, el jovencito entró en la cuadra con un formidable garrote, pero tuvo compasión de los caballos y no sabía qué hacer. Un caballo entonces se volvió hacia él y le habló:

—No nos pegues, una vez fuimos hombres como tú y el Mago Savino nos convirtió en caballos. Da golpes en el suelo y nosotros relincharemos como si nos estuvieses castigando.

El jovencito siguió el consejo y el Mago oía los garrotazos y los relinchos y estaba contento.

—Oye —le dijo un día al jovencito uno de los caballos—, ¿quieres encontrar tu fortuna? Ve al jardín y encontrarás una fuente. Todas las mañanas van allí doce palomas, se sumergen en el agua y salen doce muchachas bellas como el sol, que dejan sus ropas de paloma colgadas de un árbol y se ponen a jugar. No tienes más que esconderte entre los árboles, y cuando estén en lo mejor del juego, coger el vestido de la más hermosa y escondértelo en el pecho. Ella te dirá: «¡Dame el vestido! ¡Dame el vestido!». Pero tú cuídate de devolvérselo, ¿me oyes? Mucho cuidado, porque si no volverá a ser paloma y se va con las otras.

El jovencito siguió las instrucciones del caballo: se agazapó en un lugar donde nadie pudiese verlo y esperó la mañana. Con las primeras luces, oyó un batir de alas cada vez más fuerte; se asomó y vio una bandada de palomas. Se hizo chiquito, chiquito, diciéndose: «Callado que son ellas». Las palomas bajaron a la fuente, bebieron y luego se zambulleron en el agua; cuando emergieron eran doce hermosas

muchachas que parecían ángeles caídos del cielo, y empezaron a jugar entre ellas, correteando y haciendo travesuras.

El jovencito, cuando creyó llegado el momento oportuno, salió sigilosamente, alargó una mano, cogió un vestido y se lo guardó bajo la pechera del jubón. Entonces todas las muchachas se transformaron en palomas y desaparecieron volando por el aire. Sólo una no encontró el vestido de paloma y se quedó sola frente a él, y no sabía decir más que «¡Dame el vestido! ¡Dame el vestido!». El jovencito huyó, y la muchacha lo perseguía. Finalmente, después de haber corrido un buen trecho por el camino que le había indicado el caballo, llegó a su casa y le presentó la muchacha a su madre.

—Madre mía, ésta es mi esposa. Ten cuidado de que no se escape.

Antes de irse de la montaña, se había llenado los bolsillos de piedras preciosas. Y no bien llegó a casa, se fue para venderlas. La muchacha se quedó sola con la suegra. Y se pasaba el día estorbándola con «¡Dame el vestido! ¡Dame el vestido!», hasta que la mujer no pudo más.

—¡Virgen santa! Esta parece un cascabel pegado a la oreja. ¡A ver si le encuentro el vestido!

Pensó que su hijo debía de haberlo guardado en el cajón de la cómoda. Buscó, y en efecto, encontró un hermoso vestido de paloma.

—¿Será éste, hija mía?

No acababa de sacarlo cuando la muchacha se lo arrebató, se lo puso encima, volvió a ser paloma y se alejó volando.

La mujer se quedó más muerta que viva.

—¿Y ahora qué hago cuando vuelva mi hijo? ¿Qué le digo cuando no vea a su mujer?

En este preciso instante oyó la campanilla, y era su hijo, que al no encontrar a su mujer se hinchó de rabia como una pelota.

—Oh, mamá, qué mal me has hecho —gritó. Luego, cuando se le pasó la rabia, dijo—: Mamá, dame tu bendición que salgo a buscarla. —Metió una hogaza de pan en la alforja y partió.

Al atravesar un bosque encontró tres bandidos que reñían. Lo llamaron y le dijeron:

—Tú que eres forastero, oficia de juez. Hemos robado tres objetos y no sabemos cómo repartirlos. Dinos cómo tenemos que hacerlo.

—¿De qué se trata?

—Una bolsa que cada vez que la abres está llena de dinero, un par de botas que te hacen caminar más rápido que el viento, y un manto que cuando te lo pones te permite ver sin ser visto.

—Dejadme comprobar si lo que decís es cierto —dijo el jovencito. Se calzó las botas, cogió la bolsa y luego se envolvió en el manto—. ¿Me veis? —preguntó.

—No —respondieron los bandidos.

—Ni me veréis más. —Huyó con las botas que corrían como el viento y llegó a la cima de la montaña del Mago Savino.

Volvió a ocultarse cerca de la fuente y vio que las palomas venían a beber, la suya entre las demás. Salió de su escondite y se apoderó del vestido.

—¡Dame el vestido! ¡Dame el vestido! —empezó a gritar la muchacha. Pero esta vez el jovencito fue más astuto: le prendió fuego y lo quemó.

—Sí —dijo la muchacha—, ahora me quedaré contigo y seré tu mujer, pero antes debes ir a cortarle la cabeza al Mago Savino, y debes convertir nuevamente en hombres a los doce caballos que están en la cuadra. Basta con que les arranques tres pelos de la crin a cada uno.

El jovencito, con su manto que lo hacía invisible, fue a cortarle la cabeza al Mago. Luego liberó a los doce caballeros transformados en caballos, se llevó todas las piedras preciosas y regresó a casa con la muchacha, que era la hija del Rey de España.

*(Palermo)*

# 165
# JESÚS Y SAN PEDRO EN SICILIA

## I. - LAS PIEDRAS EN PANES

Cuando el Maestro iba por el mundo con los doce apóstoles, una vez se encontraron en medio del campo, hambrientos y sin pan. Dijo el Maestro:

—Que cada uno cargue una piedra.

Los apóstoles cogieron una piedra cada uno, y Pedro eligió una muy chiquitita. Y reanudaron la marcha, todos encorvados bajo el peso, menos Pedro que iba de lo más liviano. Llegaron a una aldea, trataron de comprar pan, pero no había.

—Entonces —dijo el Maestro—, os daré la bendición y las piedras se transformarán en panes.

Así lo hizo, y todos los apóstoles tuvieron grandes panes para comer, pero Pedro, que había elegido ese guijarro, se encontró en la mano un panecillo que daba lástima.

—Maestro, ¿y yo qué como?

—Ah, hermano, ¿por qué elegiste una piedra pequeña? Los otros, que iban cargados, obtuvieron pan en abundancia.

Reanudaron la marcha y el Maestro nuevamente les dijo que cogieran una piedra. Esta vez Pedro fue astuto y cargó tal peñasco que apenas podía levantarse, y así caminaba, con pasos lentos y fatigados, mientras que los demás llevaban todos piedras livianas. Y el Señor dijo a los apóstoles:

—Muchachos, ahora vamos a divertirnos a costa de Pedro.

Llegaron a una aldea, y estaba lleno de panaderías que en ese preciso momento

horneaban el pan. Los apóstoles arrojaron las piedras a un lado. Llegó San Pedro, doblado en dos bajo el peñasco, y al ver todo ese pan le dio tanta rabia que no quiso ni probarlo.

## II. - LA VIEJA EN EL HORNO

Caminando, se encontraron con un hombre. Pedro iba delante y le dijo:

—Mira, aquí viene el Señor, pídele una gracia.

El hombre se acercó al Señor y le dijo:

—Maestro, mi padre está enfermo de vejez. ¡Cúralo, Señor!

—El mal de la vejez —dijo el Señor— no puede curarlo ningún médico. Pero escucha: si metes a tu padre en el horno, rejuvenecerá.

Dicho y hecho, el hombre metió al viejo padre en el horno, y cuando lo sacó era un muchachito.

A Pedro le gustó mucho el sistema. «Ahora —se dijo— trataré de rejuvenecer a algún viejo». En ese preciso momento encontró a un hombre que iba a ver al Maestro porque su madre estaba a punto de morir y quería que se la curase.

—¿A quién buscas? —dijo Pedro.

—Busco al Maestro, porque tengo a mi madre, una mujer de edad, muy enferma, y sólo el Maestro puede devolverle la salud.

—¡Bien! El Maestro todavía no ha llegado, pero aquí está Pedro, que es lo mismo. ¿Sabes qué tienes que hacer? Calienta el horno, mete a tu madre dentro, y verás cómo se cura.

El pobrecito, que sabía que el Señor quería bien a San Pedro, le creyó. Fue a casa y sin pérdida de tiempo metió a su madre en el horno caliente. ¿Qué queréis que pasara? La viejecita se carbonizó.

—¡Ay! —gritó el hijo—. ¡Qué santo ni qué ocho cuartos! ¡Me ha hecho quemar a mi madre! ¡Qué desgracia!

Corrió a ver a Pedro, y encontró al Maestro. Cuando oyó la historia, el Señor se echó a reír a más no poder.

—¡Ah, Pedro! ¿Qué has hecho?…

Pedro intentaba disculparse, pero el pobre hijo hacía temblar el cielo con sus gritos.

—¡Quiero a mi madre! ¡Devolvedme a mi madre!

El Maestro fue entonces a casa de la muerta, y con una bendición resucitó a la

pobre mujer y de vieja la convirtió en joven. Y salvó a Pedro de recibir lo que merecía.

## III. - UNA LEYENDA QUE CUENTAN LOS LADRONES

Se cuenta y se recuenta que en los tiempos en que el Maestro caminaba con los apóstoles la noche los sorprendió en un campo.

—Pedro, ¿qué hacemos ahora? —dijo el Maestro.

—Allí hay una granja. Venid conmigo —dijo Pedro.

Paso a paso, uno tras otro llegaron a la granja.

—¡*Deo gratias* y ave María! ¿Podéis darnos alojamiento por esta noche? Somos pobres peregrinos, cansados y muertos de hambre.

—¡*Deo gratias* y ave María! —respondieron el capataz y su gente, pero sin moverse siquiera: estaban cortando pasta en el picador, y pensaban que si invitaban a comer a trece personas ellos no iban a probar bocado—. Ahí tenéis el granero —dijeron—, id a dormir allí.

El pobre Maestro y los apóstoles agacharon la cabeza y se fueron a dormir sin decir una palabra.

No acababan de dormirse cuando oyeron un gran alboroto, un grupo de ladrones que llegaba.

—¡A tierra, a tierra, Jorge![14] —E imprecaciones, golpes, los pasos apresurados del capataz y los peones que escapaban a campo través.

Cuando los ladrones fueron dueños del campo, se apoderaron de todo lo que encontraron en la granja. Luego fueron a mirar en el granero.

—¡Alto! ¿Quién anda ahí?

—Trece pobres peregrinos, cansados y muertos de hambre —dijo Pedro.

—En ese caso, venid. En el picador de la cocina hay pasta sin probar. Llenaos el vientre a la salud de los granjeros, que nosotros debemos seguir nuestro camino.

Los pobres, con el hambre que tenían, no se lo hicieron decir dos veces. Corrieron a la cocina y Pedro exclamó:

—¡Benditos los ladrones, que piensan en los pobres y hambrientos más que los ricos!

—¡Benditos los ladrones! —dijeron los apóstoles, y disfrutaron de una magnífica

cena.

## IV. - LA MUERTE EN LA VASIJA

Había un posadero rico y generoso que colgó en la fachada un letrero: «Quien viene a mi posada come gratis». La gente llenaba el lugar día y noche, y él daba de comer gratis a todos.

Una vez pasaron por esa aldea el Maestro y los doce apóstoles. Leyeron el cartel y Santo Tomás dijo:

—Maestro, yo si no veo con los ojos y no toco con la mano, no lo creo. Entremos en esta posada.

Y Jesús y los apóstoles entraron. Comieron, bebieron y el posadero los trató a cuerpo de rey. Antes de irse, Santo Tomás le dijo:

—Buen hombre, ¿por qué no le pides una gracia al Maestro?

Entonces el posadero le dijo a Jesús:

—Maestro, yo tengo una higuera en el huerto, pero nunca puedo comer higos. Cada vez que maduran, los chicos se suben a ella y me los comen. Ahora, yo querría que me concedieras la gracia de que quien suba al árbol no pueda bajar sin mi permiso.

—¡Te sea concedido! —dijo el Señor, y bendijo el árbol.

Al día siguiente, el primero que subió a robar higos quedó colgado del árbol por una mano; al segundo se le pegó un pie; el tercero no pudo sacar la cabeza de una bifurcación de las ramas. Cuando los vio, el posadero les dio un buen rapapolvo y después les permitió bajar. Los chicos de la aldea, en cuanto se enteraron de la virtud de ese árbol, se cuidaron de subir; y el posadero pudo comer sus higos con toda tranquilidad.

Pasaron años y años. El árbol envejeció y dejó de dar frutos. El posadero llamó a un leñador y le mandó derribar la higuera. Luego le dijo:

—¿Podrías hacerme una vasija con la madera de este árbol?

Y el leñador se la hizo. La vasija conservaba la virtud del árbol, o sea que quien entraba no podía salir sin permiso del posadero.

También el posadero había envejecido, y un día la Muerte vino a buscarlo.

—Pues vamos —dijo él—. Vamos si quieres. Pero oye una cosa, Muerte, antes deberías hacerme un favor. Ese recipiente está lleno de vino, pero dentro hay una mosca y me da asco beberlo. Entra en él y saca la mosca, así puedo echar un trago

antes de partir contigo.

—¡Si es sólo eso! —dijo la Muerte, y entró en la vasija.

Entonces el posadero tapó la vasija, diciendo:

—Aquí estás y aquí te quedas.

Con la Muerte tapada y encerrada en la vasija, ya nadie moría en el mundo. Y por todas partes se veía gente con la barba blanca hasta los pies. Los apóstoles, al ver esto, se lo comentaron al Maestro, quien finalmente decidió ir a hablar con el posadero.

—Pero, querido —le dijo—, ¿te parece que está bien hacerme esto a mí, tenerme a la Muerte encerrada tantos años? ¿Y esos pobres viejos caducos que deben continuar viviendo sin poder morirse nunca?

—Maestro —dijo el posadero—, ¿quieres que deje salir a la Muerte? Prométeme que me enviarás al Paraíso y yo destapo la vasija.

El Señor reflexionó un poco: «¿Qué hago? Si a éste no le concedo la gracia, quién sabe los líos que se armarán». Y le dijo:

—¡Te sea concedido!

Entonces se destapó la vasija y la Muerte quedó libre. Al posadero se le concedieron algunos años de vida para que pudiera ganar el Paraíso, y después la Muerte regresó para llevárselo.

## V. - LA MADRE DE SAN PEDRO

Se cuenta que la madre de San Pedro era una avara que no soltaba un céntimo. Nunca daba una limosna, nunca gastaba una moneda por el prójimo. Un día estaba pelando puerros y pasó una mujer pobre.

—Señora, ¿una limosnita por favor?

—Todos venís a pedir aquí… Bueno, basta, toma esto. —Y le dio una hoja de puerro.

Cuando el Señor la llamó a la otra vida, la mandó al Infierno. A las puertas del Paraíso estaba San Pedro; y se encontraba allí sentado cuando oyó una voz:

—¡Pedro! ¡Ay, mira cómo me estoy asando! Hijo mío, habla con el Maestro, líbrame de estos sufrimientos!

San Pedro fue a ver al Señor.

—Maestro —le dijo—, tengo a mi madre en el Infierno. Pide la gracia de salir.

—¡Pero si tu madre no hizo ningún bien en toda su vida! —respondió el Señor—.

Todo lo que puede poner en la balanza es una hoja de puerro. Prueba de este modo: dale esta hoja de puerro para que se agarre y súbela al Paraíso.

Bajó un ángel llevando la hoja.

—¡Agárrate de aquí!

La madre de San Pedro se agarró a la hoja. Estaba a punto de ser alzada del Infierno, cuando todas las almas pecadoras que estaban con ella, al verla elevarse, se agarraron a la falda de su vestido. De manera que el ángel al tirar de ella levantaba a todos los demás.

Pero aquella egoísta gritaba:

—¡No! ¡Vosotros no! ¡Fuera de aquí! ¡Yo sola! ¡Yo sola! ¿Acaso vosotros habéis tenido un hijo santo como yo?

Y empezó a patear y sacudir el vestido. Tanto se agitó para hacerlos caer que la hoja de puerro se rompió, y la madre de San Pedro volvió a caer en el fondo del Infierno.

*(Palermo)*

# 166
# EL RELOJ DEL BARBERO

Cuéntase y recuéntase, señores, que había un Barbero; y este Barbero tenía un reloj que hacía siglos y siglos que andaba sin *4* que nadie le diera cuerda, y no se paraba nunca, no se cansaba nunca, y nunca se atrasaba ni siquiera un minuto. El Barbero le había dado cuerda una sola vez, y desde entonces: tic y tac, tic y tac, tic y tac…

El Barbero era viejo, tan viejo que ni él sabía los centenares de años que tenía ni todas las gentes que había visto. Todos los paisanos acudían a su tienda para preguntarle al reloj las cosas que necesitaban saber.

Venía el pobre labriego, cansado y amargado, pues necesitaba agua para el tiempo de la siembra; y veía las puertas del cielo aún cerradas. —Dime, reloj: ¿cuándo lloverá?

Y el reloj:

—Tic tac, tic tac, tic tac,
Mientras yo siga rojizo
No habrá agua, el cielo es mío,
Y con truenos y con rayos,
Si no llueve ahora lloverá otro año.

Venía el viejecito apoyado en el bastón, con un asma que no podía más, y preguntaba:

—Reloj, reloj, ¿queda suficiente aceite en mi lámpara?

Y el reloj, en seguida:

—Tic tac, tic tac, tic tac,
Los setenta van llegando
Y el aceite se va acabando.
Cuando ha pasado esa fecha
Apenas prende la mecha.

Venía el joven enamorado, muy bien vestido y pavoneándose.

—Dime, reloj, ¿hay alguien que navegue más feliz que yo en el reino del amor?

—Tic tac, tic tac, tic tac

—dice el reloj—,

Cuando el rey no tiene juicio
Va del trono al precipicio.
Hoy se pasea ostentoso
Y mañana está en el foso.

Viene el malandrín más renombrado, el jefe de la Camorra de las Vicarías, todo borlas y penachos, y dice apretando los dientes:

—Dime una cosa, reloj, ¿cuántos potentados pueden librarse de mi poder? ¡Habla, que si no te rompo la cadena!

Y el reloj, apretando los dientes más que él:

—Tic tac, tic tac, tic tac,
Mal zapato, aunque te duela,
Tarde o temprano termina sin suela.

Luego vino un pobre, afligido, hambriento, semidesnudo, enfermo de la cabeza a los pies.

—Oh reloj, oh reloj, ¿pero cuándo terminarán estos sufrimientos? Dime, por caridad, ¿cuándo me llegará la muerte?

Y el reloj, como siempre:

—Tic tac, tic tac, tic tac,
A los infelices y los desgraciados
A veces más días les están destinados.

Y así toda clase de gentes iban a ver este reloj maravilloso, y todos le hablaban, y todos recibían una respuesta. Era este reloj quien sabía cuándo maduraban los frutos, cuándo llegaba el invierno y cuándo el verano, a qué hora amanecía y a qué hora llegaba la oscuridad, y cuántos años tenía la gente, en suma, era un reloj máquina[15], y no había nada que ignorase. Algunos hubieran querido llevárselo a casa, pero nadie podía tenerlo porque estaba encantado, de manera que eran inútiles sus esfuerzos. Pero todos, quisiéranlo o no, a escondidas o abiertamente, tenían que elogiar al viejo Maestro Barbero, que había conseguido fabricar ese ingenioso reloj y lo había puesto en marcha para siempre, sin que nadie pudiera romperlo ni conservarlo salvo el Maestro que lo había hecho.

*(Región interior de Palermo)*

# 167
# LA HERMANA DEL CONDE

Se cuenta y se recuenta que había una vez un Conde rico como el mar, y el Conde tenía una hermana hermosa como el sol y la luna, que tenía dieciocho años. Como estaba celoso de su hermana, siempre la tenía encerrada bajo llave en un cuarto del Palacio y nadie la había visto ni conocido jamás. La hermosa Condesita, que no podía más de estar allí encerrada, de noche, con mucha paciencia se puso a escarbar en la pared de su cuarto, detrás de un cuadro. Pegado al palacio del Conde estaba el Palacio Real, y el orificio de esa pared daba a los aposentos del Rey, detrás de otro cuadro, de manera que tampoco se veía.

Una noche, la Condesita corrió un poco el cuadro y miró en el cuarto del Rey. Vio una hermosa lámpara prendida y dijo:

—Lámpara de oro, lámpara de plata,
¿Qué está haciendo tu amo, duerme o vela?

Y la lámpara respondió:

—Entra, Señora, no temas a mi dueño,
Que en este momento está en un lindo sueño.

Ella entró y se acostó al lado del Rey. El Rey se despierta, la abraza, la besa y le dice:

—¿De dónde ha salido esta aparición?
Dime cuál es tu estado y condición.

Y ella, haciendo temblar de risa la boquita de oro, respondía:

—¿A qué tantas preguntas y miradas?
Mejor cállate y ama.

Cuando el Rey despertó y no volvió a ver a esa Diosa a su lado, se vistió en un

santiamén y llamó al Consejo.

—¡Consejo! ¡Consejo!

Vino el Consejo y el Rey expuso la situación.

—¿Qué debo hacer para que se quede conmigo?

—Sacra Majestad —dijo el Consejo—, cuando la abracéis, sujetad sus cabellos a un brazo. Así, cuando quiera irse, por fuerza os despertará. Llegó la noche y la Condesita preguntó:

—Lámpara de oro, lámpara de plata,
¿Qué está haciendo tu amo, duerme o vela?

Y la lámpara:

—Entra, Señora, no temas a mi dueño,
Que en este momento está en un lindo sueño.

Ella entra y se mete debajo de las sábanas:

—¿De dónde ha salido esta aparición?
Dime cuál es tu estado y condición.
—¿A qué tantas preguntas y miradas?
Mejor cállate y ama.

Así se durmieron y el Rey se había atado al brazo los hermosos cabellos de la Condesita. La Condesita coge una tijera, se corta los cabellos y se va. El Rey se despierta.

—¡Consejo! ¡Consejo! ¡La Diosa me ha dejado la cabellera y ha desaparecido!

—Sacra Majestad —respondió el Consejo—, uníos al cuello su collar de oro.

La noche siguiente, volvió a asomarse la Condesita:

—Lámpara de oro, lámpara de plata,
¿Qué está haciendo tu amo, duerme o vela?

Y la lámpara respondió:

—Entra, Señora, no temas a mi dueño,
Que en este momento está en un lindo sueño.

El Rey cuando la tuvo entre los brazos, volvió a preguntarle:

—¿De dónde ha salido esta aparición?
Dime cuál es tu estado y condición?

Y ella, como de costumbre:

—¿A qué tantas preguntas y miradas?
Mejor cállate y ama.

El Rey se prendió en el cuello el collar de la Condesita; pero apenas él se durmió ella cortó el collar y se fue. Por la mañana:

—¡Consejo! ¡Consejo! —y contó lo ocurrido.

—Sacra Majestad, tomad un balde con agua de azafrán y ponedlo bajo la cama. En cuanto ella se levante el camisón, empapadlo en el agua de azafrán… Cuando ella se lo ponga para marcharse, por donde pase dejará la huella.

A la noche siguiente, el Rey preparó el balde con el azafrán y se acostó. A medianoche la Condesita le dijo a la lámpara:

—Lámpara de oro, lámpara de plata,
¿Qué está haciendo tu amo, duerme o vela?

Y la lámpara respondió:

—Entra, Señora, no temas a mi dueño,
Que en este momento está en un lindo sueño.

El Rey al despertar le hizo la pregunta de costumbre:

—¿De dónde ha salido esta aparición?
Dime cuál es tu estado y condición.

Y ella le dio la respuesta de costumbre:

—¿A qué tantas preguntas y miradas?
Mejor cállate y ama.

Cuando el Rey se quedó dormido, ella se levantó sigilosamente para marcharse, pero encontró el camisón empapado en agua de azafrán. Sin decir nada, retorció y exprimió el camisón con mucho cuidado y huyó sin dejar huellas.

Desde esa noche en adelante, el Rey esperó en vano a su Diosa, y estaba desesperado. Pero al cabo de nueve meses, una mañana, no bien despertó se encontró al lado un niño hermoso como un ángel. Se vistió en un santiamén, gritando:

—¡Consejo! ¡Consejo! —y exhibió el niño ante el Consejo diciendo—: Este es mi hijo. ¿Qué hago ahora para reconocer a la madre?

—Sacra Majestad —respondió el Consejo—, fingid que ha muerto, ponedlo en medio de la iglesia y dad órdenes de que todas las mujeres de la ciudad vengan a llorarlo. Quien lo llore más que las demás será la madre.

Así lo hizo. Venía toda clase de mujeres, decían: «¡Hijo, hijo!», y se iban tal como habían venido. Al fin llegó la Condesita y con los ojos llenos de lágrimas se arrancaba los cabellos y gritaba:

—¡Oh hijo! ¡Hijo!
Que por tener muchas bellezas
Me corté las negras trenzas,

Que por ser bella por demás,
Perdí la cadena del collar,
Que por culpa de mi afán,
Tengo el camisón con azafrán.

El Rey y el Consejo y todos se pusieron a gritar:

—¡Esta es la madre! ¡Esta es la madre!

En esos momentos se adelantó un hombre con la espada desenvainada. Era el Conde, que amenazó a su hermana con su arma. Pero el Rey se interpuso y dijo:

—Detente, Conde, vergüenza no es,
¡Hermana de Conde y mujer de Rey!

Y se casaron en aquella misma iglesia.

*(Región interior de Palermo)*

# 168
# MAESTRO FRANCISCO COME-Y-DUERME

Se cuenta y se recuenta que una vez había un zapatero remendón que se llamaba Maestro Francisco, y como era un haragán todos lo llamaban Maestro Francisco Come-y-duerme. El tal Maestro Francisco tenía cinco hijas, cada una más bonita que la otra, y despiertas como el sol. Pero con ese padre que trabajaba poco y ganaba menos, no sabían qué hacer para salir de apuros. Se levantaba tarde, se vestía y se iba a la taberna, y todo lo que ganaban las hijas se lo echaba en el garguero.

Finalmente las hijas le dijeron que tenía que ponerse a trabajar por las buenas o por las malas. El coge la mesita, las hormas y el martillo, se echa todo al hombro y empieza a recorrer la región gritando: «¡Se arreglan zapatos!». ¡Pero quién iba a llamarlo, si todos lo conocían como el vago y el borracho número uno de la aldea! Cuando vio que en su aldea iba a terminar comiendo moscas, fue a una que estaba a tres millas de distancia. Y también allí:

—¡Se arreglan zapatos! ¡Se arreglan zapatos! ¡Quién tiene zapatos rotos para arreglar!

Ya le faltaba la voz y nadie lo había llamado todavía, y el estómago le daba unas punzadas que le cortaban la respiración.

Llegaba la noche cuando una Señora lo llamó desde un gran palacio. El entra y la encuentra en la cama.

—Arréglame este zapato que se desfondó.

Maestro Francisco se lo arregló como mejor pudo y la Señora le dio una tarja y le dijo:

—Sé que tienes cinco hermosas hijas. Yo estoy enferma y necesito que me sirvan bien. ¿Quieres darme una de tus hijas como camarera?

—Sí, Señora —dijo Maestro Francisco—. Mañana os la mando.

Cuando volvió a casa les contó lo sucedido a sus hijas y le dijo a la mayor:

—Mañana vas tú.

Por la mañana, la hija se presentó en casa de la Señora.

—¡Ah, has venido, hija mía! —dijo la Señora—. Siéntate aquí, dame un beso. Conmigo vivirás feliz, con todas las diversiones y lujos que prefieras. Como ves, yo no puedo levantarme, de modo que eres tú quien manda. Ve, hija mía, ahora barre la casa, haz la limpieza, después limpiate y vístete tú también, para que cuando regrese mi marido lo encuentre todo en orden.

La muchacha se puso a barrer. Levantó las colchas que tocaban el suelo para barrer ahí debajo ¿y qué vio? Una cola larga y peluda que salía de debajo de las sábanas y terminaba debajo de la cama.

«¡Pobre de mí ¡Dónde vine a caer!», se dijo la muchacha. «¡Es Mamá-Dragona, y no Señora!». Y poquito a poco retrocedió.

—¡Óyeme bien! —le dijo la Señora, y ya le había cambiado la voz—. Barre por todas partes, pero no debajo de la cama, ¿entendido?

La muchacha fingió que iba a otra habitación y sigilosamente se escabulló y volvió a casa.

—Cómo, ¿has vuelto? —dijo el padre cuando la vio.

—Padre, es Mamá-Dragona, no Señora: debajo de la cama tiene una cola así de larga, negra y peluda. Di lo que quieras, pero yo a esa casa no vuelvo.

—Quédate en casa, entonces —dijo Maestro Francisco—, y mandemos a la segunda.

A la segunda hija la Señora le hizo las mismas caricias y le dijo las mismas palabras, pero también ella vio la cola y huyó.

Maestro Francisco estaba muy contento con el buen salario que pagaba la Señora, pues podía comer y vestirse sin mover un dedo. De modo que mandó a la siguiente hija, y después a la otra, y finalmente a la más pequeña, y todas volvieron corriendo a casa, espantadas por esa cola negra y peluda.

—Mejor quedarnos aquí —decían—, en casa, trabajando noche y día, ganándonos el pan sudando sangre, con nuestros viejos harapos, que en casa de la Dragona, comiendo y vistiendo bien con poco esfuerzo, para terminar comidas por ella. Padre, si tanto te gusta, ve tú a casa de la Dragona.

El padre no se lo podía quitar de la cabeza, y decidió ir él mismo a servir a la Señora. Trabajaba poco y podía comer y vestir como un príncipe.

Y de hecho la Señora lo trató como un príncipe: hermosos vestidos, buena comida, anillos de oro, lujos y diversiones. Todo su trabajo era hacer las compras, limpiar la habitación, después se sentaba con una pierna aquí y la otra allá y estaba a sus anchas todo el día. Así pasó el tiempo y Come-y-duerme engordaba, engordaba. Cuando estuvo bien gordo, la Señora lo llamó. Él se acercó a la cama.

—¿Qué necesita la Señora?

La Mamá-Dragona lanzó una risotada, le agarró de un brazo clavándole las uñas y dijo:

—Duerme-y-come, Come-y-duerme,
¿Por la cabeza o los pies,

Por dónde empiezo a comerte?

Temblando como una hoja, con un hilo de voz, Maestro Francisco respondió:

—Al que en sus hijas no cree
Cómanselo por los pies.

Entonces la Mamá-Dragona lo agarró por los pies, se relamió los labios y lo engulló de un bocado, sin dejar siquiera los huesos.

*Las hijas vivieron felices y contentas*
*y Francisco murió como una bestia.*
*Y quien la dijo y la hizo repetir*
*De su muerte nunca debe morir*

*(Región interior de Palermo)*

# 169
# LAS BODAS DE UNA REINA Y UN BANDIDO

Se cuenta que había una vez un Rey y una Reina. Tenían una hija y querían casarla. El Rey emitió un bando diciendo que todas las gentes de alcurnia concurrieran al Palacio Real para que se les pasara revista. Concurrieron todos, y el Rey observaba el desfile con la hija del brazo. Al primero que le gustara a su hija se lo daba por esposo. Primero desfilaron todos los Reyes, después los Príncipes, después los Barones, los Caballeros y los Profesores. La hija del Rey no encontró ningún Rey que le gustara, y tampoco ningún Príncipe. Desfilaron los Barones y tampoco le gustaban. Los Caballeros lo mismo. Pasaron los Profesores y ella señaló a uno con el dedo.

—Padre mío, ése será mi esposo.

Era un profesor forastero, un desconocido. El Rey había dado su palabra y tuvo que casarla con el Profesor. Después de la boda, el novio quiso partir en seguida. La novia saludó al padre y a la madre, y partieron seguidos por la tropa. Al cabo de media jornada los soldados le dijeron al novio:

—Alteza, ahora almorcemos.

Y él:

—A esta hora no se almuerza.

Al cabo de un trecho, le hicieron la misma propuesta. Y él volvió a responder:

—A esta hora no se almuerza.

Los soldados, que no podían más, le dijeron:

—Entonces idos adonde ya sabéis, vos y vuestra real esposa.

—Id vosotros con todo el estado mayor —respondió él. Los soldados dieron media vuelta y los novios continuaron el viaje solos.

Llegaron a un paraje solitario, lleno de malezas y precipicios.

—Llegamos a casa —dijo el novio.

—¿Cómo? ¡Aquí no hay ninguna casa! —exclamó la hija del Rey, que empezaba a asustarse.

El novio dio tres golpes en el suelo con el bastón y se abrió una caverna

subterránea.

—Entra.

—Tengo miedo —dijo la novia.

—¡Entra o te liquido!

La novia entró. La caverna estaba llena de muertos. Muertos jóvenes y viejos, apilados uno encima del otro.

—¿Ves estos muertos? —dijo el novio—. Harás lo siguiente: cogerlos uno por uno y alinearlos de pie contra la pared. Cada noche traigo un carro lleno.

Así la hija del Rey comenzó su vida de mujer casada. Levantaba a los muertos de la pila y los apoyaba de pie contra la pared, de modo que ocuparan menos sitio y cupieran más. Y cada noche llegaba el marido con un carro lleno de cadáveres frescos. Era un trabajo duro, sobre todo porque los muertos pesaban mucho. Y nunca podía salir de la caverna porque la abertura casi había desaparecido.

La hija del Rey se había traído algunos muebles, y entre ellos había una vieja cómoda, regalo de una tía un poco hechicera. La cómoda, una vez que la esposa abrió un cajón, habló y dijo:

—¡Ordena, amita!

Y ella, sin perder tiempo:

—Ordeno volver inmediatamente con papá y mamá.

Entonces de la cómoda salió una paloma blanca, que dijo:

—Escríbele una carta a tu padre y pónmela en el pico.

La esposa escribió la carta y la paloma se la llevó al Rey y esperó la respuesta. El Rey escribió:

«Hija mía, averigua de inmediato cómo se puede salir de tu caverna y confía en mi ayuda».

Cuando la paloma le trajo la respuesta del padre, la joven decidió ponerle buena cara al marido esa noche para tratar de sonsacarle el secreto. Por la mañana se despertó como si acabara de soñar.

—¿Sabes qué soñaba? —dijo—. Que había salido de la caverna.

—Sola no podrías —dijo el marido.

—¿Por qué? ¿Qué hace falta? —dijo ella con aire inocente.

—Bueno, para empezar hace falta un sietemesino como yo que dé tres golpes con el bastón en la roca para que la caverna se abra.

No bien la paloma comunicó el secreto al Rey, el Rey envió soldados por los campos y las ciudades en busca de un sietemesino. Una lavandera que estaba poniendo la ropa a secar, al ver ese movimiento de tropas pensó: «Que me roban la ropa», y empezó a descolgarlas apresuradamente.

—No tengas miedo que no venimos a robar —le dijo un cabo—. Estamos buscando un sietemesino, sea quien fuere, porque el Rey lo necesita.

—Oh —dijo la lavandera—, yo tengo un hijo sietemesino. —Fue a su casa y se lo enseñó a los soldados. El sietemesino, que era muy flacucho, se puso con el Rey a la

cabeza de los soldados, para ir a liberar a la Princesa. Dio tres golpes con el bastón en la roca, la caverna se abrió. La Princesa ya los estaba esperando y se fue con el padre, el sietemesino y los soldados.

Por el camino vieron a una vieja en un huerto.

—Abuela —le dijeron—, si pasa alguien y pregunta por nosotros, no nos has visto, ¿de acuerdo?

—¿Cómo? —preguntó la vieja—. ¿Queréis uva pasa y naranjas exprimidas de recuerdo?

—Muy bien —dijeron ellos—, eres justo lo que necesitamos.

Al cabo de un rato pasó el bandido, que había encontrado la caverna abierta y la esposa desaparecida.

—¿Has visto una mujer con la tropa? —le preguntó a la vieja.

—¿Qué? ¿Quiere una cebolla para sopa?

—¿Qué cebolla? ¿El Rey y su hija, pasaron por aquí?

—¡Ah! ¡Un manojo de albahaca y perejil!

—¡No! ¡La hija del Rey con los soldados!

—¡No tengo pepinos salados!

El bandido se encogió de hombros y se marchó.

—¡Pero, señor, no se ofenda! —le decía la vieja—. Yo nunca he oído hablar de pepinos salados.

La Princesa volvió a casa de su padre y poco después se casó con el Rey de Siberia. Sin embargo, su primer esposo, el bandido, la continuaba persiguiendo y maquinó un plan. Se vistió de santo y se metió dentro de un cuadro. Era un cuadro grande con una gruesa moldura cerrada con tres cerrojos, y allí dentro estaba el bandido, detrás de un cristal grueso, y parecía un santo. Llevaron a vender el cuadro al Rey de Siberia, a quien le pareció tan real que lo compró para colgarlo en el dormitorio. Cuando no hubo nadie en el cuarto, el bandido bajó del cuadro y debajo de la almohada puso un naipe hechizado. La Reina, cuando vio ese cuadro de santo en la cabecera se sobresaltó, porque lo encontraba muy parecido a su primer esposo. Pero el Rey la riñó porque no debía tener miedo del cuadro de un santo.

Se fueron a dormir. En cuanto se durmieron, el bandido abrió el primer cerrojo para salir. La Reina se despertó al oír el ruido y le dio un pellizco al marido para que él también prestase atención, pero el Rey dormía, porque el hechizo del naipe consistía en que quien lo tenía debajo de la almohada no podía despertarse. El bandido abrió el segundo cerrojo: el Rey no se despertaba y la Reina estaba fría de miedo. Abrió el tercer cerrojo, salió y le dijo a la Reina:

—Ahora te corto la cabeza. Pon el cuello sobre la almohada.

La Reina, para estirar bien el cuello, cogió también la almohada de su marido, y de ese modo tiró al suelo el naipe hechizado. El Rey despertó al instante, tocó la trompeta que llevaba colgada al cuello noche y día como todos los Reyes, y los soldados acudieron de inmediato. Vieron al bandido, lo mataron y así se terminó.

*(Madoníe)*

# 170
# LAS SIETE CABEZAS DE CORDERO

Una vieja tenía una nieta. La nieta siempre se quedaba en casa a limpiar y la vieja salía de compras. Un día trajo a casa siete cabezas de cordero. Se las dio a su nieta y le dijo:

—Atanasia, yo salgo: cocina estas siete cabecitas, y cuando vuelva nos las comemos.

La muchacha se puso a cocinar las cabezas. La gata estaba allí cerca, y al percibir el aroma que salía de la cacerola decía:

—¡Marramiau, marramió,
Media tú y media yo!

Entonces la muchacha cogió una de las siete cabezas de cordero y le dio la mitad a la gata y se comió la otra mitad. La gata comió y volvió a decir:

—¡Marramiau, marramió,
Media tú y media yo!

La muchacha cortó en dos otra cabeza, mitad para la gata y mitad para ella. La gata aún no estaba satisfecha, y de nuevo maulló:

—¡Marramiau, marramió,
Media tú y media yo!

En una palabra, una por una las siete cabezas fueron a parar mitad a la panza de la gata y mitad a la de Atanasia. Cuando se terminaron, la muchacha empezó a preocuparse, y se rascaba la cabeza diciendo:

—¿Y ahora qué hago yo, cuando vuelva la abuela?

Y sin saber qué hacer, abrió la puerta y huyó.

Cuando la abuela volvió y vio la casa abierta, los huesos de las cabezas mitad en el suelo y mitad en el plato, y no encontró a la nieta empezó a decir:

—Todas se las comió… —Y puso la casa patas arriba, diciendo—: Todas, se las comió…

Salió de la casa sin mirar adonde iba: caminaba unos pasos, se ponía a pensar, y después sacudía la cabeza, desconsolada:

—Todas, se las comió…

Mientras tanto, Atanasia, después de mucho caminar llegó a un bosque y vio muchas rosas.

—¡Oh, qué bellas son! —dijo, y con un hilo de algodón que tenía se hizo una corona, un collar y dos brazaletes de rosas. Se los puso en la cabeza, el cuello y las manos, y se tendió a dormir bajo un árbol. Por la mañana el Rey, que había salido a cazar en el bosque, vio a la muchacha dormida. Se puso a mirarla y le gustó tanto que se enamoró. La despertó y le dijo:

—Soy el Rey. ¿Quieres casarte conmigo?

—Yo, como veréis, soy pobre —dijo Atanasia—. ¿Cómo voy a casarme con vos?

—Por eso no te preocupes —dijo el Rey—, yo te quiero y has de ser mi mujer.

La muchacha se ruborizó, y dijo que sí con la cabeza.

—Entonces acompáñame a Palacio.

—Sí, señor, pero dejé a la abuelita en casa y habría que mandarla a buscar.

El Rey envió una carroza a buscarla, y en el banquete de bodas la puso al lado de su nieta. Era un banquete suntuoso, y la vieja se inclinaba para susurrarle a la nieta:

—Todas, te las comiste…

Y la nieta:

—¡Ahora cállate!

Intervino el Rey.

—¿Qué quiere la señora tía? —(porque la llamaba así).

—Quiere un vestido como el mío —dijo la novia.

—Que se lo hagan en el acto —dijo el Rey.

Después del almuerzo se pusieron a conversar, y la vieja siempre repetía al oído de la nieta:

—Todas, te las comiste…

—¿Qué quiere la señora tía? —preguntó el Rey.

—Quiere —dijo Atanasia— un anillo igual al mío.

—Que se lo hagan en el acto —dijo el Rey.

Pero la vieja empezó de nuevo:

—Pero todas, te las comiste…

Y el Rey:

—¿Qué quiere la señora tía?

—Quiere —dijo Atanasia, que no podía más— que es una vieja tacaña y muerta de hambre, y aun en medio de todas las riquezas reales piensa todavía en esas malditas cabezas de cordero.

El Rey, enfurecido por semejante avaricia, llamó a los guardias y ordenó que le

cortaran la cabeza en medio de la plaza.

Donde cayó la cabeza nació un árbol. Era un sauce llorón, y cuando lo sacudía el viento, continuaba diciendo:

—Todas, se las comió… Todas, se las comió…

*(Ficarazzi)*

# 171
# LOS DOS MERCADERES

Una vez había dos amigos. Uno de ellos tenía un hijo, el otro nada; y los dos amaban a este hijo de todo corazón. Eran mercaderes de mar, mercaderes de fortuna que recorrían todos los reinos. Un día tenía que partir el que no tenía hijos, en viaje de negocios; y mientras se disponía a marcharse, el hijo del otro le suplicaba al padrino que se lo llevara con él, así adquiriría experiencia en el mar y los negocios, y a su padre le suplicaba que lo dejara ir con el padrino. El padre no quería y el padrino tampoco, pero el hijo suplicó tanto que terminaron por dejarlo ir en un barco que navegaría junto al de su padrino.

Estaban en alta mar cuando se desencadenó una tormenta y era una tormenta tan fuerte que las dos naves se perdieron de vista. La nave donde viajaba el padrino se salvó; la del ahijado se fue a pique y todos los hombres se ahogaron. El joven, afortunadamente, montó a caballo de una tabla y nadó, hasta llegar a tierra. Una vez en tierra, se puso a dar vueltas desconsolado y se internó en un bosque lleno de fieras. Por la noche, por temor a las fieras, se subió a la copa de una encina. De día, al ver que no había animales a su alrededor, bajó y caminó por el bosque, hasta llegar a un sitio donde el bosque era atravesado por una alta muralla de la que no se veía ninguno de los dos extremos. Ayudándose con las ramas de los árboles, el joven logró encaramarse en la muralla y ver lo que había en el otro lado. Había una ciudad y esos muros se habían construido para defenderla de las bestias feroces.

Desde allí arriba, el joven se las arregló para bajar y entró en la ciudad. «Ahora iré de compras, para comer algún bocado», pensó, y entró por una calle bordeada de tiendas. Entró en una panadería, pidió pan, pero el panadero no le respondió. Entró en una carnicería, pidió salami, pero el carnicero no le respondió. Recorrió todas las tiendas, pero ninguno le respondía.

«Voy a protestar al Rey», se dijo el joven, y fue al Palacio Real.

—¿Se puede visitar al Rey? —preguntó al centinela. Y el centinela: ni una palabra. Furioso y desesperado, pues nadie le hablaba, el joven entró en el Palacio y

se puso a recorrer las habitaciones. Encontró la más hermosa de todas, con un Real Lecho, una Real Cómoda, un Real Lavamanos, y se dijo: «Ya que nadie me dice nada, yo me voy a dormir».

De golpe aparecieron dos hermosas damiselas y sin decir una palabra le pusieron la mesa y le sirvieron la cena. Comió y luego se fue a dormir.

Así empezó para él una vida tranquila en esa ciudad silenciosa. Una noche, mientras dormía en ese Lecho Real, vio que se le aparecía, acompañada por las dos damiselas, una joven de maravilloso aspecto, cubierta de velos, que le preguntó:

—¿Tienes coraje y firmeza?

—Sí —respondió.

—Si tienes coraje y firmeza —continuó ella—, te confiaré mi secreto. Debes saber que soy la hija del Emperador Patán, y mi padre antes de morir hechizó la ciudad, con todos los hombres, la servidumbre, el ejército, y también a mí; y el hechizo está custodiado por un Mago. Pero si tú pasas conmigo todas las noches durante un año entero, sin mirarme jamás y sin revelar mi secreto a nadie, el hechizo concluirá y yo seré Emperatriz y tú Emperador, y todo el pueblo te aclamará.

—Tengo coraje y firmeza —dijo el joven.

Pero al cabo de unos días le dijo que para estar un año tranquilo a su lado antes debía ir a saludar a su padre, su madre y su padrino, y le aseguró que no tardaría en regresar. La Emperatriz no sabía si dejarlo partir, pero él le rogó tanto que le hizo preparar un barco en el que ordenó cargar algunos de sus tesoros. Le entregó un bastón.

—Con este bastón, pide un deseo y te encontrarás de inmediato donde quieras. Pero acuérdate de no revelar mi secreto a nadie.

El joven subió a bordo, dio un golpe con el bastón y se encontró en el puerto de la ciudad de su padre. Dio orden de trasladar los tesoros a la mejor posada y allí se alojó.

—¿Conocéis algún mercader? —preguntó a la gente.

—En esta ciudad hay dos —le respondieron—. Dos amigos, mercaderes de fortuna, pero ahora sin embargo han caído en la miseria.

—¿Y cómo es posible?

—Resulta que el hijo de uno de los dos amigos se perdió en el mar, y el padre, no queriendo creer que se hubiese perdido *por* una desgracia, culpó a su amigo y le inició un pleito y con el pleito los dos cayeron en la miseria.

El joven, cuando se enteró de lo sucedido, mandó llamar a su padre. El padre no lo reconoció.

—Me gustaría —dijo el hijo— negociar contigo y tu amigo, ya que los dos tenéis práctica en los negocios del mar.

—Es imposible —dijo el padre—, pues tanto yo como mi amigo hemos quebrado a causa de un pleito, pues mi amigo me perdió a mi hijo.

—No importa —dijo el joven—. Yo pongo el capital.

Y de inmediato mandó preparar un gran banquete e invitó a almorzar a los dos amigos y a sus mujeres. Cuando se encontraron cara a cara en la posada, los dos amigos y las dos mujeres se miraron mal, pues se habían vuelto enemigos. Se pusieron a comer, pero los dos amigos, de la rabia que tenían, no acertaban a tragar bocado. Entonces el joven pinchó un trozo de comida con el tenedor y se lo ofreció a su padre, diciendo:

—Padre mío, acepta este bocado, que te lo da tu hijo que está aquí presente, sano y salvo.

Todos se ponen de pie. Locos de contento, se abrazaron y se besaron, llorando de alegría. El joven dividió sus tesoros entre el padre y el padrino para que continuaran con sus negocios.

—Ahora me despido —dijo después—, porque debo partir nuevamente.

—¿Y adónde vas? —le preguntó la madre.

—No puedo decírtelo.

Pero la madre insistió tanto que él terminó por explicarle la historia de la hija del Emperador Patán, cuyas bellezas desconocía.

—Oye —dijo la madre—, yo te doy una vela de las tinieblas[16] y cuando ella se duerma la enciendes y contemplas sus bellezas.

El joven subió a bordo, dio un golpe con el bastón y se encontró de nuevo en el puerto de la ciudad del Emperador Patán. Fue al Palacio Real y encontró a la hija del Emperador esperándolo. Por la noche se acostaron, y el joven no veía la hora de contemplar las bellezas de la muchacha. Mientras ella dormía, él cogió la vela, la prendió y empezó a desvestir a la hija del Emperador. Pero una gota de cera se desprendió de la vela y cayó en la piel de la muchacha y la quemó, despertándola.

—¡Traidor! ¡Has revelado mi secreto! ¡Así no podrás liberarme!

—¡Ay, pobre de mí! ¡Pero yo todavía quiero liberarte! ¿No hay otra forma?

—Debes ir al bosque, combatir con el Mago que custodia el hechizo y matarlo.

—Sí. ¿Y cuándo lo haya matado?

—Ábrele el vientre; encontrarás un conejo. Despanzurra el conejo; encontrarás una paloma. Despanzurra la paloma; encontrarás tres huevos. Esos tres huevos debes cuidarlos como a las niñas de tus ojos y traerlos aquí sanos y salvos. Así la ciudad quedará liberada y todos estaremos a salvo: si no, quedaremos hechizados para siempre, y tú con nosotros. ¡Toma este garrote y ve a combatir!

El joven partió, armado con el garrote. Encontró un rebaño de vacas, con los vaqueros y el dueño de la hacienda. Le preguntó al patrón:

—¿Su señoría me daría un pedazo de pan? Me perdí en esta comarca.

El dueño de la hacienda le dio de comer y lo contrató como peón. Un día dijo a los vaqueros:

—Tenéis que llevar las vacas a pastar en el feudo, pero cuidaos de no dejarlas entrar en el bosque, pues allí vive un Mago que no sólo mata a los cristianos sino a las vacas.

El joven fue con los demás y cuando las vacas se acercaron al bosque las hizo entrar a gritos y garrotazos. El patrón se tiraba de los pelos.

—¿Y ahora quién irá al bosque a traer a las vacas de vuelta?

Ninguno de los vaqueros quería ir. El patrón mandó al peón nuevo con otro muchacho. Se internaron en el bosque, y el muchacho temblaba de miedo.

Al ver las vacas en el bosque, el Mago se enfureció y salió empuñando un garrote de hierro con seis puntas de bronce encadenadas a un extremo. El muchacho, que no podía más de miedo, se ocultó en un matorral. El joven, en cambio, encaró al Mago sin vacilar.

—¡Traidor! ¿Cómo te atreves a venir a estropear mi selva?

—¡No sólo vengo a estropear tu selva, sino también a estropear tu vida! —Y empezaron a combatir.

Lucharon tanto, durante ese día, que finalmente los dos estaban muertos de cansancio pero ninguno estaba herido aún. Y el Mago dijo:

> —Si tuviera una sopa de pan y de vino
> Te cortaría como una loncha de tocino.

Y el joven:

> —Si tuviera pan en leche remojado
> En dos partes te habría cortado.

Entonces se despidieron y acordaron continuar la batalla al día siguiente. El joven reunió las vacas y acompañado por el muchacho las llevó fuera del bosque.

Al verlos regresar sanos y salvos todos se quedaron boquiabiertos, y el muchacho refirió la gran pelea que habían entablado el nuevo peón y el Mago, y las cosas que se habían dicho, y que el Mago quería una sopa de pan y de vino y el joven una sopa de pan y de leche. Entonces el patrón ordenó que para el día siguiente se preparara un balde de pan y de leche y el muchacho se lo llevara y lo tuviera listo.

Llevaron nuevamente las vacas al bosque, el Mago reapareció y reanudaron el combate. Tras mucho pelear, el Mago dijo:

> —Si tuviera una sopa de pan y de vino
> Te cortaría como una loncha de tocino.

Pero no tenía sopa de pan y de vino. Por su parte el joven dijo:

> —Si tuviera pan en leche remojado
> En dos partes te habría cortado.

Y sin pérdida de tiempo el muchacho le alcanzó el balde de pan y de leche. El joven se sirvió una buena cucharada, la tragó y de inmediato le asestó al Mago un garrotazo en la cabeza que lo derribó sin vida.

Despanzurra al mago y encuentra el conejo, despanzurra el conejo y encuentra la paloma, despanzurra la paloma y encuentra los tres huevos. Cogió los tres huevos con mucho cuidado y salió del bosque con las vacas. Lo recibieron triunfalmente. El patrón quería que se quedara en sus tierras, pero él dijo que no podía permanecer allí, y hasta le regaló el bosque del Mago. Y se marchó.

En cuanto llegó a la ciudad silenciosa fue al Palacio Real. La hermosa joven le salió al encuentro, lo cogió de la mano y lo condujo al gabinete secreto de su padre, el Emperador Patán. Cogió la corona de Emperador y se la ciñó en la cabeza, diciéndole:

—Seas tú el Emperador y sea yo la Emperatriz —y una vez coronado lo llevó al balcón. Cogió los tres huevos y le dijo—: Arroja uno a la derecha, otro a la izquierda y otro delante de ti.

No bien tiró los huevos, toda la gente empezó a hablar y a gritar, y de ese silencio se pasó a un gran clamor. Las carrozas echaron a andar, el ejército se puso a hacer ejercicios, los centinelas hicieron el cambio de guardia, y todos juntos, pueblo y tropa, gritaron:

—¡Viva nuestro Emperador! ¡Viva nuestra Emperatriz!

Y ellos fueron Emperador y Emperatriz toda la vida, y nosotros los pobres desgraciados de siempre.

*(Provincia de Palermo)*

# 172
# DE VIAJE POR EL MUNDO

Había una madre viuda con dos hijas mujeres y un varón que se llamaba Peppi y no sabía cómo ganarse un mendrugo. La madre y las hermanas cosían, y Peppi dijo:

—Madre, he tomado una decisión. Me despido de vosotras y me voy de viaje por el mundo.

En el camino vio una granja y preguntó:

—¿Necesitan un peón?

Le respondieron:

—¡Eh! ¡Los perros, los perros! —Y los perros lo echaron a ladridos. Peppi siguió su camino, y ya oscurecía cuando encontró otra granja.

—¡Bendita sea la Virgen!

—¡Bendita sea! ¿Qué andas buscando?

—¿No necesitaría un peón?…

—Oh, sí, adelante, adelante: creo que el boyero está a punto de despedirse. Espera que le pregunte al patrón.

Y uno subió a preguntarle al patrón, quien respondió:

—Sí, dale algo de comer, que cuando baje hablaremos.

Le dieron un pan y un plato de requesón, y se puso a comer. Cuando bajó el patrón, apareció el boyero.

—¿Es cierto que te vas? —dijo el patrón.

—Sí, señor —dijo el boyero.

Entonces el patrón le dijo a Peppi:

—Mañana vas con los bueyes, pero oye, hijo mío: al que se queda aquí se le da de comer y nada más.

—Yo me quedo —dijo Peppi—. Que sea lo que Dios quiera.

Pasó la noche y por la mañana se llevó un pan y un poco de fiambre y se fue con los bueyes. Peppi estaba todo el día con los bueyes, y al anochecer regresaba. Se acercaba el carnaval, y Peppi volvía a casa con cara larga.

—¡Peppi! —le decía el encargado.

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—¡Nada!

Por la mañana se iba con los bueyes, siempre con la cara larga, cuando se encontró con el patrón.

—¡Peppi!

—¿Qué?

—¿Qué te pasa?

—¡Nada!

—¿Nada, Peppi? ¿Por qué no me lo dices?

—¿Qué quiere que le diga? Se acercan los carnavales. ¿Ni siquiera esta vez me dará algo de dinero para ir a festejarlos con mi madre y mis hermanas?

—Háblame de cualquier cosa menos de dinero: si quieres pan, cuanto quieras, pero dinero no.

—¿Y si quisiera comprar un poco de carne, cómo lo hago?

—Las condiciones te las dije de antemano. No sé qué decirte.

Amanecía y Peppi se iba con los santos bueyes. Y siempre andaba de capa caída. Oyó que lo llamaban.

—¿Peppi?

Miró hacia todos lados. Pensó: «Es la aflicción que tengo, que me hace oír lo que no existe».

Pero de nuevo oyó que lo llamaban:

—¡Peppi! ¡Peppi!

—¿Pero quién me llama?

—Soy yo —dijo un buey.

—¿Cómo? ¿Hablas?

—Claro que hablo. ¿Qué te pasa que tienes esa cara larga?

—¡Qué me va a pasar! Llegan los carnavales y el patrón no me da nada.

—Escucha lo que debes decirle, Peppi, cuando vuelvas esta noche. Debes decirle: «¿Y ni siquiera el buey viejo me da?». A mí el patrón no me puede ni ver, porque nunca quise trabajar, y me regalará con mucho gusto. ¿Entendido?

Al anochecer Peppi volvió a casa con la cara así de larga, y el patrón le dijo:

—¿Qué te pasa, Peppi, que siempre estás con esa cara?

—Le quiero decir una cosa: ¿ni siquiera el buey viejo me va a dar, que tiene más años que la lechuza? Por lo menos, cuando llegue a casa lo degüello y pongo a ablandar esa carne dura.

—Llévatelo —dijo el patrón—. También te regalo un poco de cuerda para que lo ates.

Al día siguiente, en cuanto amaneció Peppi se llevó el buey, una alforja, ocho panes, se puso la boina y se fue a su aldea. En una meseta se le acercaron dos jinetes.

—¡El toro! ¡El toro! ¡Cuidado, cuidado! ¡Viene un toro que si te agarra te mata!

—Diles, Peppi —susurró el buey—: «Si lo capturo, ¿me lo dais?».

Peppi se lo dijo, y le respondieron:

—¡Con mucho gusto! Pero no podrás. Ese os despachará a ti y al buey, a los dos juntos.

—Peppi —dijo el buey—, ponte detrás de mí y no tengas miedo.

Llegó el toro resoplando, y apoyó el hocico contra el viejo buey. Los dos se empujaban, pero el viejo buey era tan duro que el toro al cabo de un rato quedó aturdido.

—Peppi, agárralo —dijo el buey—, y átalo a mis cuernos. —Peppi sujetó el toro, saludó a los jinetes y siguió su camino.

Pasó por un pueblo y oyó un bando:

«Quienquiera que tenga ganas de trabajar y labre en un día una salma[17] de tierra, se casa con la hija del Rey; si está casado, dos tómolos[18] de monedas de oro; si no logra hacerlo, pierde la cabeza».

Peppi llevó los bueyes al establo y fue a presentarse al Rey. Los centinelas no querían dejarlo pasar porque iba vestido con harapos, pero se asomó el Rey en persona y lo hizo pasar.

El subió y dijo:

—A los pies de Su Majestad.

—¿Qué buscas?

—Oí el bando, tengo dos bueyes, y querría ver si puedo labrar esa salma de tierra.

—¿Pero has oído bien todo el bando?

—Lo he oído bien: si no logro hacerlo, la cabeza. Su Majestad debe darme el arado y un poco de heno porque yo no tengo nada, estoy de paso.

—Lleva los bueyes a mi establo —dijo el Rey— y alójate allí.

Fue a buscar a los bueyes y los llevó: y el buey viejo le dijo:

—A mí media gavilla de heno, al toro una entera.

Por la mañana Peppi tomó el arado, cuatro gavillas de heno y se fue. Pidió que le indicaran el terreno, unció los bueyes y se puso a arar.

Los Consejeros miraban desde el balcón de enfrente, y le dijeron al Rey:

—Majestad, ¿qué estáis haciendo? ¿No veis que ése está terminando de arar? ¿Queréis casar a vuestra hija con ese infeliz?

—¿Y vosotros qué me aconsejáis? —dijo el Rey.

—A mediodía mandadle una gallina al horno, apio tierno y una botella de vino con opio.

Mandaron una criada con el almuerzo para Peppi.

—¡Ven a comer que se te enfría!

A él sólo le quedaba por arar un triángulo de tierra grande como el sombrero de un cura. Fue a comer, y le dio media gavilla de heno al buey viejo y una entera al toro. Luego se puso a mordisquear la gallina y a beber vino. Se lo bebió todo, se

comió la gallina y se fue a dormir. El buey viejo comió su heno, esperó a que el toro terminara el suyo, y dejó que Peppi durmiera. Cuando el toro también terminó de comer, empezó a sacudir a Peppi con la pata.

—Ah… Ah… —decía Peppi entre sueños.

—Levántate —decía el buey—, levántate que en esto te va la cabeza.

Se levantó, se lavó la cara, unció los bueyes, y más dormido que despierto terminó de arar el terrón que faltaba y se puso a repasarlo.

—¡Caramba! El opio era poco —dijeron los Consejeros en el balcón.

Peppi trabajó con ahínco y a las diez de la noche terminó: volvió al Palacio, dio de comer a los bueyes y fue a ver al Rey.

—Papá, su bendición.

—Oh. ¿Has terminado? ¿Qué quieres: dos tómolos de monedas de oro?

—Yo soy soltero, Majestad. ¿Qué haría con las monedas de oro? Lo que quiero es casarme.

Se lo llevaron, lo lavaron de pies a cabeza y lo vistieron de Príncipe. Hasta le dieron un reloj. Y se casó.

El buey viejo le dijo:

—Ahora que te casas tienes que matarme y poner todos mis huesos en un cesto y plantarlos uno por uno en la tierra que araste, todos menos una pata. La pata guárdala en tu colchón. Mi carne dile al cocinero que la cocine como quiera: como carne de conejo, de liebre, de gallina, de pavo, de capón y hasta de pescado.

De modo que Peppi sacrificó al buey viejo. El Rey no quería, porque él también le había tomado cariño, pero Peppi dijo:

—No, papá, matémoslo, así no tienes que comprar carne para el banquete de bodas.

Y ordenó al cocinero que cocinara la carne del buey como carne de toda clase de animales. Se hizo un gran banquete; servían los platos y todos estaban contentos:

—Esto es liebre… esto es conejo… Un animal joven, éste… ¡Qué carne sabrosa!

Por la noche, apenas se durmió la novia, Peppi metió la pata del buey debajo del colchón, se echó al hombro el cesto con los huesos, fue a sembrarlos tal como le habían dicho y volvió a la cama con su mujer, que no había oído nada.

Al rato la mujer se despierta y le dice:

—¡Oh, qué sueño he tenido! Me parecía que había muchas cerezas y manzanas que me colgaban cerca de la boca… y rosas y jazmines… Todavía me parece verlo… —Tiende una mano y recoge una manzana—. No es un sueño, no es un sueño: ¡esta manzana se toca!

Y el marido responde:

—No es un sueño, no es un sueño: ¡son cerezas lo que yo tengo en la boca! —Y alargaba la mano y recogía cerezas.

Vino el Rey a desearles buenos días y encontró el cuarto lleno de flores y de frutas fuera de estación. También él se puso a comer.

Los Consejeros se asomaron al balcón y la mirada de todos cayó en el terreno que había arado Pippi: estaba lleno de frondosos árboles de todas las especies. Llamaron al Rey:

—Mirad, Majestad: ¿no son árboles esto que se ve en el terreno que aró Peppi?

El Rey entornó los ojos:

—¡Pues sí: no es una alucinación! Vamos a ver. —Y subieron a una carroza.

Llegaron y había naranjos, limoneros, ciruelos, cerezos, vides, perales, todos cargados de frutos. El Rey recogió un poco de fruta y volvió a casa contento.

Resulta que el Rey tenía otras dos hijas, casadas con hijos de Príncipes. Y estas hijas empezaron a preguntarle a su hermana:

—¿Pero cómo lo hace tu marido?

—¿Y yo qué sé? —respondió ella.

—Tonta, pregúntale cómo lo hace.

—Bueno, esta noche se lo preguntaré.

—Claro. Después vienes y nos lo cuentas.

Por la noche, en la cama, la mujer empezó a hacerle preguntas y Peppi con tal de que lo dejara dormir, se lo contó todo. Al día siguiente ella se lo dijo a sus hermanas, y las hermanas a sus maridos. Cuando todos estaban reunidos con el Rey, los cuñados dijeron:

—¿Apostamos algo, cuñado Peppi?

—¿Qué queréis apostar?

—Que somos capaces de decir lo que hiciste para que crecieran todos estos árboles.

—Apostemos.

—Entonces: de tu parte, todo lo que has ganado aquí, de la nuestra, todo lo que poseemos.

Fueron a casa de un notario y sellaron un acta.

Entonces los cuñados se lo dijeron todo. Peppi, que confiaba en su mujer, pensó: «¿Y quién se lo ha contado? ¿El Sol?».

Se lo dio todo y siguió siendo un muerto de hambre igual que antes. Se puso en marcha con su alforja, vestido de villano, y llegó a una cabaña. Llamó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy yo, padre eremita.

—¿Y qué andas buscando?

—¿Me sabrías decir dónde despunta el Sol?

—Mira, hijo, esta noche quédate a dormir y mañana por la mañana te mando a ver a otro eremita que es más viejo que yo.

Al alba el eremita le dio una hogaza de pan, y Peppi se despidió. Caminó hasta llegar a otra cabaña y allí encontró a un eremita con la barba blanca y larga hasta las rodillas.

—Padre reverendo, bendito seas.

—¿Qué buscas, qué buscas?

—¿Sabes decirme dónde despunta el Sol?

—Mira, hijo, sigue caminando hasta que encuentres otro padre más viejo que yo.

Peppi se despidió y siguió caminando hasta encontrar otra cabaña. Le besó la mano al eremita.

—Gran padre, bendito seas…

—¿Qué andas buscando?

—¿Me sabrías decir dónde despunta el Sol?

—¡Bien, hijo! Aunque… tal vez tú puedas llegar. Oye, toma este alfiler. Camina: oirás rugir un león; grítale: «Compadre león, te manda saludos el compadre eremita, y te manda el alfiler para que te saques la espina de la pata, y a cambio me dejes hablar con el Sol».

Peppi siguió sus instrucciones y le extrajo la espina al león, que dijo:

—¡Ah, me has devuelto a la vida!

—Ahora me debes dejar hablar con el Sol».

El león lo guió hasta la orilla de un mar extenso y de aguas negras.

—Aquí se asoma el Sol, pero antes del Sol se asoma una serpiente y tú debes decirle: «Comadre serpiente, te manda saludos el compadre león, y a cambio debes dejarme hablar con el Sol».

El león se marchó y Peppi vio que el agua se agitaba: se asomó la serpiente, y Peppi le repitió palabra por palabra lo que le había dicho el león.

—Rápido —dijo la serpiente—, arrójate al agua y ocúltate debajo de mis alas, de lo contrario los rayos del Sol te quemarán.

Peppi se ocultó debajo de un ala. Despuntó el Sol y la serpiente dijo:

—Vamos, Peppi, dile al Sol lo que tengas que decirle antes de que se vaya.

Y Peppi:

—¡Oh Sol traidor, sólo tú podías engañarme, y no tenías por qué hacerlo, traidor!

—¿Yo? —dijo el Sol—. No fui yo quien te engañó. ¿Sabes quién fue? Tu mujer, a quien le confiaste el secreto.

—Entonces discúlpame, Sol —dijo Peppi—. Pero hay un favor que sólo tú puedes hacerme, Sol: deberías ponerte a las doce y media de la noche, así recuperaría lo mío.

—Vete tranquilo, que ese favor te lo haré con mucho gusto.

Peppi dio las gracias a todos y se despidió. Volvió a casa. La mujer le había preparado el caldo; repuso sus energías y se sentó un poco a tomar el fresco. Pasaron sus cuñados, los hijos de Príncipes.

—Cuñados —dijo él—, ahora hagamos otra apuesta.

—Bueno, yo apuesto la cabeza y vosotros mis pertenencias.

—Bueno, entonces tú apuestas la cabeza, nosotros lo tuyo y también lo nuestro. ¿Pero cómo es esa apuesta?

—¿A qué hora se pone el Sol? —dijo entonces Peppi.

—Bueno, se ha vuelto loco, ya ni sabe cuándo se pone el Sol —murmuraron los cuñados. Y en voz alta—: ¡Se pone a las nueve y media!

—¡Y yo digo que se pone a las doce y media!

Fueron a sellar otra acta y se pusieron a mirar el Sol. A las nueve y media el Sol estaba a punto de bajar cuando Peppi le dice:

—¿Así cumples tu palabra, Sol?

Entonces el Sol se acordó y en vez de ponerse estiró el día hasta las doce y media.

—¿No os lo dije? —exclamó Peppi.

—Tienes razón —dijeron los cuñados, y le devolvieron sus cosas y también le dieron las suyas.

—Muy bien —dijo Peppi—, os quiero mostrar el corazón de un villano. —(Ellos lo llamaban siempre villano). Coge las pertenencias de los cuñados y se las devuelve —: Tened, que yo no quiero nada de los demás, me basta con lo mío.

Peppi reanudó su vida de antes con su mujer: el Rey quiso abrazarlo, y se quitó la corona y la puso en la cabeza de Peppi. Los cuñados, se entiende, se morían de rabia pero no decían nada. Al día siguiente se organizó un gran banquete con toda la parentela: se divirtieron, iba un plato y venía otro, y de postre hasta sirvieron café, helado y frutas confitadas, y así Peppi pasó de boyero muerto de hambre a Rey.

*(Salaparuta)*

# 173
# UN BARCO CARGADO DE…

Un matrimonio tenía un hijo, y los dos eran muy devotos de San Miguel Arcángel: todos los años celebraban su día. Murió el marido y la mujer, con el poco dinero que le quedaba, todos los años seguía festejando el día de San Miguel Arcángel. Vino un año en que no supo qué vender para hacer la fiesta, así que se llevó al niño y fue a vendérselo al Rey.

—Majestad —le dijo al Rey—, ¿queréis comprarme a mi hijo? Dadme lo que queráis, aunque sean doce tarjas, con tal de que pueda festejar el día de San Miguel Arcángel.

El Rey le dio cien onzas y se quedó con el niño. Luego pensó: «Vamos a ver: esta mujer con tal de hacerle la fiesta a San Miguel Arcángel vende a su hijo, y yo que soy Rey no le hago nada». Entonces ordenó construir una capilla, compró una estatua de San Miguel Arcángel y le hizo una fiesta; pero concluida la fiesta tapó la estatua con un velo y no pensó más en el asunto.

El niño, que se llamaba Peppi, crecía en el Palacio y jugaba con la hija del Rey, que tenía su misma edad. Así crecieron juntos día a día, y cuando fueron mayores se enamoraron. Finalmente los Consejeros le dijeron al Rey:

—¿Majestad, qué sucede? ¿No querréis que vuestra hija sea la mujer de ese desgraciado?

—¿Y qué hago? —dijo el Rey—. ¿Lo echo?

—Haced lo que le decimos —dijeron los Consejeros—, mandadlo a negociar con un barco, el más viejo y maltrecho que haya. Que lo dejen solo en medio del mar. Así se ahogará y asunto concluido.

Al Rey le gustó la idea.

—Mira —le dijo a Peppi—, tienes que salir en viaje de negocios. Tienes tres días de plazo para cargar el barco.

El muchacho se pasaba la noche pensando qué debía cargar en el barco para hacer buenos negocios; la primera noche no se le ocurrió nada, la segunda tampoco, y la

tercera, piensa que te piensa, llamó a San Miguel Arcángel. Apareció San Miguel Arcángel y le dijo:

—No te desalientes: dile al Rey que te cargue un barco de sal.

Al día siguiente Peppi se levantó muy contento.

—Y bien, Peppi —le preguntó el Rey—, ¿qué has pensado?

—Si Su Majestad es tan amable de cargarme un barco con sal…

Los Consejeros se alegraron.

—Bien, con esa carga el barco se hundirá antes.

El barco cargado de sal zarpó, y detrás llevaba atado un barco más pequeño.

—¿Y ése para qué es? —le preguntó Peppi al capitán.

—Ah, eso es asunto mío —respondió el capitán.

Y cuando estuvieron en medio del mar, el capitán bajó al barco pequeño, dijo «Buenas noches» y dejó a Peppi solo.

El barco hacía agua, el mar estaba picado, y no tardaría en hundirse, Peppi empezó a llamar:

—¡Madre santa! ¡Señor! ¡San Miguel Arcángel, socorro!

Y de pronto apareció un barco de oro macizo, con San Miguel Arcángel al timón. Le arrojaron una cuerda y Peppi ató su barco al de San Miguel Arcángel, que navegaba rápido como un rayo, y así llegaron a un puerto.

—¿Vienes en son de paz o en son de guerra? —le preguntaron los del puerto.

—En son de paz —dijo Peppi, y lo dejaron desembarcar.

El Rey de ese país quiso invitar a comer a Peppi y su compañero (no sabía que era San Miguel).

—Fíjate —le dijo San Miguel a Peppi— que en este país no saben lo que es la sal. —Y Peppi llevó una bolsita.

En la mesa del Rey empezaban a comer, y todo era desabrido como la paja.

—¿Pero por qué coméis así, Majestad? —dijo Peppi.

Y el Rey:

—Nosotros acostumbramos a comer así.

Entonces Peppi esparció un poco de sal en el plato de cada comensal.

—Majestad, probad ahora a ver qué os parece.

El Rey probó una cucharada y dijo:

—¡Ah, qué sabroso! ¿Tienes más?

—Un barco lleno.

—¿Y a cuánto lo vendes?

—Su peso en oro.

—Entonces lo compro todo.

—Trato hecho.

Después del almuerzo hicieron descargar toda la sal y la pesaron. En un platillo de la balanza ponían sal, en el otro el oro. Así Peppi llenó el barco de oro. Lo hizo calafatear y zarpó de nuevo.

La hija del Rey se pasaba los días en el balcón, escrutando el mar con el catalejo, esperando el retorno de su Peppi. Y cuando vio el barco corrió a ver a su padre:

—¡Papá, vuelve Peppi! ¡Papá, vuelve Peppi!

Cuando la nave llegó a puerto y Peppi, tras besarle la mano al Rey, empezó a descargar oro a manos llenas, los Consejeros se pusieron verdes.

—Majestad —le dijeron al Rey—, esto no marcha.

—¿Y qué hago? —preguntó el Rey.

—Mandarlo de viaje otra vez —respondieron.

Entonces el Rey, al cabo de unos días, le dijo que pensara en otra carga porque debía zarpar otra vez. Peppi reflexionó, y al fin llamó a San Miguel. Y San Miguel le dijo:

—Haz cargar un barco con gatos.

El Rey, para darle los gatos a Peppi, emitió un bando:

«Todas las personas que tengan gatos, que los traigan al Palacio Real que el Rey los comprará».

Así se llenó el barco, que zarpó maullando por el mar.

Cuando estaban aún más lejos de la costa que la vez anterior, el capitán dijo «Buenas noches» y se fue. El barco empezó a hacer agua y Peppi llamó a San Miguel Arcángel. Apareció el barco de oro y como un rayo lo llevó a un puerto desconocido. Fue una embajada al puerto a preguntarle si venían en son de paz o en son de guerra.

—¡En son de paz! —dijeron, y el Rey los invitó a comer.

A la mesa, al lado de cada plato había una escobilla.

—¿Para qué sirven?

—Ahora lo veréis —dijo el Rey.

Sirvieron la comida, y de golpe apareció una cantidad de ratones que se subían a la mesa y metían el hocico en los platos; los comensales trataban de ahuyentarlos con las escobillas pero era inútil porque volvían, y eran tantos que no había manera de defenderse.

Entonces San Miguel le dijo a Peppi:

—Abre la bolsa que trajimos. —Peppi abrió la bolsa y dejó en libertad a cuatro gatos, que saltaron en medio de los ratones e hicieron una carnicería.

—Oh, ¡qué animalitos tan bonitos! —exclamó el Rey muy contento—. ¿Tenéis muchos?

—Un barco lleno.

—¿Y son caros?

—Cuestan su peso en oro.

—Trato hecho. —El Rey les compró todos los gatos, y en un platillo de la balanza ponían gatos y en el otro oro. De modo que Peppi, después de arreglar el barco, también esta vez volvió cargado de oro.

Cuando llegó a puerto la hija del Rey bailaba de alegría, los faquines descargaban oro y oro y oro, y el Rey estaba perplejo y los Consejeros rojos de rabia.

—A la tercera va la vencida —le dijeron al Rey—. Dejémoslo descansar una semana, y que vuelva a partir.

San Miguel, esta vez, cuando Peppi lo llamó, le dijo:

—Diles que te carguen un barco con habas.

Cuando el barco cargado de habas estaba a punto de naufragar, vino como de costumbre el barco de oro y Peppi desembarcó en un puerto acompañado por San Miguel.

El Rey de esa ciudad era una Reina y los invitó a almorzar a los dos. Después la Reina sacó los naipes y dijo:

—¿Echamos una partida?

Y se pusieron a jugar. La Reina era una gran jugadora, y a todos los hombres que perdían los hacía encarcelar en una mazmorra.

Pero San Miguel Arcángel no podía perder, y la Reina comprendió que si seguía jugando perdería todo lo que tenía.

—Os declaro la guerra —dijo entonces.

Fijaron la hora de la guerra, y la Reina reunió a todos sus soldados. San Miguel y Peppi estaban solos con sus dos espadas contra todos ellos, y se lanzaron al ataque. Pero San Miguel Arcángel provocó una ráfaga de viento y levantó una polvareda que se pegó a los ojos de los soldados. Nadie veía nada y San Miguel Arcángel se acercó a la Reina y la decapitó. Cuando se disipó la polvareda y todos vieron la cabeza de la Reina separada del tronco se alegraron, porque era una Reina que no la aguantaba nadie, y le dijeron a San Miguel:

—¡Queremos que Vuestra Señoría sea el Rey, Vuestra Señoría!

San Miguel respondió:

—Yo soy Rey de otra parte. Para el Rey arregláoslo entre vosotros.

A la cabeza de la Reina le hicieron una jaula de hierro y la colgaron en una esquina, y San Miguel y Peppi bajaron a la mazmorra para liberar a los prisioneros. Estaba llena de gente enmohecida, hambrienta, los muertos junto a los vivos. Peppi empezó a arrojarles puñados de habas y los prisioneros las devoraban como bestias. Así recuperaron las fuerzas. Después les hicieron un caldo de habas y los mandaron a casa.

En esa ciudad nunca habían visto las habas, y Peppi las vendió a peso de oro. Después, con el barco cargado de oro y una escolta de soldados a sus órdenes, puso las velas rumbo a su ciudad, y disparó salvas de cañón para anunciar su llegada.

Esta vez también entró en el puerto el barco de oro y el Rey recibió a San Miguel Arcángel. Durante el almuerzo San Miguel le dijo al Rey:

—Majestad, vos tenéis una estatua a la que una vez le hicisteis una fiesta y que después dejasteis que se llenara de telarañas. ¿Por qué? ¿Tal vez os falta dinero?

—Ah sí —dijo el Rey—. Es San Miguel Arcángel, no había vuelto a pensar en ella.

Y San Miguel:

—Vamos a verla.

Llegaron a la capilla, y la estatua estaba enmohecida.

—Yo soy San Miguel Arcángel —dijo el forastero— y te pido razones de la afrenta que me has hecho.

El Rey se hincó de rodillas y dijo:

—¡Perdón, dime qué puedo hacer! ¡La fiesta más hermosa!

—Harás la fiesta de bodas de tu hija y de Peppi —dijo el santo—, porque estos dos jóvenes se tienen que casar.

Así pues Peppi se casó con la hija del Rey y fue Rey a su vez.

*(Salaparuta)*

# 174
# EL HIJO DEL REY EN EL GALLINERO

Se cuenta que había un remendón con tres hijas mujeres: Peppa, Nina y Nunzia. Eran muy pobres, y el remendón recorría la campiña en busca de zapatos para arreglar pero no lograba juntar ni un céntimo. La mujer, al verlo regresar con las manos vacías, le decía:

—¡Infeliz! ¿Y hoy qué meto en la olla?

Y él, harto, le dijo a Nunzia, la hija menor:

—¿Quieres venir conmigo a buscar hierbas?

Y salieron por los campos a recoger hierbas para la sopa. Llegaron a un feudo, y buscando hierbas Nunzia encontró una cabeza de hinojo así de grande, y por más que tiraba no conseguía arrancarla y tuvo que llamar a su padre.

—¡Señor padre! ¡Señor padre! ¡Venga a ver lo que he encontrado! ¡No puedo arrancarla!

Su padre le echó una mano, y tras muchos esfuerzos arrancaron el hinojo y debajo apareció un escotillón abierto. Un apuesto joven se asomó por la abertura.

—Bella muchacha —le dijo—, ¿qué estás buscando?

—¿Y qué vamos a estar buscando? Estamos muertos de hambre y recogemos hierbas para la sopa.

—Si eres pobre, yo te haré rico —le dijo el joven al remendón—. Déjame a tu hija y yo te doy un saco de monedas.

—¿Cómo? ¿Dejarte a mi hija? —exclamó el pobre padre. Pero el joven insistió tanto que lo convenció, y él tomó el dinero y dejó a Nunzia, que bajó al subterráneo con ese joven.

Bajo tierra había una casa tan lujosa que la muchacha creyó haber llegado al Paraíso. Inició una vida que bien podía llamarse feliz, a no ser porque Nunzia ya no tenía noticias de su padre ni de sus hermanas.

El remendón, entre tanto, podía comer pollo y ternero todos los días, y se lo pasaba bien. Y Peppa y Nina le dijeron un día:

—Padre, ¿no nos lleva a visitar a nuestra hermana?

Fueron al lugar donde habían encontrado el hinojo, llamaron con los nudillos al escotillón y el joven las invitó a entrar. Nunzia se puso muy contenta de ver nuevamente a sus hermanas y las llevó a visitar toda la casa. Lo único que no quiso mostrarles fue su habitación.

—¿Por qué? ¿Qué hay ahí dentro? —preguntaron las hermanas con curiosidad.

—No lo sé, porque ni siquiera yo he entrado. Mi marido me lo tiene prohibido.

Luego se fue a peinar y las hermanas quisieron ayudarla. Le soltaron la trenza y en medio de la trenza encontraron prendida una llave.

—Esta —le dijo Peppa a Nina en voz baja— debe de ser la llave del cuarto que no nos ha querido mostrar. —Y fingiendo peinarla le desataron la llave; luego, sin decir una palabra fueron a abrir la puerta.

El cuarto estaba lleno de mujeres: unas bordaban, otras cosían, algunas cortaban. Y cantaban:

> —¡Hacemos pañales, hacemos fajas,
> Para cuando el hijo del Rey nazca!

—¡Ah! ¡Nuestra hermana espera un niño y no nos había dicho nada! —exclamaron las hermanas. Pero en ese momento las mujeres del cuarto, dándose cuenta de que las veían, de bellas que eran se volvieron feas y amarillas, y se transformaron en lagartos y lagartijas. Peppa y Nina huyeron.

Nunzia las encontró muy asustadas.

—¿Qué os pasa, hermanas?

—Nada, queríamos despedirnos porque ya nos vamos.

—¿Tan pronto?

—Pues sí, tenemos que volver a casa.

—¿Pero qué os ha pasado?

—Bueno, te quitamos la llave que tenías en la trenza, abrimos esa puerta…

—¡Ay, hermanas! ¡Eso será mi ruina!

En efecto, las mujeres del cuarto, que eran Hadas, fueron a ver al joven, a quien tenían prisionero en ese subterráneo, y le dijeron:

—Tienes que echar a tu mujer inmediatamente.

—¿Y por qué? —dijo él con lágrimas en los ojos.

—Tienes que echarla en seguida. Órdenes son órdenes, ¿comprendido?

Y el pobre esposo tuvo que ir a hablarle con el corazón hecho pedazos, y le dijo:

—Debes irte en seguida de esta casa, por orden de las Hadas; si no, estoy perdido.

—¡Mis hermanas me han arruinado! —dijo ella rompiendo a llorar—. ¿Y ahora adónde iré?

—Toma este ovillo —le dijo él—. Ata una punta al picaporte de la puerta y déjalo girar. Cuando se termine el ovillo, detente.

Nunzia, desesperada, obedeció: el ovillo, rueda que te rueda, camina que te

camina, no se terminaba nunca. Llegó frente al balcón de un hermoso palacio y allí se terminó el ovillo. Era el Palacio del Rey Cristal.

Nunzia llamó y se asomaron las camareras.

—Por caridad —les dijo—, dadme alojamiento por esta noche, que no sé dónde refugiarme y estoy esperando un niño. —Porque entre tanto se había dado cuenta de que esperaba un niño.

Las camareras fueron a anunciárselo al Rey Cristal y a la Reina, quienes respondieron que no le abrirían la puerta a cualquiera. Resulta que años atrás las Hadas les habían robado a su hijo, de quien no habían vuelto a tener noticias: de modo que desconfiaban muchísimo de las mujeres desconocidas.

—¡Aunque sea en el gallinero! ¡Por una noche! —dijo la desdichada.

Las camareras, compadecidas, insistieron tanto que el Rey y la Reina les permitieron alojarla en el gallinero. Le llevaron un poco de pan porque se moría de hambre. Querían saber su historia, pero Nunzia meneaba la cabeza y no hacía más que repetir:

—¡Ay, si supierais! ¡Ay, si supierais!

Aquella misma noche tuvo un hermoso niño, y una camarera se apresuró a comunicárselo a la Reina:

—¡Majestad, qué hermoso niño ha tenido la forastera! ¡Se parece tanto a vuestro hijo!

Y mientras tanto las Hadas le dijeron al joven, que seguía bajo tierra:

—¿Sabes que tu mujer ha tenido un hermoso niño? ¿Quieres ir a verlo esta noche?

—Claro. ¿Me lleváis?

Aquella noche llamaron a la puerta del gallinero.

—¿Quién es?

—Abre, soy yo, el padre de tu hijo. —Y Nunzia vio entrar a su esposo, que era el hijo del Rey raptado por las Hadas, a quien las Hadas acompañaban para que viera a su hijo. Entró seguido por todas las Hadas, y el gallinero quedó revestido de oro, el catre tuvo una colcha recamada de oro, la cuna del niño se volvió de oro, y todo resplandecía tanto que parecía pleno día, y se oía una música, y las Hadas cantaban y bailaban, y el hijo del Rey acunaba al niño y decía:

—Si mi padre lo supiera,
Que eres hijo de su hijo,
Con fajas de oro te ceñirían
Y en cunas de oro te acunarían,
Noche y día te vendría a ver,
Duerme, duerme, hijo de Rey.

Y las Hadas se asomaban bailando por la ventana, y cantaban:

—El gallo aún no ha cantado,
El reloj aún no ha sonado,

No es la hora, no es la hora.

Dejémoslos a ellos y volvamos a la Reina. Se asoma una camarera y le dice:

—¡Señora Reina, si supierais! ¡En el cuarto de la forastera suceden cosas nunca vistas! ¡Ya no es un gallinero, está iluminado como el Paraíso, se oye cantar, una voz que parece la de vuestro hijo! ¡Escuchad, escuchad!

La Reina se acercó a la puerta del gallinero y escuchó; pero en ese momento cantó un gallo y no se oyó nada más ni se vieron más luces.

Aquella mañana, la Reina en persona quiso llevarle el café a la forastera.

—¿Me quieres decir qué pasaba anoche?

—No puedo decíroslo, pero aunque pudiera, ¿qué iba a deciros? ¡Si al menos supiera quién era!

Y la Reina:

—¿Y quién podrá ser? ¿Y si fuera mi hijo? —Y tanto insistió que la forastera le contó toda su historia de cabo a rabo: que había salido a recoger hierbas… y todo el resto.

—¿Entonces eres la mujer de mi hijo? —exclamó la Reina abrazándola y besándola. Y le dijo—: Esta noche pregúntale qué hay que hacer para liberarlo.

Por la noche, a la misma hora, se presentaron las Hadas con el hijo del Rey. Las Hadas se pusieron a bailar, y él acunaba a su hijo, siempre cantando:

—Si mi padre lo supiera,
Que eres hijo de su hijo,
Con fajas de oro te ceñirían
Y en cunas de oro te acunarían,
Noche y día te vendría a ver,
Duerme, duerme, hijo de Rey.

Mientras las Hadas bailaban, la esposa le preguntó a su marido: —¡Dime qué hay que hacer para liberarte!

Él respondió:

—Es necesario que los gallos no canten, que el reloj no suene, que las campanas tampoco y que se oculte el camino con un manto celeste recamado con la luna y las estrellas para que parezca de noche y no se vea la llegada del día. En cuanto se haya elevado el sol, quitad el manto y las Hadas se convertirán en lagartos y lagartijas y huirán.

A la mañana siguiente, el Rey ordenó emitir un bando:

«Ni campanas ni relojes han de sonar, y todos los gallos se han de matar».

Se preparó todo el escenario y por la noche, a la hora de costumbre, las Hadas se pusieron a bailar y a tocar y él cantaba:

—Si mi padre lo supiera,
Que eres hijo de su hijo,
Con fajas de oro te ceñirían
Y en cunas de oro te acunarían,

Noche y día te vendría a ver,
Duerme, duerme, hijo de Rey.

Y las Hadas se asomaban por la ventana, cantando:

—El gallo aún no ha cantado,
El reloj aún no ha sonado,
No es la hora, no es la hora.

Se pasaron la noche entre bailes y cantos y cada vez que se asomaban por la ventana, viendo que era de noche repetían:

—El gallo aún no ha cantado,
El reloj aún no ha sonado,
No es la hora, no es la hora.

Cuando el sol estuvo en el centro del cielo, corrieron el manto: una se convirtió en serpiente, la otra en lagartija, y todas se escabulleron.

El hijo del Rey y su mujer abrazaron al Rey y a la Reina.

*Felices y contentos se quedaron,*
*Y nosotros siempre los mismos desgraciados*

*(Salaparuta)*

# 175
# LA PRINCESA MELINDROSA

Se cuenta y se recuenta que una vez había un Rey y que éste tenía una hija en edad de casarse y era bellísimamente bella. Un día la llamó y le dijo:

—Hija mía, estás en edad de tomar marido: avisaré a todos los Reyes amigos míos que tal día haré una gran fiesta. Vendrán todos y verás cómo te gusta.

Llegó el día, y llegaron los Reyes, cada uno con toda la familia. Entre todos, la Princesa se enamoró del hijo del Rey Granate. Se lo contó a su padre. Entre amigos, ya se sabe cómo son las cosas: el hijo del Rey Granate terminó por enterarse, y estaba muy contento. Llegó el mediodía y se había preparado una comida de Rey; se sentaron a la mesa y se sirvieron cincuenta y siete platos. El quincuagesimoséptimo era un plato de granadas: ahora bien, la granada no crece en todas las regiones y en la corte del Rey Granate no la habían visto nunca. El Príncipe empezó a comer pero se le cayó un grano al suelo. Pensando que era algo de mucho valor se inclinó a recogerlo. La Princesa, que no le quitaba los ojos de encima, cuando vio esto se levantó de la mesa y se fue a encerrar en su habitación, roja de rabia. El Rey su padre la siguió, para ver qué tenía. La encontró llorando.

—Padre mío, ese muchacho me gustaba, pero he visto que es un tacaño y ya no lo quiero.

El Rey volvió a la mesa, dio las gracias a todos los comensales y les pidió licencia. Pero al hijo del Rey Granate esto no lo convenció. En lugar de marcharse se disfrazó de campesino y empezó a dar vueltas alrededor del Palacio Real. En el Palacio buscaban un jardinero; como algo entendía, él se presentó; acordaron el salario, le dieron las instrucciones y lo nombraron jardinero real. Tuvo una casita en el jardín, y allí llevó el baúl lleno de los regalos que debía hacerle a la novia, fingiendo que eran sus ropas.

En la ventana de la casita colgó un chal recamado en oro. La ventana de la Princesa daba al jardín y al asomarse vio relumbrar el chal. Llamó al jardinero.

—¿De quién es ese chal?

—Mío.

—¿Me lo vendes?

—Jamás.

Entonces la Princesa encargó a sus infantas que intentaran persuadirlo para que les vendiera el chal. Las infantas le ofrecieron todos los precios, le ofrecieron mercancías a cambio; todo era inútil. Finalmente el jardinero dijo:

—Le daría el chal sólo si me dejara dormir en el primer cuarto de sus aposentos.

Las infantas se echaron a reír y fueron a contárselo a la Princesa. Y así, charlando, le dijeron:

—Sin embargo, si está tan loco que quiere dormir en el primer cuarto de tus aposentos, ¿por qué no? Nadie lo sabrá, no nos cuesta nada, no puede haber ninguna consecuencia, y tendrás el chal.

Y la Princesa accedió. Por la noche, cuando todos dormían lo llamaron y lo dejaron dormir allí. Por la mañana temprano lo despertaron y lo hicieron salir y él les dio el chal.

A la semana el jardinero colgó otro chal, más bonito que el primero. La Princesa quería tenerlo, pero esta vez el jardinero sólo se lo daría si le dejaban dormir en el segundo cuarto de sus aposentos.

—Durmió en el primero, ¡qué más da que duerma en el segundo!

—Y se le concedió lo que pedía.

Pasó otra semana y el jardinero extendió un vestido recamado de oro, perlas y brillantes. La Princesa se enamoró del vestido, pero para tenerlo no había más remedio que dejar dormir al jardinero en el tercer cuarto de los aposentos, o sea en la antecámara del dormitorio de la Princesa. Pero en fin, no había nada que temer, pues ese pobre jardinero sin duda era algo tonto.

El jardinero se recostó en el suelo como las otras noches y fingió que dormía; esperó la hora en que todos dormían y luego, como si tuviera escalofríos, se puso a castañetear los dientes y a temblar. Estaba apoyado en la puerta que daba al cuarto de la Princesa y con sus temblequeos la hacía resonar como un tambor. La Princesa se despertó y con ese ruido no pudo volver a conciliar el sueño y le pidió que guardase silencio.

—¡Tengo frío! —gemía él, y temblaba más fuerte.

La Princesa, al ver que no podía estarse quieto y temiendo que lo oyeran en el Palacio y se descubriera su extraño pacto con el jardinero, terminó por levantarse y abrirle. «Es tan tonto —pensó—, que no puede hacerme ningún daño».

Tonto o no, lo cierto es que a partir de aquella noche la Princesa esperó un niño. De la rabia y la vergüenza ya no sabía dónde ocultarse.

Tenía miedo de que todos se dieran cuenta y, desesperada, se lo contó al jardinero.

—No te queda más remedio —dijo el jardinero— que huir conmigo.

—¿Contigo? ¡Antes la muerte!

—Entonces quédate en la Corte hasta que todos se den cuenta.

Y tuvo que resignarse a huir con él. Se llevó algunas ropas, un poco de dinero, y una noche los dos huyeron a pie.

En el camino encontraron vaqueros y pastores, pasaron por feudos y campos. Y ella preguntaba:

—¿De quién son estos animales?

—Son del Rey Granate.

—¡Ay, pobre de mí!

—¿Qué pasa, qué tienes? —le preguntaba el jardinero.

—¡Ay, pobre de mí, que no lo quise por marido!

—¡Peor para ti! —le decía el jardinero.

—¿Y estos feudos de quién son?

—Son del Rey Granate.

—¡Ay, pobre de mí!

Dios quiso que llegaran muertos de fatiga a la casa del joven, quien le había dicho que era el hijo del mayordomo del Rey Granate. Era una casucha ennegrecida por el humo; al lado estaban los establos y el gallinero.

—Tengo hambre —dijo él—. Retuércele el cogote a una gallina y ponía a cocinar. —La Princesa le obedeció. Durmieron en la casucha, y por la mañana el joven salió diciendo que no volvería hasta el anochecer.

La Princesa se quedó sola en esa casa humilde, y de pronto oyó que llamaban a la puerta. Abrió, y era el hijo del Rey Granate, vestido de Rey, que le preguntó:

—¿Y tú quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Soy la mujer del hijo del mayordomo.

—Puede ser, pero no me pareces una mujer decente. ¿Y si fueses una ladrona? Siempre hay alguien que viene a robarme las gallinas.

Y el Príncipe se puso a llamar a las gallinas, y a contarlas.

—¡Falta una! —dijo—. ¿Cómo es posible? Ayer a esta hora estaban todas. —Y se puso a buscar por todas partes. Encontró en el horno las plumas de la gallina que la Princesa había cocinado la noche anterior—. ¡Ah, la ladrona eres tú! ¡Te pesqué con las manos en la masa! ¡Da gracias a que fui yo quien te descubrió, y que no te entregaré a la Justicia!

Al oír los gritos del Príncipe, se acercó su madre, la Reina. Vio a la joven llorando y le dijo:

—No te aflijas, mi hijo es un tipo raro. Trabajarás conmigo. Estoy esperando que me nazca un nietecito y tengo que prepararle el ajuar. Me ayudarás a coser. —Y se la llevó consigo para coser fajas, blusitas, chaquetitas y pañales.

Cuando por la noche volvió el jardinero, la joven le contó llorando todo lo ocurrido y le dijo que era por su culpa, que se la llevara de allí inmediatamente. Pero él la consoló y la convenció de que se quedara.

—¡Pero cómo lo haremos! —decía ella—. ¡Nacerá el niño y no tendremos nada con que cubrirlo!

—Cuando mañana la Reina te dé algo de coser —dijo él—, toma una blusita y escóndetela en el pecho.

La joven, al día siguiente, mientras cosía, esperó a que la Reina mirara hacia otro lado y se guardó una blusita en el pecho. Al rato entró el Príncipe y le dijo a su madre:

—Mamá, ¿a quién te has traído? ¿A esta ladrona? ¡Pero ésta es capaz de robarte cualquier cosa! —Alarga la mano y le saca la blusita del pecho. La joven habría querido que se la tragara la tierra. Pero también esta vez la Reina la defendió.

—Esto son cosas de mujeres —le protestó al hijo—, así que no tienes por qué meterte. —Y consoló a la joven, que lloraba a mares y le dijo que al día siguiente la esperaba para engarzar unas perlas.

Por la noche la joven regresó a su cuchitril y le contó al marido la nueva desgracia.

—No te preocupes —dijo él—. Ese Príncipe es un tacaño. Pero mañana no te olvides de guardarte en el bolsillo un puñado de perlas.

Al día siguiente, en un momento en que la Reina no la veía, la joven se guardó en el bolsillo un puñado de perlas. Pero cuando vino el Príncipe:

—¿A esta ladrona le das las perlas? ¡Apuesto a que ya se ha metido un puñado en el bolsillo!

Le registró el bolsillo y encontró las perlas; la joven se desmayó. La Reina entonces le hizo oler una redoma para que recobrara el conocimiento y la consoló.

Al día siguiente, mientras estaba trabajando con la Reina, le vinieron los dolores del parto y tuvo que meterse en la cama. La Reina la acostó en la cama del Príncipe, y dio a luz un hermoso varoncito.

Llegó el Príncipe.

—¿Cómo, mamá? ¿Esta ladrona en mi cama?

—Basta, hijo, de esa comedia —dijo la Reina—. Hija mía, éste es mi hijo y tu marido, a quien tú rechazaste por un grano de granada y que para conquistarte se hizo jardinero.

Y así se lo explicaron todo. Invitaron a los padres de la Princesa y a todos los Reyes vecinos, y celebraron un banquete de tres días.

*(Provincia de Trapani)*

# 176
# EL GRAN NARBONE

Cuéntase a los presentes que había un Rey y tenía un hijo. Este hijo, queriéndose casar, mandó pintores por todos los Reinos *4* para que pintaran las caras de las muchachas más bonitas de toda condición. El primer pintor que volvió traía el retrato de una hija de lavandera que tenía una belleza rara. En cuanto la vio, dijo el hijo del Rey:

—¡Quiero ésta!

Y partió a la ciudad donde vivía la muchacha acompañado por una escolta de sirvientes y soldados.

La muchacha volvía de lavar: llevaba un fardo de ropa sobre la cabeza. El Reyecito tiró el bulto al río de un manotazo y dijo:

—Yo me caso contigo y serás Reina. —La cogió de la mano y dijo—: Vamos a ver a tu padre. —La muchacha rompió a llorar.

El padre se enfureció.

—Tomaos el pelo entre vosotros, señores, y dejad a la gente pobre con sus problemas.

—Palabra de honor —insistió el Príncipe—, quiero a tu hija por mujer, y tú tendrás una renta de Papa.

Le dejó una suma de dinero, hizo vestir a la muchacha con todo el lujo de una Reina, y partió. En Palacio, después, de la boda, hicieron un baile de ocho días. Después se retiraron a sus aposentos y se querían.

Entre tanto, al padre del Príncipe le declararon la guerra: y quien se la declaró era el Rey de África. El hijo marchó en defensa del Reino: partió y confió su mujer a su padre, como su vida. Fue a la guerra y en la primera batalla resultó vencedor.

Dejémoslo en la guerra y volvamos a su mujer. Había un Ministro del Rey a quien le gustaba la Princesa. Pero no bien empezó a arrimarle el ala, la Princesa le dio una bofetada que lo dejó dando vueltas.

El Ministro se puso verde y fue a hablar con el Rey.

—Majestad, Su Señoría ve que su nuera se entiende con el cocinero y otras personas…

El Rey escribió al hijo, y el hijo respondió: «Haz lo que quieras de mi mujer».

El Rey le mostró la carta al Ministro.

—¿Qué condena le damos?

—Majestad —dijo el Ministro—, contratemos a dos esbirros, se la entregamos, y que la lleven a un bosque y la maten.

Así se hizo. La Princesa no sospechaba nada; sabía que debía ir al campo y se había vestido con sus joyas. En cierto momento les dijo a esos dos:

—¿Pero adónde vamos?

—¡Adelante y calladita! —le dijeron. Y uno sacó un cuchillo y empezó a pincharla para obligarla a caminar. Llegaron a un lugar oscuro y quisieron matarla.

—¿Por qué tienen que matarme? —sollozaba la pobrecita—. ¡Tomad mis joyas, con tal de que no me matéis!

Los esbirros tomaron las joyas y la dejaron con vida. La Reina se quedó sola y amargada. Pasó un pastor de cabras. Ella le dio una propina y le pidió ropas de hombre. Su vestido de Princesa lo ocultó debajo de una morera y trazó una señal en el tronco para acordarse del lugar.

Reanudó su camino vestida de hombre y encontró cuatro ladrones.

—¿Quién va? —dijeron los ladrones.

—Un perseguido por la Justicia —dijo la Princesa.

—¿Pero quién eres?

—El Gran Narbone.

—Oh, te hemos oído nombrar, hemos sabido de tus hazañas… —Y la llevaron a una caverna. Se reunieron otros ladrones, una veintena, y al enterarse de que era el Gran Narbone, una persona tan valerosa, le hicieron muchas reverencias y lo nombraron Jefe.

—Ya que me concedéis el honor de hacerme Jefe —dijo Narbone—, os diré lo que debe hacerse: firmemos un pacto de sangre.

—Sí, señor —dijeron los ladrones. Y todos se abrieron un tajo en el brazo y firmaron con su sangre su obediencia al Jefe.

En ese instante entró el centinela y dijo que estaban a punto de pasar doce plateros con sus cargas.

—¿Quién hará este robo? —se preguntaron los ladrones.

—Voy yo con otros dos —dijo Narbone.

Los plateros, cogidos por sorpresa, hicieron fuego, pero los ladrones hicieron más fuego que ellos, así que los plateros escaparon dejando doce fardos con objetos de oro (fue el Gran Narbone quien los puso en fuga).

Los ladrones se adueñaron de los fardos y gritaron:

—¡Viva el Gran Narbone!

El Príncipe volvió de la guerra, se encerró en sus aposentos, y lloraba. Fueron los

nobles a consolarlo.

—Príncipe, ¿por qué lloráis? Os vais a arruinar los ojos. Venid con nosotros al campo, a divertiros.

Van al campo de cacería y los secuestran los ladrones. Los llevan a la caverna.

—¿Sois el Príncipe, verdad? —preguntó el Gran Narbone—. ¿Y el Ministro de vuestro padre sigue con vida?

—Claro que sí —dijo el Príncipe.

—Escribidle una carta de inmediato y mandadlo buscar —dijo el Gran Narbone —. Que venga a la caverna de la Gran Montaña.

El Príncipe escribió y el Ministro no pudo negarse a ir. Los ladrones estaban al acecho; en cuanto vieron al Ministro lo prendieron y lo llevaron a la caverna. El Jefe Gran Narbone ordena preparar un gran festín e invita a todo el mundo: los veinticuatro ladrones, con el Príncipe veinticinco, con el Ministro veintiséis y con él veintisiete. Mientras comían, le dice:

—Decidme, señor Ministro, ¿cómo era esa historia de la mujer del Príncipe?

—Yo no sé nada…

—No, sin temblequeos: contádselo todo al Príncipe. ¿Qué queríais hacerle a esa mujer? —Y como el Ministro se negaba a hablar, el Gran Narbone lo encañonó con la pistola y le dijo—: ¡Si no hablas te quemo!

El Ministro contó todo entre balbuceos.

—Majestad —le dijo al Príncipe el Jefe de los ladrones—, ¿oísteis la historia de vuestra mujer? —Y sacando una cuchilla le cortó la cabeza al Ministro y la puso en medio de la mesa.

—Ya veis, Majestad, cómo ha acabado este desalmado. Ahora podemos seguir comiendo. ¡Que el cuerpo lo echen fuera de la caverna! —Y siguió comiendo con las manos ensangrentadas.

Concluido el almuerzo, pidió permiso, fue hasta la morera y recogió sus vestidos de Princesa. Cuando el Príncipe la vio entrar y reconoció a su mujer, se puso a llorar tiernamente y le pidió perdón.

La Princesa solicitó gracia para los ladrones, y todos a caballo, con la carroza del Príncipe y la Princesa en medio, fueron a Palacio. ¡Imaginaos las fiestas! Los ladrones volvieron ricos a sus pueblos y nunca más fueron ladrones.

Ellos vivieron felices y contentos,
Y nosotros seguimos metidos aquí dentro.

*(Provincia de Agrigento)*

# 177
# EL LENGUAJE DE LOS ANIMALES Y LA MUJER CURIOSA

Una vez había un joven casado que no pudiendo ganarse la vida en su pueblo emigró a otra región y se puso al servicio de un cura. Un día, trabajando en el campo, encontró un enorme hongo y se lo llevó al patrón. Y el cura le dijo:

—Vuelve mañana al mismo sitio, cava donde estaba el hongo, y tráeme lo que encuentres.

El campesino cavó y encontró dos víboras. Las mató y se las llevó al patrón. Aquel día al cura le habían traído anguilas, y le dijo a la sirvienta: —Da de comer a ese joven. Toma las dos anguilas más flacas y fríelas. La sirvienta se equivocó: frió las víboras y se las sirvió al campesino. El campesino se las comió y le gustaron.

Por allí andaban la gata y el perro del cura, y cuando terminó de comer el campesino oyó que conversaban.

—Yo tengo que comer más carne que tú —decía el perro.

Y la gata:

—No, soy yo quien debe comer más.

—Yo salgo con el amo —decía el perro— y tú te quedas en casa. Por lo tanto, yo tengo que comer más.

—Si sales con el amo es tu deber —decía la gata—, como el mío es quedarme en casa.

El campesino comprendió que al comerse las dos víboras había adquirido la virtud de comprender el lenguaje de los animales.

Bajó a la cuadra para dar cebada a las mulas, y las mulas parloteaban.

—A mí —decía la mula que siempre iba delante— tiene que darme más cebada que a ti, porque yo lo llevo en el lomo.

—Lo que te dé a ti —decía la otra mula— tiene que dármelo a mí, porque yo llevo la carga.

El campesino escuchó la conversación y dividió la cebada en partes iguales.

—¿Ves que él es justo, como yo decía? —dijo la segunda mula.

El campesino volvió arriba y la gata salió al encuentro y le habló:

—Escúchame —le dijo—: sé que tú nos entiendes cuando hablamos. Sabes que el amo estuvo buscando las víboras y la sirvienta le dijo que te las dio de comer a ti, por equivocación, y ahora el amo quiere saber si tú has adquirido la virtud de entender el lenguaje de los animales, porque él lo leyó en un libro de encantamientos, y te lo preguntará y tú debes decirle que no, y él insistirá y tú debes decirle siempre que no, porque si se lo dices morirás y la virtud pasará al amo.

El campesino, así advertido, se negó a contárselo al cura, pese a que éste no se cansaba de preguntarle. Finalmente el cura se hartó y lo echó. En el camino encontró un rebaño. Los pastores estaban desesperados porque todas las noches les faltaba una oveja.

—¿Cuánto me dais si os soluciono el problema? —preguntó el campesino.

—Si vemos que no vuelven a faltarnos las ovejas, te damos una yegua y una mula joven.

El campesino se quedó con el rebaño, y al anochecer se acostó fuera, en el pajar. A medianoche oyó voces: eran los lobos que llamaban a los perros:

—¡Eh, compadre Vito![19].

—¡Eh, compadre Cola! —respondían los perros.

—¿Podemos ir en busca de ovejas?

—No, no podéis —respondían los perros—. Hay un pastor acostado ahí afuera.

El campesino durmió afuera ocho días y oía que los perros advertían a los lobos de que no se acercaran; y por la mañana no faltaban ovejas. El noveno día hizo matar a los perros traidores y puso de guardia a otros perros. Por la noche los lobos volvieron a gritar:

—¡Eh, compadre Vito! ¿Podemos ir?

—Sí, venid —respondieron los perros nuevos—. A vuestros amiguitos los han matado. Venid que nosotros ladramos y no saldréis de aquí con un hueso sano.

A la mañana siguiente los pastores le dieron al campesino una yegua y una mula y él se marchó. Llegó a casa y su mujer le preguntó de quién eran las dos bestias.

—Nuestras —dijo él.

—¿Y cómo las conseguiste?

Pero el marido se calló la boca y no le explicó nada.

En una aldea vecina había feria, y el campesino decidió ir con su mujer. Los dos fueron montados en la yegua, y la mula los seguía.

—¡Mamá, espérame! —decía la mula.

—Vamos, camina —respondía la yegua—, que tú no llevas nada y yo llevo a dos personas en el lomo.

Al oír este diálogo el campesino se echó a reír. La mujer, curiosa, le preguntó:

—¿De qué te ríes?

—De nada —dijo el marido.

—Dime en seguida de qué te ríes, porque si no me bajo y me vuelvo a casa.

—Bueno —dijo el campesino—, te lo digo cuando lleguemos al Santo.

Llegaron, y la mujer empezó de nuevo:

—Ahora debes decirme de qué te reías. ¿Eh? ¿De qué te reías?

—Te lo digo cuando lleguemos a casa.

Entonces la mujer no quiso ir a la feria para volver a casa de inmediato. Y cuando llegaron:

—Dímelo ahora.

—Ve a llamar al confesor —dijo el marido—, y después te lo digo.

La mujer, sin pérdida de tiempo, se pone el velo y va a llamar al confesor y lo lleva corriendo a la casa.

El marido esperaba al confesor y pensaba: «Ahora tengo que decírselo, y moriré. ¡Triste destino! Pero antes me confesaré y tomaré la comunión, así moriré en paz».

Y rumiando estos pensamientos, les echaba afrecho a las gallinas. Las gallinas se arremolinaban para picotear el afrecho, pero el gallo las ahuyentaba brincando y aleteando. El campesino le preguntó:

—¿Por qué no dejas comer a las gallinas?

Y el gallo:

—Las gallinas tienen que hacer lo que digo yo, aunque sean muchas; no como tú que tienes una mujer sola y le haces caso en todo, y ahora le dirás que entiendes nuestro lenguaje y morirás.

El campesino reflexionó y luego le dijo al gallo:

—Tú tienes más cerebro que yo.

Cogió la correa, la mojó, se aseguró de que estuviera flexible, y esperó. Vuelve la mujer y le dice:

—Ya viene el confesor: dime de qué te reías.

El marido empuña la correa y azote va azote viene la dejó más muerta que viva. Llega el cura:

—¿Quién quiere confesarse?

—Mi mujer.

El cura tragó saliva y se fue. Al cabo de un rato la mujer volvió en sí y el marido le dijo:

—¿Has oído lo que tenía que decirte, mujer?

—No quiero saber nada más —dijo ella.

Y desde aquel día se le fue la curiosidad.

*(Provincia de Agrigento)*

# 178
# EL BECERRO DE LOS CUERNOS DE ORO

Se cuenta que había un matrimonio que tenía dos hijos, un varón y una mujer. Murió la esposa, y el marido se casó de nuevo; y la segunda mujer tenía una hija ciega de un ojo.

El marido era campesino y fue a trabajar a un feudo. La mujer a los hijastros no los podía ver; horneó el pan y los mandó a que se lo llevaran al marido; pero para que se perdieran los mandó a un feudo que quedaba en la dirección contraria. Los niños llegaron a una montaña y se pusieron a llamar al padre:

—¡Papá! ¡Papá!

Pero sólo les respondía el eco.

Se perdieron y caminaron al azar por el campo, y al varoncito le entró sed. Encontraron una fuente y él quería beber; pero la hermanita, que tenía un hechizo y conocía las virtudes de las fuentes, preguntó:

—Fuentecita fuentecita,
Quien bebiera de tu agüita
¿En qué se transformaría?

Y la fuente respondió:

—Quien de mi agüita bebiera
En asno se convirtiera.

El hermanito se aguantó la sed y siguieron adelante. Encontraron otra fuente y el hermanito quería ponerse a beber. Pero la hermanita preguntó:

—Fuentecita fuentecita,
Quien bebiera de tu agüita
¿En qué se transformaría?

Y la fuente respondió:

—Quien de mi agüita bebiera
En lobo se convirtiera.

El hermanito no bebió y siguieron adelante. Encontraron otra fuente más, y la hermanita:

—Fuentecita fuentecita,
Quien bebiera de tu agüita
¿En qué se transformaría?

Y la fuente respondió:

—Quien de mi agüita tomara
En becerro se mudara.

La hermana no quería dejarlo beber, pero el hermanito tenía tanta sed que dijo:

—Entre morir de sed y convertirme en becerro, prefiero convertirme en becerro. —Y se puso a beber. En menos de lo que tardó en decirlo se convirtió en un becerro con cuernos de oro.

Y la hermanita reanudó el viaje con el hermano transformado en becerro de cuernos de oro. Así llegaron a la playa del mar. En la playa del mar había una casita, que era la residencia de verano del hijo del Rey. El hijo del Rey estaba asomado a la ventana y vio a esta bella muchacha que caminaba por la playa con el becerro, y dijo:

—Sube aquí conmigo.

—Subo —dijo ella—, si dejas venir conmigo al becerro.

—¿Por qué le tienes tanto apego? —preguntó el hijo del Rey.

—Le tengo tanto apego porque lo crié con mis manos y no lo quiero dejar siquiera un minuto.

El Príncipe se enamoró de esta muchacha y se casó con ella, y así vivían, con el becerro de los cuernos de oro junto a ellos.

Mientras tanto el padre, que había vuelto a casa y no había encontrado a sus hijos, vivía muy afligido. Lin día, para distraerse de esta aflicción, se fue a recoger hinojos. Llegó a la playa del mar y vio la casita del Príncipe. En la ventana estaba su hija: ella lo reconoció y él no.

—Sube, buen hombre —dijo ella, y el padre subió—. ¿No me reconoces?

—A decir verdad, tu cara no me parece desconocida.

—¡Soy tu hija!

Se echaron uno en brazos del otro; ella le dijo que el hermano se había convertido en becerro pero que ella se había casado con el hijo del Rey, y el padre se sintió muy satisfecho de que la hija que creía perdida hubiera celebrado un matrimonio tan conveniente y de que su hijo siguiera con vida, aunque transformado.

—Ahora, padre mío, vacía esta bolsa de hinojos que te la lleno de dinero.

—¡Oh, qué contenta se va a poner tu madrastra! —dijo el padre.

—¿Por qué no le dices que venga a vivir aquí, con su hija ciega de un ojo? —dijo la hija.

El padre dijo que sí y regresó a su casa.

—¿Quién te ha dado estas monedas? —le preguntó la mujer, perpleja, cuando él abrió la bolsa.

—¡Mujer! He encontrado a mi hija y está casada con un Príncipe y nos quiere a todos en su casa, a mí, a ti y a tu hija ciega de un ojo.

Al enterarse de que la hijastra seguía con vida la mujer creyó que se moría de rabia, pero dijo:

—¡Oh, qué buena noticia! ¡No veo la hora de verla!

Así, mientras el marido se quedaba para poner todos sus asuntos al día, la mujer y la hija ciega de un ojo llegaron a la casita del Príncipe. El Príncipe no estaba, y la madrastra, apenas se encontró a solas con la hijastra, la cogió y la arrojó por la ventana que daba al mar. Luego vistió a la hija ciega de un ojo con las ropas de la hermanastra y dijo:

—Cuando vuelva el Príncipe, ponte a llorar y dile: «El becerro de los cuernos de oro me ha cegado un ojo y me he quedado tuerta». —Y tras hacerle esa recomendación se volvió a casa y la dejó sola.

Volvió el Príncipe y la encontró acostada y llorando.

—¿Por qué lloras? —le preguntó, pensando que era su mujer.

—¡El becerro me ha dado una cornada y me ha dejado ciega de un ojo! ¡Ay, ay!

—¡Qué llamen al carnicero —gritó el Príncipe— para que mate al becerro!

El becerro, al oír esas palabras, huyó a la carrera, se asomó a la ventana que daba al mar y dijo:

> —¡Hermanita, ay hermanita,
> Que ya afilan la cuchilla
> Y traen un recipiente
> Para mi sangre caliente!

Y desde el mar se oyó una voz que decía:

> —¡Tus lágrimas vanas son,
> Pues me tragó un tiburón!

El carnicero, al oírlos, no tuvo coraje de sacrificar el becerro y fue a decir al Príncipe:

—Majestad, oíd lo que dice este becerro.

El Príncipe se acercó y oyó:

> —¡Hermanita, ay hermanita,
> Que ya afilan la cuchilla
> Y traen un recipiente
> Para mi sangre caliente!

Y desde el mar le respondió esa voz:

—¡Tus lágrimas vanas son,
Pues me tragó un tiburón!

El Príncipe llamó inmediatamente a dos marineros y salieron en busca del tiburón. Lo pescaron, le abrieron la boca y la mujer salió sana y salva.

La madrastra y la hermanastra ciega de un ojo fueron a prisión. Para el becerro llamaron a un Hada que lo transformó en un lindo muchachito, porque mientras tanto había crecido.

*(Provincia de Agrigento)*

# 179
# EL CAPITÁN Y EL GENERAL

Había una vez en Sicilia un Rey que tenía un hijo. Este hijo se casó con la Princesa Teresina. Terminada la fiesta, el Príncipe se sentó en su cuarto, melancólico y pensativo.

—¿Qué tienes? —le preguntó la esposa.

—Tengo, Teresina mía, que debemos hacer un juramento: cuando muera el primero de los dos, el otro debe quedarse a velarlo tres días y tres noches encerrado en la tumba.

—¡Si eso es todo! —dijo la esposa. Tomó la espada, y besaron la cruz de la empuñadura en señal de juramento.

Al año, la Princesa Teresina cayó enferma y murió. El Príncipe ordenó un gran funeral y por la noche cogió la espada, dos pistolas, un saco de monedas de oro y de plata; fue a la iglesia y le pidió al sacristán que lo bajara a la tumba.

—Dentro de tres días acércate y escucha —le dijo al sacristán—: si llamo, ábreme. Si por la noche todavía no he llamado, quiere decir que no vuelvo más. —Y le dio cien onzas de propina.

Encerrado en la tumba, el Príncipe encendió la antorcha, abrió el féretro y se puso a llorar mirando a su esposa muerta. Y así pasó la primera noche. En la segunda se oyó un crujido en el fondo de la tumba y salió una serpiente ferocísima y enorme, seguida por una nidada de serpientes pequeñas. La serpiente feroz se arrojó sobre la joven muerta abriendo las fauces, pero el Príncipe apuntó la pistola, disparó y le descerrajó una bala en la cabeza, dejándola sin vida. Las serpientes pequeñas, asustadas por el disparo, retrocedieron y escaparon. El Príncipe se quedó en la tumba, con la serpiente muerta al pie del féretro, y más tarde vio que las serpientes pequeñas regresaban y cada cual llevaba en la boca un puñado de hierba. Rodearon a la serpiente muerta y le pusieron hierba en la herida, en la boca, en los ojos, o bien se la frotaron por el cuerpo. La serpiente abrió los ojos, se movió, y ya estaba curada. Se volvió y huyó seguida por las serpientes pequeñas.

El Príncipe se apresuró a buscar la hierba que habían dejado las serpientes, la puso entre los labios de la mujer, le esparció otro puñado en el cuerpo. Y la mujer empezó a respirar y a recobrar el color. Se levantó.

—¡Ah! —dijo—. ¡Cuánto he dormido!

Se abrazaron y se apresuraron a buscar el agujero por donde habían entrado las serpientes: era un agujero bastante grande porque también ellos pudieron pasar a través de la abertura. Salieron a un prado sembrado con la hierba de las serpientes, y el Príncipe juntó una gran gavilla y partieron. Fueron a París de Francia, y alquilaron un palacio cerca del río.

Tiempo después, el Príncipe decidió hacerse mercader. Dejó a su esposa con una mujer de costumbres intachables para que la ayudara en las tareas de la casa, compró una nave y zarpó. Dijo que volvería en un mes, y cuando la nave estuviera a la vista del palacio dispararía tres salvas de cañón para anunciar su regreso.

No bien se marchó, pasó por la calle un Capitán de las tropas napolitanas y vio a Teresina en el ventanal. Le hizo inclinaciones y reverencias, pero Teresina se retiró. Entonces el Capitán llamó a una vieja:

—Abuela, si consigues que hable con la hermosa joven que vive en este palacio, te doy doscientas onzas.

La vieja fue a ver a Teresina y le suplicó que la ayudara porque en su casa querían hacerle un embargo.

—Tengo un baúl lleno de ropa —le dijo— y me lo quieren confiscar. ¿Su Señoría tendría la bondad de guardármelo en su casa?

Teresina asintió, y la vieja mandó traer el baúl. Por la noche, del baúl salió el Capitán. Raptó a la Señora, y se la llevó prisionera a su barco. Fueron a Nápoles, y Teresina, olvidándose de su marido, se contentó con ser la mujer del Capitán.

Al cabo de un mes, la nave del marido remontó el río y disparó tres cañonazos, pero la mujer no se asomó al balcón. Cuando el Príncipe encontró la casa vacía, sin un recado siquiera, vendió todas sus mercancías y recorrió el mundo hasta que llegó a Nápoles; se alistó como soldado. Un día el Rey hizo una revista de gala y desfilaron todas las tropas. Los Capitanes desfilaban con sus mujeres del brazo. Y el Príncipe soldado reconoció a Teresina del brazo de su Capitán. También Teresina reconoció al Príncipe entre los soldados, y dijo:

—Mira, Capitán, mi marido se encuentra entre los soldados. ¿Qué hago?

El Capitán se lo hizo señalar: era uno de su compañía, a quien hacía poco habían designado furriel. El Capitán invitó a su casa a todos los suboficiales: cabos y furrieles. Celebraron un almuerzo, pero Teresina no se presentó. Mientras comían, el Capitán deslizó un cubierto de plata en el bolsillo del joven furriel. Falta un cubierto. Lo buscan, ¿y quién lo tiene en el bolsillo? Ese pobre inocente. Consejo de guerra: el pobre furriel es condenado al fusilamiento. Entre los soldados del pelotón, el furriel tenía un amigo. Le dio un poco de la hierba de las serpientes y le dijo:

—Cuando me disparen, trata de que hagan mucho humo. Mientras los soldados

hacen *¡armas al hombro!* ponme esta hierba en la boca y en las heridas y déjame allí.

Lo fusilaron. En medio del humo el amigo le llenó la boca de hierba. El Príncipe resucitó, se levantó y huyó gateando.

La hija del Rey de Nápoles estaba enferma desde hacía tiempo y le faltaba poco para morir: no había médicos capaces de curarla. El Rey promulgó un bando por todo el Reino:

«A quien logre devolver la salud a mi hija, si es soltero se la doy por mujer; si es casado lo hago Príncipe».

Vestido de doctor, el Príncipe se presentó en el Palacio Real. Atravesó un salón lleno de médicos preocupados; vio a la enferma, ya más muerta que viva: exhaló el último aliento y murió.

—Majestad —dijo el Príncipe—, vuestra hija ya está muerta pero yo sin embargo puedo curarla. Aunque necesito que me dejéis a solas con ella.

Se lo concedieron. Entonces extrajo del bolsillo un poco de aquella hierba y la puso en la boca y la nariz de la muerta. Y la hija del Rey respiró nuevamente y se curó de inmediato.

—Bien, doctor —le dijo el Rey—, ahora eres mi yerno.

—Majestad —dijo el Príncipe—, disculpadme, pero yo ya estoy casado.

—¿Entonces qué gracia me pides? —le preguntó el Rey.

—Majestad, quiero ser el Generalísimo de todos los regimientos.

—Te sea concedido. —Y el Rey ordenó celebrar dos grandes fiestas: la primera por la curación de su hija y la segunda por el nombramiento del Generalísimo.

A su fiesta, el Generalísimo invitó a todos los Capitanes. Entre ellos estaba el Capitán que le había quitado la mujer. Y el Generalísimo le deslizó en el bolsillo un cubierto de oro. El Capitán, sorprendido con el cubierto en el bolsillo, fue llevado a prisión.

El Generalísimo fue a interrogarlo.

—Capitán, ¿eres soltero o casado?

—Señor General —dijo el Capitán—, a decir verdad no estoy casado.

—¿Y esa dama que estaba contigo?

Y en ese momento ella apareció, maniatada, en medio de dos soldados.

—No, no —gritaba—, el Capitán me secuestró en nuestra casa, yo nunca te olvidé.

Pero fue inútil. El General los sentenció a ser quemados con una camisa de pez. Y así, después de tantas fatigas y trabajos, se quedó solo, Generalísimo de todos los regimientos.

*(Provincia de Agrigento)*

# 180
# LA PLUMA DE HU

Un Rey se quedó ciego. Los doctores no sabían cómo curarlo.

Finalmente, uno dijo que lo único que podía devolver la vista a los ciegos era una pluma de hu[20].

El Rey tenía tres hijos. Los llamó y les dijo:

—Hijos míos, ¿me queréis?

—Como a nuestra vida, padre —dijeron los hijos.

—Entonces debéis conseguirme una pluma de hu para que yo recupere la vista. El que la traiga tendrá mi Reino.

Los hijos partieron. Dos eran mayores, el otro pequeño. Al pequeño ni siquiera querían dejarlo ir, pero él insistió tanto que tuvieron que llevarlo. Se internaron en el bosque y los sorprendió la noche. Se encaramaron a un árbol y se durmieron en las ramas. El más pequeño fue el primero en despertar. Amanecía, y en medio del bosque se oyó el canto del hu. Entonces el pequeño se bajó del árbol y siguió el canto. Encontró una fuente de agua límpida y se inclinó para beber. Al levantarse vio una pluma que caía del cielo. Alzó los ojos y en el cielo vio un pájaro hu.

Cuando los hermanos vieron que el más pequeño había encontrado la pluma de hu se llenaron de envidia, porque sería él quien heredara el Reino. Entonces, sin pensárselo dos veces, uno de los hermanos lo sujetó con fuerza, el otro lo mató, y entre los dos lo sepultaron y se apoderaron de la pluma.

Volvieron al Palacio del padre y le dieron la pluma de hu. El Rey se la pasó por los ojos y recuperó la vista. Apenas recuperó la vista dijo: —¿Y el más pequeño?

—¡Oh, padre, si supieras! Dormíamos en el bosque y pasó un animal. Debe de habérselo llevado, porque no lo hemos vuelto a ver.

Entre tanto, en el sitio donde habían sepultado al más pequeño, brotó una hermosa caña de la tierra. Pasó por allí un pastor, vio la caña y se dijo: «¡Qué caña más bonita! La voy a cortar para hacerme una flauta». Así lo hizo, y cuando empezó a soplar la flauta, la flauta cantaba:

—Oh pastor que soplas esta caña,
Toca despacio que el corazón me dañas.
Por la pluma de hu me asesinaron,
Los traidores fueron mis hermanos.

El pastor, al oír este canto, se dijo: «Ahora que tengo esta flauta, puedo dejar las ovejas. Me voy a recorrer el mundo y me gano la vida tocándola». Así que dejó el rebaño y se fue a la ciudad de Nápoles. Tocaba la flauta y el Rey se asomó a la ventana y se puso a escuchar.

—¡Qué hermosa música! —dijo—. ¡Que suba ese pastor!

El pastor fue a tocar a los aposentos del Rey.

—Déjame tocar un poco a mí —dijo el Rey.

El pastor le dio la flauta, y el Rey se puso a tocar, y la flauta decía:

—Oh padre que soplas esta caña,
Toca despacio que el corazón me dañas.
Por la pluma de hu me asesinaron,
Los traidores fueron mis hermanos.

—Oh —le dijo el Rey a la Reina—, oye lo que dice esta flauta. Toma, tócala un poco tú. —La Reina se puso a tocar la flauta y la flauta decía:

Oh madre que soplas esta caña…

y siguió como de costumbre. La Reina se quedó sorprendida y le rogó al hijo de en medio que tocara también. El hijo se encogía de hombros y decía que eran tonterías, pero finalmente tuvo que obedecer, y no bien hubo empezado a soplar la flauta ésta cantó:

Oh hermano que con fuerza me agarraste…

y no siguió porque el hermano de en medio se había puesto a temblar como una hoja y le había pasado la flauta al hermano mayor, diciéndole: —¡Toca tú! ¡Toca tú!

Pero el hermano mayor no quería tocar.

—¡Os habéis vuelto todos locos con esta flauta!

—¡Te ordeno que toques! —gritó el Rey.

Entonces el mayor, pálido como un muerto, se puso a tocar:

—Oh hermano mío que me asesinaste,
Oye la triste voz del que mataste.
Me asesinaste por la pluma de hu,
Los traidores sois tu hermano y tú.

El padre, al oír estas palabras, cayó al suelo presa del dolor, gritando: —¡Oh, miserables, por robar la pluma de hu matasteis a mi niño! Los dos hermanos fueron quemados en la plaza. Al pastor lo nombraron capitán de la guardia. Y el Rey terminó

sus días encerrado en el Palacio, tocando tristemente la flauta.

*(Provincia de Caltanissetta)*

# 181
# LA VIEJA DEL HUERTO

Había una vez un huerto de repollos. Era un año de hambruna, y dos mujeres salieron en busca de algo para comer.

—Comadre —dijo una—, entremos en este huerto a recoger repollos.

—¡Pero debe de haber alguien! —dijo la otra.

La primera fue a ver.

—¡No hay nadie! ¡Vamos!

Entraron en el huerto y recogieron una buena cantidad de repollos. Se los llevaron a casa, cenaron en abundancia, y al día siguiente fueron a buscar más.

El huerto era de una vieja. La vieja volvió y vio que le habían robado los repollos. «Ahora veremos», se dijo. «Voy a dejar un perro en la puerta».

Cuando vieron el perro, una de las comadres dijo:

—No, esta vez yo no voy a buscar repollos.

Y la otra:

—Pues no: compremos un poco de pan duro, se lo tiramos al perro y así podremos hacer lo que se nos antoje.

Compraron el pan, y antes de que el perro dijera «¡Guau!» se lo tiraron. El perro se arrojó sobre el pan y se calló. Las comadres cogieron los repollos y adiós.

La vieja se asomó y vio aquel desastre.

—¡Ah! ¡Así que te has dejado robar los repollos delante de las narices! ¡No sirves para guardián! ¡Fuera! —Y esta vez puso un gato—. ¡Cuando haga «¡Miau! ¡Miau!» sorprenderé a los ladrones!

Las comadres vinieron en busca de repollos y vieron el gato. Compraron un poco de hígado y antes de que el gato dijera «¡Miau!» le tiraron el hígado y el gato se calló la boca. Recogieron los repollos, se fueron, y sólo entonces el gato terminó de comer el hígado y dijo «¡Miau!». La vieja se asomó, y no vio ni los repollos ni los ladrones. Y la tomó contra el gato.

—¿Y ahora qué pongo? ¡El gallo! Esta vez los ladrones no se me escapan.

Y las dos comadres:

—No, señora, esta vez no entro. ¡Está el gallo! —dijo una.

—Echémosle un poco de cebo y no cantará —dijo la otra.

Mientras el gallo picoteaba el cebo, ellas barrieron con los repollos. El gallo se terminó el cebo y entonces cantó: «¡Quiquiriquí!». La vieja se asoma, ve los repollos arrancados, agarra al gallo y le retuerce el pescuezo. Después le dice a un vecino:

—Cávame una fosa de mi tamaño. —Se recostó en la fosa y se enterró, dejando fuera sólo una oreja.

A la mañana siguiente llegan las comadres, echan un vistazo y no ven un alma. La vieja había mandado cavar la fosa en el sendero por donde tenían que pasar las comadres. A la ida no se dieron cuenta de nada; a la vuelta, cargadas de repollos, la primera comadre vio la oreja que sobresalía del suelo y dijo:

—¡Comadre, mira qué hongo más bonito! —Se agachó y se puso a tirar del hongo. Tira, tira, tira; un tirón más y sacó a la vieja.

—¡Ah! —gritó la vieja—. ¿Sois vosotras las que me robáis los repollos? Ahora veréis. —Y se lanzó sobre la comadre que la había tirado de la oreja. La otra, piernas para qué os quiero, escapó.

La vieja tenía a la comadre en sus garras:

—¡Ahora te como de un bocado!

—Esperad —le dijo la comadre—: yo estoy a punto de tener un hijo. Si me perdonas la vida te prometo que, sea varón o mujer, cuando tenga dieciséis años te lo doy a ti. ¿Aceptas?

—¡Acepto! —dijo la vieja—. Llévate todos los repollos que quieras y largo de aquí. Pero no olvides tu promesa.

Más muerta que viva, la comadre volvió a casa.

—¡Ay, comadre!, tú has podido librarte, pero yo me quedé entre las garras de la vieja, y le prometí que el hijo o la hija que tenga se lo voy a dar cuando cumpla los dieciséis.

A los dos meses la comadre tuvo una nena.

—¡Ay pobre hija mía! —le decía la madre—. Yo te tuve, yo te crío, y terminarás en la panza de la vieja. —Y lloraba.

Cuando la muchacha estaba a punto de cumplir los dieciséis, mientras iba a comprar aceite se encontró con la vieja.

—¿Y quién es tu mamá, jovencita?

—'Ña Sabedda.

—Cómo has crecido… debes de estar sabrosa… —Y la acariciaba—. Toma, llévate este higo, dáselo a tu madre y dile así: «¿Y la promesa?».

La muchacha fue a casa de su madre y se lo contó todo.

—… Y me dijo que te dijera: «¿Y la promesa?».

—¿La promesa? —dijo la madre, y rompió a llorar.

—¿Por qué lloras, madre?

Pero la madre no le respondía. Después de llorar un rato, dijo:

—Si te encuentras con la vieja, dile: «Todavía soy pequeña».

Pero la muchacha ya tenía dieciséis años y decir que era pequeña le daba vergüenza. De modo que cuando la vieja se volvió a encontrar con ella y le preguntó: «¿Qué te dijo tu mamá?», ella contestó:

—Ya soy grandecita…

—Entonces ven con tu abuela que te hará un buen regalito —dijo la vieja, cogiendo a la muchacha.

La llevó a su casa y la encerró en un corral y le daba de comer para engordarla. Al cabo de un tiempo quiso ver si estaba gorda y le dijo:

—A ver, enséñame un poco el dedito.

La muchacha tomó un ratoncito que tenía el nido en el corral y en vez del dedo le mostró la cola del ratoncito.

—Ah, estás flaca, todavía estás flaca, pequeña. Come, come.

Pero pasó un tiempo y no aguantó más las ganas de comérsela y la hizo salir del corral.

—Ah, estás linda y gordita. Vamos a calentar el horno, que quiero hacer pan.

Amasaron el pan. La muchacha calentó el horno, lo limpió y lo dejó listo para hornear.

—Ahora hornea.

—Yo no sé hornear, abuela. Sé hacer de todo, pero hornear no.

—Yo te enseño. Alcánzame el pan.

La muchacha le alcanzaba el pan y la vieja horneaba.

—Ahora agarra la pala para cerrar el horno.

—¿Y cómo hago para levantar la pala, abuela?

—¡La levanto yo! —dijo la vieja.

Apenas la vieja se agachó, la muchacha la apresó por las piernas y la metió dentro del horno. Después cogió la pala y cerró el horno con la vieja dentro.

Fue en seguida a llamar a su madre y las dos se quedaron con el huerto de repollos.

*(Provincia de Caltanissetta)*

# 182
# EL RATONCITO DE LA COLA APESTOSA

Se cuenta que una vez había un Rey, y este Rey tenía una hija muy bella. Le llegaban propuestas de matrimonio de Reyes y Emperadores, pero su padre no quería darla a nadie porque todas las noches lo despertaba una voz que decía:

—¡No cases a tu hija! ¡No cases a tu hija!

La pobre muchacha se miraba en el espejo y decía:

—¿Y por qué? ¿Bella como soy no puedo casarme? —Y no conseguía quedarse tranquila. Un día, mientras todos estaban a la mesa, habló con su padre—: Padre mío, ¿por qué siendo tan bella no puedo casarme? Te digo una cosa: tienes dos días de tiempo, y si en ese plazo no me consigues un novio me mato.

—Si te lo tomas así —dijo el Rey—, oye lo que harás: hoy mismo te pones tu mejor vestido, te asomas a la ventana y al primero que pase y te mire lo tomas por marido. Y no se hable más del asunto.

La hija hizo lo que le decían: se asomó con su mejor vestido, ¿y quién pasó por la calle? Un ratoncito con una cola larga y mugrienta. El ratoncito se detuvo y se quedó mirando a la hija del Rey en la ventana. Y ella, apenas advirtió aquella mirada, salió gritando:

—¡Padre mío, qué me has dicho! ¡El primero que me ha mirado ha sido un ratón! ¿Acaso tendré que casarme con un ratón?

Erguido y con los brazos cruzados, el padre la esperaba en medio de la habitación.

—Sí, hija mía. Dije lo que dije. Debes casarte con el primero que pasó. —E inmediatamente escribió a todos los Príncipes y los Grandes de la Corte invitándolos al gran banquete de bodas de su hija.

Llegaron los invitados con gran pompa y se sentaron a la mesa. Ya estaban todos sentados, y al novio no se lo veía. Se oyó un *toc toc* en la puerta, ¿y quién era? El ratoncito de la cola apestosa. Un camarero de librea fue a recibirlo.

—¿Qué quieres? —le preguntó.

—Anúnciame —dijo el ratoncito—, soy el ratón que viene a casarse con la Princesa.

—¡El ratón que viene a casarse con la Princesa! —anunció el mayordomo.

—Que entre —dijo el Rey.

El ratoncito entró a la carrera, se deslizó por el embaldosado, trepó a la poltrona vecina a la de la Princesa y se sentó.

La pobre muchacha, al ver a su lado al ratoncito, se apartó con asco y con vergüenza. Pero el ratoncito, como quien no quiere la cosa, cuanto más se separaba ella más se acercaba él.

El Rey contó toda la historia a los invitados, y los invitados, para no contradecir al Rey, sonreían y decían:

—Pues sí, bien dicho, el ratoncito tiene que ser el marido de la Princesa, sin duda.

De las sonrisas pasaron a las risotadas, y se echaron a reír en la cara del ratoncito. Al ratoncito no le hizo gracia. Llamó aparte al Rey y le dijo:

—Mirad, Majestad, o advertís a toda esta gente que conmigo no se juega, o la cosa va a terminar mal.

Era tan amenazador que el Rey accedió, y al volver a la mesa dio orden de no reírse y de respetar al novio.

Sirvieron la comida, pero el ratoncito era bajo, y sentado en la poltrona no llegaba a la mesa. Le pusieron un almohadón pero no alcanzaba; entonces fue a sentarse en medio de la mesa.

—¿Hay alguien que tenga algo que objetar? —preguntó, mirando alrededor con impaciencia.

—No, no, nadie dice nada —lo tranquilizó el Rey.

Pero entre los invitados había una señora muy melindrosa que al ver cómo el ratoncito metía el hocico en el plato y agitaba esa cola larga y apestosa hundiéndola en los platos de los otros comensales, apenas podía contenerse. Y cuando el ratón terminó de comer en su plato y empezó a hundir el hocico en los platos vecinos, barbotó:

—¡Pero qué indecencia! ¡Habrase visto un espectáculo tan nauseabundo! ¿Es posible que en la mesa del Rey se vean estas cosas?

El ratoncito volvió el hocico hacia ella, con los bigotes tiesos, luego empezó a brincar como un enfurecido por la mesa, meneando la cola de un lado al otro, y saltaba a la cara de los comensales mordiéndoles la barba y la peluca, y con cada coletazo hacía desaparecer lo que tocaba: desaparecieron soperas y fruteros, desaparecieron los platos y los cubiertos, desaparecieron uno por uno los invitados, desapareció la mesa, desapareció el Palacio y sólo quedó una llanura desierta.

La Princesa, encontrándose sola y abandonada en medio de esa llanura desierta, rompió a llorar y decía:

—¡Ay ratoncito, mi ratoncito,
Vuelve conmigo que te necesito!

Y repitiendo estas palabras se puso a caminar a la buena de Dios. Encontró un ermitaño.

—¿Qué haces en esta región salvaje, jovencita? ¡Si te encuentra un león o una ogresa, pobre de ti!

—Yo no quiero saber nada —dijo la Princesa—. Quiero encontrar a mi ratoncito: antes no lo quería y ahora lo necesito.

—No sé qué decirte, muchacha —dijo el ermitaño—. Sigue caminando hasta que encuentres un ermitaño más viejo que yo que tal vez pueda darte un consejo.

Y ella siguió caminando, repitiendo siempre:

—Ay ratoncito, mi ratoncito…

Finalmente encontró al otro ermitaño, que le dijo:

—¿Sabes qué tienes que hacer? Cava un agujero en el suelo, métete dentro y espera a ver qué sucede.

La pobrecita se quitó la horquilla de la cabeza, porque no tenía otra cosa para cavar, y cavando cavando abrió en el suelo un agujero tan grande como ella, se metió dentro y bajó a un oscuro recinto subterráneo. «¡Que la suerte me acompañe!», se dijo echándose a caminar. El recinto subterráneo estaba lleno de telarañas que se le pegaban a la cara, y cuantas más apartaba más aparecían. Al cabo de un día de viaje oyó un gorgoteo de agua y se encontró en el borde de un gran estanque. Puso un pie en el agua, pero el estanque era profundo; avanzar no podía y retroceder tampoco, porque el agujero se había cerrado a sus espaldas.

—¡Ay ratoncito, mi ratoncito! —repetía—. ¡Ay ratoncito, mi ratoncito! —En eso empezó a lloverle agua de todas partes. No había otra salida, y se zambulló en el estanque.

Cuando estuvo debajo del agua vio que no estaba debajo del agua sino en un gran palacio. La primera habitación era toda de cristal, la segunda toda de terciopelo, la tercera toda de oro. Y así pasó de habitación en habitación, entre preciosos tapices y lámparas espléndidas, hasta que se perdió. Y siempre repetía:

> —¡Ay ratoncito, mi ratoncito,
> Vuelve conmigo que te necesito!

Encontró una mesa servida y se puso a comer. Luego pasó a un dormitorio, se acostó y se durmió. Por la noche oyó un ruido como de patitas de ratón. Abrió los ojos, pero todo estaba oscuro. Oía que el ratón corría por el cuarto, se encaramaba a la cama, se metía entre las colchas, que poquito a poco se le acercaba a la cara con un pequeño chillido. Ella no osaba decir nada, y se acurrucaba temblorosa en la cama.

Por la mañana se levantó, recorrió nuevamente el palacio sin ver a nadie. Por la noche encontró la mesa servida, comió y se fue a acostar. Y otra vez oyó que el ratoncito corría por el cuarto y se le acercaba a la cara, y ella no osó decir nada.

La tercera noche, cuando oyó el ruidito se armó de coraje y dijo:

—¡Ay ratoncito, mi ratoncito,
Vuelve conmigo que te necesito!

—Prende la luz —dijo una voz.

La Princesa encendió una vela y en vez del ratón vio a un apuesto joven.

—Soy el ratoncito de la cola apestosa —dijo el joven—. Un encantamiento me había transformado, y era necesario que una muchacha bella como tú se enamorase de mí y sufriera todas tus penurias para liberarme del encantamiento.

Imaginaos la felicidad de la Princesa. Salieron inmediatamente del recinto subterráneo y celebraron las bodas.

*Y ellos vivieron felices y sonrientes*
*Y nosotros seguimos frotándonos los dientes.*

*(Caltanissetta)*

# 183
# LAS DOS PRIMAS

Se cuenta que una vez había dos hermanas, una Marquesa y la otra venida a menos. La Marquesa tenía una hija fea, la otra tenía tres hijas que vivían del trabajo de sus manos. Un día no pudieron pagar el alquiler y las dejaron en la calle. Pasó por allí un camarero de la Marquesa y fue a decírselo a su patrona, y tanto insistió el pobre que logró convencerla de que las alojara en una buhardilla, encima del portal. Por la noche las muchachas se sentaban a trabajar a la luz de un farol para ahorrar el aceite de la lámpara.

Pero aquella tirana de la tía Marquesa era una entrometida e hizo apagar el farol, de modo que las muchachas hilaban a la luz de la luna. Una noche la hermana menor decidió quedarse hilando hasta que bajara la luna. Y a medida que la luna bajaba en el cielo, ella la seguía e hilaba. Andando e hilando la sorprendió una tormenta, y fue a buscar refugio en un viejo convento.

En el convento encontró doce frailes.

—¿Qué haces aquí, hija mía? —le preguntaron, y ella se lo contó.

—Que seas más bella que nunca —le dijo el fraile más viejo.

—Que cuando te peines te caigan perlas y diamantes de los cabellos —dijo el segundo.

—Que mientras te laves las manos te salgan peces y anguilas —dijo el tercero.

—Que mientras hables te broten rosas y jazmines de la boca —dijo el cuarto.

—Que tus mejillas sean manzanas coloradas —dijo el quinto.

—Que cuando trabajes termines nada más empezar —dijo el sexto.

Le indicaron por dónde ir y le dijeron que a mitad de camino se volviera. Se volvió y relució como una estrella. Llegó a casa y lo primero que hizo fue coger una bacía y hundir las manos en el agua. Un par de anguilas se le deslizaron de las manos como recién pescadas. La madre y las hermanas, maravilladas, se lo hicieron contar todo; le peinaron los cabellos, recogieron las perlas que caían y se las llevaron a la tía Marquesa.

La Marquesa quiso que de inmediato la informaran de todo y decidió mandar a su hija, que realmente necesitaba que la dejasen un poco más guapa. La obligó a quedarse en el balcón toda la noche, y cuando la luna empezó a bajar le dijo que la siguiera.

La muchacha encontró el convento con los doce frailes, quienes de inmediato la reconocieron como la hija de la Marquesa. Y el fraile más viejo le dijo:

—Que seas aún más fea.

—Que cuando te peines te caigan serpientes de los cabellos —dijo el segundo.

—Que mientras te laves te salgan lagartijas —dijo el tercero.

—Que cuando hables te brote suciedad —dijo el cuarto.

Y la despidieron.

La Marquesa la esperaba impaciente, pero cuando la vio regresar más fea que antes casi se muere allí mismo. Le hizo contar lo que había ocurrido, y el mal olor que la hija despedía al hablar casi la mata.

Entre tanto la prima bella estaba sentada delante de la puerta, y pasó un Rey. La vio, se enamoró y la pidió en matrimonio. La tía Marquesa dio su consentimiento. Partió para el país del Rey acompañada por la tía Marquesa, que la tenía bajo su tutela. Llegaron a cierto lugar y el Rey se adelantó para preparar la recepción en Palacio. No bien se alejó, la Marquesa le arrancó los ojos a la novia, se la llevó a una gruta y puso a su hija en la carroza.

Cuando el Rey vio salir de la carroza a la prima fea vestida de novia, se asustó.

—¿Qué es esto? —preguntó con un hilo de voz.

La muchacha quiso responderle y su aliento por poco le hace perder el conocimiento. La Marquesa empezó a contar una historia acerca de un hechizo que le habían hecho durante el viaje; pero el Rey no se creyó ni una palabra y las hizo encarcelar a las dos.

La pobre ciega empezó a gritar desde la gruta y un viejecito que pasaba la oyó. Viéndola en ese estado, la llevó a su casa, que se colmó de perlas, diamantes, rosas, anguilas y jazmines. Llenó dos canastos con todas esas cosas y fue bajo los balcones del Rey.

—Di —le había recomendado la muchacha— que los vendes a cambio de un ojo.

La Marquesa lo llamó, le dio uno de los ojos que le había arrancado a la sobrina y se quedó con las piedras y las flores para hacer creer al Rey que era a su hija a quien le brotaban. El viejo le llevó el ojo a la muchacha, que se lo puso de nuevo.

Al día siguiente volvió con otros dos canastos: la Marquesa, que quería persuadir al Rey de que su hija continuaba haciendo anguilas y jazmines, se apresuró a pagar con el otro ojo. Pero el Rey no se dejaba engañar, porque cada vez que se acercaba a la muchacha el aliento era siempre el mismo.

Ahora que había recobrado la vista, la prima bella podía bordar. Recamó un paño y encima estampó su retrato. Lo hizo colgar en el parque donde estaba el Palacio Real, como para venderlo. Pasó el Rey, vio el retrato recamado, se acercó y le

preguntó al viejo quién lo había hecho. El viejo se lo contó todo y el Rey mandó llamar a la muchacha a Palacio, hizo hervir un caldero con la Marquesa y la hija dentro, y vivió feliz con su joven Reina.

*(Provincia de Ragusa)*

# 184
# LOS COMPADRES MULEROS

Se cuenta que una vez había dos compadres muleros. Uno estaba con Dios y el otro con el Diablo. Un día, viajando, uno le dijo al otro:

—Compadre, es el Diablo el que nos ayuda.

—No —repuso el otro—, a quien va con Dios, es Dios quien lo ayuda. Y uno que sí y el otro que no.

—Compadre —dijo el que estaba con el Diablo—, apostémonos un mulo.

En eso pasó un caballero vestido de negro (era el Diablo disfrazado) y le preguntaron quién tenía razón.

—Tienes razón tú —respondió el caballero—, quien ayuda es el Diablo.

—¿Has visto? —dijo el compadre, y se quedó con el mulo.

Pero el otro no estaba convencido y apostaron de nuevo. Esta vez le preguntaron a un caballero vestido de blanco (era siempre el Diablo, con otro disfraz). Y así, apostando un mulo tras otro y encontrándose siempre con el Diablo disfrazado, el que estaba con Dios perdió todos sus mulos.

—Y sin embargo estoy convencido de que tengo razón —dijo—. Apostaría hasta los ojos.

—Bueno, apostemos una vez más —dijo el otro—. Si ganas te devuelvo tus mulos, si gano yo me das los ojos.

Encontraron un caballero vestido de verde y le preguntaron quién tenía razón.

—Es sencillo —dijo el caballero—, quien ayuda es el Diablo. —Y picó espuelas.

Entonces el que estaba con el Diablo le arrancó los ojos al que estaba con Dios y lo dejó ciego y desesperado en medio del campo.

El pobrecito avanzó unos pasos, encontró a tientas la abertura de una caverna y se metió en ella para pasar allí la noche. La caverna estaba llena de arbustos, y el compadre se acurrucó en medio de los arbustos. De pronto oyó que entraba mucha gente. Resulta que en esa caverna se reunían todos los Diablos del mundo, y el Diablo grande los interrogaba uno por uno acerca de lo que habían hecho. Uno contó que se

había disfrazado de caballero y una vez tras otra le había hecho perder una apuesta a un pobre hombre que finalmente se había quedado sin sus ojos.

—Bien —dijo el Diablo grande—, los ojos nunca los recobrará, a menos que en las cuencas se meta dos hojas de la hierba que crece a la entrada de esta caverna.

—¡Ja, ja! —rieron los Diablos—. ¡Puede esperar sentado a descubrir el secreto de la hierba!

El pobre mulero, que temblaba a escondidas, estaba exultante de felicidad, pero tenía el corazón en la garganta y no veía la hora de que los Diablos se marchasen para recoger la hierba y recuperar sus ojos.

Pero los Diablos continuaban contando sus historias.

—Yo —decía otro— dejé una espina de pescado clavada en la garganta de la hija del Rey de Rusia, y ningún médico atina a sacársela, pese a que el Rey prometió qüe enriquecería a quien lo lograra. Y nadie puede lograrlo porque nadie sabe que bastan tres granos de la uva agraz de la pérgola de su balcón.

—Habla en voz baja —le dijo el Diablo grande—, pues las piedras tienen ojos y los arbustos tienen orejas.

Antes del alba los Diablos se marcharon y el mulero pudo salir de entre los arbustos. Buscó a tientas la hierba que devolvía los ojos y así recobró la vista. Sin pérdida de tiempo se dirigió a Rusia.

En Rusia todos los médicos estaban reunidos en la habitación de la Princesa y celebraban consejo. Al ver llegar a ese mulero andrajoso y sucio del polvo del camino se echaron a reír. Pero estaba presente el Rey, que dijo:

—Ya que lo han probado tantos, que lo intente él también.

E hizo despejar el cuarto para que lo dejaran a solas con la Princesa. El mulero fue al balcón, cogió tres granos de uva agraz y los introdujo uno por uno en la garganta de la hija del Rey. La Princesa, que antes estaba más muerta que viva, se puso más viva que muerta y después viva del todo.

Figuraos la alegría del padre. Nada le parecía suficiente para recompensar al mulero: lo cargó de oro, lo hizo acompañar hasta la casa por su séquito. La mujer, que lo creía muerto, al verlo llegar pensó que era un fantasma.

El marido se lo contó todo y le enseñó sus riquezas. Empezaron a construirse un gran palacio. Pasó el compadre y al ver que había recobrado los ojos y era rico a manos llenas, le preguntó:

—Compadre, ¿cómo lo has hecho?

—¿No te decía que Dios ayuda a quien está con él? —le contestó, y le contó su historia.

El compadre pensó: «Esta noche voy a esa caverna a ver si también me hago rico».

Se reunieron los Diablos y el Diablo de la vez anterior contó acerca del compadre que había oído sus secretos y había recuperado la vista y salvado a la hija del Rey de Rusia.

—¿No os decía —dijo el Diablo grande— que las piedras tienen ojos y los arbustos tienen orejas? Pronto, prendamos fuego a todas estas malezas.

Quemaron los arbustos y el compadre, que estaba allí escondido, fue reducido a cenizas. Así aprendió cuál es la ayuda que da el Diablo.

*(Provincia de Ragusa)*

# 185
# EL CONDE PERAL

Había una vez un hombre humilde que tenía un hijo solo, tonto y para colmo ignorante. Cuando el padre estaba a punto de morir le dijo al joven, que se llamaba Giuseppe:

—Hijo, estoy muriéndome, y no puedo dejarte más que esta cabaña y el peral.

El padre murió. Giuseppe se quedó solo en la cabaña y se alimentaba con las peras del árbol. Pero cuando terminó la estación de las peras parecía estar destinado a morirse de hambre, pues era incapaz de ganarse el pan de otro modo. Sin embargo la estación de las peras terminó pero las peras no se terminaron. Cuando se arrancaban todos los frutos crecían otros, aun en pleno invierno, porque era un peral encantado que daba peras todo el año, y así el joven sobrevivía.

Una mañana Giuseppe había salido como de costumbre a recoger las peras maduras y vio que alguien ya las había recogido. «¿Y ahora qué hago? —se preguntó —. Si me roban las peras, estoy listo. Esta noche me quedo de guardia». Y por la noche se quedó bajo el peral con la escopeta, pero al cabo de un rato se adormiló y cuando despertó ya habían recogido las peras maduras. A la noche siguiente también se quedó de guardia, pero volvió a dormirse y volvieron a robarle las peras. La tercera noche, además de la escopeta se llevó una flauta para tocarla debajo del peral. Luego dejó de tocar, y entonces la zorra Giovannuzza, que era la ladrona de las peras, creyendo que Giuseppe se había dormido se encaramó al peral de un brinco.

Giuseppe la encañonó con la escopeta, y la zorra:

—No dispares, Giuseppe: si me das un canasto de peras, te hago rico.

—Giovannuzza, si te doy un canasto de peras, ¿yo qué cómo?

—No te preocupes y haz lo que te digo —repuso la zorra—, verás que tengo razón.

Entonces el joven le dio a la zorra un canasto de las mejores peras, y la zorra Giovannuzza se las llevó al Rey.

—Sacra Majestad, mi amo os manda este canasto de peras y os suplica que le

hagáis el favor de aceptarlas —le dijo al Rey.

—¡Peras en esta estación! —exclamó el Rey—. Nunca tuve oportunidad de probarlas. ¿Quién es tu amo?

—El Conde Peral —respondió Giovannuzza.

—¿Pero cómo consigue peras en esta estación? —preguntó el Rey.

—Oh, él tiene todo lo que quiere —replicó la zorra—. Es el hombre más rico que existe.

—¿Más rico que yo? —preguntó el Rey.

—Sí, más rico que vos, Sacra Majestad.

El Rey estaba un poco preocupado.

—¿Qué podría regalarle a cambio? —preguntó.

—No os molestéis, Sacra Majestad —dijo Giovannuzza—, ni lo penséis siquiera. Es tan rico que cualquier regalo que le hagáis quedará deslucido.

—En fin —dijo el Rey, incómodo por la situación—, dile al Conde Peral que le agradezco sus maravillosas peras.

Cuando vio regresar a la zorra, Giuseppe exclamó:

—¡Pero Giovannuzza, no me has traído nada a cambio de las peras, y yo me estoy muriendo de hambre!

A los pocos días, Giovannuzza le dijo:

—Debes darme otro canasto de peras.

—Comadre, ¿y si te llevas las peras yo qué como?

—No te preocupes y déjalo de mi cuenta.

Le llevó el canasto al Rey, y le dijo:

—Sacra Majestad, ya que me concedisteis la gracia de recibir el primer canasto de peras, el Conde Peral, mi amo, se permite ofreceros otro.

—¡Pero es posible! —exclamó el Rey—. ¡Peras recién cosechadas, en esta estación!

—Esto no es nada —dijo la zorra—. El Conde a las peras ni les presta atención, tiene otros muchos tesoros más importantes.

—¿Y cómo puedo saldar esta deuda?

—A eso iba —dijo Giovannuzza—. Mi amo me encargó que os suplicara que le concedáis una cosa.

—¿Pero qué? Si el Conde Peral es tan rico, no sé qué puede ser digno de él.

—La mano de vuestra hija —dijo la zorra.

El Rey abrió los ojos.

—Pero yo —respondió— no puedo aceptar semejante honor, pues él es mucho más rico que yo.

—Sacra Majestad, si no se preocupa él, ¿por qué os ibais a preocupar vos? El Conde Peral realmente quiere a vuestra hija y no le importa si la dote es mayor o menor. Además, por muy grande que sea, frente a las riquezas de él no será nada.

—De acuerdo, entonces pídele que venga a comer aquí.

La zorra Giovannuzza fue a casa de Giuseppe y le dijo:

—Le he dicho al Rey que eres el Conde Peral y que quieres la mano de su hija.

—¡Amiga mía, pero qué has hecho! ¡Cuando el Rey me vea me cortará la cabeza!

—¡Déjalo de mi cuenta y no te preocupes! —dijo la zorra. Fue a ver a un sastre y le dijo—: Mi amo, el Conde Peral, desea el traje más suntuoso que tengas en la tienda; el dinero te lo pago después contante y sonante.

El sastre le dio un traje de gran señor y la zorra fue a ver a un mercader de caballos.

—¿Me venderías, para el Conde Peral, el mejor caballo que haya en la plaza? No nos fijemos en tonterías: pago anticipado al día siguiente. Vestido de gran señor, montado en un magnífico caballo, Giuseppe fue a Palacio, y la zorra corría delante de él.

—Amiga Giovannuzza, cuando me hable el Rey, ¿qué le respondo? —le gritaba él—. Soy incapaz de pronunciar una palabra delante de las personas de jerarquía.

—Deja que hable yo y no te preocupes. Basta con que digas «Buenos días» y «Sacra Majestad», el resto lo digo yo.

Llegaron a Palacio. El Rey salió al encuentro del Conde Peral y lo recibió con todos los honores.

—Sacra Majestad —dijo Giuseppe.

El Rey lo condujo a la mesa. Y en la mesa ya estaba sentada la bella hija del Rey.

—Buenos días —dijo el Conde Peral.

Se sentaron y entablaron conversación. Pero el Conde Peral, mudo como un pez.

—Amiga Giovannuzza —dijo el Rey a la zorra, en voz baja—, ¿a tu amo se le han comido la lengua?

—*Vos* sabéis, Majestad —dijo la zorra—, que cuando uno tiene que pensar en tantas tierras y tantos tesoros, se pasa el día preocupado.

Y mientras duró la visita, el Rey se cuidó de distraer al Conde Peral de sus pensamientos.

A la mañana siguiente Giovannuzza le dijo a Giuseppe:

—Dame otro canasto de peras que se lo llevo al Rey.

—Haz lo que quieras, amiga —respondió el joven—, pero ya verás cómo me cuesta el pescuezo.

—No te preocupes —exclamó la zorra—, que te digo que será tu fortuna.

Así que él recogió las peras y la zorra se las llevó al Rey, diciéndole:

—El Conde Peral, mi amo, os manda este canasto de peras y quisiera recibir una respuesta a su solicitud.

—Dile al Conde que el matrimonio podrá celebrarse cuando le plazca —respondió el Rey. La zorra, muy contenta, le llevó la respuesta a Giuseppe.

—Pero amiga Giovannuzza, ¿adónde llevaré a mi novia? ¡No voy a traerla a esta pocilga!

—Déjalo de mi cuenta. ¿De qué te preocupas? ¿Acaso las cosas no van saliendo

bien? —dijo la zorra.

Así pues se celebró un gran matrimonio, y el Conde Peral se casó con la hermosa hija del Rey.

Al cabo de unos días, la zorra Giovannuzza dijo:

—Mi amo quiere llevar a su esposa a su palacio.

—Bien —dijo el Rey—, quiero acompañarlos, así veré finalmente todas las posesiones del Conde Peral.

Subieron todos a caballo, y el Rey llevó consigo un gran séquito de caballeros. Mientras cabalgaban rumbo a la llanura Giovannuzza dijo:

—Yo voy a avisar para los preparativos. —Y corriendo, se adelantó. Encontró un rebaño de miles y miles de ovejas y preguntó a los pastores—: ¿De quién son estas ovejas?

—Del Papá-Dragón —le respondieron.

—Hablad bajito —susurró la zorra—. ¿Veis esa caballería que viene allá lejos? Es el Rey, que le declaró la guerra al Papá-Dragón. Si le decís que son del Papá-Dragón, sois hombres muertos.

—¿Entonces qué debemos decir?

—Pues bueno… decidle que son del Conde Peral.

Cuando el Rey se acercó al rebaño, preguntó:

—¿De quién es este hermoso rebaño de ovejas?

—¡Del Conde Peral! —gritaron los pastores.

—¡Caramba, debe de ser rico en serio! —exclamó muy contento el Rey.

Un poco más adelante, la zorra encontró una piara de miles y miles de cerdos.

—¿De quién son estos cerdos? —preguntó a los porqueros.

—Del Papá-Dragón.

—Bajito, bajito, mirad todos esos soldados a caballo. Si les decís que los cerdos son del Papá-Dragón os matan. Debéis decirles que son del Conde Peral.

Cuando el Rey se acercó a los porqueros y les preguntó a quien pertenecían los cerdos, aquéllos le respondieron: «¡Al Conde Peral!», y el Rey se alegró de tener un yerno tan rico.

Y después, cuando encontraron un gran número de caballos:

—¿De quién son estos caballos?

—¡Del Conde Peral! —dijeron los cuidadores.

Y a los boyeros:

—¿De quién son todos estos bueyes?

—¡Del Conde Peral!

Y el Rey estaba cada vez más contento del buen matrimonio que había celebrado su hija.

Finalmente Giovannuzza llegó al palacio del Papá-Dragón, que vivía solo con su mujer la Mamá-Dragona. Subió apresuradamente y exclamó:

—¡Ay, pobrecitos, si supierais el destino que os aguarda!

—¿Qué ha pasado? —preguntó espantado el Papá-Dragón.

—¿Veis esa polvareda que se acerca? Es un regimiento de caballería que el Rey envió para mataros.

—¡Querida zorra, querida zorra, ayúdanos! —lloriquearon los dos.

—Haced una cosa —dijo Giovannuzza—: escondeos en el horno. Cuando se hayan ido os aviso.

El Papá-Dragón y la Mamá-Dragona obedecieron: se metieron en el horno, y cuando estuvieron dentro le rogaron:

—Querida Giovannuzza, cierra la boca del horno con ramas, para que no nos vean. —Era precisamente lo que quería hacer la zorra, y tapó el agujero con ramas.

Luego se quedó en la puerta, y cuando llegó el Rey le hizo una reverencia y dijo:

—Sacra Majestad, dignaos descender del caballo: éste es el palacio del Conde Peral.

El Rey y los recién casados se apearon de la silla, subieron la escalinata y se encontraron frente a tales riquezas y magnificencias que el Rey se quedaba con la boca abierta y pensaba: «Ni mi palacio es la mitad de imponente que éste». Y el pobre de Giuseppe también se quedaba con la boca abierta.

—¿Por qué no se ve a la servidumbre? —preguntó el Rey.

Y la zorra, muy suelta de gestos:

—Fueron todos despedidos porque mi amo no quería disponer nada sin antes conocer los deseos de su bella esposa: ahora ella puede ordenar cuanto le plazca.

Después de fijarse en todos los detalles, el Rey volvió a su palacio, y el Conde Peral y la hija del Rey se quedaron en el palacio del Papá-Dragón.

Entre tanto, el Papá-Dragón y la Mamá-Dragona estaban encerrados en el horno. Por la noche la zorra se acercó al horno y preguntó en voz baja:

—Papá-Dragón, Mamá-Dragona, ¿estáis ahí?

—Sí —respondieron con un hilo de voz.

—Pues ahí os quedáis —dijo la zorra. Encendió las ramas, hizo un gran fuego y el Papá-Dragón y la Mamá-Dragona se quemaron en el horno.

—Ahora que sois ricos y estáis contentos —dijo Giovannuzza al Conde Peral y a su mujer— debéis prometerme una cosa: cuando muera yo, debéis ponerme en un hermoso féretro y enterrarme con todos los honores.

—Oh, amiga Giovannuzza, ¿por qué hablar de la muerte? —dijo la hija del Rey, que le había tomado cariño a la zorra.

Al cabo de un tiempo Giovannuzza quiso ponerlos a prueba. Se fingió muerta. Cuando la hija del Rey la vio tendida y tiesa, exclamó:

—¡Oh, ha muerto Giovannuzza! ¡Pobre nuestra querida amiga! Ahora tenemos que apresurarnos a fabricarle un hermosísimo féretro.

—¿Un féretro para una bestia? —dijo el Conde Peral—. ¡La tiramos por la ventana! —Y la agarró por la cola.

No bien sintió que le tocaban la cola, la zorra se incorporó de un brinco y gritó:

—¡Muerto de hambre, traidor, ingrato! ¡Te olvidaste de todo, olvidaste que tu fortuna me la debes a mí! ¡Si no hubiese sido por mí todavía estarías pidiendo limosna! ¡Tacaño, ingrato, traidor!

—Zorra, perdóname, amiga, te lo ruego —se puso a suplicar el Conde Peral, muy confundido—. No quise ofenderte. Se me escaparon las palabras, hablé sin pensar…

—A partir de ahora, a mí no me verás más el pelo… —y caminó hacia la puerta.

—Perdóname, Giovannuzza, te lo suplico, quédate con nosotros…

Pero la zorra ya corría por el camino, doblaba por el recodo, desaparecía, y no la vieron nunca más.

*(Catania)*

# 186
# EL NIÑO QUE DIO DE COMER AL CRUCIFIJO

Un campesino temeroso de Dios encontró un día en su campo a un niño abandonado.

—Pobre criatura inocente —dijo—, ¿quién será el alma desnaturalizada que te abandonó a tu suerte? No tengas miedo: yo te llevaré conmigo y te criaré.

Desde aquel día todo empezó a irle viento en popa. Las plantas estaban cargadas de frutos, el grano crecía que daba gusto, la viña daba buenas vendimias: en una palabra, el campesino nunca había sido tan afortunado.

El niño creció y cuanto más crecía más bueno era, pero viviendo en esos campos perdidos nunca había visto una iglesia ni una imagen ni sabía nada de Nuestro Señor ni de los santos. Un día el campesino tenía que ir a Catania.

—¿Quieres venir conmigo? —le preguntó al niño.

—Como prefieras —respondió el niño, y fue a la ciudad con el campesino.

Cuando llegaron cerca de la catedral, el campesino dijo:

—Ahora yo tengo que ir a atender mis asuntos. Tú entra en la iglesia y espérame hasta que vuelva.

El niño entró en la catedral y vio los mantos recamados de oro, las sabanillas preciosas en el altar, las flores, las velas, y se quedó con la boca abierta, pues nunca había visto nada similar.

Paso a paso llegó al altar mayor y vio el Crucifijo. Se arrodilló en las gradas y se volvió al Crucificado:

—Amigo, ¿por qué te han clavado a ese madero? ¿Hiciste algo malo?

Y el Crucificado dijo que sí con la cabeza.

—¡Oh pobre amigo, no tienes que hacerlo más! ¡Ya ves lo que has de sufrir ahora!

Y el Señor volvió a decir que sí con la cabeza.

Así continuó hablando un buen rato con el Crucificado, hasta que terminaron los servicios del día. El sacristán quería cerrar la puerta de la iglesia, pero vio al pequeño campesino de rodillas frente al altar mayor.

—¡Eh, tú! ¡Levántate, es hora de salir!

—No —repuso el niño—. Yo me quedo aquí, porque, si no, ese pobrecito se queda solo. Primero lo habéis clavado al madero, y ahora lo abandonáis a su destino. ¿No es cierto, amigo, que te gustaría que me quedase contigo?

Y el Señor dijo que sí con la cabeza.

Al oír que ese niño hablaba con Jesucristo y al ver que Jesucristo le respondía, el sacristán, aterrado, corrió a contárselo todo al párroco.

—Ciertamente es un alma santa —dijo el párroco—. Déjalo en la iglesia y llévale un plato de macarrones y un poco de vino.

Cuando el sacristán le trajo los macarrones y el vino, el niño dijo:

—Déjalo allí, que en seguida voy a comer.

Luego se volvió al Crucifijo para decirle:

—Amigo, debes de tener hambre. Quién sabe cuánto hace que no comes. Sírvete unos macarrones. —Tomó el plato, se encaramó en el altar y le alcanzó unos macarrones al Señor. Y el Señor abrió la boca y se puso a comer macarrones. Luego el niño le dijo—: Amigo, ¿no tienes sed? Bebe un poco de mi vino. —Y acercó un vaso de vino a la boca del Señor. El Señor aproximó los labios y bebió.

Pero después de haber compartido la comida y la bebida con el Señor, cayó muerto, y su alma voló al cielo y alabó a Dios. Pero el párroco estaba escondido detrás del altar y lo veía todo. Así vio que después de haber compartido la comida y la bebida con el Señor el niño ponía los brazos en cruz y su alma se separaba del cuerpo y echaba a volar cantando. El párroco corrió hacia el cuerpo del niño, que se había quedado tieso delante del altar: estaba muerto. De inmediato el párroco hizo anunciar en toda la ciudad que en el templo había un santo, y lo metieron en un ataúd de oro. También vino el campesino, y en el cuerpecito tendido en el ataúd de oro reconoció a su hijo.

—Señor —dijo—, ¡tú me lo diste y tú me lo quitaste, e hiciste de él un santo!

Luego volvió a casa, y todo lo que emprendía le salía bien, de modo que se hizo rico.

Pero con el dinero que ganaba hacía caridad con los pobres, y vivió una vida sana y cuando murió mereció el Paraíso, así sea para todos nosotros.

*(Catania)*

# 187
# MAESTRO VERDAD

Había una vez un Rey que tenía un cordero, un cabrito, un carnero y un becerro. Como a estos animales les tenía mucho * cariño, especialmente al becerro, sólo se los encomendaba a gente de confianza. Y no había persona que mereciera más confianza, entre sus conocidos, que un campesino a quien llamaban Maestro Verdad porque en la vida había dicho una mentira. El Rey lo llamó y le confió los animales.

—Cada sábado —le dijo— vendrás a Palacio a darme cuenta de todos los animales.

En efecto, todos los sábados Maestro Verdad bajaba de la montaña, se presentaba al Rey, se quitaba la gorra y decía:

—¡Buenos días, Real Majestad!
—¡Buenos días, Maestro Verdad!
—¿Cómo está el cordero?
—¡Blanco y zalamero!
—¿Cómo está el cabrito?
—¡Blanco y pequeñito!
—¿Cómo está el carnero?
—¡Gordo y pendenciero!
—¿Cómo está el becerro?
—¡Gordo como un cerdo!

Al Rey le bastaba con su palabra y después de esta conversación Maestro Verdad regresaba a la montaña.

Pero entre los ministros del Rey había uno que veía con envidia la actitud del Rey para con el granjero, y un día le dijo al Rey:

—¿Es posible que ese viejo granjero sea incapaz de decir mentiras? Apuesto a que el próximo sábado os dice una.

—¡Si mi granjero me dice una mentira, estoy dispuesto a perder la cabeza! —exclamó el Rey.

Hicieron la apuesta, y quien perdiera debía dejarse cortar la cabeza. Faltaban ya

tres días y el ministro cuanto más pensaba menos atinaba a descubrir el recurso para que el sábado el granjero dijera una mentira.

Pensó de mañana, pensó de tarde, pensó de noche, y su mujer, al verlo tan preocupado, le dijo:

—¿Qué te pasa que estás de mal humor?

—Déjame tranquilo —respondió él—, ¡lo único que me falta es tenértelo que contar!

Pero ella le rogó con tanta dulzura que finalmente se lo sonsacó.

—¿Eso es todo? Déjalo de mi cuenta.

A la mañana siguiente la mujer del ministro se puso las mejores ropas, las joyas más ricas, y una estrella de diamantes en la frente. Luego subió a la carroza y se dirigió a la montaña donde Maestro Verdad apacentaba el cordero, el cabrito, el carnero y el becerro. En cuanto llegó, bajó de la carroza y echó un vistazo a su alrededor. El campesino, pobrecito, al ver una mujer bella como nunca había visto, estaba totalmente confundido. Quita los bancos y pone escabeles[21], se partía en cuatro por atenderla lo mejor que podía.

—Oh —dijo ella—, amigo mío, ¿me harías un favor?

—Noble señora —repuso él—, ordena. Lo que quieras, lo haré.

—Mira, estoy esperando un niño y tengo un antojo de hígado de becerro asado que si no me lo das me muero.

—Noble señora —dijo el granjero—, pídeme lo que quieras, pero eso no puedo concedértelo; se trata del becerro del Rey y es su animal favorito.

—¡Ay de mí! —gimió la mujer—. Si no satisfago el antojo me muero. ¡Amigo mío, querido amigo, hazlo por caridad! El Rey no se enterará, y tú puedes decirle que se despeñó de la montaña.

—No, no puedo decírselo, y tampoco puedo darte el hígado.

Entonces la mujer rompió a llorar, se arrojó al suelo entre lamentos, y de veras parecía a punto de morir. Era tan hermosa que al campesino se le ablandó el corazón: sacrificó el becerro, asó el hígado y se lo dio. La mujer se lo comió con mucha alegría, en dos bocados, se despidió apuradísima y se marchó en la carroza.

El pobre campesino se quedó solo y le parecía que tenía una piedra en el pecho. «¿Y ahora qué le digo al Rey, el sábado? Cuando me pregunte “¿Cómo está el becerro?”, no podré decirle “Gordo como un cerdo[55]». Empuñó el cayado, lo clavó en el suelo y se puso la esclavina; se alejó un poco, luego se acercó unos pasos, hizo una reverencia, y le habló al cayado:

—¡Buenos días, Real Majestad!

Y luego, haciendo un poco la voz del Rey y un poco la suya:

—¡Buenos días, Maestro Verdad!
—¿Cómo está el cordero?

—¡Blanco y zalamero!
—¿Cómo está el cabrito?
—¡Blanco y pequeñito!
—¿Cómo está el carnero?
—¡Gordo y pendenciero!
—¿Cómo está el becerro?

Y aquí se le hizo un nudo en la garganta. Empezó a balbucear al cayado:

—Real Majestad… lo llevé a pastar… y se despeñó de la cima de una montaña… y se rompió los huesos… y después se murió. —Y se atoró.

«No —reflexionó—, esto no puedo decírselo al Rey, es una mentira». Clavó el cayado en otro lugar, volvió a ponerse la esclavina, reinició la escena, con la reverencia, la conversación, pero ante la pregunta «¿Cómo está el becerro?», empezó a balbucear nuevamente:

—Majestad, me lo robaron… los ladrones…

Fue a acostarse, pero no pegó ojo. Por la mañana —era sábado— se puso en camino, con la cabeza gacha, siempre pensando en lo que le diría al Rey. A cada árbol que encontraba le hacía una reverencia y le decía:

—¡Buenos días, Real Majestad!

Y reanudaba la conversación, pero no sabía cómo continuar. Pasa un árbol, pasa otro, y finalmente se le ocurrió una respuesta. «¡Esta es la respuesta que corresponde!». Recobró la alegría, y a cada árbol que encontraba le hacía una reverencia y repetía todo el diálogo hasta llegar a la última respuesta, que cada vez le gustaba más.

En Palacio, el Rey y toda la Corte lo esperaban para que se decidiera la apuesta. Maestro Verdad se quitó la gorra y empezó:

—¡Buenos días, Real Majestad!
—¡Buenos días, Maestro Verdad!
—¿Cómo está el cordero?
—¡Blanco y zalamero!
—¿Cómo está el cabrito?
—¡Blanco y pequeñito!
—¿Cómo está el carnero?
—¡Gordo y pendenciero!
—¿Cómo está el becerro?
—Real Majestad,
Le diré la verdad:
Vino una dama alta y honorable,
De rostro hermoso, cuerpo incomparable,
De sus bellezas yo quedé prendado
Y por ella al becerro he sacrificado.

Dicho esto, Maestro Verdad inclinó la cabeza y añadió:

—Ahora, si queréis enviarme a la muerte, estoy en vuestras manos; pero he dicho la verdad.

El Rey, aunque dolorido por la muerte del becerro, se alegró de haber ganado la

apuesta y regaló un saco de monedas de oro a Maestro Verdad. Toda la Corte prorrumpió en aplausos salvo el ministro, que tuvo que pagar su envidia con la cabeza.

*(Catania)*

# 188
# EL REY VANIDOSO

Había un Rey que se creía hermoso. Tenía un espejo y siempre le decía:

—Espejo mío, lindo y gracioso
Dime si en el mundo
Hay alguien más hermoso.

Su mujer por un tiempo se calló la boca; después, harta de la vanidad del marido, al oírle repetir esos versos le dijo:

—Pero, Rey, cállate un poco:
Alguno habrá
Que sea más hermoso.

El Rey se enfureció y dijo:

—Te doy tres días de plazo: o me dices quién es más hermoso que yo o te hago cortar la cabeza.

La Reina se arrepintió en el acto de sus palabras, pero era demasiado tarde, y ya sentía en el cuello el hacha del verdugo. Desesperada, se retiró a sus aposentos y durante dos días lloró sin interrupción. Al tercer día abrió la ventana para disfrutar del sol mientras le quedara tiempo. En la calle había una vieja que parecía estar esperándola:

—¡Majestad, una limosna! —le dijo.

—Déjame en paz, buena mujer —dijo la Reina—, ya tengo bastante con mis problemas.

—Lo sé todo —dijo la vieja bajando la voz—. Yo puedo ayudarte.

La Reina la miró.

—Sube —le dijo.

La vieja entró en el palacio.

—¿Qué sabes? —le dijo la Reina.

—Sé todo lo que te ha dicho el Rey.

—¿Y puedo salvarme?

—Claro que sí.

—Habla, te daré lo que quieras.

—No quiero nada. Escúchame: a mediodía, preséntate a la mesa con el Rey. Y pídele una gracia. «¿La gracia de la vida?», preguntará él. «No», le dirás. «Entonces séate concedida», dirá él. Y le dirás: «Más hermoso que tú es el hijo del Emperador de Francia, cubierto por siete velos».

La Reina siguió al pie de la letra las instrucciones de la vieja, y el diálogo se desarrolló tal como ella había dicho.

El Rey permaneció imperturbable.

—Si es cierto que el hijo del Emperador de Francia es más hermoso que yo —le dijo a su mujer—, harás de mí lo que quieras.

Al cabo de tres días el Rey reunió algunas tropas y partió para Francia. Se presentó al Emperador y le pidió ver a su hijo.

—Mi hijo ahora está durmiendo —dijo en voz baja el Emperador—, pero venid.

Lo llevó al cuarto de su hijo y le quitó el primer velo. Se vio titilar una luz. Quitó el segundo velo y la luz se intensificó. Quitó el tercero, el cuarto, y la luz resplandecía cada vez más, inundaba el cuarto, y uno a uno le quitó los últimos velos y las llamas de su belleza crecieron hasta que el Príncipe apareció en su trono con el cetro en la mano y la espada en la cintura, tan hermoso que el Rey se desplomó sin sentido. Inmediatamente le hicieron oler vinagre y aguas aromáticas y la Emperatriz ordenó que lo trasladaran a sus aposentos. El Rey recobró el conocimiento y permaneció allí tres días para reponerse del todo.

—Papá —le dijo el Príncipe a su padre—, antes de que este Rey se vaya, quiero hablar con él.

El Rey fue presentado y esta vez, más fortalecido, no se desmayó. Trabaron conversación, y en cierto momento el Príncipe dijo:

—¿Pero tú querrías verme en tu casa?

—¡Si fuese posible! —dijo el Rey.

—Si quieres volver a verme —dijo el Príncipe— llévate estas tres pelotas de oro y arrójalas en una jofaina de oro llena de leche pura. Yo compareceré en tu presencia tal como me ves ahora.

De vuelta a casa, el Rey dijo a su mujer:

—Aquí estoy. Ahora puedes hacer de mí lo que quieras.

—Entonces te doy mi bendición —dijo la mujer.

El Rey se lo contó todo y le mostró las tres pelotas de oro. Pero el disgusto por la ilusión perdida y la impresión producida por la belleza del Príncipe habían sido tan fuertes que no pudo sobreponerse a la conmoción y murió a los pocos días.

La Reina, después de que sepultaran al Rey, llamó a su camarera de confianza y le dijo:

—Tráeme tres jarras de leche pura y déjame a solas.

Preparó la jofaina con leche, metió en ella las tres pelotas de oro y de pronto surgió la espada, luego el cetro, y finalmente el Príncipe en persona. Hablaron un rato, y luego el Príncipe se zambulló en la leche y desapareció.

Al día siguiente la Reina mandó buscar más leche fresca y vio nuevamente al Príncipe, y así siguió durante muchos días, hasta que la camarera se cansó y se dijo: «Aquí debe haber algún hechizo o algún embrollo raro».

Y al día siguiente, cuando la Reina la mandó a buscar la leche, rompió un vaso de cristal, lo trituró en el mortero hasta reducirlo a polvo, y luego echó el polvo de vidrio en la leche. Cuando la Reina arrojó las tres pelotas de oro, primero asomaron la espada y el cetro y estaban totalmente ensangrentados, luego apareció el Príncipe y manaba sangre de la cabeza a los pies, porque al atravesar la leche tenía que cruzar entre astillas minúsculas y se cortaba todas las venas.

—¡Ay —le dijo—, me has traicionado!

—¡No! —exclamó la Reina—. ¡No es culpa mía, perdóname!

Pero ya él desaparecía nuevamente en la jofaina de oro.

En el Palacio Real de Francia encontraron al hijo del Emperador cubierto de heridas de la cabeza a los pies, y los doctores de la Corte no sabían curarlo. Su padre emitió un bando: al médico o cirujano que fuera capaz de salvar a su hijo le concedería la gracia que pidiese. Y entre tanto la ciudad se vistió de luto, y las campanas repicaban constantemente.

La Reina desde que vio al Príncipe herido no tenía paz, y partió para Francia vestida de hombre, con ropas de pastor. La primera noche la oscuridad la sorprendió en un bosque. Se acurrucó al pie de un árbol para rezar sus oraciones. Delante de ella había un claro, y a medianoche descendieron allí todos los Diablos del Infierno y se sentaron a celebrar una reunión, con el jefe en el centro, y cada cual refería por turno sus hazañas. El último en hablar fue el Diablo Cojo.

—¿Y tú, torpe, que nunca haces nada bien? —le dijeron.

—No, amigos, esta vez, después de tantos años de trabajo, una me ha salido bien. —Y contó la historia del Rey y la Reina y el Príncipe, y de lo que le había hecho hacer a la camarera—. Pero ahora el Príncipe tiene sólo tres días de vida, y después nos lo traeremos aquí con nosotros.

Entonces el Diablo Grande le dijo:

—Pero dime una cosa: ¿no es posible que encuentren algún remedio para este Príncipe?

—Un remedio hay —dijo el Cojo—, pero no lo digo.

—A nosotros puedes decírnoslo.

—No. ¿Y si me oye alguien?

—¡Que no, idiota! ¿Crees que si hubiera alguien por los alrededores a esta hora no estaría muerto ya del susto?

—Entonces, escuchad: haría falta ir al bosque del convento, donde crece la hierba

del vidrio, y llenar dos alforjas. Después habría que triturarla en un mortero, colar el jugo en un vaso y empapar al Príncipe de la cabeza a los pies: quedaría tan sano como antes.

La Reina, después de oír esto, no veía la hora de que llegara el alba para buscar el convento y la hierba del vidrio. Camina que te camina llegó al convento, llamó a los frailes y ellos se pusieron a hacer conjuros desde lejos.

—No me conjuréis, soy carne bautizada.

Entonces le abrieron y ella pidió por caridad dos alforjas de la hierba del vidrio, y los frailes se la recogieron. Al día siguiente llegó a la ciudad del Príncipe, donde las calles estaban de luto. Se presentó al centinela vestida de pastor y no querían dejarla entrar. Finalmente el Emperador se enteró y le preguntó qué deseaba.

—Ordenad a todos los cirujanos que salgan, Majestad, y mañana el Príncipe estará curado.

El Emperador, que ya no sabía qué hacer, dijo que sí y dejó al pastor a solas con su hijo, dando órdenes a las criadas de que le procurasen cuanto pidiera. El pastor pidió un mortero y trituró la hierba; pidió un vaso y coló el jugo; vertió el jugo en las heridas del Príncipe y las heridas se cerraron una por una y desaparecieron.

Mandó llamar al Emperador y le enseñó al hijo curado, más hermoso que antes. El Emperador quiso cubrirlo de riquezas, pero el pastor no quería nada e insistía en marcharse.

—Al menos guarda este anillo como recuerdo —le dijo el Príncipe, y se lo dio.

La Reina volvió a casa cuanto antes, y no bien llegó fue a buscar un poco de leche pura y blanca en persona, en lugar de pedírsela a la camarera. La vertió en la jofaina y arrojó las tres pelotas de oro. Apareció el Príncipe, pero él la miró con aire amenazador, blandiendo el cetro.

—Pero no, no te traicioné —le gritó la Reina arrojándose a sus pies—. Al contrario, te he salvado y éste es el anillo que me diste.

El Príncipe titubeó y ella le contó la historia. Un gran amor nació entre ellos y se casaron, con el consentimiento del Emperador de Francia, mientras que la camarera fue condenada a muerte.

Ellos vivieron contentos y felices,
Y nosotros como puñados de raíces.

*(Acireale)*

# 189
# LA PRINCESA CON CUERNOS

Se dice que una vez había un padre con tres hijos, y no poseía más que una casa. Vendió la casa a condición de que tres ladrillos que estaban en medio de una pared siguieran perteneciéndole. Cuando estuvo a punto de morir, quiso redactar el testamento.

—¿Pero qué herencia quieres dejar —le decían los vecinos—, si no te queda nada?

Y sus hijos ni siquiera querían llamar al escribano. Pero el escribano fue de todos modos y el moribundo le dictó este testamento:

—A mi hijo mayor el primer ladrillo, al mediano el segundo, al pequeño el tercero.

Los tres hijos, unos holgazanes, al morir su padre conocieron el hambre y la miseria, y el mayor dijo:

—En esta región ya no tengo nada que hacer. Quitaré el ladrillo que me dejó mi padre y me iré a recorrer mundo.

La dueña de la casa, cuando fue a sacar el ladrillo, le dijo que si lo dejaba se lo pagaba, pues no quería arruinar la pared.

—No, señora —repitió él—, mi padre me dejó el ladrillo y yo me lo llevo. — Sacó el ladrillo y encontró una bolsa muy pequeña. Cogió el ladrillo y la bolsa y se marchó.

En el camino tuvo hambre y sacó la bolsa.

—¡Oh bolsa, dame unos granos[22] para comprar pan!

Abrió la bolsa y encontró dos granos.

—¡Oh bolsa, ahora dame cien onzas!

Y en la bolsa había cien onzas.

Así siguió todo el tiempo que quiso. Pronto fue tan rico que se construyó un palacio frente al del Rey. Él se asomaba desde su palacio, y desde el Palacio Real se asomaba la hija del Rey. Empezó a cortejarla y tanto hizo que finalmente entabló

amistad con el Rey y visitaba su casa. La Princesa, viéndolo más rico que su padre, le dijo:

—Yo te acepto por marido sólo cuando me digas de dónde sacas tanto dinero.

Y el muy tonto se lo confió y le enseñó la bolsa. Ella simuló no darle importancia, le dio a beber opio y le cambió la bolsa por otra igual. Cuando el infeliz se dio cuenta, tuvo que empezar a vender sus pertenencias para vivir, y finalmente se volvió tan pobre que no tenía ni donde caerse muerto.

Entre tanto recibió noticias de que su hermano mediano era rico. Fue a su encuentro, lo abrazó y lo besó y se lamentó de su negra fortuna y le preguntó cómo se había enriquecido. El hermano le contó que al no tener más dinero había ido a llevarse el ladrillo que había heredado, y debajo había encontrado una capa. Se había puesto la capa, y la gente por la calle no lo veía. Entró en una taberna, medio muerto de hambre como estaba, cogió un pan y se fue sin que nadie lo viera; fue a robarle al orfebre e hizo lo mismo, y al mercado, y al mensajero del Rey, hasta que se hizo rico a manos llenas.

—Ya que es así, querido hermano —dijo el mayor—, hazme un favor: préstame esta capa, que me será útil, y después te la devuelvo. —Y el hermano, que lo quería bien, se la prestó.

Salió con la capa puesta, y nadie lo veía. De inmediato se puso manos a la obra, robando todo lo que encontraba, aun más que el hermano. Cuando estuvo bien provisto volvió a casa del Rey. La Princesa, viéndolo más rico que antes, empezó nuevamente:

—¿Pero de dónde sacas tanto dinero? Si me lo dices, nos casamos en seguida.

Y el muy crédulo le confió otra vez su secreto y le mostró la capa. Ella volvió a darle vino con opio y le cambió la capa por otra. Cuando despertó, él se envolvió en la capa creyendo que no lo veían y recorrió el Palacio en busca de la bolsa. Pero lo vieron los guardias, lo tomaron por un ladrón y lo echaron a golpes.

El pobrecito ya no sabía qué hacer, y decidió regresar a su aldea natal para ganarse algún mendrugo trabajando.

Pero al llegar se enteró de que el hermano más pequeño era un ricachón: vivía en un gran palacio, con muchos sirvientes. Se dijo: «Voy a ver a mi hermano menor, que por cierto no dejará de ayudarme». Y así lo hizo.

El hermano menor, que lo creía muerto, lo recibió con gran alegría y le contó cómo se había hecho rico.

—Escucha. Recordarás que nuestro padre me había dejado el último ladrillo, y un día que estaba desesperado me lo llevé para venderlo. Debajo del ladrillo encontré un cuerno; apenas lo hube visto tuve ganas de tocarlo, y no bien soplé salieron varios soldados y dijeron: «¡General, a sus órdenes!». Entonces dejé de soplar y los soldados se retiraron. Ahora que había comprendido, recorría aldeas y ciudades con mis soldados, entablando batallas y guerras y recogiendo todas las ganancias que podía. Cuando tuve bastante para toda la vida, regresé y me construí este palacio.

El hermano, tras oír la historia, le pidió que le prestara el cuerno, y cuando ya no le fuera útil se lo devolvería. En cuanto tuvo el cuerno fue hasta una ciudad renombrada por su riqueza, sopló y empezaron a salir soldados. Después de llenar la llanura de tropas, ordenó saquear la ciudad. Los soldados no se lo hicieron decir dos veces y regresaron cargados de oro, plata y toda clase de tesoros. Así se volvió a presentar ante la Princesa, más rico que antes.

Pero había caído dos veces y cayó también la tercera: le explicó el secreto, y ella le puso opio al vino y le cambió el cuerno. Cuando despertó, el Rey y la Reina lo echaron de malas maneras, tratándolo de borracho, y él se fue muy mortificado y partió hacia otra región con sus riquezas.

En un bosque se le aparecieron doce ladrones, dispuestos a despojarlo. El tocó el cuerno pensando que los soldados saldrían a defenderlo, pero habría podido secarse los pulmones tocando: los ladrones lo desnudaron, lo molieron a palos para enseñarle a no ser presuntuoso, y lo dejaron en el suelo, más muerto que vivo y todavía tocando el cuerno. Entonces comprendió que aquél no era el cuerno encantado y pensando que se había arruinado a sí mismo y a sus hermanos decidió tirarse por un precipicio.

Llegó a un precipicio apropiado, se acercó al borde enmohecido de la saliente y se arrojó. Pero en la mitad de la caída quedó colgado de una higuera que sobresalía de la pared rocosa. La planta estaba colmada de higos negros. Pensó: «Al menos moriré con la panza llena», y decidió darse un atracón.

Come diez, come veinte, come treinta, y de golpe descubre que él tiene más ramas que el árbol. Porque le habían salido tantos cuernos como higos había comido, en la cabeza, en la cara, en la nariz. Como si no estuviera bastante desesperado, ahora para colmo era un monstruo; y tenía más ganas de matarse que antes.

Se tiró de la higuera al precipicio, pero con tantos cuernos se atascó en otra higuera, cien palmos más abajo. Esta tenía más higos que la otra, pero higos blancos. «Más cuernos de los que tengo no me pueden salir; y perdido por perdido, mejor con la panza llena». Y se puso a comer higos blancos. Había comido apenas tres cuando advirtió que tenía tres cuernos menos: continuó, y vio que cada higo blanco que comía era un cuerno que desaparecía. Comió tantos que los hizo desaparecer todos y quedó tan lisito como antes.

Cuando vio que ya no tenía cuernos, bajó de la higuera blanca y trepó por el precipicio hasta llegar a la otra higuera: recogió una buena cantidad de higos negros y se fue a la ciudad. Disfrazado de granjero, fue al Palacio Real con los higos en un canasto. Era fruta fuera de estación; el centinela pronto lo llamó y le mandó entrar. El Rey le compró todo el canasto y él se despidió besándole la rodilla.

A mediodía el Rey y su familia se pusieron a comer higos; a quien más le gustaban era a la Princesa, que se dio un atracón. Estaban tan entusiasmados que no levantaban los ojos del plato, y cuando los levantaron se vieron llenos de cuernos. La Princesa parecía un bosque. Entonces fueron presa del terror y llamaron a todos los cirujanos de la ciudad, pero éstos no entendían nada. Entonces el Rey ordenó emitir

un bando: a quien lo liberara de esos cuernos le daría todo lo que pidiera. Cuando el vendedor de higos oyó el bando, fue hasta el árbol de higos blancos y recogió una buena cantidad. Se disfrazó de cirujano y fue al Palacio Real.

—Real Majestad, yo os salvaré a los tres y os quitaré los cuernos.

La Princesa, apenas lo oyó, se apresuró a decir:

—Majestad, permíteme que yo sea la primera.

El Rey dio su consentimiento. El cirujano se hizo encerrar en un cuarto con la Princesa y se quitó el disfraz.

—¿Me reconoces o no? Escucha lo que te digo: si me devuelves la bolsa que suelta dinero, la capa que vuelve invisible y el cuerno que arroja soldados, te quito todos los cuernos, si no te los hago crecer más todavía.

La Princesa, que ya no podía más de tener esos cuernos y que sabía que ese joven siempre poseía objetos encantados, le creyó.

—Si te lo devuelvo todo —dijo—, debes quitarme los cuernos y después casarte conmigo. —Y así diciendo le devolvió la bolsa, la capa y el cuerno.

El le hizo comer tantos higos blancos como cuernos tenía y la devolvió a su condición anterior; luego procedió del mismo modo con el Rey, la Reina y todos los que en el Palacio Real tenían cuernos. El Rey le concedió la mano de la Princesa, y se casaron. La capa y el cuerno fueron devueltos a los hermanos, y él se quedó con la bolsa del dinero y fue yerno del Rey para toda la vida. El Rey murió al cabo de un año y él y su mujer ocuparon el trono.

*(Acireale)*

# 190
# YUFÁ

## I. - YUFÁ Y LA ESTATUA DE YESO

Había una madre que tenía un hijo tonto, holgazán y desobediente. Se llamaba Yufá. La madre, que era pobre, tenía un paño de tela, y le dijo a Yufá:

—Toma esta tela y ve a venderla; pero si te encuentras con un charlatán no se la des. Dásela a alguien de pocas palabras.

Yufá coge la tela y empieza a recorrer la región:

—¿Quién me compra la tela? ¿Quién me compra la tela?

Una mujer lo detiene y le dice:

—Déjame ver. —Mira la tela y le pregunta—: ¿Cuánto pides?

—Tú hablas demasiado —dice Yufá—. A la gente charlatana mi mamá no quiere vendérsela. —Y se va.

Encontró un campesino.

—¿Cuánto pides?

—Diez escudos.

—¡No, es mucho!

—Usted habla y habla: no se la doy.

Como le parecía que todos los que lo llamaban y se acercaban a él hablaban demasiado, no quiso vendérsela a nadie. Camina por aquí, camina por allá, se metió en un patio. En el centro del patio había una estatua de yeso, y Yufá le dijo:

—¿Quieres comprar la tela? —Esperó un rato, luego repitió—: ¿Quieres

comprarla? —Al ver que no recibía ninguna respuesta—: ¡Oh, al fin encontré alguien de pocas palabras! A ésta sí que se la vendo. —Y se la colgó a la estatua—. Diez escudos, ¿de acuerdo? Entonces vengo mañana a buscar el dinero. —Y se marchó.

La madre apenas lo vio le preguntó por la tela.

—La vendí.

—¿Y el dinero?

—Voy a buscarlo mañana.

—¿Pero era persona de confianza?

—Es una mujer tal como tú querías: imagínate que no me ha dicho ni una palabra.

Por la mañana fue en busca del dinero. Encontró la estatua, pero la tela había desaparecido.

—Págamela —dijo Yufá. Y cuanto menos le respondían más se enojaba—. ¿La tela te las has quedado, no? ¿No quieres darme el dinero? ¡Ahora verás! —Cogió una azada y a la estatua le dio tal golpe que la hizo pedazos. Dentro de la estatua había una olla llena de monedas de oro. Se las guardó en la bolsa y fue a casa de su madre.

—Madre, no quería darme el dinero, la emprendí a golpes y me dio esto.

La madre, que lerda no era, le dijo:

—Trae para acá, y no se lo cuentes a nadie.

## II. - YUFÁ, LA LUNA, LOS LADRONES Y LOS GUARDIAS

Una mañana Yufá salió a buscar hierbas y antes de volver lo sorprendió la noche. Estaba nublado y la luna por momentos se asomaba y por momentos desaparecía. Yufá se sentó en una piedra y miraba la luna que se asomaba y desaparecía y le decía: «Asómate, asómate», y después: «Escóndete, escóndete», y nunca terminaba con sus «Asómate» y «Escóndete».

A un lado del camino había dos ladrones que descuartizaban un becerro robado, y cuando oyeron «Asómate» y «Escóndete», temieron que fuera la justicia. Se escapan a toda carrera y dejan la carne allí.

Yufá, al oír que se fugan los ladrones, va a ver qué pasa y encuentra el becerro descuartizado. Empuña el cuchillo y también él se pone a cortar carne. Se llena la bolsa y se va.

Llegó a casa.

—¡Abre, mamá!

—¿Estas son horas de volver? —dice la madre.

—Pero es que se me ha hecho de noche mientras conseguía la carne y mañana hay que venderla toda, que necesito el dinero.

—Mañana vuelves al campo y yo vendo la carne —dice la madre.

Al anochecer del día siguiente, cuando Yufá volvió le preguntó a su madre:

—¿Has vendido la carne?

—Sí. Se la he fiado a las moscas.

—¿Y cuándo nos pagan?

—Cuando tengan que pagarnos.

Durante ocho días Yufá esperó a que las moscas le trajeran el dinero. Como no se lo traían, acudió al Juez.

—Señor juez, quiero que se haga justicia. Le fié la carne a las moscas y no me han pagado.

—Como sentencia —dijo el juez—: apenas veas una mosca estás autorizado a matarla.

En ese preciso instante se posó una mosca en la nariz del juez, y Yufá le asestó un puñetazo que casi se la aplasta.

## III. - YUFÁ Y LA BOINA ROJA

A Yufá no le gustaba el trabajo. Comía y en seguida se iba a vagar por la calle. Su madre siempre le decía:

—Yufá, así no se llega a ningún lado. ¿Ni siquiera intentas hacer algo? ¡Comes, bebes y sales a divertirte! Ahora basta: o ganas lo que hace falta para vestirte o te pongo de patitas en la calle.

Yufá se fue al Cássaro[23] a ganar lo que hacía falta para vestirse. A un comerciante le pidió una cosa, al otro otra, hasta que se vistió por completo. Y a todos les decía:

—Fíeme, que uno de estos días le vengo a pagar.

Por último también se hizo con una boina roja.

Cuando estuvo de punta en blanco dijo:

—¡Ah, ahora sí que estoy bien! ¡Mi madre ya no podrá decirme que soy un vagabundo!

Pero después, acordándose de que tenía que pagar a los comerciantes, decidió

fingir que se moría.

Se echó en la cama.

—¡Me muero! ¡Me muero! ¡Estoy muerto! —Y puso las manos en cruz y estiró las piernas. La madre se tiraba de los pelos.

—¡Hijo! ¡Hijo! ¡Qué desgracia! ¡Hijo mío!

Los gritos atrajeron a la gente, y todos acudían a consolar a la pobre madre. La noticia se difundió, y hasta los comerciantes vinieron a ver al muerto.

—Pobre Yufá —decían—, me debía —(por ejemplo)— seis tarjas por un par de pantalones… ¡Olvidémoslo y que en paz descanse! —Y todos venían y le perdonaban las deudas.

Pero el de la boina roja no se tragaba la píldora.

—Yo la boina roja no se la perdono.

Fue a ver al muerto y lo vio con la boina roja y flamante en la cabeza.

Tuvo una idea. Cuando los sepultureros cogieron a Yufá y se lo llevaron a la iglesia para enterrarlo, él los siguió, se escondió en la iglesia y decidió esperar hasta la noche.

Cayó la noche, y en la iglesia entraron unos ladrones que tenían que repartirse el dinero que habían robado. Yufá estaba quieto en el ataúd y el de la boina estaba escondido detrás de la puerta. Los ladrones vacían la bolsa del dinero, llena de monedas de oro y de plata, y hacen un montoncito para cada uno. Faltaba repartir una moneda de doce tarjas y no se sabía a quién le tocaba.

—Para no reñir entre nosotros —dice uno de los ladrones— hagamos lo siguiente: aquí hay un muerto, tiremos al blanco con la moneda. El que le acierte en la boca, se la queda.

—¡Muy buena idea! —aprobaron todos.

Y se dispusieron a tirar. Yufá, al oír esto, se levantó del ataúd y gritó roncamente:

—¡Muertos! ¡Resucitad!

Los ladrones dejaron el dinero y huyeron corriendo.

Yufá, en cuanto estuvo solo, corrió hacia el botín, pero en ese momento salió del escondite el de la boina, también estirando las manos hacia el dinero. Se lo repartieron y sólo quedó una moneda de cinco granos[24].

—Ésta es para mí —dice Yufá.

—No, es para mí.

—¡Te digo que me toca a mí!

—¡Te digo que es mía!

Yufá blande un apagavelas y amenaza al de la boina gritándole:

—¡Los cinco granos son míos! ¡Quiero los cinco granos!

Los ladrones, lentamente, se habían acercado a la iglesia para ver qué hacían los muertos: a todos les disgustaba dejar tanto dinero. Se aproximan a la puerta y oyen todo ese alboroto por cinco granos.

—¡Pobres de nosotros! —dicen—. ¡Cuántos muertos deben de haber salido de la

tumba! ¡Apenas les toca cinco granos a cada uno y así y todo el dinero no les basta! —Y escaparon.

Yufá y el de la boina roja volvieron a casa, cada uno con una buena cantidad de monedas y Yufá con los cinco granos que sobraban.

## IV. - YUFÁ Y EL ODRE

La madre de Yufá, viendo que de ese hijo no sacaba nada bueno, lo mandó a servir a un tabernero.

—Yufá —le dijo el tabernero—, ve al mar y límpiame este odre. Pero bien, ¿me oyes?; si no, pobre de ti.

Yufá se fue al mar con el odre. Y allí, limpia que te limpia, estuvo limpiando toda la mañana. Después se dijo: «¿Y ahora qué hago para saber si está bien limpio? ¿A quién se lo pregunto?». En la playa no había nadie, pero en medio del mar navegaba un barco recién salido del puerto. Yufá sacó un pañuelo y le hizo señas con desesperación, gritando:

—¡Eh! ¡Venid aquí! ¡Venid aquí!

—Desde la orilla nos hacen señas —dijo el capitán—. Acerquémonos. Tal vez quieran darnos algo que hayamos olvidado… —Se acercan con una chalupa y encuentran a Yufá—. ¿Pero qué pasa? —pregunta el capitán.

—Dígame, señor: ¿el odre está bien limpio?

El capitán perdió los estribos: era uno y en cien se dividió. Empuñó un bastón y le dio a Yufá todos los palos que pudo.

—¿Pero qué tenía que decir? —preguntó Yufá, llorando.

—Tenías que decir: *¡Señor, hazlos correr!* Así recuperaremos el tiempo que perdimos por tu culpa.

Yufá se echó el odre al hombro, que aún le dolía por la tunda recibida, y se fue caminando por el campo, repitiendo en voz alta:

—Señor hazlos correr, Señor hazlos correr, Señor hazlos correr. Encuentra un cazador apuntando a dos conejos. Y Yufá:

—Señor hazlos correr, Señor hazlos correr…

Los conejos dieron un brinco y huyeron.

—¡Ah, hijo de perra! —exclama el cazador—. ¡Lo único que me faltaba! —Y le da un culatazo en la cabeza.

—¿Pero qué tenía que decir? —preguntó Yufá, llorando.

—Tenías que decir: *¡Señor, que caigan muertos!*

Yufá, con el odre al hombro, se fue repitiendo:

—Señor que caigan muertos, Señor que caigan muertos…

¿Y a quién encuentra? A dos que habían llegado a las manos. Y Yufá: —Señor que caigan muertos…

Al oír esto, los que peleaban se separan y se abalanzan sobre Yufá: —¡Ah infame! ¡Vienes a calentar los ánimos!

Y plenamente de acuerdo se dedican a aporrear a Yufá.

En cuanto pudo hablar, Yufá preguntó sollozando:

—¿Pero qué tenía que decir?

—¿Qué tenías que decir? Tenías que decir: *¡Señor, que se separen!*

—Entonces, Señor que se separen, Señor que se separen… —iba repitiendo Yufá por el camino.

Había dos novios que acababan de casarse y salían de la iglesia. No bien oyeron «Señor que se separen», el novio se le viene encima, se quita el cinturón y empieza a azotar a Yufá, gritándole:

—¡Pajarraco de mal agüero! ¡Me quieres separar de mi mujer!

Yufá no podía más y se tendió como muerto. Y cuando fueron a levantarlo y abrió los ojos, le preguntaron:

—¿Pero cómo se te ocurre decirle eso a los novios?

Y él:

—¿Pero qué tenía que decir?

—Tenías que decir: *¡Señor, hazlos reír! ¡Señor, hazlos reír!*

Yufá cogió el odre y se marchó, repitiendo la frase. Pero en una casa había un difunto rodeado por las velas, y los deudos lloraban. Cuando oyeron que Yufá pasaba diciendo «Señor hazlos reír», salió uno con un bastón y Yufá recibió las que todavía no le habían dado.

Entonces Yufá comprendió que lo mejor era callarse la boca y corrió a la taberna. Pero el tabernero, que lo había mandado a limpiar el odre a primera hora de la mañana y lo veía regresar al anochecer, también le dio su cuota de porrazos. Y después lo despidió.

## V. - ¡COMED, ROPAS MÍAS!

Con Yufá, tonto como era, nadie tenía el gesto de invitarlo o preguntarle si quería

servirse. Una vez fue a una granja para ver si le daban algo, pero como lo vieron tan mal entrazado le soltaron los perros. Su madre entonces le dio una linda chaqueta, un par de pantalones y un chaleco de terciopelo. Vestido como un capataz de hacienda, Yufá fue al mismo establecimiento. Lo recibieron con gran ceremonia y lo invitaron a la mesa, y lo llenaron de cumplidos. Yufá, cuando le sirvieron la comida, se llevaba una porción a la boca y con otra se llenaba los bolsillos de la chaqueta, los bolsillos del chaleco, el sombrero, diciendo:

—¡Comed, ropas mías, comed, que a vosotras os han invitado y no a mí!

## VI. - ¡YUFÁ, OJO CON LA PUERTA!

Yufá tenía que ir al campo con su madre. La madre salió primero y le dijo:

—¡Yufá, ojo con la puerta! ¡No la dejes abierta que es peligroso!

Yufá decidió que mejor que no dejarla abierta era no dejarla directamente, y tiró de la puerta hasta arrancarla de los goznes. Se la cargó al hombro y corrió detrás de su madre. Al cabo de un trecho empezó:

—¡Mamá, me pesa! ¡Mamá, me pesa!

La madre se dio la vuelta.

—¿Y qué es lo que te pesa? —Y entonces vio que llevaba la puerta al hombro.

Con esa carga se les hizo tarde, llegó la noche y los sorprendió lejos de casa. Por temor a los bandidos, madre e hijo se subieron a un árbol. Y Yufá siempre seguía con la puerta al hombro.

Debajo de ese árbol, a medianoche, hete aquí que vienen los bandidos a repartirse el botín. Yufá y la madre contenían el aliento.

Al rato Yufá dice en voz baja:

—Mamá, tengo ganas de hacer pis.

—¿Qué?

—No puedo más.

—Aguanta.

—No me puedo aguantar.

—Aguanta.

—No puedo.

—¡Bueno, venga!

Y Yufá hizo pis. Los bandidos, cuando notaron que caía agua, dijeron:

—¡Caray, se ha puesto a llover de golpe!

Al cabo de un rato Yufá dijo en voz baja:

—Mamá, tengo que hacer una necesidad.

—Aguanta.

—No puedo más.

—Aguanta.

—No puedo.

—¡Pues venga!

Y Yufá no se lo hizo repetir. Los bandidos vieron aquello que les caía encima y dijeron:

—¿Qué es, maná del cielo? ¿O son los pájaros?

Luego Yufá, que siempre seguía con la puerta al hombro, dijo en voz baja:

—Mamá, me pesa.

—Espera.

—¡Pero me pesa!

—¡Pero espera!

—No puedo más. —Y dejó caer la puerta, que se desplomó encima de los bandidos.

¡Qué les echen un galgo a los bandidos! Salieron corriendo, piernas para qué os quiero.

Madre e hijo bajaron del árbol y encontraron un saco de monedas de oro, el botín que se repartían los bandidos. Se lo llevaron a casa y la madre le aconsejó:

—No le cuentes esta historia a nadie, que si la Ley se entera vamos a dar con los huesos en la cárcel.

Luego fue a comprar pasas de uva e higos secos, subió al tejado y apenas Yufá salió de la casa empezó a tirarle puñados de pasas de uva y de higos en la cabeza. Yufá se guareció.

—¡Mamá! —gritó dentro de la casa.

—¿Qué quieres? —preguntó la madre desde el tejado.

—¡Caen pasas e higos!

—Se ve que hoy llueven pasas e higos. ¿Qué quieres que te diga?

Cuando Yufá se marchó, la madre sacó las monedas de la bolsa y metió en ella clavos oxidados. Al cabo de una semana Yufá fue a mirar en la bolsa y encontró clavos. Empezó a protestarle a su madre:

—Dame ese dinero que es mío, de lo contrario voy a ver al juez.

—¿Qué dinero? —decía la madre, y fingía no entender de qué hablaba.

Yufá fue a ver al juez.

—Excelencia, yo tenía una bolsa de monedas de orco y mi madre me las ha cambiado por clavos oxidados.

—¿Monedas de oro? ¿Y tú cuándo has tenido monedas de oro?

—Sí, sí, fue el día que llovieron pasas de uva e higos secos.

Y el juez mandó que lo internaran en el manicomio.

*(Sicilia)*

# 191
# FRAY IGNACIO

Fray Ignacio, sacerdote laico, tenía que ir todos los días a pedir limosna para el convento. Iba con más ganas donde vivía gente humilde, porque la gente humilde se la daba de corazón; en cambio, nunca visitaba a un notario llamado Franchino, porque lo conocía como hombre de mal corazón, alguien que le chupaba la sangre a los pobres.

Un día el notario, ofendido con Fray Ignacio porque eludía su casa, fue al convento a lamentarse al Prior de la descortesía de Fray Ignacio.

—¿Os parece, padre, que yo soy persona que se pueda tener en tan poco?

El Prior le dijo que no se preocupase, que él se encargaría de poner a Fray Ignacio en el lugar que le correspondía, y el notario se calmó y se fue.

Cuando Fray Ignacio volvió al convento, el Prior le dijo:

—¿Qué es ese modo de tratar al notario? Mañana irás a su casa y aceptarás cuanto te ofrezca.

Fray Ignacio se calló la boca y agachó la cabeza. A la mañana siguiente fue a ver al notario, y Franchino le llenó las alforjas. Fray Ignacio se cargó las alforjas al hombro y se puso en camino hacia el convento. Cuando dio el primer paso, de las alforjas cayó una gota de sangre, luego otra, luego otra más. La gente que iba por la calle, al ver al fraile con esas alforjas que goteaban sangre, decían:

—¡Qué buen día hoy, para Fray Ignacio! ¡Hoy los padres tendrán un buen almuerzo!

Y Fray Ignacio seguía caminando sin decir una palabra, dejando un reguero de sangre.

En el convento, cuando lo vieron llegar con toda esa sangre, los otros frailes le dijeron:

—¡Hoy Fray Ignacio nos trae carne! ¡Carne fresca! —abrieron las alforjas y no encontraron carne—. ¿Y toda esta sangre? ¿De dónde brotaba?

—No tengáis miedo —dijo Fray Ignacio—. Esa sangre salía de las alforjas,

porque la limosna que me dio el notario no es trabajo suyo, sino sangre de los pobres a quienes despoja.

A partir de esa vez Fray Ignacio nunca más fue a pedir limosna al notario.

*(Campidano)*

# 192
# LOS CONSEJOS DE SALOMÓN

Una vez había un comerciante que tenía una tienda. Un día, iba por la mañana temprano a abrir la tienda y encontró en el umbral un hombre muerto. Por temor a que lo arrestaran, huyó abandonando a su mujer y sus tres hijos. Llegó a otra región y buscó trabajo, pero no encontraba. Finalmente, se enteró de que alguien buscaba un criado. A falta de algo mejor, se dijo: «Vamos a ver». Ese señor se llamaba Salomón: era un profeta, y todos los habitantes acudían a él en busca de consejo. El comerciante entró al servicio de Salomón, y le tenía afecto, y Salomón le tenía afecto a él: permaneció con él veinte años. Al cabo de veinte años, como no tenía noticias de su familia, sintió deseos de ir a verla y le dijo a su amo:

—Señor, he resuelto ir a visitar a los míos: arreglemos las cuentas, que yo parto.

En veinte años que había estado allí jamás había tocado un céntimo de la paga que le debían. El patrón hizo las cuentas: le correspondían trescientos escudos, y se los dio.

El criado se despidió, y ya estaba en la escalera cuando el patrón volvió a llamarlo.

—Todos vienen a mí en busca de consejo —le dijo—, y tú te vas así.

—¿Cuánto quieres por un consejo? —le preguntó el criado.

—Cien escudos.

El criado reflexionó, subió de nuevo, y le dio los cien escudos.

—Dame un consejo.

Y Salomón dijo:

—*No dejes el viejo camino por el nuevo*.

—¡Eh! ¿Y eso es todo? ¿Y por esto he pagado cien escudos? —exclamó el criado.

—Porque así te acordarás —dijo Salomón.

El criado volvió a bajar las escaleras, luego reflexionó, subió nuevamente y dijo:

—Ya que estamos, dame otro consejo.

—Son cien escudos más —dijo Salomón. El criado le dio cien escudos más y el

patrón le dio su consejo—: *No te entrometas en asuntos ajenos*.

El criado pensó: «Ahora, para volver a casa con sólo cien escudos es mejor que vuelva con las manos vacías y escuche otro consejo». Y pagó los últimos cien escudos por este consejo:

—*La furia de hoy déjala para mañana*.

Se volvió para marcharse, y el patrón lo llamó una vez más, le dio una hogaza de pan y le dijo:

—No la cortes si no estás en la mesa con toda la familia.

El criado estaba en camino, cuando se encontró con un grupo de viajeros.

—¿Vienes con nosotros? Vamos por aquél otro lado y podemos ir juntos.

«Le di cien escudos a mi patrón —pensó el criado— por el consejo de no dejar el camino viejo por el nuevo», y no fue con esa gente sino que continuó por donde iba.

Reanudó el viaje y al cabo oyó disparos, gritos, lamentos: era el grupo de viajeros: los habían asaltado los bandidos y los habían asesinado a todos. «Que los cien escudos aprovechen a mi patrón —pensó—, su consejo me ha salvado la vida».

La oscuridad lo sorprendió en un paraje desierto, y no sabía dónde buscar albergue. Finalmente encontró una casa solitaria, llamó, pidió que lo alojaran por esa noche, y le permitieron entrar. El dueño de la casa preparó la cena, puso la mesa, y se sentaron a comer. Cuando terminaron de cenar, abrió un recinto subterráneo, y de allí salió una mujer ciega. El dueño de la casa vertió la sopa en una calavera y como cuchara le dio un trozo de caña. La ciega comió, el hombre la hizo bajar nuevamente al subterráneo y la encerró.

—¿Qué dices de lo que acabas de ver?

El criado se acordó del segundo consejo y respondió:

—Pienso que tendrás tus razones.

—Esa es mi mujer —dijo entonces el dueño de la casa—. Cuando yo me iba, ella recibía a otro hombre; una vez volví y los sorprendí juntos. El plato donde come es el cráneo de ese hombre, y la cuchara es la caña con que le arranqué los ojos. ¿Qué te parece? ¿Bien hecho o mal hecho?

—Si te pareció justo hacerlo, quiere decir que está bien hecho —dijo el huésped.

—Muy bien —dijo el dueño de la casa—, a todos los que me responden que está mal hecho los mato.

Y el huésped pensó: «Benditos sean también esos otros cien escudos, que me han salvado la vida una vez más».

Por la noche llegó a su aldea. Buscó su calle y su casa. Las ventanas estaban iluminadas, y en eso vio a su mujer asomada con un joven apuesto a quien le acariciaba la cara con mucha confianza. Se enfureció tanto que quiso matarla en el acto. Pero pensó: «Di otros cien escudos a mi amo a cambio del consejo: la furia de hoy déjala para mañana».

Entonces, en lugar de disparar fue a preguntarle a una mujer que estaba allí enfrente:

—¿Quién está en esa casa?

—Una mujer que está muy contenta porque su hijo regresó hoy del seminario y ha dado su primera misa, y ella no se cansa de acariciarlo.

Y el hombre pensó: «Benditos sean también los últimos cien escudos, que por tercera vez me salvaron la vida». Entró en su casa, lo recibió la mujer, los hijos no lo conocían, se abrazaron todos. Cuando se fueron los vecinos, se sentaron a la mesa y el hombre cortó el pan: allí dentro estaban los trescientos escudos que Salomón se había quedado para que tuviera en cuenta sus consejos.

*(Campidano)*

# 193
# HOMBRE QUE ROBÓ A LOS BANDIDOS

Seis bandidos muy temidos y poderosos que vivían de la rapiña, siempre robando y asesinando, tenían en un monte una casa donde había un cuarto lleno de dinero. Cada vez que salían, escondían la llave de la casa debajo de una piedra.

Un día un campesino y su hijo iban a buscar leña cuando vieron salir a los bandidos; se ocultaron y vieron dónde escondían la llave. En cuanto los bandidos se alejaron, los dos sacaron la llave de debajo de la piedra, abrieron, se llenaron los bolsillos de monedas; después cerraron, devolvieron la llave a su escondite, y regresaron muy contentos a la aldea.

Al día siguiente padre e hijo volvieron a robar a los bandidos, y lo mismo al otro día: el tercer día apenas el hijo abrió la puerta cayó en un pozo de cieno que los bandidos habían cavado a propósito debajo del umbral. El padre trató de sacarlo, pero no podía. Tenía miedo de que llegaran los bandidos y al encontrar al hijo también lo reconocieran a él. Entonces le cortó la cabeza a su hijo y se la llevó a casa.

Cuando los bandidos regresaron, encontraron un cadáver en el pozo pero no pudieron saber quién era porque le faltaba la cabeza. Y resolvieron colgarlo de un árbol seco en la cima del monte, dejando a uno de guardia para ver quién venía a recogerlo. El padre quería el cadáver de su hijo y fue a pedirle consejo a una adivina, para que le dijera qué convenía hacer.

Va de noche, se acerca al árbol seco y se esconde; y otro hijo suyo se esconde en el otro lado del monte, y con dos tablas de madera empieza a dar golpes imitando las coces de dos carneros. El bandido que cuidaba al muerto no había comido en todo el día, y al oír esos golpes va a ver si atrapa los carneros para comérselos asados. El padre del muerto, no bien se aleja el bandido, descuelga al hijo del árbol y se lo lleva a la carrera.

Los bandidos, al ver que los habían burlado, querían vengarse a toda costa del compañero del muerto, pero no acertaban a descubrirlo. Un día, al cabo de mucho tiempo, descendieron a la aldea para atender ciertos negocios y se enteraron de que en

el lugar había un hombre que hacía poco se había enriquecido, y que era el padre del muerto. De inmediato los bandidos encargaron a un tonelero seis toneles grandes con una tapa en el fondo, y entraron cada cual en un tonel, todos armados. Después enviaron al tonelero a casa de ese hombre rico que vivía allí cerca para que, con la excusa de no tener sitio en la tienda, guardara los toneles hasta que el dueño viniera a retirarlos. El rico dice que sí y guarda los toneles en la bodega. Por la noche, una criada antes de ir a dormir va a tomar vino y oye voces dentro de los toneles.

—Bueno, ¿es o no la hora de salir a matar al dueño de la casa? —decían.

Al oír esa voz la criada volvió arriba temblando. Despierta al patrón y se lo cuenta todo. El patrón llama a los guardias y a los carabineros y baja a la bodega para arrestar a los bandidos. Arrestaron a unos y mataron a otros. Así terminaron sus andanzas: y el hombre que había robado a los bandidos conservó sus riquezas y vivió en su casa tranquilamente.

*(Campidano)*

# 193
# LA HIERBA DE LOS LEONES

Había un carpintero que tenía una hija hermosísima, pero eran muy pobres. La muchacha se llamaba Mariaorsola, y como era tan hermosa su padre nunca la dejaba salir ni asomarse a la ventana. Enfrente del carpintero vivía un mercader que era muy rico y tenía un hijo varón. Este hijo varón se enteró de que el carpintero tenía una hija y fue a casa del carpintero.

—Maestro Antonio, ¿me harías una mesa?

—Tráeme la madera —le dijo el hombre—, y yo te hago la mesa, porque no tengo dinero siquiera para comprarla.

El muchacho le llevó la madera sin que se enteraran los padres, que no querían que entrara en casa de gentes tan pobres, y siempre echaba una ojeada por si veía a Mariaorsola. Ella creía que él ya se había marchado y apareció en la escalera. Peppino la vio y se enamoró.

—Maestro Antonio —le dijo al carpintero—, te pido la mano de tu hija.

—Muchacho —le dijo el hombre—, no te burles de nosotros. Mariaorsola es muy pobre y tus padres no van a aceptarla.

—No me estoy burlando —dijo Peppino—, no te preocupes por mis padres. A mí Mariaorsola me gusta y me casaré con ella.

Así pues hicieron el contrato de matrimonio, a escondidas de los padres de Peppino.

Pero la madre de Peppino se enteró en la calle de que su hijo estaba recién casado y se lo contó a su marido.

—¿Qué hacemos? ¡Hay que embarcarlo! —dijo el mercader.

Cuando por la noche llegó Peppino, le dijo:

—Como ves yo ya estoy viejo, y hay que ir al continente para llevar mercancías.

El día en que Peppino le anunció a Mariaorsola que debía partir la esposa rompió a llorar. Él le dejó un puñado de monedas.

—Quédate tranquila y alegre —le dijo—, y nunca te olvides de mí.

Al día siguiente se marchó de la casa para irse, y Mariaorsola se asomó apenas por la ventana y oyó que Peppino le decía a la gente de la calle:

—No os preocupéis, yo parto y vuelvo dentro de un año.

Al oír la voz de Peppino, Mariaorsola se desmayó. Se metió en cama, y desde el día de la partida de Peppino siempre estuvo entre la vida y la muerte.

Al cabo de un año Peppino llegó a Porto Torres y lo primero que hizo fue enviar una carta a su casa diciendo que había llegado y pidiendo un carro para descargar las mercancías. El padre, la madre y los amigos fueron a su encuentro. Después de saludarlos, Peppino se apresuró a preguntar:

—Y vuestros vecinos, ¿están todos bien?

—Todos bien —le respondieron—, menos Mariaorsola, la hija de Maestro Antonio, que si no está muerta poco le falta. Desde que partiste no se ha levantado de la cama.

Peppino se desvaneció. Lo metieron en la carroza, lo llevaron a casa, llamaron al médico. Estaba enfermo del disgusto, pero el médico no entendía de qué enfermedad se trataba y la madre estaba desesperada.

Ahora bien, resulta que Peppino, antes de partir, había confiado el secreto de su matrimonio a dos amigos íntimos. Y estos amigos fueron a ver al médico y le dijeron:

—Lo que pasa es que ese joven se casó a escondidas de su padre y de su madre, y su mujer enfermó gravemente desde que él se fue. Y ése es el disgusto que le ha puesto enfermo: mientras no recupere a su mujer no se repondrá.

El médico fue a contárselo al padre y a la madre.

—¿Qué hacemos? —le dijo el padre a su mujer, que al enterarse del matrimonio de su hijo con una muchacha pobre estaba aún más desesperada.

—Antes de que se nos muera es mejor verlo casado con la hija del carpintero —dijo la madre, y fue a preguntar cómo estaba Mariaorsola.

—Mariaorsola está agonizando —le dijo la madre de la esposa—. ¡Ha estado enferma tanto tiempo y nunca me habéis preguntado nada, y ahora que está muriéndose os acordáis de ella!

—Quiero llevármela a casa —dijo la madre de Peppino.

—Déjala en paz, que está agonizando.

Pero la madre de Peppino tanto hizo y tanto dijo que levantó a Mariaorsola de la cama, se la llevó a casa y la acostó en un sofá frente a la cama de Peppino.

—Peppino —le dijo su madre—, mira a tu Mariaorsola.

Peppino, al oír esas palabras, empezó a recobrarse y se levantó.

—¡Mariaorsola!

Cuando Mariaorsola vio a Peppino delante de ella también empezó a recobrarse.

Así se curaron. Y cuando estuvieron sanos del todo celebraron las bodas, y se querían muchísimo.

Al cabo de un tiempo de vida feliz, Mariaorsola enfermó.

—Oye, Peppino —dijo—, si muero debes rezar por mi alma con el cuerpo

presente —y en efecto murió.

Se la llevaron y Peppino se olvidó de las oraciones.

Por la noche se acordó: «¡Me olvidé!», pensó, y corrió a la iglesia sin pérdida de tiempo. Llamó.

—¿Qué pasa? —preguntó el sacristán.

—Baja, hazme el favor —y cuando el sacristán bajó—: Ábreme la tumba de la difunta y yo te doy diez escudos.

—¿Estás loco? ¿Y si se enteran?

—Nadie lo sabrá. Está oscuro.

El sacristán le abrió la tumba y lo dejó solo. Peppino se arrodilló y empezó a rezar las oraciones. Mientras rezaba oyó rugidos y en la iglesia entraron dos leones. Los leones empezaron a luchar. Un león derriba al otro, lo muerde, lo muerde, lo muerde y lo mata. El león vivo entonces corre a arrancar una hierba que crecía en el terreno de la iglesia, abre los labios del león muerto y le frota los dientes con la hierba. El león muerto resucita y los dos leones se marchan juntos.

Peppino mientras tanto había terminado de rezar las oraciones, y se dijo: «¡Veamos si puedo volver a la vida a Mariaorsola!». Recogió un puñado de aquella hierba, frotó los dientes de la muerta y ella se levantó.

—¿Qué has hecho, Peppino? —le dijo—. ¡Yo gozaba de la gloria!

Peppino le dio su manto y la tomó en brazos.

—¿Qué pasa? ¿Qué estás haciendo? ¿Te llevas a la difunta? —dijo el sacristán.

—¡Déjame tranquilo, que mi mujer está viva!

La llevó a casa, la acostó, y a fuerza de compresas le devolvió el calor. Luego se durmió junto a ella.

Serían las siete cuando la madre fue a llamar a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó Mariaorsola.

Al oír la voz de la muerta la suegra se cayó por las escaleras, se golpeó la cabeza y murió.

Al rato fue la criada, llamó, y Mariaorsola:

—¿Pero quién está dando esos golpes?

La criada también se llevó tal susto que rodó escaleras abajo, se golpeó la cabeza y murió.

Cuando despertó Peppino, Mariaorsola le dijo:

—En esta casa no se puede dormir. Se pasan el día golpeando la puerta.

—¿Y tú respondiste?

—Claro que respondí.

—¿Qué has hecho? ¡Aquí creen que estás muerta!

Peppino abrió la puerta y vio a su madre y a la criada tendidas al pie de la escalera. «¡Ay, qué desgracia! —se dijo—. Pero silencio, no sea que mi mujer se asuste». Y con la hierba de los leones devolvió la vida a las dos mujeres.

Mariaorsola, cuando estaba enferma, había hecho la promesa de ir a San

Gavino[25]. Y le dijo a su marido:

—Mañana vamos a San Gavino.

Se pusieron en marcha y después de un trecho ella dijo:

—Peppino, me he olvidado el anillo en el alféizar.

—Bueno, sigamos.

—No, ve a buscarlo, que si se levanta viento se caerá.

—Está bien, voy, pero ten cuidado, no te acerques al mar, que está la barca del Rey de Moscovia —y volvió a la casa.

Pero Mariaorsola se acercó al mar, y el Rey de Moscovia la raptó y se la llevó.

Cuando Peppino volvió con el anillo, buscó a Mariaorsola pero no la encontraba. Entonces se zambulló en el mar y nadó. Vio un barco y desplegó un pañuelo blanco.

—¡Rápido, hay un hombre en el agua! —dijo el dueño del barco. Lo subieron a bordo y Peppino preguntó:

—¿Habéis visto la nave del Rey de Moscovia?

—No, no la hemos visto.

—Por favor, llevadme a Moscovia.

En Moscovia, estaba Mariaorsola vestida de Reina. Al verla, Peppino le sonrió, y ella miró hacia otro lado. Peppino no sabía qué hacer para acercársele. Ofreció al Rey sus servicios de camarero y lo contrataron para servir la mesa. La encontró sola en la mesa y le dijo:

—¡Eh, Mariaorsola! ¿Ya no me reconoces?

Ella arrugó el ceño y desvió la mirada; y ya estaba pensando qué hacer para perderlo.

—Toma todos estos cubiertos de plata —le dijo a un paje del Rey— y mételos en el bolsillo de ese camarero.

Así pues, metieron los cubiertos en el bolsillo de Peppino.

—Éste era el ladrón de la casa. Llevadlo a prisión y colgadlo delante de mi ventana.

Peppino todavía conservaba la hierba de los leones y cuando se lo llevaron a la horca dijo al confesor:

—Yo soy inocente y pido la gracia de que no me rompan el hueso del cuello y de que su señoría se lleve mi cadáver a su casa y me frote los dientes con esta hierba: yo volveré a la vida.

El confesor, a la hora convenida, le dijo al verdugo:

—Ojo, no debes quebrarle el hueso del cuello —luego pidió al Rey que le permitiera llevarse el cadáver a su casa. El verdugo lo ahorcó cuidando de no romperle el hueso del cuello, y el confesor se llevó el cadáver al convento. Apenas le pasaron la hierba por los dientes, Peppino volvió a la vida, se lo agradeció al confesor y se marchó.

Fue al país del Rey de las Siete Coronas. La mujer del Rey de las Siete Coronas había muerto y el Palacio estaba de luto.

—Quiero entrar en Palacio —dijo Peppino al centinela.

—¡Justamente a ti te van a querer ahora en Palacio! —replicó el centinela.

—Diles que quiero entrar.

Tanto insistió que lo dejaron entrar.

—Majestad, quiero quedarme a solas con la difunta.

Y el Rey ordenó que todos salieran.

Peppino cerró el cuarto, bajó a la muerta del catafalco, la tendió en la cama y le puso esa hierba entre los labios; se despertó y volvió a la vida. Peppino abrió la puerta.

—Majestad, aquí tenéis a vuestra mujer.

Retiraron el luto del Palacio e iniciaron los festines.

Desde ese día el Rey conservó a Peppino a su lado y un día le dijo:

—Peppino, soy viejo. Tú eres ahora nuestro hijo y te quiero dar mis siete coronas.

—Cuando se corona al Rey de las Siete Coronas —preguntó Peppino—, ¿quiénes son los Reyes que asisten?

—Asisten: el Rey de España, el Rey de Italia, el Rey de Francia, el Rey de Portugal, el Rey de Inglaterra, el Rey de Austria, el Rey de Moscovia. Estos son los siete Reyes que coronan al Rey de las Siete Coronas.

—Acepto las siete coronas —dijo Peppino.

Enviaron las invitaciones y el Rey de Moscovia se preparó para el viaje. Su mujer, Mariaorsola, se hizo un vestido de primera, y así llegaron al Palacio del Rey de las Siete Coronas.

En la sala, en medio de todos esos Reyes y Reinas, Peppino reconoció de inmediato a Mariaorsola, pero ella no lo reconoció a él. Después de la coronación vino el banquete. Después del banquete dijo Peppino, con las siete coronas en la cabeza:

—Ahora cada uno debe contar una historia.

Y contaron una historia cada uno. Cuando llegó el turno a Peppino:

—Ahora contaré la mía. Que nadie se levante de la mesa hasta que haya terminado. —Y contó toda su historia, desde que se había casado con Mariaorsola. Mariaorsola parecía sentada sobre carbones encendidos. Decía que le dolía la cabeza, que quería salir, pero Peppino—: ¡Que nadie se levante! —cuando terminó su relato, le dijo al Rey de Moscovia—: ¿Qué merecería una mujer así?

—Primero que la ahorquen —dijo el Rey de Moscovia—, después que la quemen, y finalmente que dispersen sus cenizas al viento.

—Así se haga —dijo Peppino—. Arrestad a la mujer del Rey de Moscovia —y la ejecutaron de inmediato.

Y él siguió siendo Rey de las Siete Coronas.

*(Nurra)*

# 195
# EL CONVENTO DE MONJAS Y EL CONVENTO DE FRAILES

Había un sastre que tenía una hija llamada Giannina. Giannina era hermosa e iba a la escuela. Era tan hermosa que un joven llamado Gianni siempre la seguía, y ella ya no sabía cómo evitarlo. Hasta que un día dijo a sus compañeras:

—¿Fundamos un convento?

—Fundémoslo —dijeron las compañeras.

Entre estas compañeras había hijas de Rey, de caballeros y de grandes señores. Se juntaron doce y dijeron a sus padres:

—Queremos fundar un convento de monjas.

—¿Cómo, un convento fundado sólo por vosotras?

Pero ellas querían fundar el dichoso convento, y lo fundaron lejos del pueblo. Se llevaron provisiones en abundancia y las doce se instalaron allí. A Giannina la nombraron abadesa.

Gianni, el que estaba enamorado de Giannina, dijo a sus compañeros:

—Hace días que no veo a Giannina. ¿Dónde estará?

—¿Y a nosotros nos preguntas?

—Ya que no puedo ver a la que amo, me haré sacerdote. ¿Por qué no fundamos un convento de frailes?

Y fundaron un convento de frailes.

Una noche se terminaron las provisiones en el convento de monjas. La encargada de proveer los alimentos era la abadesa Giannina. Se asomó al balcón y vio una luz a lo lejos. Caminó hacia esa luz en busca de provisiones. Llegó a una casa, entró, y no encontró a nadie. Había una mesa servida con doce vasos, doce cucharas, doce servilletas y doce grandes platos de macarrones bien condimentados. Giannina metió los doce platos de macarrones en un canasto y regresó al convento. Tocó la campanilla del refectorio y vinieron las monjas. Giannina sirvió un plato a cada una y cenaron.

La casa donde había encontrado los macarrones era el convento de los frailes. Cuando regresaron y vieron la mesa vacía, el padre guardián, que era Gianni, dijo:

—¿Quién será el cretino que nos ha robado la cena? Mañana por la noche alguien tiene que quedarse de guardia.

A la noche siguiente dejaron a uno de guardia y le dijeron:

—Al primer silbido acudimos todos. Ojo con dormirte.

Pero poco después el fraile roncaba como un lirón. La abadesa volvió, vio los doce platos de macarrones en la mesa, echó una ojeada, vio al fraile dormido, puso los macarrones en el canasto, luego cogió la cazuela y frotó la cara del fraile dormido con la grasa de la cazuela.

Volvió al convento, tocó la campanilla y cenaron.

El guardián, cuando vio al fraile con la cara negra, dijo:

—¡Buen guardia hemos dejado!

A la noche siguiente dejó a otro fraile. Pero también éste se durmió y se encontró con la cara negra. Y así durante once noches, siempre cambiando de fraile, hasta que le tocó al padre guardián.

Gianni fingió dormirse, pero estaba despierto. Cuando Giannina, después de llenar el canasto de macarrones fue a tiznarle la cara de negro, él se levantó y dijo:

—¡Alto, que esta vez no te ha salido bien!

—¡Ay! —dijo ella—. Por favor, no me hagas daño.

—No te haré nada, pero tú tendrás que traer aquí a tus once monjas.

—Sí, pero a condición de que no nos hagáis nada malo.

—Lo prometo.

Y la abadesa se fue con su canasto de macarrones. Dio de comer a las monjas, luego dijo:

—Hermanas, tenemos que ir al convento de los frailes.

—¿Y que nos harán?

—Nada malo. Lo han prometido.

Y fueron.

—Queremos una habitación para nosotras, donde podamos enclaustrarnos.

El guardián las condujo a una habitación con doce camas y las monjas se fueron a dormir.

Regresaron los otros frailes y vieron la mesa vacía.

—¡Ah, pese a que Su Señoría se ha quedado de guardia, también esta noche ha desaparecido la cena!

—Silencio —dijo el guardián—, que esta vez hemos atrapado a la ladrona.

—¿De veras?

—Sí, y con ella a otras once, y ahora serán ellas quienes nos cocinen los macarrones. —Va a llamar a la puerta de las monjas y les dice—: Rápido, a levantarse que es hora de cocinarnos los macarrones.

—Mis monjas —dice la abadesa— no saben cocinar si no escuchan música.

—Nosotros tocaremos —dicen los frailes.

Y se ponen a tocar trompetas y violines, medio muertos de hambre como están. La abadesa y las monjas, entre tanto, en vez de ponerse a cocinar cogen los colchones y los arrojan por la ventana, toman las sábanas y las sujetan al alféizar, y así bajan por las sábanas y saltan sobre los colchones y huyen una por una. Corren a su convento y se encierran allí dentro.

Mientras tanto los frailes seguían tocando y ya no veían nada del hambre que tenían.

—¿Pero todavía no están listos los macarrones? —se dicen. Llaman a la puerta de las monjas y nadie responde. Derriban la puerta y ven las camas vacías, sin sábanas ni colchones—. ¡Ah! ¡Nos han engañado! ¡Hay que pagarles con la misma moneda!

Hacen un tonel, meten dentro al guardián, lo dejan encerrado. Van al convento de las monjas y se ocultan en los alrededores esperando la oscuridad. Al anochecer uno de los frailes se acerca al convento de las monjas haciendo rodar el tonel, rotolón-rotolón. Llama; se asoma una monja.

—¿Nos hacéis un favor? ¿Nos guardáis este tonel en la portería por esta noche? —Y deja el tonel.

Pero la abadesa se había dado cuenta del truco y se dijo: «¡Estamos perdidas!». Las monjas fueron a comer, y ella:

—Atención, hermanas, no tengáis miedo, porque esta noche algo va a ocurrir.

En efecto, mientras estaban comiendo el guardián salió del tonel y llamó a la puerta del refectorio.

—¿Quién es?

—Abrid.

Las monjas abrieron y el guardián entró.

—Buenas noches, ponte cómodo. —Y el guardián se puso a comer con ellas, hablando de bueyes perdidos. Al final de la cena, sacó una botellita del bolsillo.

—Bebed una copita, hermanas.

Las monjas bebieron, pero la abadesa se echó el líquido dentro del hábito. Todas las monjas cayeron dormidas, pero la abadesa sólo fingía hacerlo. Cuando las vio vencidas por el sueño, el guardián les sujetó la cintura con una cuerda, para bajarlas una por una por la ventana. Se asomó a la ventana para llamar a los otros frailes, pero Giannina lo siguió cautelosamente, lo cogió por los tobillos y lo arrojó de cabeza por la ventana.

Después despertó a las compañeras.

—Rápido, tenemos que irnos de aquí. ¡Escribamos a nuestros padres que nos vengan a buscar porque ya no queremos ser monjas!

Y cada cual volvió a su casa. También los frailes dejaron el convento y volvieron a casa.

Gianni estaba nuevamente enamorado de Giannina y fue a pedir su mano con la cabeza vendada, y ella finalmente dijo que sí. Pero antes de casarse se hizo una

muñeca de azúcar de su mismo tamaño.

La noche después del casamiento, le dijo a su marido:

—Cuando entres en el dormitorio apaga la vela, pues en el convento me habitué a estar a oscuras.

La noche después del casamiento entró en el dormitorio, puso la muñeca de azúcar en la cama, se escondió debajo de la cama, y con un hilo movía a la muñeca. El marido entró con una espada en la mano.

—Pues bien, Giannina, ¿qué me has hecho? ¿Te acuerdas de cuando me robabas la cena?

Y la muñeca decía que sí con la cabeza.

—¿Te acuerdas de cuando me tiraste por la ventana y me rompiste la cabeza?

Y la muñeca:

—Sí, sí.

—¿Y todavía tienes el coraje de decirme que sí?

Blande la espada y la clava en el pecho de la muñeca de azúcar.

—¡Giannina, te he matado! ¡Ahora beberé tu sangre! —Y lame la espada con la lengua—. ¡Giannina! ¡Eras dulce en vida y muerta sigues siéndolo! —Y volvió hacia su cuerpo el filo de la espada, dispuesto a matarse. De pronto Giannina salió de debajo de la cama.

—¡Alto, no te mates, estoy viva!

Se abrazaron y a partir de entonces fueron esposos felices.

*(Nurra)*

# 196
# EL PODER DEL HELECHO MACHO

El joven más indómito de Gallura era un bandido que ni siquiera la justicia había logrado capturar. Una noche, después de una fiesta, cuando los campos estaban en silencio y no había señales de vida, el bandido, con el fusil en bandolera, atravesaba un paraje donde se erguía una iglesia solitaria cuando de pronto un jabalí escapó de un arbusto y echó a correr alrededor de la iglesia. El hombre apunta, hace fuego, lo mata.

El sendero pasaba justo delante de la iglesia. El bandido, a poca distancia de la puerta, oyó que de la iglesia salían cantos y risas. Se detuvo a escuchar y pensó: «Con este jabalí, con tanta gente alegre, se podría organizar una buena jarana, y mañana temprano podría reanudar el viaje». De modo que entró en la iglesia con el jabalí muerto a rastras.

—¡Un jabalí para todos los presentes! —gritó, y las gentes reunidas, hombres y mujeres, lanzaron una carcajada y empezaron a bailar en ronda cogiéndose de la mano. El bandido estaba a punto de tenderles sus manos cuando vio que ninguno de ellos tenía ojos, y comprendió que no era un baile de vivos sino de muertos.

Los muertos, siempre bailando con gran alegría, procuraban dejarlo en el centro del círculo, y un fantasma de mujer pasó junto a él y le dijo: —Si vienes conmigo te diré dónde crecen las tres flores del helecho macho.

El joven quería seguirla, pues sabía lo que se cuenta del helecho macho: que cuando las tres flores se encuentren el plomo ya no matará a nadie. Pero en ese momento uno de los muertos se separó de la ronda y se le acercó. El bandido lo reconoció: era un compadre de bautismo.

—Ojo, compadre —dijo el compadre muerto—, quien entra en la ronda de los muertos no podrá salir nunca, y si no haces todo lo posible por salir, mañana también estarás con los muertos. Pero yo, que te fui fiel en vida, te salvaré de la muerte. Ven, pues, a bailar con nosotros, pero en un momento dado canta estos versos:

Cantad y bailad vosotros

Que ahora es la fiesta vuestra,
Pues cuando llegue la nuestra
Festejaremos nosotros.

El bandido se apresuró a seguir a la mujer que había prometido revelarle dónde estaba el helecho macho, y ella le dijo:

—Quien desee tener las tres flores, debe ir el primer día de agosto hasta la desembocadura del río, donde jamás se oye el canto del gallo, y a medianoche brotarán las tres flores. Pese a todo lo que ocurra, no hay que tener miedo y cogerlas.

—Las cogeré —dijo el bandido— y el plomo ya no matará a nadie.

—¡No las cogerás! —rió la muerta—. Porque ahora estás en las filas de los muertos y te quedarás siempre con nosotros. —Y bailaba sujetándole la mano.

Entonces el bandido comprendió que era el momento de recitar los versos que le había enseñado el compadre, y cantó:

—Cantad y bailad vosotros
Que ahora es la fiesta vuestra,
Pues cuando llegue la nuestra
Festejaremos nosotros.

Al oír ese canto los muertos se arrojaron al suelo, gritando y dispersándose. El bandido no perdió el tiempo: corrió a la puerta, montó a caballo y escapó. Los muertos ya salían a perseguirlo, pero no lograron alcanzarlo.

El primero de agosto el bandido se puso en marcha para ir al río. La noche era hermosa, pero a medianoche, de repente, se desencadenó una tormenta. Granizo, relámpagos, truenos, rayos, lenguas de fuego; y él, quieto, esperando que brotaran las flores. De pronto, a la luz de un relámpago, vio que brotaba una flor de helecho macho y la cogió.

Entonces se oyó un trepidar de cascos y por todas partes aparecieron jabalíes y ciervos y toros y vacas y animales de todas clases, enloquecidos por la tempestad, y se precipitaban hacia él dando la impresión de que iban a aplastarlo en cualquier momento. Pero él se mantenía firme, sin asustarse y esperando que brotara la flor. En eso, detrás de los otros animales viene una serpiente y se le enrosca en el talón y después le sube por el muslo, y poco a poco le aprieta el cuello y el hombre siente que lo estrangulan, pero aunque parece a punto de morir no se mueve. Entonces la serpiente lo mira a los ojos, emite un silbido estridente y desaparece. Y el bandido ve que ha brotado la segunda flor y la coge.

Ahora el bandido está contento, y piensa que ya ha liberado al hombre de la muerte del plomo, y espera confiadamente que brote la tercera flor, cuando en el silencio se oye un galope de caballos y disparos de fusilería. El bandido al principio se queda quieto, después ve aparecer en la cima del monte un pelotón de carabineros que le apunta. «Justo ahora me vienen a descubrir los carabineros —se dice—, cuando todavía no ha brotado la tercera flor y aún se puede morir a causa del plomo».

Atemorizado, apunta a los carabineros y dispara.

De pronto desaparecen carabineros y caballos, y también desaparecen las flores de helecho macho, y la tercera aún no ha brotado, peor para el alma del hombre que no supo resistir, y el plomo por su parte continúa su camino.

*(Gallura)*

# 197
# SAN ANTONIO DA EL FUEGO A LOS HOMBRES

Una vez en el mundo no existía el fuego. Los hombres tenían frío y fueron a ver a San Antonio, que estaba en el desierto, para pedirle ayuda y decirle que con ese frío no aguantaban más. San Antonio tuvo compasión de ellos y pese a que el fuego estaba en el Infierno decidió ir a buscarlo.

Antes de ser santo San Antonio había sido porquero, y un cerdito de su piara nunca lo había querido abandonar y siempre lo seguía. De modo que San Antonio, con su cerdito y su cayado, se presentó a la puerta del Infierno y llamó.

—¡Abrid, que tengo frío y me quiero calentar!

Los diablos, desde la puerta, no tardaron en advertir que ése no era un pecador sino un santo y le dijeron:

—¡No, no! ¡Te hemos reconocido y no te abrimos!

—¡Abrid! ¡Tengo frío! —insistía San Antonio, y el cerdo refregaba el hocico contra la puerta.

—¡Al cerdo sí lo dejamos entrar; pero a ti no! —dijeron los diablos, y abrieron un poquito, lo suficiente para dejar entrar al cerdo. El cerdo de San Antonio, apenas entró en el Infierno, se puso a corretear y a meter el hocico por todas partes, y armaba un alboroto tremendo. Los diablos tenían que correr tras él para recoger los tizones, levantar pedazos de corcho, alzar los tridentes que tiraba, poner en su lugar patíbulos e instrumentos de tortura. Ya no podían más, pues no atinaban a atrapar al cerdo ni a echarlo.

Terminaron por hablar con el santo, que se había quedado frente a la puerta.

—¡Ese maldito cerdo nos lo desordena todo! Ven a buscarlo.

San Antonio entró en el Infierno, tocó al cerdo con el cayado y el animal se quedó quietecito.

—Ya que estamos —dijo San Antonio—, me siento un momento para calentarme. —Y se sentó en una bolsa de corcho, en medio del paso, acercando las manos al fuego.

De vez en cuando pasaba delante un diablo a la carrera que iba a contarle a Lucifer acerca de algún alma de este mundo a quien había hecho caer en pecado. Y San Antonio, con su cayado, ¡pum!, un golpe en la espalda.

—Estas bromas no nos gustan —dijeron los diablos—. Abajo ese cayado.

San Antonio inclinó el cayado junto a él, clavando la punta en el suelo, y el primer diablo que pasó a la carrera, gritando «¡Lucifer! ¡Un alma segura!», tropezó y cayó de bruces.

—¡Basta! ¡Nos tienes hartos con ese cayado! —dijeron los diablos—. Ahora te lo quemamos. —Le quitaron el cayado y le hundieron la punta en el fuego.

En ese momento el cerdo empezó a tirarlo todo por el aire: pilas de leña, garfios, antorchas.

—Si queréis que lo calme —dijo San Antonio, devolvedme el cayado—. Se lo devolvieron y el cerdo en seguida se tranquilizó.

Pero el cayado era de férula, y la madera de férula tiene la médula esponjosa, y si una chispa o un rescoldo entran en el tronco sigue ardiendo a escondidas, sin que se note por fuera. De modo que los diablos no advirtieron que San Antonio se llevaba el fuego en el cayado. Y San Antonio, tras predicar a los diablos, se fue con el cayado y el cerdito, y los diablos soltaron un suspiro de alivio.

Apenas salió al aire libre, San Antonio enarboló el cayado con la punta encendida y lo hizo girar lanzando chispas al aire, como dando una bendición. Y cantó:

> —¡Fuego, fuego,
> Ahora y luego,
> En todo el mundo
> Fuego jocundo!

Desde ese momento, para gran alegría de los hombres, hubo fuego en la tierra. Y San Antonio volvió al desierto a meditar.

*(Logudoro)*

# 198
# MARZO Y EL PASTOR

Había un pastor que tenía más ovejas y carneros que granos de arena hay en la orilla del mar. Pese a todo, siempre andaba preocupado por el temor de que se le muriese alguno. El invierno era largo, y el pastor no hacía más que suplicar a los Meses:

—¡Diciembre, sé propicio! ¡Enero, no me mates las bestias con la helada! ¡Febrero, si te portas bien conmigo siempre te rendiré honores!

Los Meses oían los ruegos del pastor y, sensibles como son a todo acto de homenaje, los escucharon. No mandaron lluvia ni granizo, ni enfermedades del ganado, y las ovejas y los carneros continuaron pastando todo el invierno y ni siquiera pescaron un resfriado.

Pasó también Marzo, que es el mes de carácter más difícil; y anduvo bien. Se llegó al último día del mes, y el pastor ya no tenía miedo de nada; ahora vendría Abril, la primavera, y el rebaño estaba a salvo. Dejó su tono suplicante y empezó a burlarse y a fanfarronear.

—¡Oh Marzo! ¡Oh Marzo! Tú que eres el terror de los rebaños, ¿a quién crees que asustas? ¿A los corderitos? ¡Vamos, Marzo, yo ya no tengo miedo! ¡Estamos en primavera, ya no puedes causarme daño! ¡Marzo tonto, puedes irte directamente adónde ya sabes!

Al oír las palabras de ese ingrato, Marzo perdió los estribos. Corrió hecho una furia a casa de su hermano Abril y le dijo:

> —Oh Abril, querido hermano,
> Si me prestaras tres días
> Ese pastorcito ingrato
> Pronto se arrepentiría.

Abril, que le tenía cariño a su hermano Marzo, le prestó los tres días. Lo primero que hizo Marzo fue recorrer el mundo: recogió los vientos, las tempestades y las pestes que andaban sueltos y después los descargó sobre el rebaño del pastor. El primer día murieron todos los carneros y las ovejas que no estaban muy fuertes. El segundo día

les tocó a los corderos. El tercer día no quedó un animal vivo en todo el rebaño, y al pastor sólo le quedaron los ojos para llorar.

*(Córcega)*

# 199
# JUAN BALENTO

Había una vez en un pueblecito un pobre remendón que no hacía más que tirar de los cordeles y remendar zapatos viejos. Se llamaba Juan Balento y era bajo de estatura pero grande de cerebro. Un día, ¡pif!, cosiendo un zapato se le clavó una lezna en un dedo.

—¡Ay ay, pobre de mí! —se puso a gritar. Los vecinos lo oyeron, pero ni se movieron porque Juan Balento no les importaba demasiado. En cambio, todas las moscas del pueblo, picadas por la curiosidad, corrieron a fijarse y entraron en la casa del remendón. Alguna se le posó en el dedo y le chupó la poca sangre que brotaba, las otras vieron un plato de tallarines listos y se lanzaron sobre él.

—¡Pero qué quieren todas estas moscas! —empezó a gritar Juan Balento—. ¡Fuera, fuera de mi casa! —Y procuraba ahuyentarlas agitando el cordel. Pero las muy testarudas siguieron zumbando alrededor del plato de tallarines. Entonces dio una palmada en el aire, tan fuerte que hizo una matanza. Y después se puso a contar cuántas habían caído al suelo. Cuenta y recuenta, encontró mil insectos muertos y quinientos heridos. «¡Éste sí que es un golpe maestro! —se dijo—. Todos creen que yo no sirvo para nada, pero si me pongo también sé lucirme».

Cogió un mondadientes, lo mojó en el tintero y escribió en un paño de tela, con letras gruesas: «Soy Juan Balento, mato mil, hiero quinientos», y se puso la inscripción en la cabeza, sujetándola al sombrero.

Los paisanos, al leer la inscripción, se echaron a reír, y todos le preguntaron:

—¿Cuántos, Juan Balento?

Y él:

—Mato mil, hiero quinientos.

Así, de boca en boca y de aldea en aldea, se difundió el nombre de Juan Balento. Sucedió que al cabo de un año, en comarcas lejanas se hablaba de Juan Balento como de uno de los más fieros paladines del Reino.

Entre tanto, el remendón abandonó el cordel, la lezna, la pez, la chaira y el

taburete y decidió recorrer mundo en busca de fortuna. Montaba un borrico todo huesos y orejas, y no tenía ni equipaje ni dinero. A los tres días de cabalgar por el bosque llegó a una hostería. No bien se acercó, empezó a gritar:

—¡Llega Juan Balento, que mata mil y hiere quinientos!

La hostería estaba llena de ladrones. Al oír el nombre de ese héroe tan famoso, los ladrones fueron presa del pavor y escaparon por puertas y ventanas, apresurados y enfurecidos, dejando el almuerzo en la mesa, además de armas relucientes y buenos caballos. Juan, sin apuro, baja del borrico y va a sentarse a la mesa. Viene el hostelero:

—¡Come, come, ilustre paladín! Te debo mi gratitud. Tu sola presencia me ha librado de una banda de ladrones.

Y Juan Balento, con la boca llena y sin alzar los ojos del plato:

—¡Ah, mejores hazañas he cumplido!

Cuando estuvo ahíto, eligió el mejor caballo, el del jefe de los ladrones, montó en la silla y le dijo al hostelero:

—Si alguna vez necesitas ayuda, házmelo saber. ¡Mientras Juan Balento siga con vida, nadie debe osar perjudicarte! —Picó espuelas y partió al galope, entre las reverencias del hostelero y sus servidores.

Ahora bien, era la primera vez que Juan Balento montaba a caballo. Apretaba las rodillas con fuerza y le parecía que a cada paso iba a volar por los aires. «¡Oh mis leznas —decía para sí—, oh mi cordel, por qué se me ocurrió abandonarlos!». Pero cabalga que te cabalga aprendió a montar en la silla, y en todas las poblaciones era recibido con grandes homenajes.

Y he aquí que llegó al País de los Gigantes. Los Gigantes, gordos como castaños y altos como álamos, apenas lo vieron abrieron esas bocas de horno, apretaron las mandíbulas, pusieron cara de querer devorarlo vivo de un bocado. Juan temblaba como un junco.

—¿Tú eres Juan Balento, que mata mil y hiere quinientos? —gritó el jefe de los Gigantes—. ¿Quieres batirte conmigo? Ven, atraviesa el río.

—Oíd, será mejor que me dejéis pasar —dijo Juan Balento—. Ya sabéis el carácter que tengo… ¡El pimiento es chiquito pero se hace sentir! ¡Si echo mano a la espada, pobres de vosotros!

Los Gigantes se consultaron entre sí, y luego, con voz más calma, le dijeron:

—De acuerdo, te dejamos pasar. Pero antes debes ofrecernos una prueba de tu fuerza. ¿Ves ese gran monte? Tienes que hacerlo rodar hasta aquí, pues queremos una piedra molar para nuestro molino. Si logras hacerlo, seremos tus siervos y serás nuestro Rey.

Juan Balento se llevó las manos a la boca y empezó a gritar:

—¡Huid, gentes del valle, huid! Ahora el ilustre Juan Balento hará rodar la piedra gigante y provocará una catástrofe! ¡Huid!

Desde el valle empezaron a huir las familias pobres. Los Gigantes también

terminaron asustándose: escapó el primero, escapó el segundo, finalmente todos huyeron gritando:

—¡Juan Balento mata mil, hiere quinientos!

Cuando no hubo un alma en los alrededores, Juan espoleó el caballo, vadeó el río y atravesó la región de lo más campante. Y su renombre lo precedía, y crecía de día en día.

Viaja que te viaja, se topó con dos ejércitos a punto de entablar batalla. Estaba el Rey, muy abatido, en medio de sus generales, con la cabeza gacha; era un Rey que si perdía esa batalla perdería el trono, la corona y hasta la cabeza. En cuanto vio a Juan Balento, renacieron sus esperanzas.

—Ilustre Juan Balento —dijo—, es el Cielo quien te manda para darnos la salvación y la victoria. Toma el mando de mi ejército.

Juan pensó que había llegado el momento de decir la verdad.

—Majestad —dijo—, debéis saber que yo no soy lo que creéis: soy un pobre remendón, que sólo sirve para manejar la lezna y el cordel…

—¡Sí, sí, las charlas para después! —lo interrumpió el Rey—. ¡El tiempo apremia! Sé nuestro general: aquí tienes mi caballo, mi coraza y mi espada.

Y pese a las protestas de Juan Balento, lo vistieron a la fuerza, lo montaron en la silla, y el fogoso caballo del Rey partió de un brinco, relinchando. Al ver que el general corría hacia el enemigo, todos los demás caballeros también se lanzaron al ataque, con gran estruendo, arremetieron al enemigo y lo exterminaron en un dos más dos son cuatro.

Después de la victoria empiezan los festejos, buscan al general y no lo encuentran. Dónde está, dónde no está, lo encuentran a cuatro leguas de distancia: había pasado al galope en medio del ejército enemigo, lo había atravesado de parte a parte y había continuado galopando. Los caballeros lo llevaron en triunfo delante del Rey.

—Si me hubierais seguido —le dijo Juan Balento al Rey, que se inclinaba ante él en señal de gratitud— ya habríamos conquistado tres reinos y tres coronas. ¡Pero en fin, contentémonos con haber ganado la batalla! ¡Adiós!

—¿Pero cómo? ¡Ya te vas! ¡Y yo que quería darte la mano de mi hija! —dijo el Rey.

Pero Juan no quiso atender a razones, rechazó los ofrecimientos y reanudó su viaje por el mundo.

Viaja que te viaja, llegó al Reino de las Amazonas. Se sabe que las Amazonas, guerreras famosas, tienen un gobierno propio, con su propia Reina, y no permiten que ningún hombre entre en su territorio. El que caía en sus manos era cortado en pedazos y terminaba como pasto de las bestias, y con su piel hacían tambores. La Reina de las Amazonas era una mujer cruel y jamás había reído ni sonreído en toda su vida.

Juan Balento cayó en medio de las Amazonas. Lo capturaron, lo encadenaron, y lo llevaron a la Corte de la Reina. La Corte de las Amazonas, con tantos caballos,

estaba llena de moscas. Los caballos agitaban la cola, las Amazonas se abanicaban, pero Juan, que estaba encadenado y no podía moverse, estaba cubierto de moscas.

—¡Eres hombre muerto! —dijo la Reina—. Esa es la ley. ¿Por qué has entrado en mi Reino?

Juan Balento agachaba la cabeza y se decía: «¡Oh mis leznas, mi cordel, mi taburete! ¡De no haberlos abandonado no me encontraría en estos apuros!».

—Oye —continuó la Reina—, me desagrada matar como a un perro a un pobre jovencito. Dime la verdad y salvarás el pellejo. Por lo tanto: ¿es verdad que has matado mil y herido quinientos?

—De un solo golpe, Majestad.

—¿Y cómo lo hiciste?

—Quitadme estas cadenas y os lo enseño.

La Reina ordenó que le quitaran las cadenas. Todas las Amazonas a caballo lo rodeaban y lo observaban atentamente. Sólo se oía el susurro de las colas de los caballos y los abanicos y el zumbido de las moscas.

—¿Que cómo lo hice? ¡Así! —Y Juan Balento dio una palmada en el aire que dejó tendidas a todas las moscas que lo rodeaban—. Contadlas.

—¡Eran moscas! ¡Ja, ja, ja! —Y todas las Amazonas se echaron a reír, con las manos en los costados y abrazando las grupas de los caballos. Y la que se reía con más fuerza era la Reina—: ¡Jo, jo, jo! ¡Jui, jui, jui! ¡Ay qué risa, nunca me he reído tanto!… Juan Balento, eres el primero que ha conseguido hacerme reír en la vida. Y con esa destreza para matar moscas tu presencia en mi Reino es providencial. Quédate con nosotras y serás mi esposo.

Celebraron las bodas, con grandes fiestas y bailes, y el remendón fue el Rey de las Amazonas.

*Cuento cuentecito,*
*Contad vosotros*
*Que el mío está dicho.*

*(Córcega)*

# 200
# ¡MÉTETE EN MI BOLSA!

En las montañas del Niolo, tristes y desoladas, vivía hace muchísimo tiempo un padre con doce hijos. Había miseria, y el padre dijo:

—Hijos, ya no tengo más pan para vosotros. Id por el mundo, que sin duda os las arreglaréis mejor que en casa.

Los once hijos mayores ya se disponían a marcharse cuando el duodécimo, el más pequeñito, que era cojo, rompió a llorar.

—Y yo que soy cojo, ¿qué haré para ganarme la vida?

—Niño mío, no llores —dijo el padre—. Irás con tus once hermanos y lo que ellos encuentren también te pertenecerá.

Así pues, los doce prometieron no separarse nunca, y partieron. Caminaron un día, dos días, y el cojo siempre iba a la zaga. El tercer día dijo el mayor:

—Este Francisco, que siempre se nos atrasa, es una carga para nosotros. Dejémoslo por el camino. Incluso será mejor para él, pues sin duda encontrará un alma caritativa que tendrá piedad de él.

De modo que no se detuvieron a esperarlo y siguieron adelante, pidiendo limosna a cuantos encontraban, hasta que llegaron a Bonifacio. En Bonifacio había una barca atracada junto al muelle.

—¿Y si subiéramos a la barca y fuéramos a Cerdeña? —dijo el mayor—. ¡Tal vez allí haya menos hambruna que aquí!

Los hermanos subieron a la barca y zarparon. Cuando estaban en medio del estrecho se desató una borrasca tan fuerte que la barca se partió en mil pedazos contra los arrecifes y los once hermanos se ahogaron.

Mientras tanto, Francisco el Cojo, muerto de cansancio y desesperado, al no encontrar a sus hermanos gritó, lloró y finalmente se durmió a un lado del camino. El Hada de esos lugares lo había visto y oído todo desde la copa de un árbol. En cuanto Francisco se durmió, bajó del árbol, recogió ciertas hierbas que ella conocía, hizo un emplasto, se lo aplicó en la pierna coja y la pierna sanó. Luego el Hada cobró el

aspecto de una viejecita humilde y se sentó en un fardo esperando a que Francisco despertara.

Francisco despertó, se levantó, se dispuso a reanudar el viaje cojeando y advirtió que ya no cojeaba sino que caminaba como los demás. Vio a la viejecita sentada y le preguntó:

—Señora, ¿has visto por casualidad a un médico?

—¿Un médico? ¿Y por qué iba yo a ver a un médico?

—Quiero darle las gracias. Sí, debe de haber pasado un gran doctor que me ha curado la pierna coja mientras yo dormía.

—Quien te ha curado la pierna coja he sido yo —dijo la viejecita—. Porque yo conozco todas las hierbas, y también la hierba que cura las piernas cojas.

Francisco, loco de contento, saltó al cuello de la viejecita y le besó ambas mejillas.

—¿Cómo puedo demostrarte mi gratitud, abuelita? Dame este fardo que te lo llevo yo.

Se agachó para levantar el fardo, pero cuando se incorporó, en vez de la vieja vio a la joven más hermosa que se pueda imaginar, reluciente de diamantes, con los hombros cubiertos por la cabellera rubia, un vestido de seda azul turquí recamado de oro y dos estrellas de piedras preciosas en los zapatos. Francisco, boquiabierto, cayó a los pies del Hada.

—Levántate —dijo ella—, veo que no eres ingrato, y te ayudaré. Pídeme dos deseos y se te cumplirán de inmediato. Has de saber que yo soy la Reina de las Hadas del Lago de Creno.

El muchacho reflexionó un poco y luego respondió:

—Deseo una bolsa en la cual vaya a parar todo lo que yo ordene.

—Y una bolsa así tendrás. Aún te queda un deseo.

—Deseo un bastón que haga todo lo que yo le ordene.

—Y un bastón así tendrás —dijo el Hada, y desapareció. A los pies de Francisco había una bolsa y un bastón.

Muy contento, el muchacho quiso hacer la prueba. Como tenía hambre gritó:

—¡Que una perdiz asada entre en mi bolsa! —Y ¡pam!, una perdiz ya asada voló dentro de la bolsa—. ¡Que entre un pan! —Y ¡pam!, un pan entró en la bolsa—. ¡Que entre una botella de vino! —Y ¡pam!, la botella de vino. Francisco almorzó a cuerpo de rey.

Luego reanudó el viaje, ya sin cojear, y al día siguiente llegó a Mariana[26]. En Mariana se reunían los más grandes jugadores de Córcega y del continente. Francisco no tenía ni un céntimo, y ordenó:

—¡Cien mil escudos en mi bolsa!

Y la bolsa se llenó de escudos. Como reguero de pólvora, corrió por Mariana la voz de que había llegado el Príncipe de San Francisco, famoso por sus riquezas.

Resulta que en aquellos tiempos el Diablo tenía predilección por la ciudad de

Mariana. Con la forma de un apuesto jovencito, vencía a todos a los naipes, y cuando los jugadores se quedaban sin dinero compraba sus almas. Cuando oyó hablar de este rico forastero que se hacía llamar Príncipe de San Francisco, el Diablo, disfrazado, se apresuró a ir a su encuentro.

—Señor Príncipe, discúlpame si tengo el coraje de presentarme delante de ti, pero tu fama de jugador es tan grande que no he podido resistir el deseo de visitarte.

—Me has confundido —dijo Francisco—. En realidad no sé jugar a nada. Jamás he tenido un mazo de naipes en las manos. Sin embargo me gustaría jugar una partida contigo, al menos para aprender un poco, y estoy seguro de que en tu escuela no tardaré en ser un experto.

El Diablo estaba tan satisfecho con la visita que al despedirse no prestó atención y cuando se inclinó para hacer la reverencia estiró una pierna y mostró la pata de macho cabrío.

«¡Ajá! —se dijo Francisco—. Este es tío Satanás que ha venido a hacerme una visita. ¡Bien! ¡Encontrará pan para sus dientes!». Y cuando estuvo solo le pidió a la bolsa una cena abundante.

Al día siguiente Francisco fue a la sala de juegos. Se oía un gran bullicio y toda la gente se apretujaba en cierto lugar. Francisco se acercó y vio el cuerpo de un joven con el pecho ensangrentado tendido en el suelo.

—Es un jugador que perdió toda su fortuna —le explicaron— y acaba de atravesarse el corazón con un puñal.

Todos los jugadores tenían la cara triste. Sólo había uno, notó Francisco, que se reía debajo de los bigotes. Y Francisco reconoció al Diablo que había ido a visitarlo.

—¡Rápido! —dijo el Diablo—. Saquemos de aquí a este desdichado y sigamos jugando. —Y se reinició el juego.

Francisco, que ni siquiera sabía tener los naipes en la mano, ese día perdió todo lo que llevaba. El segundo día ya había aprendido un poco, y perdió aún más que el anterior. El tercer día ya era un experto, y perdió tanto que todos le creían en la ruina. Pero para él no era nada, pues no tenía más que ordenarle a la bolsa para encontrar allí dentro todo el oro que necesitaba.

Perdió tanto que el Diablo se dijo: «Por cierto, aunque fuera el hombre más rico del mundo se ha quedado en la calle». Lo condujo aparte y le dijo:

—Señor Príncipe, no sé decirte cuánto me duele que hayas tenido tanta mala suerte. Pero tengo una buena noticia: si me escuchas, puedo hacerte recuperar la mitad de lo que perdiste.

—¿Y cómo?

El Diablo miró en torno a sí, luego le susurró:

—¡Véndeme el alma!

—¡Ah sí! —gritó Francisco—. ¿Y ése es el consejo que me das, Satanás? ¡Bueno, métete en mi bolsa!

El Diablo lanzó una risa burlona y se dispuso a huir, pero no hubo forma: terminó

de cabeza en la bolsa abierta. Francisco la cerró y le ordenó al bastón:

—¡Golpea aquí!

Y el bastón ¡leña! El Diablo se contorsionaba dentro de la bolsa, llorando e imprecando.

—¡Déjame salir! ¡Basta o me muero!

—¿Ah sí? ¿Te mueres? ¿Y crees que alguien lo lamentaría?

Y el bastón ¡leña!

A las tres horas de aporrearlo, Francisco ordenó:

—Basta. Por hoy, al menos.

—¿Qué quieres a cambio de mi libertad? —preguntó el Diablo con un hilo de voz.

—Préstame atención: si quieres la libertad debes resucitar de inmediato a todos los que se mataron por tu culpa en la sala de juegos.

—¡Lo prometo! —dijo el Diablo.

—Entonces puedes salir: pero recuerda que puedo meterte aquí dentro cuando quiera.

El Diablo se cuidó de cumplir con su palabra; desapareció bajo tierra y de bajo tierra pronto surgió una multitud de jóvenes con el semblante pálido y los ojos desencajados.

—Amigos —les dijo Francisco—, vosotros os arruinasteis por culpa del juego y la desesperación os llevó a la muerte. Yo ahora he tenido la posibilidad de resucitaros, pero otra vez no sé si podré. Decidme, si os dejo con vida ¿prometéis no jugar más?

—¡Sí, sí, lo juramos!

—Bien, entonces aquí tenéis mil escudos para cada uno. Id y ganaos la vida trabajando.

Los jóvenes resucitados partieron muy contentos: algunos regresaron con la familia enlutada, y otros se dedicaron a recorrer el mundo, pues con su mala conducta habían matado a sus padres de un infarto.

También Francisco se acordó de su viejo padre. Se puso en marcha para regresar a su pueblo, pero en el camino encontró un muchacho que se retorcía las manos de desesperación.

—Bien, jovencito, ¿cuál es tu profesión? ¿Fabricante de pucheros? —preguntó Francisco de muy buen humor—. ¿Y a cuánto vendes la docena?

—A mí no me hace gracia, señor —repuso el muchacho.

—¿Qué problema tienes?

—Mi padre es leñador y es el único sostén de la familia. Esta mañana se cayó de un castaño y se rompió un brazo. Corrí a la ciudad a llamar al médico. Pero el médico sabe que somos pobres y no se quiso molestar.

—¿Eso es todo? Tranquilízate, yo me encargo de eso.

—¿Usted es médico?

—No, pero lo haré venir a él. ¿Cómo se llama?

—Doctor Pancracio.

—¡Bien! ¡Doctor Pancracio, métete en mi bolsa!

Y en la bolsa se zambulló de cabeza un médico con todos sus instrumentos.

—¡Bastón, golpea la bolsa! —Y el bastón empezó su danza.

—¡Socorro! ¡Piedad!

—¿Prometes curar gratis al leñador?

—Prometo todo lo que usted quiera.

—Fuera de la bolsa, entonces. —Y el médico corrió a atender al leñador.

Francisco reanudó la marcha y a los pocos días llegó a su aldea, donde la hambruna era peor que antes. A fuerza de ordenar: «¡Que un pollo asado se meta en mi bolsa!», «¡que una botella de vino se meta en mi bolsa!», Francisco logró abrir una taberna donde todos podían saciar su apetito sin pagar nada.

Así actuó mientras duró la miseria. Cuando volvió la abundancia Francisco no quiso dar nada más a nadie, porque hubiera sido como alentar la vagancia.

¿Pero creéis que él ahora es feliz? ¡De ninguna manera! Estaba triste porque no sabía nada de sus once hermanos; ya les había perdonado la mala acción de abandonarlo solo con su cojera. De modo que hizo la prueba:

—Juan, hermano mío, ¡métete en mi bolsa!

Algo se movió dentro de la bolsa. Francisco la abrió y miró: era una pila de huesos.

—Pablo, hermano mío, ¡métete en mi bolsa!

Otra pila de huesos.

—Pedro, hermano mío, ¡métete en mi bolsa!

Y así siguió llamando hasta llegar al undécimo, y cada vez sólo encontraba un montoncito de huesos medio roídos. No había duda: sus hermanos habían muerto todos al mismo tiempo.

Francisco estaba triste. También su padre murió, y él se quedó solo.

Y también a él le llegó la hora de la vejez.

El único deseo que tenía, antes de morir, era ver nuevamente al Hada del Lago de Creno, que tanto había hecho por él. Así que se puso en marcha y llegó al lugar donde se la había encontrado por primera vez. La esperó, la esperó, pero el Hada no aparecía.

—¿Dónde estás, buena Reina? —suplicaba él—. ¡Muéstrate una vez más! ¡No quiero morir sin verte de nuevo!

Había caído la noche. Del Hada no había ni rastro. En cambio por ese camino pasó la Muerte. En una mano llevaba una bandera negra, y en la otra la guadaña. Se acercó a Francisco:

—Y bien, viejo, ¿todavía no estás cansado de la vida? ¿No has recorrido bastantes montes y valles? ¿No es hora de que hagas como todos y vengas conmigo?

—¡Oh Muerte! —respondió el viejo Francisco—. ¡Yo te bendigo! Sí, ya he visto bastante mundo, y también todo lo que contiene el mundo; me sacié de todo. Pero

antes de ir contigo necesito despedirme de una persona. Dame un día de tiempo.

—Mejor reza tus oraciones si no quieres morir como un sarraceno, y después prepárate a seguirme.

—Te suplico, espera hasta mañana, hasta el canto del gallo.

—No.

—Una hora.

—Ni siquiera un minuto.

—Entonces, ya que eres tan cruel, ¡métete en mi bolsa!

La Muerte tembló, todos sus huesos crujieron, pero no pudo menos que saltar dentro de la bolsa. En el mismo instante apareció la Reina de las Hadas, joven y espléndida como la vez anterior.

—Hada —dijo Francisco—, te doy las gracias. —Y a la Muerte—: Sal de mi bolsa, y espera.

—No has abusado del poder que te di, Francisco —dijo el Hada—. Tu bolsa y tu bastón me han servido para hacer el bien. Quiero recompensarte. Dime qué deseas.

—No deseo nada más.

—¿Quieres ser *caporale*[27]?

—No.

—¿Quieres ser Rey?

—No quiero nada más.

—Viejo, ¿quieres la salud, la juventud?

—Te he visto. Muero contento.

—Adiós, Francisco. Antes quema la bolsa y el bastón. —Y el Hada desapareció.

Francisco encendió una gran hoguera, se calentó un poco los miembros helados, arrojó la bolsa y el bastón al fuego para que nadie los usara para mal.

La Muerte estaba allí, detrás de un arbusto.

—¡Quiquiriquí! ¡Quiquiriquí! —cantó el primer gallo.

Francisco no lo oyó. La edad lo había dejado sordo.

—¡Es el gallo! —dijo la Muerte. Atacó al viejo con la guadaña y desapareció llevándose el cadáver a rastras.

*(Córcega)*

# NOTAS SOBRE LOS RELATOS

Las abreviaturas hacen referencia a los volúmenes (u opúsculos, o manuscritos) citados en la bibliografía. Los números que siguen a las siglas hacen referencia al número de orden de los relatos en los diversos volúmenes; si en un volumen los relatos no están numerados, se cita el número de página con la inicial *p*. No uso siglas (ni referencias bibliográficas) para los clásicos como Straparola, Basile, Perrault, Grimm, etcétera.

Para cada uno de los cuentos transcritos ofrezco los siguientes datos: la referencia bibliográfica (habitualmente con la abreviatura) de la versión original que seguí, el título de dicha versión original (en dialecto, cuando dispongo de él), el sitio donde se recogió esa versión (también la fecha, si dispongo de ella, aunque por lo general hago referencia a la fecha de publicación del libro del cual extraje el relato) y, en todos los casos en que obtuve tal información, el nombre y la profesión del narrador. Señalo, por último, los casos en que la versión por mí adoptada no estaba publicada en dialecto.

En el cuerpo de la nota, además de eventuales reflexiones sobre el cuento, constan los cambios que introduje en el texto original; a continuación —después de algunas indicaciones sobre la fortuna literaria del «tipo» en cuestión— ofrezco un catálogo de versiones y variantes del mismo «tipo» en las diversas regiones italianas; tal catálogo no tiene la pretensión de ser completo, sino que sólo alude a los textos que tuve oportunidad de examinar[28].

**101.** *Belmiel y Belsol (Belmiele e Belsole)*: de Zan. 29, *Bel Miele e Bel Sole*, Roma.

Es uno de los tipos más difundidos en Italia, y para ofrecer una versión más rica combiné la versión romana con una florentina (Imbr. 25, *Oragio e Bianchinetta*). La fuga final de la nodriza y la hija me pertenece (en sustitución de la habitual *camisa de pez*).

En Basile ya constan dos versiones, la de *Due Pizzelle* (IV, 7, que empieza igual que el n.° 95, *L'acqua nel cestello*, y otros similares) y la del *Ninnillo e Nennella* (V, 8, con un comienzo del tipo *Hänsel y Gretel*). El esquema de la primera lo encontramos en diversas versiones meridionales: Abruzos (Finam. 15), Calabria (Difr. 13, Lomb. 9), Sicilia (Pitrè 59, Gonz. 32, 33, 34).

En cambio, similares a las versiones romana y florentina adoptadas por mí, hay otras recogidas en Dalmacia (Fors. 9), Campania (Amal. 14), Sicilia (Gonz. 7, 33, Pitrè 60), Cerdeña (Guar. 4). Una versión pullesa más simple (Gigli 1) fue traducida por Paul Bourget en *Sensations d'Italie*.

Otros cuentos similares son el de la novia transformada en serpiente por haber visto el sol (*cf.* los n.$^{os}$ 64 y 150) o en anguila por haber visto el agua (Bolonia,

Coron. S. 8), y la del hermano transformado en corderito (*cf*. el n.° 178). La bella arrojada al mar y reemplazada por la hija de la nodriza figura también en el n.° 92, *Il Re dei Pavoni*.

**102.** *El Rey soberbio (Il Re superbo*): de *La schiavetta*, Roma (en M. Mengheni, «Due favole romanesche», extraído del *Volgo di Roma*, vol I, fase. 2, Roma, 1890) y de Zan. I, *E re superbo*, Roma.

El amor por el soberbio rey de los siete velos (véase el n.° 36, veneciano) aquí sólo sirve de punto de partida para una serie de historias de brujerías y curaciones, en las cuales es pródiga la tradición italiana. Tampoco falta el famoso «nogal de Benevento», lugar de congregación de las brujas. La «fórmula mágica inversa» es un añadido mío.

He visto otras versiones: Lombardia (Tirab. 8), Abruzos (Den. 38), Puglia (Gibli 4), Calabria (Lomb. 33).

**103.** *María de Madera (Maria di Legno*): de Zan. 24, *Maria de légno*, Roma, y de otras versiones.

Es uno de los cuentos más difundidos en toda Italia; he urdido una trama inspirada libremente en varias versiones para componer un texto lo más completo posible. La historia del padre que quiere casarse con la hija, quien huye disfrazada, ya fue relatada en el siglo XVI por Straparola (I, 4: Doralice, hija de Tebaldo, rey de Salerno, huye en un armario, se casa con un rey, es falsamente acusada del asesinato de sus hijos, etc.); en el siglo XVII la encontramos en *Orza* de Basile (II, 6: la hija del Rey de Rocc'Aspra se salva transformándose en osa por encantamiento, etc.) y en *Peau d'asne* de Perrault, que se acerca más a las versiones populares (*cf*. también Grimm 65).

Las otras versiones populares italianas que he visto fueron recogidas en Lombardia (Imbr. p. 484, Visen. 38, Tirab. 12), Véneto (Coraz. p. 484), Toscana (Ner. 11, Pitrè T. II, 11, Degub. 3, Marz. 14), Abruzos (Finam. 3, Den. 7), Campania (Coraz. 6, p. 435), Calabria (Difr. 7, Lomb. 20, 42), Sicilia (Gonz. 38, Pitrè 43, 45), Cerdeña (Guarnerio, *Arch*. II, 21).

También se tiene noticia de versiones piamontesas y tirolesas. En algunas, a semejanza de *Peau d'asne*, la hija se cubre con una piel de animal (de asno, de oso, de caballo, de cabrito) pero en la mayor parte el disfraz está construido por un caparazón de madera, no bien definido (a veces por una corteza de calabaza o un vestido de corcho). Con este cuento se relacionan aquellos en los que la muchacha huye disfrazada por haber dicho a su padre que lo quiere como a la sal (véanse los n.$^{os}$ 54 y 70). En lo que respecta a la parte del baile, es idéntico al famosísimo tipo «Cenicienta» (*cf*. el n.° 148).

**104.** *La piel de piojo (La pelle di pidocchio*): de Zan. 6, *E re gobbetto*, Roma.

Un motivo típico de la *fiaba* —el de la piel de piojo— y un motivo típico de la *novella* —el de los jorobados arrojados al río— se entrelazan ágilmente en esta versión romana, como ya sucedía en la *novella* de Doni (siglo XVI), donde el objeto de la adivinanza es un corazón de lagarto.

Con la piel de pulga o de piojo como objeto de adivinanza se inician cuentos de desarrollo diverso. En Basile (i, 5) la piel de pulga es reconocida por un ogro, y el relato narra las vicisitudes de la princesa para ser liberada. Para el motivo de la piel de pulga también he visto: Trentino (Schn. 31), Liguria (Andr. 3), Calabria (Difr. 1), Sicilia (Gonz. 22). Para el de los tres jorobados recuerdo la *novella* de Straparola del jorobado Zambon, escrita en dialecto bergamasco (V, 3) y la versión popular siciliana (Pitrè 164).

[*N. del T.:* En la versión de Calvino, los malentendidos en el diálogo entre la princesa y su enamorado se dan con las palabras *ginocchio* (rodilla) y *finocchio* (hinojo)].

**105.** *Cicco Petrillo (Cicco Petrillo*): de Zan. 10, *Cicco Petrillo*, Roma.

Esta pequeña historia acerca de la vastedad de la estupidez humana es similar en todas partes: sólo varían las ejemplificaciones de la estupidez. He seguido la desenvuelta versión romana, sirviéndome también de otras versiones para las ejemplificaciones.

Vi versiones recogidas en Trentino (Prati 3), Venecia (Bern. 6), Toscana (Gradi, p. 202, Pitrè T. 38), Sicilia (Pitrè 148). Tanto el inicio como el desarrollo figuran en dos narraciones de los Grimm: *La sabia Elsa* (34) y *Los taimados* (104). En *Lutonjuska* de Afanasjev figura otro comienzo, que también puede encontrarse en otras narraciones italianas acerca de la mujer tonta.

**106.** *Nerón y Berta (Nerone e Berta*): de Zan. p. 417, *Nerone e Berta*, Roma. Esta pequeña historia sirve de explicación a dos dichos populares: el de la vieja que lloraba a Nerón y el de *al tempo che Berta filava* (aunque a este último se le atribuyen innumerables y diversos orígenes).

Encontré una versión sienesa (Marz. 8) en la que no se alude a Berta, pero que tiene un hermoso comienzo: una revolución, y Nerón que se disfraza de siervo y se mezcla con la multitud para comprobar quién hace más alboroto. Otra versión en Sicilia (Pitrè 261).

[*N. del T.:* Con respecto al segundo dicho popular, véase la nota al pie del cuento. En cuanto al primero, *la vecchia di Nerone* es un personaje proverbial, una vieja que lloraba la muerte del emperador temiendo que pudiera sucederlo uno peor que él].

**107.** *El amor de las tres granadas*, o *Blanca-como-la-leche-roja-como-la-sangre (L'amore delle tre melagrane / Bianca-come-il-latte-rossa-come-il-sangue)*: de Finam. 54, *Lu cunde de la Brutta Saracine*, Montenerodomo (Chieti), contado por la joven analfabeta Domenica Rossi.

A propósito de este cuento, que parece uno de los pocos que puedan considerarse auténticamente «italianos», remito al lector a mis comentarios en la *Introducción* de esta obra [p. 41 de *Cuentos populares italianos*, tomo I]. Es en Italia, sea como fuere, donde aparece la primera versión literaria: *I tre cedri* de Basile (V, 9), con su secuencia de metamorfosis que parece un boceto confuso y barroco. Poco sensible a estas armonías, Cario Gozzi, al trasladarlo a las máscaras de su *Amore delle tres melarance*, dijo que lo había recogido entre los relatos del *Pentamerone* como realmente «el más vil de los relatos que se narran a los niños». Las innumerables versiones populares son en gran parte fieles a la tradición que inspiró a Basile. En la versión abruza que adopté, los frutos que contenían a las tres bellas eran una nuez, una avellana, una castaña; en otras versiones se trata de sandías, toronjas, manzanas, granadas, o *melangole* (que en algunas partes significa naranjas, y en otros naranjas amargas). Recurrí, como en una versión pisana (Com. II, *I Melagrani*) a las granadas, que ya aparecían al final de esta versión abruza como metamorfosis de la paloma (esta última parte del relato, que figura en varias versiones meridionales, no aparece en el *cunto* de Basile), con el propósito de elaborar un ciclo de transformaciones que culminara tal como se había iniciado. Para los versitos intercalados en el texto me inspiré en diversas versiones, sobre todo en una irpina: Amalfi 9, *A'Schiava Sarracina*, Avellino; pero los primeros (*Giovanottino dalle labbra d'oro, / Dami da bere, se no io mi moro*) provienen en cambio de Umbría, de Spoleto (Prato, p. 28).

Las versiones que consulté fueron recopiladas en Lombardia (Imbr. p. 308, Tirab. 4), Venecia, Friul, Trentino (Bern. III, 11, Ive 1, Ping. 22, Zorz. p. 62 y II, p. 63, Prati 4, Schn. 19), Liguria (Andr. 50, 51, 61, y *cf.* el n.° 8, *Il pastore che non cresceva mai*), Emilia y Romaña (Coron. II, Coron. S. 19, Bagli i), Toscana (Degub. 4, Ner. 14, Marz. 91, Imbr. 24, Prato I, Comp. II), Umbría (Prato, cinco var. en la 1), Lacio (Zan. 7), Abruzos (Finam. 4, 50, 54, 73), Campania (Coraz. 20, Amal. 9), Calabria (Difr. 17, Lomb. 26), Sicilia (Gonz. 13, 14, Pitrè 13, 66, Albanesi 1), Cerdeña (Guar. 8), Córcega (distinta, con una protagonista femenina, Ort. 12). El comienzo del cuento coincide en algunas versiones con el que yo transcribí, en otras es el del príncipe que no ríe, el de la fuente que mana aceite, el de la vieja a quien se le rompen los frascos, el de la maldición, etc. Gabrielle d'Annunzio tradujo el 73 de Finamore, procedente de L'Aquila («La canzone della ricotta insanguinata», en *Cronaca Bizantina*, VI, 5).

**108.** *José Pajarito que si no araba tocaba el pito (Giuseppe Ciufolo che se non zappava suonava lo zufolo)*): de Den. 62, *Giuseppe Ciufolo*, Sulmona (L'Aquila); publicado en italiano.

La leyenda medieval del muerto agradecido, que figura en un poema francés del siglo XIII, *Richars li biaus*, y luego en la narración de maese Dianese (*Novellino*, 154), así como en la de Bertuccio de Trino de Straparola (XI, 2), reaparece aquí con un labrador en lugar del noble protagonista, con proezas agrícolas en vez de caballerescas, con un mendigo en vez del misterioso caballero que lo socorre.

El motivo del muerto agradecido aparece también en la leyenda marinera francesa de Jean de Calais (*cf.* el n.° 45, de Istria, y véanse las referencias en la nota). El muerto se transforma en liebre en la versión toscana Ner. 52 y en la calabresa Difr. 21. Esta última comprende una serie de tramas diversas, una inserta dentro de la otra. Otras referencias: Venecia (Bern. II, *I dodesi fradei e le dodese sorele*) Puglia (Voc. p. III), Calabria (Lomb. 24). Este motivo, difundido en toda Europa, también fue tratado con cierta unción por Andersen *(El compañero de viaje).*

[*N. del T.:* Procurando conservar cierta gracia del original, tuve que alterar el nombre del protagonista. *Ciufolo* deriva de *ciufolare*, forma arcaica de *zufolare* (silbar), de donde a su vez deriva *zufolo* (pito, silbato). Si Ciufolo evoca el silbido, Pajarito podía evocar trinos o gorjeos (de *ciufolare*, por otra parte, deriva también el nombre italiano del pinzón, *ciuffolotto*, que según recordará el lector es un ave canora)].

**109.** *La Bella Venecia (La Bella Venezia*): de Den. 50, *La Bella Venecia*, Lama dei Peligni, Letto Palena, Palena (Chieti), Roccapia, Sulmona (L'Aquila) y otras localidades (publicado en italiano).

En Italia meridional, el cuento de *Blancanieves* aparece con bandidos en lugar de los enanos de la clásica versión de los Grimm (53). Y también es frecuente en el resto de Italia que la madre o madrastra envidiosa no sea una reina sino una posadera, como en esta versión abruza de la Bella Venecia (en otras partes es la Bella Viena, *La bbella Vijênne*, Finam. 86), que se distingue de otras versiones más afamadas, entre otras razones, porque no figura el espejo encantado al que la madrastra pregunta si existe alguna más bella, sino que la pregunta se intercala entre las charlas con los viajeros que frecuentan la posada. El motivo de la puerta que se abre con una palabra mágica debe de ser una contaminación de *Alí Babá*.

Los enanos sólo aparecen en una versión piamontesa y una calabresa, tal vez como tardías adquisiciones de origen literario, puesto que los enanos no existen en la tradición oral italiana. Las versiones septentrionales y toscanas carecen a menudo tanto de bandidos como de enanos, de modo que el cuento queda privado de su elemento más sugestivo. Versiones consultadas: Piamonte (G. Osella, en *Convivium*, 1942, n. 5, p. 282), Lombardia (Visen. 28), Dalmacia (Fors. 15), Liguria (Andr. 18, 58), Toscana (Degub. 12, Ner. 6, Marz. 22, 98, Pitrè T. 9, Pitrè T. II, 1), Lacio (Zan. 38), Calabria (Difr. 12, Lomb. 48), Sicilia (Gonz. 2, Pitrè, 57), Cerdeña (Mango 26).

**110.** *El tiñoso (Il tignoso):* de Finam. 17, *Le favole de lu tignusjelle*, San Eusanio del Sangro (Chieti).

También figura una versión muy hermosa en Grimm (136) y, parcialmente, en Afanasjev *(No-lo-sé)*. Probablemente sea de tradición nórdica y medieval, y opté por conferirle un tono melancólico y nocturno que tal vez no es tan evidente en el texto abruzo pero que me parece brota por sí mismo, como si esa aparición diabólica del

principio arrojara un velo de tristeza sobre todo el relato, incluso sobre los amores y las victorias.

El motivo del príncipe disfrazado de tiñoso reaparece con otro comienzo, en otra versión abruza (Den. 45) y en dos sicilianas (Pitrè 68 y 70). Una versión bastante diferente en Córcega (Ort. 15).

**111.** *El Rey Selvático (Il Re selvático*): de Finam. 19, *Lu rré sselvagge*, San Eusanio del Sangro (Chieti), contado por un aldeano analfabeto.

La patética figura de este misántropo, mitad ogro y mitad rey en exilio, que vive en el bosque y protege a la muchacha abandonada, da un toque de gentileza a este oscuro cuento meridional. En otras versiones el rey selvático (u hombre peludo) pide que lo maten, lo descuarticen y lo sepulten en los diversos cuartos de la casa. Sin duda es una figura que abre un campo para las conjeturas de los etnólogos; nosotros nos limitaremos a subrayar ese aire de caníbal desposeído, de Esaú renunciante.

Deriva del *Viola* de Basile (II, 3) y se conserva a veces con ese nombre, en Campania (Imbr. P. 2 bis, 2 ter; Coraz. 3), Abruzos (Den. 31), Puglia (Zag. 4), Lucania (Lar. 10), Sicilia (Pitrè 10), Córcega (Carl. p. 173). El comienzo a veces coincide con el del n.° 54, *Bene come il sale*, o es el del príncipe que dice (de forma similar al n.° 50): «La que hila es bella, la que teje es bella, pero la que cose es la más bella. ¡Oh, Viola, oh Viola!», un comienzo al que pueden seguir (Abruzos: Den 26; Lucania: Comp. 48) también otros desarrollos.

**112.** *Almendroenflor (Mandorlinfiore)*: de Finam. 71, *Mànnela-fiurite*, Atri (Teramo).

Esta versión abruza de la difundida historia medieval del predestinado se caracteriza por la rápida y vivaz escenificación inicial de una superstición relacionada con el nacimiento.

Tuvo una prolongada trayectoria literaria, y los estudiosos distinguen cuatro tradiciones: en la India (desde el siglo III d. C.), Etiopía, Europa occidental (desde el siglo XIII), Turquía. Según el relato transcrito por Giovanni Villani en la *Crónica* (lib. IV, cap. XV), se trata de la historia de Enrique II, hijo de Leopoldo de Baviera y sucesor de Conrado en el trono imperial. Pero su difusión en el folklore está relacionada con un antiguo relato popular, *Historia di Florindo e Chiarastella*, del que Pitrè cita una edición veneciana de 1555. Con los mismos nombres y un amplio desarrollo se ha conservado en Toscana (Ner. 36; en una versión más breve, Degub. 7). Se la encuentra también en Liguria (Andr. 52), Sicilia (Pitrè 100, *cf.* el n.° 152), Cerdeña (Lor. 10).

**113.** *Las tres Reinas ciegas (Le tre Regine cieche*): de Den. 51, *Le tre figlie del pescatore*, Canzano Peligno (Teramo), Pacentro, Sulmona (L'Aquila) y otras localidades (publicado en italiano).

Ágil y truculento, posee un sesgo generoso que le impide llegar al cinismo.

Versiones similares en Toscana (Pitrè T. II 13 nota; Marz. 36), Calabria (Difr. 26), Sicilia (Gonz. 90).

**114.** *Giba, cojera y tortícolis (Gobba, zoppa e collotorto*): de Den. 70, *La vendetta*, Acciano, Beffi, Campana, Fagnano, Goriano Valle, Molina, Santa María del Ponte y otras localidades (L'Aquila), publicado en italiano.

Este cuento tan preciso, racional y moral, al punto de parecer una creación literaria, sólo parece haber sido recogido en abruzo. Caso raro en el folklore, la bruja o hechicera maligna que por último es condenada a la «camisa de pez» se salva y el narrador parece estar de su parte. Yo apenas he subrayado ese tono literario, en el comienzo.

**115.** *Ojo-en-la-frente (Occhio-in-fronte*): de Den. 61, *Occhio in fronte*, Pratola Peligna (L'Aquila) y otras localidades (publicado en italiano).

El mito de Ulises y Polifemo ha subsistido en la tradición oral italiana como un breve relato aislado, una pequeña historia de horror. Los *Ulises* son frailes en esta versión que De Niño ha encontrado dispersa en todos los Abruzos (y también en Puglia, *cf.* Voc. p. 124, Zag. 7), y *munaceddi* (monjes) en una versión siciliana más tosca (Pitrè 51) donde al gigante se lo denomina *n'armalu*, un animal, y no se menciona el ojo en la frente, y el fugitivo se refugia en Trapani a bordo de un barco; en otras versiones abruzas son pastores (Sulmona, Den. ivi, nota) o estudiantes (Finam. 38) o vagabundos (Finam. 57). El final del anillo es común a todas las versiones abruzas, y también a esa extraña transposición pisana (Comp. 44) de la que extrajimos el n.° 76. Podemos decir que la historia tiende a preservar sus elementos míticos en las zonas pastoriles, y también en las zonas montañosas de Bérgamo (Tirab. *L'öcialino*) y de Varese (Enrico Filippini, *Quattro Racconti Popolari di Brinzio*, Menaggio 1905). La versión siciliana fue relatada a Pitrè por la niña Maria Curatolo di Erice como *un cuntu chi fa scantari pocu mancu* (un cuento que por poco hace salir corriendo), es decir, como una historia de horror. «La incluiría entre las narraciones infantiles», consigna Pitrè, «si no la hubiese oído también de labios de la madre de la Curatolo, quien me aseguró que se trataba de algo serio y que no se podía tomar a la ligera».

En abruzo Polifemo siempre se llama «Ojo en la frente». El nombre clásico de los cíclopes sólo aparece en Sicilia, en una versión de Piana del Greci (Comp. 70), y luego en un cuento de otro tipo, *Lu ciclopu* (Pitrè 71) similar al n.° 145.

**116.** *La falsa abuela (La finta nonna*): de Den. 12, *L'orca*, Bugnara, San Sebastiano, Scanno, Sulmona (L'Aquila); publicado en italiano.

Puede considerarse, al igual que la del Garda, una de las pocas versiones populares recopiladas en Italia de *Caperucita Roja (cf.* nota al n.° 26). Posee todas las características que distinguen, en la tradición popular, el cuento para niños: crueldad truculenta, mención de las necesidades corporales, preguntas y respuestas en serie

versificada. Un toque realista: la casa es una auténtica vivienda campesina, con una sola cama y con el establo abajo.

**117.** *El oficio de Franceschiello (L'arte di Franceschiello):* de Finam. 24, *Frangeschjelle*, San Eusanio del Sangro (Chieti), narrado por un aldeano analfabeto.

Otra historia donde se hacen apuestas con el ladrón, diferente de la del «tesoro del rey Ramsés» (*cf.* el n.° 17) pero también difundida en toda Europa (compárese con el 192 de los Grimm y con *El Ladrón* de Afanasjev). Aquí estamos en el clima de los bandidos del *arte unuratamènde*, de los cuatreros, de las manos muertas.

Una versión similar en Friul (Zorz. II, p. 16). La burla al sacristán es una historia conocidísima incluso en otros contextos (*cf.* nota al n.° 89).

[*N. del T.:* Lo que traduzco como «oficio honorable» es en el original *L'arte onorata*. El epíteto suele aparecer vinculado a actividades y grupos delictivos, como en el caso, sin duda presente para el lector, de la famosa *Onorata Società* napolitana].

**118.** *El pez luminoso (Pesce lucente)*: de Dan. 10, *Pesce lucente*, Sulmona, Canziano Peligno, Pettorano, Roccapia (publicado en italiano).

También figura en las *Mil y una noches* de Galland *(Histoire de Cogia Hassan Alhabbal)* pero muy distinta, al punto de dar la impresión de tratarse de una tradición independiente. En Galland, hay dos amigos y uno proclama la omnipotencia del dinero, el otro la del azar. Para demostrar la veracidad de sus ideas, uno da dos veces a un pobre cordelero una copiosa suma de dinero y el cordelero la pierde (una de las veces, de modo similar al cuento abruzo). El segundo da entonces al cordelero no las ranas sino un pedazo de plomo que encontró en el suelo. El plomo servirá para el sedal de un pescador, que le pagará el favor con un pez. En el vientre del pez hay un diamante que brilla; pero no se habla del pez-faro: el cordelero hará su fortuna vendiendo el diamante a un judío. Anota De Nino: «En Castello a Mare Adriático y en Pescara, el cuento se titula *La sorte e la furtine (La suerte y la fortuna)*, pero es absolutamente distinto».

**119.** *Doña Bóreas y don Favonio (La Borea e il Favonio)*: de Francesco Montuori, *La Borea e il Favonio*, Pesche (Campobasso), en *Riv. trad. pop.*, I (1894), p. 761; publicado en italiano.

Una fábula meteorológica, algo sospechosa de literatura.

**120.** *El ratón de palacio y el ratón de huerto (Il sordo di palazzo e il sordo d'orto)*: de Lu zie, de Molise (en *Tempo d'allora, figure, storie e proverbi,* prosas en dialecto molisano por Eugenio Cirese, Campobasso, 1939).

Este tema clásico (*cf. Horado, Sátiras*, II, 6, w. 79-117) ya tratado por Gaspare Gozzi y por Pignotti, aparece aquí en una variante dotada de gran frescura, obra de un narrador dialectal literato, pero de indudable extracción popular.

Otras versiones populares desde el Trentino (Schn. 59) hasta Sicilia (Pitrè 272).

**121.** Los huesos del moro (Le ossa del moro): de Coraz. 5, *U schiavo*, Benevento.

Relato truculento, bastante difundido en Italia así como en toda Europa (de origen oriental). He combinado la versión de Benevento con otras, especialmente con una abruza (Finam. 7, *La reggin'e lu more*, Ortona a mare).

También he visto versiones en Venecia e Istria (Bern. II, p. 54 e Ive, Opúsculo 2). Otra versión abruza (Den. 68) tiene una continuación según el tipo del n.° 57. La repartición de la gallina es un motivo que aparece también en otros cuentos, por ejemplo en Toscana (Comp. 43), Abruzos (Den. 67), Sicilia (Gonz. I; Gris. II, 22).

**122.** La gallina lavandera (La gallina lavandaia): de D'Am. 6, *La gallina*, Lioni (Avellino).

Un cuento curioso, que puede constituir un tipo de por sí, no obstante las afinidades que aquí y allá pueden vincularlo a *Il principe che sposò una rana*, a *Rosmarina* (n.os 14 y 161, respectivamente), al tipo «Cenicienta» y al «Muchacha-paloma».

Incluiría en este tipo *La Rana*, veneciano (Bern. II, p. 59), *Topolina*, emiliano (Vecchi) y *Leonella*, calabrés (*La Calabria*, VI, n.° 8).

**123.** *Crique, Croque y Mango de Garfio (Cricche, Crocche e Manico d'Uncino)*: de Amalfi 13, *Cricche, Crocche e Manecancine* (Avellino).

Ya hemos encontrado a Cric y Croe como nombres de ladrones famosos en Monferrato (*cf.* el n.° 17). Aquí hay otra historia acerca de ladrones habilidosos, que transcribo según esta versión porque me parece poseer cierta desenvoltura napolitana, si bien el hecho de que aparezca en una adornada versión semiliteraria sienesa de Gradi (p. 105) puede dar lugar a la sospecha de una tardía y directa adquisición a través de lecturas escolares (el libro de Gradi era leído en las escuelas). De hecho la historia es tal cual no sólo en los nombres (aquí *Manico d'Uncino* degeneró en *Manecancine*) sino en todos los detalles, salvo en un episodio final que aquí no figura.

**124.** *La primera espada y la última escoba (La prima spada e l'ultima scopa)*: de *Cunto d'le duie mercante*, Nápoles. Publicado por Vicenzo della Sala, en *Giamb. Bas.*, a. I (1883), n.° 1, pp. 2-3.

Entre las variantes de *Fanta-Ghirò, persona bella (cf.* el n.° 69), esta versión napolitana se relaciona con el *cunto* de *Serva d'aglie* de Basile (III, 6), ya por el ambiente burgués, ya por el hecho de que tener sólo hijas mujeres sea considerado una deshonra. En el texto desempeña un papel muy importante la yegua hechizada y parlante (tema ya desarrollado en el n.° 75); para variar, aquí la transformé en una consejera muda y amplié un poco las aventuras del viaje-persecución, apenas caracterizado en el texto.

Para las referencias, *cf.* nota al n.° 69.

**125.** *Comadre Zorra y Compadre Lobo (Comare Volpe e Compare Lupo)*: de Benedetto Croce, *'Ulupo e 'a vorpa*, fábula recogida en Villaggio del Vomero (en *Giamb. Bas*., Nápoles, I, n.° 6 [15 de junio de 1883], 52).

Transcribo esta fábula de animales en homenaje a la actividad juvenil de recopilador de tradiciones populares napolitanas desempeñada por Benedetto Croce. En las ediciones de los primeros años de *Giambattista Basile* a menudo se encuentran narraciones, canciones, tradiciones recogidas por él.

Entre las tantas versiones existentes, una de Liguria (S. Rebaudi, *A vurpe e u luvu*, en *A Compagna*, Génova, marzo de 1932), una pullesa (Zag. 6), una siciliana (Pitrè 275).

**126.** *Los cinco bribones (I cinque scapestrati)*: de Pell. p. 89, *Lu cuntu de li persi*, Maglie (Lecce).

Aquí el cuento maravilloso se convierte en relato picaresco e historia de bravuconadas. Cargado de giros coloquiales típicos de la *fiaba* (ese *Mb', sai ce nc'e de nou?* —Bueno, ¿sabes qué novedad traigo?— que utiliza el mallés para entrar en conversación con sus compadres) y situado en la abstracta geografía del cuento de hadas, pasa a expresar el orgullo aldeano y nacional (*lu Majese, lu Talianu*, el mallés, el italiano). Pero la perla del relato es esa carrera *a cu passa fuscennu*, a ver quién corre más ligero, una competición de aldea que culmina con ese salto *a scancapirite*, a caballo, con la princesa *vistuta da bailarina, comu le zzumpa-nzarti cu ll'anche de fore*, vestida de bailarina, con las piernas erguidas y las caderas al aire.

La aventura de los compañeros extraordinarios es narrada por Basile en un *cuntu* muy alegre (III, 8) que es muy parecido a éste incluso en los nombres de los amigos, y también incluye una carrera pedestre. Pero en el siglo XV ya la encontramos en una *novella* de Sergambi (il). Probablemente la difusión popular europea (el 71 de los Grimm es sustancialmente el mismo) se debe a Basile. Para las variantes, *cf*. nota al n.° 99. Esta misma versión pullesa fue publicada también en traducción de Giuseppe Gigli, como «Una pagina di folklore salentino», en *Raccolta di studii critici dedicata ad A. d'Ancona*, Florencia, 1901. Sobre los orígenes del motivo de la carrera pedestre para conquistar a la princesa, véase *La rama dorada* de Frazer, cap. XIV.

**127.** *¡Arre, arre, burro mío, haz dinero! (Ari-ari, ciuco mió, butta danari!)*: de Pell p. 19, *Lu cuntu de lu Nanni Orcu*, condado de Maglie (Tierra de Otranto).

Es una de las versiones italianas más alegres de este relato tan difundido (el *Cunto dell'Huerco*, el primero del *Pentamerone)*, con su sabor de hambruna, de engaños de hostería, de riñas familiares.

Podemos clasificar los cuentos de los dones mágicos (habitualmente tres, dos de los cuales son un mantel que sirve la comida y un asno «cagacequíes») según el método con que se recuperan después del hurto: o con un garrote que golpea solo (Grimm 36), o con un instrumento musical que hace bailar a todo el mundo (Grimm

110) o con higos encantados que hacen crecer cuernos —o una cola, o la nariz— a la princesa que los robó y otros higos encantados que la devuelven a la normalidad. Consigno aquí las otras versiones italianas del primer tipo (difundido tanto en Europa como en Asia) vistas por mí, o sea las que utilizan el garrote: Lombardia (Tirab. 14), Venecia (Bern. 9), Dalmacia (Fors. 6), Trentino (Schn. 15), Emilia (Vecchi 2), Toscana (Ner. 34, 43, Degub. 21; Gradi, p. 181; Pitrè T. 23, 29; Comp. 7, de donde proviene el n.° 83), Marcas (Comp. 12), Lacio (Zan. 8), Abruzos (Finam. 37, Den. 6), Campania (Imbr. P. 3, D'Am. 5), Sicilia (Gonz. 52, Pitrè 29, 30; La Via Bonelli, *Arch*., VI, 96), Cerdeña (Lor. 6), Córcega (Ort. 23). Para las otras versiones con organillo o violín mágico, *cf*. nota al n.° 60; para los tipos con los cuernos de la princesa, *cf*. nota al n.° 189.

**128.** *La escuela de Salamanca (La scuola della Salamanca)*: de Pell. p. 111, *La scola della Salamanca*, Spongano (Lecce).

El cuento del discípulo del mago es de origen hindú, y sin duda da la impresión de llegarnos desde un mundo tan familiarizado con lo maravilloso que es capaz de representar las metamorfosis más arbitrarias con la velocidad y el ritmo de un *ballet*, de poder inventar esta carrera de persecución a base de transformaciones con una lógica y un rigor perfectos. La tradición popular italiana es pródiga y alegre (*cf*. con el 68 de los Grimm, con *El arte mágico* de Afanasjev) y posee su testimonio más antiguo en una divertidísima *novella* de Straparola (VIII, 5). La versión pullesa que he seguido se tiñe de un color medieval con ese recuerdo inicial de la famosa universidad de Salamanca. En las metamorfosis tuve en cuenta, sobre todo por el ritmo, también otras versiones, principalmente una lucana (Comp. 63, *Bene mio*).

He visto versiones recogidas en Lombardia (Visen. 8), Toscana (Degub. 26, Pitrè T. II, 18), Marcas (Vital. 3), Abruzos (Den. 35), Basilicata (Comp. 63), Calabria (Lomb. 29), Sicilia (Pitrè 52).

**129.** *El cuento de los gatos (La fiaba dei gatti)*: de Pell. p. 37, *Cuntu de li musceddi*, condado de Maglie (Tierra de Otranto).

La historia de las dos hermanas, apología de la gentileza, presenta a veces, en lugar de la bruja llena de pulgas (*cf*. el n.° 95), una comunidad de gatos, una suerte de sociedad perfecta, laboriosa y justa.

He visto otras versiones, muy similares entre sí, recogidas en Piamonte (Farin. 2), Friul (Zorz. II, p. 97), Toscana (Ner. 4, Degub I, Marz. 4), Umbría (Girolamo Donati, *La novellina dei gatti nell'Umbria*, Perugia, 1887), Campania (D'Am. 7), Calabria (Lomb. 8).

**130.** *Pulgarcito (Pulcino)*: de Pell. p. 53, *Lu cuntu Purgineddhu*, condado de Maglie (Tierra de Otranto).

*Petit-Poucet* de Perrault y *Hänsel und Gretel* de Grimm (15) se han convertido en la demasiado numerosa prole de un campesino pullés en tiempos de hambruna, y los

lidera un jorobadito, personaje tradicionalmente investido de astucia y fortuna.

Las coronas que los hijos del Ogro llevan en la cabeza las hice de flores, tal como en la bella versión boloñesa (Coron. 17). Otras versiones en Lombardia (Imbr. p. 277), Toscana (Imbr. 21), Calabria (*Tredicinu*, Difr. 25), Cerdeña (Lor. 1).

**131.** *La madre esclava (La madre schiava)*: de Pell. p. 127, *Cuntu de la massara*, condado de Maglie (Tierra de Otranto).

No es una *fiaba* sino una *lacrimosa istoria* de tradición oral, provista de un final feliz como los cuentos de hadas y situada en ese género particular que reaparece en muchas localidades marineras meridionales, con historias de secuestros y corsarios turcos; ésta posee un rasgo particularmente doloroso, pues la víctima no es una persona joven sino una madre. La recompensa a los padecimientos suele venir, en los relatos populares, durante la misma juventud: aquí es una vieja quien sufre y goza de la feliz culminación. La historia se relaciona también con otro «género» popular: el de los tesoros reencontrados, la *trovatura* (o, como aquí se la denomina, *cchiatura*). El relato también se caracteriza por su realismo y la abundancia de detalles y términos locales. También se alude lateralmente a una situación de *Bourgeois gentilhomme* rústico, con la familia campesina que se muda a Nápoles.

**132.** *La esposa sirena (La sposa sirena)*: de Gigli 5, *Storia d'una sirena*, Taranto (publicado en italiano).

Giuseppe Gigli tradujo los cuentos que recopiló a un italiano lírico en el que nada subsiste del espíritu con que eran narrados, y su texto es el menos adecuado para un trabajo como el mío. No obstante, esta historia de la sirena me sedujo por los rasgos inusitados que presenta (su apego a la tradición clásica de las sirenas; el motivo de la rehabilitación de la adúltera) y quise abordar el intento de narrarla en un lenguaje más simple. Claro que, por mucho que originalmente se haya tratado de una tradición popular, estas sucesivas y opuestas superposiciones de gusto nos llevan quién sabe a qué distancia de ella. Por lo tanto, tomemos este cuento con más reservas que los demás en lo que concierne a su «popularidad». Los versos de las canciones son todos de mi invención. [*N. del T.:* En la traducción, forzosamente, introduje leves alteraciones.] El hada y la esposa que por fin se salvan a caballo de una escoba: como no encuentro otras escobas voladoras en el folklore italiano, la sustituí por un águila.

**133.** *La bella Florida (Le Principesse maritate al primo che passa)*: de Comp. 20, *La bella Fiorita*, provincia de Potenza (publicado en italiano); de Lomb. 23, *'A bedda d'u mundu*, Santo Stefano d'Aspromonte (Reggio Calabria), narrado por Crea Domenico fu Antonio, carbonero; y de Pitrè 16, *Li tri figghi obbidienti*, Casteltermini (Agrigento), narrado por Vicenzo Midulla, peón en las minas de azufre.

Los tres reyes de pueblos animales que se casan con tres princesas hermanas y ayudan al cuñado a liberar una hermosa prisionera de un encantamiento figuran en un *cunto* de Basile (IV, 3), poblado de bestias como un tapiz representando una escena

de montería (y reelaborado luego, a fines del siglo XVIII, por Musaus). En tres versiones meridionales análogas, al igual que en otra siciliana (Gonz. 29), los cuñados no son animales sino hombres que ejercen cierto poder sobre los animales, como el porquerizo o el cazador de pájaros, o sobre el mundo de los muertos, como el sepulturero.

Los cuñados animales aparecen en cambio en Toscana (Pitrè T. II, Bald. p. 43), Lacio (Targ. 6), y en Abruzos (Finam. 23). En otras regiones los cuñados son vientos u otras fuerzas naturales; en Romaña (G. Siciliano, *Arch*., VI, p. 196), Abruzos (G. Crocioni, *Arch*., XX, p. 188; Den. 20), Calabria (Difr. 20). La Princesa que debe casarse con el primero que pase también figura en un cuento siciliano de matrimonio entre animales (*cf*. el n.° 182), y en uno toscano acerca de la soberbia castigada (Ner. 22).

**134.** *Liombruno (Liombruno)*: de Comp. 41, *Liombruno*, provincia de Potenza (publicado en italiano).

Un cantar caballeresco toscano, trasplantado a Lucania, ha tomado algo de la lóbrega religiosidad de esos lugares. La *Bellísima istoria di Liombruno*, cantar versificado de fines del siglo XIV, es una atinada historia acerca del destino humano según las tradiciones del romance medieval: el nacimiento predestinado por un voto al diablo, la salvación por intervención de un hada, la educación amorosa y caballeresca, el regreso al hogar y los beneficios a los padres, la justa del caballero desconocido, el «alarde», la pérdida de la amada, y luego una serie de motivos típicos del cuento maravilloso, como los siete pares de zapatos de hierro, los tres objetos mágicos arrebatados a los ladrones, la casa de los vientos.

He visto otras versiones recopiladas en Emilia (Coron. S. 13), Toscana (Imbr. 31), Campania (D'Am. 1), Sicilia (Pitrè 31). Con excepción de la siciliana (donde el hada es *La 'Mperatrici Trebisonna* y el protagonista es el difundido Peppi), las otras versiones conservan para el protagonista y el hada los mismos nombres del cantar, con diversas pronunciaciones (Liombruno, Leonbruno, en Bolonia Umbron; Chilina, Colina, Aquileina). El regreso a casa con permiso de la mujer sobrenatural es un motivo muy difundido en los antiguos cantares (por ej.: *Il bel Gherardino*) y en los cuentos populares (por ej.: el abruzo Den. 69). El «alarde» de la belleza de la esposa sobrenatural es un famoso motivo caballeresco (*cf*. el *lai* de María de Francia, *Lanval*). Los tres objetos mágicos robados a los ladrones aparecen en muchos textos orientales, empezando por una recopilación china del siglo VI.

**135.** *Cannelora (Cannelora)*: Comp. 46, *Cannelora*, provincia de Potenza (publicado en italiano).

Es sustancialmente análoga a la historia de Fonzo y Canneloro de Basile (I, 9), con el añadido del episodio de los hortelanos que riñen y el del hada que se transforma en serpiente. El hallazgo de los muebles que procrean (después de ser

inflados, un detalle que omití) no consta en la versión popular; lo tomé del *Pentamerone* (haciendo una excepción a mi regla de basarme exclusivamente en motivos populares) y quizá sea invención del mismo Basile. Basile, alusivamente, y la versión lucana, explícitamente, tienen un comienzo lúbrico que yo obliteré.

Puede considerarse una variante de *Drago dalle sette teste (cf.* el n.° 58).

**136.** *Hebra de Oro y Filomena (Filo d'Oro y Filomena)*: de Comp. 33, *Filo d'Oro,* provincia de Potenza (publicado en italiano).

Pertenece a la familia de *Amor y Psique (cf.* el n.° 174). El nombre «Filomena» lo añadí yo (en el texto la muchacha carece de nombre), así como la metamorfosis de Hebra de Oro en un hombre con barba, un hombre con bigotes y en un hombre con patillas (en el texto dice «en la figura de otro hombre»). La madre que impide el parto hasta no llevarse las manos a la cabeza repite el mito del nacimiento de Hércules (motivo difundido en Sicilia: Pitrè 18, Gonz. 13, 15, 24).

**137.** *Los trece bandidos (I tredici briganti)*: en Lar. 6, *La tridece brjànte*, Pistici (Matera).

El cuento «¡Sésamo, ábrete!» es de origen literario moderno, por cuanto deriva de uno de los más afortunados relatos de las *Mil y una noches* de Galland *(Histoire d'Ali Baba et de quarante voleurs)*. Pero ya forma parte del folklore europeo (figura incluso en el 142 de Grimm) y a menudo, como en esta versión lucana, asume un acendrado carácter regional. En la tradición italiana no ha prosperado el personaje de la esclava Morgiana, que en Galland desempeña un papel tan importante en el exterminio de los ladrones.

He visto otras versiones recogidas en Lombardia (Visen. 7), Friul (Zorz. III, p. 96), Toscana (Ner. 54), Marcas (Vital. 4), Sicilia (Gonz. 79, y p. 196 del vol. II, Pitrè 107, 108, Gris. II, 12), Cerdeña (*cf.* el n.° 193), Córcega (Ort. 20).

**138.** *Los tres huérfanos (I tre orfani)*: de Lomb. 41, *I tre orffani,* Tiriolo (Catanzaro), narrado por Domenico Colacino.

Una alegoría religiosa de extraña belleza, con la arcana simplicidad de un *rebus*. Los cuentos calabreses a menudo exhiben motivos cristianos pero casi siempre como contaminación de un antiguo contexto mágico y pagano. Aquí de cuento mágico sólo tenemos el ritmo, y todo converge en la disposición de símbolos litúrgicos. Nótese que sin embargo el comienzo está dado por una notación realista, la oferta matutina de trabajo del bracero recién llegado con dos tristes versitos: *Cu vô garzuni - Cà vogghiu patrune!* [¡Quién quiere servidor, / Que yo quiero patrón!].

He visto una versión algo diferente en Cerdeña (Lor. 4).

**139.** *La bella durmiente y sus hijos (La bella addormentata ed i suoi figli)*: de *A muscula du fusu,* Rosano (Cosenza), R. de Leonardis, en *La Calabria,* a. VIII [1896], n.° 12, p. 93.

*La bella durmiente* italiana se diferencia mucho de la de Perrault, pues —a semejanza del *cunto* de Basile de Sole, Luna y Talia (V, 5)— se centra ante todo en lo que sucede después de que el príncipe haya encontrado a la bella, y esta continuación manifiesta una crueldad —es sin duda uno de los cuentos populares italianos más crueles— que la versión francesa no permite sospechar. Los estudiosos atribuyen a este tipo orígenes literarios bastante recientes (también la *Zarzarrosa* de los Grimm —50— deriva de Perrault) y de hecho casi todas las versiones populares italianas son similares al texto de Basile hasta en los nombres de los personajes; la llamé Carola para lograr la asonancia. [*N. del T.:* En la versión de Calvino, los versos que repite el Príncipe son: *O Sole, o Luna, o Carola, / e vi avessi alla mia tavola!* (acentuando *Caróla* y *távola*, respectivamente). Para no incurrir en excesivas alteraciones, suprimí la rima en la traducción al español.]

He visto otras versiones recopiladas en Toscana (Imbr. 18, Marz. 47, 72), Abruzos (Den. 49), Campania (Coraz. 10), Sicilia (Gonz. 3, 4, Pitrè 58). La única versión manifiestamente influida por Perrault (en G. Bacci, *Saggio di novelle che si dicono da'contadini della Valdelsa, Castelfiorentino*, 1895) también incluye la continuación de la suegra que quiere ofrecer un banquete digno de Saturno. Basile tiene otro *cunto* con una bella durmiente (II, 8) pero es menos sugestivo, y de éste no encuentro versiones populares.

**140.** *El Reyecito hecho a mano (Il Reuccio fatto a mano)*: de Difr. 5, *Re Pipi*, Palmi (Reggio Calabria), narrado por Concetta Basile; y de Lomb. 13, *La turca cane e lu Rre fattu a manu*, Feroleto Antico (Catanzaro), narrado por María Muraca.

Es el *cunto* de Pinto Smalto en Basile (V, 3). Se recopilaron dos versiones abruzas (Finam. 6, *La favele di Niccasbarre* y *Arch*., III, 361, *Re fatto con la mani mie*). Existe incluso en Sicilia, según el testimonio de un amigo (Renato Guttuso) que recuerda haberlo oído de niño en Bagheria, con el título que le puse a mi transcripción.

**141.** *La pava (La tacchina)*: de Difr. 10, *La nia*, Palmi (Reggio Calabria), narrado por Annunziata Palermo.

La segunda parte es la muy difundida historia de la mujer con las manos cortadas (*cf*. el n.° 71, *Oliva*), pero no encontré otras versiones, ni siquiera parciales, de todo el comienzo —hasta el matrimonio con la mendiga— y tal vez sea de tradición reciente, con episodios realistas como la sublevación, la introducción de personajes del siglo XIX como el Lord inglés (sobre la fortuna de esta figura en el folklore meridional, *cf*. nota al n.° 158), y lo sobrenatural introducido solamente como milagro de un santo. El relato de este milagro (la recuperación de las manos cortadas) era demasiado pobre en el texto calabrés (un encuentro con San José, que hace aparecer un recipiente con agua y la invita a sumergir los brazos); preferí seguir la tradición italiana más difundida, con los niños que caen al agua y la madre que no sabe cómo salvarlos. Los

versitos que dice San José son de mi invención, aunque inspirados en unos similares de una versión toscana (Pitrè T. II, 13).

[*N. del T.:* Los versos de la versión italiana son: *Metti giú il tuo moncherino / Riavrai mano e bambino*.]

**142.** *Las tres recolectoras de achicoria (Le tre raccoglitricci di cicoria)*: de Dier. 27, *I tri cicorari*, Palmi (Reggio Calabria), narrado por Annunziata Palermo.

Variante del tipo «Barba Azul» (*cf.* el n.° 35), este cuento canibalesco también lo he visto en Toscana (Ner. 49), Abruzos (Finam. 88), Sicilia (Gonz. 23, Pitrè 19). En una variante albanesa de Sicilia transcrita por Pitrè, en vez de los restos humanos hay que comer una cuchara de madera. En una variante toscana (Imbr. 2), en lugar de tres hermanas que se casan hay tres jóvenes al servicio de un mago.

**143.** *La Bella de los Siete Vestidos (La Bella dei Sett'abiti)*: de Difr. 23, *La Bella di sett'abiti*, Palmi (Reggio Calabria), narrado por Pasquale di Francia.

Si bien pertenece al tipo muy difundido en Italia del palacio encantado, el de la esposa sobrenatural perdida y fatigosamente reconquistada es muy rico en motivos raros y originales, con una caprichosa y ornamentada incoherencia. (Salvo el de la hierba de la vida que resucita al lagarto, muy difundido).

**144.** *El rey serpiente (Il Re serpente)*: de Difr. 1, *U figghiu serpenti*, Palmi (Reggio Calabria), narrado por Teresa, hermana de Di Francia.

Urdido con motivos muy difundidos, este cuento se caracteriza por sus detalles animales, no sé decir si de gusto gótico u oriental; desde el principio, con ese desfile de lagartos y serpientes por el campo cuando pasa la reina, hasta el final, con ese palacio encantado descrito con inusitado escrúpulo y los animales de oro que lo habitan. De la versión calabresa omití el ya conocido episodio (*cf.* el n.° 194) de la prueba de la piel de piojo, mediante cuya adivinación la serpiente se casa con la emperatriz. Añadí en cambio la transformación de la serpiente en hombre después de despojarse de siete pieles, como en otras varias versiones (toscana, beneventana, siciliana, y también una monferrina —Comp. 66— que se refiere a un dragón).

Es el mismo tipo de cuento que el del rey cerdo (*cf.* el n.° 19). Con una serpiente lo encontré sobre todo en versiones recopiladas —además de en Toscana (Degub. 14, Prato 4)— en las zonas meridionales: Campania (Coraz. 1, Amal. 8, D'Am. 4) y Sicilia (Gonz. 43, Pitrè 56). Existe un rey serpiente en Basile (II, 5) pero nuestro cuento no puede relacionarse con ése, aunque sí con el del rey cerdo de Straparola (II, 1).

**145.** *La viuda y el bandido (La vedova e il brigante)*: de «Novellina greca di Roccaforte» (Luigi Bruzzano, en *La Calabria*, a. VII [1894], n.$^{os}$ 2, 3, 4, 5), Roccaforte (Reggio Calabria); del dialecto griego. (Texto griego, en caracteres latinos, transcripción en caracteres griegos, traducción italiana).

La historia de la madre de malas costumbres que tiene amores con bandidos o gigantes mientras el hijo cazador les causa estragos, y de sus tentativas para dar muerte al hijo, y de la venganza del hijo, constituye uno de los cuentos más crudos y oscuros que circulan en Italia (parece que es originario de Europa oriental), y también uno de los más sugestivos psicológicamente, con este personaje de madre amoral. Seguí una versión griega de Calabria donde el tema es introducido directamente, con una escena realista en el campo humilde: la madre y el hijo que van en busca de trabajo, el hijo que arroja piedras a los pájaros, los pretendientes de la viuda que son malhechores de paso. Me detuve en la venganza del hijo, omitiendo la continuación de sus aventuras, similares a las de *Il drago dalle sette teste* y *I tre cani* (n.os 58 y 48, respectivamente), con las tres fieras en lugar de los perros. En las otras versiones la madre no suele ser una pobre campesina sino una reina; a veces da a luz un hijo en prisión (como en el *cunto*, por otra parte diferente, y algo confuso, de Basile, IV, 5) y el hijo la libera a ella y se libera a sí mismo y allí se inician las aventuras.

He visto otras versiones (todas muy diversas entre sí) recopiladas en Piamonte (Comp. 54), Lombardia (Tirab, *I giganc*), Calabria (Lomb. 16, 32), Sicilia (Gonz. 26 y Pitrè 71; en esta última en lugar de bandidos hay cíclopes).

**146.** *El cangrejo de los huevos de oro (Il granchio dalle uova d'oro):* de Luigi Bruzzano, *Il Granchio che fa le uova d'oro*), Roccaforte Calabro (en *La Calabria*, a. X [1897], n.os 1, 2, 3). (Texto griego en caracteres latinos, transcripción en caracteres griegos, traducción italiana).

Sólo en esta versión griega de Calabria hay un cangrejo que pone huevos de oro, y no un pájaro como en el motivo oriental difundido en toda Italia y Europa. ¿Pero será de veras un cangrejo? *(caridad)*, después de un pollo *(puddhaci)*; el albañil dispara al cangrejo, que cae con vida (yo omití ese detalle); donde yo hablé de caparazón y de patas el texto menciona el «medio cuerpo de delante» y el «medio cuerpo de atrás».

Mientras en las versiones populares italianas que he visto (Lombardia, Visen. 33; Toscana, Marz. 80; Abruzos, Den. 21; Campania, Imbr. p. 3; Sicilia, Pitrè 87) el final es similar al del n.° 189, en las versiones literarias (Straparola, V, 2; Basile, V, 1) tiene distinto desarrollo. En Grimm (60) figura al principio de un bellísimo cuento del tipo del *Drago delle sette teste* (n.° 58).

**147.** *Cola Pez (Cola Pesce)*: de *Lu Piscicola*, Palermo, contado por un marinero de la región «Vergine Maria» al pie del Pellegrino (en Giuseppe Pitrè, *Studi di leggende popolari in Sicilia e Nuova raccolta di leggende siciliane* [vol. XXII de la *Biblioteca delle tradizione popolari siciliane*, dirigida por Giuseppe Pitrè], Turín, 1904).

Es la más hermosa de las diecisiete versiones populares sicilianas de la famosa leyenda de Cola Pesce, publicadas por Pitrè como apéndice de un profundo estudio. Entre los estudiosos de la leyenda de Cola Pesce estuvo Benedetto Croce, quien

escribió, basándose en una tradición napolitana, un artículo («La leggenda di Niccolò Pesce», en *Giamb. Bas*., III, 1885, n.° 7; luego publicado aparte, Nápoles, 1885) al que siguieron una serie de polémicas y profundizaciones por parte de Arturo Graf y Pitrè. La primera mención literaria de la leyenda aparece en un poeta provenzal del siglo XII, Raimon Jordan. Un rico repertorio de versiones literarias se encuentra en el citado estudio de Pitrè; recordaré la narración en versos latinos en *Urania* de Gioviano Pontano, y la balada de Schiller, *Der Taucher*. Sobre Cola Pesce y Benedetto Croce, *cf*. la hermosa página de Carlo Levi (*L'Orologio*, pp. 343 y ss.).

**148.** *Gràttula-Beddàttula (Gràttula-Beddàttula):* de Pitrè 42, *Gràttula-Beddàttula*, Palermo, contado por Agatuzza Messia, de setenta años, costurera de colchas de invierno en el Borgo, en su Largo Celso negra, n.° 8.

De todas las variantes italianas de la famosa *Cenicienta*, la más pintoresca y mediterránea es esta historia de los dátiles contada por la gran narradora analfabeta palermitana Agatuzza Messia (*cf. Introducción*, pp. 25-28). Aquí no hay rastros del patético moralismo de la hermana rechazada como en Perrault y en Grimm, sino que todo se convierte en un puro juego de fantasiosas maravillas.

Si bien el nombre de Cenicienta (y la historia con la forma que pasará a ser patrimonio de la literatura infantil) aparece por primera vez en el cuento de Zezolla de Basile (I, 6) para luego transformarse en la conocidísima Cendrillon de Perrault, el motivo del cuento (junto con los que hemos estudiado en las notas de nuestros 54, 70, 103) es muy antiguo y no sólo europeo (existe una versión literaria china del siglo IX d. C.; y el episodio de la zapatilla perdida está en la antigua historia egipcia de Ródope). Más que *Cendrillon*, esta versión siciliana se parece tal vez a *Aschenputtel* de los Grimm (21). Motivo similar al de los dátiles es el de la *grasta* [manojo] de albahaca en una versión pullesa de la que nos informa S. Lasorsa, *Spunti Folkloristici*, Bari, 1914. Entre las demás versiones italianas recordamos (remitiendo también a las citadas en la nota a nuestro 103, que tienen en común con éstas parte del argumento): Lombardia (Imbr. II, Visen. 45, Tirab. *Tenchina bela tenchina*), Venecia (Bern. 8), Friul (Zorz. p. 80), Trentino (Schn. 24, Prati I), Istria (Bab. 6, Ive D. p. 179), Liguria (Andr. I), Emilia (Pigorini-Beri, *Arch*., II, 44), Marcas *(Ibid.)*, Toscana (Comp. 23, Imbr. II, Pitrè T. II, 22), Lacio (Targ. 5), Abruzos (Finam. 2), Sicilia (Pitrè 41), Cerdeña (Guar. 5). Entre los nombres que corresponden a Cenicienta (Cenenterola) encontramos: *Scindrin-Scindroun* (Milán), *la Conza-sénare* (Venecia), *la Zinisine* (Friul), *la Zendrarola* (Trentino), *la Cussasénere* (Istria), *la Cenerognola* (Casentino), *Cenerientola* (Roma), *La bbrutta Cenerèlle* (Abruzos), *Chiginera* (Cerdeña). El motivo de la pantufla extraviada, que no se conserva en *Gràttula-beddàttula*, aparece sin embargo en casi todas las demás versiones italianas. Sobre los motivos de las diversas versiones de *Cenicienta* véase el hermoso ensayo de Beatrice Solinas, «Il ballo dilazionato», *Paragone*, Florencia, febrero de 1969, e «Il ramo sulla tomba», *Diogene*, Génova, abril de 1969.

[*N. del T.:* En los textos sicilianos el hijo del Rey se denomina con una forma diminutiva, *lu Riuzzu* (italianizada, *il Reuzzo*), que he traducido por Príncipe y, ocasionalmente, por Rey o hijo de Rey. Lo mismo vale para las voces *Reginella* y *Reginotta*, diminutivos de *Regina*, que traduje por Princesa. Al respecto véase la *Introducción*, tomo I, p. 40.]

**149.** *Infortunio (Sfortuna):* de Pitrè 86, *Sfurtuna*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

Uno de los más conmovedores cuentos meridionales es este de la muchacha perseguida por su mala suerte, que acarrea el infortunio a sí misma y a los demás. Contra la costumbre de tratar con hostilidad a la persona que provoca desgracias, aquí se la ve con profunda piedad, en el cuadro de un culto individual de la Suerte, a quien se tributan ofrendas votivas y se piden gracias.

La caprichosa psicología de las Suertes tiene a los hombres bajo su poder: la Messia brinda una magistral descripción lateral del carácter de la Suerte malévola y arbitraria de la protagonista. Pero los personajes más atractivos de la Messia surgen de tipos como la lavandera caritativa, maestra del culto de las Suertes, vista con indudable simpatía. (Si oculta al rey la existencia de Infortunio, sin duda lo hace para protegerla de las insidias, no porque la quiera mal). Nótese cómo la vaguedad habitual en los cuentos de hadas es reemplazada por la precisión lingüística y técnica cuando la Messia habla del trabajo de la lavandera.

He visto otras versiones (con diversos desarrollos) recogidas en Dalmacia (Fors. 12), Campania (Coraz. 20), Lucania (Lar. 20), Calabria (Difr. 11), Sicilia (Gonz. 21).

**150.** *La serpiente Pippina (La serpe Pippina)*: de Pitrè 61, *Burdilluni*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

He visto versiones recogidas en Emilia (Coron. S. 8, donde la muchacha se transforma en anguila la primera vez que ve el agua), Toscana (Ner. 92, origen de nuestro 64), Abruzos (Den. 19, 44), Calabria (Lomb. 38), Sicilia (Gonz. 32). Pero *cf.* también los cuentos citados para nuestro 101, que es muy similar.

[*N. del T.:* El proverbio citado a propósito de los alardes de Baldellone, en el texto italiano: *Chi va fuori dal suo paese, si finge conte, duca e márchese*].

**151.** *Catalina la Sabia (Caterina la Sapiente*): de Pitrè 6, Catarina la Sapienti, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

La mujer inteligente, culta y de alta condición es un personaje frecuente en el folklore italiano. Este cuento ya figura en Basile (*La Sapia*, V, 6) pero mucho más rica es esta versión siciliana, con curiosos recuerdos de instituciones medievales como la «escuela franca», y la enunciación de una pedagogía que se diría democrática y con igualdad de sexos.

He visto otras versiones recogidas en Emilia (Coron S. 30), Sicilia (Gonz. 36), Cerdeña (*cf.* nuestro 195, donde no se habla de una maestra de escuela sino de la

abadesa de un convento).

**152.** *El mercader ismaelita (Il mercante ismaelita)*: de Pitrè 100, *Lu mircanti 'smailitu Giumentu*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

La popular historia medieval de *Fiorindo e Chiarastella (cf.* nota a nuestro 112) adquiere ecos bíblicos en la narración de Agatuzza Messia: con esa amenaza de la matanza de los inocentes, y con esa extraña denominación de *mircanti 'smailitu Giumentu*. El emperador que descubre el toisón de oro debajo de los harapos es un hermoso momento teatral, y todo su personaje, con ese melancólico vagabundeo interrogando estrellas y planetas, tiene un vago aire shakesperiano.

**153.** *La paloma ladrona (La colomba ladra)*: de Pitrè 101, *La palumma*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

Está difundido en todo el sur. Otras versiones en: Campania (Amal. 10, 11), Calabria (Difr. 3, Lomb. 14), Sicilia (Gonz. 27), Cerdeña (Mango 20).

**154.** *Dueño de habas y guisantes (Padrón di ceci e fave)*: de Pitrè 87, Don Giovanni Misiranti, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

Es la historia del Gato con Botas, pero sin gato, ni zorra, ni ningún animal que imagine trucos para medrar en el mundo. Aquí es el pobre quien inventa los trucos, divagando acerca de un haba que encontró en el suelo. Sólo al final el haba se transforma en hada (pero es una intervención sobrenatural que bien podría excluirse) y el sueño de riqueza fácil del pobre hombre se transforma en una milagrosa realidad. Mientras en la historia del gato la pobreza virtuosa y la astucia audaz aparecen en dos personas distintas, aquí, donde conviven en una sola, el personaje no resulta tan simpático: representa el triunfo del *bluff*, el sueño de un mundo pobre y carente de perspectivas.

Para el tipo «gato con botas» *cf.* nota a nuestro 185, *La volpe Giovannuzza*.

[*N. del T.:* En el original los «guisantes» son cea, «garbanzos».]

**155.** *El Sultán con sama (Il Balalicchi con la rogna)*: de Pitrè 69, *Lu Piscaturi*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

No es un cuento de hadas, sino una narración de aventuras, con una vaga fidelidad geográfica y sobre todo con una noción de la diversidad de las civilizaciones, de las relaciones con el mundo musulmán, noción que distingue a parte de la narrativa oral meridional. La Messia, que jamás pisó un barco, aquí hace gala de su fantasía marinera.

**156.** *La esposa que vivía del aire (La sposa che viveva di vento)*: de Pitrè 92, *Lu Principi de Missina*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

Relato de final proverbial *(li dinari di l'acculicchiaturi si li manda lu sfraguni)*, con el matizado gusto descriptivo de la Messia.

Hay otra versión siciliana más breve, de ambiente campesino (Pitrè 91). Es similar la historia milanesa *La sciora e la serva* (Imbr. p. 620).

**157.** *Hierbablanca (Erbabianca)*: de Pitrè 73, *Ervabianca*, Palermo.

El alarde acerca de la fidelidad de la mujer, la apuesta con un tramposo que trae pruebas de la seducción, y las peripecias de la mujer para demostrar su inocencia, son elementos de las leyendas caballerescas (véase el cantar *Madonna Elena* de fines del siglo XIV) que luego pasaron a los relatos de mercaderes (la de Bernabò de Génova y su mujer Zinebra: Boccaccio, II, 9), y de allí, a través de varias versiones, a Shakespeare, quien se sirvió del tema en *Cimbelino*. Entre las muchas versiones populares, ésta se destaca por los detalles romancescos y por la extraña resolución final. Las versiones populares son de una gran variedad y sólo en la recopilación siciliana de Pitrè ya tenemos cinco (73, 74, 75, 76, 77), todas muy hermosas, así que las hemos incluido. *Cf*. por lo tanto nuestros 158, 159, 160 (el cual sin embargo configura un tipo propio: el denominado «de Pier delle Vigne») y 176.

Versiones de otras regiones: Piamonte (Comp. 15, 40), Venecia (Bern. 1), Emilia (Coron. S. 25), Toscana (Imbr. 32, Degub. 10), Abruzos (Finam. 36, Den. 27), Lucania (Comp. 36), Calabria (Lomb. 30).

**158.** *El Rey de España y el Milord inglés (Il Re di Spagna e il Milord inglese)*: de Pitrè 74, *Lu Re di Spagna e lu Milordu 'nglisi*, Palermo, contado por Agatuzza Messia. Del dictado sentencioso de la Messia, plagado de proverbios y giros verbales, surge una historia novelesca, con ese personaje femenino que reúne virtudes tan reñidas como la sombría castidad hispana o musulmana de la mujer encerrada en la casa y la audacia intelectual y política; y esa suegra que, en vez de exhibir la implacable crueldad de tantas de sus congéneres en los cuentos de hadas, es el centro afectivo del relato; y ese milord con un aire de perversidad romántica; y la presión del pueblo disconforme que tiene cierto peso en la resolución de los hechos. Y luego el sabor de viajes por una geografía que en este caso no es tan inverosímil: España, tierra hermana de Sicilia, el Brasil del siglo XIX: el imperio adonde acuden los injustamente perseguidos en busca de fortuna. La Messia luce en este *cunto* sus admirables dotes de narradora. Ya inventa una lengua marinera (*«¡Puggia!» e puggiaru:* «"¡Arrimaos a la costa"! Y se arrimaron»), ya encuentra pinceladas mundanas de gran efecto (el capitán socorre a la mujer abandonada en la playa desierta: *«E vui Signura, cca?» «Cca, signuri capitanu»*). He traducido con mucha fidelidad, sin añadir nada de mi cosecha, salvo el pompón rojo al final.

Con respecto a los cuentos similares, *cf*. el precedente. *Lu Milordu 'nglisi* es un personaje del folklore meridional con iguales atributos que todos los reyes metahistóricos, hasta superior a los reyes por su fortuna *(Lu Milordi si sannu: su re sema enrona)*. En la versión calabresa Lomb. 30, el milord es el marido de la mujer calumniada por tres vagabundos, sus antiguos camaradas de juerga; en otra versión

calabresa (Difr. 10), de donde proviene nuestro 141, un milord le regala manos de cera a la manca desdichada; en Coraz. 13 (Benevento), la gata con botas hace pasar a su amo por milord; en Pitrè 35 (*L'ingrisi*, Sicilia) figura como un grado intermedio entre el conde y el caballero. Aquí, casi coherentemente con su característica de personaje moderno en el reino de la *fiaba*, el milord pagará la pena de su intento de corrupción no en un patíbulo tradicional sino en la guillotina (*cullittina*).

Esta versión, más que las demás, sigue un esquema similar al de Boccaccio (II, 9).

**159.** *La bota enjoyada (Lo stivale ingioiellato):* de Pitrè 75, *La stivala*, Palermo, contado por Rosa Brusca, ciega, de 45 años.

Del tipo de la esposa (o hermana) calumniada (*cf.* nota a nuestro 157), éste constituye un subtipo en sí mismo, de difusión europea (*cf. La hija de mercader calumniada* de Afanasjev).

He visto diversas versiones toscanas (Imbr. 32, Degub. 10, Marz. 6).

**160.** *El Bracero de la mano izquierda (Il Bracciere di mano manca)*: de Pitrè 76, *Lu Bracceri di manu manca*, Palermo, contado «por una mujer a quien se lo había contado Agatuzza Messia».

Con respecto a las cortes reales y la moral cortesana para el narrador popular siciliano, *cf.* cuanto digo en la *Introducción* [tomo I, p. 45]. En dicha moral cortesana se inspira la presente versión de la famosa historia atribuida Pier delle Vigne, según la vertió fray Jacopo d'Acqui, en latín, con los versos en piamontés. Observa D'Ancona: «La principal causa de la atribución de esta aventura al canciller de Federico II sin duda ha de ser la imagen de la viña». La historia es más antigua (señaló D'Ancona), y se la encuentra en textos griegos, hebreos y arábigos. También reaparece en Brantôme (*Vie des dames galantes*, II), atribuida al marqués de Pescara, con los versos en italiano, y en parte los he seguido, prefiriéndolos a los más toscos de las versiones populares.

He visto otras versiones populares recogidas en Venecia (Bern. II, p. 11) y en Abruzos (Den. 63).

[*N. del T.:* Pier delle Vigne fue un poeta de la escuela siciliana muerto en el siglo XIII, canciller de Federico II, que escribió poemas acerca del amor cortés. Dante lo recordó en el canto XIII del *Infierno*].

**161.** *Rosmarina (Rosmarina)*: de Pitrè 37, *Rosamarina*, Palermo, contado «por una mujer en casa del prof. Carmelo Pardi».

Otro cuento de la mujer-planta. Este repite *La mortella*, uno de los *cunti* más bellos de Basile (I, 2), con algún detalle más: el riego con leche, el príncipe que toca *lu friscalettu*. El baile de la muchacha al son del *friscalettu* es lo único que añadí yo, pero en el texto palermitano ya hay un ritmo de danza.

También existe en Toscana (*cf.* nuestro 95, *La ragazza mela*), Abruzos (Finam.

62), Calabria (Lomb. 39). En el Lacio (Zan. 2) se encuentra una trama similar con un enamorado-planta en vez de una enamorada.

[*N. del T.:* Castellanizo las denominaciones locales de ogros y afines (*Mammo-drago y Mamma-draga*, en este caso), al igual que en los cuentos 130, 141, 168, etc. Véase al respecto la *Introducción*, p. 40.]

**162.** *Diablocojo (Diavolozoppo)*: de Pitrè 54, *Lu diavulu Zuppiddu*, Palermo, contado por Giovanni Patuano, ciego.

El *Belfagor* de Maquiavelo es tradición popular, tal como lo demuestra incluso su presencia en Straparola (II, 4). De este *Diavulu Zuppiddu* palermitano preferí dar una traducción más bien estilizada, que acentúa la desenvoltura rudimentaria de la versión oral.

Se encuentra también en los Abruzos (Finam. 57).

**163.** *Las tres historias de los tres hijos de los tres mercaderes (I tre racconti dei tre figli dei tre mercanti)*: de Pitrè 103, *Li tri cunti di li tri figghi di mircanti*, Palermo, contado por Rosa Varrica.

El marco, con el final indefinido, aparece con más frecuencia en los *novellieri* literatos.

La primera historia, con el gigante antropófago, el anillo y la liberación mediante la pérdida del dedo se emparenta con diversos cuentos del tipo Polifemo, como nuestros 76 y 115.

**164.** *La muchacha paloma (La ragazza colomba):* de Pitrè 50, *Dammi lu velu!*, Palermo, contado por una mujer «cuyo nombre no recuerdo».

La muchacha-cisne o la muchacha-paloma a quien el héroe quita las ropas de pájaro obligándola a permanecer mujer es un motivo de difusión mundial, y a menudo se combina con el motivo del sirviente de un mago que debe escalar la montaña de las piedras preciosas. Seguí la versión palermitana, con el *picciottu dispiratu comu un cani* [el muchachito desesperado como un perro] que busca trabajo y la figura del griego de Levante, apartándome luego de ella para hacer que el muchacho subiera a la montaña no en un caballo alado sino dentro de una piel de caballo apresada por un águila, como en otras versiones (tuve en cuenta, ante todo, la de Pistici en Lucania: *U maghe Savine*, Lar. 9) y para el episodio final del manto de la invisibilidad, motivo muy difundido pero que otorga más redondez a la trama.

He visto otras versiones procedentes de las Marcas (Vital. 4), Calabria (Lomb. 35), Sicilia (Gonz. 6). El motivo del robo del vestido a las muchachas que se bañan se encuentra combinado con otras peripecias en el Piamonte (Comp. 50) y en Lombardia (*cf.* nuestro 22). El motivo de la piel de caballo llevada por el águila se encuentra en Abruzos (Finam. 19).

**165.** *Jesús y San Pedro en Sicilia (Gesú e San Pietro in Sicilia)*: Continúo la serie

*Jesús y San Pedro en el Friul* con otro conjunto de leyendas del mismo tipo seleccionadas del material siciliano. También aquí San Pedro aparece con las características señaladas en la nota a la recopilación friulana: perezoso, glotón, *lagnusu* [quejumbroso].

**I.** *Las piedras en panes (Le pietre in pane)* y II, *La vieja en el horno (La vecchia nel forno)*: de Pitrè 123, *Lu Signori, S. Petru e li Apostuli*, Bagheria (Palermo), contado por un tal Gargano.

Otra versión siciliana del primero, junto con otros motivos: Cast.

**II.** Para el segundo, he visto versiones recogidas en el Friul (Zorz. III, 83, Gort. p. 82), Toscana (Ner. 31, *Pippeta bugiardo*); también figura en Grimm (147).

**III.** *Una leyenda que cuentan los ladrones (Lina leggenda che raccontano i ladri)*: de Pitrè 121, *San Petru e li latri*, Borgetto.

Anota Pitrè: «Esta historia es tradición de los ladrones, quienes pretenden contar con la bendición de Jesucristo. Al enviarme de la comunidad de Santa Ninfa la versión que registro en la sección *Varianti e Ricontri*, el egregio caballero Antonino Destefani-Perez me escribía que a un tío suyo, en una ocasión en que lo habían secuestrado, los delincuentes procuraban persuadirlo de que al fin y al cabo ellos no eran los tristes personajes que se les acusaba de ser. *Nui* —decían— *semu biniditti di Diu, e lu dicinu li Vancelii di la Missa* [Nosotros estamos bendecidos por Dios, y lo dicen los Evangelios de la Misa]; y como prueba refieren esta historia».

Con respecto a las leyendas sicilianas para justificar el robo, *cf*. S. A. Guastella, *Le parità e le storie morali deo nostri villani* (Ragusa, 1884; Palermo, 1969), capítulos V y VI.

**IV.** *La muerte en la vasija (La morte nel fiasco)*: de Pitrè 124, *Accaiúni*, Palermo, contado por Gioacchino Ferrara, camarero de la familia Siciliano.

Uno de los nuevos cuentos de la muerte embotellada, dentro del marco de la tradición popular de los encuentros con Jesús y los apóstoles. En el texto el posadero tiene el extraño nombre de *Accaciúni*, o sea «razón», «causa». Y la historia termina con el proverbio *Nun cc'e morti senza Accaciúni* [No hay muerte sin Razón].

Es análoga la historia de la muerte en la bolsa (*cf*. nuestro 200). He visto variantes recopiladas en Trentino (Schn. 17), Friul (Zorz. p. 177, Gort. 1), Toscana (Pitrè T. 28, Bald. p. 31), Molise (*Riv. trad, pop*., I, 762), Sicilia (Pitrè 125, Cast. 10). Similar a ésta es la leyenda del gran fumador que invitado a pedir tres gracias no solicita un lugar en el Paraíso pero de todos modos lo conquista con la ayuda de los habituales dones mágicos: Liguria

(Andr. 48), Friul (Zorz. p. 184). (En Grimm 82 se trata en cambio de un jugador).

**V.** *La madre de San Pedro (La mamma di San Pietro)*: de Pitrè 126, *Lu porru di S. Petru*, Palermo, contado por Agatuzza Messia.

Una famosísima leyenda popular, difundida en gran parte de Europa (la más antigua versión literaria conocida parece ser un poemita del siglo XV).

He visto versiones recogidas en el Friul (Gort. 6, Zor. III, 40), Trentino (Schn. 4), Venecia (Bernoni, *Leggende fantastiche popolari veneziane*, Venecia, 1873, n.° 8), Romaña (Bagli, p. 22), Toscana (Pitrè T. 26), Campania (Coraz. 22), Córcega (Ort. 29, Carl. p. 6).

**166.** *El reloj del Barbero (Vorologio del Barbiere)*: de Pitrè 49, *Lu Ròggiu di lu Varveri*, Borgetto, contado por Rosa Amari.

«¿Quién no percibe que este admirable reloj es evidentemente el sol?», anota el benemérito recopilador, Salomone-Marino. «Y el maestro que lo ha hecho, el viejo que conquista las alabanzas de todos por su obra sublime, ¿no es Dios? Son Sus obras las que nos revelan Su existencia. ¡Qué relato tan sabio es éste, en su modesta simplicidad!». ¿Modesta simplicidad? Aunque no me cuente entre quienes no pierden oportunidad de proclamar la superioridad de la poesía oral e inculta sobre la literaria, éste es sin duda un caso en que se puede gritar el milagro: estamos en uno de esos grandes momentos de la poesía alegórica. Y aun más que por la simbología —que sin embargo me parece interesante, con esa importancia cultural y oracular del sol—, por la gran sabiduría poética de combinar espacio metafísico y comedia humana en una construcción tan exacta y armónica, con un lenguaje tan rico en invenciones, nobleza y caracterizaciones. Este relato de Rosa Amari es una pequeña obra maestra, y quise presentarlo aquí aun cuando sé que la traducción, en un texto que no depende tanto de la narración como de la palabra (y de la asonancia rústica de esos versos, «casi todos proverbios», como anota Pitrè), hace perder buena parte del sabor, lo cual ocurre especialmente en la serie de fugaces retratos: *lu viddaneddu, stancu e amaru… lu piccottu spasimanti, tuttu fanaticu e 'nghirriusu… lu malantrinu di prima caràta, lu capu camurristi di li Vicarii, tuttu giumma e cioffi, tuttu buttuna e aneddi… l'affrittu puvureddu, dijunu, nudu, malatu di la testa a lipedi*…

**167.** *La hermana del Conde (La sorella del Conte)*: de Pitrè 7, *La soru di lu Conti*, Borgetto (Palermo), contado por Francesca Leto.

La más hermosa *fiaba* de amor italiana, en la más hermosa versión popular, de una textura tan delicada y conmovedora que dan ganas de transcribirla íntegramente en dialecto, y de una perfecta simplicidad de movimientos (ese camisón que se levanta y se deja caer). … *Ed idda, facennu ridiri dda vuccuzza d, arrispunniu: «Riuzzu, chi diciti, chi spijati? Zittíviti e guditi». Quannu lu Riuzzu s'arrispigghiau, e nun si vitti cchiú a lu latu dda bella Dia, si vesti 'ntra un lampu, e chiama:*

*«Cunsigghiu! Cunsigghiu!». Veni lu Cunsigghiu, e lu Riuzzu cci cunta lu statu di li cosí…*

Otras versiones: Marcas (Garg. i), Abruzos (Finam. 25 y, bastante diferente, Den. 58), Puglie (Gigli 3), Sicilia (Gonz. 56 y Comp. 52). En algunas versiones el agujero en la pared se cava con un hueso de la hermana del Conde prisionera (motivo que reaparece en Basile, III 3).

**168.** *Maestro Francisco Come-y-duerme (Mastro Francesco Siedi-e-mangia)*: de Pitrè 127, *Mastru Franciscu Mancia-e-sedi*, Borgetto (Palermo), contado por Francesca Leto.

Salomone-Marino, quien la recopiló para Pitrè, le dio a este cuento una interpretación moralista y alegórica (con un sesgo de simbolismo casi freudiano). Pero ante todo es valioso como comedia de costumbres, que parece nacida de la experiencia de las muchachas enviadas a servir a las casas señoriales, con esa aversión por la vieja señora enferma y sus manías, y con ese personaje tan bien descrito, el vago de la aldea *(e doppu si mittía cu 'na coscia cea e 'na coscia dda, stannu sfacinnatu e cuntenti)*.

La presunta señora enferma con la cola escondida debajo de la cama recuerda al lobo de *Caperucita Roja (cf.* nota a nuestro 26).

**169.** *Las bodas de una Reina y un bandido (Le nozze d'una Regina e d'un brigante)*: de Pitrè 21, *Lu spunsaliziu di 'na Riggina c'un latru*, *Polizzi-Generosa (Palermo).*

En el tema de las bodas con el bandido (*cf.* nota a nuestro 89) se insertan algunos detalles burlescos de tradición local: el esposo *profissuri*, el *figghiu Settimu*, la vieja sorda. Traduce *Settimu* por *settimino* [sietemesino], dándole incluso el *physique du rôle*, pero en realidad *Settimu*, explica Pitrè, «es el nombre que el vulgo suele dar al séptimo hijo de una familia. La virtud de este Séptimo es extraordinaria, y basta decir que las personas aquejadas de una fiebre intermitente y rebelde de curar no tienen más que buscar a un Séptimo cualquiera, sorprenderlo, y decirle imprevistamente: *Settimu di Maria, fammi passari lu friddu a mia!* [¡Séptimo de María, hazme pasar los escalofríos!].

**170.** *Las siete cabezas de cordero (Le sette teste d'agnello)*: de Pitrè 94, *Li sette tistuzzi*, Ficarazzi (Palermo), contado por Giuseppe Foria.

Oscila entre la *fiaba* y la historia «de caracterización»: la mezquindad tacaña y quejumbrosa, que prefiere lamentarse antes que alegrarse, por lo cual la pequeña pérdida sufrida nunca es cancelada por las ganancias posteriores. He preferido la variante de Ficarazzi por ese diálogo con la gata, en lugar de una calabresa que sin embargo tiene más relieve moral, pues opone a la avaricia de la vieja la generosidad caritativa de la nieta, quien le da el pan y el pescado, como limosna, a un viejo (que es San José). Seguí en cambio la versión calabresa (Difr. 8, *Lu pani e lu pisci*, Reggio Calabria, contado por Annunziata di Francia) para el encuentro con el rey en el

bosque y el final con la decapitación y el sauce; y también una variante siciliana (Pitrè 89, *Lu cani 'nfantatu*, Casteltermini, contado por Felice Sciarrotta, peón de una mina de azufre), para la insistencia de la vieja durante el festín.

Otra variante siciliana: Gris. II, 16.

**171.** *Los dos mercaderes (I due negozianti di mare)*: de Pitrè 82, Lu 'Mperaturi Scursuni, Palazzo-Adriano (Palermo).

Un relato que combina elementos típicos del romance y del cuento de hadas. Pitrè señala: «D'Ancona nota la semejanza con *Le Roman de Partenopeus* e *Il Cantare del bel Gherardino*».

Motivos similares en otro cuento siciliano: Gonz. 16.

**172.** *De viaje por el mundo (Sperso per il mondo)*: de Pitrè 27, *Peppi, spersu pri lu munnu*, Salaparuta (Palermo), contado por Antonio Loria.

Es uno de los mayores monumentos de la narrativa popular italiana. El repertorio tradicional de los cuentos de hadas es reducido al mundo de la experiencia real del campesino: la busca de trabajo de una *masseria* en otra, los contratos leoninos, la solidaridad del viejo animal y la necesidad de sacrificarlo, sin una palabra de lamento o de piedad. Y el bando para conquistar a la princesa desciende de una hazaña caballeresca a una prueba de fuerza campesina: ya no es un combate ecuestre sino una determinada superficie para arar; y los milagros no pueden ser otros que plantas crecidas apresuradamente, frutos fuera de estación, o bien el día que se prolonga por intercesión del Sol, señor y amigo omnipotente.

No encontré en las recopilaciones italianas ninguna versión que sea similar al cuento en su conjunto. Pareciera que el tipo se encuentra disperso en toda Europa y también en la India. El motivo del animal (generalmente vaca o cabra) que ayuda a superar pruebas y se hace sacrificar para que sus huesos obren actos mágicos es frecuente en cuentos con protagonistas femeninas, sean del tipo de las dos hermanastras (como en Toscana, Ner. 32), sean del tipo Cenicienta.

[*N. del T.:* La *masseria* es un establecimiento agrícola.]

**173.** *Un barco cargado de… (Un bastimento carico di…)*: de Pitrè 116, *S. Micheli Arcangilu e un so' divotu*, Salaparuta (Palermo), contado por Calogero Fasulo.

Otra versión siciliana: Gonz. 76. El país lleno de ratones donde un mercader hace fortuna vendiendo gatos también figura en una historia contada por Piovano Arlotto (Facezia 70). El país sin gatos, un país sin gallos y otro sin hoces figuran en un cuento de 1535 de Nicolas de Troyes, del cual parece derivar la vivida versión de los Grimm (*Los tres hermanos afortunados*, 70). Hay un país sin sal en *Il mercante di sale* del Montale Pistoiese (Ner. 50).

**174.** *El hijo del Rey en el gallinero (Il figlio del Re nel pollaio)*: de Pitrè 32, *Lu Re d'Animmulu*, Salaparuta (Palermo), contado por Rosa Cascio la Giucca.

Está emparentado con el más famoso de los cuentos de hadas, *Eros y Psique*, o sea la primera narración realmente feérica de la que nos ha llegado una versión escrita, en *El asno de oro* de Apuleyo (siglo II d. C.), de la cual los estudiosos cuentan sesenta y una variantes orales italianas. Basile tiene dos *cunti* de este tipo (II, 9 y V, 4).

He visto otras versiones recogidas en Lombardia (Imbr. p. 327, Tirab., *La bela Nina*), Venecia (Bern. 18), Trentino (Schn. 30), Emilia (Coron. S. 11), Toscana (Pitrè T. 2, 16, 20, Marz. 24), Lacio (Zan. 16, Targ. 9), Abruzos (Den. 13), Lucania (Comp. 33), Calabria (Lomb. 10), Sicilia (Pitrè 18, 281).

**175.** *La Princesa melindrosa (La Reginotta smorfiosa)*: de Pitrè 105, *La Regginotta sghinfignusa*, Erice (Trapani), contado por «una niña llamada Mara Curatolo, de ocho años».

En el siglo XVI la contó (casi tal cual, con el grano de granada y todo) Luigi Alamanni en la *novella* de Blanca de Tolosa y el conde de Barcelona, en un estilo caracterizado por la solemnidad y la precisión histórica. Pero es una de las más antiguas historias «románticas» de que se tenga noticia y parece que el origen se encuentra, según los estudiosos, en el Medievo italiano. En el siglo XVII, hay un cuento de Basile (IV, 10) muy similar, salvo por la semilla de granada. Otras versiones populares europeas (*cf*. el 52 de los Grimm) atribuyen las objeciones de la princesa no a la avaricia sino a cierto rasgo físico a menudo relacionado con la barba (el pelo ensortijado). Así sucede con casi todas las versiones italianas: Istria (Ive p. 195), Emilia (Coron. 15), Toscana (Ner. 22), Lacio (Targ. 2), Campania (Amal. 15), Sicilia (Gonz. 18). Muchos puntos de contacto con este cuento tiene el toscano *Il mercante di sale* (Ner. 50), de final más bien salaz (similar, en una versión mucho más moderada, al del *Guardián de puercos* de Andersen).

**176.** *El Gran Narbone (Il Gran Narbone)*: de Pitrè 77, *Lu Gran Narbuni*, Cianciana (Agrigento), contado por el maestro zapatero Vincenzo Restivo.

*Cf*. nota a nuestro 157.

**177.** *El lenguaje de los animales y la mujer curiosa (Il linguaggio degli animali e la moglie curiosa)*: de Pitrè 282, *La muglieri curiusa*, Cianciana (Agrigento), contado por Rosario di Liberto, peón de las minas de azufre.

Antigua fábula oriental (la *Historia del buey y del asno y el campesino* de las *Mil y una noches*), a la que el personaje de la mujer curiosa da un sabor de anécdota regional. Pasó luego a los *Gesta Romanorum* y de allí a los *novellieri*. Llama la atención, en esta versión, el diálogo nocturno de lobos y perros, con esa especie de solidaridad mañosa: *O cumpari Vitu!, O cumpari Cola*.

En Straparola (XII, 3) figura tal cual, pero también se la encuentra entre los negros. Entre las versiones populares italianas, una bergamasca (Tirab., *Al bö e*

*l'asen*).

**178.** *El becerro de los cuernos de oro (Il vitellino con le corna d'oro)*: de Pitrè 283, *La Parrasta*, Casteltermini (Agrigento), contado por Gnura Vincenza Giuliano, costurera.

De este cuento de difusión europea (emparentado con nuestros 16 y 101) sólo encontré versiones infantiles y rudimentarias. He combinado diversas partes (por ejemplo, en los versos) del texto siciliano con otras versiones; y cambié un poco el final algo truculento.

He visto versiones recogidas en Lombardia (Visen. 16, Tirab. 10), Venecia (Bern. 2), Friul (Zorz. III, p. 162), Toscana (Degub. II), Molise (Conti p. 219), Campania (Coraz. 9, D'Am. 2), Sicilia (Gonz. 48, 49).

**179.** *El Capitán y el General (Il Capitano e il Generale)*: de Pitrè 202, *Lu Capitanu e lu Ginirali*, Casteltermini (Agrigento), contado por Agostino Vaccaro, peón de una mina de azufre.

Una vieja leyenda budista, hindú y china (con el marido sepultado vivo junto a la mujer muerta, según el ritual) llegó, con las diversas adaptaciones a que la sometieron las recopilaciones medievales de *exempla*, al folklore europeo (*cf.* Grimm, 16) y en Sicilia se transformó en una historia de cuartel donde el secreto del éxito reside en los progresos dentro de la carrera militar.

He visto otras versiones recogidas en Abruzos (Finam. 42, 70), Campania (G. Amalfi, *Arch*., XX, 158), Calabria (Lomb. 27), Cerdeña (*cf.* nuestro 194). En Bolonia se cuenta de una muchacha que había matado a un pretendiente y fue sepultada con él (Coron. 14).

**180.** *La pluma de hu (La penna di hu):* de Pitrè 79, *Lu Re di Napuli*, Vallelunga (Caltanissetta), contado por Elisabetta Sanfratello, de cincuenta y cinco años, sirvienta.

Uno de los cuentos más patéticos y tristes con el habitual tema del sacrificio del menor. Existe en toda Europa (Grimm 28, 57, 97) y en toda Italia, como cuento y como canción, y lleva consigo la melancolía de esos lamentos fúnebres que recorren el mundo nacidos de esa flauta de caña a la que transmigra, en una delicada metamorfosis, el alma del muchacho asesinado. Una melancolía que ya está en el grito entrecortado y quejumbroso del pavo real, el pájaro sagrado por excelencia, que conserva en las plumas de la cola los ojos de Argos. Seguí esta versión siciliana, sin final feliz (el hijo no resucita), que me parece más acorde con el espíritu del cuento. Pero sustituí la flauta hecha con un hueso del muerto por la caña crecida en la sepultura, como en muchas otras versiones.

He visto las siguientes versiones recogidas en Piamonte (Comp. 28), Lombardia (Visen. 12, Tirab., *Ol merlo bianc*), Venecia (Bern. III, 4), Istria (Ive 3), Friul (Zorz. III, p. 144), Trentino (Schn. 51), Liguria (Andr. 31), Emilia (Coron. S. 7), Toscana

(Nerucci, *Arch*., III, 372, Degub. 20), Marcas (*Vita popolare marchigiana*, IX, n.° 5), Abruzos (Den. 2), Campania (Coraz. 15, Amalfi, *Arch*., XX, 156, Imbr. P. 5), Calabria (*La Calabria*, XI, n.° 5), Sicilia (Gris. II, 10, Gonz. 51), Cerdeña (Guar. II), Córcega (muy diferente, Ort. 8). Para los estudios acerca del argumento véase el ensayo «L'osso che canta» en G. Cocchiara, *Genesi di leggende*, Palermo, 1940, 3.ª ed. 1949, y «La fontana della vita», en *Il paese della cuccagna* del mismo autor (Turín, 1956). Los cuentos estudiados en nota a nuestros 57 y 61 tienen un punto de partida en común con éste.

**181.** *La vieja del huerto (La vecchia dell'orto)*: de Pitrè 20, *La vecchia di l'ortu*, Vallelunga (Caltanissetta), contado por Elisabetta Sanfratello.

De todas las variantes de *Prezzemolina* (nuestro 86, véase nota), esta siciliana es la que tiene un principio más curioso, con esa oreja-hongo, y por esa razón la transcribimos, pese a ese desarrollo de cuentecito infantil, falto de riqueza. (Lo narra la Sanfratello, de quien escribe Pitrè: «La *sancta simplicitas* de los pobres de espíritu es uno de sus atributos particulares, por lo cual la narración se vuelve ingenua»). La muchacha que se avergüenza de decir «Todavía soy pequeña» es un añadido mío.

**182.** *El ratoncito de la cola apestosa (Il sorcetto con la coda che puzza)*: de Pitrè 40, *Lu surciteddu cu la cuda fitusa*, Caltanissetta, contado por la niña Maria Giuliano.

Para el principio véase la nota a nuestro 133, *Le Principesse maritate al primo che passa*. El desarrollo está más bien emparentado con los tipos del esposo sobrenatural perdido y recobrado.

**183.** *Las dos primas (Le due cugine)*: de Pitrè 62, *Li dui Soru*, Noto (Siracusa).

La imagen de fatiga, de paciencia, de dolor de la muchacha que para continuar trabajando sigue a la luna, es la perla de este cuento que se desarrolla a partir de un nudo casi de novela social burguesa, con la tía Marquesa y las hilanderas sin luz en el balcón. Las peripecias siguen una nutrida tradición popular, que incluso inspiró el cuento de Cicella y Grannizia en Basile (III, 10).

Más que con cualquier otra variante italiana del mismo tipo, éste está emparentado con el *Frau Holle* (24) de los Grimm. Para las analogías véanse las notas a nuestros 95 y 129. Hay un cuento calabrés (Difr. 13) con un principio similar. También existe otra versión siciliana, de Isnello (Gris. II, 15).

**184.** *Los compadres muleros (I due compari mulattieri)*: de Pitrè 65, *Li dui cumpari*, Noto (Siracusa).

De remoto origen oriental (aparece en textos de hace 1500 años), figura también en las recopilaciones de los Grimm (107) y de Afanasjev *(Honestidad y engaño)*, pero en versiones menos sintéticas y eficaces que las de la tradición italiana. La ceguera no existía en el texto siciliano, pero la incluí basándome en casi todas las otras versiones, pues me pareció necesaria. En muchas versiones se habla de brujas

alrededor de un árbol (el famoso «nogal de Benevento») pero el motivo es común a otros cuentos (*cf.* nuestros 18, 90 —muy similar a éste—, 161).

He visto otras versiones recogidas en Lombardia (Tirab., *I du orees*), Liguria (Andr. 12, 57), Friul (Zorz. III, pp. 106, 170), Trentino (Schn. 9, 11), Toscana (Ner. 23, Pitrè T. 23, Marz. 26), Abruzos (sólo la primera parte: Finam. 14).

**185.** *El Conde Peral (La volpe Giovannuzza)*: de Gonz. 65, Von Conte Piro, Catania (publicado en alemán).

El «gato con botas» en Sicilia es una zorra (en la versión palermitana de Pitrè, «la vurpi Giuvannuzza», apodo de la zorra en la tradición popular), y la trama del cuento se parece menos a la del *Chat botté* de Perrault y a su «fuente» italiana, la gata de Costantino Fortunato en Straparola (XI, 1), que al *cunto* de Basile (II, 4) de la gata de Gagliuso (y a su versión boloñesa, en *Chiaqlira dla Banzola: La fola d'Mascarin*), con la ingratitud del beneficiado hacia el animal providencial, un final pesimista que figura en casi todas las versiones populares italianas, si bien no existe en Perrault. (La versión catanesa que seguí tenía, después de la prueba de la ingratitud, el perdón de la zorra y un final feliz que eliminé, pues me parecía un añadido injustificado). Además de esa versión, la más original con respecto a las literarias, tuve presente el cuento 88 de Pitrè, *Don Giuseppi Piru*, Capaci (Palermo), contado por Angela Smiraglia, joven de dieciocho años, aldeana.

Los estudiosos tienden a pensar que la historia del «gato con botas» es un caso de *descenso* de la literatura a la tradición oral. (Aunque en lo que respecta a Italia, me parece seguro que Basile y Straparola se valieron de una tradición precedente). He visto las siguientes versiones, recogidas en Piamonte (Farin. I, sin duda derivada de Perrault), Trentino (Schn. 43), Toscana (Imbr. 10, Marz. 50, Pitrè T. n.° 12, todas con una gata; Pitrè T. 12, con una zorra), Abruzos (Finam. 46, Den. 53, con una gata), Campania (Coraz. 13, gata), Sicilia (además de las dos citadas, Gris. 16, todas con una zorra), Cerdeña (*Riv. trad. pop.*, I, 522, con la zorra). *Cf.* también nuestro 154 (siciliano, Pitrè 87), que es el mismo cuento pero sin el gato u otro animal.

**186.** *El niño que dio de comer al Crucifijo (Il bambino che diede da mangiare al Crocifisso)*: de Gonz. 86, Von dem frommen Kinde, Catania (publicado en alemán).

Es la leyenda popular que recientemente conoció una nueva difusión gracias a la versión cinematográfica española, *Marcelino, pan y vino*. El film se parece mucho a una versión tridentina (*El Sioredio della panzotta*, Schn. 1), mientras que ésta se acerca más a una de las *Leyendas para niños* (9) de los Grimm. Pero esta versión siciliana se diferencia de todas las demás, pues carece de un misticismo edificante demasiado cargado y posee un espíritu de religiosidad popular e inconformista expresada en esa solidaridad del niño con el Cristo traicionado por los hombres. El original sólo explica con la «simplicidad» del niño su ignorancia de Jesucristo y de la Iglesia; yo quise atribuirla, en una tentativa de *verosimilitud* ambiental, a la vida

apartada del campesino en una remota campiña siciliana. En el original también figura un primer milagro del niño: la confección de un rosario con granitos de arena sin haber visto ninguno anteriormente.

**187.** *Maestro Verdad (Massaro Verità)*: de Gonz. 8, *Bauer Wahrhaft (Massaru Verità)*, Catania (publicado en alemán, con los versos en siciliano).

Seguí la versión de la Gonzebach enriqueciéndola con algunos pasajes más vivaces de la versión palermitana *Lu Zu Viritati* (Pitrè 78). La historia, con esa escena tan plena de sugestividad teatral del hombre que trata de decir mentiras y no puede, es muy antigua: aparece en los *Gesta Romanorum*, en compilaciones árabes, pero es sobre todo conocida por la narración bergamasca de Straparola (III, 5), de Travaglino el vaquero y el toro de los cuernos de oro. La tradición oral tiene más eficacia y desenvoltura.

He visto, además de las versiones sicilianas, dos de la Campania (Imbr. P. 1, 1 bis) y una corsa (Carl. p. 170).

[*N. del T.:* Aunque traduzco «maestro» Verdad, *massaro* es en realidad el encargado de una hacienda rural.]

**188.** *El Rey vanidoso (Il Re vanesio)*: de Pitrè 38, *Li palli magichi*, Acireale (Catania).

Un cuento popular extrañamente mórbido y estetizante, con el narcisismo del rey, sus sentimientos de amor y de envidia por el bellísimo príncipe, el rito convocatorio de la reina con la leche, la jofaina y las pelotas de oro.

A continuación, la historia adquiere un cariz conocido. Desde las heridas del príncipe en adelante es idéntica a nuestro 18 y otros citados en nota. Con el cuento veneciano *El re de fava* (Bern. 17) la semejanza comienza antes. El rey de los siete velos también figura en un cuento romano (Zan. I, *cf.* nuestro 120). La convocación del rey mediante las pelotas de oro y las heridas consiguientes también figuran en el mantuano Visen. 3, en el trentino Schn. 21, en Targ. 7, de Ciociara, y en Lor. 9, de Cerdeña.

**189.** *La Princesa con cuernos (La Reginotta con le coma)*: de Pitrè 28, *La vurza, lu firriolu e lu cornu 'nfatatu*, Mangano (distrito de Acireale).

Nos llegó incluso en un cantar del Quattrocento, *Istoria di tre giovani disperati e di tre fate* (Levi, *Fior di leggende*, 4), pero sólo en esta versión siciliana encuentro el exordio con los tres ladrillos y la tentativa de suicidio, con esos brincos de una higuera a la otra, suspendidas de la pared de un barranco. El cantar tiene elementos que no figuran en la versión popular: la partida de ajedrez con la princesa y el modo siempre distinto en que ella se apodera de los tres objetos; aquí el narrador ha sido más expeditivo y genérico, recurriendo siempre al vino con opio.

He visto las siguientes versiones recogidas en Lombardia (Imbr. P. 3 bis), Trentino (Bologn. p. 21), Emilia (Coron. 9), Toscana (Ner. 57), Abruzos (Den. 40),

Campania (Imbr. P. 3), Sicilia (Gonz. 30, Pitrè 28 y variantes). Para los otros tipos de cuentos de los tres objetos mágicos, véanse las notas a nuestros 60 y 127.

**190.** *Yufá (Giufà)*: de Pitrè 190.

El gran ciclo del tonto, aunque no pertenezca a la *fiaba*, es demasiado importante incluso en la narrativa popular italiana para ser excluido. Viene del mundo árabe y es justo que para representarlo se elija a Sicilia, que debe de haberlo tomado directamente de los árabes. Ese origen está presente en el nombre del personaje: *Giufà* (a veces *Giucà*, también en las regiones del dialecto albanés), el tonto a quien todo finalmente le sale bien.

Además de la tradición italiana de Yufá (Pitrè 190 y Gonz. 37), tuve en cuenta el casi homónimo *Giucca*, toscano (Pitrè T. 31 ss.) y *Er matto*, romano (Zan. 31 y 32). Recuérdense también «el loco», mantuano (Visen. 44), *Tonin mato*, triestino (Ping. 26), *El stupido*, dálmata (Fors. 13), *Turlulú*, trentino (Schn. 57) y los siete locos de Gello, toscano (Bald. p. 139).

**I.** Yufá y la estatua de yeso (Giufà e la statua di gesso): de *Giufà e la statua di ghissu*, Casteltermini (Agrigento), contado por Giuseppe lo Duca.

Una de las más difundidas y perfectas historias de tontos, con grandes hallazgos teatrales: el de las pocas palabras y el diálogo con la estatua.

Existe en casi todos los ciclos citados y ya figuraba en la narración de Basile (I, 4) acerca de Vardiello.

**II.** *Yufá, la luna, los ladrones y los guardias (Giufà, la luna, i ladri e le guardi)*: de *Giufà e lu Judici*, idem.

Notable por el regreso nocturno desde el campo y aquel juego con la luna, con su ritmo acelerado.

La anécdota de la mosca tiene una historia aparte (*cf.* el cuento toscano *La frittatina*, Imbr. 38).

**III.** *Yufá y la boina roja (Giufà e la berretta rossa)*: de *Giufà e chiddu di la birritta*, Palermo, contado por Rosa Brusca.

Uno de los más sicilianos, con la *birritta russa (ca a ssi tempi tutti javanu cu li birritti* —comenta la narradora—. *Ora lu chiú tintu mastru va cu tumminu o putu cu lu cacciuttu* [Pues en esos tiempos todos llevaban boina, ahora el trabajador más humilde lleva sombrero de copa o bombín]) y con el lamento de la madre: *Figghioli! Figghioli! chi focu granni!*

Imbriani anota en sus comparaciones con Pitrè: «Es la historia que se lee en veintitrés octavas en la tercera jornada de la *Villeggiatura in Portici* del barón Michele Zezza».

**IV.** *Yufá y el odre (Giufà e l'otre):* de *Giufà e la ventri lavata*, Palermo,

contado por un obrero de la Fundición Oretea.

Es similar a la historia del «trotamundos» de Grimm (143) y a la del «idiota privilegiado» en Afanasjev. En Italia tenemos la del *tonto* (Umbría, *Riv. trad, pop*., I, 353), la de Fignuccio (Siena, Gradi, p. 40), en la que el tipo del campesino imbécil afecta a los demás: cada cosa que le dicen la repite para sí y la gente dice que trae mala suerte, y la de Merluno (Abruzos) que fue publicada por Gabriele d'Annunzio (tal vez extraída de Finamore) en *Cronaca Bizantina* (a. VI, n.° 5).

**V.** *¡Comed, ropas mías! (Mangiate, vestitucci miei!)*: de Manciati, rubbiceddi mei!, Palermo, contado por Francesca Amato.

Pitrè anota: «fue contado en presencia de Dante; *cf*. G. Sercambi, *Novelle*, IX; *De bonis mortibus*; Papanti, *Dante nella tradizione*, etc. *cf*. Inocencio III, *De contemptione mundi*, lib. II, c. 39».

**VI.** *¡Yufá, ojo con la puerta! (Giufà, tirad la porta!)*: de *Giufà, tirad la porta*!, Palermo, contado por Rosa Brusca, y de *Cunti di Giufà*, Trapani, contado por Nicasio Catanzaro, apodado Baddazza.

La más famosa historia del tonto, aquí atribuida a Yufá, si bien sólo la primera parte (la puerta al hombro) y la última (la lluvia de pasas de uva y de higos que también figura en el final del *Vardiello* de Basile, I, 4), están presentes en las historias de Yufá de Pitrè. El episodio de los bandidos al pie del árbol está muy difundido en otras regiones: se encuentra en Lombardia (Imbr. p. 601, Visen. 44), Dalmacia (Fors. 13), Emilia (Coron. 12), Toscana (en *Giucà*, Pitrè T. 33, y en *Mànfane, Tànfane e Zufilo*, Imbr. 47), y en el Lacio (*Matto*, Zan. 30).

**191.** *Fray Ignacio (Fra Ignazio)*: de Bott. 108, *Fra Nnazziu*, contado por Bonaria Carlucciu.

Una «florecilla» sarda, en que el espíritu franciscano se transforma en una acusación seca y perentoria, con un rigor casi de Reforma: *No s'azzecchieis, cussu sanguni bessi propriu de is bertulas, poitta sa limúsina ji m'a flattu Vranchinu no e ttrabballu ssu, ma e ssu ssanguni de is poburus chi jussu ndi vúrada*.

Anota Bottiglioni: «Fray Ignacio nació en Laconi y su nombre aún sigue siendo muy popular en Cagliari y las poblaciones de Campidano. Fue hermano del convento de los capuchinos y de él aún se conserva la cama, un rosario y un crucifijo, en el mismo convento; lo llamaron venerable y la gente de Cagliari lo adora como un santo».

**192.** *Los consejos de Salomón (I consigli di Salomone)*: de Mango II, *Is conçillus de Salomoni*, de Campidano.

La historia de los tres consejos aparece no sólo en Cerdeña sino en varias

regiones de Italia, con el mismo fatalismo, la misma truculencia y el mismo asomo fugaz de *grivoiserie* (el abrazo con el joven sacerdote), pero sólo aquí encuentro el nombre de Salomón, que parece enlazarla con su origen oriental. (De hecho figura en las más antiguas compilaciones hindúes, árabes y persas, y de allí pasó a los libros de *exempla* y a los cuentos medievales y renacentistas). También es típico de la versión sarda —me parece— ese principio con el terror irracional de caer inocente en manos de la ley.

He visto versiones recogidas en el Friul (Zorz. p. 136), Toscana (Ner. 53, Marz. I, Pitrè T. II, 7), Sicilia (Gonz. 81, Pitrè 197), Córcega (muy diferente, Ort. 17).

**193.** *El hombre que robó a los bandidos (L'uomo che rubò ai banditi)*: de *I se bandidusu*, Oristano, contado en 1874 por una tal Beppa Rosa Massa di Santa Giusta (en Pietro Lutzu, *Due novelline popolari sarde [dialetto campidanese] quale contributo alle leggende del tesoro di Rampsinite Re di Egitto*, Sassari, 1900).

No se trata, en rigor, del tipo «Ramsés», como pensaba Lutzu, sino del tipo «Alí Babá»; aunque nos gustaría reconocer trasladada al escarpado paisaje sardo la antiquísima historia de un faraón, y el tesoro de los reyes sustituido por un refugio de bandidos, y las argucias para penetrar con una llave escondida debajo de una puerta. Pero sea cual fuere el origen, todos los detalles son aquí de nueva invención, de un realismo despojado: el decapitado colgado de un árbol seco, los consejos de la *mainarscia*, las coces de los carneros en la montaña. También el final, que es más fiel a «Alí Babá», tiene el colorido de una historia autóctona: ese vago retrato de aldea, con el tonelero y la casa del campesino enriquecido sin que se sepa cómo, y la aparición final de los *barracelli* y los *carabinieri (is cavaliggerisi)*.

*Cf*. las notas a nuestros 17 y 137.

**194.** *La hierba de los leones (L'erba dei leoni)*: de Lor. 7, *La fola di lu re Mulscobia*, Porto Torres.

Esta trama, muy difundida (*cf*. nota a nuestro 179), tiene de típicamente sardo ese comienzo con el amor desesperado de los dos jóvenes y esa alusión a la precariedad de la salud, en cualquier momento asaltada por la enfermedad o la muerte.

**195.** *El convento de monjas y el convento de frailes (Il convento di monache e il convento di frati)*: de Lor. 8, *La fola di li fraddi e di li monzi*, Porto Torres.

Motivos harto difundidos aparecen y desaparecen en esta historia rudimentaria, y sin embargo llena de gracia y vivacidad. Detalles alterados de la versión original: la decisión de hacerse monjas y frailes no tiene un motivo; el guardián sujeta a las monjas para prenderles fuego; el nombre Gianni fue añadido por mí.

Véase nuestro 151, muy similar a éste.

**196.** *El poder del helecho macho (La potenza della felce maschio)*: de Bott. 13 y 15, *La réula* y *La putenza di lu vilettu masu*, Tempio, contados por Anna Rosa Ugoni y

Nicoletta Atzena.

Las leyendas sardas publicadas por Bottiglioni son muy breves y pobres en su desarrollo narrativo, pero cargadas del espíritu local. Aquí he combinado dos de ellas, dando una introducción (una de las tantas y elementales historias de encuentros con la *réula*, la ronda de los muertos) a la hermosa leyenda del helecho macho. La muerte por plomo es considerada casi una enfermedad, y el bandido, héroe generoso, quiere liberar al hombre. Sólo el coraje puede liberar al hombre del plomo; tal es la moraleja de la leyenda, de una sabiduría harto viril y civilizada. (En suma, se requiere más coraje para no disparar que para disparar). Pero el alma del hombre no ha resistido, peor para ella; la historia tiene un final melancólico: *e lu piumbu pal contu soju è ffendi lu so caminu*.

**197.** *San Antonio da el fuego a los hombres (Sant'Antonio da il fuoco agli uomini)*: de Bott. 29, *Sant Antòn e su voju*, Nughedu S. Nicolo (Sassari), contado por Adelasia Floris; y de Filippo Valla, *Sant'Antonio Abate va all'inferno*, Ozieri (Sassari) (en *Riv. trad. pop*., I, [1894], 499, publicado en italiano).

En Cerdeña San Antonio hace las veces de Prometeo. El fuego es algo infernal, pero quien lo roba para llevárselo a los hombres es un santo, un santo astuto, y su conquista está llena de alegría. «Muy cerca de Nughedu —anota Bottiglioni— está la iglesia de Sant'Antonio del Fuoco, en la cual se hace la fiesta todos los años». Y Valla (en la revista citada, pp. 173 y 499) escribe acerca de las grandes hogueras que se encienden en el Nuorese y el Sassarese para el 17 de enero (entre la madera que se usa para las hogueras está el corcho, que, según la tradición sarda, alimenta el fuego del infierno). Tanto la transcripción dialectal de Bottiglioni como la exposición en italiano de Valla son brevísimas y muy rudimentarias. Traté de infundir cierta agilidad narrativa al relato y de relieve a la astucia del santo, valiéndome de una alusión de Valla al puerco que arma un desbarajuste en el infierno (un infierno extrañamente bien ordenado). La cancioncilla final está compuesta de palabras en parte incomprensibles para los mismos sardos y sobre las cuales se elaboran hipótesis diversas *(Fogu, fogu - Peri su logu - Peri su mundu - Fogu cecundu)*.

La misma tradición está viva también en Lucania, según cuenta Carlo Levi (*L'Orologio*, p. 316).

[*N. del T.:* La cancioncilla de San Antonio, en la versión italiana de I. C.: *Fuoco, fuoco, — Per ogni loco — Per tutto il mondo — Fuoco giocondo!*].

**198.** *Marzo y el pastor (Marzo e il pastore)*: de Ort. I, *Le Berger et le mois de Mars*, Olmiccia (Córcega), contado en 1882 por A. Joseph Ortoli (publicado en francés, los versitos en dialecto corso).

*Marzo e il pastore*, el conocidísimo apólogo luqués de Nieri, se basa en los engaños del pastor que va al monte cuando dice que va a la llanura, y viceversa; entre el pastor y el mes existe una relación burlesca, de comicidad lugareña. Aquí, en

cambio, la relación es como la de un culto religioso: el pastor ruega a los Meses, y a la vez que se confía y blasfema contra uno, éste reacciona como un numen airado. Siguiendo la huella del texto francés, actué a mi arbitrio en lo concerniente al tono y la elección de las expresiones.

También he visto una versión lucana (Lar. II) fiel a Nieri.

**199.** *Juan Balento (Giovan Balento)*: de *Ghiuvan Balentu*, en Carl. p. 187.

Variante corsa de la conocida historia del matasiete, de la que ofrezco una versión marquesana en nuestro 97. Curioso el episodio final de las Amazonas, que modifiqué ligeramente figurando un país invadido por las moscas.

**200.** *¡Métete en mi bolsa! (Salta nel mió sacco!)*: de Ort. 22, *Saute en mon sac!*, Porto-Vecchio (Córcega), contado en 1881 por *madame* Marini (publicado en francés).

Una de las tantas variantes de un antiquísimo tema (*cf.* nota a nuestro 165), que aquí los nombres de los lugares transforman casi en leyenda local. En el texto había un pasaje que excluí porque me parecía retórico y fuera de tono: Francisco le pedía al Hada un último deseo: «Quiero que Córcega sea feliz y ya no sea testigo de las rapiñas de los sarracenos». Otra alteración: el Diablo no pedía explícitamente la venta del alma, sino que procuraba convencer a Francisco de que sedujera a una muchacha. Hacia el final el texto es algo oscuro. La Muerte liberada de la bolsa no se menciona; detrás del arbusto aparece el Diablo; el canto del gallo no es preparado por nada. Yo ajusté algunos detalles, conservando el clima oscuramente alegórico. Al principio, en la primera aparición del Hada, fue decisión mía que estuviera en la copa del árbol.

Quise cerrar el libro con este cuento sabio y estoico.

# BIBLIOGRAFÍA


AMAL Gaetano Amalfi, *XVI conti in dialetto di Avellino*, Nápoles, 1893.

ANDER. *Novelline popolari sammarinesi, pubblicate e annotate da* Walter Anderson [3 fase.], Tartu (Dorpat), 1927, 1929 y 1933.

ANDR. *Contes ligures, traditions de la Rivière, recueillis entre Menton et Gênes* par James Bruyn Andrews, Paris, 1892.

*Arch*. *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, revista trimestral dirigida por G. Pitrè y S. Salomone-Marino, Palermo-Turín, 1882-1906.

BAB. F. Babudri, «Fonti vive dei Veneto-Giuliani», Trevisini, Milano, sin fecha [en *Canti, novelle e tradizioni delle regioni d'Italia*, colección dirigida por Luigi Sorrento]. Tanto para éste como para los otros volúmenes de la colección, los números hacen referencia a la sección «Fiabe».

BAGLI. *Saggio di novelle e fiabe in dialetto romagnolo*, de Giuseppe Gaspare Bagli, Bolonia, 1887.

BALD. Antonio Baldini, *La strada delle meraviglie*, Mondadori, Milán-Roma, 1923. Volumen de la biblioteca infantil La Lampada, que contiene nueve cuentos «tomados de una muchacha de la campiña toscana, en los diques de Bibiena», transcritos «en la forma más fiel posible».

BALL. A. Balladoro, *Folklore Veronese: Novelline*, Verona-Padua, 1900.

BERN. I *Fiabe e novelle popolari veneziane, raccolte da* Dom. Giuseppe Bernoni, Venecia, 1873.

BERN. II *Tradizioni popolari veneziane, raccolte da* Dom. Giuseppe Bernoni, Venecia, 1875. [Dividido en cuatro volúmenes con las páginas numeradas de forma continua; indico el número de página].

BERN. III *Fiabe popolari veneziane, raccolte da* Dom. Giuseppe Bernoni, Venecia, 1893.

BOLOG. «Fiabe e leggende della Valle di Rendena nel Trentino», ensayo del doctor Nepomuceno Bolognini. Tomado del

*Annuario de la Società degli alpinisti tridentini*, Rovereto, 1881.

BOTT. Gino Bottiglioni, *Leggende e tradizioni di Sardegna (testi dialettali in grafía fonética*), Génova, 1922 [vol. V, serie II de la Biblioteca dell'«Archivium Romanicum», dirigida por Giulio Bertoni].

CARL. Don Domenico Carlotti, *Racconti e Leggende di Cirnu bella*, Livorno, 1930 [en dialecto corso].

CARR. D. Carraroli, «Leggende, novelle e fiabe piemontesi», tomado del *Arch*., vol. XXIII, Turín, 1906.

CAST. Raffaele Castelli, «Leggende bibliche e religiose di Sicilia», tomado del *Arch*., vol. XXIII, Turín, 1906.

COMP. *Novelline popolari italiane, pubblicate e illustrate da* Domenico Comparetti, vol. I [los siguientes volúmenes jamás se publicaron], Turín, 1875. [Vol. VI de los *Canti e racconti del popolo italiano*, publicaciones al cuidado de Domenico Comparetti y Alessandro d'Ancona].

CONTI Oreste Conti, *Letteratura popolare capracottese*, con prefacio de Francesco d'Ovidio, 2.ª ed., Nápoles, 1911.

CORAZ. Francesco Corazzini, *I componimenti minori della letteratura popolare italiana nei principali dialetti o Saggio di letteratura dialettale comparata*, Benevento, 1877. [Contiene narraciones de Toscana, Venecia, Benevento, Bolonia, Bergamasco, Vicenza. La numeración hace referencia al grupo de las beneventinas, el más copioso. Para las otras, consigno el número de página].

CORON. *Novelle popolari bolognesi, raccolte da* Carolina Coronedi-Berti, Bolonia, 1874.

CORON. S. *Al sgugiol di ragazú, fiabe popolari bolognesi raccolte e pubblicate da* Carolina Coronedi-Berti, Bolonia, 1883. [Consigno con esta sigla sólo los cuentos no incluidos en el volumen precedente].

D'AM. [Ms. del Museo Pitrè, Palermo] A. d'Amato, Cunti irpini. [Siete breves relatos en dialecto irpino, con traducción al italiano].

DEGUB. *Le tradizioni popolari di S. Stefano di Calcinaia, raccolte da* Alessandro de Gubernatis *con proemio di* Angelo de Gubernatis, Roma, 1894. [Sigo esta edición al cuidado del hijo, Alessandro de Gubernatis, porque es más rica que las recopilaciones de Angelo de Gubernatis

publicadas en la Rivista contemporánea de Turín (1869) y en la Rivista di letteratura popolare de Roma (1878), habitualmente citadas por los folkloristas. Consigno la numeración de los inéditos publicados como apéndice del volumen con la sigla in. después del número].

DEN. *Usi e costumi abruzzesi*, vol. III: Fiabe, *descritte da* Antonio de Niño, Florencia, 1833.

DIFR. Letterio di Francia, «Fiabe e novelle calabresi», Turín. *Pallante*, fase. 3-4, diciembre 1929, y fase. 7-8, octubre 1931.

FARIN. Clotilde Farinetti, «Vita e pensiero del Piemonte», Trevisini, Milán, sin fecha [en *Canti, novelle e tradizioni delle regioni d'Italia*]. Mss. 131-140 del Museo arti e trad, pop., Roma. Racconti popolari monferrini raccolti da Giuseppe Ferraro [127 cuentos; texto y trad.], 1869.

FERR. Mss. 131-140 del Museo arti e trad, pop., Roma. *Racconti popolari monferrini raccolti da Giuseppe Ferraro* [127 cuentos; texto y trad.], 1869.

FINAM. *Tradizioni popolari abruzzesi, raccolte da* Gennaro Finamore, vol. I, *Novelle*, parte primera, Lanciano, 1882; parte segunda, Lanciano, 1885.

FORS. Riccardo Forster, «Fiabe popolari dalmate», tornado del *Arch*., X, Palermo, 1891.

GARG. Carlo Gargioli [Opúsculo para las bodas Imbriani-Rosnati], Novelline e canti popolari delle Marche, Fano, 1878. [Dos relatos recogidos por Gianandrea].

*Giamb. Bas*. *Giambattista Basile*, Archivo de literatura popular, director: Luigi Molinaro del Chiaro, Nápoles [año I, 1883].

GIANAN. *Novelline e fiabe popolari marchigiane, raccolte e annotate da* Antonio Gianandrea *[Biblioteca delle tradizioni popolari marchigiane], Jesi*, 1878.

GIANN. G. Giannini [Opúsculo para las bodas Zenatti-Covacich, contiene cuatro relatos], *Novelline luchcesi*, 1888, sin lugar de edición.

GIGLI. *Superstizioni, pregiudizi e tradizioni in Terra d'Otranto, con un'aggiunta di canti e fiabe popolari per* Giuseppe Gigli, Florencia, 1893.

GONZ. *Sicilianische Märchen, aus dem Volksmund gesammelt von* Laura Gozenbach, Leipzig, 1870 [2 vol.].

GORT. *Tradizioni popolari friulane, raccolte dall'ing*. Luigi

Gortani, vol. I, Udine, 1904.

GRIS. *Saggio di letture varie, per i giovani di* Temistocle Gradi da Siena, Turín, 1865.

GRIS. I *Usi, credenze, proverbi e racconti popolari di Isnello, raccolti ed ordinati dal prof. sac*. Cristoforo Grisanti, Palermo, 1899.

GRIS. II *Idem*, vol. II, 1909.

GUAR. P. E. Guarnerio, «Primo saggio di novelle popolari sarde» (en *Arch*., II, pp. 18-35, 185-206 y 481-502; III, 233-240).

IMBR. *La Novellaja Florentina, fiabe e novelline stenografate in Firenze dal dettato popolare da Vittorio Imbriani, ristampa accresciuta di molte novelle inedite, di numerosi riscontri e di note, nelle quali è accolta integralmente La Novellaja Milanese dello stesso raccogliotore*, Livorno, 1877. [Sigo esta edición más rica, antes que la de 1871, de distinta numeración, citada por varios folkloristas; para los milaneses, relacionados en nota con los florentinos, doy el número de páginas].

IMBR. P. *XII Conti pomiglianesi, con varianti avellinesi, montellesi, bagnolesi, milanesi, toscane, leccesi, ecc. illustrati da* Vittorio Imbriani, Nápoles, 1877.

IVE Antonio Ive [Opúsculo para las bodas Ive-Lorenzetto, que contiene cuatro narraciones de Istria], Viena, 1877.

IVE II. *Fiabe popolari rovignesi, raccolte ed annotate da* Antonio Ive, Viena, 1878.

IVE D. *I dialetti ladino-veneti dell'Istria, studio di* Antonio Ive, profesore dell' I. R. *Università di Graz*, Estrasburgo, 1900.

LAR. L. la Rocca, *Pisticci e i suoi canti*, Putignano (Bari), 1952.

LOMB. Raffaele Lombardi Satriani, *Racconti popolari calabresi*, vol. I [no se publicaron más volúmenes], Nápoles, 1953. [*Biblioteca delle tradizioni popolari calabressi*, al cuidado de Raffaele Lombardi Satriani, vol. VIII].

LOR. [Ms. 59 del Museo arti e trad, pop., Roma]. *Novelle sarde raccolte da* Francesco Loriga. [Una nota de la portada anuncia 36 relatos, pero sólo hay 10; creo que los recogió en Porto Torres y que son la mejor compilación sarda de los existentes en el Museo, procedentes, creo, de los documentos de Comparetti, a

quien se los enviaba Ettore Pais].

MANGO *Novelline popolari sarde, raccolte e annotate dal dott.* Francesco Mango, Palermo, 1890. [*Curiosità popolari tradizionali*, publicadas al cuidado de Giuseppe Pitrè, vol. IX.]

MARZ. [Ms. 57 del Museo arti e trad. pop. Roma.] 130 *novelline senesi raccolte da Ciro Marzocchi, annotate a matita dal Comparetti, con variante e indice*. [Buena parte procede de Mucigliana, «granja cerca de Asciano, a 10 millas de Siena».]

MOR. [Ms. 179 del Museo arti e trad, pop., Roma (según otra catalogación, con otras tarjetas)], 5 *fiabe umbre, raccolta* Morandi.

NER. *Sessanta novelle popolari montalesi (circondario di Pistoia), raccolte da* Gherardo Nerucci, Florencia, 1880.

NIERI Ildefonso Nieri, *Cento racconti popolari lucchesi e altri racconti, a cura di* Pietro Pancrazi, Le Monnier, Florencia, 1950.

ORT. *Les contes populaires de l'île de Corse*, por J. B. Frédéric Ortoli, París, 1883, tomo XVI de *Les littératures populaires de toutes les Nations*.

PELL. *Fiabe e canzoni popolari del contado di Maglie in Terra d'Otranto, raccolte e annotate da* Pietro Pellizzari. Fascículo primero [ignoro la existencia de otros fascículos], Maglie, 1881.

PING. *Fiabe, Leggende, Novelle, Storie paesane, Storielle, Barzellette in dialetto triestino, raccolte e diligentemente trascritte e annotate da* Gianni Pinguentini, Trieste, 1955.

PITRÈ *Fiabe, novelle e racconti popolari siciliani, raccolti e illustrati da* Giuseppe Pitrè [4 vol.], Palermo, 1875 [*Biblioteca delle tradizioni popolari siciliane*, vols. IV-VII]. [Las 300 narraciones siguen una misma numeración progresiva en los cuatro volúmenes. Con la sigla «Pitrè alb.» consigno los siete cuentos en dialecto albanés de Piana de' Greci, editados como apéndice al volumen IV].

PITRÈ T. Giuseppe Pitrè, *Novelle popolari toscane*, parte primera, Roma, 1941 [*Opere complete di Giuseppe Pitrè, edizione nazionale*, vol. XXX].

PITRÈ T. II *Idem*, parte segunda, Roma, sin fecha [id.]. [Utilizo

diferentes siglas para los dos volúmenes porque la numeración de los cuentos no es progresiva].

PRATI Angelico Prati, *Folklore trentino*, Trevisini, Milán, sin fecha *[Canti, novelle e tradizioni delle regioni d'Italia]*.

PRATO *Quattro novelline popolari livornesi accompagnate da variante umbre, raccolte, pubblicate ed illustrate con note comparative da* Stanislao Prato, Spoleto, 1880. [Utilizo el número de orden para los cuentos de Livorno, el número de página para los de Umbría].

Riv. Trad. *Rivista delle tradizioni popolari*, dirigida por Angelo de Gubernatis, Roma, año I, 1893-94.

SCHN. *Märchen und Sagen aus Wälschtyrol, ein Beitrag zur Deutschen Sagenkunde, gesammelt von* Christian Schneller, K. K. Gymnasial-Professor, Innsbruck, 1867.

TARG. *Saggio di novelline, canti ed usanze popolari della Ciociaria, per cura del dott.* Giovanni Targioni-Tozetti [vol. X de las *Curiosità popolari tradizionali*], Palermo, 1891. [Compiladas en 1887 en Ceccano, Ciociaria.]

TIRAB. *Sei quadernetti manoscritti di fiabe in dialetto bergamasco raccolte da* Antonio Tiraboschi. Biblioteca Civica, Bérgamo. [Los cuentos de los últimos cuadernos no están numerados; consigno sus títulos].

TOSCHI Paolo Toschi, *Romagna Solatia*, Trevisani, Milán, sin fecha [en *Canti novelle e tradizioni delle regioni d'Italia*].

VECCHI Alberto Vecchi, Testa di Capra, Módena, 1955. [Librito ilustrado para niños de las «Edizioni Paoline»: contiene cuatro cuentos «directamente tomados de la viva voz de la tradición popular»; traducidos al italiano, pero dejando «intactos los nombres y algunas expresiones propias de la lengua apenino-paduana»].

VISEN. *Fiabe mantovane, raccolte da* Isala Visentini, Turín, 1879. [Vol. VII de los *Canti e racconti del popolo italiano*].

VITAL. Guido Vitaletti, *Dolce terra di Marca*, Trevisini, Milán, sin fecha [en *Canti, novelle e tradizioni delle regioni d'Italia*].

VOC. Michele Vocino y Nicola Zingarelli, *Apulia Fidelis*, Trevisini, Milán, sin fecha [en *Canti, novelle e tradizioni delle regioni d'Italia*].

ZAG. Riccardo Zagaria, *Folklore andriese, con monumenti dei*

*dialetto di Andria*, Martina Franca, 1913.

ZAN. *Novelle, favole e leggende romanesche, raccolte da* Giggi Zanazzo, Turín-Roma, 1907. [Vol. I de las *Tradizioni popolari romane*].

ZORZ. Dolfo Zorzùt, *Sot la nape… (I racconti dei popolo friulano)* [3 vols.], Udine, 1924, 1925 y 1927. [Consigno los volúmenes siguientes al primero con números romanos].

ESTE LIBRO SE ACABÓ DE IMPRIMIR
EN EL MES DE MAYO DE 1990
EN MADRID

ITALO CALVINO. Escritor italiano. Debido al trabajo de su padre, agrónomo, nació en La Habana, Cuba, en 1923, aunque la familia regresó a Italia dos años después. Al finalizar la II Guerra Mundial, durante la que luchó contra los alemanes en un grupo de partisanos, se licenció en Literatura y realizó trabajos editoriales. Su primera novela, *El sendero de los nidos de araña* (1947), era neorrealista. Luego utilizó técnicas alegóricas en novelas como *El vizconde demediado* (1952), *El barón rampante* (1957) o *El caballero inexistente* (1959). En obras posteriores, como *Tiempo cero* (1967), *Las ciudades invisibles* (1972) y *Si una noche de invierno un viajero* (1979), queda patente su original mezcla de fantasía, curiosidad científica y especulación metafísica. Fue, además, un consumado cuentista, con volúmenes de relatos como *Por último, el cuervo* (1949) y *Los amores difíciles* (1970). Falleció por un ataque de ictus cerebral, en Siena, Italia, en 1985.

# Notas

[1] Véase la nota al n.° 4 en el tomo I de la presente obra. *(N. del T.)*. <<

[2] *Túmina* (dial, pullés): «Tómolo, unidad de las antiguas medidas para cereales, aceite al menudeo y para la extensión agraria: en cereales equivale a unos 55 litros, en aceite a dos quintales, y como medida de superficie a 67 $^{2/3}$ áreas; varía un poco de región a región» (Pellizzari). <<

[3] «A la muerte de un familiar aquí se estila *far corrotto* [hacer duelo], y recibir las visitas de condolencia desde el día de la muerte hasta el domingo siguiente» (Pellizzari). <<

[4] *Stoppello*: recipiente para medir el vino. <<

[5] *Contàru* (dial, calabrés): Medida borbónica que corresponde a ochenta kilogramos. <<

[6] *Pipi* (dial, calabrés): Pimiento pequeño y delgado, jengibre. <<

[7] *Dundi vegnu, vegnu dul mulinu!* (dial, calabrés): «Giro proverbial, para dar a entender que la aporrearon sin piedad». <<

[8] Apócope de Nicola. *(N. del T.)*. <<

[9] Proverbio siciliano. <<

[10] *Vucciria*: mercado público de Palermo. <<

[11] *Menzumurriali*: «Mezzo Monreale, fuera de Porta Nuova en Palermo, a mitad del camino que lleva a Monreale». <<

[12] *A casa cauda* (dial, siciliano) [en la casa caliente, en el Infierno]. <<

[13] *Grecu-livanti*: un griego de Levante, tradición siciliana. «Tómase este nombre y luego el de un griego cualquiera, como objeto de espanto para los niños. (*Si passa lu Grecu-livanti e ti vidi, ti pigghia*: [Si pasa el griego de Levante y te ve, se te lleva].) Los niños creen que el *Grecu-livanti* se los lleva escondidos en su característico calzón con bolsa» (Pitrè). <<

[14] *Atterra, atterra, Giorgi!*: «Es el grito habitual de los que roban, especialmente en los caminos y los campos» (Pitrè). <<

[15] *Un ròggiu-màchina*: «Llámase *màchina*, en Sicilia, a todo objeto fabricado con gran ingenio y artificio, y que es perfecto en todas sus partes» (Pitrè). <<

[16] *'Na cannila di trevani* (dial, de Palazzo-Adriano): «una vela de cera de las tinieblas (de la Semana Santa)». <<

[17] *Salma*: En Sicilia, medida de superficie equivalente a 17 metros cuadrados. *(N. del T.)*. <<

[18] *Tómolo*: Medida de capacidad para granos que se utilizaba en el sur de Italia, equivalente a unos 45 litros. *(N. del T.)*. <<

[19] «Recuérdese que San Vito es el protector de los perros» (Pitrè). <<

[20] *Hu*: probablemente es «una expresión onomatopéyica con la cual se suele aludir al pavo real» (Cocchiara). <<

[21] *Leva vanchi e metti firrizzi* (dial, siciliano): «quita los bancos y pone escabeles, es decir que se afana por ser cordial, etc.» (Pitrè). <<

[22] *Granu* o *guranu* (dial, siciliano): «grano, especie de moneda antigua equivalente a dos centésimas de lira» (Pitrè). <<

[23] *Cassaru*: «calle principal de Palermo». <<

[24] Véase nota al pie del cuento n.° 189, <<. *(N. del T.)*. <<

[25] *S. Bainzu*: San Gavino, iglesia de Porto Torres. <<

[26] Antigua ciudad de Córcega, hoy desaparecida, en la desembocadura del Golo. <<

[27] «No se sabe con exactitud quiénes fueron los *caporali* ni en qué fecha tuvieron origen. Tal vez eran los líderes que las diversas “Parroquias” de la Isla habían elegido y que en tiempos de turbulencia y anarquía debían defender a los campesinos contra la multitud de tiranuelos que asolaban la región. Los *caporali* a su vez se transformaron en una especie de segunda nobleza dentro de la Isla, y adquirieron tanto poder que a su vez se dedicaron a saquear a los pobres y a abusar de ellos. Filippini, historiador del siglo XVI, se refiere a ellos como uno de los flagelos de Córcega y dice que en sus tiempos se acusaba a la mayoría de ser culpable de las desventuras públicas» (Ortoli). <<

[28] El lector hallará entre paréntesis el título italiano adoptado por Italo Calvino para sus versiones e, intercaladas entre corchetes, las aclaraciones adicionales. *(N. del T.)*. <<